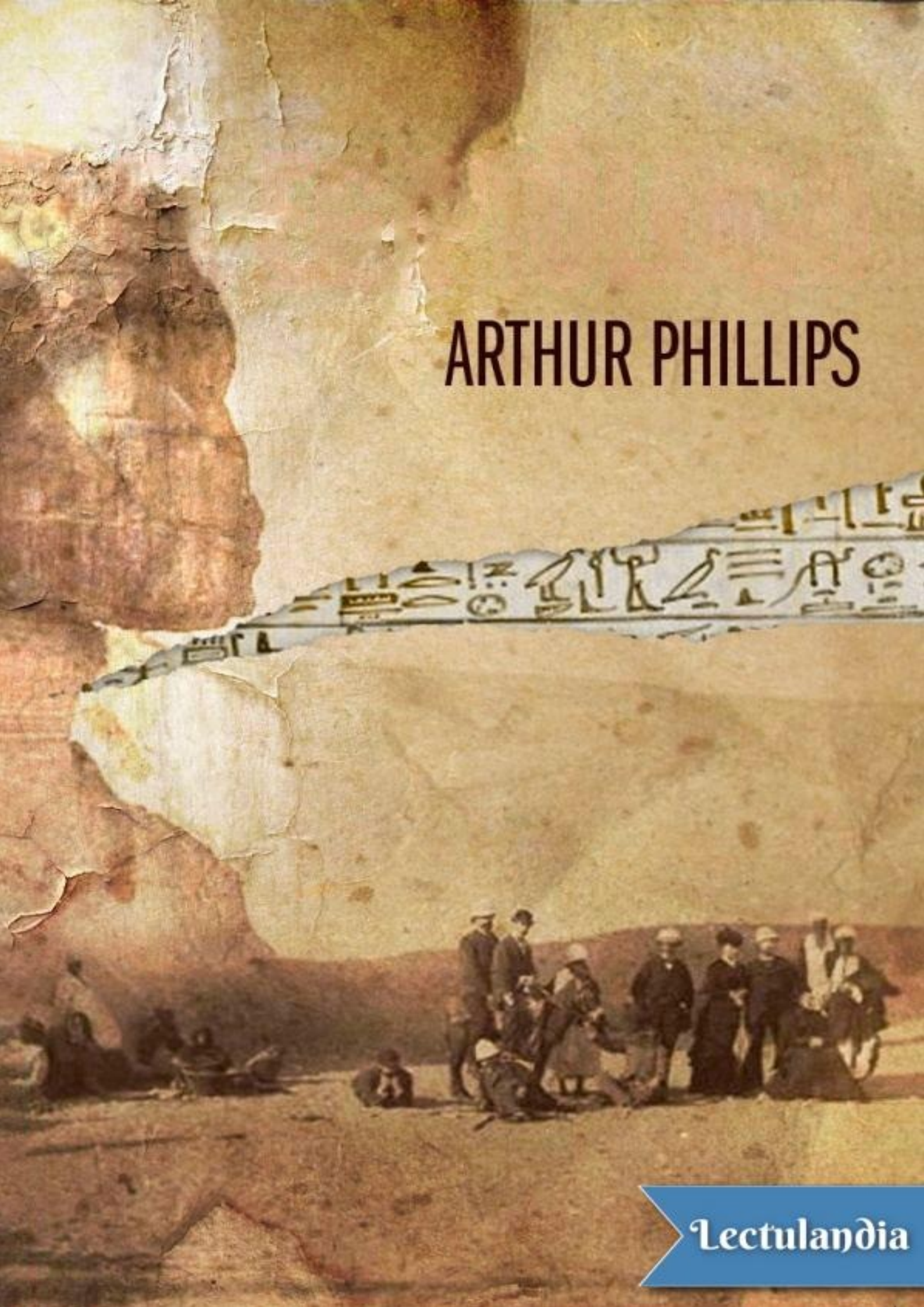
ARTHUR PHILLIPS



Lectulandia

Un obsesivo egiptólogo en busca de la tumba de un faraón. Un implacable detective a la caza de un asesino. Un sorprendente thriller histórico que nos transporta de las llanuras del desierto egipcio a los tugurios de Sydney, de los salones de baile de Boston a la universidad de Oxford, de los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial a una turbulenta corte faraónica. Cuando en los años veinte Howard Carter descubre la tumba de Tutankamon, el más asombroso hallazgo de la historia de la arqueología, el egiptólogo Ralph Trilipush se juega su reputación profesional y la fortuna de su prometida en su obsesión por encontrar el enterramiento de un faraón apócrifo basándose en un jeroglífico pornográfico. Mientras, un implacable detective australiano llamado Harold Ferrell, se enfrenta al caso de su carrera recorriendo el globo en busca de un asesino. Y de otro. Y probablemente de otro más. Esta inquietante, divertida y laberíntica novela se inicia en las llanuras del desierto egipcio en 1922 y serpentea por los tugurios de Australia o los salones de baile de Boston, pasando por Oxford, los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial y una turbulenta corte real. Y su mejor baza es que las dos tramas principales, aparentemente inconexas y rebosantes de intriga, confluyen en un final explosivo tan inevitable como sorprendente.

Lectulandia

Arthur Phillips

El egiptólogo

ePub r1.0
Piolin 07.10.17

Arthur Phillips, 2005
Traducción: Francisco Lacruz Muntadas

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Jan, por supuesto

Protagonistas

Ralph M. Trilipush (británico): Egiptólogo contratado en Harvard, MA y doctorado parcial de Oxford, autor de *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto*, heredero de Trilipush Hall en Kent. Durante la Primera Guerra Mundial sirvió en contrainteligencia en Egipto y fue herido en Gallipoli, erudito principal de Atum-hadu.

Harold Ferrell (australiano): detective privado, autor de memorias.

Howard Carter (británico): reconocido egiptólogo, descubridor de la tumba de Tutankamón.

El quinto conde de Carnarvon (británico): egiptólogo aficionado y patrón financiero de Howard Carter.

Atum: dios-creador egipcio, creó la próxima generación de dioses masturbándose en tierras fértiles.

Atum-hadu: «Atum-Está-Excitado», el rey (?) de la Dinastía XIII de Egipto, nombrado en el momento inmediatamente anterior a la creación (véase Atum), autor (?) del ampliamente debatido *Admoniciones de Atum-Hadu*.

Chester Crawford Finneran (estadounidense): «CCF», propietario de Finer Finery Finneran en Boston, patrón de la Expedición Trilipush, que pronto será el suegro de Trilipush.

Margaret Finneran (estadounidense): de la alta sociedad de Boston, hija de Chester, prometida de Trilipush.

Maestro de Largesse: Asesor y tesorero de Atum-hadu, y el apodo de Trilipush para CCF.

Hugo St. John Marlowe (británico): capitán del ejército y estudiante de posgrado de Egiptología de Oxford, muerto en la Primera Guerra Mundial, amigo más cercano de Trilipush.

Julius Padraig O'Toole (estadounidense): inversor en la Expedición Trilipush, propietario de JPs speakeasy, padrino de Margaret Finneran.

Heinz Kovacs (estadounidense): inversor en la Expedición Trilipush, atormentado continuamente por el Fiscal General de EE UU y de la IRS (Agencia federal de la recaudación fiscal).

Clement Wexler (británico): profesor de Oxford especializado en egiptología, conocido por su escepticismo.

F. Wright Harriman (escocés): primer traductor de las *Admoniciones de Atum-hadu.*

Jean-Michel Vassal (francés): Segundo traductor de las *Admoniciones de Atum-hadu*.

Paul Caldwell (australiano): egiptólogo aficionado, artista de circo, bibliotecario, agitador comunista, cabo de la Fuerza Imperial australiana, desaparecido en la Primera Guerra Mundial.

Barnabas Davies (británico): cervecero, millonario, antiguo marino mercante, mujeriego nato.

Laurence Macy III (estadounidense): sobrino de Margaret Finneran y Cornelius Macy, historiador de la familia, corresponsal, socio literario de Ferrell.

Beverly Quint (británico): estudiante de Oxford, amigo de Marlowe y Trilipush.

Boyd y Emma Hoyt (australianos): marido y mujer, payaso y entrenador de fieras, últimos propietarios del circo Flipping Hoyt Brothers, Sydney.

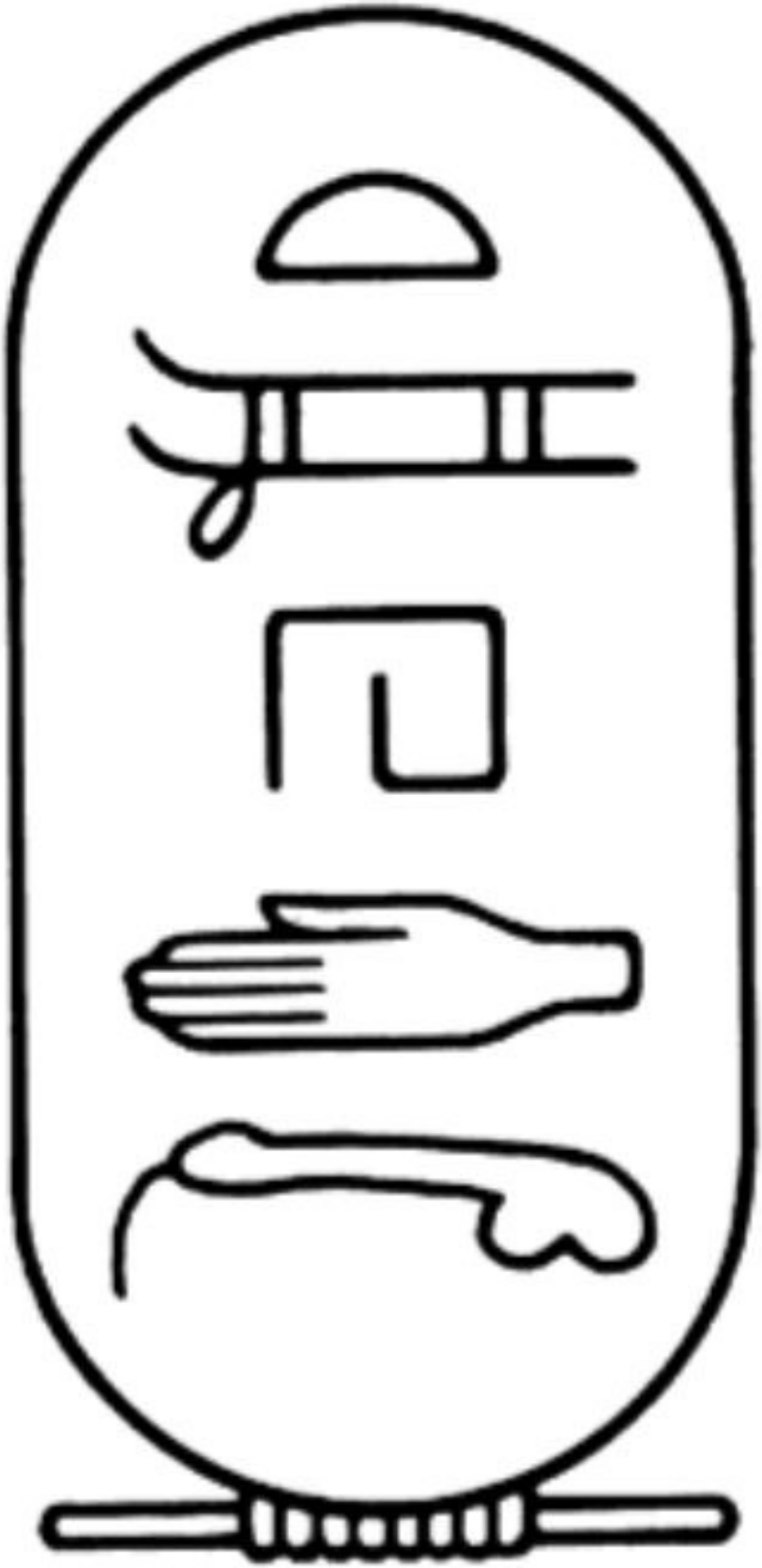
Catherine y Ronald Barry (australianos): hermano y hermana, maestro y bibliotecaria, agitadores bolcheviques, protectores de Paul Caldwell.

Claes Ter Breuggen (holandés): catedrático de Egiptología, Universidad de Harvard, empleador de Trilipush.

Pierre Lacau (francés): Director General del Servicio de Antigüedades de Egipto, supervisor y licenciatario de todas las excavaciones en Egipto.

Ahmed (egipcio): primer capataz de la Expedición Trilipush.

Amr (egipcio): segundo capataz de la Expedición Trilipush.



Cartucho del rey Atum-hadu (Rey Atum-Está-Excitado), último (?) rey (?) de la XIII.ª dinastía de Egipto, 1660 (?)-1630 (?) a. C.



Martes, 10 octubre, 1922

Hotel de la Esfinge, El Cairo.

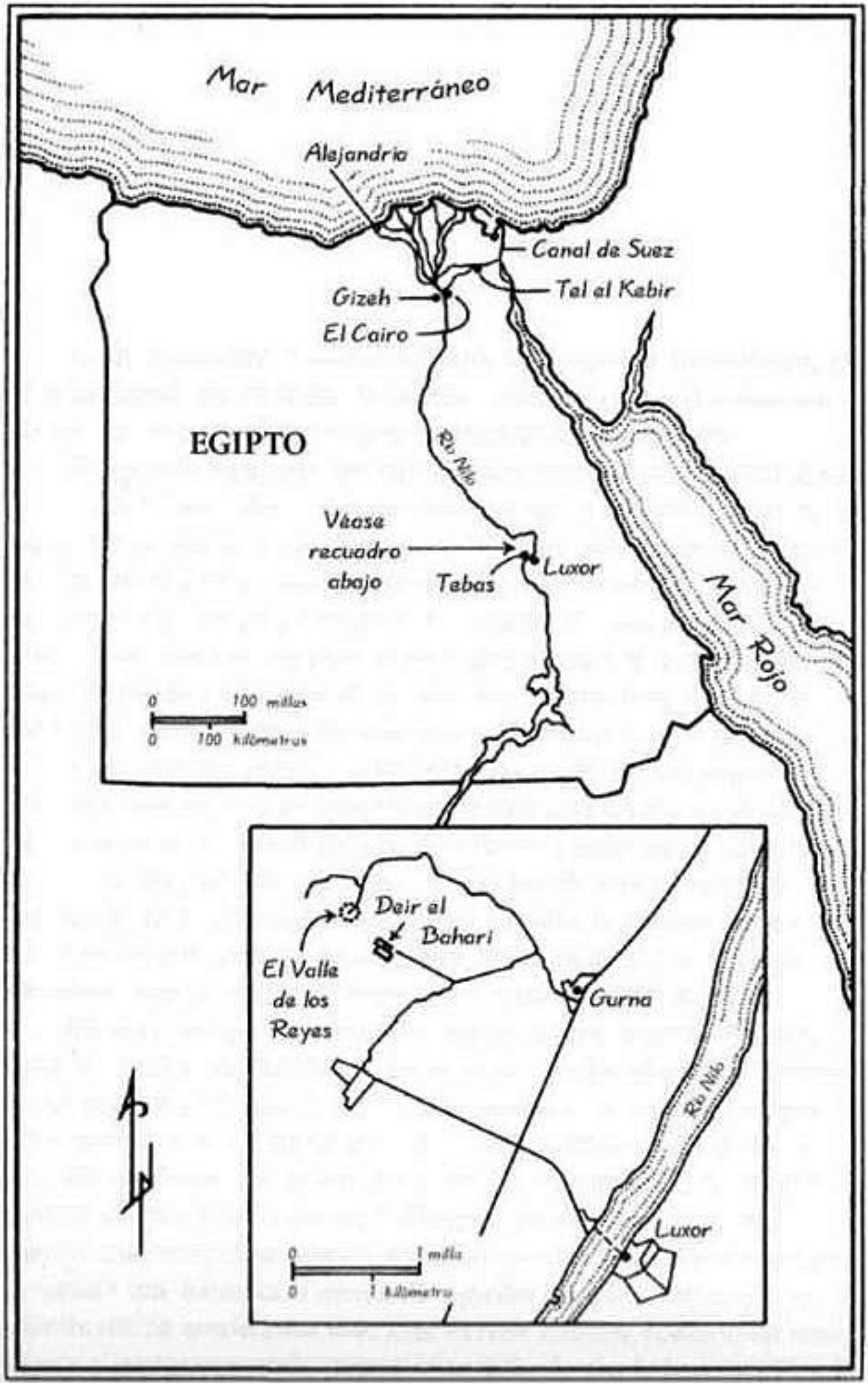
Diario: Llegada a El Cairo por ferrocarril desde Alejandría. Puesto a trabajar inmediatamente. He programado cinco días de estancia en El Cairo para la logística y escribir los detalles preliminares antes de dirigirme al sur, al emplazamiento.

Notas para el Libro: Para empezar adecuadamente, el libro terminado ha de tener un frontispicio, protegido por una hoja de papel de seda.

Frontispicio: -El cartucho real del rey Atum-hadu, último rey del Imperio Medio de Egipto, XIII^a^ dinastía, 1660-1630 a.C.. ¿Se supone que sólo lo van a leer eruditos? No -aclarar para los lectores en general que un cartucho o figura oval es el sello real, uno de los cinco nombres del rey (el nombre de Hijo de Ra), escrito en jeroglíficos y encerrado en un óvalo.

Epígrafe después del frontispicio:
-La inteligencia y la resolución del hombre en superar las dificultades físicas serán la fuente de nuestro

Primera página del diario de Ralph Trilipush


Mar Mediterráneo
Alejandría
Canal de Suez
Tel el Kabir
Gizeh
El Cairo
EGIPTO
Río Nilo
Véase recuadro abajo
Tebas
Luxor
Mar Rojo
0 100 millas
0 100 kilómetros
Deir el Bahari
El Valle de los Reyes
Gurna
Río Nilo
Luxor
0 1 milla
0 1 kilómetro

Documentos reunidos

por

Laurence Macy III,

1955

Correspondencia:

Ralph Trilipush y
Margaret Finneran,
1922

31 de diciembre. Crepúsculo. Ante la tumba de Atum-hadu. En el gramófono, un Victrola 50, suena: *Estoy sentado en el columpio del porche trasero (¿Quieres venir a sentarte conmigo, cariño?).*

Mi querida Margaret, mi eterna Reina cuya belleza asombra al sol.

Mañana, tu padre y yo regresamos a casa, a tu lado… en el lujoso barco fluvial que se dirige al norte, a El Cairo, para pasar la noche en el Hotel de la Esfinge; luego, por ferrocarril a Alejandría, donde hemos reservado un pasaje triunfal en el vapor italiano *Cristoforo Colombo*, con escala en los puertos de Malta y Londres, y destino Nueva York, en donde cogeremos el primer tren que me lleve hasta ti, en Boston. Podrás abrazar a tu prometido y a tu padre el 20 de enero.

A mi regreso, nuestra boda será, claro está, lo más urgente. Después, tras nuevos preparativos, dirigiré una segunda expedición de vuelta aquí, a Deir el Bahari, para llevar a cabo un estudio fotográfico de las pinturas murales y retirar los objetos y tesoros de la tumba. Todo lo que queda esta noche es sellar la entrada de la tumba, dejando mi hallazgo exactamente como lo descubrí. Y luego mandarte este paquete. Mi mensajero vendrá dentro de poco.

Nada se interpone en nuestro camino ahora, querida. Mi éxito aquí, la restablecida bendición de tu padre… todo tal como te prometí. Te alegrará saber que tu padre y yo somos otra vez leales amigos. (Gracias por tu cable de «aviso», pero ¡la impropia cólera de tu padre, allá en Boston, no podía durar mucho tiempo aquí, en mi compañía!). No; me felicita por mi hallazgo («¡nuestro hallazgo, Trilipush!», me corrige), te manda, medio dormido, su cariño y, tumbado, te suplica que hagas caso omiso de aquellas estúpidas cosas que te dijo de mí. Se encontraba bajo una terrible tensión, rodeado de envidiosos e intrigantes, y ahora está encantado de que le haya perdonado por sucumbir, siquiera por un instante, a semejantes mentiras corrosivas. Y por fin estamos regresando a ti, como tú regresarás a mí.

Por supuesto, si lees esta carta, entonces es que, por razones que sólo puedo suponer, no he conseguido volver sano y salvo a Boston y a tus brazos. No habré conseguido llevar conmigo nubes de gloria inmortal, ni rodear tu blanco cuello con esta gargantilla del más blanco oro proveniente de la tumba de Atum-hadu. Ni llevándote aparte cortésmente, bajo las arqueadas ventanas de doble cuerpo del salón de tu padre, secarte tus lágrimas de alegría por mi regreso sano y salvo, y pedirte amablemente que me entregues, en cuanto llegue, un paquete (éste), que tú recibirás dentro de poco, timbrado con el atractivo franqueo del lejano Egipto, dirigido a mí pero a tu atención, para ser abierto por ti sólo en caso de una prolongada e inexplicable ausencia.

No, los acontecimientos se sucederán tal como he previsto, y tú no habrás leído esta carta. Yo llegaré antes que ella, te la quitaré suavemente de las manos antes de

que la abras, y no leerás nada de esto, habiendo sido sólo una innecesaria precaución que nadie más que yo habrá conocido.

Pero. Pero, Margaret. Hay un pero. Tú has visto con más claridad que nadie la malevolencia de aquellos que nos han fallado, y nunca se sabe cuándo pueden ocurrirle a uno accidentes fatales o algo peor. Por tanto me tomo la libertad de enviarte adjuntos mis diarios. Quiera Dios que puedan llegarte sin impedimentos.

Margaret, tú tienes ahora en tus manos, si los viscosos tentáculos de mis enemigos aún no se han infiltrado en el sistema postal egipcio, tres paquetes, dispuestos cronológicamente, según su confección. Se inician el 10 de octubre, con mi llegada a El Cairo, al Hotel de la Esfinge, con los recuerdos de ti y de nuestra fiesta de compromiso todavía bullendo en mi cabeza. Anotaciones de diario que nunca estuvieron destinadas a su publicación se entremezclan con otras que sí lo fueron, y con elementos del trabajo concluido. Buena parte del diario es una carta dirigida a ti, la carta que nunca encontré el momento de enviarte hasta ahora. Tengo intención de aclararlo todo a mi regreso a Boston. El segundo paquete se inicia cuando agoté mi provisión de papel de escribir y sobres del hotel, y en su lugar confié en la generosidad de colegas míos del Servicio de Antigüedades del Gobierno egipcio; montones de páginas con el membrete del director general del servicio. Finalmente, he llenado casi por completo un bellísimo Diario de Campo Indio y Colonial Lett's n.º 46, los diarios preferidos de los exploradores británicos cuando trabajan en remotos calores y arenas, haciendo avanzar el conocimiento mientras ponen en riesgo su piel. No te preocupes: las páginas arrancadas de su lomo no son más que las páginas de esta carta. Juntos, los tres documentos componen el tosco borrador de mi indiscutible obra maestra, *Ralph M. Trilipush y el descubrimiento de la tumba de Atum-hadu*.

Asimismo, adjunto las cartas que me has enviado aquí, tus palabras, entremezcladas las amables y las crueles. Siete cartas, dos telegramas y el cable que te envié que me arrojaste a la cara ayer. Y los cables de tu padre dirigidos a mí.

Acabo de reemplazar la aguja del gramófono, la penúltima. Suena una preciosa canción.

Confío en un muchacho para que me sirva de mensajero.

Con el paso del tiempo, Margaret, se produce erosión. La arena desgasta, los escombros lo cubren todo, los papiros se desmenuzan, la pintura se deteriora. Parte de esto es, desde luego, destructivo. Pero parte de la erosión es clarificadora, cuando depura falsas semejanzas, fallos atípicos, detalles confusos y no esenciales. Si, mientras escribía mis notas, he cometido aquí y allá alguna acción errónea, si no he comprendido o he descrito inadecuadamente algo que vi o que creí ver, bueno, en ese momento uno piensa «No importa, lo corregiré cuando vuelva a casa». Y así lo haré. Pero, desde luego, si me golpearan hasta la muerte y me metieran en el baúl de viaje de un estirado conde y luego me cortaran en trocitos y mis fragmentos fueran esparcidos por encima de la borda para alimento de los tiburones, bueno, entonces,

sería una lástima que no hubiera corregido el trabajo cuando tuve la oportunidad. Necesitaré entonces un brillante y valioso redactor que pueda apartar de un soplo la polvorienta especulación, para revelar la desnuda y fría verdad, una verdad de obsidiana y alabastro. Tú proporcionarás esa clarificadora erosión.

Y llegamos a la crucial tarea que te estoy confiando, mi musa convertida en albacea. Tú eres ahora la diosa guardiana de todo lo que he realizado. Estos escritos son la historia de mi descubrimiento, la derrota de los escépticos y de mi propia inseguridad. Te confío nada menos que mi *inmortalidad*. Deposito en ti mi confianza, a pesar de todo, porque, si no, ¿en quién más lo haría? Si algo le llegara a pasar a mi cuerpo, entonces tú serás responsable —abriendo este paquete, leyendo estas palabras — de garantizar que mi nombre y el nombre de Atum-hadu nunca perezcan. Es lo mínimo que puedes hacer por mí, Margaret.

Supervisarás la publicación de esta mi última obra. Insisto en que se haga en una gran tirada de una prestigiosa editorial universitaria. Pisa fuerte con tu bonito pie y exige un espacio en las estanterías de todas las bibliotecas universitarias importantes, así como en los grandes museos egiptológicos de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y El Cairo. ¡Y entre el público en general! ¡Tápate los oídos, Maggie! Porque se levantará un clamor como nunca se ha oído cuando la noticia se publique. Pero mantenlos todos a raya hasta que estés lista. Haz el trabajo que te estoy pidiendo, insiste en que el libro sea impreso exactamente tal como digo, y no les des a los buitres nada más.

No tengo tiempo de corregir en este momento; los acontecimientos están sucediendo demasiado deprisa aquí. Y nos vamos mañana. Así que yo mismo lo haré cuando llegue a casa sano y salvo; pero, permíteme darte un último consejo si los acontecimientos se desarrollan de manera diferente.

Por ejemplo, mientras los contemplo ahora, sin duda algunos de los primeros bocetos parecen no haber sido terminados. La vista juega malas pasadas en la penumbra, cuando uno tiene prisa, pero los dibujos finales son indiscutiblemente preciosos, de modo que se puede prescindir de aquellos primeros esfuerzos. Y tú tendrás que separar las partes que van dirigidas a ti, mis anotaciones del diario privadas o demasiado francas aquí y allá. Lo que es sólo para ti y lo que es para todo el mundo cae por su propio peso; la división es fácil de ver, si eres cuidadosa. Yo fui demasiado ansioso como diarista y como tu corresponsal al comienzo. No hay necesidad de publicar nada sobre nosotros, las fiestas y nuestras relaciones. Yo estaba emocionado, y con motivo, Margaret, como la historia demostrará. Y ahora veo también ciertas meditaciones sueltas que dejan que se escape un poco de vapor erudito aquí y allá, mis deducciones permitieron cierto espacio para alumbrar soluciones que se evaporaban con la luz del día. Haz una cuidadosa lectura, te lo suplico, una cuidadosa lectura en privado, una meticulosa corrección, y luego busca un mecanógrafo (llama a Vernon Collins); usa mis ilustraciones de los libros de notas, sólo el último grupo, cuando las paradojas de Atum-hadu se aclararon todas, y

finalmente comprendí lo que estaba viendo.

Si debes ser mi viuda, M., entonces serás también mi aliento. Quitarás dulcemente lo que no es esencial. Empecé a tachar algunos fragmentos, pero ahora no tengo tiempo, y podría cortar hasta el hueso, de modo que mira: haré que tu trabajo sea lo más sencillo posible. El material pertinente sigue este orden: Kent; Oxford; el descubrimiento del Fragmento C con mi amigo; su trágico final; tú y yo enamorándonos; la inversión de tu padre; la tumba de Atum-hadu en todo su esplendor; la inteligente solución a su Paradoja de la Tumba; el sellado de nuestro hallazgo para un posterior retorno; tu padre y yo dirigiéndonos a casa; nuestro desgraciado asesinato. O no, por supuesto. No podría estar más claro. Quema el resto como las notas marginales de los primeros borradores de un erudito.

El crepúsculo aquí es distinto de cualquiera que haya visto hasta ahora. El color, cuando el sol se funde en las cambiantes escarpaduras del desierto… estos colores no existen en Boston o en Kent. Éstas son las colinas y despeñaderos donde está indeleblemente grabada la historia de mi vida.

La última aguja del gramófono. Adoro esta canción.

Margaret, si estás leyendo esta carta, sollozando, horrorizada ante tu doble pérdida pero preparándote, tú y tu pluma, para las vitales tareas que tienes ante ti, entonces ya no vacilo en acusar desde aquí, antes de que se cometa el espantoso crimen, al maníaco de Howard Carter, cuyo nombre tal vez hayas oído en las últimas semanas, el medio loco, el afortunado desde la cuna, el inepto que dio un traspié en una escalera y cayó en la sospechosamente bien conservada tumba de un insignificante reyezuelo adolescente de la XVIII.ª dinastía llamado Trivial y Común, el maníaco que, presa de sus paralizantes celos, ha amenazado varias veces a mi persona los últimos meses, tanto si estaba sobrio, como si se había intoxicado con algún narcótico inhalado. He desdeñado anotar en mis diarios profesionales la incesante actitud de hostilidad y escasamente contenida violencia hacia mí por parte de Carter; tal delicadeza es sólo una dolorosa cortesía profesional hacia el otrora gran arqueólogo, y es, por añadidura, un ejemplo de cierta hombría que siempre he mostrado y que tú siempre has admirado. Así, he ignorado sus repetidas amenazas de hacer que yo y mi «notable patrocinador, Mr. Chester Crawford Finneran, desaparezcamos inexplicablemente». Ni que decir tiene que si tu padre y yo no desembarcáramos del *Cristoforo Colombo* en el puerto de Nueva York, puedes estar segura de que hemos sido asesinados por Carter o por alguno de sus secuaces, como su patrocinador, un desgarbado conde inglés, cuyos suaves modales apenas disimulan que es un depravado, por mucho que se empeñe, o por su espantoso cómplice de pelo anaranjado, al cual conoces muy bien.

Hermosísima Margaret, en estos meses no ha faltado incomprensión entre nosotros. Pero, pese a las ásperas cartas y al aún más áspero silencio que me has hecho llegar, sé que tu amor por mí permanece inalterable, al igual que mi amor por ti; no hay nada en esta vida que valore más que tu abrazo. El disco del gramófono ha

llegado nuevamente al final y ahora sólo jadea de agotamiento.

Esta era mi última aguja de los centenares que traje conmigo. El pensamiento de que te he visto por última vez, de que nunca más te tendré entre mis brazos, temblando bajo la brisa mientras cruzamos danzando tu salón de baile y las ventanas están abiertas de par en par al jardín, la idea de que la palidez de tu cuello y el color de tus labios nunca me será mostrado otra vez, me sobrecoge tan brutalmente que apenas soy capaz de escribir. No puedo soportar la idea de que jamás volveré a verte. No puedo soportarla. Y tampoco soporto que pienses en mí tal como tu padre me describió, no como realmente soy, como sé que tú me veías al principio. Por favor recuérdame cuando éramos felices, cuando estabas sumamente orgullosa de mí, cuando encontraste al héroe que llevabas tanto tiempo buscando, al único hombre que podías imaginar, cuando hablábamos de tener el mundo a nuestros pies. Por favor, recuérdame así, queridísima mía. Te amo más de lo que puedas pensar, de una forma que jamás podrás imaginar.

Te veré pronto, mi amor.
Tu Ralph

Correspondencia:

Harold Ferrell a Laurence Macy III, 1954-1955

Residencia Sunset on the Bayview
Sydney, Australia

3 de diciembre de 1954

Estimado Mr. Macy:

Obra en mi poder su atenta carta del 13 de noviembre, y estoy encantado de conocerle, aunque sea por correo. Me sentí muy afectado por el fallecimiento de su adorable tía Margaret. Mi más sincero deseo es que ella me recordara alguna que otra vez. Nos conocimos en una época de crisis, de grandes dramas. Uno nunca olvida eso, téngalo por seguro. Allá por el 22, cuando la salvé, era una mujer hermosa, y con nervio. Nunca la volví a ver después de que yo llevara ante la justicia al hombre que causó su sufrimiento.

Estoy ciertamente muy intrigado por su «humilde petición de servirse de [mi], sin duda, excelente memoria». La verdad, señor, sigue siendo excelente, y haré un esfuerzo especial para demostrárselo. En mis tiempos era conocido por mi gran capacidad para recordar.

Podría también añadir que no es usted ningún insignificante detective, pues ha seguido mi pista hasta aquí, a este miserable agujero, una residencia de ancianos, este cubo de basura humano, treinta años después de los hechos. Si el campo de la investigación llegara a interesarle a usted profesionalmente, creo que estaría muy capacitado, y eso es un gran elogio viniendo de mí. Aunque tal vez sea usted el tipo de persona que no necesita trabajar, ¿no?

Respecto de su primera pregunta, la cual sea quizás solamente una manera cortés de hacer alarde de su educación, incluso en una carta dirigida a un extraño, la respuesta es: aburrido. Aburrido casi hasta la muerte, gracias, que sospecho que es el concepto que hay detrás de estos lugares. Chupar hasta el último de nuestros ahorros y luego aburrirse hasta la muerte esperando meterse en una estrecha y hundida cama, con uno de los pocos orinales hediondos a mano para mear, mientras el vejestorio de al lado aprieta las piernas a la espera.

No soy capaz de expresarle cómo me alegra su petición de escuchar mi caso más importante, para llenar las lagunas de su «particular historia de la familia Macy». Y es usted afortunado. Mire, traje algunas cosillas a este detestable lugar, nada de ropas elegantes o posesiones, yo era un hombre sencillo, siempre dispuesto a moverme deprisa si las circunstancias lo exigían; pero cuando vi con claridad que me dirigía aquí, me dije: «Ferrell, serás un magnífico estúpido si no cargas con tus archivos y pones por escrito tus casos en tus muchas horas libres. Será una brillante, excelente advertencia a los criminales de ahí fuera, una estupenda fuente de enseñanzas para otros detectives, y una historia apasionante para el lector en general». Por eso su carta

me satisface tanto.

¿Quiere usted ventilar recuerdos? Bueno, yo soy la verdad histórica con dos patas, de veras, pero necesito un compañero, igual que usted, si voy a examinar esas historias explosivas y a revelarlas al público. Acierto al suponer que conoce usted a gente que está en el negocio editorial en Nueva York, ¿verdad? ¿Revistas de crímenes reales, quizás? Concedámosle un poco de atención. Sé que usted dijo que sólo buscaba una «historia familiar personal», pero estoy demasiado cerca de la línea de meta para jugar a los disfraces, Mr. Macy. Veo a dónde podemos llegar, y pienso que tenemos un caballo ganador. Mire, conservo notas, lo escribí todo, palabra por palabra, como dicen, tan pronto como me fue posible después de las entrevistas. No teníamos las máquinas que tienen ahora para grabar, de modo que utilizábamos otros recursos. Los jóvenes detectives de hoy en día, con sus cintas magnetofónicas, ni siquiera son conscientes de lo que ya no saben hacer, pero en nuestra época teníamos buena memoria y escribíamos deprisa. Si bien no tengo hasta la última palabra aquí, delante de mí, al menos recuerdo muy bien el tipo de cosas que la gente decía o quería decir, así que puedo hacer una reconstrucción bastante buena. Sólo hace falta color, comillas, adornos literarios, mecanografía. Yo pondré las aventuras; usted el resto, ¿vale?

Aun cuando, al final, parte de ello no fuera claro como el cristal para mí, sigo pensando que éste fue mi mejor caso, de modo que si usted está dispuesto a ser mi doctor Watson, empecemos aquí, y después de ésta, calculo que al menos tenemos otra docena de historias.

Ahora bien, dice usted que tiene documentos que «pueden arrojar luz sobre preguntas pendientes» que yo pudiera tener, y eso es un rico cebo que mostrar ante un individuo como yo. Yo soy quien soy, e incluso treinta años después siento curiosidad por oír cualquier cosa que quiera usted revelar. Cuando usted se refiere a encontrar los papeles privados de Margaret después de su muerte, me pregunto qué incluye eso. ¿Qué decía ella sobre mí? Esa mujer era muy capaz de forzar la verdad para conseguir una historia.

Cuando yo conocí a su familia, allá por el año 22, usted ni siquiera había nacido, me imagino. ¿Cuándo conoció su tía a su tío? Sabe, ella era un poco seca conmigo, me refiero a su tía. ¿Se lo dijo alguna vez? Supongo que no, y estoy seguro de que su tío era un tipo estupendo. Pero cuando la conocí, estaba prometida con aquel mariquita de explorador terriblemente rico, y creo que yo di la impresión de ser justo lo que le convenía… un hombre de impecable honor, siempre tras la verdad, que siempre ponía ésta por delante.

¿Cómo calificar este caso? Fíjese bien: empezó como un encargo de trámite para la herencia de un excéntrico, luego se convirtió en un caso de una persona desaparecida con una docena de clientes diferentes, después en un doble asesinato, en una investigación de antecedentes prenupciales, posteriormente en un caso de cobro de deudas, y de repente en un doble asesinato bastante distinto. Con el

encarcelamiento de aquel maldito árabe (curiosamente, no puedo recordar su nombre), resolvimos al menos el crimen final, pero hay mucho líquido dentro de este coco que no se agita cuando uno lo sacude, incluso ahora. Debería usted seguir la pista de ese árabe; probablemente se esté pudriendo aún en alguna cárcel egipcia. Quizás por fin está dispuesto a revelar dónde escondió los cuerpos y el tesoro.

De acuerdo, empecemos. El caso se inicia en Mayfair, Londres, en mayo de 1922, según las notas que tengo en mi expediente. En ese momento, un hombre riquísimo llamado Barnabas Davies, el propietario de Cervezas Davies, se enteró por su matasanos de que no le quedaban más que unas semanas o meses de vida. Trágico. Ese Davies era un individuo mayor, pero tenía una esposa joven y adorable y un par de hijitos. Con la muerte amenazándolo, Davies resuelve sus asuntos con los abogados. Impecable, firma donde debe, y la viuda e hijos son asquerosamente ricos y algún socio joven dirigirá el *show* de la cervecera. Pero entonces, una semana más tarde, Davies, vivo todavía, llama a sus abogados y les dice que está decidido a hacer algunas cosas más de las que había pensado.

Estamos a 7 de junio ahora. Los abogados vuelven a la casa de Davies, se beben un poquito más de su *brandy* y toman sus notas mientras el viejo les machaca los oídos: la familia y el negocio son una cosa, pero ahora se da cuenta de que debería hacerse algo más. Quiere que el mundo conozca el nombre de Davies por su sempiterna capacidad para hacer el bien. Quiere que su dinero se destine a una cátedra que lleve su nombre en una universidad, quiere que con su dinero se construya un hospital, quiere su nombre en un ala de museo llena de cuadros pintados por artistas que reciban las Becas de Arte Moderno de la Fundación Davies, piensa financiar un monumento a algún regimiento que perdió casi hasta el último de sus malditos hombres en la guerra, y Davies quiere además que el conjunto se alce en los nuevos Jardines Davies, y que un club de fútbol de alguna pequeña ciudad sea el Davies FC; ha llamado ya a un arquitecto para que empiece a trazar los planos de un zoológico con forma de una gran «D» mayúscula, y todo eso cuando está a punto de irse a la cama quizás por última vez. Davies, Davies, Davies por todas partes.

Y entonces da instrucciones a sus abogados sobre algo muy extraño, la verdad. Al parecer, Mr. Davies ascendió mucho en este mundo. Estuvo en la marina mercante de joven, antes de tener su poquito de suerte aquí y allá, y construir el imperio que mantuvo para los inglesotes un flujo de color ámbar aceptable. Probablemente usted, hijo, no ha oído hablar de la Cerveza Amarga Davies. Me parece que la compró otro cervecero después de la Segunda Guerra Mundial, y le cambiaron el nombre. Recuerdo una botella en la que aparecía un barco, tal vez un barco pirata. En cualquier caso, el viejo y agonizante Davies les presenta a sus abogados una lista —una lista más bien larga— de *mujeres* de todo el mundo. Mujeres de Canadá, Estados Unidos, Ecuador, Perú, Australia, e incluso Rusia, así como las fechas en que él *piensa* que estuvo por última vez en esos lugares, la última vez que vio a esas mujeres. Las fechas se remontan al comienzo de sus días en la marina mercante, sus

buenos cuarenta años, en algunos casos, quince en los más recientes. Y aquí llegamos al asunto: Mr. Davies les dice a los abogados que algunas, o muchas, o quizás todas esas mujeres, podrían haber tenido hijos suyos.

Encontrad a esas tías, dice, y averiguad con certeza si *han* tenido mocosos míos. Si es así, no digáis una sola palabra más, sólo dadles las gracias a las madres e id a buscar a los hijos. Hablad con éstos y hacedles esta oferta: Davies les dejará a cada uno cierta cantidad de dinero —buen dinero, si tenemos en cuenta que todo lo que tenían que hacer era reconocer haber nacido fuera del matrimonio, lo cual no es tan duro—, si aceptan dos cosas: *a)* no importunar a la familia Davies de Inglaterra pidiendo un penique más, se ve que la familia legal todavía estaba por encima, incluso para ese maníaco, y *b)* aceptar el apellido de Davies como el suyo. Es decir, Mr. Macy, cambiar de nombre. El más viejo tendrá cuarenta años, ¿no? Pero si un bastardo quiere su dinero, cambiará de nombre. ¿Cuánto? La suma es negociable, dice Davies a los abogados mientras les muestra una tabla que ha hecho: inicialmente los hijos reciben la cifra base, pero los abogados pueden subir hasta las sumas más altas, dependiendo de la nacionalidad, y si los hijos han realizado algo digno de mención, o les parezca que podrían hacerlo. Hay un baremo en su tabla, me dijeron. Un francés con una profesión vale tres veces y media más que un marinero argentino, por ejemplo.

Lógicamente, los abogados arman un pequeño escándalo. Señalan que si nadie ha venido en busca del viejo Davies hasta ahora, y éste —de nada sirve utilizar eufemismos— está a punto de encontrarse con san Pedro, no hay necesidad de andar escarbando por ahí para desenterrar viejos asuntos. Además, dice un juicioso abogado, esto pone a Davies en situación comprometida, pues tendría a todos esos hijos ilegítimos adoptando de repente su buen nombre. «En absoluto —dice Davies —. No han comprendido nada, tíos. Esos hijos son míos, y todo lo que realizan en este mundo es mío, también, y debe llevar mi nombre, porque estoy orgulloso de ellos. Quiero que el nombre de Davies sobreviva en ellos y en lo que hacen. Todos somos Davies —dice el viejo, mostrándose bastante rotundo—. Es mi dinastía». «Bueno, nosotros sólo somos abogados —dicen los picapleitos— y seguir la pista de sus mocosos abandonados por los cuatro rincones del mundo no es tarea nuestra», aunque no se lo dicen de forma tan clara a su opulento cliente, diría yo. Pero éste no escuchaba: «Pongan detectives a trabajar, no me importa cómo lo hagan, pero háganlo, háganlo legalmente, pónganlo en un documento, y yo lo firmaré. Pero háganlo deprisa, porque el tiempo corre, ¿no? Si he de hacerlo, firmaré algunos papeles en blanco y ustedes pueden rellenarlos con los nombres de los hijos más tarde». Más o menos Mr. Davies dice eso.

Ya le oigo a usted preguntar: «¿De cuántas posibles madres estamos hablando?». Bueno, la primera lista de Davies resultó que era más bien preliminar. La cuenta final no deja de aumentar los siguientes días, a medida que el gordo cervecero llama a los abogados para añadir nombres cuando los recuerda, o cuando encuentra la firma de

una dama al pie de algún viejo billete de amor que él está quemando antes de fijar la fecha de su almuerzo con el Altísimo. Cuando la sede de Londres se puso en contacto conmigo en la sucursal de Sydney, el 21 de junio de 1922, la suma total de potenciales Davies ascendía a treinta y ocho, y seguía creciendo.

Ahora llegamos a lo de «sucursal de Sydney» y «sede de Londres». Debería aclararlo. Yo dirigí mi propio negocio, Investigaciones Ferrell, hasta marzo de 1922, sólo unos meses antes de este caso, *El caso del cervecero promiscuo y los asesinatos en el desierto*, ¿vale? ¿Lo capta? No era una aventura muy lucrativa, lo de Investigaciones Ferrell, pero yo tenía cierta habilidad para el disfraz y hacer que la gente dijera la verdad o al menos lo demostrara cuando estaba mintiendo. Yo era un pequeño y valiente bastardo y eso es un hecho. Conocía mi Sydney de arriba abajo, y no tenía tiempo para criminales que se creían que eran unos genios, porque ni uno solo de ellos lo es, nunca, Mr. Macy. No hay más que tres tipos de personas en este mundo, puedo asegurárselo después de todos mis años de tratar con ellos, y quizás ni siquiera llegan a tres.

Entonces, el 22 de marzo, recibí una oferta para integrarme en la Agencia Mundial de Investigaciones Tailor, una empresa en expansión de Londres dispuesta a que ese «Mundial» tuviera un poco de verdad. Hice algunas averiguaciones sobre su negocio. Lo dirigía un tal Nicholas Tailor, que era en realidad un húngaro llamado Miklos Szabo, a quien le habían ido bien las cosas en Inglaterra, convirtiéndose en una especie de investigador confidencial para caballeros, y que tenía un vago acento continental y un aire de mundano saber estar; y así, por un intercambio de unidades monetarias y una charla con su representante respecto a quién pagaría qué a quién y cuándo, descolgué mi rótulo de «Investigaciones Ferrell» e hice que un tipo que conocía viniera con otro que decía: «Agencia Mundial de Investigaciones Tailor, sucursal de Sydney».

Y no mucho después de nuestro acuerdo, me llegaron instrucciones sobre el caso Davies. Recibí la misma carta que los hombres de Tailor repartidos por todo el ancho mundo, explicando la misión por la que los abogados de Londres habían contratado a la agencia de Mr. Tailor. Y ello porque, sin la menor duda, uno de los puertos de escala de Mr. Davies había sido Sydney, y yo había de seguir la pista de una dama llamada Eulalie Caldwell, quien a partir de 1890, o 1891, o 1892, o quizás 1893 (lo más que Davies podía recordar) había sido una bonita joven sin ataduras, que vivía sola en Kent Street (un barrio muy poco elegante de Sydney), ganándose la vida temporalmente fregando platos. Fin de la información.

Mr. Macy, un detective no inicia todos los días una búsqueda de un heredero perdido y en su lugar resuelve dos casos de asesinato doble, uno de ellos de cuatro años de antigüedad. Pero eso es justamente lo que yo hice. Si saboreo los detalles de este triunfo después de una larga y difícil carrera, confío en que usted lo comprenderá.

Kent Street era un agujero deprimente en el decenio de 1890, y no había mejorado

mucho en 1922. Pero yo estaba bastante familiarizado con barrios como aquél, pues difícilmente podía evitarlos en el campo laboral que había escogido. Y, con ese conocimiento, ciertamente no compartía la ilusión de Mr. Davies de que su adorada muchacha se hubiera detenido allí sólo temporalmente en su camino hacia mejores tiempos. Si estaba viva, no andaría lejos. Eso no llevaría apenas tiempo, y mi única curiosidad era ver cómo podía facturar al cuartel general de Londres el máximo de tiempo y de gastos, dado que todo eso iba a parar a los abogados y a Mr. Davies, en definitiva.

No es demasiado difícil obtener información sobre algo así en los registros públicos, preguntando por aquí y por allá. Dos días más tarde, estamos a 24 de junio, me encontraba en un sucio edificio de apartamentos, no exactamente en Kent Street, sino dos calles más allá. Vaya visión, cómo vivían aquellos pobres bastardos. Casi me sentía un santo… esa gente necesitaba el dinero de Davies y yo estaba allí para ayudar al menos a que uno de ellos dijera las palabras necesarias para conseguir un poco. ¿Y sabe usted lo que quiere la gente como ésa? Algo de espacio para estar solos, un poco de sueño tranquilo, limpieza. Una pizca de intimidad. No tiene usted ni idea, Mr. Macy, en su espléndida mansión de Nueva York. Y compasión, sabe usted, a mí no me falta.

De manera que allí estaba, en una habitación atestada, tratando desesperadamente de encontrarle el sentido a las palabras de una mujer que parecía tener sesenta y cinco o setenta años, sin dientes y cadavérica, la nariz como una col podrida, e informe por lo que se refiere al resto de su cuerpo. Mr. Davies debe de haber sido un solitario marinero mercante, incluso treinta años antes, porque ella dice que es Eulalie Caldwell. (Aunque ella me da una fecha de nacimiento que implicaría una edad de cuarenta y nueve años. Las mujeres son así).

El lugar parece y huele como si los roedores fueran y vinieran a su antojo, y el ruido de las demás familias en el patio y arriba te hace castañetear los dientes. Si Davies tiene un mocoso entre esta multitud, debe de andar por los treinta, y hay algunos que podrían encajar con esa edad, pero quién podría decirlo, porque hay gente por todas parles, entrando y saliendo, gritando, metiendo o arrastrando afuera basuras. Hay niños no mayores de trece años, otros son fornidos tipos feroces que pretenden que tienen un trabajo eventual, pero mi olfato me dice que están metidos en algo clandestino; una pareja de muchachas, con sucias pintas, a las que reconocí como practicantes de una discreta profesión. No hay forma de decir quién está emparentado con quién, o siquiera quién vive ahí. Mis notas de aquel día hablan de «sucios animales», pero ignoro si me refería a bichos, a mascotas o a personas.

Estoy allí de pie tratando de conseguir que Eulalie me escuche. Evidentemente no es capaz de realizar trabajo alguno ya, si es que alguna vez lo fue. Es inútil, y yo estoy rezando para obtener un poco de la última actividad cerebral de la mujer, cuando llega un bajo y delgaducho individuo de pelo negro y aspecto enfermizo, en mangas de camisa, que saca un pedazo de pan moreno de su zurrón, le quita su dura

corteza, y lo deja caer en el regazo de la vieja. La mujer baja la mirada hacia el pan y asiente, como si se tratara de un viejo amigo. El individuo se queda a su lado y me observa. Parece un probable candidato para ser mi heredero. Y hago la pregunta. «¿Alguno de ustedes conoce a algún Mr. Davies?».

Eulalie me mira con los ojos desorbitados, pero luego roe su pan y se mira los pies. El individuo inicia la negociación con un «¿Y qué, si es así?» y yo contraataco con la respuesta típica: «Bueno, entonces tenemos otra pregunta para usted». Él tiene que presumir un poco más, así que tenemos un «¿Y quién es usted, ya que estamos?» que siempre se ve respondido con un «Eso depende, ¿no?». Finalmente, llegamos al «Ella podría conocer a Davies. Pero si él la quiere ahora, es un poquito tarde, ¿no?».

«Nunca se sabe, hijo; yo trabajo para hombres muy poderosos», y él mastica esas palabras durante un rato y, venga, seguimos. Sí, sí, Davies es un nombre que el joven conoce, pero Eulalie sigue sin decir una palabra; se limita a coger una botella de cerveza que le tiende su joven compañero.

El individuo empieza a escupir fragmentos de la historia, aquí y allá para que yo los coja y los haga encajar. Este, Tommy, es uno de los mocosos de Eulalie Caldwell, uno de los once que vieron la luz del día y que sobrevivió al primer año. Tommy conoce el nombre de Barnabas Davies sólo porque Eulalie solía «rajar sin parar» sobre el susodicho cuando Tommy era un niño. «Barnabas, el único amor verdadero de su vida, el hombre que la hubiera hecho una mujer feliz en Londres, pero que no estaba destinado a ser. Jesús, qué murga». Estoy pensando. Un caso fácil. Tengo a mi chico y ahora nos dedicaremos a cambiar su nombre. Trabajo hecho. Pero no; su *siguiente* hombre fue el padre de Tommy, y se quedaría más tiempo del que Davies lo había hecho, viviendo con ella y los críos durante unos meses de la vida de Tommy, incluso regresando posteriormente para engendrar al niño número cuatro, pero nunca tuvo la «cualidad» del misterioso Davies, que venía y se iba como el viento, prometiendo, cuando partía al mar, volver a buscar a la adorable muchacha de diecinueve años con quien (sobre quien) había pasado un fin de semana. No, resulta que Tommy es el hijo número dos. Tiene una hermana (hijo número cuatro) y hay una bandada de medio hermanos, historias trágicas que ahora él quiere compartir conmigo ya que estoy aquí y piensa que quiero saber. Lo escuché sin el menor interés porque no tenía ninguna relación con mi asunto: un largo y tedioso recital de niños nacidos muertos, hambre, promesas rotas de ascenso social de este o aquel mentiroso *dandy*; aquí, una poco dispuesta pero aprovechable prostituta; allí, un espantoso matrimonio, un muchacho muerto en Callípoli, otro trabajando en un rancho en el norte, todo hasta llegar a la niña de trece años que se encuentra ahí mismo, delante de mí (no figura su nombre en mis registros).

Por supuesto, cuán condenadamente aburrido era todo eso, como la pobreza lo es siempre, y cuando Tommy hubo terminado de escupirlo todo, volvimos al trabajo sobre la pregunta principal. ¿Dónde estaba el medio hermano mayor de Tommy, engendrado por Davies, el primer hijo de Eulalie? Y sólo entonces Eulalie levanta la

mirada hacia mí y empieza a hacer un extraño ruido y luego a llorar, o al menos eso pienso al ver que su nariz está goteando como un grifo y sus labios tiemblan, aunque no veo que le caigan lágrimas. «Oh, Paul», dice ella, y no se puede usted imaginar cuán irritado parece Tommy… no conmigo, sino con la bruja borracha sentada ante él que sólo ahora ha conseguido juntar dos palabras. «Cierra la boca, ¿quieres? Mueve el culo y ve a limpiar algo, maldita bruja», y la llorosa mujer consigue salir, arrastrando los pies, de la habitación, con la niña más pequeña siguiéndola, mientras le grita a Tommy unos insultos.

Vuelta a la rabiosa y resollante historia del hombrecillo: Paul Barnabas Caldwell era «un año o dos mayor» que Tommy, lo que significaba que había nacido en 1892 o 1893, cosa que encaja con mis cuentas. Tommy odiaba a Paul. Creció amándolo, desde luego —es tu hermano mayor, lo quieres y sientes pena por él cuando recibe una bofetada de mami o del hombre de la casa (un título rotatorio, por lo que parece) o de Bowlex (¿Dowlex? Creo que lo estoy leyendo correctamente)—, pero Paul creció deprisa y empezó a darse importancia: comenzó a devolver los golpes a Eulalie, antes de escaparse por última vez. Y Paul era listo en la escuela, cosa sorprendente, incluso cuando era un chiquillo. A Tommy no le gustaba eso. Paul fue el único que tuvo la oportunidad de ir a la escuela, una verdadera oportunidad, pues para entonces Eulalie podía trabajar un poquito, podía ganar algo de dinero, y por tanto Paul consiguió ir a la escuela «de forma regular; no sólo de vez en cuando», mientras los demás entraban y salían, ayudando a su mami en el trabajo, abandonando los libros tan pronto como el Estado decía que tenían el graduado. Peor aún, Eulalie siempre les decía a Tommy y a los otros niños que Paul era especial porque el padre de Paul era algo especial; y se lo había echado en cara al padre de Tommy también. «Tú no eres Barnabas Davies». Tommy me dijo con una tranquila aunque irritada expresión de asombro. «Pero Paul ni siquiera se mostraba agradecido por ello»; solía llamar puta y desgraciada a Eulalie, le decía que no era su madre, que no era una mujer limpia, y se marchaba por la puerta para verse con sus amigos, «y nunca me llevaba con él», dice Tommy. «Ni siquiera una sola vez me llevó con él, nunca me mostraba sus libros y dibujos, me miraba como si yo fuera basura, porque mi padre no era su Mr. Davies, sino que sólo era el pobre viejo Tom de allá, del *pub*. Pero una vez lo pillé. —Tommy se ríe, mostrando sus escasos dientes—. Lo pillé bien. Le cogí uno de sus libros de la biblioteca, uno realmente sucio, lo cogí y se lo enseñé a Rowler (¿Bowlex?). Paul vio cómo le sacaban el diablo del cuerpo con el látigo aquel día. Fue digno de verse».

Bueno, Mr. Macy, usted puede imaginar que era un espectáculo agotador —mentiras vengativas, recuerdos mal interpretados y autoconmiserativos—, pero era algo que yo podía comprender y soportar mientras consiguiera hacer mi trabajo. Tuve que escuchar un montón de estas cosas antes de lograr que el joven Tom se calmara lo suficiente para responderme: ¿Dónde está Paul Davies *ahora*? Mi error desencadenó otra tormenta:

—Él no es Paul *Davies*, es Paul *Caldwell*, ¿oye? El apellido Caldwell es bastante bueno para él; tiene suerte de llevarlo.

—Bien, Paul Caldwell entonces, Tom… ¿dónde está?

Resulta que Paul se fue cuando Tommy tenía trece o catorce años. No dijo ni una palabra al marchar.

—Eso destrozó a Eulalie —dice Tommy—. Lo necesitaba. Iba a ser el hombre de esta casa, y ahora todavía tengo que oírme decir todo el santo día que yo no soy el hijo de Barnabas Davies.

—¿Y desde entonces, desde, digamos, 1907?

—Ya, aquella bolchevique, como se llame, la estúpida bibliotecaria, vino un día, el 18 o el 19, modosita, correcta y despreciativa, y nos mostró la carta del Ejército diciendo que Paul estaba desaparecido, que era cabo, y que no se tenían más noticias. Nosotros ni siquiera sabíamos que había ido a la guerra. Él, desaparecido, y Mick muerto en aquella playa turca, que Dios maldiga; Eulalie estuvo llorando un mes entero. ¿Ahora, *qué*, en nombre de Cristo, *quiere* usted de nosotros?

Mis notas dicen: «Dos horas y media con aquellos animales. Factura a Londres por diez horas». Eso no es ningún crimen, Macy, pues Londres le da la vuelta y factura a los abogados por veinte, y éstos facturan a Davies por cuarenta, y eso ya le está bien a ese bastardo, que dejaba a las mujeres en apuros. ¿Se lo imagina, Macy? Por todo el mundo detectives como yo fisgoneando en las heridas abiertas de familias desgraciadas y mujeres abandonadas. Debía de haber un sinnúmero de escenas patéticas, terribles como ésta en marcha por todo el mundo entonces, en aquel mismo momento, porque el viejo Mr. Davies había sido un trueno de joven y quería ser amado por ello de viejo.

Mis notas también dicen: «Contratado por Tommy Caldwell para transmitirle cualquier noticia sobre la dirección o tumba de Paul Caldwell, pago si hay resultados». Tenía a mi segundo cliente en lo que era ahora el caso Paul Davies/Paul Caldwell, aunque dudaba mucho de su intención de pagarme.

> Mr. Macy, dormí como un bebé la noche pasada. Ni una sola de las viejas pesadillas, ni un brinco, ni una vuelta. Sólo por eso le doy las gracias. Sólo por saber que usted y yo estamos trabajando juntos en esta memoria, abriendo el viejo caso, explicando su lógica y estructura, haciendo saber al mundo lo que conseguí. Me siento un hombre nuevo. Incluso tomé un desayuno completo esta mañana, me obligué a tragar todo ese veneno, y sabía bien. Anoche, antes de apoyar mi cabeza en la almohada, saqué mis otras cajas de expedientes de debajo del catre, y eché un vistazo a un par de los mejores, aunque el desgraciado que está a mi lado se quejaba de la luz e incluso llamó a uno de los esbirros para obligarme a apagarla… No importa mucho. Después de que usted y yo terminemos con esto, pienso que el caso que yo llamo *La hermosa muchacha muerta* servirá para nuestros lectores. («¡No se pierda otra aventura de Ferrell y Macy, el próximo mes!»).

Estábamos en que el caso de Barnabas Davies estaba cerrado, ¿no? Teníamos el

nombre del hijo de Davies en Sydney: Paul Caldwell, nacido en 1893. Teníamos una descripción de su personalidad hasta la edad de catorce años: posible inteligencia superior a la media, pero con la rabia del niño abandonado, atrapado en la pobreza. Más allá de eso, no sabemos qué clase de hijo dejó tras de sí Mr. Davies cuando subió a su barco y se abrochó los pantalones. Sabemos que el muchacho se marchó para luchar en la guerra y no volvió a casa. «Desaparecido», Mr. Macy, significa que no pudieron separar los cuerpos reducidos a pulpa en el barro francés o en la playa turca o en el Canal de Suez. Y Melbourne simplemente te consideraba muerto al cabo de un tiempo de darte por desaparecido. Creo que fue en el 19 o el 20 cuando dijeron que ya *nadie* estaba desaparecido… todos los expedientes de *desaparecidos* fueron etiquetados nuevamente como *muertos*. De modo que por lo que a los registros oficiales se refería, Paul estaba muerto, aunque por alguna razón nadie había decidido comunicárselo a Eulalie y a Tommy todavía. De cualquier modo, caso cerrado, me dije.

Pero entonces lo reconsideré, Mr. Macy, y ésa fue una astuta y crucial decisión, como usted y nuestros lectores podrán ver. ¿*Por qué* cerrar el caso? Yo podía seguir dando vueltas al asunto montones de horas tratando de conseguir detalles de la vida y el servicio militar de Paul Caldwell, para enviárselos a su orgulloso papá. Cierto, ningún heredero a quien dar el dinero, probablemente, pero «desaparecido» no es *totalmente* «muerto», así que ¿por qué no ver lo que podía encontrar? Y, si estaba muerto, tal vez era un héroe de guerra, y podía ser rebautizado póstumamente, convertirse en el valiente Paul *Davies*, valeroso mártir de Las Ardenas, de manera que el gordo y agonizante cervecero pudiera comprarse un bonito hijo-héroe muerto, ¿y qué valía *eso* en su tabla, y quién recogía el legado en metálico por ello? Mi mente trabajaba deprisa, el viejo juego estaba en marcha, y la factura final a Londres iba a pagarme unas bonitas vacaciones.

Ahora tenía que tirar de los hilos para conseguir echar un vistazo al expediente militar de Caldwell. Este estaba guardado a cal y canto en Melbourne; ni siquiera a las familias se les permitía verlos. Aún hoy rige esta norma. Incluso a Davies, en Londres, como pariente más cercano, se le enviaría sólo una breve carta declarando la muerte y el rango final. Pero si hay que investigar, Mr. Macy, uno necesita una red de individuos útiles. Y eso es lo más sencillo del mundo: un tipo me debe un favor, conoce a otro que maneja a unas chicas de Melbourne, y una de ellas trabaja para un hombre que conoce a un individuo que trabaja en la oficina del historiador de Defensa, y ese individuo le debe un favor al primero, o el primero mencionaría a Defensa que el segundo tenía intimidad con esta o aquella inapropiada muchacha (por no decir aborigen), y un poco de dinero (facturable como gasto a Barnabas Davies, ni que decir tiene) se mueve (encogiéndose mientras lo hace) a lo largo de esa extensa red de anónimos pero útiles individuos. Algunas notas garabateadas describen sus movimientos de ida y vuelta por esa red. Y ahora estamos a siete de julio, y yo copio las notas pulcramente de mi archivo, con mis preguntas, todo lo cual dice,

literalmente:

Paul Caldwell. Nacido en 1890 (Tommy dijo que en 1893). Voluntario en infantería (¿por qué?), en octubre de 1916, con la determinación tomada (¿por quién?) de que su servicio se limitara a Egipto mientras las Fuerzas Imperiales Australianas tuvieran presencia allí, debido al conocimiento y circunstancias especiales (¿cuáles?). Ingresado como soldado raso (si tenía conocimientos especiales, ¿por qué sólo como soldado raso?). Enviado a infantería en Tel el Kebir, Egipto. Ascendido en dos ocasiones y citado por servicios distinguidos dos veces también, con carta elogiosa, incluida en el expediente, del capitán del Ejército Británico H. S. Marlowe. (¿Por qué un capitán inglés se preocuparía de un australiano?). Desaparecido mientras estaba de permiso el 12 de noviembre de 1918. Unos nativos, más al sur, en Deir el Bahari (a 800 kilómetros de su campamento), descubrieron posteriormente el fusil de Caldwell, así como las placas de identidad de Caldwell y del mencionado Marlowe. (¿Un oficial inglés y un cabo australiano, juntos de permiso?). Rango al final de su servicio: cabo. Condición de «Desaparecido» modificada por la de «Muerto» en los registros finales, que se cierran el 29 de junio de 1919.

Como se trataba de un oficial inglés, el expediente del capitán Marlowe fue convenientemente localizado en Londres, de modo que hemos de sentirnos satisfechos por esto ahora, mi buen Watson. Ahora bien, las preguntas que apunté en mis notas aquel día son sólo algunas de las que deberían ocurrírsele a un investigador perspicaz enfrentado a esa sinopsis. Dejaré que usted se ocupe de contar los rompecabezas ocultos en ese centenar de palabras, porque crían rápido, los conejitos. Aquí hay un regalo, sin embargo, en el caso de que su historia no tenga mucha fuerza: la guerra terminó el 11 de noviembre de 1918, el día *antes* de que Paul se esfumara.

Una cuestión más del expediente del muchacho: «Pariente más próximo: Mrs. Emma Hoyt, a la atención de Flipping Hoyt Brothers Entertainment, Ltd. Sydney». Pobres Eulalie Caldwell y Tommy. No es extraño que tuvieran que enterarse de las noticias por un tercero: Paul no los mencionó cuando se alistó. La familia parece haber sido un engorro para nuestro muchacho. Tendría que preguntar a los abogados: ¿podría recibir su parte de la herencia este nuevo pariente más cercano, si Paul Caldwell estuviera muerto y hubiese sido retroactivamente rebautizado como Paul Davies?

¡Buenos días, Mr. Macy! ¿Continuamos? Bien.

Por supuesto, yo recordaba al Flipping Hoyt Brothers Circus… Pero primero, oigo al impaciente Mr. Macy quejándose. «¿Qué tiene que ver esta estupenda historia con mi pobre y maltratada tía y desaparecido tío abuelo?». Todo, Mr. Macy, todo. Paciencia. Tenga un poco de fe en su narrador, ¿vale?

Bien, yo recordaba al Flipping Hoyt Brothers Circus, pero me sorprendió

descubrir que aún existía cuando fui a hacer averiguaciones sobre Emma Hoyt en la taquilla del circo, el 8 de julio de 1922.

—Está a punto de salir —dice el calvo y bigotudo hombre sin camiseta de la taquilla—. Está disponible para los admiradores después de la actuación, pero ahí va un pequeño consejo, compadre. Es más probable que hable con usted si sabe que vio su espectáculo.

—¿Ha empezado *ya*? —pregunté, paseando la mirada por el campo que nos rodeaba y la deteriorada carpa amarilla, con tres o cuatro personas deambulando en torno de algunas caravanas.

—Empieza dentro de cinco minutos. Es usted un hombre afortunado.

Pagué por un asiento de primera fila, y el calvo salió de la taquilla para cortar el billete que acababa de venderme, luego me acompañó a mi sitio, cerrando la lona detrás de nosotros. Conté el auditorio. Ocho espectadores, aunque había bancos vacíos, gradas y una fila de grandes divanes con mesas, en total asientos para 300 personas o más. Mi acomodador me sentó, luego continuó por el vacío pasillo, saltó por encima del desconchado murete de madera roja que había delante de mí, abrió la puerta de la alta cerca de metal que rodeaba la pista de arena, cerró la puerta tras de sí y cogió un megáfono. Sus rojos pantalones de terciopelo estaban blancos por el culo. «Señoras y caballeros», gritó, caminando en círculos, mirando por encima de mi cabeza a las antaño multitudes.

Concluidos sus comentarios inaugurales, desenrolló su látigo y levantó una trampilla que había en la parte trasera de la jaula. Tres monstruosos tigres entraron sigilosamente. Nuestro calvo se ocupó perezosamente de que saltaran uno sobre otro, rodaran sobre su lomo, saltaran a través de un aro de metal… todo lo cual ejecutaron con lentitud pero con repentinos gruñidos de rebelión, que el látigo no conseguía sofocar muy rápidamente. Para su actuación final, hizo que los tigres se echaran en el suelo, no sin resistirse, y abrió nuevamente la portilla de la parte posterior de la jaula. Allí, teatralmente iluminado desde detrás, apareció un pequeño y extraño perfil, y entonces entró contoneándose un pingüino. El ave dio una vuelta en torno a los tigres que estaban boca abajo, se paseó por encima de sus lomos, y luego los animales se dieron la vuelta y él se subió sobre ellos como si fueran troncos en un río, caminando encima de sus barrigas. Finalmente, el pingüino se bajó, dio una vuelta al anillo en busca del aplauso y se acercó a los tres tigres para besarlos a cada uno de ellos en el hocico (previamente rociado con perfume de arenque, sin duda). Los niños se quedaron boquiabiertos y se rieron. Era una bonita exhibición, supongo. Cuando salía bien.

Aquel día, sin embargo, el tercer gato estaba harto. Y cuando el beso que apestaba a pescado rozó su contraído y bigotudo hocico, se vio por un instante la fulgurante y borrosa imagen de una garra anaranjada y negra, y el pingüino bajó la mirada hacia las tres franjas rojas de su blanco pecho con la sorpresa de un rico que se ha derramado un poco de clarete sobre su camisa de etiqueta. Levantó su picuda cabeza,

asombrado. Miró al perezoso domador de tigres que lo había amaestrado, convenciéndolo de realizar este paseo dos veces al día, el cual se quedó asombrado por la indisciplina del tigre, y ahora levantaba el látigo y le gritaba al gato, pero era demasiado tarde. La garra volvió a centellear, y el repentinamente descabezado pingüino se estremeció en su lugar pero no se tambaleó, porque la otra zarpa del felino estaba sujetando sus palas palmeadas. El tigre se disponía a disfrutar del bocado que se había preparado cuando sintió que el látigo le mordía el lomo. Se dio la vuelta rugiendo contra el hombre que desde sus días de cachorro le había azotado y alimentado. «¡A mí no me rujas, eh, chaval!», gritó mi vendedor de entradas, azotándolo con furia. Sólo entonces se dieron cuenta los dos niños del público de que el pingüino cuyas payasadas habían estado admirando no estaba bien, ya que su cabeza, de pequeños ojos redondos y brillantes, había ido a descansar sobre el rojo murete de madera, unas filas por delante de ellos.

Por razones que Mrs. Hoyt me explicaría más tarde, y como una cuestión de disciplina para los animales y de seguridad para su amo, a los felinos se les exigía que realizaran toda su rutina otra vez, sin fallo alguno, antes de que se les permitiera salir de la jaula para recibir su premio en carne. Mientras los dos niños sollozaban y sus padres les decían: «Vamos, vamos, es sólo un truco», los tigres, irritados y gruñendo, repitieron sus deberes y trataron de alcanzar a su domador. De nuevo los saltos, el rodar por el suelo, los brincos a través del aro. De nuevo todos ellos yaciendo en el suelo, frente al público. Otra vez la portilla trasera levantada. Y otra vez una dramática silueta de un rellenito animal de hocico de banana. Y nuevamente entró contoneándose un pingüino amaestrado, esperando ganarse un aplauso y un pescadito fresco. Lo que este segundo pingüino pensó cuando cruzaba por delante del decapitado y polvoriento balón de fútbol de su colega no puedo decirlo. «¡No! ¡No! ¡Vete! ¡Escapa!», gritaba el niño que tenía a mi izquierda.

Sólo menciono esta escena, Mr. Macy, para ilustrar el estado del circo en 1922, porque luego contemplé a la contorsionista china de mediana edad retorcerse de las formas más peculiares, para incomodidad del público. Asistí también al espectáculo de un único trapecista con traje de lentejuelas, balanceándose cansinamente un rato antes de dejarse caer simplemente en la red y de allí al suelo, donde empezó a quitarse el traje mientras se marchaba. Durante todo este tiempo, un hombre de sesenta años, visiblemente desanimado, tocaba un desafinado piano de cola. De vez en cuando murmuraba con afligida seriedad a los asustados niños: «¡Ah, el circo! Es mágico, mágico».

«Estudió música clásica, sabe usted. Dirigía nuestra orquesta de diez músicos, cuando Paul», me dijo más tarde la parienta más cercana de Paul Caldwell por elección, Emma Hoyt, de rostro lánguido. Su negocio estaba en las últimas, desde luego. Pensé que aún se aferraría a él otra semana, pero que yo había sido testigo de la agonía final del Flipping Hoyt Brothers Circus. «En tiempos mejores», empezaba ella la mayor parte de sus frases, o «Cuando mi marido, Boyd, vivía», o, más

interesante: «Paul hubiera aborrecido ver que las cosas terminaban así».

Era una mujer de cuarenta y cinco años más o menos, que no carecía de encantos, vestía aún como un general de algún ejército de brillantes colores, el cabello rubio y recogido bajo su redondo y cilíndrico sombrero. Encendía un cigarrillo tras otro, pero no se los fumaba. Su caravana privada olía a perfume, a sus perros amaestrados, a excrementos de animal salvaje.

Estaba ansiosa por hablar de Paul Caldwell. Le dije que podría haber heredado algún dinero de él, pero ella me regañó: «Eso es imposible. Está desaparecido». Mis notas están bastante bien redactadas, pensando en usted, todo está más o menos como me lo contaron. (¿Cree usted que deberíamos ofrecer historias refinadas con largos discursos, o sólo los fragmentos de mis notas? Esto último es más «real», supongo, pero el lector desea sentir que le está sucediendo a él, si sabe usted lo que quiero decir, Mr. Macy).

—Su visita despierta tantos penosos recuerdos, Mr. Ferrell… Paul era la cosa más maravillosa que jamás le había ocurrido a este circo. Su amor por lo que hacíamos aquí… Yo pensaba en él cada día, imaginándolo allí en la guerra, luchando por esto, por la magia de nuestro circo. Oh, no me malinterprete; sé que los alemanes tienen buenos circos, también, pero estoy segura de que el káiser no era ningún entusiasta. Nosotros, las personas libres, apreciamos cosas que los de su clase no pueden tolerar.

»Escribí a Paul cuando Boyd fue llamado a las puertas del cielo, y le dije que haría todo lo necesario para mantener su circo listo para él. Se lo ofrecería en bandeja, si lo quería, después de la guerra. Podría darle la vuelta a las cosas. Tenía tanta entrega…

»Por supuesto, querrá usted oírlo todo desde el comienzo. Paul llegó aquí cuando tenía diecinueve o veinte años. Boyd lo descubrió. Dijo que tenía un extraordinario talento natural. Había visto a Paul en el mercado y lo siguió un rato, disimuladamente, observando lo que hacía. Luego fingió caminar delante de Paul, despistado, hizo ver que se agachaba y se ataba el zapato, y cuando se volvió a poner de pie simplemente agarró la muñeca de Paul y recuperó su cartera. Por supuesto, durante un rato, Boyd fingió ser un policía, entiende, para asustar a Paul. Pero luego Boyd se sentó a un lado, y señaló a la gente, para ver si Paul podía hacerlo cuando se lo pedían. Boyd estaba entusiasmado cuando lo trajo a nuestro campamento aquel día. Y qué chico más guapo era, y el más inteligente que nadie que haya conocido. Había sido bibliotecario, como usted ya sabrá.

»¡Y aquel instante en que Boyd nos lo presentó! Se puede ver una cara iluminada como ésa a veces en entornos como los nuestros, Mr. Ferrell. Es casi como una droga de esas que embargan a las personas. Paul era como un niño. Quería tocar todos los animales, incluso los tigres. Ésa era la parte de él que encantaba a todo el mundo, sabe usted. Sabía mucho sobre algunas cosas, era inteligente como nadie, pero también ignoraba las más sencillas. Vagó por el campamento. Entró en una tienda y yo lo seguí. Vi que miraba los trapecios recogidos y todos los asientos. “¿No habías

visto nunca un circo, Paul Caldwell? ¿Te gustaría trabajar con nosotros?". Nunca ha visto usted una cara tan feliz, y tan hermosa. "¿El circo?". Me preguntó si conocía a un forzudo italiano, un artista del que había oído hablar una vez. "El circo", no dejaba de susurrar, como si hubiera aterrizado en la luna. Yo sabía cómo se sentía.

—¿Y cuándo se convirtió en su amante, Mrs. Hoyt?

—Yo estaba casada con Boyd, Mr. Ferrell.

—Pero tengo la impresión de que Mr. Hoyt era mucho mayor.

—Boyd era payaso, sabe usted. Quiero decir profesionalmente, de oficio. Podía hacerte reír con facilidad. Ponía su «carita de pena» cuando, por ejemplo, lo pillaban tratando de robarle la corbata a un hombre, y cerraba los ojos largo rato y se encogía como si fuera un payaso malo, malo, travieso. Y a la gente le gustaba. La gente lo quería. Fuera del serrín, era más bien frío.

»Boyd hacía que Paul limpiara las jaulas, que vendiera entradas, que acomodara a la gente. Eso era necesario, desde luego, acomodar a la gente. Le permitía situar a aquellos que llevaban la cartera en los pantalones en los asientos elevados, para poder llegar a ella desde abajo, durante el espectáculo. Él actuaba unas pocas veces, un impactante número de magia y teatro para las sesiones de tarde. Boyd pensaba que deberíamos probar con un número más sofisticado, para dar animación al espectáculo después del entreacto. Paul saldría vestido como un explorador de la jungla y haría una especie de pantomima, fingiendo luchar contra sus atacantes, cinco de ellos ataviados como negros de la jungla. Éstos se apoderarían de él, lo atarían, y entonces uno de ellos sacaría una serpiente. Nada peligroso, sólo una de las pitones mayores, y lo rodearían y bailarían un poco y agitarían la serpiente y se inclinarían sobre él, para que el público no pudiera ver lo que pasaba, ¡pero nosotros habríamos liberado el poder de su imaginación! Luego se largan los negros villanos, uno de ellos ocultando la serpiente en su túnica, para que el público no pueda verla; sólo se ve a Paul atado, retorciéndose en el tormento, comprende usted, y entonces hace esfuerzos y libera uno de sus brazos, y luego lo baja hacia el pecho, se abre la camisa y… ¡y su pecho estalla y de él sale la cabeza de la serpiente! Oh, era una horrible visión, y las mujeres se desmayaban, y las luces se apagaban, y cuando volvían a encenderse, Paul hacía una reverencia. Tenía que hacerlo entonces, antes del saludo final de toda la compañía, para que la gente supiera que estaba sano y salvo. Solíamos actuar para multitudes, antes de la estupidez de Boyd. Y Paul sacaba mucho dinero. Podía devolver las carteras, después de que las había medio vaciado, sabe. Raras veces teníamos quejas.

»Pero Boyd pensaba como usted. Estaba seguro de que aquel muchachito era mi amante. Y eso no podía ser, de manera que se pasaba el día con los tigres, arrojándoles comida con una expresión malvada en su cara. Pero ¿qué pensó que ocurriría? ¿Que la policía se llevaría a Paul de mi lado tras el chivatazo de Boyd sin decirle al público que en el Flipping Hoyt los ladrones pululaban bajo los asientos?

»Lo arrestaron durante la función, sin escándalo; yo ni siquiera supe lo que estaba

pasando. El primer indicio lo tuve cuando vi que los “salvajes” de la serpiente tenían que inventarse un baile entre ellos y luego se alejaban desorientados con la serpiente mientras la multitud parecía confusa y miraba su reloj, y entonces Wang y Sangchuk estaban en el palo central retorciéndose uno encima de otro. “¿Tienes idea de lo que le ha pasado a Paul?”, le pregunté a Boyd después de la función, y él no hacía más que fumar y mirarme de forma extraña. Y entonces lo supe. “¿Qué le has hecho?”. Tenía miedo de que le hubiera hecho algo horrible con los tigres. “Tú, viejo asqueroso, ¿qué le has hecho?”. Pero él no me contestaba, y pasaron días antes de que diera con Paul, pero entonces la policía no me dejó verlo. Seguí insistiendo durante semanas, llamando a diario a la puerta de aquel bruto de inspector. Pero no había forma de que me permitieran verlo. Y entonces, un día, pasadas unas semanas, me dijeron que se había ido a la guerra, para evitar la cárcel.

—Usted le escribió cuando su marido murió.

—Eso fue en 1917. Y también para decirle que yo no lo había traicionado, que no era yo quien lo había entregado. Tenía mucho miedo de que me culpara a mí. Pero no sabía adónde enviar la carta. Y la envié al departamento de Defensa. Nunca recibí ninguna noticia. Sólo, al final, la notificación de que se le daba por desaparecido. Me había nombrado su pariente más cercana, sabe usted. En aquel momento, finalmente, supe que no estaba enfadado conmigo, que me amaba todavía. En el mismo momento en que me decían que lo había perdido.

»No obstante, pensé que podría encontrar a su verdadera familia. Fui a ver a aquella espantosa bibliotecaria; Paul me lo había contado todo de ella. Habían sido, oh, *íntimos*, sabe usted; no era su primer *amor*, sino más bien el caso de una mujer mayor que se aprovecha de un pobre muchacho necesitado. Pero ella al menos sabría dónde hallar a sus parientes consanguíneos. Más tarde, recibí una segunda carta del departamento de Defensa diciendo que habían cambiado su condición de “Desaparecido” por la de “Muerto”, pero no porque tuvieran el cuerpo ni nada parecido. Era sólo para los archivos. Me habría gustado tanto que encontrara el circo tal como lo dejó… ese pobre pingüino…

Mr. Macy, nuestra historia termina hoy con una dama de circo llorando por su amante muerto, su circo muerto y un pájaro muerto. Esperé un poquito para ver si se recobraba, pero al cabo de unos minutos el fin no estaba aún a la vista, de modo que proseguí mi camino.

Dos o tres días más tarde, recibí una carta:

> Mr. Ferrell. Su visita de ayer fue un tónico para una mujer cansada. Me ha devuelto la tranquilidad con toda la información definitiva que desenterró sobre el destino de Paul. Me gustaría contratarle, si es así como se manejan estos asuntos. Si usted finalmente lo encuentra vivo y si él quiere permanecer lejos de nosotros, entre los desaparecidos, por razones suyas, asegúrele que yo no lo traicioné, nunca lo liaría, y que lo amo. Si se ha ido para siempre, por favor hágame saber qué ha sido de él. A mí me queda poco aquí. Iré a donde sea por él…

Por favor dígaselo. Pronto me convertiré en una vendedora de tigres, al menos temporalmente, y, después de eso, no sé.

¡Con esto, Mr. Macy, tenía ya un tercer cliente para el mismo caso!

Pero ¿qué tenía de Paul (Caldwell). Davies para presentar a Londres? Bueno, por desgracia, un delito. Eso probablemente afectaría de forma negativa al legado de Davies. Y ahora daba la impresión de que su espontáneo entusiasmo por la guerra podría más bien haber sido un producto de las circunstancias. Las Fuerzas Imperiales Australianas eran más atractivas que el trabajo en un penal.

Pero ahora tenía también dos nuevas pistas: el inspector Dahlquist, que había arrestado a Paul Caldwell y lo había enviado a morir a Egipto, en vez de pudrirse en una prisión, y Miss Catherine Barry, la bibliotecaria que había aparecido en nuestra historia en dos ocasiones hasta el momento, la primera amante de Paul. El caso Davies se estaba convirtiendo por momentos en un uso muy lucrativo de mi tiempo.

Lo cual me hace recordar una cosa. Le enviaré a usted lo que tengo escrito hasta ahora para no retrasar sus conversaciones en curso con los editores. Y mientras espero su respuesta por correo aéreo, continuaré transcribiendo mis notas y cartas.

Su humilde corresponsal,
Harold Ferrell,
Investigador privado (retirado).

Diarios de
Ralph Trilipush,
1922



Martes, 10 de octubre de 1922. Hotel de la Esfinge, El Cairo

Diario: Llegada a El Cairo por ferrocarril desde Alejandría. Puesto a trabajar inmediatamente. He programado cinco días de estancia en El Cairo para la logística y escribir los detalles preliminares antes de dirigirme al sur, al emplazamiento.

Notas para el libro: Para empezar adecuadamente, el libro terminado ha de tener un frontispicio, protegido por una hoja de papel de seda.

Frontispicio: «El cartucho real del rey Atum-hadu, último rey del Imperio Medio de Egipto, XIII.ª dinastía, 1660-1630 a. C.» ¿Se supone que sólo lo van a leer eruditos? No —aclarar para los lectores en general que un cartucho o figura oval es el sello real, uno de los cinco nombres del rey (el nombre de Hijo de Ra), escrito en jeroglifos y encerrado en un óvalo.

Epígrafe después del frontispicio «La inteligencia y la resolución del hombre en superar las dificultades físicas serán la fuente de nuestro placer y objeto de nuestras alabanzas». John Ruskin, *Las piedras de Venecia*.

O: «Aunque no hemos descubierto todavía la tumba de Atum-hadu, podemos estar seguros de que está a nuestro alcance». Ralph M. Trilipush, *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto* (Collins Amorous Literature, 1920; nueva edición de la Harvard University Press proyectada para 1923).

O: «Ralph Trilipush nunca convencerá a nadie con cerebro de que el rey Atum-hadu existió alguna vez, y menos aún de que escribió los llamados *Consejos Atum-haduanos*». Profesor Lars-Philip Thürm, en el *Diario de Estudios Egiptológicos*, 1921. Este epígrafe tendría un divertido efecto colocado junto a una fotografía mía de pie frente a la tumba del rey Atum-hadu, sosteniendo un papiro de sus *Consejos*.

O: quizás un extracto de los *Consejos*, desde la profunda mente y pícaro pincel de caña del propio rey Atum-hadu. Por ejemplo, el primer verso del cuarteto 30 (hallado en los Fragmentos B y C solamente): «Atum-hadu dedica una sonrisa a su hermano». Realmente, un poquito confuso en cuanto a su contexto, ya que el cuarteto 30 completo describe el descubrimiento de un impostor que pretende ser pariente del rey:

Atum-hadu dedica una sonrisa a su hermano;
¡lleno de alegría al encontrar a otro surgido de la misma madre!
Hasta que se entera de que esa pretensión es una mentira,
y ahora con fuego y áspides matará al mentiroso.

(De *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto*,
Collins Amorous Literature, 1920;
nueva edición de la
Harvard University Press

proyectada para 1923).

No, mejor aún, para iniciar esta aventura adecuadamente, abramos el libro con una prometedora ojeada al descubrimiento que se ha de producir y ofrezcamos como epígrafe un emocionante episodio no demasiado alejado en el futuro, un extracto de los acontecimientos descritos en el libro mismo. Extraeremos un momento triunfante y lo pondremos delante, una impresionante joya de la corona, un sabroso aperitivo para despertar el apetito del lector con vistas al enorme festín que va a venir y preparar su digestión, revistiendo su estómago de una capa protectora para unas riquezas a las que su insulsa comida diaria no le ha preparado. Usaremos provisionalmente —para hacer una conjetura conservadora y presentarme en esa fecha con un bonito regalo de cumpleaños— los hechos del 24 de noviembre; seis semanas y media a partir de ahora, ni demasiado optimista, ni demasiado pesado, algo así como: «Página II: *24 de noviembre, 1922. En el yacimiento de Deir el Bahari. Apartélas rocas sueltas y me puse de rodillas; entonces empecé lentamente —de forma cuidadosamente lenta, pese a que el corazón me latía con fuerza— a ensanchar el agujero en los escombros amontonados durante milenios. La luz temblaba en las manos del irracionalmente asustado Abdullah. "Todo va bien, hombre. Pásame la antorcha", susurré mientras mantenía mi vista fija en la estrecha abertura. "Sí, sí… Por favor, ¿qué ve Su Señoría?". "Inmortalidad, Abdullah, veo inmortalidad"*».

Diseño de portada: Foto de RMT de pie al lado del dorado (ya con certeza) sarcófago de Atum-hadu. Trabajadores nativos en ropa de faena se encuentran situados a un lado. *Ralph M. Trilipush y el descubrimiento de la tumba de Atum-hadu* por Ralph M. Trilipush. Subtítulo: *Incluye el diario íntimo, notas y bocetos del arqueólogo. Harvard University Press, 1923*.

Dedicatoria: Un descubrimiento de esta magnitud sencillamente no podía haberse realizado sin la infatigable ayuda e inspirador ejemplo de algunos colaboradores. Ofrezco mi sincera gratitud a mi equipo de casi 500 obreros egipcios, cuya diligencia era equiparable sólo a su devoción por mí y por nuestro común esfuerzo, que dejó a un lado lo que para ellos debió de haber sido una insoportable incredulidad y en su lugar mostró una sencilla fe en que los objetos que yo desenterraba tenían importancia más allá de su lustroso brillo. Y, en particular, a mi capataz, Abdullah, que sabía cómo aplicar la disciplina y la *baksheesh* (gratificación) en la adecuada proporción, y cuya ardiente lealtad hacia mí y cuyos singulares esfuerzos para luchar con las complejidades del inglés me conmovieron y divirtieron en igual medida durante nuestras semanas de gran trabajo y peligro, le ofrezco un cordial «*¡salaam!*». Mr. Chester Crawford Finneran, de Finneran's Finer Finery, es un caballero de magnífico corazón y talento, un perspicaz coleccionista de arte antiguo, un hombre de acción pero también de delicadeza, en absoluto lo que uno hubiera esperado hallar en un americano, y menos aún en un encomiado «magnate del comercio». Pero nuestro «C. C. F.» se ha mostrado merecedor del noble y antiguo título egipcio de Maestro de

Generosidad, ese dadivoso y digno de confianza dispensador de sabiduría y riqueza en tiempos de necesidad, un título que el propio Atum-hadu usaba en sus poéticos *Consejos* para referirse a su primer ministro. La tumba de Atum-hadu nos es conocida gracias a C. C. F., mi Maestro de Generosidad, así como mis otros socios de Hand-of-Atum Explorations, Limited. A mi amada prometida Margaret Finneran, las palabras no son suficientes para expresarle mi amor, admiración y gratitud. A mis compañeros de exploración, que trabajan en las ardientes arenas de nuestra amada madre adoptiva, les doy mis gracias por su ejemplo colectivo, su incansable y demasiado a menudo no recompensada dedicación. En particular, deseo mencionar al modelo de exploración egiptológica, mi querido amigo Mr. Howard Carter, el cual, mientras yo tomo la pluma aquí, está inmerso en una, al parecer, infructuosa búsqueda de una quimérica tumba, la de un rey de escasa relevancia de la XVIII.ª dinastía llamado Tutankamón. Afirmo públicamente en estas páginas que —tanto si fracasa como si triunfa— la casi insensata dedicación de Mr. Carter (¡seis años!) es un modelo para todos nosotros, y por ello yo le he admirado, incluso antes de conocerlo y llamarlo amigo mío. Saludo a mi superior camarada en las arenas, mi mentor y la figura dominante de la generación anterior, que con reluctancia nos entrega la antorcha. Finalmente, este libro debe sin duda ir dedicado al gran rey Atum-hadu, y a su dios-patrón, el primer Creador, Atón. La existencia de la tumba de Atum-hadu (y del propio Atum-hadu) fue puesta en duda largo tiempo por parte de muchos, pero el genio de Atum-hadu, su reino, su poesía… yo los honro mientras lo saludo a él a través de más de 3.500 años, yo, que nunca dudé de él. Majestad, el mundo os mira ahora, en vuestra dorada tumba, entre vuestros vastos tesoros, en vuestras pardas y deterioradas envolturas de momia. El mundo se maravilla ante vuestra vida, vuestras palabras, vuestro resplandor. El mundo contempla con respetuoso asombro vuestros nobles órganos en sus canopes. Ésta es la verdadera inmortalidad que perseguíais y merecíais, gloria y celebridad eternas.

Sobre el autor: El profesor Ralph Trilipush nació el 24 de noviembre de 1892, hijo único del famoso soldado y explorador Ecgbert Trilipush, y fue criado como un adorado, cuando no decididamente mimado, hijo único en el verde idílico confort de Trilipush Hall, en Kent, Inglaterra. Educado en su casa por tutores, mostró ya a una edad precoz una asombrosa aptitud para las lenguas, así como una misteriosa capacidad de inmersión en el antiguo Egipto. A la edad de diez años, dominaba las tres formas escritas del egipcio antiguo, y había empezado a traducir viejos documentos al inglés. A los doce, había calculado nuevamente las fechas aceptadas de las dinastías egipcias y regímenes reales, determinando con mayor precisión que cualquier erudito reconocido las lagunas existentes en el moderno conocimiento egiptológico. Admirado por sus iguales, observado por sus superiores, asistió desde una época muy temprana al Balliol College de Oxford, donde fue considerado la mayor esperanza en egiptología, junto con su querido amigo, Hugo St. John Marlowe. En Oxford, los dos estudiantes trabajaron bajo la guía del difunto profesor

Clement Wexler, participando en sus esfuerzos por demostrar o refutar definitivamente la existencia del entonces apócrifo rey y poeta erótico de la XIII.ª dinastía, Atum-hadu. Habiendo completado la obra de su mentor, los estudios doctorales de Trilipush se vieron cortados en seco por la Gran Guerra, durante la cual tanto él como Marlowe fueron destinados a Egipto como oficiales de contraespionaje. Allí, bajo el fuego enemigo, los dos exploradores consiguieron desenterrar el Fragmento C de los *Consejos* de Atum-hadu en un sendero situado junto a un farallón cerca de Deir el Bahari, dando un paso de gigante en la demostración de la existencia del rey y de su identidad como el poeta de los anteriormente traducidos Fragmentos A y B. Poco después de este descubrimiento, Trilipush fue enviado a asesorar a las fuerzas australiano-neozelandesas que desembarcaron en Gallípoli, acción en la que fue herido y por algún tiempo dado por desaparecido y muerto. Enteramente solo, realizó un penoso viaje de vuelta a Egipto, llegando después del armisticio, sólo para enterarse de que su gran amigo Marlowe había muerto cuando se encontraba en una expedición en algún lugar desprotegido del desierto egipcio. Tras la desmovilización, Trilipush puso a salvo el Fragmento C, llevándolo a los Estados Unidos de América, donde emprendió una brillante carrera académica. Ofreció la definitiva, si bien controvertida, traducción y análisis de los tres fragmentos Atum-haduanos, publicados bajo el título *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto* (Collins Amorous Literature, 1920). Las extraordinarias ventas de esta breve obra maestra confirmaron la posición única de Trilipush como impecable erudito y a la vez divulgador de los estudios egipcios.

El título de catedrático y rápido ascenso a la cátedra del departamento de Egiptología de la Universidad de Harvard siguió a su descubrimiento —el día de su trigésimo cumpleaños, el 24 de noviembre de 1922— de la tumba del propio Atum-hadu, y la publicación del apasionante pero académicamente perfecto trabajo que tiene usted ahora en sus sudorosas manos. El hallazgo de la tumba de Atum-hadu fue pronto acogido como algo sin precedentes. El descubrimiento financiera y científicamente más gratificante de la historia de las excavaciones egipcias.

El profesor Trilipush fue armado caballero en el año 1923 y ha sido honrado por gobiernos y universidades en todo el mundo civilizado.

Está casado con Margaret *née* Finneran, de Boston, Massachusetts, EE.UU., la increíblemente acaudalada heredera de los grandes almacenes.

Miércoles, 11 de octubre de 1922

Diario: Me levanto tarde. Almuerzo en la ciudad. Renuevo mis cálidos recuerdos del espléndido El Cairo. Exploro mercados. Compro mapas de la ciudad, Luxor y del Valle Tebano. Compro dominós de repuesto. Increíbles puestos de fruta, con sus redondos frutos apilados en perfectas filas multicolores como un gigantesco ábaco. Amarillos dátiles frescos. Ciruelas casi negras cuya piel parece un mapa del firmamento nocturno, vagas nubes y parpadeantes estrellas. Descubro una tienda donde venden agujas de gramófono, que el estrafalario hombre del bazar pretende que encajarán con mi modelo de maleta Victrola 50, pero que en realidad, a mi regreso al hotel, no hacen más que arruinar los primeros segundos de *Eres un sueño (y si me despierto lloraré)*. Vuelvo a escribir; continúo preparando documentación y planos, corrijo el trabajo de ayer.

Una carta al lector: El libro que sostienes ahora es diferente de cualquier otro de la historia de la egiptología, porque, a fin de proporcionar un contexto para el descubrimiento que ha realizado nuestro equipo, este volumen ofrece tanto una introducción histórica al reino del rey Atum-hadu como el diario que llevé durante toda la expedición, diariamente —casi hora por hora—, desde mi llegada a El Cairo hasta que hubimos limpiado, aseado y catalogado cada uno de los impresionantes hallazgos de la tumba de Atum-hadu.

Lector, mientras me siento hoy, ante la vibrante conclusión de esta aventura, con mi querido amigo y colega, el explorador Howard Carter, huéspedes ambos en la casa de nuestro querido amigo Pierre Lacau, elegante director general del Servicio de Antigüedades egipcio, a unos cinco kilómetros del Hotel de la Esfinge, donde inicié mi viaje en octubre, hace tres meses, contemplo el Nilo de noche y te invito a unirte conmigo en la magnífica aventura de una vida entera, que ha tardado 3.500 años en realizarse.

Profesor Ralph Trilipush
18 de enero de 1923
Residencia del director general del Servicio de Antigüedades
El Cairo, Egipto

[RMT —Verificar 24 de noviembre y 18 de enero antes de composición].

Diario: Estamos a 11 de octubre, y acabo de terminar la composición de algunos elementos necesarios de este trabajo, para reunirlos en el orden apropiado más tarde. Ahora puedo empezar mi diario desde el comienzo. Bienvenido, querido lector, a Egipto.

Llegué a El Cairo ayer, mi primera visita a esta maravillosa ciudad desde 1918. Vine por ferrocarril desde Alejandría, después de desembarcar del *Cristoforo Colombo*, barco que me trajo hasta aquí (después de un trayecto en tren desde Boston) desde Nueva York, vía Londres y Malta, donde pasé una relajante semana preparándome para mi futuro trabajo. He establecido ahora temporalmente mi cuartel general aquí, en la *Suite* Faraónica, color oro y rosa, del Hotel de la Esfinge de El Cairo, un edificio de mármol veteado. Aunque no soy aficionado al lujo, necesito cierto espacio para realizar el sinnúmero de tareas que tengo pendientes, así como los millones más que vendrán, y el consorcio de los sapientísimos y riquísimos expertos y coleccionistas egiptológicos de Boston que financia esta expedición no desearía ver a su líder extenuado —antes de haberse siquiera trasladado al sur, al emplazamiento — por residir en un alojamiento deficiente.

Porque la extensión de las tareas de un arqueólogo a veces sorprende al profano. A guisa de ejemplo, yo seré, cuando me halle en el yacimiento, el director de una vasta empresa, al mando de un ejército de obreros, responsable de sus salarios, comportamiento, honradez, eficiencia y bienestar. Tendré que medir, hacer los diagramas, catalogar y a menudo preservar con cierta premura varios centenares de objetos, cuyo tamaño varía desde un pendiente adornado con piedras preciosas hasta las exquisitamente esculpidas y pintadas paredes de un inmenso sepulcro. Tendré que negociar con departamentos del gobierno egipcio, que, por su propio interés, es todavía supervisado, cuando ello es necesario, por la sabiduría rectora y probidad financiera de los gobiernos francés y británico. Estaré al mismo tiempo realizando un trabajo erudito, pormenorizando acontecimientos de 3.500 años de antigüedad, y probablemente traduciendo unos recién hallados textos eróticos y políticos, mordazmente ingeniosos, escritos por un genio en una lengua que no ha sido de uso común desde hace más de dos mil años. Y me dedicaré a preparar informes destinados a la docta sociedad que financia todo este frenético esfuerzo. Por tanto, si bien he iniciado mi aventura con cierto estilo, éste ha sido dictado por la necesidad científica.

Dicho esto, pese a todo su cacareado lujo, el Hotel de la Esfinge muestra la progresiva decadencia de Egipto. Es un hotel para turistas (en una tierra que para mí siempre ha sido una frontera de explorador o un puesto avanzado de soldado), y representa el innato y aparentemente insuperable impulso del egipcio moderno a trocar su noble patrimonio por cuatro monedas. El emblema del hotel —cosido en toda superficie imaginable— muestra a un absurdo grupo de buitre, esfinge y cobra, rematado por un lema… un extracto de jeroglifos que advierte (a quién, no logro imaginarlo, pues, ¿quién, entre los huéspedes del hotel, podría leer jeroglifos?):

HORUS CONSUME LOS CORAZONES DE LOS MALVADOS.

Horus, antiguo dios egipcio del cielo, de cabeza de halcón, personificado por cada uno de los reyes egipcios, vacilaría quizás en respaldar este hotel, y sin embargo, aun aquí, entre los falsos adornos faraónicos de una imaginaria antigüedad, a través de las abiertas ventanas que dan al patio, desde más allá del Nilo, el olor a la sensación del verdadero Egipto —*mi* Egipto— llega a ráfagas por el aire, y todo el moderno *luxe* de la *suite* se arruga y se desintegra bajo la ardiente exhalación del reino tal como fue, cuyos suspiros oigo a través de los milenios. Atum-hadu, en su poder y su gloria, me llama incluso aquí, mientras sorbo (sin la preocupación que uno siente, aun en el bar privado de Finneran, por los agentes de la ley seca) limonada y ginebra en una copa de cristal tallado en la terraza que domina mi Nilo, y girando a setenta y ocho revoluciones por minuto en el magnífico, colosal, gramófono Victrola XVII que he instalado junto a la puerta de la terraza, está sonando *Es un tipo que se sale con la suya (¿y quién puede censurarlo?).*

En este respiro de mis tareas, acaricio con pura alegría el recuerdo de mi reciente despedida de Boston, aunque parece que haga siglos, una fiesta entre cuyos invitados figuraban los patrocinadores de la expedición y sus damas, celebrando tanto nuestra próxima buena fortuna en Egipto como mi compromiso con la hija de la casa. Las imágenes se funden en un claro recuerdo: elegantes trajes de noche y los nuevos vestidos livianos de mujer, resplandecientes linternas de papel, y una negra orquesta de *jazz* instalada en el patio del jardín, su música entrando y saliendo por las abiertas puertas y ventanas de la mansión de la Commonwealth Avenue, propiedad de Chester Crawford Finneran, bajo el calor, impropio de la estación, de principios de septiembre.

Canis y hombre son
una gran combinación.
¡Anda, mi perro es fenomenal!

La ya densa decoración de la mansión Finneran se multiplicó para la fiesta: C. C. F. había instalado en el fondo del salón de baile dos tronos dorados sobre una tarima de falso ladrillo. Como climax de los acontecimientos de la noche, nos hizo subir a Margaret y a mí los tres escalones hasta nuestros asientos, antes de cubrirnos con extravagantes (y estructuralmente incorrectas) coronas faraónicas, luego le

frunció el ceño al director de la banda, le dijo que «diera un respiro al ruido de la jungla», y levantó su copa, arrancando una alcohólica lagrimita a uno o dos ojos con las palabras: «Ahora, dejando aparte las arenas del desierto, no hay ningún tesoro en todo este ancho mundo que signifique más para mí que esta muchachita que está ahí, en el trono al cual pertenece». Un frenesí de «¡aahhs!» y «¡oohhs!» y «C. C. es tan dulce» revolotearon por el aire antes de que el sonriente y viejo oso aplacara, batiendo sus zarpas, el ruido, y éste se redujera. «Pero eso no significa que te vayas a ir con las manos vacías, ¡muchacha!». Diversión generalizada. «No, vamos, vamos, en serio ahora, lo que papá no dejaría escapar es la oportunidad de cazar a un yerno como éste, ¡oigan! Un caballero inglés, bien educado, explorador. Sinceramente, Margaret y yo estamos completamente de acuerdo en esto: ¡Los dos nos sentimos como la chica más afortunada del mundo! Ahora bien, ve por nuestro oro, Pushy, hijo mío, y si vuelves con montones de él, lingotes y joyas y coronas, en fin —astutas miradas a través de espirales de humo de cigarro—: ¡eso servirá para pagar la dote de Margaret!». Su espléndida oratoria arrancó el justo homenaje del grupo reunido, mientras mi prometida y yo saludábamos desde debajo de nuestros inestables tocados, y yo apretaba la mano de Margaret para mantenerla despierta, ya que la excitación, de forma nada sorprendente, la había agotado, dada su frágil salud. Sonrió a través de sus pesados párpados y murmuró: «Todo esto es fenomenal, ¿no, amor? Toda esta fiesta. No me vendría mal una siesta». Incluso en su fatiga, se mostraba celestial, agradecida a su padre y a mí. La multitud ovacionó nuestras nupcias y el éxito de nuestra misión, tal vez no precisamente en ese orden, pues C. C. F. había intentado que algunos miembros de la fiesta se convirtieran en socios de la Hand-of-Atum Explorations, de la cual él es presidente y yo asesor técnico con participación accionarial. La banda empezó a tocar nuevamente, esta vez un peculiar *fox-trot*, supuestamente adecuado a la exploración egipcia, así como una pieza mundanal de trivialidades zoológicas:

Si prefieres no viajar sobre una sola giba
mejor será que evites al dromedario.
Pero si te gusta saltar y divertirte y moverte rítmicamente
entre dos grandes jorobas…

«No tan deprisa, chicos», interrumpe C. C. F., y la música se va silenciando, un instrumento cada vez, hasta que un chisporroteante címbalo es el último en captar el mensaje, «porque tenemos una pequeña sorpresa», y C. C. F. llama a Kendall y Hilly Mitchell, una alegre pareja de Beacon Hill que yo había conocido en una reunión de inversores y con la que me encontré otra vez cuando, a petición de C. C. F., asistí a algunos discretos cócteles con Kendall en su muy discreto club. Allí él me preguntó acerca de mi pasado y de Egipto con alarmante tenacidad y cautela, un interrogatorio que yo sencillamente no pude comprender hasta este momento, cuando Hilly, riendo, sacudió sus escasamente cubiertas caderas y echó de un golpe al negro de la banqueta

del piano, y Kendall se aflojó la corbata y adoptó una postura *boulevardière*. Mientras Margaret se esforzaba por sostener sus pesados párpados, yo escuché nuestro tributo musical, compuesto por esas dos personalidades festivas, borrachos de dinero líquido y propiedad heredada, indesmayables donantes de letras de canción personalizadas para funciones de gala en Beacon Hill y en Back Bay. Transcribo aquí la copia manchada de bebida de la letra de la dedicatoria que a continuación se me ofreció: «¡A Ralphie! ¡Aquí se espera que desentierres una "momia" para tu nuevo papi! ¡Que tengas mucha, mucha suerte, de parte de tus compadres yanquis H. & K. Mitchell!». Kendall cantaba gorjeando mientras Hilly aporreaba el teclado con torpes puños:

Salió muy pronto de Oxford,
con los pantalones bajados hasta los tobillos,
llegó el joven Ralph M. Trilipush
y admite que el recuerdo le duele.

Pues, se fue a Egipto,
donde tenía que luchar contra el káiser,
pero al cabo de unos años de guerra
el káiser no se había enterado.

En vez de ello sudó en el Oriente
en sus rodillas y manos.
(Ahora, no seamos lascivos,
¡quiero decir que cava en la arena!).

Cavó y cavó con otro inglesote.
Hasta que, mientras las armas boches los atacaban,
aquellos dos británicos gritaron: «¡Caray!»,
porque sus negros seguro que no les habían fallado.

(«¡A diferencia de los nuestros!», recuerdo que bramó C. C. F. en ese momento, refiriéndose, creo, a algunos camareros que se mostraban lentos en servir las copas. «Papi, por favor», le regañó suavemente mi Margaret, sus rodillas recogidas bajo la barbilla).

Lo que encontraron aquel día
todos nosotros seguramente lo sabemos.
Mantiene despierta a nuestras esposas por la noche
y hace que nuestra (¡ejem!) imaginación crezca.

Encontraron terribles jeroglíficos,
los escritos de algún faraón,
que Pushy publicó en inglés llano,
y entusiasmó al mercado hasta la médula.

(En su club, yo había corregido a Mitchell varias veces, explicando con creciente frustración que «jeroglífico» era un adjetivo y «jeroglifo» el nombre, y que su

utilización del término «faraón» para un rey egipcio anterior a la XVIII.ª o XIX.ª dinastía era completamente anacrónico y, francamente, me hacía daño al oído. El Atum-hadu de la XIII.ª dinastía habría sido calificado como «rey» no por el hebraizado recurso metonímico *per-o*, el origen etimológico de «faraón». Repetí esto sin duda una docena de veces mientras coctelera de plata tras coctelera de plata llegaban a la mesa, llenas de (anunciaba en voz alta el camarero cada vez, ignoro en beneficio de quién) «¡su té helado, Mr. Mitchell!». Dicho eso, su uso de «jeroglífico» cuando quería decir «jeroglifo» lo reconozco ahora a regañadientes como una posible concesión a la versificación).

Bien, el viejo Trilipush hizo algo de dinero y un nombre.
Y al otro lado del charco ganó su fama mundial.
Harvard le proporcionó jóvenes a los que enseñar, y luego encontró una chica.
¡Y ahora todos sabemos que es el mejor compinche de C. C. F.!

Así que nuestro Pushy vuelve al Nilo con el corazón de Margaret a cuestas.
Así como con el dinero de Chester.

(La música se detiene, Kendall grita las palabras).

¡Y el mío también! ¡El mío también!
¡Y el mío también! ¡Y el mío también!

(señalando a los invitados que, como él, habían invertido en Hand-of-Atum).

Porque hay que ver cómo vino a implorarnos,
y durante una hora o así nos aburrió.
Pero ahora, por Isis, Ra y Horus,
¡el viejo Pushy nos recompensará!

(Debería discutir la palabra «implorar», porque, si no fue utilizada simplemente para facilitar la tarea de rimar de Mitchell, merece que se aclare. Como mínimo. Volveré a este punto, en lo que se refiere precisamente a quién estaba implorando a quién).

Por Isis, Ra, y Horus,
¡el viejo Pushy nos recompensará!

La multitud pronto dominó este pareado y lo cantó durante algunos estimulantes minutos, mientras para mi infinitamente más profundo placer, Margaret brillaba y resplandecía bajo la luna llena que se filtraba a través del techo de cristal, salpicando la sala de baile; la plateada luz lamiendo sus azules y centelleantes párpados (un efecto Cleopatra que ella e Inge habían diseñado para aquella noche), y tanto si se había quedado dormida, como si estaba simplemente saboreando el espectáculo detrás de sus cerrados ojos, su belleza era entonces, como siempre, abrumadora. Sentí en aquel instante como si hubiera logrado todo lo que siempre había soñado. Una paradoja, desde luego, pues aún no había partido para esta expedición. Y acunaba su

delicada y flexible mano en la mía, cada uno de sus largos y esbeltos dedos articulado en el gracioso arco de narcisos ribereños, y ella era entonces, en su soñadora languidez, la personificación de tantos antiguos dibujos, repantigadas bellezas esculpidas en calcita y cal que revestían las salas de los palacios, las sirvientas y diosas de largos dedos pintadas en las paredes de las tumbas para atraer, incitar, acompañar, a los añorantes difuntos al otro mundo.

Tras haber llevado a mi exhausta belleza escaleras arriba y haberla besado para que se durmiera, y subido las ropas de la cama hasta su cincelada barbilla de marfil, volví a bajar y bailé con Inge y las esposas de los socios, algunas de las cuales encontraron el íntimo contacto con un explorador egipcio *bona fide* un sorbo más bien demasiado embriagador para su natural recato bostoniano, y más de una vez sentí la necesidad de recordar de manera firme aunque delicada a las damas la adecuada postura para ciertas danzas populares.

Después de medianoche, el grupo salió de la sala de baile de Finneran y se desparramó por Arlington Street. (Una imagen para conservar toda la vida: mi futuro suegro, descrito por sí mismo como «manso como un cordero», dando puntapiés entre gruñidos de esfuerzo y alegría infantil a la figura boca abajo de un hombre que, cuando el grupo cruzaba hacia los jardines públicos, había intentado apoderarse de su reloj de bolsillo a la carrera. El arrepentido ladrón pedía ayuda a gritos a la policía. «Aquí estamos, hijo, no te preocupes», gritaron inmediatamente cuatro agentes de la policía de Boston a los que Finneran había invitado a la fiesta para protegerse de cualquier inspección debida a la ley seca. Y con un «gracias, agentes», Finneran se retiró y permitió a los polis entregarse a su más profesional paliza al carterista, interrumpiéndolos sólo una vez, a fin de retirar del bolsillo de su gimiente asaltante suficiente dinero para pagar «la limpieza de mis botas manchadas de sangre, gamberro»).

C. C. F. había hecho montar tiendas y asadores en los jardines públicos. Los visibles aromas de lechón asado ascendían hacia las delgadas nubes azul-grisáceas, y los invitados rodeaban a las camareras vestidas con sus escasos atuendos de criadas egipcias, echando mano a —según su apetito dominante— las bandejas de las camareras o sus nalgas, mientras otros, alcohólicamente más calmados bajaban al estanque de patos a apoderarse de los patines a pedal con forma de gigantescos cisnes, o —con las mangas de la camisa arremangadas y en ceñidas combinaciones— se metían en las frías aguas, cayendo en brazos unos de otros, brazos resbaladizos y piel de gallina.

Yo permanecía a su lado, satisfecho con el papel natural de explorador observador, liberado, por el momento, de mis deberes como invitado de honor, y me sentía feliz, muy feliz, cuando desde mi izquierda, en las sombras, entre las bajas ramas de los sauces que se balanceaban como gigantescas medusas, oí gritar roncamente mi nombre. Bajo una cúpula de ramas de sauce, tan completamente encerrados como si fuéramos enanos de circo esperando una señal para salir de

debajo del anticuado miriñaque de la dama barbuda, me encontré agradablemente hipnotizado por el perfecto círculo anaranjado pulsátil del extremo del cigarro de Finneran, que iluminaba unos hilillos de humo azul (y probablemente mi propio rostro), pero nada más. «Quería desearte buena suerte», dijo mi invisible amo, y el círculo anaranjado se fue debilitando hasta convertirse en una espiral de un gris cada vez más apagado. «Todos nos hemos formado una opinión de ti. No nos defraudes». El círculo anaranjado se hincha y disminuye, una y otra vez. «Nunca lo haré, C. C.». «Haré lo que sea mejor para mi Margaret, sabes. Soy el padre y la madre para esa niña». «Por supuesto, C. C, por supuesto». «Me siento feliz de tenerte en la familia». «Muchas gracias». «Ella te eligió, y yo lo aprobé. Yo te elegí y ella lo aprobó. No importaba cuál, sabes». «Desde luego, C. C.». El círculo anaranjado brilla intensamente y se desvanece. «No sabemos mucho sobre vuestra aristocracia inglesa, pero la familia en nuestro país es una cuestión seria». «Sin duda, C. C.». Círculo anaranjado. Pausa. «Tenlo presente. Eso es todo». «Desde luego, C. C.». «La gente cuenta contigo, Ralph. Mucha gente. Muchas cosas dependen de ti. Muchos confían en ti». Todo lo cual era el tímido preámbulo de C. C. F. para regalarme aquel gran humedecedor de tabaco de madera, incrustado con retorcidos adornos negros y lleno de cigarros, cada uno de ellos elegido especialmente por el mejor estanquero de Boston y fajado con la negra etiqueta del plateado monograma: C. C. F. Y el círculo anaranjado de la punta de su cigarro se apaga y se enciende, se apaga y se enciende…

… del mismo modo que esta mañana, en esta aurora del 12 de octubre, en la que una luz anaranjada aparece ahora sobre la orilla del Nilo. He pasado la noche entera trabajando aquí, en mi terraza, sostenido por ginebras con limonada y dulce té de menta en vasos de cristal ribeteados de oro, resiguiendo con el dedo los incrustados remolinos de ébano de mi humedecedor, el cual contiene ahora una serie de finos pinceles y tintas para copiar las pinturas murales que espero encontrar en la tumba de Atum-hadu. (Yo no fumo cigarros, pero serían una excelente *baksheesh*, y la caja es preciosa). Me siento en la terraza aún cálida, contemplo mi salida del sol y el terrón de azúcar medio disuelto en el té, que recuerda la piedra angular en proceso de desmenuzamiento de un templo en ruinas.

Tendré, dentro de unas seis semanas, treinta años, una edad que durante mucho tiempo he estado esperando celebrar en esta tierra, el país de mis sueños. Y he logrado, en esa edad crucial, la victoria necesariamente incomparable que justifique treinta años de vida. Y, mientras pienso en la fiesta dada en mi honor en Boston, así como en el rey que ha permanecido sin descubrir desde hace 3.500 años, podría casi desear que este momento —en la terraza de mi hotel de El Cairo, una terraza que se va iluminando rápidamente— no terminara nunca.

Con esto, quiero expresar algo más que simplemente el hecho de que no deseo hacerme más viejo, que preferiría ser excusado de ir a parar indefectiblemente a una obesa mediana edad y una cansada madurez. Quiero decir, más bien, que aquí, en la flor de la vida, con una gloria preliminar resonando aún a mis espaldas y un

espectacular triunfo quizás sólo para dentro de unas semanas, uno desea oír la voz de soprano de este particular mosquito cantándole en el oído *para siempre*; ver esas precisas moscas enanas titubear para siempre en su nerviosa indecisión, hipnotizadas por el mismo sol que pronto las chamuscará, sentir el punzante calor de esta taza de té de menta, que calienta cada grieta de las yemas de mis tres dedos para siempre, ver que esa desintegración del azúcar se detiene *para siempre*. Mi sangre se enciende con el deseo de que, de algún modo, este instante de posibilidad y potencialidad sea capturado y retenido, el vibrante y resplandeciente color naranja en mi levemente cerrado puño. Que uno pudiera acariciar y examinar este momento captado, sentir su toque aterciopelado en la palma, que pudiera permanecer temblando en el borde, en vez de caer hacia el futuro, hasta saciarme del presente. O, piensa en ello así, lector: uno asciende por una alta y empinada colina. Luego, después de años y años de escalar, ve que la cima está a su alcance y se da cuenta de que, al llegar a esa cima, sólo restan dos posibilidades: trasponer esa cima, bajar por el otro lado, iniciando un descenso acelerado, o… continuar moviéndose en la *misma* dirección a la que uno se ha ido acostumbrando y aficionando, *continuar* el camino que uno ha abierto, seguir hacia arriba y arriba, ignorar la falible tierra que ha dejado de subir, seguir subiendo a pesar de todo.

Y si te levantaras por un momento de tu cómodo sillón y preguntaras: ¿Por qué? ¿Por qué Egipto? ¿Por qué ese deseo de rebuscar en el polvo? Sólo puedo sugerir que los reyes de Egipto siguieron subiendo. Dominaban aquellos livianos y efímeros momentos que los aprisionaban en suaves jaulas. En sus envueltos cadáveres con sus órganos depositados en canopes, y en su alfabeto pictográfico y sus dioses de cabeza de animal, los mejores egipcios vivían con la certeza de que eran acreedores de la eternidad, de que vivían y vivirían para siempre en un presente elegido por ellos, sin estar obsesionados por el pasado, ni amenazados por el futuro, lujosamente mantenidos en un presente que ellos podían extender tanto como quisieran, viviendo esos sabrosos momentos en sus propios términos, no sometidos a la imperiosa exigencia de simples días, noches, soles, lunas.

Margaret, ¿puedo compartir contigo un recuerdo algo más oscuro de mi brillante juventud? No es del tipo que a ti te gustaría, pero llama la atención sobre un punto. De niño, recuerdo a un párroco del pueblo que me regañaba (o pegaba) por mi obsesivo interés por los egipcios. (Esto, por supuesto, ocurría sólo cuando mi padre se encontraba en el extranjero y no podía protegerme del malvado clérigo, y yo me alejaba de la mansión, y vagaba hasta el pueblo cercano a nuestra propiedad, donde el párroco no era capaz de reconocerme, tan lejos me encontraba de mi finca familiar). En todo caso, una y otra vez él aparecía sin anunciarse. Yo era fácil de sorprender, pues desde muy temprana edad generalmente me inclinaba sobre mi trabajo, maravillosamente ignorante de todo lo que ocurría a mi alrededor. Y él me arrebataba lo escrito, y arrugaba unos jeroglifos trazados con mucha dificultad. Y, con una voz ebria y llena de amenaza, soltaba su usual cantinela: «Muchacho, ¿cómo puedes

considerar juicioso tratar con esta cultura de muerte?». Incluso a los diez años, yo conocía la respuesta correcta a ese apocalíptico catecismo: «Tiene razón, padre. Es mucho mejor aferrarse a la imaginería de un culto que adora un cadáver ensangrentado clavado en unos maderos». Por supuesto, yo tenía que estar de humor para recibir unos azotes, o algo peor, si escogía aquel camino.

Pero la cuestión, lo cual yo comprendía incluso a aquella edad, es que Egipto no fue —debo repetir para aquellos lectores que aún no lo saben— una cultura de muerte, pese a todas las momias y pulmones en vasijas, a los hombres chacal y a las reinas cobra. Los egipcios fueron los inventores de la inmortalidad, los primeros hombres que dijeron que podían vivir para siempre.

Atum-hadu escribió:

Los dioses y yo paseamos lentamente cogidos del brazo
y a veces no paseamos en absoluto,
sino que nos sentamos en una piedra y observamos el encanto
de dos cabras j…iendo detrás del muro de un campesino.

(Cuarteto 13, Fragmento C solamente,
de *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto*,
de Ralph M. Trilipush,
Collins Amorous Literature, 1920).

Correspondencia:

Harold Ferrell a Laurence Macy III, 1954-1955

Atardecer en la Residencia Sunset on the Bayview
Sydney, Australia

6 de diciembre de 1954

Mr. Macy:

En mi experiencia del comportamiento humano (y he visto todo lo que hay que ver, tengo que reconocerlo), he llegado a la conclusión de que no existen más que cinco motivos para que un hombre haga algo. No son muy misteriosos, sabe usted: dinero, hambre, lujuria, poder, supervivencia. Es todo lo que hay. En las salas de los tribunales y en el cine, se oyen toda clase de disfrazadas explicaciones de por qué alguien llega a primer ministro o mata a sus vecinos. Pero si se escucha con atención, son sólo las mismas cinco bolas, lanzadas al aire, decoradas con palabras para distraer. Nadie ha hecho nada que no sea por uno de esos cinco motivos.

Lo que nos lleva a la historia de Paul Caldwell y Catherine Barry, bolchevique y antigua bibliotecaria, una historia de traidor hambriento de poder, una mujer manipuladora que juega con las emociones de un vulnerable joven y que conduce al débil por el camino de la corrupción. La historia de la trágica muerte de Paul en Egipto empieza aquí mismo, en Sydney, cuando tiene ocho o nueve años de edad, empujado hacia su perdición por Catherine Barry, una fría, peligrosa y terriblemente hermosa mujer.

Estoy rodeado por mis reconstrucciones de las palabras de Miss Barry (10 de julio de 1922), una carta suya típicamente exculpatoria, una entrevista que le hice a su hermano (11 de julio de 1922), y el resumen que escribí para mi informe final, destinado a Londres. Tengo también la carta de Ronald Barry (el hermano), contratándome para que encuentre cualquier prueba de la supervivencia de Paul Caldwell, y, si está vivo, facilitarle su dirección discretamente. Ronald —estoy convencido— tenía intención de matar a Caldwell. Evidentemente, jamás lo hizo, y, justo es indicarlo, nadie me contrató nunca para *proteger* a Paul Caldwell.

De manera que mi memoria se siente bien preparada, pese a los gritos que puedan venir de mis compañeros de asilo, que pelean débilmente por adueñarse de un mazo incompleto de naipes rotos. Si se tiene en cuenta que yo tomé notas, las amplié hasta convertirlas en diálogos completos al llegar a casa, las reescribí para mi informe a Londres, y estoy ahora dándoles más cuerpo para usted aquí, nuestros lectores deberían gozar de una convincente exposición, aunque, naturalmente, tendría usted que añadir lo que crea que aún necesitan.

Aquí estamos entonces. En los ocho, nueve o diez años de Paul. Esto es, antes de ganarse el corazón de Mrs. Hoyt, antes de que la serpiente actúe en el circo, antes de aligerar carteras en el mercado. Aquí tenemos a un niño que va al colegio público. Es

un muchachito tranquilo, huraño, cosa que no sorprende. Recibe su cupo de palizas de Eulalie y de los hombres que ésta mantiene. Pero no siente nada en absoluto por sus compañeros, las otras víctimas, sus medio hermanos, porque cuando Eulalie no le está dando una tunda, lo sostiene en su regazo y le dice que aquellos otros sucios chiquillos no están a su altura, pues él es el hijo del gran caballero Barnabas Davies, perdido en el mar, ahogado en su camino de vuelta a Australia cuando se disponía a llevar a Eulalie y a Paul a Londres. «La madre de Paul estaba tan cegada por su respeto hacia los ricos que alimentaba al niño con nociones de superioridad de clase, incluso en medio de su brutal pobreza y opresión», dijo uno de los Barry, no anoté cuál. Eran ambos unos rojos acérrimos, sabe usted, Macy; no se escandalice, pero también los tenemos aquí, en Australia. Una siniestra e infecciosa filosofía de la que los Barry se impregnaron, y que amaron, incluso después de que los hundiera.

Paul no era —excepto por un rasgo— nada especial en la escuela, según Ronald Barry, su maestro. Se mantenía callado. Siempre iba sucio, desde luego, como la mayor parte de los niños pobres, pero era lo bastante disciplinado para sentarse en silencio y hacer lo que le decían. «La mayoría estábamos intentando sólo hacer avanzar a los pobres bastardos y mantenerlos alejados de los problemas —dijo Ronald—. No nos permitían educarlos en absoluto, de hecho. Sólo aplicar la opresión por otros medios, fingiendo enseñarles algo, embotarlos lo suficiente para que aceptaran las condiciones que la clase propietaria tenía pensadas para ellos».

Entonces un día Ronald Barry dio una pequeña lección sobre Egipto. Egipto es un lugar del desierto, muy antiguo y de edificios puntiagudos, y eran paganos en aquellos tiempos, pues no sabían nada de Nuestro Señor todavía, de manera que cuando sus reyes se morían, los envolvían en sábanas y decían que vivían para siempre. «Yo probablemente añadí algo así como “Las pirámides fueron construidas por obreros obligados a trabajar por sus brutales reyes”», dice Ron el Rojo. Y luego pasaron de mano en mano un pequeño libro ilustrado, y después empezaron con el cálculo del día.

Bueno, llega el final de la clase y los golfillos se lanzan a la puerta, y Ronald Barry está recogiendo las cosas, y no puede encontrar el libro ilustrado de Egipto; qué pena, porque lo había pedido prestado a su hermana, de la biblioteca pública. Evidentemente, uno de aquellos sinvergüencillas lo ha birlado, y a la mañana siguiente Ronald está reflexionando sobre cómo llevar a cabo las investigaciones cuando el pequeño Paul Caldwell llega temprano. El niño tiene peor aspecto que de costumbre, pero le devuelve el libro perdido. Resulta que no se había ido a casa la víspera, sino que se había quedado toda la noche mirando el libro, durmiendo al fresco. No explica lo que le ha hecho vivir esa lectura tan emocionante, no dice gran cosa, «ni siquiera se excusa, el ladronzuelo», dice el Señor-Nada-de-Propiedad-Privada. Entonces el niño pregunta, en voz muy baja, si podría tener otro libro como aquél.

«Mr. Ferrell, hay pocos momentos en mi carrera en que sintiera auténtico orgullo

por lo que estaba haciendo. Pero recuerdo claramente cómo me sentí en ese momento. Aquel pequeño quería aprender. Me olvidé inmediatamente del robo: aquel niño iba a ser alguien a quien podíamos salvar. Por supuesto, si hubiera sabido lo que ahora sé, habría estrangulado a aquella víbora cuando aún podía rodearle el gaznate con mis manos».

Aquella tarde, Ronald Barry lleva a su apreciado discípulo a una de las secciones más pequeñas de la biblioteca pública. ¿Y qué bibliotecaria está aquel día para recibirlo? Pues justamente Catherine Barry, la adorable hermana del maestro. «Hermanita, aquí te traigo una auténtica promesa de jovencito que quiere saber cómo conseguir más libros sobre el antiguo Egipto, nada menos». «Hola, Paul Caldwell», dice Miss Barry dulcemente, con un pequeño guiño en sus ojos que dice: «No me tomes demasiado en serio, soy una buena amiga, si es que quieres una», toda engañosa bondad y cabello rizado apropiadamente *rojo* y una expresión dulce. (Incluso en el 22, incluso después de todo por lo que había pasado, debo confesar que era una mujer preciosa. Traicioneras apariencias). El niño no tiene ninguna habilidad social, apenas sabe hablar, mira al suelo, probablemente no ha estado nunca en un edificio tan limpio y oficial como nuestra pequeña biblioteca, probablemente nunca le ha hablado nadie tan amablemente, probablemente nunca ha *visto* a nadie tan hermoso y aparentemente tan amistoso como Miss Barry. Todo porque había quedado impresionado por algo de un libro ilustrado.

«Bien, Mr. Ferrell, decidimos tomar al pequeño bajo nuestra protección», me dijo Catherine Barry con coqueto orgullo. «Nos ocuparemos de hacerte socio de la biblioteca», le dice la agente roja al niño. Aquel día Miss Barry se lo mostró todo, y aunque él habló poco, ella se sentía animada al ver cómo sus ojos se ensanchaban ante la visión de todos aquellos libros, las limpias mesas, las lámparas y sillas. «Todo esto es para que lo uses como un ciudadano, igual que si fueras un hombre rico», puedo oír que ella le dice al pequeño escolar.

«Te partía el corazón», me dijo ella, y yo escribí eso y lo subrayé, señalando: «¿Por qué no tuvo hijos?». «Ese niño había sido traicionado por todo el mundo… familia, Estado, Iglesia. Era todo lo que podía hacer para conseguir que el pobre chico hablara conmigo, lo que no debe sorprender. Aun entonces, de lo único que realmente hablaba era de Egipto. Algo sobre aquel libro que Ronnie le había mostrado le había picado la curiosidad. Bueno, primero, lo primero: Le encontré uno diferente, *El libro de Egipto para el niño,* recuerdo la tapa. Inmediatamente se sentó en una de las sillas del rincón y no volvió a levantar la mirada hasta que fui a decirle que la biblioteca se cerraba, pero que él podría volver al día siguiente después de la escuela, y leer un poco más, si quería. “¿No hay nadie que te espere en casa, entonces?”, pregunté. Pobre criatura. Se podía ver que “casa” no tenía ningún significado para él, incluso a aquella tierna edad.

»No quería volver a casa, ni decir por qué. De manera que le pregunté. “¿Te comerías un pedazo de pastel de riñones?”, y el pobre crío prácticamente casi se

muere del susto». Puedo imaginar a ese niño, Macy, con ella de pie, a su lado, apoyando suavemente sus manos sobre sus hombros, supervisando su lectura, con una sonrisa tan bonita, todo falsas promesas.

«Mr. Ferrell, era un crimen de clase, un buen muchacho muerto de hambre por una diabólica Iglesia y un corrupto Estado. Le enseñé cómo devolver el libro a la estantería y luego lo acompañé de vuelta a mi despacho. No era tan tonto como para rechazar la comida, probablemente más de la que veía en una semana, más de la que podía robar en varios días. Oh, sí, no se haga ilusiones, estaba ya robando a aquella edad. Los ricos necesitan ladrones, Mr. Ferrell, y procuran criarlos desde pequeños. "Es costumbre dar las gracias", le dije. Consiguió murmurar un "gracias, *señ'ra*" mientras se atiborraba.

»Ronnie y yo lo hablamos al día siguiente, y estuvimos de acuerdo. Como gente caritativa, haríamos lo que estuviera en nuestra mano por ese pequeño que Dios nos había enviado. Como personas con conciencia política, le debíamos a él y al futuro demostrar que la clase obrera tenía tanto cerebro y valía tanto como la adinerada. Y como educadores, bueno, no podía haber discusión: ese niño quería aprender tanto como quería comida. Lo alimentaríamos, Ronnie y yo, y repartiríamos los gastos».

(Las palabras de Ronald sobre el tema: «Cassie decidía. Cassie dictaba. El Engaño Pigmalión, si quiere saber mi opinión, pero ella no quería. El Partido advierte contra esto»).

Sabe, Macy, Paul Caldwell no tenía ninguna oportunidad de escapar de los encantos de aquella mujer. Había conocido a Catherine Barry cuando ella andaba probablemente por los veintiséis, y él era un niño. Yo la conocí en 1922, e incluso a los cuarenta y cinco, más o menos, era una poderosa hechicera, que olía bien y tenía una dulce sonrisa. Yo era un hombre de mundo, tenía amigas donde escoger, sabe usted, y sabía muy bien cómo las de su clase utilizaban sus artimañas para inicuos propósitos, pero aun así, al sentarme a su lado, descubrí en ella algo poderoso, atractivo, me encontré casi suplicándole que respondiera mis preguntas durante una cena. Su sonrisa… claro, yo podía resistirla, pero ¿y un muchachito? No tenía ninguna posibilidad. Es una sonrisa muy segura, la sonrisa de alguien que piensa que es mucho más inteligente que tú, que piensa que puede ver y dirigir tus pensamientos. Juega contigo, te hace saltar para divertirse. Las mujeres lo tienen. Los rojos lo tienen. Las rojas son las peores.

—¿No te llama ir a casa? ¿Por eso te sientas aquí a todas horas para leer sobre Egipto? —le pregunté unos días más tarde cuando volvió, todavía tímido. Llegó corriendo hasta mí y me pidió el mismo libro sin mirarme a los ojos, como si nunca me hubiera conocido. Le di el libro, y después de la lectura, le volví a dar de comer. Y me ofrecí a acompañarlo a casa, porque era tarde, pero él dijo que no y se marchó.

»Después de tres o cuatro semanas, había venido ya una docena de veces y leído casi todo lo que teníamos sobre el antiguo Egipto, que no era mucho, la verdad. En cada ocasión, se quedaba leyendo hasta la hora del cierre, y entonces yo le daba de

comer, y cada vez se negaba a volver.

Se estaba volviendo más amistoso, poco a poco. Lo que le hubieran hecho fue suficiente para mantener su actitud de desconfianza ante la gente durante algún tiempo. Le pedí a Ronald que averiguara su dirección, y yo misma fui a ver su hogar. Oh, usted ha estado allí recientemente, ¿no, Mr. Ferrell? No sé si habrá cambiado mucho. Cuando lo vi, era el escenario de un crimen, una violación del obrero por el capitalista, y nada más. ¿Cómo se podía tratar así a seres humanos, y especialmente a un niño de sus cualidades y que prometía tanto? Bien, lo más cerca que he estado nunca a punto de perdonarlo es cuando pienso en cómo fue criado. Experiencias como ésa te fortalecen o te debilitan, y en el caso de Paul, debilitó su fibra moral más allá de toda posible reparación. Creo que todo el mundo puede mejorar, pero a juzgar por lo último que supe de él, seguía siendo un egoísta sentimental.

»Levantó la mirada y me vio en el dintel de su espantosa casa, y estoy segura de que mi cara revelaba lo que pensaba del lugar. Me parece que fue la primera vez que me miró directamente a los ojos. Dio un brinco y, haciendo caso omiso del caos y el ruido que lo rodeaba, se me acercó y me cogió de la mano. “¿Por qué ha venido usted aquí?”, preguntó, llevándome a la puerta y caminando a mi lado todo lo deprisa que podía por la calle, mientras su familia sacaba la cabeza por la puerta para mirarnos. “Para ver si estás bien —le dije—. Porque me preocupo por la gente a la que tengo cariño”. “Estoy perfectamente —dijo él—, pero usted no debe volver más. Ésa no es mi familia, mi verdadera familia”. Y comenzó a hablar, más de lo que lo había hecho desde que lo conocía. “Mi padre se perdió en el mar, y *esa* mujer no es mi verdadera madre”. Yo no sabía si aquello era cierto, pero lo dudaba.

»En una ocasión me preguntó por qué Ronnie no estaba casado, y luego, muy quedamente, de modo que pensé que mi corazón iba a estallar, me preguntó, “como hermana suya”, si tal vez Ronnie deseaba un hijo.

Al día siguiente, Macy, le pregunté a Ronald Barry si recordaba que Paul Caldwell quisiera ser su hijo. «No duró mucho. Para cuando tenía trece años, más o menos, estaba enfadado con todo y con todos, excepto con Cassie y con Egipto. Yo había hecho algo que lo ofendió. No me di cuenta en aquel momento, pero era solamente esto: yo le estaba diciendo que en una ocasión había querido ser profesor de universidad; pero, claro, esa elevada tarea estaba reservada a los ricos. Le estaba diciendo que lo que cuenta no es el cerebro, sino sólo tu familia, y los ricos se cuidan los unos de los otros. Paul levantó la mirada de su lectura (un libro sobre Egipto, naturalmente) y dijo, “¿Tus enemigos impiden que progreses? ¿Por qué no los matas?”. Yo pensé que estaba bromeando, Mr. Ferrell, se lo digo en serio. No estaba bromeando. Así estaba creciendo la mascota de Cassie. Debería haberlo estrangulado allí mismo, y ahorrarnos a todos los problemas que vinieron más tarde. Y entonces fue y me dijo: “Si no eres bastante fuerte para derrotar a tus enemigos, ¿qué eres?”. Y eso, un niño de trece años, Ferrell».

Vamos con Miss Barry, ahora: «Cuando Paul se hubo leído todo lo que teníamos

de Egipto, traté de reconducirlo hacia otros campos, incluso otras áreas de la arqueología o la historia, o simplemente buenos libros de historia, y él lo probaba, como un niño prueba la verdura, y luego ya no quería seguir comiendo más. Pero el día en que se enteró de que yo podía *pedir* libros para él, casi todo lo que había en el mundo, tendría usted que haber visto su cara. Pidió títulos que había visto en la bibliografía o comentarios de los libros sobre Egipto.

»Era divertido ver a aquel pequeño investigador de once, doce, trece años. Llegaba a la biblioteca, jadeando, y yo sabía que había venido corriendo desde el edificio de la escuela. Y le tomaba el pelo: "¿Qué le trae a usted a nuestro humilde establecimiento hoy, señor Caldwell? ¿Algo en particular que le gustaría leer? ¿Quizás algunos relatos sobre caballeros? Tengo un estupendo *Ivanhoe*. ¿No? ¿Tal vez alguna historia de los valientes pioneros de Australia, aquellos monstruos saqueadores? ¿Qué me dice de una guía sobre las ovejas y su cría?". Y seguía hablando y hablando viendo cómo su carita se retorcía, tratando de recordar lo que yo le había enseñado sobre cortesía. Finalmente estallaba: "Por favor, Miss Barry, ¿ha llegado? ¿Sí?". "¿Qué es eso, Mr. Caldwell? Hemos de comportarnos como caballeros en este mundo, cuide sus modales". "Por favor, Miss Barry, siento interrumpirla, pero estoy esperando que lleguen esos *Cultos de Ra* de los profesores Knutson y Anderson". O alguna otra obra, por ejemplo, los trabajos de Champollion sobre la traducción de la piedra Roseta. ¡Los libros que pedía! ¡Los encargos que hice para él! ¡El tiempo que pasé justificando ante el bibliotecario jefe que aquellos oscuros volúmenes tenían su origen en el inagotable apetito de la población local por Egipto!».

Me dijo que esperara un momento, Macy, se fue hasta un cajón que había cerca de su cama y volvió con un pedazo de papel: «Yo guardaba una lista —prosiguió—. Escuche: Una obra de Pásint sobre los registros judiciales de los tribunales de la necrópolis. Las proezas del antiguo artista de circo Belzoni con el cónsul británico Henry Salt. De Mattison, sobre el uso de la música en los ritos funerarios. El opúsculo de Oskar Denninger, *La química y función de la momificación felina en el altar de Bastet*. Fuera cual fuese el título de aquellos extraños libros, Paul suplicaba. "¿Ha llegado ya? ¿Sí?". "Bueno, la verdad es que no sé, ahora mismo… —le respondía yo, mordiéndome los labios—. Tendría que ir a buscar al departamento de los pedidos, y luego en la pila del correo. Eso me llevará un poco de tiempo. Y estoy terriblemente ocupada, sabes". "Por favor, Miss Barry", me decía casi llorando. "Bueno, siéntate en aquella mesa del rincón e iré a echar una mirada". "Gracias, *señ'ra*". Y cuando doblaba la esquina para ir a la mesa, encontraba el libro que tan ansiosamente había esperado, listo para él, bajo el cono de luz de la lámpara, junto a un lápiz y papel, una silla preparada con un par de cojines para ayudarle a sentarse un poco más alto, así como una bandeja de galletas integrales. Yo adoraba a aquel niño».

—¿De veras?

—Como una tía, Mr. Ferrell. O como una camarada. Espero que quede claro.

—¿Por qué Egipto? ¿Qué supone usted, Miss Barry?

—Yo misma me lo preguntaba a menudo, y también se lo preguntaba a él. Y él no quería, o no podía, decirlo. Paul me enseñó una vez que en el antiguo Egipto los plebeyos podían llegar a faraones en algunos casos, de modo que eso probablemente lo atraía más que el mundo en que vivimos, donde el rey está allá lejos, en Londres, y el pequeño Paul no tenía más posibilidades de llegar a gobernar a nadie que usted o yo. Podría añadir que el antiguo Egipto estaba todo lo lejos que se pueda imaginar de su miserable vida. Cuando tenía ocho o nueve años, poco antes de conocernos, llegó a su casa con un perro perdido. Lleno de excitación, le enseñó el perro a su madre, la cual empieza a hablar de gastos, de que difícilmente tienen bastante dinero para dar de comer a los niños; ¿cómo alimentar entonces a un perro callejero?, y cosas así. Pues bien, el hombre que estaba viviendo allí en esa época tomó el asunto en sus manos. Felicitó a Paul por su sentido práctico, y arrastró el animal al patio y lo mató, y luego hizo que ella lo cocinara para su hambrienta prole. En Australia. En el siglo XX. ¿Y se extraña usted de que raras veces volviera a casa, de que rechazara la idea de que aquella gente eran su padre y su madre, y de que deseara haber sido un antiguo egipcio? El día que me contó esa historia, años después del acontecimiento, estaba allí en mi despacho, sollozando como el niño que había sido cuando eso ocurrió. Fue también la vez en que trató de besarme. Pero me estoy adelantando.

»Cuando tenía más o menos catorce años, le di un trabajo, su primer empleo honrado, y probablemente el último. Un pequeño salario por ordenar y apilar libros, pedir títulos nuevos. Yo seguía tratando de interesarle en otras cosas que no fueran Egipto, pero todo era inútil, de manera que decidí concentrarme en su conciencia política, y quedarme con eso. Tendría dos dimensiones al menos: Egipto y la conciencia de clase. Su concentración era notable. Aprendió por sí solo a escribir jeroglíficos, simplemente estudiando los libros, haciendo que le pidiera los nuevos cuando se publicaban. ¿Me entiende usted, Mr. Ferrell, capta cada palabra mía? A los quince, ese muchacho podía escribir jeroglíficos. Pero, para estudiar materialismo dialéctico, al que yo trataba de introducirlo poco a poco, relacionándolo con las evidentes circunstancias de su vida, era un inútil. Le dije que mirara en su propia casa y viera las cosas tal como eran: un crimen cometido contra él por gente que tendría que ser obligada a pagar por ello. Me miró con expresión vacía. “Capitalistas y monárquicos”. Nada. “La Iglesia institucional”. Se limitó a pedirme más papel para practicar con aquel estúpido alfabeto.

Ronald Barry recuerda a Paul en la escuela: «Esto sucedió, vamos a ver, cuando andaba por los trece. Aparentemente había aprendido de Cassie algo sobre táctica política afirmativa, porque escribe una carta anónima al director, denunciando a uno de los maestros como un ignorante criminal, un insulto al proletariado de Australia, un parásito social, un capitalista corruptor de la juventud. Desde luego, la carta difícilmente conserva su anonimato cuando enumera los seis específicos errores del maestro, todos los cuales son confusiones entre los Imperios Medio y Nuevo de

Egipto. Casi lo matan a azotes».

Catherine: «Su cura párroco, sólo Dios sabe lo que ese hombre pensaba que estaba haciendo por sus feligreses. Nada, para ser breves. Pero sin duda asustaba a Paul terriblemente. Ese padre Rowley de algún modo se entera de lo de Paul, la biblioteca y Egipto. Y sólo entonces se toma interés por la familia. ¿Uno menos de su grey aficionado a la bebida o al pecado?, pensarías, más bien un éxito, un muchacho estudioso, ¿no? Pues no; el cura informa a la madre de Paul de que su hijo está aprendiendo cosas acerca de Satanás y el paganismo en la biblioteca, y que debe mantenerlo alejado de esos libros y ese lugar. Casi no puedo creerme que ella supiera de qué estaba hablando aquel hombre, o ni siquiera qué enfermizo y lloriqueante niño era quién. Pero ante el sacerdote, ella le prohíbe a Paul que ande más con libros o bibliotecas. Tenía catorce años, creo, cuando llegó aquel día a mi lado llevando una bolsa con sus pertenencias, y me contó la historia del sacerdote y la del perro, llorando como un crío. Yo lo consolé. Era un muchacho y me daba lástima. Pero luego trató de abrazarme, como un hombre abraza a una mujer.

»Tuve una difícil tarea, Mr. Ferrell, y debería usted juzgarme con justicia. Yo estaba escandalizada, por supuesto. Las cosas habían sido terriblemente mal interpretadas en el corazón de un confuso y muy solitario muchacho. Me ofreció palabras de amor y devoción, la mayor parte de las cuales habían sido usadas por última vez, para galantear, en el antiguo Egipto. Imagínese a un joven tratando de ganarse el corazón de una mujer doce años mayor que él diciéndole que tiene un cuello de cisne. Me dijo que sus riñones iban a estallar, que yo era su disco solar con cuernos, su vaca turquesa, que los colores de mi cara habían sido robados de Horus y pintados por no puedo recordar quién. Lo sé, da risa. Adelante, ríase, Mr. Ferrell, *es* divertido. Lo entiendo. Pero *entonces* fue un momento muy extraño, y estoy orgullosa de no haberme reído en su cara. Quizás debería haberlo hecho, pero esto ocurría sólo unos minutos después de haberlo visto llorar por su perro asesinado, recuérdelo. De manera que hice lo correcto, diría aún ahora.

(Ronald: «Ella nos mató a los dos, en aquel momento. De haber estado allí, habría azotado a aquel pequeño Romeo hasta llenarlo de cardenales y enviarlo a su casa, con el cura»).

»Le dije que si de veras, de veras, me quería, entonces debía servirme a mí y a la causa que me importaba. Le dije que debía conservar su empleo en la biblioteca, todos los privilegios que tenía allí, sus libros y sus papeles de calcar y libretas de notas. Nadie se lo podía quitar. Le dije que un amigo nuestro le proporcionaría una cama, siempre que la necesitara, y que nos aseguraríamos de que continuara en la escuela. Y a cambio, Paul me serviría a mí, sirviendo a la causa. Estudiaría lo que yo le propusiera, asistiría a nuestros mítines, haría lo que sus superiores le mandasen, y sus talentos naturales (que eran muchos) lo avalarían, lo convertirían en un líder y en una ayuda para gente que la necesitaba, aquí en Australia. Y en cuanto a lo que él seguía llamando su “amor” por mí, bueno, admito que simplemente le dije que

cuando tuviera veintiún años, ya veríamos. Quiero decir, realmente, que se trataba sin duda de un afecto temporal de un niño hacia una madre sustituía, y que en cuanto viera algo más de mundo, se le pasaría. Yo estaba empleando sólo las herramientas que tenía para su bien».

Macy, estoy haciendo todo lo que puedo para mostrar los crímenes de esta mujer con sus propias palabras, lo mejor de que soy capaz de reconstruirlas. Ella admitía abiertamente que utilizaba su belleza fuera de lo común y los afectos naturales del muchacho para obligarlo a trabajar para el bolchevismo, y además que no le había dicho nunca a su familia dónde se encontraba el chico. Y se sentía orgullosa de lo que había hecho, seguía convencida de que el destino que había tenido ella era un «crimen de clase», en vez de lo que justamente ella se merecía por manipular a un muchacho para que traicionara a una Australia libre en beneficio de los tiranos ebrios de sangre de la Rusia soviética. E incluso entonces, a los cuarenta y cinco años y desacreditada, te miraba por encima del hombro ante una simple invitación a cenar.

Ya le oigo a usted preguntar, de forma bastante razonable, ¿por qué tendría que hablarme ella de todo esto? Bueno, sus ásperas maneras conmigo sólo eran el principio: se mostraba sorprendentemente parecida a un montón de esas damas de caridad de clase superior, pese a sus ideas políticas. Ella era una *dama* salvando a los pobres, no de sí mismos, sino de los monstruosos capitalistas, fueran éstos quienes fueran, una adorable dama de salvación, para que los pobres la admiraran, pero nunca tocaran. Y tenía sus propias pequeñas nociones de romance, no lo dudo, se consideraba una virtuosa reina, haciéndose cargo del pobre huérfano, permitiendo que sirviera en la cocina hasta hacerse mayor para convertirse en Lancelot, simplemente bajo la guía de su casto ejemplo. Y, sin la menor duda, quería que yo limpiara su nombre un poquito, que contara las mismas ensayadas historias a todos, con la misma mirada evasiva y pose virginal, sólo para poder decir que ella *no había* hecho algunas de las indecencias de las que se le acusaba en los periódicos sensacionalistas. Pero, Macy, lo más extraño, el sentimiento más fuerte que tengo en este momento, mientras copio mis notas taquigráficas y añado mis recuerdos, me doy cuenta ahora de que ella me contaba la mayor parte de esto como una orgullosa *madre*. Hablaba en su tono de maestra de escuela sobre Paul, pero guardaba sus palabras más duras para Eulalie Caldwell, a quien sólo había visto dos veces. Y nuestra Miss Barry llevaba diarios, también; me leyó algunas de estas escenas directamente de ellos. Y, lo recuerdo, había conservado y apreciado aquella lista de libros que su hombrecillo le había pedido los primeros meses. Me sorprende que no tuviera una foto de su querido Paul sobre la que llorar, ahora que el joven había muerto en algún lugar desértico y ella vivía en un diminuto piso, buscando trabajo donde podía. Ciertamente se puede decir que Paul Caldwell destruyó su vida (o la ayudó a que ella misma la destruyera, para ser más exactos) y así era como Ronald lo veía, pero a pesar de todo, gran parte de eso era orgullo… por su creación, por su chico.

Bueno, durante unos años Paul vive en la desnuda habitación de un agitador rojo, durmiendo en un catre. Termina la escuela. Su familia nunca lo busca, nunca parece preocuparse de que se haya fugado para unirse a una bibliotecaria bolchevique. Asiste a las reuniones de bolcheviques que tienen lugar en el puerto, coloca sillas plegables, distribuye folletos, vigila las carteras de los líderes mientras éstos mienten a los estibadores u obreros de las fábricas. Paul cumple dieciséis, diecisiete años, adora a Catherine Barry pero, al menos eso dice ella, no es alentado. Lee acerca de Egipto, incluso manda cartas a eruditos egipcios de todo el mundo, solicitando empleos en excavaciones. No recibe ni una sola respuesta, y Catherine le dice («aunque me partía el corazón decirle la verdad») que se vería excluido para siempre por las clases ricas que se dedicaban a esa clase de deporte, los nobles y capitalistas y «cripto-colonialistas», porque era un muchacho de la clase trabajadora, y los capitalistas no le permitirían participar en sus elitistas juegos. Sin que ello lo disuadiera, Paul seguía leyendo infatigablemente, iba a ver los escasos vestigios que había en el museo de Sydney, y viajaba a Melbourne para ver la pequeña colección que hay allí. A estas alturas Miss Barry estaba completamente harta de Egipto, como cualquier persona de bien habría estado. Ya no le preguntaba por qué le interesaba tanto, y el chico hablaba de ello con la mujer cada vez menos. Había sido un tímido pequeño de ocho años, luego un casi amistoso niño de once y más tarde un lujurioso muchacho de catorce años. Ahora, Paul guardaba silencio nuevamente, convertido en un diligente joven de diecisiete años. Se encontraba bajo la atenta mirada de la mujer la mayor parte de su tiempo, bien fuera en la biblioteca, trabajando y estudiando, o en los mítines comunistas.

Llega el día en que nuestro saludable joven decide que ya ha hecho lo suficiente para ganarse el corazón de la preciosa dama que desea. Que se sintiera desconcertado por ella es evidente para hombres de mundo como usted y yo. Pero véalo desde su punto de vista: tiene diecisiete, dieciocho años, es un hombre hecho y derecho. Ella es una mujer soltera que lo conoce, que ha sido amable con él, que le ha pedido que le sirva. El mozo llega a esa edad (todos hemos pasado por ahí, ¿eh, Macy? Lo recuerdo, no le miento) en que ve lo que desea y alarga la mano para cogerlo. No censuro por ello al muchacho ni una pizca.

Él trata de alcanzarla, y (no es ninguna sorpresa para mí, que pasé ratos con ella) todo lo que obtiene es una helada respuesta. «Oh, fue tan tonto. Había ahorrado bastante dinero para llevarme a un restaurante. Yo nunca hubiera aceptado, pero él dijo que quería hablar conmigo de socialismo, de cuestiones que sólo yo podía responder». Paul trajo flores e hizo que un músico viniera a la mesa. «Estaba haciendo una exhibición, la gente nos miraba, era ridículo. Yo estaba tan furiosa que tenía ganas de gritar. Estaba tan segura de que aquello había terminado, de que él había trasladado sus afectos al partido… “Pensaba que querías discutir cuestiones serias, Paul”. “La cosa más seria del mundo para mí eres tú, Cassie”. Creo que aquélla era la primera vez que me llamaba algo que no fuera Miss Barry, o

camarada». Ella lo rechazó de plano, le dijo que él tenía responsabilidades ahora, compromisos con algo más grande que él mismo. «Le dije eso para salvar su dignidad. Pero él insistió: “No tengo ningún interés en nada que no sea contigo”. “Paul, debes trabajar para la justicia por su propia importancia, no por mí. En eso es donde tu maravilloso corazón encontrará plena satisfacción”. “Soy un hombre y tú eres una mujer, Cassie”. Oh, cielos. “Los dos somos personas, Paul. Tenemos deudas que pagar. Tú se lo debes *todo* a la causa, ¿no te das cuenta? Nosotros, Ronald y yo, hicimos lo que hicimos por ti debido a nuestras creencias”. La verdad es que ésa *era* la respuesta correcta. Pero él… algunas personas no se comportan según la lógica de lo que evidentemente es de su máximo interés. “¿Sólo me ayudaste por tu causa? —recuerdo que preguntó, y su cara parecía la de aquel niñito que pedía un libro, o lloraba por su perro—. ¿No me quieres, ni un poquito?”. Bueno, realmente, Mr. Ferrell, ¿qué podía decirle? Si quiere usted saberlo, pienso que le hice un verdadero regalo en ese momento. Podía haberle ofrecido un poco de bazofia. Lo sabía. Aquel triste jovencito suplicando romance tenía el honor de trabajar a favor del más romántico movimiento de la historia de la Humanidad. Todo lo que yo quería era hacer que siguiera trabajando por la justicia, y podía haber conseguido lo que quería mintiéndole. Pero no lo hice, Mr. Ferrell, me gustaría que lo anotara en su libreta, y esperaré a que usted lo escriba palabra por palabra. Tendrá usted la posibilidad de poner las cosas en su sitio, incluso doce años después. Le dije: “Paul, tienes una deuda con la causa. Como hombre de honor, como humano compasivo, no tienes otra elección que continuar tu buen trabajo hasta que el mundo sea conducido a la democracia y la igualdad. No voy a tomar en consideración tus pensamientos sobre otras cosas. Eres mi camarada. Pasearé contigo hombro con hombro, no de la mano”. Y entonces él se levantó y se fue, me dejó allí en la mesa, al lado de un sonriente chimpancé que tocaba el violín». Ella confiaba en que pronto volvería a verlo, en que quizás necesitaría una semana para recobrar la compostura. «Supuse que estaba dando un difícil pero vital paso en su desarrollo, una transferencia de amor. ¿Cometí un error? Evidentemente. Debería haberle dicho que no había esperanza para su amor, o que lo amaba, y quizás *debería* haberlo amado, en sus términos, sólo un poquito, hasta que con el tiempo se le pasara, y se convirtiera en un hombre de bien y un buen comunista. Ambas cosas estaban en él, y de ambas está desesperadamente necesitado nuestro mundo, Mr. Ferrell.

»Nunca volví a verlo, por supuesto, excepto en una ocasión. Unos años más tarde, Ronnie me dijo que Paul estaba en el circo, y fuimos a verlo actuar en algunas tonterías infantiles, sentándonos muy lejos, donde no podía vernos. Luego, en 1916, desde luego, hizo lo que hizo, arruinando la vida de algunas docenas de comprometidos héroes. Y en 1917, cuando podía encontrarse a nuestro lado, celebrando el mayor acontecimiento de la historia humana, estaba, en vez de ello, luchando en la guerra de unos nobles alemanes contra banqueros ingleses, y en 1918 moría por ello, haciendo más seguro el mundo para el capital. Y ésa es la sórdida

historia, Mr. Ferrell. Cuéntesela a quien quiera oírla. Nunca tuve la oportunidad, en esta pequeña democracia nuestra, de contársela a nadie, y en vez de ello la policía y los periódicos decidieron contar sus propias y bellas leyendas».

Puede usted creerlo, Macy: la historia no acaba aquí. Ronald contó los hechos en 1916, hasta donde él sabía, y que los adjuntos recortes de periódico describen justamente, aunque Ron el Rojo naturalmente los consideraba deshonestos. «Hubo una noche de arrestos —me dijo, apagando con el pie su cigarrillo—. La situación mundial se estaba calentando (la guerra, los rusos) y nosotros nos encontrábamos en medio, y las autoridades estaban un poco alteradas. Uno de nuestros mítines fue disuelto, y nos llevaron a la cárcel, donde nos dieron una pequeña paliza. Yo estaba preocupado por Cass, porque la había perdido de vista al comienzo y se la llevaron por otro sitio. Ahora bien, no era un delito hablar del comunismo (Australia no había ido tan lejos como Estados Unidos), pero conspirar para derribar al gobierno, bueno, eso ya era harina de otro costal. Desde luego, no estábamos haciendo semejante cosa. Pero la policía dijo que había hallado explosivos, así como las direcciones de políticos y policías que se pretendía asesinar y que habíamos estado *corrompiendo* a la juventud, y que Cass y yo teníamos una peculiar especie de inmencionable relación hermano-hermana». Ronald, con suavidad, lo niega: «Pero yo le digo, Ferrell, que no éramos unos locos. Organizar huelgas, alentar la resistencia, luchar contra el reclutamiento para la guerra, mostrar al corrupto Estado tal cual era… ésa era nuestra línea de actuación. Pero aquel inspector de policía llamado Dahlquist va y le dice a los periódicos que han disuelto una célula de asesinos comunistas secuestradores de niños. Fotos nuestras con los nombres, y fotos de los *viejísimos* explosivos que hallaron bajo las tablas, debajo del catre de la habitación en la que quién sabe quién había vivido durante años. Fue entonces cuando me enteré de quién nos había hecho esto, incluso aunque llevaba siglos sin oír hablar de él, incluso aunque Cassie tratara de negarlo, diciéndome que estaba confuso a causa de mis emociones. No había una pizca de verdad en ello. El sinvergüenza había tejido una historia para la policía, y, si quiere usted saberlo, todo aquello no era más que una carta de amor para Cass, sólo su manera de decir que aún la consideraba la mejor chica del mundo, seis años después de que ella le hubiera roto lo que debíamos suponer que era su corazón». Una docena de ellos se pasaron un mes en la cárcel, y un miembro de su grupo permanece allí todavía, aquel que realmente consiguió y almacenó los explosivos. «Dios sabe por qué —clamaba Ron—. Y desde luego esas malditas cosas nunca se usaron; sólo estuvieron allí bajo el suelo durante media docena de años. Cassie y yo ni siquiera éramos *líderes* en aquel momento, sabe usted, Ferrell. Éramos sólo unos idealistas. Cassie todavía lo es. Yo ya me he hartado». Así habló el maestro de escuela reconvertido en camarero, charlando conmigo detrás del *pub* donde estaba trabajando en el 22, uno de los pocos lugares que le había dado empleo.

La policía tenía a su terrorista, pero también habían ido demasiado lejos, arrestando a un montón de personas como los Barry que se amparaban en las leyes

diciendo que podían pensar y decir lo que les viniera en gana, y al final no hubo demasiado que esgrimir ante un jurado, y las acusaciones de secuestrar niños eran una cosa demasiado arriesgada para un juicio público, especialmente cuando está previsto que Eulalie Caldwell vaya a ser tu testigo estrella, y la pico de oro, fastidiosa, Catherine Barry se ha preparado para defenderse con palabras de caridad cristiana. Sea como fuere, la sociedad tuvo el consuelo de ver a los Barry despedidos de sus puestos públicos. Un poco de auténtico trabajo proletario no sería mala cosa para esa gente. En 1922, en su atestada habitación, ella seguía cantando los inmortales logros del camarada Lenin, que resonarían en la historia para siempre, y, desde donde usted y yo estamos sentados, Macy, es difícil decir si no estaba apostando por un ganador, aunque fuera uno diabólico.

Así que digamos adiós a los Barry, 10 y 11 de julio de 1922. Ronald regresa a limpiar la barra, Catherine me estrecha remilgadamente la mano como si fuera un veneno, y vuelve afuera a recortar los tallos de las rosas de los clientes. Ambos maldicen a Paul Caldwell y al honrado inspector Dahlquist, cuando deberían maldecir su propia arrogancia. (No les recordé esto, por supuesto, cuando Ronald me contrató para encontrar a Paul, si aún estaba vivo. Buscar la dirección de un hombre que está muerto es una manera fácil de ganarse el sueldo, lo admito).

Conseguí una entrevista con el inspector S. George Dahlquist para el día siguiente, para comprender la relación existente entre el arresto de Caldwell en el circo y los arrestos de los Barry, ambos llevados a cabo por él.

Macy, dormí de una manera extraña anoche, se lo aseguro. Trabajé en mi informe para usted desde primera hora de ayer hasta última hora de la noche, e incluso cuando no escribía, me dedicaba a releer los diálogos que estaba recreando, mis viejas notas, y los recortes de periódico de 1916 que había recibido de Ronald, algunos de ellos quizás un poco fuertes («Hermano y hermana rojos secuestran a nuestros hijos», por ejemplo, y «Biblioteca pública alberga a terroristas bolcheviques»). Descubrí uno extrañamente conmovedor, para ser sincero, en el *Herald*, donde el director de la biblioteca declara que el sistema es un leal defensor de la Commonwealth y afirma que está ahora completamente libre de traidores, y que Catherine Barry, recientemente despedida, es considerada por el periódico como un ejemplo del maligno virus en marcha, que está royendo los cimientos de la sociedad democrática en los lugares más sorprendentes. Desde luego, todo aquello era verdad. Resultaba incluso un poco conmovedor, un poquito, en su defensa de nuestros principios comunes, y sin embargo parece que falta algo, cuando lo leo ahora.

Soñé con Catherine Barry anoche, podía incluso olería en el sueño, el cual huele un poco mejor que este lugar por la noche, Mr. Macy, usted que está ahora en su mansión de Nueva York. Ella no me decía nada, no estaba furiosa, no volaba ni transmitía mensajes desde el más allá. Simplemente estaba sentada ante mí pacientemente, se alisaba la falda, sonreía, se aclaraba la garganta, no dejaba de

mirarme desde su silla, y yo sabía que ella estaba esperando que yo dijera algo, aunque maldito si puedo decir qué. Levantaba las cejas, reía un poquito ante mi confuso silencio, se encogía de hombros, se recostaba hacia atrás en la silla, cruzaba las manos sobre el regazo, y sólo me miraba fijamente, con aquella malvada media sonrisa; parecía decir que tenía todo el tiempo del mundo para esperar a ver si yo me disponía a decir lo adecuado. Estaba sentada allí para siempre… para *siempre*, porque en el sueño yo sabía que eso nunca iba a terminar.

Una vez que le haya enviado esto a usted, me pondré a trabajar en lo de Dahlquist y mi excursión a Inglaterra.

Sinceramente,
Ferrell

Diarios de
Ralph Trilipush,
1922



Jueves, 12 de octubre de 1922

A Margaret: Amanece. Tú estás conmigo aquí siempre. Te traeré unos regalos de esta expedición que no te imaginas. Desde luego vas a nadar en oro antiguo, por supuesto compartirás mi fama, y por supuesto te casarás conmigo en unas circunstancias que harán que tus furiosas y celosas amigas se froten los ojos inmediatamente después de la ceremonia. Pero pienso también que te mereces tener tu propio diario de nuestra larga separación, un diario de mi amor entrelazado con el diario de mi trabajo; los dos están demasiado íntimamente entremezclados para ser desenredados ahora, en el calor de la acción. Dentro de unos meses, habrá que añadir esta larga carta-diario dirigida a ti a las otras cartas que recibirás por correo (unas semanas después de enviarlas, por desgracia), y comparar estas últimas con la carta que todo el mundo tendrá, *Ralph M. Trilipush y el descubrimiento de la tumba de Atum-hadu*, por Ralph M. Trilipush. Alguna de mis anotaciones de ayer está destinada a ti, no a ellos, veo ahora. Y veo, asimismo, que tu padre se merece un poco más de atención en la versión publicada de estos diarios, y puedes confiar en que realizaré este servicio por ti.

Una charla sobre la financiación de las modernas expediciones egiptológicas: En cuanto a lo de «implorar», de los ingeniosos versos de Kendall Mitchell, creo que no es inapropiado, ni tampoco carente de interés para los lectores en general, describir un poco cómo se financian las expediciones arqueológicas. «Implorar», espero que no haga falta decirlo, no tiene nada que ver con ello. Y como yo estoy tan ansioso como tú, querido lector, de proceder a nuestra exploración, también vacilo en llevarte conmigo hasta que estés capacitado para comprender el contexto de los hechos que nos sobrevendrán allí, en el desierto.

Acompáñame, por lo tanto, en la primera de una serie de reuniones de inversión con *connoisseurs* de arte y financieros de Boston, en junio de este año, en el salón de Chester Crawford Finneran, el cual me ha invitado a su lujosa (y Luxorosa) mansión, donde ha reunido a algunos amigos para hacerme preguntas. Y aunque me habría casado con su hija sin ese dinero, y podría haber financiado esta expedición en otra parte, él seguía ofreciéndomelo, y aunque sólo sea como un gesto hacia la mujer que amo, les di a él y a sus amigos la oportunidad de ser los patrocinadores de una expedición sin precedentes.

El salón de C. C. F. está decorado hasta tal punto —según las modas americanas actuales— en un estilo egipcio y falso faraónico que Kendall Mitchell afirma que está empezando a sentirse «esfingxiado». El chiste normalmente caería mal, pero sabiamente C. C. F. ha hecho preparar tanto «té helado» que todo el mundo está empezando a sentirse mucho más cómodo. Me estoy dirigiendo a C. C. F., Mitchell, Roger Lathorp, Julius Padraig O'Toole y Heinz Kovacs. Lathorp es el propietario de

una muy rentable empresa de construcción de alguna especie. Los dos últimos invitados han sido presentados de forma muy vaga, y son socios financieros de C. C. F. en otras aventuras. Hablan muy poco, aunque Kovacs sufre una tos feroz, lo bastante fuerte para terminar con toda posible conversación en la sala cuando estalla. Al hablar, por lo demás, su voz es tan débil que todo el mundo (incluido O'Toole, que se encuentra inmediatamente a su izquierda) tiene que inclinarse hacia él. A Kovacs le lloran los ojos constantemente, consecuencia de alguna infección, y usa varios pañuelos, en el curso de nuestra reunión, arrojando por turno cada saturado, monogramado paño de seda en la enorme y negra boca del cubo de basura tipo coloso de Ramsés de C. C. F. O'Toole, un irlandés de ocupación indefinida, se pasa gran parte de la reunión limándose las uñas y de vez en cuando tomando notas con un pequeño lápiz dorado en una libretita de notas de cuero. Estos hombres, todos, llevan impreso su dinero en su ropa y sus zapatos. Eruditos no son, es cierto, pero su pasión por el arte está fuera de toda duda. Hay un aspecto negativo en el trato con instituciones tales como ciertos museos destacados, y a menudo la inversión privada ofrece beneficios únicos al explorador.

—Caballeros —empiezo—, dejemos por un momento a un lado la cuestión del dinero para que…

—¡Jamás haré eso! —bromea Kendall Mitchell, para su propio regocijo, así como para el más explosivo de Lathorp. Kovacs tose.

—Se subestima usted, Mr. Mitchell. Dejemos a un lado el dinero sólo por un momento y consideremos lo que esta expedición podría representar para ustedes además de recompensas financieras.

La historia de Egipto nos traslada a la mismísima aurora de la historia humana registrada, hace casi 5.000 años.

—Tiene usted razón. Hasta el propio Jesucristo.

—Eso ciertamente proporciona un contexto, Mr. Lathorp, y demuestra su capacidad para el método histórico, pues resulta juicioso abordar el pasado desde hitos familiares. Pero consideremos que Jesús nació hace 1922 años y Atum-hadu reinó 1.640 años antes de eso, y que Egipto en toda su gloria ya existía 1.500 años antes, y entonces se empieza a tener una idea de las vastas extensiones de tiempo de las que estamos hablando.

—Por supuesto —reconoce Lathorp—. Hitos familiares.

—Ahora, escucha, Pushy —interviene Kendall, interrumpiendo casi inmediatamente la cuidadosa presentación que yo había planeado—. He oído decir que Egipto está agotado. No queda nada bajo las arenas. Todos los otros grandes tipos se han quedado ya con lo bueno. ¿Qué tienes que decir a eso?

Les pedí que abrieran sus cuadernillos explicativos por la página «Posibilidades de éxito».

—Creo que es sumamente improbable. Conocemos los nombres de varios centenares de antiguos reyes, y hemos encontrado las tumbas de sólo algunas

docenas. Hay expediciones que están descubriendo extraordinarios tesoros en este mismo momento, mientras hablamos, aunque la temporada de excavaciones en su mayor parte ha terminado, debido al verano egipcio. En el caso de Atum-hadu, se han encontrado fragmentos de sus escritos en más o menos la misma zona, aunque no han aparecido vestigios de su tumba en ningún mercado de antigüedades. Lo cual implica que esta tumba está intacta, lujosamente provista, y se halla en la región de Deir el Bahari mostrada en este mapa.

Les ayudé a abrir sus cuadernillos por la parte del mapa, que casaba con la versión más amplia que yo tenía sobre un caballete que se columpiaba delante de un gran cuadro de Margaret, en el que ésta sostenía un conejo o un manguito de piel de ese animal.

Aquellos hombres estudiaron con atención el mapa, lo cual me dio la oportunidad, pues me encontraba en las garras de mi recurrente maldición personal, de visitar el faraónico retrete de C. C. F., donde soporté un inoportuno retortijón de explorador, que lleva atormentándome desde la guerra; la disentería, una desagradable y pequeña prostituta siempre presente en Egipto.

A mi regreso, C. C. F. seguía echando una mirada al mapa, líneas y leyendas indescifrables para él, pero los otros se habían dividido en dos distintos grupos: Mitchell y Lathorp, riéndose tontamente sobre un ejemplar (nada sorprendentemente abierto por el cuarteto 42, «Atum-hadu honra a cuatro acrobáticas hermanas») de *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto* (Collins Amorous Literature, 1920; nueva edición de la Harvard University Press prevista para 1923); O'Toole y Kovacs, sentados aparte, no decían nada.

—Válgame Dios, ¿por qué no te subvenciona Harvard tu aventura, eh, Pushy? —preguntó el propio C. C. F., y yo supe que no estaba realmente preocupado por el tema; simplemente no deseaba aparecer demasiado fácilmente convencido ante sus socios—. Te pillaron jodiendo con la esposa de un decano, ¿verdad?

Los guié hacia los bocetos individuales que yo había incluido en los cuadernillos explicativos en la página «Recuerdos personales».

—Ahora, caballeros, ¿quieren ustedes que Harvard se quede con lo que yo encuentre? ¿Quieren que esto sea la Colección Harvard de la tumba de Atum-hadu? ¿Cuando la Colección Lathorp, la Colección O'Toole, la Colección Kovacs pueden llenar sus casas con el oro de un rey egipcio y, después de que ustedes se hayan ido, conservar su nombre para siempre en el ala privada del museo de su elección? Sepan esto: cada museo del país babeará para albergar su colección, *con su nombre, para siempre*, como me tomo la libertad de imaginar en estos bocetos. Y aquí llegamos a la cuestión clave, caballeros: la longevidad de sus nombres. Esto es algo que nuestro amigo Atum-hadu comprendía. Si se menciona su nombre después de que hayan ustedes muerto, es que *no* están muertos. Piensen en ello. Su dinero les puede comprar justamente lo que le compró a Atum-hadu, lo que todo rey de Egipto sabía que era la mercancía más valiosa que se puede poseer: la *inmortalidad*. Ahora cuando

llegue el día, ¿qué van a dejar detrás? ¿Unos grandes almacenes? ¿Una empresa de construcción? ¿Un fondo fiduciario? ¿Una serie de débiles acusaciones presentadas por un envidioso fiscal general? ¿O van ustedes a hacer que su *nombre* viva para siempre, la recompensa última de la humanidad?

—Deténgase ahora sólo un momento, *prefeser*.

Quizás haya ido demasiado lejos; todo el mundo se inclina para oír el susurro de Heinz Kovacs.

—Si me permiten decir algo, he estado fisgoneando un poco por ahí, sabe, una pequeña *arcaología* por mi cuenta. Sólo para saber qué es qué, antes de extender abultados cheques a exploradores y pornógrafos ingleses chiflados. (Explicaré ese malentendido ahora). Pues bien, mi chico va a Harvard, y su *prefeser* me dice que su faraón jamás existió. ¿Qué pasa entonces?

Admito que sufrí en ese momento una punzada de envidia, nada más, sólo un pequeño estremecimiento, porque mientras yo me encontraba entre los *nouveaux riches* de Boston y respondía a sus inexpertas preguntas, pensaba en Howard Carter, que debía de estar comprobando sin prisas su saldo bancario en El Cairo, y luego simplemente telegrafiando a su plácido, noble patrocinador de Inglaterra, exigiendo una hermosa suma y esperando que su cuenta de El Cairo aumentara en consecuencia. Me acordé de Oskar Denninger, magníficamente equipado por la valiente República de Weimar, así como de un gran Giancarlo Buoncane gastando en las arenas de Sudán las ventas trimestrales de Cassini Distillatori, fervientemente dispuesto a cebar la bomba tanto tiempo como fuera necesario hasta que el humeante oro brotara como un géiser de las estériles tierras del Sudán. Y pensé en mis «colegas» de Harvard, sacando tiempo de su ocupado horario para maleducar a los estudiantes, frustrar mis trabajos y entrometiéndose en mi apoyo financiero para seguir gastando los inmortales fondos de Harvard profanando las tumbas de sacerdotillos adolescentes.

—Como cualquiera que tenga visión, ambición y capacidad de correr riesgos, Mr. Kovacs, comprenderá usted lo que significa estar rodeado de enemigos mezquinos que te odian, no porque tú los odies, o los hayas perjudicado, sino porque los ignoras, dado que son demasiado insignificantes para ser de interés para ti. Como el departamento de Hacienda o el fiscal general pueden parecerle a usted, así me parecen a mí los profesores Ter Breuggen y Fleuriman, porque ellos son, supongo, los criminales intoxicadores de su hijo. Caballeros, yo cursé Lenguas Orientales y Egiptología en la Universidad de Oxford. Saqué los escritos de este rey —este «imaginario» rey, tal como hubiera dicho Claes Ter Breuggen— con mis propias manos de la tierra egipcia. Creo solamente en lo que es real, como ustedes, caballeros. Ahora bien, si les presento a ustedes estos fragmentos eruditos, cuidadosamente reunidos a lo largo de decenios y acoplados hasta conseguir su mejor y más sólido encaje en mi propia obra, si estudian ustedes detenidamente este abundante conocimiento como yo lo he hecho, entonces, por simple sentido común,

se reirán ante la pedante charla que se oye en los estériles despachos que hay al otro lado del río, y dirán, tal como yo leí en el *Boston Mercury*, que usted había dicho del fiscal general: «¿Por qué ese aburrido hombrecillo no se pega con su propia cera de abeja y deja a Heinzie Kovacs en paz?». Bravo, pensé, mientras lo leía.

—Bravo, realmente —intervino C. C. F. O'Toole se limaba las uñas—. ¿Ve usted lo que pienso ahora, J. P.? —dijo C. C. F. dirigiéndose a O'Toole—. Respuestas que todo el mundo necesita, me parece a mí. Pushy, cuéntales el aspecto que probablemente tendrá la tumba.

Cuando se pide a los ricos su dinero, hay que ser un poco reservado. Ellos quieren saber que recuperarán su inversión con intereses, pero también quieren ver que comprendes que no tienen ninguna garantía de ello. Incluso mientras les garantizas que sí la tendrán. Quieren que seas más inteligente que ellos, pero no en todo, y que reconozcas su superioridad en cuestiones de finanzas y de «sentido común». Les gustaría mostrarte una o dos reflexiones inteligentes sobre tu materia que no se te hayan ocurrido antes a ti. Más de una o de dos, y pensarán que eres un estúpido; menos, que eres arrogante. No quieren que les pidas su dinero: quieren que les ofrezcas una oportunidad y que aceptes menos dinero del que están dispuestos a invertir. Muéstrate ambiguo sobre su dinero, subraya los riesgos mientras quitas importancia a los beneficios. Éstas, me temo, son las lecciones que todo egiptólogo debe dominar. Ejemplo:

—Caballeros. La tumba de Atum-hadu es probablemente una simple abertura en la cara de un farallón del desierto. Aguardando su paso por esa arcada hay ilustraciones de los hechos del reino de Atum-hadu, y jeroglifos que describen sus glorias y congojas, invocaciones a los dioses. Aquí, siguiendo sus pasos, las pinturas cuentan una historia, como si estuvieran ustedes en el cine: a su izquierda, especulemos un poco, el monarca conduce sus tropas contra los invasores hicsos, o los secesionistas que se proclamaban reyes del delta oriental, o los ejércitos negros africanos que llegan por el sur. A su derecha, se puede ver cómo combate a los conspiradores de su propia corte, nobles impacientes que rivalizan por su trono, mientras él serenamente hace que se acerquen sus consejeros de confianza (como ustedes, caballeros, son los míos), y a su reina, La Belleza Que Asombra al Sol. Todo esto ustedes y yo lo vemos mientras cruzamos el vestíbulo. Ahora, hemos de arrastrarnos a través de una pequeña abertura y entonces percibimos un olor distinto de todo lo que habíamos olido en el pasado. No diré que sea inmediatamente dulce o agradable, pero eso es porque no nos resulta familiar; no, no es que sea *poco familiar* (implicaría que se acostumbrarían a ello un poco más adelante): es eternamente único. Ustedes no han olido eso antes, y no volverán a olerlo: es el primer olorcillo de un aire que ha permanecido flotando intacto durante 3.500 años. No sé si eso les hará sonreír (como me hace a mí), o les provocará arcadas, o les entusiasmará. Nuestros ojos apenas pueden permanecer abiertos por la sensación de escozor y el calor… y el resplandor. Sí, el resplandor, caballeros: es la incierta luz de nuestras linternas

eléctricas que se refleja hasta nosotros, magnificada en cegadores rayos de oro y cristal, marfil y perlas, lapislázuli y oro, oro y oro. ¿Entramos ya, ustedes y yo?

—Estoy convencido —dice Finneran.

—Y con razón debería estarlo, señor. Sabemos mucho de nuestro anfitrión, Atum-hadu. Sabemos, por sus escritos, las presiones externas que lo moldearon, el personaje en que se convirtió para culminar su carrera. Sabemos de sus irresistibles apetitos, que él podía satisfacer sólo por breves períodos de tiempo y con gran dificultad. Sabemos de la familia que le falló, de las reinas y concubinas que lo sostuvieron, del fiable Maestro de Generosidad que era su consejero más importante, y así, ante nosotros, vemos todo esto. En la pared próxima al sarcófago de nuestro rey, vemos los más intrincados, delicados dibujos eróticos de las aventuras amorosas de Atum-hadu, y figurillas que, después de que la tumba fue sellada, cobraron vida para alegrar al rey en su viaje al mundo de los muertos. Y allí, sobre una elevada y adornada tarima, entre gigantescas estatuas de los dioses Atum y Anubis, allí está: una copia completa de los *Consejos* de Atum-hadu, los escritos del rey, su autor, innegablemente conocido al fin, y en las paredes, unas descripciones más completas aún de la vida del rey, de la cual debemos reconocer que hay muy pocas cosas que sepamos con seguridad (aunque esta confesión signifique que ahora nos veamos arrastrados fuera de esa arcada, con una visión fugaz de los jeroglifos, y que regresemos aquí, al salón de C. C. F.) y, para reconocer a mis voraces críticos sus mezquinos derechos, reconozco que algunos han dicho que Atum-hadu y su tumba no sólo son desconocidos sino que son incognoscibles, ya que el rey técnica, literalmente, no existió. No es cierto, por supuesto, pero sí desalentador para los inversores o los exploradores en vilo. Por ello ninguno de esos individuos fue invitado aquí hoy.

Y siguió un examen, página por página, de los cuadernillos informativos: «Posibilidades de éxito», «¿Quién era Atum-hadu?», «La Paradoja de la Tumba, en general», «La Paradoja de la Tumba, caso de Atum-hadu», «El papel de la poesía erótica en la corte de Atum-hadu», «Pruebas de la situación y contenido de la tumba», «Valor de mercado estimado de los hipotéticos objetos», «Mapas de Egipto y Deir el Bahari», «Recuerdos personales». No todos los socios fueron conscientes de cada apartado de nuestra charla (el dorado lápiz del soñoliento J. P. O'Toole, abandonándose a su ingenio sobre su libreta de notas, trazaba una serie de cascadas de estilo minimalista), pero al menos uno de ellos se mostró atento a todos los temas tratados.

—Hablaremos en privado más tarde, usted, yo y Heinzie, C. C. —dice con su acento irlandés a O'Toole mientras se levanta y se despereza. Kovacs se esfuerza por ponerse de pie, mientras Lathorp y Mitchell alargan el brazo, como un solo hombre, hacia la otomana donde descansa el ejemplar de *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto* (Collins Amorous Literature, 1920).

—No hace falta que os peleéis por él, chicos. —Cojo mi portafolios—. Tengo

ejemplares de regalo para cada uno.

Correspondencia:

Harold Ferrell a Laurence Macy III, 1954-1955

Residencia Sunset on the Bayview
Sydney, Australia

8 de diciembre de 1954

Mr. Macy:

Estoy trabajando tan deprisa como puedo. Uno nunca sabe lo que el mañana nos traerá, si es que va a traer algo. Ésa es la lección n.º 1 en esta residencia. Sacaron a un tipo de mi habitación esta mañana, completamente tapado y bien limpio, mientras un sobrino de aspecto aburrido perdía algunos de sus preciosos minutos firmando la identificación del cuerpo.

Julio de 1922. El inspector S. George Dahlquist, un ambicioso policía, se sentía más que contento de compartir sus preciados recuerdos, historias de terroristas rojos y circos de ladrones. Fue capaz de responder algunas de las preguntas que me quedaban sobre la vida en Australia de Paul Caldwell, aunque no todas. Entre el momento en que nuestro chico salió del restaurante con el corazón hecho pedazos por su gélida amada roja y aquel en que Boyd Hoyt descubría su talento para vaciar bolsillos en una plaza de mercado, yo no tenía nada acerca de él… Dos o tres años en blanco. Y entonces, en 1916, aparece andando de puntillas sobre el serrín, alargando la mano hacia las tentadoras carteras que tiene encima de él, en la oscuridad, cuando el inspector Dahlquist surge de un salto de las sombras, agarra la muñeca del muchacho y casi se la rompe.

Paul Caldwell, a sus casi veintitrés años, se encuentra metido hasta las rodillas en excremento de elefante, serrín y los abrazos de Emma Hoyt, cuando lo arrestan por sustraer las escasamente llenas carteras del público que está sentado en la semioscuridad, sus culos al aire sobre los bancos de madera, vitoreando o silbando al pingüino de la noche. Ahora bien, sé lo suficiente acerca de cómo maneja la policía estas cosas para saber que Paul fue probablemente arrastrado hasta una silla, donde lo ataron y lo atizaron un poco y luego le dieron un gran vaso de agua y después lo dejaron un buen rato hasta que la sangre se secó, y entonces, cuando necesitaba ir al servicio desesperadamente, llega el fornido inspector Dahlquist, el cual dice que nadie responderá por Paul. Boyd Hoyt ha dicho a la policía que no tiene ningún interés por el bienestar de Paul, que lo mismo podrían colgarlo y romperle el cuello, por lo que a él se refiere. «Un flacucho, su señor Caldwell, pero no se asusta fácilmente —me dijo Dahlquist—. Con el tiempo, claro, todos acaban asustándose, excepto los asesinos más monstruosos, pero ese tipejo resistió bastante, guardó silencio. Al principio, yo sólo quería oír lo que tenía que decirme de Hoyt, confirmar que estaba robando esas carteras por orden de Hoyt, para financiar el circo. Lo amenacé con largos años de prisión, que podía garantizarle, dependiendo de cuántas

personas vinieran con denuncias de hurto. Pero su señor Caldwell seguía guardando silencio. ¿Le decía Hoyt que robara? Nada. Le describí cuál sería su vida en la prisión. Nada. Le dije que el juez podía decidir enviarlo al Ejército por su papel en esa historia, y que podían destinarlo a luchar contra el káiser en un remoto campo de batalla en Francia, ver cómo le volaban la cabeza, y que qué tal le sonaba eso. Nada. "¿Te lo has estado haciendo con la mujer de Hoyt, no? Porque Mr. Hoyt es un viejo muy cabreado. Te odia. Me dice que has violado a su mujer, y que eres un ladrón". Pero nuestro Paul no reacciona, ni siquiera se queja, hasta que, muy lentamente, se vuelve hacia mí y me dice: "¿Puede usted hacer que me manden al Ejército si lo ayudo?". Y tengo que decir que no sé qué intención tenía, pero estaba claro como el día que quería algo. De manera que empieza en serio nuestra negociación, seguro que usted me comprende, Mr. Ferrell. Empezamos a hablar de remotas hipótesis. ¿Qué podría arreglar yo para él si se decidía a contarme algo extraordinario? ¿Qué sería él capaz de decirme si yo conociera a un hombre que pudiera dar con semejante solución? "Bueno, veamos la mercancía, Mr. Caldwell, y que valga la pena". Primero, Paul dijo que sí, que Hoyt lo entrenaba para que robara, que lo obligaba a robar. Paul se quedaba sólo con un pequeño porcentaje del botín y el resto servía para pagar el circo, dar de comer a los tigres. "Hoyt me decía que lo hiciera, Hoyt se llevaba todo el dinero y Hoyt fue el que me enseñó a robar una cartera, y Hoyt, Hoyt, Hoyt". "Es interesante, digo yo, pero no lo suficiente para el trato que me pides". "De acuerdo —dice él, y se queda pensando en silencio durante un minuto—. A ver, qué me dice de esto: ¿Recuerda a los Zipping Zivkovics, dos estrellas de la acrobacia que murieron en un horrible accidente durante una actuación en el circo de Hoyt el año pasado?". Bueno, ¿y si Paul pudiera demostrar que habían sido *asesinados* por Hoyt para aumentar así la asistencia de público al circo, ya que la gente siempre acude a manadas cuando puede ver una muerte accidental? Eso era más interesante, lo reconocí, pero no lo suficiente para garantizarle el especialísimo acuerdo que pedía. Se sentó y se miró los pies durante largo rato. Yo no sabía si se había dormido, pues la cabeza le colgaba así, o estaba desalentado, o estaba rumiando una trola. Pero esperé y observé. Cinco minutos, diez minutos, yo sabía que por cada minuto que yo guardara silencio iba a conseguir una buena confesión, aunque fueran sólo fantasías. Podía ver que sus labios se movían, estaba pensando algo. Y entonces va, levanta la cabeza y dice con la mayor frialdad: "¿Qué daría usted por una conspiración de comunistas violentos en el corazón de Sydney?". Bueno, Mr. Ferrell, entonces sí que captó mi atención.

»Hacía falta tiempo para apañar el trato que pedía. Era una petición difícil de conseguir, pero si lo que decía era cierto, valía la pena. Yo le dije que era un hombre de palabra, pero que llevaría un poco de tiempo ver qué se podía hacer, y él respondió, lo recuerdo bien, dijo: "Tómese el tiempo que necesite. La revolución mundial y la destrucción de todo el poder de la policía ciertamente no son algo por lo que valga la pena apresurarse". Y se rió en mi cara».

El trato, Mr. Macy, era sencillo en principio, aunque un poco complicado de ejecutar. Paul quería que lo enviaran con las Fuerzas Imperiales Australianas a Egipto, y quería que se le garantizara que se *quedaría* en Egipto mientras las fuerzas australianas estuvieran en el Cercano Oriente. Gallípoli, no, gracias; ni Luxemburgo, gracias. Cumpliría su condena en las FIA, en Egipto, y en ningún otro lugar. Le dijo a Dahlquist que sabía leer el egipcio antiguo y conocía la geografía del país tan bien como cualquier otro australiano, y que había aprendido a montar a caballo en el circo de Hoyt. A cambio, bueno, los Barry y sus «camaradas». Por supuesto retuvo esos nombres un poquito más. Hablaba de forma muy generalizada de las cosas que Dahlquist encontraría, hasta que el policía, convencido, invocando la seguridad nacional, movió los hilos en Defensa, y arregló las cosas tal como su informador estrella deseaba, mientras Paul permanecía en la cárcel de Sydney, sin derecho a ninguna clase de visitas. Hasta que el papeleo no estuvo terminado, no empezó a hablar Paul en términos concretos. Explosivos bajo las tablas del suelo. Listas de posibles objetivos para ser asesinados. Nombres de los conspiradores. Historias de secuestros de niños. Bibliotecarias incestuosas corrompiendo a los jóvenes. «Desde luego, no todo se aguantaba, pero no me quejé —me dijo el inspector—. Caldwell mantuvo su palabra, igual que yo. Al cabo de una semana de proceder a los arrestos, estaba en un barco de transporte de tropas. Debió ser en el verano, diciembre de 1916».

Si bien algunos de los periódicos convirtieron a Dahlquist en un héroe en el 16 y en un estúpido el 17, en fin, eso no le paró los pies. Detenía a un bolchevique terrorista, y si el precio era una nube de retractaciones y excusas oficiales murmuradas y juicios cancelados, eso no le importaba demasiado.

¿Fue usted militar, Macy, héroe de Corea o algo así? Yo era un poquito demasiado viejo para escupir fuego y alistarme para nuestra Gran Guerra. Aquí, la mayor parte de nuestros muchachos se fueron a enseñarle un par de cosas a Jack el Turco, ¡la gloria de nosotros, los *aussies*, en Gallípoli! Ver tus tripas esparcidas por una turquesa playa otomana por el bien de Serbia, tal como yo lo veo… no es para mí, gracias, ni para Paul Caldwell, tampoco, como estamos viendo. Si se perdió usted Suez y Jerusalén y Gallípoli, como él, bueno, sepa que Egipto era un lugar bastante seguro en el 17, cuando él habría llegado, pero desde luego él iba por amor, no por la guerra. Había encontrado una manera de hacer lo inimaginable para un muchacho de los suburbios de Sydney: se dirigía a la tierra de sus sueños. Lo que creía que encontraría allí no soy capaz de decirlo, y seguro que no valía la pena morir por ello, si quiere usted que se lo diga. Mejor que hubiera cumplido su condena en prisión, es mi opinión *a posteriori*; al menos hoy estaría vivo.

Por entonces, julio del 22, me pasé unas semanas siguiendo la pista del heredero perdido de Barnabas Davies, y realmente no tenía muchas esperanzas de poder alargar el caso mucho más. Había recibido una hermosa e imponente paga por lo que había sido un fácil y seguro trabajo. Cablegrafié a Londres mi informe, que era

bastante largo, aportando lo bueno y lo malo de Paul Caldwell. Gracias a esta última entrevista, si lo mira usted bien, lo teníamos trabajando a favor de la Corona para detener la mortal marea del comunismo en la Commonwealth. Mencioné (aunque es cierto que quitándole importancia) que probablemente el chico estaba muerto. Existía, sin embargo, la opción, escribí, de enterarme por sus compañeros y oficiales del regimiento de algo sobre su historial de guerra que pudiera resultar interesante para Barnabas Davies. Si había sido un héroe, aconsejé, quizás los abogados de Davies podrían, retroactivamente, cambiar el apellido del muchacho, tal vez conseguirle una medalla o una citación con el nuevo nombre, si es que Barnabas Davies tenía ganas de sobornar a las personas adecuadas. Y, por si servía de algo, más como una broma que otra cosa, proponía que mis investigaciones sobre el heroísmo de Caldwell tendrían que llevarme lógicamente a Inglaterra, donde hablaría con la familia y camaradas de armas del capitán Marlowe, con quien nuestro muchacho había desaparecido, y el cual había recomendado los ascensos del joven.

Yo esperaba que la sede central de Londres me daría las gracias, me pagaría y eso sería todo. Consideraba posible que me pagasen por escribir algunos consejos para otro detective de Tailor en Inglaterra, preparándolo para hacer las entrevistas inglesas que yo sugería. Pero, cuatro días después, recibía una sorprendente respuesta por cable:

AUTORIZADO PARA VIAJAR INMEDIATAMENTE A INGLATERRA, GASTOS A CARGO DEL CASO DAVIES.

Esto resultaba extraño, por no decir otra cosa. Desde luego, yo me sentía más que contento ante aquellas noticias: ver mundo, ganar un poco más de dinero en un trabajo seguro e interesante. Pero ¿por qué se me ofrecía semejante cosa? A la Agencia Mundial de Investigaciones Tailor no le faltaban detectives en Inglaterra. Lo que costaba pagarme y llevarme por todo el globo era mucho más que cualquier pago de los que Barnabas había autorizado para convencer a Paul Caldwell de que se convirtiera en Paul Davies.

Lo estuve reflexionando durante dos semanas, mientras esperaba el barco que saldría de Sydney, lo medité intensamente mientras me mareaba y luego me aburría como una ostra y después me mareaba nuevamente, desde Sydney a Melbourne, a Adelaida, Fremantle, Adén, Alejandría, Malta y Liverpool, enfermo y confuso todo el viaje (aunque, demos al viejo Davies lo que se merece, viajé con todas las comodidades posibles durante todo el trayecto hasta el final de esta historia). No lo comprendí hasta llegar a Inglaterra, el 12 de septiembre de 1922, en cuyo momento ya no importaba. Resultó lo más sencillo del mundo. Barnabas Davies quería conocer a todos los detectives que participaban en su caso, a cualquiera que hubiera conocido a los hijos, o visto a las mujeres. Hice el viaje a Inglaterra para continuar el caso, todo el tiempo pagado por Cervezas Davies, porque el viejo quería saber si Eulalie estaba bien y esbelta, quería verme la cara cuando le hablara de Paul. Por supuesto, para cuando llegué a Londres, Davies se encontraba ya frío bajo tierra, y el viejo Miklos

Tailor sonreía de oreja a oreja, porque los abogados acababan de informarle de que los albaceas de Barnabas Davies estaban dispuestos a pagar para que la investigación llegara a sus conclusiones. Yo no había conocido a Miklos Tailor hasta el día en que entré en su despacho, pero él me abrazó, me pellizcó la mejilla, y me dio la bienvenida como a uno de sus «hermanos». Se retiró al terminar el caso Davies, sabe usted, y vivió a lo grande el resto de sus días de sus abultadas facturas al difunto.

Y, evidentemente, no se ahorraba ningún gasto a los detectives encargados del caso. Davies tenía prioridad sobre todo lo demás, y pidiéramos lo que pidiésemos, lo teníamos. Los casos corrientes de divorcio y adulterio, y cosas parecidas, así como las malversaciones, tuvieron que esperar pacientemente, porque Tailor quería asegurarse de que hasta el último cabo suelto de este caso fuera seguido, trenzado y bañado en pintura de oro. El informe final que sometió a los abogados, con las debidas anotaciones y trasladado a los albaceas de Davies, tenía 2.500 páginas, con fotografías, biografías individuales de los bastardos multinacionales, transcripciones de las entrevistas con ellos, mapas de los lugares donde encontrarlos, cartas de aceptación, certificados de cambio de nombre, y esto y lo otro. Puede usted imaginar las proporciones del informe dedicado al difunto Paul Caldwell.

Volveré a esto después. Primero, está nuestra siguiente entrevista. ¿Qué piensa usted de esta idea? ¡*Nuestra* entrevista, o sea, la suya y mía, Macy! Podría escribirlas usted mismo atribuyéndose un papel *participativo*. Podría ser mi Watson en la escena, no sólo con la pluma. Desde luego, no en todas las escenas, eso no sería realista, y no deberíamos olvidar quién es la atracción principal aquí, sin ganas de ofender. Pero, con todo, un ayudante, alguien que me hiciera preguntas, a quien explicar mis razonamientos y deducciones de forma que el lector pudiera seguir el intríngulis de algunas de las situaciones más enrevesadas… esto suena bien. Veamos qué tal funciona.

Londres había procurado un poco más de información sobre el capitán Marlowe, y dispuesto las cosas para que hiciera una visita a los padres del difunto capitán. Primero examinemos usted y yo la información que hemos desenterrado, un resumen de diversos expedientes militares disponibles y el trabajo de un par de hombres de Tailor husmeando por ahí para ahorrarme tiempo:

> El capitán Hugo St. John Marlowe abandonó el campamento base de El Cairo el 12 de noviembre de 1918, con un permiso de cuatro días. No regresó el 16 de noviembre, como estaba previsto. La búsqueda, iniciada el 18 de noviembre, no reveló nada. Las entrevistas con oficiales y soldados tampoco descubrieron nada significativo. En marzo de 1919, aparecieron unos nativos pidiendo la recompensa, pues habían hallado las placas de identidad del capitán Marlowe y las del cabo P. B. Caldwell (FIA), así como un fusil Lee-Enfield 303 de las FIA. Los nativos dijeron que habían encontrado estos objetos cerca de Deir el Bahari. Las posteriores entrevistas realizadas no revelaron la existencia de relación alguna entre el capitán Marlowe y el cabo Caldwell, aunque los archivos de las FIA

muestran que el capitán Marlowe tomó por dos veces la inusual decisión de recomendar el ascenso de Caldwell al capitán T. J. Leahy (FIA), oficial al mando de la compañía de Caldwell.

—¿Qué piensa usted de eso, Macy? —pregunté cuando nos sentamos en las lujosas oficinas de la Agencia Mundial de Investigaciones. (¡Y bienvenido a la acción, Macy!).

—No lo entiendo, no tiene ni pies ni cabeza, Mr. Ferrell —dijo mi joven ayudante americano—. Es sumamente extraño.

—Y seguirá siéndolo, hasta que, de repente, la verdad, en toda su cristalina pureza, quiera manifestársenos, Macy, y el vil engaño se desvanezca.

Esto era todo lo que teníamos como seguro: nuestro Caldwell tenía algún tipo de relación con un capitán inglés que había metido las narices en los asuntos australianos lo bastante para conseguir que Caldwell ascendiera por dos veces. Y se habían ido de permiso juntos. Y habían desaparecido juntos. Y, probablemente, muerto juntos.

Partí para Kent y la fría residencia de los provincianos y desconfiados padres del capitán Marlowe, vestidos con sus ropas de *tweed*.

Mandaron a alguien a recogerme en la estación, y fui conducido a la entrada del servicio de su casa de campo e invitado a subir por unas escaleras traseras hasta una pequeña biblioteca, donde los Marlowe estaban sentados, esperando en silencio. El padre, un hombre de espeso bigote y extraordinariamente bajo, no hablaba. Me estrechó débilmente la mano sin pronunciar una palabra de bienvenida, se sentó ante un escritorio y mantuvo sus manos cruzadas sobre el regazo. Miraba al suelo, pero de vez en cuando, mientras yo explicaba que estaba llevando a cabo una investigación privada para determinar los hechos, incluyendo los que rodeaban la desaparición de su hijo, levantaba los ojos, como si estuviera finalmente preparado para mirarme directamente, pero entonces su mirada proseguía su camino, y acababa contemplando el techo. Cuando yo les hacía una pregunta, su mujer lo miraba a él primero, y cuando él no rompía su silencio ella se volvía hacia mí y contestaba, lo más deprisa posible, dirigiéndose sólo a mis espinillas. Algunos ingleses hacen esto con los *aussies*, era algo que estaba aprendiendo rápido.

Los Marlowe habían recibido una notificación oficial del Ejército Británico, por supuesto, pero al no tener cuerpo alguno que enterrar, ni historia que contar, habían tratado de saber más cosas. Aún tenían a otro hijo en el ejército, y a una hija casada con un miembro de una familia de militares, pero los Marlowe no habían encontrado nada más que lo que yo tenía. Bastante poco, la verdad. ¿Había mantenido el capitán Marlowe correspondencia con ellos durante su servicio en Egipto? Sí. ¿Había mencionado su amistad con un soldado australiano, cierto cabo Caldwell? La madre parecía confusa, y el padre de hecho se rió brevemente, como un corto ladrido, antes de levantar la mirada hacia el techo, recordándome mi acento y el improbable atractivo social de los *aussies* de rangos inferiores. ¿Sabían que el arma y las placas de identificación del cabo Caldwell habían sido halladas junto con las del capitán

Marlowe? Pasmado silencio y movimientos negativos de cabeza. ¿Significaba algo para ellos Deir el Bahari? Nada. ¿Tenían alguna idea de por qué el capitán Marlowe había decidido tomarse un permiso de cuatro días para alejarse tanto de la base, después del armisticio? Bueno, desde luego: por la arqueología.

Ahora bien, eso resultaba intrigante, ¿no, Macy? El capitán Marlowe había estudiado Arqueología y Egiptología en Oxford, según supe. Había sido un estudiante bastante avanzado, y tenía intención de volver a sus estudios después de la guerra. Estaba contento, por supuesto, de haber sido destinado a Egipto. ¿Tenía el capitán Marlowe amigos de Oxford con los que pudiera hablar? Sí: Beverly Quint, que había compartido habitación con él durante uno o dos trimestres. «Y luego estaba también aquel tan extraño…». La voz de la madre se fue apagando y miró al padre. El viejo Marlowe se encogió de hombros, giró su silla y sacó del cajón superior del escritorio un gran sobre marrón, abierto. Me lo tendió con disgusto. Iba dirigido a los Marlowe con el único remite de la Universidad de Harvard, de Estados Unidos, y dentro había un pequeño libro: *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto*. Era un ejemplar dedicado, y al abrirlo encontré esta inscripción en tinta azul, escrita con una estilográfica de origen americano oriental, si mi estudio de toda una vida de tintas y plumines no me engaña:

> «13 de agosto de 1920. A Príapo y Safo Marlowe, que saben bien la importancia que Hugo tuvo para mí, mi apreciado amigo en la universidad y en la guerra, una inspiración en la vida y la muerte. Con afectuosos recuerdos de tiempos más felices en vuestra cálida y acogedora casa, de vuestro “otro hijo”. R. M. Trilipush».

(Felicidades y gracias, Mr. Macy, por su paciencia. Mi promiscuo cervecero nos ha conducido, tal como prometió, hasta el primer novio de su tía de usted).

—Muy amable, ni que decir tiene —les dije, solemnemente, a los mudos Marlowe—. ¿Y han hablado ustedes con su amigo Mr. Trilipush desde la desaparición del capitán Marlowe?

El padre se miró las manos, la madre movió la cabeza negativamente.

—Lo digo porque quizás podría arrojar un poco de luz sobre la vida y desaparición de su hijo.

—No lo conocemos —dijo ella.

—¿No les gustaría que hablara yo con él en su lugar?

—No me ha entendido usted bien, Mr. Ferrell. Quiero decir que nunca nos hemos visto con él, aunque Hugo hablaba a menudo de él cuando estaba en Oxford.

—Estoy confuso, señora. ¿Qué quiere decir con lo de «otro hijo» entonces?

—No tenemos ni idea —dijo ella.

—¿Hugo no se lo presentó nunca?

—Nunca.

—¿No había pasado tiempos felices en su «cálida y acogedora casa»?

—Por supuesto que no.

—¿Y este libro?

Se produjo un largo silencio antes de que Mrs. Marlowe hablara con una voz ahogada.

—*Porquerías*. —Tragó saliva—. Y en su prefacio afirma que Hugo lo ayudaba.

—Y además… —El ruido resultó poco familiar y sorprendente. Era la primera vez que Príapo Marlowe hablaba—. Y además, *ésos no* son nuestros nombres de pila.

La mujer asintió en silencio con gravedad.

—Me inclino a pensar que tal vez yo sea de utilidad para ustedes —dije, y el padre mordisqueó ligeramente el afilado extremo de su bigote.

Misterio sobre misterio, Macy. El caso Davies empieza a extenderse por todo el mundo, y nos hemos de hacer la pregunta crucial, corriente en tales momentos, cuando el astuto detective trata de enmarcar y delimitar su campo de visión: ¿Estamos siendo desviados hacia un terreno no relacionado? ¿O acertamos al mantener abierta nuestra mente, y quizás todo esto nos lleve a tener una visión más clara del difunto Paul Caldwell? Y hemos de encontrar respuestas, también, para nuestros más recientes y potencialmente más lucrativos, si bien espantosamente desconcertados, clientes… los afligidos padres de Hugo Marlowe, que desean comprender qué pasó con su querido muchacho. Tenemos mucho que hacer, Macy, de manera que deje sus andanzas en busca de placer en Londres, deje el cóctel sobre la mesa, despídase de las bellezas y venga a ayudarme. ¡El juego está en marcha! (¿Y qué edad tendrá usted en esta crónica, dado que usted de hecho aún no había nacido? Me gusta bastante la idea de que sea usted un joven cachorro, de veinte años de edad, sin ninguna experiencia particular pero sí un admirador de mis deducciones y sienta cierta debilidad por el *glamour* vulgar y el *jazz* negro).

De modo que serénese y vaya por orden mía a Oxford mientras yo sigo la pista e interrogo a algunos londinenses que sirvieron en el ejército con el capitán Marlowe. ¿Qué dicen esos tíos, mientras nosotros disfrutamos nuestra Cerveza Amarga Davies en sus locales? Nunca oyeron hablar de Trilipush, nunca oyeron hablar de Caldwell, y Marlowe era un *wallah* de oficina que interrogaba a los prisioneros.

Esperando aún su regreso de Oxford con buena información, Macy, hago una visita a Beverly Quint, y, oh, sí, pese a su nombre, se trata de Mr. Beverly Quint. ¿Qué *pensaban* sus padres que iba a ser?

Encuentro a Beverly Quint, el amigo oxfordiano de nuestro capitán Marlowe, que actualmente vive en Londres, sin un empleo remunerado pero llevando una vida bastante agradable como persona ociosa. Aquí tiene una sugerencia, Macy: en su nueva versión, quizás pueda añadirse un poco de drama si está usted haciendo una investigación crucial en Oxford (ocupando mi histórico lugar con su más literaria presencia), en el preciso momento en que yo me encuentro en la curiosa sala de recibir oriental del apartamento de Beverly Quint en El Albany. Usted está preguntando al viejo conservador de recuerdos del Balliol College, de peludas orejas:

«¿Está usted completamente seguro?», justo en el momento en que *yo estoy* preguntando al lascivo y arrogante Mr. Quint: «¿Y está usted completamente seguro de que lo conocía?».

—Completamente seguro, señor, aunque no es imposible que se hayan perdido o borrado registros —dice el conservador de documentos, Macy, bajo unas tormentosas nubes que se están formando en Oxford y su creciente bullicio—. No hay ninguna anotación de Ralph Trilipush como residente en Balliol en ningún trimestre entre 1909 y 1916.

—¿Seguro? ¿Si estoy seguro? Claro que estoy seguro, Mr. Ferrell —dice el marica de Mr. Quint en aquel mismo instante, lanzándome una lasciva mirada de soslayo a la pálida luz solar de sus polvorientas habitaciones, y examinando con aire nostálgico el libro dedicado de Marlowe que yo le mostraba—. Ralph Trilipush, Hugo Marlowe y yo éramos un trío inseparable en Balliol —recuerda Quint entrecerrando los ojos—. Aunque aquellos dos eran hombres de Egipto y yo leía el griego, por supuesto, querido. Éramos amigos íntimos, los tres, lo compartíamos absolutamente todo, realmente como los tres mosqueteros, o tres doncellitas de escuela, como dicten sus gustos.

No podía haber duda de lo que Mr. Quint estaba dando a entender en esta habitación, y cuyo nombre no se atrevía a pronunciar.

—¿Le hago sentirse incómodo, mi atractivo colonial? —preguntó, hojeado el libro de Trilipush.

—He visto bastantes cosas del mundo, gracias, Mr. Quint, para que algo me pille desprevenido.

—Por supuesto, querido, es usted un hombre de mucha acción. ¿No tendrá por casualidad la dirección del viejo y querido Ralph, tío listo? He perdido su pista desde la guerra, y tengo muchas cosas que decirle. ¿Va usted a verlo pronto? Debe usted decirle que Bevy le manda todo su amor.

Ante mi petición de fotografías de sus amigos, Quint sacó un cuadro de Hugo Marlowe, un retrato de busto, tamaño natural, de un feísimo joven, aunque alguien había derramado montones de pigmento para plasmarlo en la tela. Era verdaderamente reptiliano, para mi ojo ciertamente inexperto. Desde la base de su cuello hasta la punta de lo que debía de haber sido la barbilla, formaba una línea casi recta, y su rizado cabello negro estaba como pegado al azar sobre su cabeza, aquí en inestables mechones, allá sólo lo suficiente para cubrirle el cuero cabelludo. Sus traslúcidas orejas de elefante se unían a las sienes en ángulo recto. Tenía bolsas y círculos bajo los ojos, y su color era tan harinoso como floridos eran los modales de Mr. Quint.

—Un bello diablo —conseguí decir.

—Sin duda, pero sólo los más refinados pueden verlo —ronroneó mi anfitrión con evidente orgullo de propietario.

Lo extraño, Macy, es que el propio Quint era innegablemente guapo, a la manera

como a todos nos gustaría ser y exactamente tal como todos los ingleses se imaginan a sí mismos: mandíbula cuadrada, ojos claros, cejas altas y esa sonrisa afectada que hace que se desmayen las mujeres. Si Hugo Marlowe había sido el amante de Quint, formaban una pareja desequilibrada, la bella y la bestia.

¿Y tenía Quint alguna fotografía de Trilipush? «Creo que sí, debería tenerla». Pero todo lo que pudo encontrar fue una foto de algunas infantiles obras de teatro de Oxford, a Quint de cara y en el centro, con una peluca y empolvado como María Antonieta, un muy nítido (y aún más feo) Marlowe como severo revolucionario, y muy atrás, entre una multitud de idénticas manchas confusas, bajo la manicurada uña de Quint, el borroso campesino tercero por la izquierda.

—Ahí está nuestro Ralph. ¡Mire usted qué expresión de seguridad en su rostro! —exclamó exultante Quint—. ¿Quién más podía ser un campesino revolucionario francés tan insoportablemente pagado de sí mismo? Eso es justamente *poesía*. Le sentaba a Ralph que ni pintado.

—¿Conoció alguna vez Trilipush a sus padres? ¿O a los de Marlowe?

—Pues naturalmente, querido. Uno siempre presentaba a los compinches más queridos a los viejos. Vacaciones, cenas, lo de costumbre. ¿Cómo expresan *ustedes* la amistad allá abajo, en el culo del mundo?

Mientras tanto, Macy, está usted leyendo todos los documentos que puede conseguir del viejo guardián de los archivos de Oxford, y aunque no hay absolutamente ninguna pista de Ralph Trilipush, sí hay un extenso rastro de las travesuras de Marlowe y Quint. Marlowe fue estudiante de Egiptología con un catedrático, actualmente fallecido, llamado Clement Wexler. Quint estudiaba literatura francesa, de modo que su referencia al griego parece haber sido una mentira, lo cual debería proyectar cierta luz sobre todo su testimonio. Posteriores entrevistas realizadas aquel día en la Biblioteca Bodleiana y Ashmoleana, donde guardan todo lo relativo a Egipto, revelan la regular presencia de Marlowe, pero nada de Trilipush, hasta que usted entrevista a un bibliotecario en uno de esos silenciosos templos de educación innecesaria mientras se convence usted cada vez más de que Trilipush nunca estuvo en Oxford, y un excesivamente delicado joven situado a sus espaldas le dice: «Perdóneme por interrumpirle. No he podido evitar oírlo; ¿dijo usted Trilipush? ¿Es usted amigo de los Trilipush? Yo habría pensado…».

—¿Lo conoce? —dice usted, demasiado ansiosamente, pero le falta experiencia, Macy.

—Pues claro. Pero ¿y usted? Seguramente no…

—No, no he tenido el placer. —Otro error, Macy, usted debería haber mentido y dicho que eran viejos amigos—. ¿Estudió usted con él?

—Oh, sí, Egipto, todas sus exóticas delicias. Pero no debería contarle nada si usted no lo conoce.

Y el joven se marcha, muy poco dispuesto a decir una palabra más, pero corroborando al menos la presencia *oficiosa* de Trilipush en Oxford, de modo que no

está tan mal, joven Macy. Lo extraño del caso, sin embargo, es que ese estudiante de 1922, un muchacho de dieciocho o diecinueve años, no habría sido lo bastante viejo para haber estudiado en Oxford con Marlowe, Quint y Trilipush en 1914. Misterio sobre misterio. Mientras usted pasea bajo la lluvia de Oxford, confuso por sus descubrimientos, yo estoy aún sentado en el cálido saloncito cubierto de polvo, rehusando otro plato de delicias turcas y sorbiendo el espeso, extraño café ofrecido por Mr. Quint, quien está fumando un largo y peculiar cigarrillo en una boquilla y tratando de hacer sumamente difícil mi entrevista, aunque yo veo mucho más de lo que él quiere que vea.

—¿Por qué no sirvió usted en el ejército, Mr. Quint?

—Diversas debilidades —declara mi fornido entrevistado.

—¿Fue usted reclutado?

—Mmmm, creo que recordaría eso… Suena delicioso.

—¿Se carteó con el capitán Marlowe cuando él estaba en la guerra?

—*Bien sûr*. Estaba terriblemente preocupado por él, pero sabía que tenía a Trilipush allí para cuidar de él. Ralph y Hugo tenían su base cerca de aquellas espantosamente lúgubres pirámides que ellos tanto adoraban, luchando con los boches o los africanos o quienquiera que mereciera llevarse una buena paliza inglesa, los afortunados diablos, hasta que el pobre Ralph se marchó a luchar a Turquía. Pensamos que lo habíamos perdido, sabe usted, pero es del tipo de los que siempre se salvan del apuro.

Suena muy bien, esta historia, pero usted se sienta ahí, Macy, en el cuartel general de Tailor, rascándose la cabeza ante la carta oficial, que acaba de llegar diciendo que el Ministerio de la Guerra de Su Majestad, *al igual que el viejo Oxford*, no tiene ningún expediente de nadie que se llame Ralph Trilipush.

—¿Y qué supone usted que fue del capitán Marlowe, Mr. Quint?

—¿Qué *supongo* yo? Ustedes, los australianos, son unos cínicos terribles. Justo lo que dice el Ejército, eso es lo que yo supongo. No soy de los que dudan de la versión oficial de nada. Se marchó corriendo de permiso para echar una mirada a alguna polvorienta tumba de una reina, y probablemente fue atacado por unos morenos y barbudos bandidos o unos tremendamente duros y bigotudos alemanes que, traidora pero valientemente, se negaban a aceptar el armisticio. Lo devoraron, eructando por su buena fortuna. ¿Qué supone *usted* que fue de él, feroz Ferrell?

—¿No conservaría usted por casualidad alguna carta del capitán Marlowe, quizás?

—Desde luego que sí, y me daría un cálido y húmedo placer entregárselas a usted en este mismo momento de no haber quedado destrozadas cuando tuve unos problemas con las cañerías hace unos meses.

—¿Mencionó alguna vez Marlowe a Paul Caldwell en su correspondencia?

—No recuerdo ese nombre. No.

—¿Un australiano? ¿Posiblemente relacionado con el capitán Marlowe en asuntos

arqueológicos? ¿O personalmente?

—Hablando como alguien que conocía los gustos de Hugo —dice este espécimen de la virilidad inglesa—, me sorprendería muchísimo que se hubiera mezclado personalmente con un australiano. El tipo pionero no encajaba en absoluto con su paladar.

Me apresuro a regresar con usted, Macy, y nos encontramos en el cuartel general de Tailor para intercambiar notas. «¿Qué significa todo esto?», me pregunta usted, no sin cierta frustración. «Es demasiado pronto para decirlo, Macy. Paciencia, viejo amigo, mantenga abierta la mente». Y lo envío a comprar nuestro pasaje a Estados Unidos de América, gastos pagados por nuestros clientes, Hector y Regina Marlowe y Barnabas Davies. Oh, sí, de veras, América: donde debemos hablar con nuestro Mr. Trilipush, profesor de la Universidad de Harvard.

¿Y qué *significa* todo eso? Trilipush, un hombre que al parecer nunca fue a Oxford y no sirvió en la guerra, que al parecer sí fue a Oxford y sirvió en la guerra. Un hombre que no conocía a los padres de Marlowe, pero pretendía o creía que los conocía, y estaba tan seguro de sí mismo que lo pretendía incluso *ante ellos*. O realmente los *conocía*, y *ellos* me mentían a mí para ocultar sus embarazosos apodos y su escandaloso comportamiento. Y además, Quint, el cual sí tenía que saber, parecía estar diciendo que Marlowe y Trilipush compartían una vergonzosa clase de intimidad. Mientras Quint y los hombres que servían a las órdenes de Marlowe nunca habían oído hablar de Caldwell, el Ministerio de la Guerra y los soldados a las órdenes de Marlowe nunca habían oído hablar de Trilipush. ¿Qué era lo más cierto?

Y con esto, Macy, le mando por correo el último capítulo de nuestras aventuras.

Atentamente,
Ferrell

Diarios de
Ralph Trilipush,
1922



(Jueves, 12 de octubre de 1922, continuación).

Notas para el libro: A colocar después de la Introducción del Autor y antes de las Anotaciones del diario: *Egipto en la época de Atum-hadu*: El rey Atum-hadu a quien debo mi reputación académica y relativamente pequeña fortuna (menguando, pues faltan todavía diez días para que llegue el primer refuerzo financiero) reinó en…

Diario: Visita al banco para presentarme al director, confirmar la apertura de cuenta, y asegurarme de que el banco está preparado para recibir créditos del extranjero. También para informar de mi paradero con el fin de inmediata notificación cuando llegue el primer cable, que se espera el 22 de octubre, de Hand-of-Atum, Ltd. Y para explicarles la necesidad de disponer de una fluida conexión con la sucursal bancaria de Luxor tan pronto como me dirija al sur, al emplazamiento. El explorador moderno, querido lector, necesita asegurar firmemente su cordón umbilical financiero.

Habiendo sido bien recibido en mi banco, me paso el resto del 12 de octubre peleando, no con pesadas puertas de tumba o recalcitrantes brigadas de trabajo, o jeroglifos en fase de decoloración al ser repentina y espantosamente expuestos al sol, sino con la burocracia franco-egipcia. ¡A qué cosas someten a un explorador hoy en día! No siempre fue así. Hubo una vez una gloriosa edad de oro en que los hombres iban al desierto sin necesidad de pedir permiso ni ayuda a nadie. Inteligencia y curiosidad eran los únicos requisitos. Antaño, ni siquiera se requerían títulos académicos. Belzoni era el forzudo de un circo italiano; Howard Vyse, un experto en demoliciones. Pero Egipto los recibió calurosamente a los dos, y recompensó con largueza su varonil amor. Belzoni simplemente transportaba sarcófagos sobre sus musculosas espaldas; Ferlini hacía saltar a golpes las cimas de pirámides vírgenes, como un oso que golpeara una colmena, y bajaba en busca de los dulces tesoros que albergaban en su interior. El jugador de tenis profesional F. P. Mayer, en un posiblemente mal aconsejado esfuerzo por comprender cómo estaban construidas las pirámides, contrató una brigada de trabajadores nativos y controló sus hábitos de trabajo, agotamiento y desgaste mientras desmantelaba piedra a piedra una pequeña pirámide de la VI.ª dinastía, transportaba los pesados bloques a través del desierto sobre primitivos rodillos, cortaba los perfectos bloques de la pirámide en grandes formas «naturales», y los enterraba en una cantera a varios kilómetros de distancia. En total, el experimento descubrió muy pocas cosas, pero reveló en la casi vacía cámara central de la pirámide la presencia de una muy pequeña figurilla cubierta de oro de Anubis, que creo que fue fundida más tarde por los hijos de Mayer, después de que el explorador muriera, completamente loco, convencido de que existía una significación anagramática en el nombre del rey de la VI.ª dinastía Shepseeskare. En cualquier caso, estos exploradores eran hombres. Llegaban, excavaban, se largaban

con sus hallazgos y sus nombres entraban en el panteón. Y aunque yo no siempre puedo respaldar el valor científico de sus métodos o resultados, ellos no tenían que esperar mientras se consideraba su solicitud de una «concesión arqueológica» por amodorrados franceses de una oficina de El Cairo, la cual, a cambio de momificar a los exploradores en trámites burocráticos, se queda con el cincuenta por ciento de sus descubrimientos para arrojarlos al insaciable buche de los museos estatales egipcios. En pocas palabras, mi visita a la oficina del director general del Servicio de Antigüedades Egipcias fue una gran decepción. En vez de la pronta asistencia que razonablemente cabría esperar, se me dijo que la carta de solicitud que yo había enviado varias semanas antes desde Boston «anda por ahí», ¿se dice así?.

«No —advertí al secretario, un pálido francés que pretendía no haber oído hablar de mí, ni de mi solicitud—, no es posible decir que mi petición anda por ahí». Permaneció unos minutos detrás de la puerta, evidentemente insonorizada, de su jefe, y luego salió con las noticias de que mi solicitud estaba una vez más bajo consideración y me agradecerían que volviera a pasar por la oficina dentro de unos once días. *¡Once días!* Calculo que el 24 de octubre es lo antes que podré partir para ir al emplazamiento. Yo tenía la intención de ponerme en camino dentro de dos días, y había hecho mi presupuesto de acuerdo con ello. Un error por mi parte, desde luego, el error de sobreestimar la eficiencia de los demás, y ahora, bajo este infantilizador régimen, no tengo más elección que posponer el viaje. Informo a la agencia de turismo y tomo un pasaje de primera clase para Luxor en el *Luxor Princess* para el 24, regreso al hotel y alargo mi estancia en la *Suite* Faraónica, un gasto que no había previsto en mis sesiones de planificación con los socios. El cable del día 22 será, al parecer, más urgente de lo que ninguno de nosotros había pensado.

Mi solicitud de concesión es astutamente modesta. A diferencia de aquellos que excavarían vastas extensiones del país sólo basándose en fantasiosas sospechas, yo he solicitado la licencia exclusiva para explorar únicamente una pequeñísima franja de la pared de un farallón de la ribera oeste del Nilo, una aislada extensión de Deir el Bahari. Mientras tanto, el profesor Winlock consume el dinero del Museo de Arte Metropolitano de Nueva York, arrojando polvo y tierra sobre las abiertas extensiones de Deir el Bahari. No ha encontrado nada de importancia en más de un año y, previsiblemente, no ha mostrado ningún interés por el lugar situado unas colinas más allá, que yo tengo la intención de explorar. Me quedaría pasmado si él o el Servicio de Antigüedades vacilaran en asignarme mi porción del terreno. El gobierno recauda la mitad de los beneficios, a fin de cuentas.

Voy a correos para ver si hay noticias de los socios o de Margaret en la *poste restante*. Compruebo que los oficinistas de correos tienen bien anotado mi nombre. Mando un telegrama a C. C. F. para asegurarme de que mis datos bancarios han sido correctamente transmitidos al banco de la sociedad, en Boston, así como para informarle de mi retraso.

Inicio la búsqueda de agentes inmobiliarios con el fin de alquilar una villa, en el

sur, cerca del emplazamiento de las excavaciones, y veo dibujos y fotografías de algunas exquisitas y adecuadas propiedades. El propio Howard Carter utilizó varias de estas agencias, me informa el agente. Una impresionante credencial: ese hombre sabrá muy bien lo que voy a necesitar. Visito el bazar… Descubro un fino pañuelo para Margaret, así como una manita de niño que trata de meterse en mi bolsillo. Casi parto al ladronzuelo en dos antes de que una histriónica actriz que hace el papel de llorosa madre aparezca para suplicar por la vida de su hijo.

Me siento en una *ahwa* y me tomo un café para calmarme los nervios. Anoto los frustrantes acontecimientos del día en mi diario. Regreso al hotel para bañarme.

Viernes, 13 de octubre de 1922

Pruebas que apuntan a la ubicación de la tumba de Atum-hadu: La pérdida de tiempo provocada por Antigüedades me permite abordar una pregunta implícita: ¿Cómo sabe uno dónde buscar una tumba? Para responder, debo retrotraerme unos años atrás, cuando me inicié como egiptólogo al lado, y bajo la fuerte influencia, de Hugo St. John Marlowe, que a estas alturas habría sido uno de los más celebrados miembros de nuestra polvorienta fraternidad de no haber visto segada su vida en la absurda carnicería de la guerra.

Antes de ese trágico día, éramos ambos unos jóvenes capitanes, que trabajábamos por nuestra gran causa, uno al lado del otro, aquí, en Egipto (antes de ser enviado yo, en el 15, a luchar en la campaña del Bósforo). Habíamos estado juntos en Oxford, Hugo Marlowe y yo, y ambos hablábamos con fluidez el árabe moderno, al tiempo que sabíamos bien cómo arreglárnoslas con el egipcio antiguo. Nuestras dotes lingüísticas fueron debidamente advertidas por el Ejército de Su Majestad, por lo que nuestro destino al teatro de operaciones del Próximo Oriente fue algo simplemente lógico. Debido a nuestra experiencia lingüística y cultural, nos asignaron nuestra base en un suburbio de El Cairo, y allí éramos responsables de los prisioneros (el ocasional sospechoso miembro de una tribu árabe que llevaba un arma o documento alemán o turco) y operaciones de contraespionaje (tratar de convencer a las tribus árabes de que no hicieran nada con sus armas turcas).

Sé que no resulta muy elegante decir esto sobre la guerra, pero yo pasé un tiempo maravilloso, hasta que me pidieron que fuera a asesorar al ANZAC en aquella divertida excursión para luchar contra Johnny el Turco y recibir balazos en Gallípoli. Durante los meses que precedieron a esta triste hazaña, Marlowe y yo nos aprovechamos de aquel feliz destino en nuestro amado Egipto, registrando las arenas siempre que podíamos conseguir un permiso, y, cuando surgía la oportunidad, dándonos a conocer a algunos de los veteranos de la arqueología que aún trataban de hacer su trabajo, descubriendo el pasado incluso mientras el presente se desmoronaba a su alrededor.

Mi querido amigo y yo pasábamos nuestros ratos libres (más de los que se podría suponer en lo que era, para mí, si quiere saber la verdad, un teatro de guerra con muy pocas obligaciones) yendo en motocicleta, encontrando justificación oficial para visitar las pirámides, la Esfinge, haciendo incluso excursiones de varios días al sur para ver el Valle de los Reyes y el templo de Hatshepsut, en Deir el Bahari… todos aquellos lugares fantásticos de mi infancia y días de la universidad, de repente allí ante mí en la más extraordinaria realidad. Anhelar algo, desde la edad en que son puestas y fortalecidas las primeras piedras fundacionales de la personalidad, anhelar algo desde lo más profundo del corazón simplemente porque es más bello que

cualquier otra cosa en toda la vida de uno, estudiarlo, ansiar atraparlo y dominarlo, pasar años persiguiéndolo, y entonces, de pronto, gracias a la milagrosa intercesión de una moderna, absurda guerra, tenerlo todo a tu alcance… y entonces comprender con emoción y éxtasis que todo lo que has aprendido en años de amoroso estudio son simples superficialidades, que el luminoso objeto de la adoración es tan vasto que podrías pasarte toda la vida, y más vidas que pudieras vivir, esforzándote por sondear sus profundidades y fundirte con ello, hacer que reconozca tu amor y tu presencia, sabiendo durante todo ese tiempo que nunca catarás siquiera una pequeña fracción de lo que oculta… Todo esto es lo que sentí en mis primeras semanas de servir al Rey y al país en mi tierra prometida.

Cuando los deberes militares nos impedían a Marlowe y a mí salir de nuestra base para vagar entre las pirámides y colosos y tumbas y templos de las escarpaduras, entonces explorábamos, desde nuestras tiendas y oficinas —como habíamos hecho en Oxford— las lagunas de la historia egipcia, esos emocionantes momentos en que, pese a toda la erudición y especulación del mundo, nosotros simplemente escudriñamos en la oscuridad y *no sabemos*. Atisbando en las sombras donde, tras cada fecha y referencia, aparecen signos de interrogación entre paréntesis como vengativas cobras erguidas para devorar cualquier ocasional, descuidada presunción de certeza —como en «Atum-hadu (?) reinó (?) hacia 1650 a. C. (?) al final de la XIII.ª dinastía (?) de la cual él fue (?) el último rey (?)»—, el erudito debe esforzarse por distinguir los perfiles de los reyes y reinas de cuya existencia se duda. Esos otrora grandes hombres y mujeres se aferran ahora a su arduamente ganada inmortalidad por el más delgado de los filamentos (la mitad de su nombre sobre un casi desmenuzado papiro escrito mil años después de su hipotética muerte) mientras, al otro lado de este abismo de tiempo transcurrido desde entonces, historiadores y excavadores se esfuerzan por construir un raquítico puente de cultas conjeturas para que lo crucen aquellos héroes casi desaparecidos.

En Oxford, incluso mientras Marlowe y yo nos burlábamos de esos imprudentes historiadores que, demasiado a la ligera, plantan papiros antiguos en su propia fértil imaginación y documentan cómo se desarrollan las resultantes fantasías con amoroso cuidado, nos veíamos sin embargo arrastrados hacia el halo de incertezas que rodeaba al supuesto héroe-poeta-rey Atum-hadu. Marlowe y yo nos pasábamos largas noches en la Sala de Descanso de Novatos del Balliol trabajando arduamente en las reproducciones fotográficas o dibujadas de los dos primeros fragmentos Atum-hadu anos. Discutíamos las posibilidades, trazábamos las consecuencias cronológicas, interpretábamos los significados ocultos de los versos y, por supuesto, nos reíamos ante aquellos dos primeros intentos de traducción de los fragmentos: los aviesos eufemismos del remilgado Harriman y las perfumadas seducciones de Vassal.

Lector, ¿te gustaría conocerme y comprenderme, como hombre y explorador? Entonces presta atención a mi infancia; pese a la influencia de mi padre y la confortable posición de nuestra familia. Eso realmente no importa. Más bien, si

conocieras mis pasiones y comprendieras cómo me convertí en el buscador de la tumba de Atum-hadu, concentrarías tu visión en Oxford; aquellas indelebles sesiones de apasionada erudición me formaron, casi literalmente me crearon, parece ahora. Me dieron peso histórico, una tercera y sumamente crucial dimensión, mientras la débil luz de una aurora invernal de Oxford se filtraba sin ser advertida a través de las vidrieras y nosotros estudiábamos detenidamente a Lepsius y Mariette y los demás textos clásicos de la egiptología. Marlowe y yo —diecinueve, veinte, veintiún años— discutíamos ardientemente sobre los misterios del Egipto antiguo, especialmente sobre la posibilidad de la existencia de Atum-hadu. Nuestra defensa como abogados del diablo procedía con rigor pero sin rigidez; discutíamos como en relevo, pasando fácilmente arriba y abajo el testigo de la duda, todo dentro de una carrera para iluminar alguna oscurecida grieta de evidencia, algún inadvertido rincón de posibilidad. ¿Dónde, si es que realmente existía ese lugar, podía encajar Atum-hadu en las cronologías, dado que su nombre *de ninguna manera* aparecía en la (atormentadoramente incompleta) lista de reyes descubierta en los decenios precedentes?

Y en estos días y noches, habrías sido testigo de algo más: la aparición de cierta voz, la resplandeciente y roja aurora de la vocación y el buen criterio connatural: Marlowe las poseía, sin discusión. Más que un simple conocimiento memorizado, o facilidad para las lenguas, o una habilidad para dibujar los glifos: Marlowe poseía una clase de maestría que puede verse en los exploradores de *élite*, a un nivel más profundo, muy por debajo de su capacidad de control o aun de su conciencia. Incluso si les llamas la atención hacia su poder, estos hombres no lo creen, no comprenden lo que quieres decir, no parece siquiera que les preocupe. En cuanto a los demás, los *que se esfuerzan*, les falta algo… no importa cuántas trivialidades o técnica consigan reunir. Carecen, y jamás podrán adquirirla por más que se esfuercen, de cierta capacidad para olfatear las posibilidades, cierta gracia inconsciente, la certidumbre, la despreocupación, un completo e irreflexivo cumplimiento de su papel. Se ve a hombres inferiores, incluso a aclamados, competentes trabajadores mover negativamente la cabeza en signo de admirada frustración cuando los auténticos maestros se ponen a trabajar.

Durante nuestra época de Oxford, Marlowe y yo (bajo la influencia del escepticismo marca de fábrica de Clement Lo Dudo Wexler) éramos aún agnósticos en cuanto a la existencia de Atum-hadu. Resultaba innegable que los dos fragmentos Atum-haduanos —el Fragmento A, traducido y publicado por F. Wright Harriman como *Atenas en el Nilo*, y el Fragmento B, traducido y publicado por Jean-Michel Vassal como *El rey amante*— fueron descubiertos por separado pero coincidían parcialmente en el contenido, es decir, que eran copias del mismo texto original. Y resultaba tentador estar de acuerdo con Harriman y Vassal en que el «rey» mencionado en algunos de los versos, el narrador-poeta-protagonista «Atum-hadu», era en realidad una figura histórica más que una ficción literaria. Pero Marlowe y yo

aún no éramos fanáticos de Atum-hadu. Estábamos abiertos a cualquier posibilidad… que Atum-hadu había sido real, o que había sido una vengativa ficción, una creación de los desposeídos del Segundo Período Intermedio, el folklórico héroe de exiliados, o esclavos, o disidentes, o nostálgicos que soñaban que antaño había sido, si no un conquistador, sí al menos un hombre que luchó y murió por las glorias perdidas, como sir Thomas Malory imaginaba al rey Arturo. Y tenía su atractivo, ese Atum-hadu, un embriagador atractivo: tenía tendencia a la exaltación de sí mismo, era sexualmente omnívoro, intrépido, violento, amado, temido y sobre todo orgulloso de su capacidad para crear el mundo a su imagen y controlarlo según su divinizada voluntad. El extraordinario, divertido nombre (*Atum-¡hadu!*) y el poderoso jeroglifo-determinativo final necesario para producir semejante nombre (véase frontispicio) sin duda captaron la imaginación de Marlowe y la mía, pero ninguno de nosotros era (como un huero crítico de *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto* se atrevió algún tiempo más tarde a llamarme) «un iluso, un soñador de indecibles sueños, una distracción para eruditos y un corruptor de aficionados».

El pálido y medio desenrollado fragmento de papiro conocido actualmente como el Fragmento A de los *Consejos* de Atum-hadu, vio la luz en las manos blancas como la nieve de F. Wright Harriman en 1856. Escocés soltero, de incompleta preparación religiosa, que exploraba Egipto con su madre a cuestas, Harriman aparece invariablemente retratado de cintura para arriba, una delicada manera de obviar su estatura de enano y el notable trasero que le supuso tantos apodos poco halagadores en árabe.

Harriman es —como muchos de los hombres que se esfuerzan por alcanzar la inmortalidad— aclamado por la posteridad por algo distinto de lo que él había pensado. Él había dedicado su carrera a buscar pruebas de la fugitiva estancia de María, José y Jesús en Egipto. Y cuando se encontraba en su casa de Glasgow, escribió un pequeño poema, un diamante en bruto de la fiera religión escocesa, teñido de una gris ironía:

El Ateísmo, también, supongo, es un acto de fe
que exige de sus practicantes una especie de devoción.
Porque gandulean por este mundo, grises como un espectro,
¡y caminan a desgana hacia el Infierno sin demasiado alboroto!

Pero en vez de eso, Harriman fue inmortalizado por su insolente fortuna: persiguiendo al niño Jesús, tropezó con un olvidado sádico, omnisexual, guerrero brutal, símbolo de la pérdida y la inmortalidad, el rey Atum-hadu.

Cuando se hallaba en el yacimiento, Harriman insistía en que todos sus trabajadores nativos asistieran a sesiones de educación cristiana. Una tarde, mientras se dedicaba a exasperar a sus soñolientos mahometanos con los peces y los panes, uno de sus hombres —que, al parecer, había pensado que emplearía mejor su tiempo trabajando— entró precipitadamente llevando cuidadosamente en sus callosas manos

un voluminoso y peculiar objeto. Harriman dejó de leer y liberó a su hombre del rollo que tan excitadamente le estaba ofreciendo, luego despidió al desgraciado en aquel mismo momento, por cavar en lugar de orar (ahorrándose así limpiamente el despreciable coste de la *baksheesh*, la gratificación en metálico a que tenía derecho el trabajador por aquel hallazgo). Dejando intacta la reliquia junto a su té, Harriman terminó su lectura, de una hora de duración, mientras su equipo de jóvenes y viejos musulmanes saludaban con la cabeza o discretamente se volvían hacia el este y se inclinaban. Finalmente fueron devueltos al campo, debidamente disuadidos del trabajo duro por el ejemplo de su despedido colega.

Como no era ningún erudito, y sí un inútil con los jeroglifos, Harriman estuvo trabajando arduamente toda la noche para tratar de copiar los símbolos que aparecían en su trofeo, que ya se empezaba a desmenuzar, transcribiendo lo que no comprendía y que se estaba destruyendo por su ignorancia de las técnicas de conservación. (Todo lo que habría necesitado era un simple paño húmedo).

Se trata de una gloriosa imagen a evocar: el regreso a medianoche del rey Atum-hadu a nuestro mundo. Harriman reconoce vergonzosamente en su memoria, *Siete magros años*, que las frecuentes referencias del texto a ciertos actos le hacían detenerse a menudo para tomar baños fríos y rezar mientras obligaba a su mano a copiar, una y otra vez, el que es mi favorito de todos los jeroglifos. Y cuando la recalentada tarea arqueo-misionera hubo terminado, tenía ante él veintiséis versos o fragmentos de versos y el nombre de Atum-hadu en un cartucho (el dibujo oval trazado alrededor de todo nombre real, véase frontispicio). La presencia de este enteramente nuevo y extraño nombre real, aunque fascinante, era sin embargo poco concluyente, pues no estaba claro que el autor del texto y el sujeto fueran la misma persona. Y no había ningún otro documento en la egiptología que se refiriera a ese nombre real. Pero, para ser justos con el idiota de Harriman, tradujo (mal) los versos y los publicó en un ensayo que, precipitada pero correctamente, identificó al autor y al rey como el mismo Atum-hadu, declarando que éste era una auténtica figura histórica, una insolente afirmación esta en 1858, basada solamente en un fragmento de papiro garabateado. Injustificablemente correcta, pero correcta.

Entra en escena Jean-Michel Vassal, un aficionado francés que se dedicaba a gastar el dinero de su familia en la arena y en las *casbahs*, y que en 1898 juntó varios fragmentos de piedra caliza formando una tablilla mayor, coherente. Este hallazgo, el Fragmento B, había sido desenterrado bastante cerca del lugar donde fuera hallado el Fragmento A, e incluía catorce versos en común con aquél, así como dieciocho «nuevos» versos, pero sin hacer mención explícita de Atum-hadu como su autor, ni a ningún otro.

Por último, el actualmente legendario Fragmento C, cuarenta y ocho versos completos, de los que dieciséis no aparecían en ninguno de los anteriores fragmentos. Diez aparecían en A pero no en B, doce en B pero no en A, y diez en los tres. (La evidencia interna daba a entender que habían existido al menos ochenta). El

Fragmento C establecía más explícitamente que esos versos estaban escritos *por* «el rey Atum-hadu», pero, con todo, el histórico rompecabezas seguía bullendo bajo la superficie. En tanto que los versos sugerían que un rey reinó en el caos que difuminó el final del Imperio Medio, *ninguna* de las crónicas clásicas contenía referencia alguna a «Atum-hadu», aunque los dos primeros caracteres de su jeroglífico nombre de cinco caracteres —los símbolos que forman el nombre del dios *Atum* o la primera parte del nombre real «Atum-hadu»— sí aparecen, llamando la atención, en una de las listas de reyes, al final de una sección, inmediatamente antes de que el borde del papiro se corte y deje un vacío que puede medir entre dos y treinta centímetros.

La historia del descubrimiento del Fragmento C es de gran importancia personal.

A comienzos de 1915, Marlowe y yo habíamos solicitado y recibido simultáneamente un permiso de seis días para efectuar una excursión al sur. Nuestro verdadero objetivo era explorar la ribera occidental tebana, rica en reliquias. Oficialmente, sin embargo, justificábamos un permiso tan largo por supuestas negociaciones secretas con unas tribus nómadas. Nunca conseguíamos encontrarlas, de manera que aquello era un paraíso; jornadas de arqueología fingiendo que no había ninguna guerra.

La mañana de nuestro tercer día, apagué el motor de la motocicleta y Marlowe saltó del sidecar para descargar el equipo, y aún lo veo quejándose de las exigencias que le estaba planteando una de sus muchas mujeres. En aquella época, si lo recuerdo con claridad, Marlowe hacía equilibrios entre una cantante francesa de El Cairo y una condesa rusa de Alejandría, así como con incontables bellezas locales de bronceada piel; y una de esas atractivas mujeres de piel dorada le había exigido a Marlowe que leyera el Corán, se convirtiera al islamismo y se casara con ella, una idea que hizo reír a mi compañero con tanta fuerza que se mordió la lengua, y entonces soltó una maldición y se llevó el pañuelo a su ensangrentada boca. Yo estaba, me parece, probablemente contándole mis planes para restaurar Trilipush Hall después de la guerra.

Pronto nos pusimos a trabajar, investigando Deir el Bahari, directamente (si mi lectura del mapa era correcta) en el lado opuesto de la gruesa pared de acantilados que daban al fabuloso Valle de los Reyes, justo unas pocas colinas y valles más allá, en pleno desierto a partir del templo de Hatshepsut, completamente aislado de la vista desde ambos yacimientos. Casi no excavábamos, sólo estudiábamos el terreno y la cara del farallón en busca de tenues indicios de intervención humana. ¿Estábamos buscando a Atum-hadu? Bueno, sí, nos encontrábamos en aquella zona (después de previos e inútiles esfuerzos entrando y saliendo de cuevas y agujeros fácilmente practicados) con la esperanza de encontrar algo que corroborara las tesis de Harriman y Vassal, pero también habríamos *negado* que estábamos buscando a Atum-hadu; aún no estábamos convencidos de que hubiera existido. Sólo coincidíamos en que, de haber existido, lo más razonable era que su tumba estuviera escondida y cerca de su capital (?) en Tebas (?). Como el Valle de los Reyes, la necrópolis administrada por el

Estado, había sido inaugurado mucho más tarde con Tutmosis I, y como Harriman y Vassal habían hecho sus descubrimientos no muy lejos uno del otro, y bastante cerca de donde nosotros nos encontrábamos, Deir el Bahari parecía el lugar más prometedor.

Al cabo de unas horas de pasear lentamente siguiendo cuidadosos esquemas, divisé lo que a primera vista parecía una lisa parcela de arena situada en el lado izquierdo más alejado del sendero, como si todos los granos más finos se hubieran amontonado juntos entre sus hermanos más gruesos. Esta parcela se reveló rápidamente como una suave piedra, y cuando Marlowe y yo la cepillamos, aumentó de tamaño, como si fuera la cúspide de una cabeza que sobresaliera y la tierra misma nuestra amante y parturienta esposa. Cepillamos hasta tener un perfecto círculo de piedra, aproximadamente de sesenta centímetros de diámetro. El calor era exagerado, y Marlowe descansó un rato a la sombra, bebiendo un poco de agua, haciendo pantalla ante sus ojos para mantener una perspectiva más precisa, porque está en la naturaleza humana que en un momento como éste uno se calle y adopte una actitud vigilante. Empecé a tantear suavemente la zona alrededor de la piedra con la lentitud que constituye la consigna de nuestro arte, aburrida desde luego para cualquiera que no comprenda el coste potencialmente catastrófico de apresurarse. Es justamente este ritmo hipnotizador lo que hace que un descubrimiento como éste libere tanta emoción, comparable solamente con una o dos experiencias más de la vida de un hombre.

Un poco más tarde, después de varios cambios, encontrándome en mi turno de excavación, hice salir a la superficie un recipiente cilíndrico, cuya lisa parte superior habíamos observado unas horas antes. Coloqué la vasija sobre la tierra, entre nosotros, y simplemente nos quedamos mirándola fijamente antes de que Marlowe se atreviera a levantar la tapa. Que fue justo cuando oímos los cascos de los caballos y, un momento más tarde, un disparo. Marlowe soltó la tapa, que quedó irremediablemente rota, y alargó la mano en busca de su Webley. Yo metí la mano en la vasija y saqué un voluminoso papiro, maldiciendo el hecho de no poder tomar ninguna medida de precaución, y poniéndolo lo más suavemente posible (ahora no se producían más disparos) bajo mi camisa, entre la barriga y el cinto. «Saca eso de aquí, querido amigo. Tiene más importancia que nuestra piel», dijo Marlowe con elegante calma, y, antes de que pudiera impedírselo, estaba avanzando por el sendero, *alejándose* de la motocicleta, disparando al azar, haciéndose visible de vez en cuando, arrastrando, en resumen, a los cuatro jinetes (bandidos, agentes alemanes, no lo sabemos) hacia el oeste mientras mi salida hacia el este quedaba libre. «¡Huye! Ya encontraré la manera de escapar, muchacho. Puedes contar con ello». Yo corrí hacia la motocicleta. Llevaba el Fragmento C de los *Consejos* de Atum-hadu escondido en mi cintura.

Daba la vuelta con la motocicleta hacia el noroeste cuando vi a Marlowe salir repentinamente de las rocas. Me dirigí velozmente hacia él, y, con las balas silbando

por encima de su cabeza, consiguió saltar al sidecar, de cabeza. Di la vuelta rápidamente, levantando una cortina de arena, y nos largamos, riendo hasta que terminamos llorando y Marlowe se puso a cantar una vieja canción del Balliol College.

Nos detuvimos en Luxor. El vehemente deseo de apresurarnos y abrir nuestro hallazgo era poderoso, pero no tanto como nuestra disciplina. Envolvimos el papiro en un paño húmedo y estuvimos hablando sin parar durante una insufrible e insomne noche. Cuando nos pusimos de acuerdo en que ya se encontraba a salvo, examinamos la primera sección del rollo y supimos inmediatamente, con sólo leer una línea, lo que teníamos: tres fragmentos de los *Consejos* de Atum-hadu habían sido encontrados en Deir el Bahari. Un día más tarde regresamos a la base, temprano, para enterarnos de que yo había recibido la orden de salir de Egipto (hacia Gallípoli, aunque yo aún no lo sabía). De manera que, por fuerza, nos pusimos de acuerdo para dejar nuestro tesoro al cuidado de Marlowe, no hablar de ello con nadie, y esperar. Creo que, en nuestros corazones, los dos pensamos que me aguardaba la muerte en la batalla.

No volví a ver el Fragmento C hasta más de tres años después, en diciembre de 1918, tras mi inesperado y afortunado regreso de Turquía, efectuado prácticamente a pie, en solitario. Llegué a nuestra reducida base en Egipto un mes después del armisticio, para enterarme de que mi gran amigo se había esfumado antes de mi regreso y estaba probablemente muerto. Con el corazón destrozado, juré que dedicaría mi vida a nuestro compartido trabajo y descubrimiento. Entré en su tienda, me hice con el Fragmento C y lo llevé conmigo cuando me desmovilizaron poco después.

Que Marlowe muriera mientras yo sobrevivía a Gallípoli, difícilmente puede ser atribuido a un sabio ángel de la guarda. Es algo que no puede ser aceptado en absoluto, excepto quizás como la torpeza de un estúpido Destino que me eligió a *mí* para llevar a cabo una tarea crucial, una tarea tal que ni siquiera Marlowe habría estado calificado para realizar. Es el único consuelo que puedo sacar de este trágico final.

Y con aquella mezcla de pena y ambición, decidí alejarme hasta algún lugar nuevo, cambiarlo todo. Aislarme de toda la fácil ayuda que me esperaba en Inglaterra. Conociendo la reputación de la Universidad de Harvard, fui a Estados Unidos, esperando relegar al olvido mis dolorosos recuerdos de la guerra en una tierra extraña. Construir una nueva vida. Honrar a mi amigo caído. Continuar nuestra tarea conjunta donde yo dispusiera sólo de mi propio talento para apoyarme.

Sábado, 14 de octubre de 1922

Una introducción a los Consejos de Atum-hadu: El autor de los *Consejos* quizás haya sido un rey, quizás se las haya dado de rey, quizás simplemente se ha imaginado que era un rey. ¿Héroe, fraude o artista? He descubierto que las inclinaciones de cada cual dictan la respuesta de uno a esta pregunta.

Otra cuestión: ¿Cómo debería traducirse una poesía escrita en egipcio antiguo, idioma que lleva sin ser utilizado más de 2.000 años y que no sabemos exactamente cómo se pronuncia, ya que, al igual que en el hebreo o el árabe, sus vocales no estaban escritas? ¿Rimaba su poesía? ¿Tenía ritmo? No hay forma de verificar la respuesta.

Ahora, observemos unas traducciones comparadas: cuarteto 73, la misma secuencia de jeroglifos pretendidamente escritos por Atum-hadu (supuestamente el rey de Egipto) y traducida por tres occidentales diferentes, dos de los cuales afirman conocer lo que están haciendo:

1. (Traducido por F. Wright Harriman, 1858): «Peligros de amor».

La mirada y la caricia de una belleza
pueden derramar alegría o pena
en igual medida.

2. (Traducido al francés por Jean-Michel Vassal, 1899, y del francés al inglés por Marie-Claude Wilson, 1903): «Su naturaleza dual».

Cuando mi reina me examina
su mirada es tan potente como su caricia.
Excitando aquí los más deliciosos estremecimientos
allá, los más atroces tormentos.

3. (Finalmente, traducido correctamente y publicado como *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto*, Collins Amorous Literature, 1920): «Placer a través del dolor».

La dulce amante de Atum-hadu
acaricia el miembro real primero con sus ojos.
Luego con sus uñas, hasta que éstas desgarran
y hacen sangrar el rígido cetro de su poder, y él suspira.

Tomemos nota: Harriman expurgó el texto, tal como la anterior traducción debería dejar completamente claro. Típico del moralista Victoriano, consideraba que no merecía la pena descubrir nada que no llevara el perfume de lavanda de la edificación

moral. Enfrentado con algo que decididamente no era precristiano, proto-cristiano o ni siquiera anticristiano, sino simplemente que no estaba para nada relacionado con, o interesado en, la cristiandad, se vio obligado a buscar en Atum-hadu a alguien que no era Atum-hadu. Veamos este pasaje de su Introducción a su *Atenas en el Nilo,* 1858:

> *Cuando, tras haberse esforzado por comprender al pueblo del antiguo Egipto y el desconcierto que éste expresaba frente a la naturaleza y el universo antes de la revelación cristiana, los escritos de Atoom-Hadoo proporcionan un maravilloso descubrimiento. Porque se descubre en los poemas del rey un devorador deseo de conocimiento, y es esto, por encima de todo, lo que hizo de él un gobernador digno en su época y lo convierte, ahora, en un objeto merecedor de estudio. Desde esta distancia, «a través de un cristal, oscuramente», como san Pablo escribió a los corintios, podemos ver en este antiguo y moreno príncipe a un hombre que se esfuerza en su deseo por conseguir lo que en nuestra era llamaríamos ilustración cristiana y sabiduría divina. Si sus temas pueden a veces escandalizarnos (y no puedo recomendar que las damas sean expuestas a ellos), enfrentémonos, sin embargo, con ellos osadamente, pues son las cuestiones esenciales de la vida misma.*

Jean-Michel Vassal, el francés descubridor del Fragmento B, tenía mala opinión de Harriman, y aunque no era capaz de reconocer sus propios fallos tan fácilmente como los de Harriman, le permitiré que exprese la opinión que tenía de su predecesor en los estudios de Atum-hadu. Tomado del Prefacio de *Le Roi Amant* (1899, traducido como *El rey amante* en 1903 por Marie-Claude Wilson):

> *Por lo que se refiere a demostrar a oscuras mentes de incierta capacidad la existencia de Atoumadou, uno debe confesar que nuestro propio bando nos ha causado incalculable daño en forma de esos anémicos diletantes que no nombraré y que —atragantándose a la vista de una mujer desnuda, palideciendo como una colegiala virgen ante la sola mención de los impulsos más oscuros del hombre, las iniquidades de una despiadada deidad, las tentaciones de poder, o las motivaciones más despreciables de este hombre mono— han presentado al mundo a un débil Atoumadou hablando como el perro faldero de una vieja, castrado, enjabonado y afelpado, con cintas rojas y azules en su piel, engordado exageradamente con mazapán de almendra y embotado por el láudano y la falta de ejercicio al aire libre, y por tanto, como resultado de ello, recae en mí (y en los eruditos de Francia, la nación más estrechamente ligada por el Destino a la protección y proliferación del pensamiento y escritos del gran faraón) restaurar a…*

(Este escrito, digamos de pasada, continúa durante más de tres páginas en mi edición de Vassal. El mérito es de Mrs. Wilson por su resistencia).

Pese a sus pretensiones de valentía y honestidad, Vassal tampoco consiguió realizar una acertada traducción, prefiriendo en vez de ello sus suaves cosquilleos, adecuados para murmurar a las damas en la intimidad de los *boudoirs* parisinos, pero

no tan rotundos como para que el traductor llegara a ser perseguido por las susceptibles autoridades francesas.

Del mismo modo que Harriman esperaba ver a la reina Victoria ataviada con una túnica de oro y una corona de cobra-buitre, Vassal estaba ansioso por ver en Atum-hadu a un antiguo Casanova, un práctico Maquiavelo, un prototipo de Napoleón. Los dos hombres tradujeron tan mal como era necesario para conseguir tales retratos, yendo mucho más allá de las pruebas disponibles para llegar a las conclusiones que anhelaban desde hacía mucho tiempo.

Es vital no permitir que nuestros deseos nos lleven de la mera constatación a la creación. Ambos traductores confundieron lo que encontraron con lo que deseaban encontrar (un trastorno atribuible tal vez a la influencia del propio dios-creador Atum). Y crearon. Los dos hombres fecundaron ellos mismos sus descubrimientos. «Fecundar» es la palabra clave aquí, porque nos hace recordar a aquellos que, perversamente, aún no han leído *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto*, en donde estas cuestiones estaban completamente exploradas, donde el nombre de Atum-hadu se traduce como Atum-Está-Excitado. Y, como cualquier escolar que haya estudiado el panteón egipcio se apresurará a señalar, memorizar y luego citar en su propia defensa cuando es interrumpido en solitaria creatividad por algún entrometido padre, Atum el Creador, el primer ser (y por ello completamente, completamente solo), creó a todos los demás dioses y al mundo, utilizando su propia mano celestial para derramar su semilla celestial sobre el fértil suelo.

Atum-Está-Excitado: nos encontramos al borde de la Creación. Nuestro rey recibió su nombre por aquel vibrante momento inmediatamente anterior a la creación del Universo. Y, en un fértil acto de homenaje atúmico no muy distinto, hombres inhibidos y temblorosos como Harriman y Vassal no pudieron contenerse de verter educadas y no tan educadas conjeturas basadas en estériles, andrajosas pruebas, produciendo grandes, muy significativas especulaciones, cada una de ellas dando a luz un libro que sin duda se parecía a su autor. (Y, detengámonos un momento para disfrutar de la vista de Vassal, quien, con gala desvergüenza, acusaba a Harriman de las mismas pretensiones de paternidad de las que él era igualmente culpable).

En un antiguo dibujo reproducido que encontré siendo un muchacho y me pasé varias horas examinando con asombro (hasta que, por encima de mi hombro, la bibliotecaria del pueblo lo descubrió con un sofocado grito y confiscó el libro, poniéndolo a buen recaudo en la sepulcral y sellada Sección de Reserva Privada de los Patrocinadores), un solitario, incansablemente creativo, y divinamente flexible Atum realiza un servicio en sí mismo que la mayor parte de las columnas vertebrales de los hombres no les permitirían ejecutar aunque todos saben que sería una habilidad maravillosamente práctica. (Aunque, en mis tiempos, vi en una ocasión a dos hermanos chinos, acróbatas en un circo ambulante que pasaba por Kent, que igualaban la hazaña del dios mientras se colgaban completamente desnudos, con su piel de un amarillo pálido, de los trapecios, un acto de relajamiento postactuación que

se permitían en posición invertida y uno al lado del otro como dos notas octavas, a última hora de la noche en la oscurecida tienda después de cada espectáculo, mientras, afuera, uno podía oír cómo lavaban al drogado elefante, y en la penumbra de los asientos, un solo e invisible miembro del público observaba secretamente la meditativa exhibición y, probablemente la única persona en todo Kent, sabía que los dos orientales estaban, en su dual ensimismamiento, pagando inconscientemente tributo al dios Atón).

A Margaret: Mi querida Reina, tras pasar varias horas ayer y esta mañana trabajando en ensayos eruditos, me puse tan triste pensando en la muerte de Marlowe, y en mi lejanía de ti, que dejé a un lado el trabajo por la tarde y salí a dar un paseo por mi Cairo.

Mi Cairo aún me afecta de forma extraña. Hoy no fue una excepción: restos de una mala educación religiosa incrustados en la parte blanda de la cabeza de uno, o sólo estúpida superstición implantada en nuestra configuración. Por la razón que fuere, lo cierto es que estuve paseando por El Cairo esta tarde donando comida y un poco de lo que me queda de dinero a los que parecían más desesperados… los tipos que convincentemente aparecen sin sus piernas, los niños de grandes ojazos inocentes de toda borrachera. Espero que lo aprobases, mi dulce Reina. Quizás lo hice por ti.

Observé a las mujeres, esas dulces creaciones, de oscuros ojos irisados detrás de largas pestañas. Algunas llevan velo, y sólo se distingue unos ojos evasivos, siempre bajos, o que miran de soslayo. Otras van sin cubrir, y se puede distinguir su cara bajo el distorsionante calor y las sombras producidas por la fronda de palmeras que interfiere. Una de esas mujeres se estaba desplazando rápidamente de la sombra al sol, y en aquel mismo instante mi vista me jugó una trastada. Pensé que iba cubierta, desde la frente hasta el cuello, con el más intrincado tatuaje de alheña, una lasciva cobra que me guiñaba el ojo con cada movimiento de su mejilla. Pero no; aquel semiinstante fue sólo un efecto óptico: cuando entró bajo la luz del sol pude ver los estragos y la extensión de su marca de nacimiento… Ninguna cobra, ninguna sombra, sino sólo una mancha púrpura que le cruzaba la cara, con demasiados detalles para no sugerir ciertos conocimientos especiales y una aspiración a tener una belleza única. Ella me miró con una altiva seguridad del efecto que producía.

Y a su izquierda, jugando, vi a uno de esos niños enviados por Atum, Jehová, Jesús, Alá, el Gran Decorador del Escenario, para rompernos el corazón en pedazos, su pobreza ahogando su potencial, su diminuta cara toda ella unos enormes ojos. Lo llamé y rápidamente vacié mis bolsillos en sus seguras manos, deposité billete tras billete en su palma y lo observé mientras él me observaba a mí. Parecía lo bastante joven para tener fe todavía en que alguien cuidaría naturalmente de él. Deseé poder justificar esa fe y lo insté a que no la perdiera nunca.

Anduve por lugares que los turistas no frecuentan, donde rondan espectaculares seres monstruosos, aquellos que se deslizan desde la pobreza a la deformación física para ejecutar su número con una rapidez que los hace difíciles de encasillar. Desde

luego, les doy dinero a las madres ciegas que acunan a los niños ciegos cerca de incontinentes perros con leucoma, y de niños de extremidades palmeadas, ¿pero qué decir del hombre tatuado por todo el cuerpo con telas de araña, como si él mismo fuera una mosca atrapada? ¿Y del hombre todo él articulaciones nudosas y delgadísimos miembros cuyas rodillas descansan confortablemente encima de sus hombros?

Y por todas partes jóvenes rebosantes de rabia contra todo y contra todos, hasta que me pregunto si soy siquiera capaz de comprender su expresión facial; debe de ser algo que yo no comprendo, pues nadie podría enfurecerse por un árbol, por una nube, por el enojado amigo al que abraza.

En las calles más estrechas, como canales abiertos a través de altos edificios amarillos, me aprieto contra las paredes para que los jóvenes porteadores de pies descalzos pasen por mi lado con sus bandejas sobre la cabeza. Los soborno para probar el pan y la fruta y los muslos de pollo que se mueven a la altura de mi nariz mientras paseo. Delante de mí, en un mercado de fruta, descubro a un anciano padre y su crecido hijo. El delgado y barbudo padre hace su elección en el tenderete de madera, mientras charla con el canoso tendero, evidentemente un viejo amigo suyo. Detrás de él, sin embargo, su hijo muestra alguna especie de trastorno; las manos le tiemblan y tratan de huir de su cuerpo mientras la cabeza se sacude atrás y adelante al tiempo que gira sobre un incómodo eje. Todo su cuerpo se balancea como un metrónomo colocado horizontalmente.

Mientras el padre elige unos higos, el estado de su hijo empeora, y tengo que dar un paso atrás para no ser golpeado por los agitados miembros. Sus piernas empiezan a vibrar, y después sus pies se alternan, abandonando el suelo una pulgada cada vez. El padre, nada preocupado por lo que sin duda sabe que está sucediendo a sus espaldas, paga y finalmente se da la vuelta: suavemente, coloca una mano sobre la frente del muchacho. Con ese ligero toque absorbe los espasmos y estremecimientos, obliga al muchacho a tranquilizarse, a controlarse con la ayuda de la paciencia y la presencia de su padre. El muchacho se calma y levanta la cabeza en una retorcida sonrisa para disfrutar del sol y masticar un duro dátil amarillo. Su padre mantiene una mano sobre él durante otro momento, esboza una arrugada sonrisa, luego se vuelve para dirigir unas palabras más al tranquilo tendero, que sin duda lleva viendo esto a diario durante años. Al pasar por mi lado, deslizo un poco de dinero en su bolsa.

El dinero en sí no es un problema, ya que el primer envío de la sociedad está previsto que llegue pronto. Existe un aura de buena suerte, supongo, que se cierne sobre los pobres dignos o al menos los que nos entretienen… Como si su única compensación por su suerte fuera poder decidir sobre tu futuro, o como si fueran una manera fácil de causar cierto efecto en los dioses, esos que tú piensas que te juzgarán más tarde o te despejarán más pronto el camino. O quizás no haya una manera más segura de demostrarte a ti mismo que el pobre no eres tú que dándoles dinero.

Y luego a correos, Margaret mía, ¡a descubrir que *tú* me estás esperando en la

poste restante! Olí el sobre allí mismo, en la oficina de correos de El Cairo. Tu precioso perfume era perceptible todavía, pese a toda la distancia que había viajado, cada celoso, codicioso kilómetro arrancando un átomo de tu fragancia. Abrí el sobre presa de agitación y deseo de ti y encontré tu carta (?) del 19-21 de septiembre.

Reconozco que pasé algunas ansiosas horas examinando ese fragmento de correspondencia, M., pero evidentemente había un error de dosificación o de franqueo. O bien tus pociones para dormir son completamente incorrectas, o perdiste las otras páginas. No obstante, aunque, invariablemente, siempre termino de leer tus cartas deseando más, en este caso mi malestar fue extremo. Regresé paseando lentamente al Hotel de la Esfinge, despreciando a El Cairo por ser el lugar donde tú no estabas, el lugar donde no podía cuidar de ti como aquel padre cuidaba de su hijo.

19 de sept. Noche

Queridísimo Ralph,
Bueno, parece que te marchaste hoy.

20 de sept. Noche

R., te echo de menos.

21 de sept. Noche

Mi Ralphie,
Ahora estás en un barco, creo, o algo parecido a un bote.
Algo que flota.

Correspondencia:

Harold Ferrell a Laurence Macy III, 1954-1955

Residencia Sunset on the Bayview
Sydney, Australia

16 de diciembre de 1954

Macy:

Pido excusas por los días perdidos. He estado enfermo, no quiero aburrirle con los detalles, pero hoy es el primer día que puedo levantarme en una semana. Veo en las caras de mis cuidadores un poco de decepción al verme vivo todavía, pero ellos se encontrarán en mi lugar algún día, y eso me consuela bastante.

Escribir sobre el viaje a Boston me abruma. Estoy un poco cansado, imagino, por mi enfermedad. Pero incluso mientras recuerdo mi subida a bordo del *Angel of the Azores*, preparándome para cruzar el Atlántico, dando gracias al cielo de que un individuo como yo tuviera la oportunidad de ver América, debido a mis habilidades profesionales, estoy aquí sentado bajo el espantoso calor de la sala de juegos (dos tableros incompletos de damas y uno de ajedrez, algunos mazos de naipes, y un montón de viejos babosos), y tengo que superar algo en mí, que es la resistencia a ponerme nuevamente manos a la obra.

No siento ningún placer en recrear esta parte de mi aventura. Recuerdo demasiado bien el precio que pagué en Boston por mi duro trabajo y por ir a pecho descubierto. Pero ahí está mi montón de sobres y el papel en blanco. (¿Horrible, no, ese emblema de la casa? ¿Pensaron que un pequeño dibujo del mar lo convertiría en algo real? Créame; no se puede ver la bahía desde este edificio, aunque saltes desde el tejado. Lo cual resulta tentador).

Tomé notas y más notas, catalogando mis sospechas y los cabos sueltos del caso durante aquel viaje de una semana a través del Atlántico: Trilipush, Marlowe y Quint son compañeros de universidad, pero la universidad nunca ha oído hablar de Trilipush. Aunque sí estudiantes de paso, años después de que él estuviera allí. Trilipush y Marlowe son amigos, camaradas de filas, probablemente algo más incalificable, y Trilipush escribe a los padres de Marlowe, refiriéndose cariñosamente a un tiempo pasado con los viejos, cuyos nombres no conoce y al que nunca conocieron, aunque su hijo hablaba a menudo de él en Oxford. Y los archivos indican que jamás estudió allí. Y el gobierno británico dice no tener registro alguno de que participara en aquella guerra, aunque el poco fiable Quint afirma que Trilipush estuvo junto a Marlowe hasta que lo enviaron a Gallípoli. Pero no olvidemos que nadie conserva recuerdo alguno de Caldwell, el cual, por su parte, no tiene ninguna razón en el mundo para conocer a Marlowe, un oficial británico. Sin embargo, Marlowe lo recomienda para los ascensos, y desaparecen juntos en una misión anónima, *después* de que terminara la guerra, mientras Trilipush se encuentra todavía allá en Turquía,

«sobreviviendo». En mis diagramas del caso, había más signos de interrogación que conclusiones.

Hice que una muchacha del cuartel general de Tailor mandara un telegrama por adelantado para asegurar la presencia de Trilipush en Harvard, utilizando un nombre falso porque no quería asustarlo todavía, no quería darle tiempo para borrar sus pistas. No. Quería que estuviera aturullado y farfullando cuando le echara el guante. La muchacha, sin embargo (me enteré más tarde, cuando telegrafié a Londres en busca de una explicación), tontamente preguntó si Trilipush «enseñaba» en Harvard, en vez de si «se encontraba» en Harvard.

De manera que, el 13 de octubre de 1922, llegué a la Universidad de Harvard, cubierta ésta de hiedra, vagué de edificio en edificio buscando el departamento de Egiptología, donde pregunté por Mr. Trilipush, para enterarme por una secretaria que había partido para Egipto hacía apenas un mes, con el fin de llevar a cabo una excavación, y estaría en el extranjero hasta bien entrado 1923. Pues vale. Descubriría lo que pudiera allí y luego me tomaría unas vacaciones en el soleado Egipto a cargo de los chelines de los Marlowe y Davies. De manera que pregunté por el jefe de Trilipush y me condujeron a la oficina de un pequeño y redondo holandés llamado Terbroogan, el jefe de los especialistas de Egipto en Harvard. Cuando le dije que estaba buscando un poco de información sobre su Mr. Trilipush, me replicó con una especie de babeante defecto del habla y fuerte acento germánico: «Mi querrido amigo, zea lo que zea, bajo ningún esfuerso de la imatinazon, es *mi* Tchiliputh».

Terbroogan tuvo algunas amables (y secas) palabras para su empleado, y el tono general de la conversación fue pronto agradable y franco, completamente de mi gusto cuando se compara con los tímidos esnobismos de los Marlowe y las vagas medias verdades de Quint. «Insubordinado, arrogante y equivocado», canta el tipo. «Insubordinado, arrogante y equivocado. Si uno es arrogante, al menos debería tener razón. Pero su libro es una sarta de estupideces. Espero que se lo coman los cocodrilos». Por un momento encontré sospechoso ese violento lenguaje, y me pregunté cómo podían encajar en nuestro cuadro el profesor Terbroogan y sus toscas fantasías. No me hubiera sorprendido en absoluto enterarme de que había estado en el mismo peligroso regimiento del desierto, o de que tenía alguna otra siniestra relación; pero no, fue una nube pasajera; gran parte de ese lenguaje, Macy, como he llegado a comprender con el tiempo, es bastante corriente entre los universitarios, y reconozco que aunque yo tenía intención de tomar notas cuidadosamente de las quejas de Terbroogan sobre Trilipush, perdí el interés rápidamente y ahora tengo cierta dificultad en distinguir con precisión lo que quiero decir con mis notas, como: «el libro de R. T. trata de Atoomadoo, de si fue o no un rey, y de si fue o no un poeta, o de si está enterrado o no allí donde va a ir R. T., y de si los poemas egipcios tienen o no rima. ¿Es eso lo que hacen estos hombres todo el día? ¿Para trabajar?». Quizás fuera el clima, o la comida, o la conversación. Pero yo estaba encontrando América bastante agotadora y no me sentía muy bien. No puedo recordar ninguna de las

palabras de Terbroogan hasta que pregunté a qué lugar de Egipto había ido Trilipush. «Deir el Bahari», replicó Terbroogan, y le hice que me lo deletreara para asegurarme. («¿Lo capta, Macy?». Más tarde interrogaré a mi digno pero torpe asistente, al volver al hotel, estudiando los mapas; pero él movía la cabeza negativamente y se mordía el labio. No le importa, ¿verdad, Macy? Me lo estoy imaginando con una especie de alivio algo cómico).

«Y, como usted tenía tantos problemas con el profesor Trilipush —le pregunté al jefe cara de nabo, que se estaba secando la boca con un pañuelo—, lo mandó a esa excavación, ¿no? Una manera cara de quitárselo de encima, ¿verdad?».

Pero no lo había hecho. Había sido decisión suya, cierto, pero Terbroogan se *negó* a darle el dinero a Trilipush para el viaje, precisamente por las discrepancias sobre la calidad de los conocimientos de Trilipush. (Sinceramente, Macy, esta gente está totalmente loca). «Y da la casualidad que yo sé que fue rechazado por la MFA, el Met y el Carnegie». De modo que está viajando de su bolsillo, ¿no? «En absoluto. Vendió acciones de su quimera a algunos hombres de negocios de la ciudad».

Mi querido Macy, entramos ahora en un tipo de lenguaje que tal vez usted no aprecie. Me he estado preguntando si debía suavizar ciertas duras verdades tal como las descubrí en aquellos días y quizás arrojar un poco de favorecedora luz sobre las cosas, en honor a usted. Bueno, no voy a hacer eso. Soy demasiado viejo para ello, usted me ha pedido una versión honesta y, francamente, no es mi estilo hacerlo de otro modo. Pendiente resbaladiza esta. Soy un hombre sincero y pienso que éste debe de ser exactamente el motivo por el que me sentía tan reacio esta mañana a iniciar la parte de mi relato que se refiere a Boston. Bueno, pues eso. Me excusaré aquí, por esta vez, y será la última; lamento si lee usted cosas en esta crónica, Mr. Laurence Macy III, que sean dolorosas para usted o alteren la idea que usted tenía de su familia. O de su pobre y difunta tía Margaret.

«En absoluto. Vendió acciones de su quimera a algunos hombres de negocios de la ciudad, unos indeseables, si se me permite decirlo, de pésima reputación». Mencionó a su tío abuelo Chester Finneran, así como a Heinz Kovacs.

¿Por qué no se limitó a despedir a Trilipush, si era una china en el zapato? El tipo me explicó con cierto tonillo que la «Universidad, en general, prefiere no hacer eso». (Hay que ver, qué gente). Pero «cuando vuelva de Egipto con las manos vacías, cosa que sin duda ocurrirá, eso será suficiente para desacreditarlo», añadió con una bonita dosis de veneno. Dándose cuenta de la imagen que daba, el profesor se esforzó por suavizar un poco su tono: «Trilipush es un buen profesor, fue un soldado heroico en Turquía y lo educaron en Oxford, lo cual contribuye a mejorar las credenciales de nuestro departamento; y Atoomadoo no carece de interés; sólo que no es definitivo y, por tanto, cuando uno tiene problemas, pues sencillamente prefiere poner a las personas donde hagan tranquilamente su trabajo. Pero éste, Dios mío». Con eso se agotó más o menos la buena voluntad del viejo. «Cuando llegó por primera vez, el año pasado, se mostraba decididamente obsequioso conmigo, pero la cosa no duró

mucho».

Creo que debí de decirle algo parecido a esto, Macy, aunque desde luego no tomé nota exacta de mis palabras:

—Sería útil para usted y para la universidad emplear discretamente a alguien que fuera capaz de proporcionarle material extra para «desacreditar a Mr. Trilipush», como usted ha dicho. Sí, por ejemplo, se descubrieran anomalías en su expediente en Oxford…

—Pero yo vi sus credenciales, todas estampadas, selladas y firmadas, no hay la menor duda.

—Los documentos, profesor Terbroogan, son sólo pedazos de papel que pretenden representar la verdad. No son la verdad en sí misma. Seguramente, en su campo de estudio, se habrá encontrado usted con documentos engañosos, incluso falsos.

No habrá visto usted en su vida a un profesorcito holandés más feliz, Macy, y nosotros teníamos a un nuevo cliente en el Caso Davies-Caldwell-Barry-Hoyt-Marlowe-Trilipush.

Terbroogan me acompañó por el corredor decorado con estatuas de esfinges y fotografías suyas en pozos arenosos, y le pedí ver el despacho de Trilipush. Era un pequeño cuarto, sin ventanas, en el sótano, lleno de estanterías con libros y fotos de excavaciones y hallazgos. La mesa de Trilipush aparecía limpia, excepto por un pequeño montón de correo que había llegado desde su partida a Egipto. ¿Y qué se veía allí, encima de todo? Un sobre de tamaño descomunal con un remitente familiar, timbrado con franqueo inglés. Oh, sí, Macy, de nuestro Beverly Quint. Me había preguntado la dirección de Trilipush, y debía de haberse puesto a escribir en el mismo momento en que salí de la habitación: alguna advertencia o recuerdo revelador, seguramente alguna prueba de conspiración en lo que yo estaba empezando a sospechar que habían sido los asesinatos de Marlowe-Caldwell a manos de Trilipush, y con la lasciva anuencia de Quint. Aquel sobre debía de haber viajado en mi propio barco. Quint y yo habíamos surcado el Atlántico, uno encima del otro, completamente inconscientes de ello, y ahora llegábamos a nuestro común destino, sólo a unos metros de distancia. Así que muchas cosas podrían encontrar su respuesta allí, pero, maldita sea, mi cliente más reciente estaba revoloteando a mi alrededor, preguntándome si necesitaba alguna cosa más, y mirándome con una de esas caras que uno ve de vez en cuando en nuestra profesión, Macy, esa mirada de superioridad de los que están tan alejados de las sucias realidades de la vida que no son capaces de distinguir entre la porquería del criminal y la simple mancha en el individuo que tiene que luchar con el criminal para salvar al inocente. Yo podría haber estrangulado allí mismo al profesor, que aguardaba con su actitud ceremoniosa, empujándome hacia la puerta, cuando podríamos habernos ahorrado tantos pasos intermedios, quizás incluso salvando dos vidas más, y evitado a su adorable tía Margaret más sufrimiento. Pero no, salimos por la puerta al corredor, y la puerta se cerró y el mensaje enviado por

correo de Quint se quedó intacto allí, en la mesa de Trilipush, esperando el regreso de éste. El profesor Terbroogan sujetaba el pomo con toda la intención y me veía contemplar el paquete de Quint a través del cristal de la puerta. Así es, Macy: desde el otro lado del globo un inglesote maricón podía enviar un paquete fraudulento como si tal cosa, ¡y contar con la protección de algún esnob universitario holandés al que nunca había conocido! Fuera lo que fuese lo que le había pasado al pobre Paul Caldwell —y yo ya tenía serias sospechas— iba a resultar diabólicamente difícil desenredarlo, porque tan deprisa como yo lo desenredaba, aquellos pijos, inglesotes y pervertidos, y profesores iban a enredarlo nuevamente, quizás para ocultar algo malvado, quizás sólo porque les gustaban las cosas ordenadas y eso suponía no permitir que un simple trabajador australiano hiciera su trabajo. «¿Necesita usted alguna cosa más, Mr. Ferrell?», preguntó Terbroogan con un inconfundible tono que quería decir: «Caballero, no hay que leer el correo de los demás». No, por supuesto que no, aunque el caballero sea un asesino.

Obtuve la dirección de Chester Finneran por Terbroogan. Recuerdo que estuve de pie, en la puerta de la Universidad de Harvard, llamando un taxi. Debo de haber ido a su casa, al otro lado del río, porque no tengo notas de otras entrevistas entre las que hice a Terbroogan y Finneran, fechadas el mismo día. Pero no guardo recuerdo alguno del viaje en taxi. Me siento muy mal en este momento. No sé si seré capaz de continuar. Echaré esto al correo inmediatamente.

H. F.

Diarios de
Ralph Trilipush,
1922



Domingo, 15 de octubre de 1922

A Margaret: Acaba de dar la medianoche, mi amor. Me siento en la terraza, pongo a prueba a los camareros, me relajo con una fotografía tuya que tengo ante mí, sobre la mesa.

Tu bruscamente truncada carta me trastornó, cariño mío, no debido a la evidencia de una medicación errónea, sino porque sé que te has estado esforzando por ocultarme los síntomas, y, cuando te diste cuenta de lo que me habías enviado, estoy seguro de que te preocupaste y tensaste tus nervios más de lo debido. Y, por supuesto, como ésta era tu primera carta tras mi partida para Egipto, tu afligido estado emocional probablemente se había ya cobrado algún tributo en tu cuerpo todavía en proceso de curación.

Eres adorable, Margaret. Siempre has restado importancia a tus días malos, como si yo no notara la diferencia entre tu buen estado de salud y tu enfermedad. Cuando finalmente me confesaste tu estado, al día siguiente de la fiesta, yo debería haber parecido más sorprendido. Mi amor, lo siento si estuve poco convincente, pero el verano pasado, un día, tu padre me lo contó todo. No debes enfadarte con él. C. C. F. es el padre de los dos ahora. Cuando le pedí tu mano, él se sintió moralmente obligado a contarle a tu futuro marido toda la historia. Quiso contarme lo peor y comprobar que mi amor por ti no sufría mengua alguna. C. C. F. habló claramente, y, mucho antes de tu tímido y pequeño informe, yo ya estaba enterado de todo lo referente a los especialistas de los nervios, al agotamiento causado por la medicación, al carácter raro de tu enfermedad. Supe también de tu excelente pronóstico, tu inminente y segura curación. Y, Margaret, te doy mi palabra, nunca he tenido un momento de preocupación desde entonces. Sé que cada día te encuentras más fuerte, y que Inge es sólo una enfermera temporal para administrar la última parte de tu medicación y nada más. Si vendrá con nosotros los primeros días de nuestro matrimonio, o si tú ya estarás completamente recuperada… el tiempo lo dirá. Mientras tanto, no debes preocuparte, y menos aún por la fuerza de mi amor hacia ti, ángel mío.

Tu padre es un hombre de muchas facetas. Presenta un exterior duro al mundo y, desde luego, el ambiente de negocios en que se mueve no permite otra cosa, pero yo le he visto hablar de ti. Le he visto bajar la guardia y revelar su profunda preocupación y ternura. He visto cómo se le nublaban los ojos cuando hablaba de la inquietud que tu enfermedad le había causado, y su determinación al decirme: «Ralph, ella está ganando la batalla. No tienes nada de qué preocuparte por ella en tanto que tu sana, saludable y lozana mujer». Es todo un padre, bendito sea su corazón.

Yo lamento cada día la pérdida de mi propio padre, y tú deberías pensar en

C. C. F. con cariño, como hago yo, porque el amor de un padre es uno de los más preciosos dones.

Recuerdo la ilusión que sentía, siendo niño en Trilipush Hall, cuando sabía que padre debía regresar pronto de una expedición. Se había marchado para semanas o incluso meses, y yo no anhelaba otra cosa que me cogiera entre sus fuertes brazos y verme instalado sobre sus rodillas, delante de la gran chimenea, para oír sus aventuras. ¿Sería hoy el día de su llegada? ¡Cómo paseaba por las enormes, resonantes habitaciones de la mansión!

¡Ah, Trilipush Hall! Siempre había maravillas que descubrir allí. Las paredes atestadas de retratos de sonrientes y empelucados antepasados. Las interminables series de armaduras y montones de alabardas, lanzas, picas, las paredes llenas de ballestas de cuerdas aflojadas. Los tapices con escenas de caza y bailes medievales. El cajón donde padre arrojaba descuidadamente sus honores y medallas militares, y los de nuestros antepasados. Las reliquias que él había traído de África, Malaca, China. El abrasador fuego en la chimenea de tres metros de altura —un pedazo de tronco en forma de jamón, pero con franjas grises y negras como una cebra allí donde estaba quemado, que parece revolotear a través de sus largas, anaranjadas lenguas llameantes—, frente a la cual yo me echaba boca abajo, en soledad, y practicaba jeroglifos. Algunos días, por la ventana del este de la sala principal, podías ver cómo caía la lluvia a raudales, y, en el mismo momento, por la ventana del oeste, el sol brillando a través de las nubes; y yo corría arriba y abajo, de ventana en ventana, imaginándome en diferentes países al lado de padre, luchando con bandidos mientras él sacaba asombrosos objetos de la tierra. Yo miraba por la ventana (veteada con la lluvia o centelleando por el recién llegado sol), y observaba a los pájaros sobre las tierras color esmeralda… El omnipresente faisán y el urogallo se habían vuelto más abundantes y más arrogantes en ausencia de padre, y no se celebraba ninguna cacería sin él. Y yo anhelaba ardientemente oír el ruido de las ruedas del carruaje delante de la casa. ¿Sería hoy el día de su regreso? La gran sala se iba oscureciendo más y más hasta que sólo los anaranjados rescoldos del hogar iluminaban mi cara, así como los muebles de oscura madera tallados con escenas de triunfos trilipushianos que databan de la época de Guillermo el Conquistador, y me quedaba dormido allí, bajo las mantas, ignorando las llamadas de los sirvientes que iban de cámara en cámara, arriba y abajo de las escaleras de roble.

¡Pero cuando *llegaba* el día! Cómo corría hacia la gran puerta de la casa y el sendero de grava, cómo saltaba a su carruaje mientras éste aún se movía y cómo la puerta se abría de golpe y él me aupaba dentro, sobre su regazo, y sentía el cosquilleo de su bigote, que olía a tabaco y a tierras lejanas, y cómo disfrutaba ante la risueña mirada de sorpresa que brillaba en sus ojos mientras gritaba:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Qué es esto? ¿Quién es usted, jovencito? ¡Yo dejé a un niño cuando me fui! ¿Dónde está mi hijo? ¿Qué ha hecho usted con Ralph, eh, sinvergüenza?

—¡Soy yo, papá, soy yo!

—¿Qué? ¿Ralph? ¿Eres tú, de verdad? ¡Vaya, te había tomado por uno de los peones!

—¡Soy yo, papá, soy yo!

Lunes, 16 de octubre de 1922

Diario: Correos. Almuerzo en la ciudad. Correos. Servicio de Antigüedades, para ver si ha habido una rápida resolución sobre mi solicitud. Correos. Visita a un fotógrafo retratista para enviar a mi prometida el recuerdo perfecto. La tarde está bien empleada: Tengo una docena de hermosas opciones para ofrecerle.

Noche, regreso al hotel para continuar ocupándome de los detalles, el blando relleno que sirve de encaje para esta obra, como si dijéramos, en el cual sus preciosos tesoros serán sacados de la tumba y mostrados al mundo.

Sobre la inmortalidad y «La Paradoja de la Tumba»: Atum-hadu reinó en un…

Martes, 17 de octubre de 1922

Diario: El trabajo de ayer terminó prematuramente por una ardiente y vengativa indigestión de explorador, los brutales, agrios residuos de la disentería. Perdí la mitad del día en recuperarme, dormí para recuperarme, gastando docenas de agujas en el gramófono modelo maleta HMV que he colocado en el retrete sólo para hacer tolerables tardes como ésa. Antes de retomar el trabajo de ayer, me dirigiré a la ciudad para desayunar y visitar Antigüedades y la oficina de correos.

22 de sept.

¡Hola, cariño!:

¿Quién es tu chica guapa? Soy yo, príncipe mío. Me marqué el objetivo de escribirte cada día mientras estás «en el campo» y he mantenido mi solemne promesa. Te envío una carta esta mañana, que escribí y sellé anoche, aunque por mucho que lo intente no logro recordarme escribiéndola, pues Inge me dio algunas cosas muy fuertes para ayudarme a dormir, porque, después de que tú te fuiste, me sentí trastornada, aun cuando sé que tú dirás que yo me comportaba simplemente de una manera absurda, pero tú eres mi Héroe, y cuando el Héroe de la chica deja la ciudad, todo parece un poco desolado, ¿no es así? Y aquí estoy escribiéndote de nuevo, porque esta mañana tenía algo que quería incluir, pero la carta de anoche estaba ya sellada y lista, así que se la di a Inge hace un momento, para que la baje a Arlington Street mientras te escribo ésta, y luego voy a dársela para que la lleve enseguida otra vez a Arlington Street en cuando vuelva, porque está gorda y necesita tomar el aire.

Anoche tuve un sueño espantoso. La verdad es que Inge me dio cosas contra el dolor y para dormir, y no me acordé de decirle que hacía poco que había tomado un par de copas. Mira, anoche, la verdad es que me escapé, engañé a Inge. Ella llevaba varios días observándome muy atentamente. Se iba haciendo difícil salir de casa, y empezaba a sentirme espantosamente aburrida, lo cual es lo peor que me puede pasar. Así que finalmente me escabullí y me fui al local de J. P. O'Toole. Cuando volví, ella me estaba esperando, furiosa como se pone cuando le demuestro que soy más inteligente que ella. Y me dio cosas para dormir y para el dolor (después de un par de copas), cosas que pueden provocar un sueño profundo cuando se mezclan. Cuando estemos solos tú y yo, sólo el clásico «marido y mujer», estaré encantada de ponerla de patitas en la calle. ¿Sabes que el otro día tuvo el valor de decirme que tú te enamoraste de mí por el dinero de papi? Casi la abofeteé, a ese pendón sueco, pero ella fue más rápida.

Claro que, aun cuando yo haya acabado con ella, no te sorprendas si se queda a «trabajar» para papi. Sé adónde va él cuando yo estoy profundamente dormida.

No soy, después de todo, una mema. No querrías a una mema como esposa, ¿verdad, inglesito mío?

¿Eres feliz en tu expedición? No sé dónde estarás ahora. Probablemente todavía en el mar, consultando con el capitán del barco, mostrándole tus mapas y tus pícaros poemas del faraón. Probablemente estarás rodeado otra vez de chicas, igual que cuando te conocí. Pero sabes que no son para ti, Ralphie. Sólo tu fiel y futura Reina es para ti, y tú eres sólo para ella.

Papi me preguntó qué teníamos pensado tú y yo sobre nuestra futura residencia después de la expedición y la boda, y si viviríamos en Boston o nos mudaríamos a Trilipush Hall. Me lanzó una de esas miradas sentimentales de que es capaz y dijo que siempre había deseado verme en una gran mansión rural inglesa. ¿Qué piensas tú? ¿Considerarías la posibilidad de volver a Inglaterra o eso aún sería demasiado doloroso? ¿Tendremos suficiente dinero para volver a abrir el Hall?

Papi a veces es un tonto, pero en esto pienso que puede tener razón. Creo que yo sería muy feliz como una dama inglesa.

Esto me recuerda: el sueño de la noche pasada, entre la niebla de la medicación. Transcurría un poco en el futuro. Tú y yo estábamos casados. Yo me encontraba muy fuerte y sana. Éramos muy felices y nunca te causaba ningún problema con mi estado de ánimo ni nada. Tu profesión de excavador nos había hecho maravillosamente ricos, y tú eras famoso, y todo el mundo nos recibía estupendamente en todas partes, y tú me llevabas a Inglaterra a conocer al rey y a la reina. Y luego volvíamos a casa y yo iba a tener mi primer hijo. Ralph Chester Crawford Trilipush era una criatura preciosa. ¡Y, nada más nacer ya hablaba! Al principio nos sentíamos muy orgullosos, pero luego al escucharlo veíamos que sólo decía las más terribles palabrotas, y lo hacía sin parar… el lenguaje más soez que puedas imaginar, y los médicos movían la cabeza, consternados, y las enfermeras sollozaban todas, y yo no sabía qué pensar, porque me daban medicinas cada vez más fuertes, y volvía a caer en ese sueño especial, pero antes de que pudiera dejarme llevar por él, levantaba la mirada, y, Ralph, tú, tú te estabas riendo y decías: «Oh, sí, éste es mi chico, éste es».

Sinceramente, escribir esta carta resulta agotador. Tengo que decírtelo. Aquí sigue haciendo un calor horroroso, y yo estoy siempre durmiendo. Inge volverá pronto, lo cual es bueno, porque quiero mandarte esto, pero también porque necesito algo para el dolor, que hoy es muy fuerte. No te puedes hacer una idea. Es como un picor tan fuerte que te arrancarías la cabeza si así podías rascarte mejor. Las cosas que me da Inge me calman durante un rato, y cuando estoy dormida no pica tanto. Si dejara de picar y no me sintiera siempre tan espantosamente cansada (perdona por decir esto tan directamente), iría a pasar algún rato agradable en la ciudad con mis amigos, o con hombres. Oh, sí, Ralphie, será mejor que vuelvas pronto a casa coronado de laureles ¡o encontraré a algún otro que me secuestre!

No pienses que no lo haré, inglés. Un buen americano, guapo y valeroso,

podría conquistarme en un segundo.

Pero estoy muy cansada.

Te mando un beso, al igual que lo hacen Antonio y Cleopatra. Ellos te mandan un lametón. No menean tanto la cola desde que te fuiste. Es cierto. La verdad, pienso que te echan de menos, igual que yo.

Tu Margaret

(Martes, 17 de octubre de 1922, continuación).

A Margaret: Querida mía. Tu segunda carta llegó hoy, pisándole los talones a tu primer esfuerzo, y mi corazón rebosa gratitud. Tu encantador sueño Atum-haduano era delicioso y me recordó nuestro primer encuentro. Nunca te he dicho lo que estaba pensando aquel último día de abril, pero el recuerdo me resulta dulce en la soledad en que vivo ahora.

Mi contribución a las charlas para el Desarrollo del Público de la Sociedad Histórica de Boston había sido presentada como una conferencia sobre la antigua cultura egipcia, y aunque yo les había prometido a los organizadores que no lo haría, siempre había pensado leer en voz alta fragmentos de *Deseo y engaño*. Los que trabajan para el público deben enfrentarse a los hechos: el tamaño del auditorio convocado no deja ninguna duda respecto a cuál es la atracción principal en los carteles que anuncian la velada. Aunque yo amo mi trabajo, no era tan tonto que creyera que centenares de damas bostonianas se habían reunido para una discusión genérica sobre Egipto. Dado que el orador sería nada menos que el apuesto y no del todo respetable traductor de *aquel escandaloso rey*, bueno, no hubiera sido justo para nuestros seguidores negarles un cuarteto aquí y allá, rehusar responder a esas preguntas (históricas, sociológicas, anatómicas) que brotan naturalmente en una charla sobre nuestro rey.

¿Sabes cuán temprano te descubrí aquella noche, Reina mía? Yo estaba disertando sobre la crónica tendencia del antiguo Egipto a la mórbida nostalgia, un rasgo que paradójicamente aparecía *muy pronto* en el desarrollo del país, una enfermedad que se manifiesta en la persistente idea política de los egipcios de restaurar una práctica religiosa «desvalorizada», repetida siglo tras siglo; en su estúpida memoria popular de un Occidente perdido que fuera antaño un rico pasto verde, lleno de poderosos bueyes; y en su recurrente sensación de que estaba viviendo en las postrimerías de una época corrupta. Por lo general, tales sensaciones eran absurdas: nostalgias de cosas que nunca existieron, restaurar algo que ya se encuentra en perfecto estado, paranoia de que el final está cerca o de que los valores morales se han degradado peligrosamente. Sin embargo, en ciertos momentos dramáticos, de transición, tales como el final del reinado de Atum-hadu, estos temores se vieron repentinamente justificados. «Al final de su vida, Atum-hadu debió de creer realmente que Egipto iba a desaparecer para siempre», estaba diciendo yo cuando te descubrí en la primera fila; dormitando, hermosura mía, y eso no podía ser, así que tomé nota de tu posición, y unos minutos más tarde te miré intencionadamente a los ojos cuando recité el cuarteto 35 (que únicamente aparece en el Fragmento C):

Ella será mía, ella será mía.
Ella será mía, ella será mía.

Y su madre y sus cabras y sus nueve hermanas.
Serán todas mías hasta que me canse de ellas, genial.

Éste era un momento excitante en mis lecturas, y por lo general escogía a una mujer joven al azar para que ella sintiera el feroz ardor de las atenciones de Atum-hadu. En este caso, amor mío, sencillamente no me di cuenta de lo que había desencadenado.

Te reconocí más tarde, cuando tú no eras sino una de las muchas personas que se amontonan a los pies de la tarima para hacer una última pregunta, demasiado tímidas para hacerlo delante de todo el auditorio, o simplemente deseando estrechar la mano del explorador. Yo estaba respondiendo a preguntas y firmando ejemplares de *Deseo y engaño*, de manera que no te presté atención, pero *tú* no abandonabas tu posición delante del estrado, ¿verdad? Cuando volví a mirar, tú seguías allí. Yo había visto antes aquella cara: la mujer que había escuchado la canción del antiguo rey.

—¿Profesor Trilipush? —murmuró una tranquila pero resonante voz—. Profesor Trilipush, me ha interesado mucho su charla.

—Bueno, para ser estrictamente precisos —dije, bajando de la tarima—, no puedo pretender ser un profesor del todo, todavía. Las distinciones técnicas en Harvard como en toda sociedad primitiva, son de la mayor importancia.

—Bien, entonces —replicaste tú con los ojos entrecerrados y sacando el labio inferior—, tampoco yo puedo fingir que estoy *de verdad* interesada en su charla. Con los aspectos más técnicos me perdí un poquito.

—Oh, señorita, qué cosas de decir —regañó la nórdica belleza que estaba a tu lado, toda ella redondeces y medias lunas.

—Cierra el pico, Inge —dijo mi futura amada—. ¿Por qué no te vas a tomar una sauna o lo que sea?

Tú te presentaste audazmente, y yo no pude resistirme a citar los anuncios que se ven por todas partes en Boston: «La vida es más fina cuando encuentras fantasías finas en Finneran's Finer Finery». Pero debo recordarte, por si acaso acabas creyendo en la malicia noruega de Inge, que yo no sabía que la tienda era de tu familia. Y recuerda: tú te reíste pero no confesaste tu relación con ella, así que supuse que la coincidencia de nombres era fortuita. Atum-hadu estaba ya tirando de los hilos, querida, y el lucro nunca fue su principal preocupación.

Después de que la multitud finalmente se marchó por las puertas, tú y yo nos sentamos a hablar a los pies de la tarima, y decidí confiar en ti, probarte, y te mostré cómo se escribía Atum-hadu en jeroglifos. Mientras tanto, tu glacial dueña se paseaba ante la puerta principal, hablaba con los miembros de la Sociedad Histórica (encantados éstos de la multitud que habían atraído, y aliviados de que la policía no hubiera disuelto la celebración con acusaciones de atentar contra la decencia). ¿Cuáles fueron las impresiones que tuve de ti entonces? Bueno, *Miss* Finneran era una alegre joven, un poco pero no irremediablemente mimada, y evidentemente un poco embriagada por su primera exposición a Atum-hadu. No me sorprendió cuando

ella dijo que se sentiría muy honrada de que la acompañara al Museo de Bellas Artes en alguna fecha posterior, donde ella pudiera tener el placer de que yo le descifrara las reliquias egipcias que allí se exhiben. Oh, sí, no permitas que la desconfiada Inge reescriba la historia, querida mía. *Tú* sugeriste que nos volviéramos a encontrar, mi atrevidísima coqueta. He sido tu criatura desde entonces.

Por supuesto, no me engañé creyendo que tú te habías prendado de *mí*. No. Pude ver que otra mujer del siglo XX había encontrado que las palabras del rey de la XIII.ª dinastía constituían una abrumadora *eau de cologne*.

Querida mía, estoy atascado en El Cairo, esperando a que el Servicio de Antigüedades me conceda el permiso para actuar, y no sé qué estás haciendo en este mismo momento. Estamos a 17 de octubre, a las 11.36 p.m. Cómo me gustaría tener un aparato que me permitiera verte ahora mismo, un telescopio de los más potentes. Te observaría continuamente, amor mío.

Miércoles, 18 de octubre de 1922

Diario: Nada en el correo. Cuatro días antes de que mi Maestro de Generosidad y los inversores telegrafíen y vuelvan a llenar mis cofres, parto para seguir comprando suministros en los mercados y especialmente mercancías destinadas a hombres en mi situación. Un día completo, y la actividad alivia el aburrimiento que estaba sintiendo debido a mi forzado retraso. Pinturas, pinceles, lápices, cinceles, cuchillo, linterna eléctrica, catre de campaña…: Mi lista está empezando a completarse cuando, en una tranquila callejuela lateral, descubro el rótulo de un sastre. Necesitaré varios trajes más, para trabajar y tener relaciones sociales, y algo formal para una apertura de tumba oficial (un acontecimiento que generalmente implica la presencia de altos funcionarios de los gobiernos británico, francés y egipcio, posiblemente del general Allenby, etcétera).

Me abrí paso a través de la cortina de cuentas y entré en un pequeño espacio bien iluminado donde se encontraba un alto egipcio prematuramente encorvado por haber pasado años bajo ese techo bajo, y pronto me hallé en un sillón de mimbre acolchado, sorbiendo café de cardamomo con el propietario mientras dos muchachitos entraban empujando carretilla tras carretilla cargadas de telas. El sastre y yo tocábamos aquí y allá, discutíamos los méritos de algunos tejidos para resistir el calor sin que perdieran su atractivo. Me quedé lo bastante impresionado con diez de las muestras para encargar otros tantos trajes (C. C. F. hubiera pagado diez veces ese precio en Boston) y me puse de pie para que me tomaran las medidas. Los triples espejos me ofrecían versiones mías de izquierda y derecha, perfiles míos en calzoncillos, con los pies descalzos desde el talón a la punta, mientras a mis pies un agachado sirviente medía mis piernas y gritaba los números a un escriba que se encontraba con las piernas cruzadas sobre un cojín, sus mangas enrolladas revelando unos brazos sin vello de marcadas venas, como mapas en relieve de un delta; y en algún lugar detrás de una cortina, fuera de la vista, oía unos susurros de mujer y risas sofocadas.

Dejo un pequeño depósito, y los trajes estarán listos para dentro de una semana, el 25. Voy a la agencia de viajes a posponer la marcha y tomo un pasaje para el *Keops*.

Y entonces, mientras paseaba por las calles, encantado con mi compra, pensando en mi prometida, me tropecé con una visión inspiradora en la esquina de una calle; un caballete de madera con dos taburetes plegables donde los turistas podían pagar para que les pintaran su retrato en un trozo de cerámica convincentemente roto, ataviados con vestiduras faraónicas, rodeados de un batiburrillo de glifos. Un gordo egipcio estaba pintando el perfil de un niño americano mientras sus padres observaban, riendo, efectuando de vez en cuando audibles apartes burlándose del artista.

Bueno, sin duda no voy a posar para una atracción turística, pero un retrato oficial, empezado antes de la apertura de la tumba de Atum-hadu y completado

posteriormente, sería bastante apropiado, marcaría un hito en mi carrera, para ser admirado en una pared de Boston, o de Londres o de El Cairo. Gracias al retraso de esta semana, todavía tengo tiempo. A mi regreso al hotel, le pido al conserje que concierte una cita, en mis habitaciones, con el mejor retratista que pueda encontrar. Empiezo mis sesiones mañana.

Una noche en el cine. En la oscurecida sala, masticando dátiles e higos, los nativos y yo nos quedamos igualmente pasmados por la película: un inglés lucha con un león, que penetra en una tienda donde una hermosa mujer de almendrados ojos lo espera. Más tarde pelea con unos bandidos y entra en una tumba faraónica donde desliza sus manos entre montañas de oro y joyas. Una momia se alza como si estuviera viva y ataca al inglés, pero éste despacha al macabro espíritu con un disparo de pistola.

Jueves, 19 de octubre de 1922

Diario: Entre las actividades de hoy figuraban dos horas de meditación mientras el artista dibujaba a lápiz sus primeros bocetos sobre la tela. Descubrí también a un excelente artesano de la marroquinería, una joya sin adulterar, que sé que mi hermano Atum-hadu hubiera saboreado al prepararse para sus viajes… la suave escama de la piel del cocodrilo, el resplandeciente latón de los cierres, el negro monograma grabado a fuego (la «A» cuesta sólo la tercera parte de «RMT», desde luego, pero ésa es una de las ventajas de la realeza). Nada en el banco todavía, aunque el cable no se espera oficialmente hasta dentro de tres días.

Esta noche estoy trabajando de lo lindo en medio del clamor de un pequeño *cabaret* donde el humo de la *chicha* forma un espíritu que envuelve a sus amos de hinchadas mejillas. Observo al fumador que está situado junto a la puerta: se forma lentamente un nido alrededor de su cabeza, el débil eco de una momia lo envuelve, pero cada vez que la puerta se abre a su derecha, inmediatamente el humo sale por ella con rapidez, hacia el cielo color ciruela salpicado de estrellas. La puerta se cierra y él empieza otra vez, envolviéndose en humo de la cabeza a los pies; la puerta se abre e invisibles saqueadores de nuevo frustran sus esfuerzos.

Sobre la inmortalidad y «La Paradoja de la Tumba»: La inmortalidad es, por supuesto, el tema central del desierto. Los antiguos reyes, quiero recordar a mis lectores profanos, compartían todos un saludable deseo de vivir para siempre en una eternidad bien provista. Para conseguir esta permanencia, eran necesarios dos elementos:

— La conservación de sus restos físicos, eternamente seguros.

— La conservación de sus nombres, cantados por siempre por los vivos.

Margaret: M., se forma un recuerdo como un humo que se estuviera amontonando alrededor de mi cabeza: aquel párroco de pueblo que aparecía cuando yo me escapaba lejos de padre y de la mansión: «Dime, niño. ¿Crees en la inmortalidad del alma?». Aparte de él, no recuerdo haber tenido miedo de nadie en mi infancia, pero en el caso de ese párroco, puedo evocar hoy las variedades e intensidades del terror infantil que sentía ante la mera mención de su nombre, ante la visión de su rostro al otro lado de la calle (calibradas antes y después de que él me descubriera), el sonido de su voz, la sensación de su enorme, pecosa mano sobre mi hombro, el olor de su respiración, sus humores parecidos a un clima duro y cambiante, y aquel hormigueante pavor, sumamente intenso, que sentía por todo mi cuerpo cuando me hacía algún regalo.

—Sí —murmuré, casi ahogándome con el caramelo obsequiado.

—¿Y cuáles son los requisitos para la inmortalidad del alma en el eterno paraíso?

El hombre se inclinó muy cerca de mi cara para oír la respuesta, y colocó la oreja directamente ante mi boca, donde debía de haber oído el crujir del caramelo, y yo pude ver entonces lo más profundo de aquella concha marina llena de erizados pelos, enrojecida y agrietada por el frío invernal.

Yo *no* traté de burlarme de él. A esa edad no, Margaret. Yo me sentí *aliviado*, ¡porque sabía la respuesta a su pregunta! Daba la casualidad que la había leído aquel mismo día, absorto hasta bien entrada la noche en los *Reyes del Nilo*, de Bendix (una obra que a estas alturas no puedo recomendar a los estudiosos). Me sentí aliviado, muy aliviado, y hablé antes de oír una débil voz tartamudeante en mi cabeza que me decía que me detuviera: «La supervivencia de tus restos y de tu nombre. Tu nombre en las crónicas, tu cuerpo en el envoltorio de momia, y tu corazón, intestinos e hígado en canopes. Figurillas de sirvientas para excitarte para el acto de recreación…». Mi voz se iba aminorando con la misma rapidez que su espantosa oreja se retiraba y era sustituida por la bien afeitada cara (con una mancha pardo-rojiza de sangre seca) y aquellos ojos de un azul tan penetrante, así como las escamas de piel atrapadas y temblorosas en su ceja.

Y con todo, a partir de ahí, la paliza que siguió no parece que me fuera administrada a mí. En vez de eso, puedo (en medio de esta música oriental de aquí, que apenas debe de haber cambiado en 3.500 años) ver que la paliza se la dieron al niño Atum-hadu, todavía un plebeyo en el creciente torbellino de sus tiempos, comprendiendo lentamente pero con delicia que estaba dotado con unos dones que nadie a su alrededor poseía, que su ascenso a la cúspide de su mundo (aunque ese mundo se estaba derrumbando mientras él lo escalaba) parecía inevitable. Si en su ascenso ofendía —o se veía obligado a abandonar— a los que le rodeaban, los crueles «párrocos» de su mundo, eso era algo que cabía esperar, incluso disfrutar, *hasta de las palizas*. («¿De qué te estás riendo, desgraciado?», recuerdo haber oído preguntar a mi clérigo, mientras el antiguo boxeador reconvertido en hombre de Dios descarga una lluvia de golpes sobre el muchachito, que de alguna manera es ya el más fuerte de los dos).

Pero la inmortalidad… ése es el tema central, y la base para lo que yo llamo «La Paradoja de la Tumba», que, observo ahora, es un título tan bueno para este libro como cualquier otro. *La Paradoja de la Tumba: Atum-hadu, Ralph Trilipush y la solución al rompecabezas que ha durado tres milenios*.

Sobre la inmortalidad y «La Paradoja de la Tumba»: Los antiguos reyes precisaban de un abultado equipaje para un viaje venturoso al otro mundo, y como ese equipaje, para el habitante corriente del Nilo, debía ser en buena medida oro, joyas y muebles lujosos, el temporalmente muerto rey estaba seguro de atraer visitantes no deseados a su tumba privada mientras él se encontraba en el incómodo período intermedio entre la agonía y el renacimiento. La miel de sus adornos atraía suficientes hormigas para destruir su campamento eterno y quizás incluso su cadáver. (Y los potenciales saqueadores de tumbas superaban significativamente en número a

los potenciales residentes de tumbas, pues ni siquiera el antiguo Egipto prometía inmortalidad a un simple granjero o lavandera). Por ello, los reyes se encontraban divididos entre construir, por un lado, ostentosas pero impenetrables tumbas, y, por otro, tumbas completamente ocultas.

El problema reside en lo primero: la impenetrabilidad para toda la eternidad *no existe*. Incluso si los arquitectos reales conseguían engañar a los más astutos saqueadores de tumbas durante 500 años… eso son sólo 500 años, una gota en el océano. El problema con la segunda solución es: aunque el rey trague saliva y acepte la humillación de ser enterrado en una tumba sin distintivo alguno, lejos de los templos construidos para celebrar los rituales que acelerarán su entrada en el inframundo, aunque dejara de ser visto como el tipo de rey que sabe organizar un funeral y proveer una bonita tumba, todo a fin de mantener la ubicación de su sepulcro en secreto (aceptando trocar un tipo de inmortalidad por otro), se enfrenta entonces a otra maligna pregunta: ¿Qué grado de secreto es suficiente?

Porque, ahora, veamos, tu arquitecto ciertamente sabe dónde está tu temporal y ricamente amueblado lugar de descanso, y cómo entrar en él. Utilizará, por turno, a algunos centenares de obreros y esclavos, al menos, para construir, decorar y almacenar. Bueno, podemos resolver eso, tú y yo: usar prisioneros de guerra, y luego, cuando la tumba esté lista para ser ocupada, simplemente matar a los hombres que la hicieron. Por supuesto, ahora tenemos que enterrarlos en algún lugar lejos del emplazamiento de la tumba. ¿Cómo transportarlos allí? ¿Vivos o muertos? Bien, veamos, ¿quién más lo sabe? ¿Quién les dijo a sus primos que lo esperaran a la vuelta del trabajo a última hora de la noche, de su trabajo en Deir el Bahari? Y los hombres que, por orden tuya, liquidaron a los prisioneros… ¿sospecharon el motivo por el que lo hacían? ¿Se chivará alguno de ellos a un cuñado que necesita dinero? Proliferan los cabos sueltos. En cuanto al arquitecto, el hombre que conoce todos tus secretos: ¡recompénsalo! ¡Cierra su boca con tesoros, placer e inmortalidad! Palacios y oro y una hermosa tumba para él solo, desalentándole así de vaciar la tuya el día después de que tú tomes posesión de ella. Respiras tranquilo, por un momento, y entonces recuerdas las tumbas saqueadas de tus antecesores, todos los cuales creyeron que habían dado a la eternidad gato por liebre. Sus vacíos pozos están ahí, para tu consideración, siempre que te apetece dar un paseo lejos de tu capital, en Tebas, dar una vuelta por los riscos y valles, a la luz de la luna, para ver dónde fueron saqueadas sus tumbas y dónde, las autoridades, presas del pánico, descargaron los restos de sus cuerpos y posesiones en escondites apresuradamente construidos, fosas comunes donde los que otrora fueron poderosos hombres y mujeres residen ahora uno encima del otro, en informes montones, con sus vendajes deshilachándose, esperando que cuando llegue el día Osiris averiguará a quién pertenecen esos o aquellos intestinos.

De modo que hacer ostentación de uno mismo falla. Trabajar en secreto falla. La siguiente idea natural es erigir una necrópolis dirigida por el Estado y protegida, el Valle de los Reyes, en la cual nadie intenta mantener el secreto, sino que las momias

confían en bien pagados seres vivos para proteger la atestada, cercada, ciudad de los muertos. «Estaremos juntos —dicen los reyes durante un tiempo de optimismo—. Construiremos a la luz del día, con inmortales alardes de riqueza y poder, y yaceremos, mejilla momificada junto a enmohecida papada, y crearemos una institución, un ministerio gubernamental de administración y protección de tumbas. Los reyes que vengan después de nosotros verán que mantener una necrópolis segura es de su interés para el futuro; cada rey confiará en su sucesor, porque cada rey sabrá que su sucesor debe, a su vez, confiar en *su* sucesor para que le devuelva el favor». Una regla de oro para proteger todo aquel oro subterráneo. «Tú, también, necesitarás al falible ser viviente algún día; oh, sí, lo necesitarás, de modo que haz esto por mí hoy, y el futuro nos protegerá a los dos». ¡Ah, pero! Pero no pasa mucho tiempo antes de que el presente encuentre que las piadosas pretensiones del pasado y las hipotéticas necesidades de un lejano futuro son, ambas, de escaso peso cuando aparecen urgentes necesidades inmediatas. Veamos: para un gobierno necesitado de dinero para guerras o monumentos, el seguro de inmortalidad que brilla bajo las arenas empieza a tener un aspecto muy parecido al de un tesoro bien localizado, y el pasado parece estarse ofreciendo para financiar el presente, y los problemas de la futura inmortalidad le parecen al actual y manirroto rey confortablemente lejanos.

De repente, tu inmortalidad, que te importa más que cualquier otra cosa en todo el universo, parece horriblemente poco sólida, pues tú te haces cada día más viejo y tus enemigos se acercan. ¿Cómo reunir todo lo que necesitas para un incierto futuro sin perder nada o atraer una atención indeseada hacia ti? El dilema de todo viajero, el mío al dirigirme al sur, el del rey encaminándose al inframundo: ¿qué llevar?

Tres días para que llegue el telegrama.

Los bailarines del estrecho escenario de aquí me recuerdan un verso de los de Atum-hadu:

Atum-hadu admira a dos hermanas.
Se las lleva a sus habitaciones.
Demasiado tarde, ellas comprenden los peligros
de un rey cuyo amor produce escozores.

(Cuarteto 9, Fragmentos A y C, de
Deseo y engaño en el Antiguo Egipto,
de Ralph M. Trilipush).

¡Las fatigosas contorsiones que el pobre Harriman realizó para sortear incluso ese relativamente suave pasaje! «El desacertado comportamiento de dos hermanas llama la atención del rey», y «la cámara de justicia de Atoom-Hadoo», y «el calor de la furia real», y así sucesivamente. Un ofendido mojigato que recurre al lenguaje de la jurisprudencia.

19 de octubre, El Cairo, un cabaret, última hora de la noche

Mi querida y futura Reina:

Acabo de releer tu carta del 22 de septiembre, como llevo haciendo una y otra vez desde hace tres días, y veo tu cara en todas partes adonde miro, incluso en este espectáculo oriental. Las mujeres sobre el escenario se quitan sus pañuelos de seda al son de las panderetas y los gimientes violines, y los velos se extienden como perfume. Parecen prácticamente desnudas cuando suben al escenario, pero después, incluso tras haberse quitado velo tras velo durante interminables minutos, dejándolos en montones sobre el escenario y mi mesa, no las veo mucho más desnudas de como llegaron, aunque las sedas que han arrojado forman una pila tan grande como un farallón del desierto que ocultara una tumba real.

El Cairo rebosa de recuerdos tuyos. Las palmeras, por la noche, se parecen mucho a un gigantesco ramo marchito, como aquel que yo sostenía para ti la pasada primavera, cuando tú bajaste del taxi, con una mirada distante en tus ojos, apenas reconociéndome, mientras yo acababa de pasar dos horas esperándote bajo la torrencial lluvia. Precisamente ahora estaba recordando la noche de mayo en que tú y yo montamos en los botes en forma de cisne de los Jardines Públicos y yo te recitaba el verso de Atum-hadu, y tú te reías de nosotros:

Atum-hadu ve a su más reciente reina por primera vez.
Su corazón y su cuerpo se hinchan e inflaman.
Se volverá loco, cometerá algún crimen,
si no se la traen inmediatamente, desnuda, sin pudor.

Allí estabas tú, sonriéndome con aquella tranquila actitud divertida. *Me* veías, veías más allá de lo escandaloso de la poesía y de los apetitos del rey, y veías el auténtico *yo*, cómo soy yo. Supe en aquel instante qué extraordinario hallazgo había hecho, lo supe como si hubiera abierto una tumba llena de joyas y resplandeciente oro. Tú *me* miraste y vi lo que era valioso y merecedor de tu amor. No hay nada enterrado bajo ninguna arena que se pueda comparar con la última primavera pasada contigo, descubriéndote, enamorándome de ti, conquistándote. Eres una chica maravillosa, Margaret. En pocas palabras, eres todo lo que siempre había deseado.

Y, pronto, nada se interpondrá en nuestra boda. Te suplico que esperes, seas paciente, permanezcas fuerte y saludable, y esperes, esperes por mí; espera. Estaré en casa antes de que te des cuenta, llevándote conmigo, cubriéndote de tesoros, instalándote en una casa que supera todos tus sueños, llenando tus días de entretenimiento y descanso en la proporción que desees. En tu carta me preguntabas dónde viviríamos. Mira, viviremos en un palacio, tú y yo, en un palacio, al lado de un río, bajo palmeras, y sin que nada nos falte.

Tu rey,
R. M. T.

P.S. Espero que veas esta expresión de mi preocupación bajo la luz adecuada. Me parece que tu padre está confiando demasiado en Inge para curarte. Sea cual sea el diagnóstico, tus fatigas y ataques los curaría un buen doctor y una medicina que te diera más energía, pero a juzgar por el fragmento de una carta que me enviaste en un delirio producido por la medicación, parece que ella te está administrando sustancias que *exacerban* tus síntomas. Deja que te diga que nadie te conoce mejor que yo, especialmente cuando estás totalmente sana y vivaracha, y cuando seas mi esposa no ahorraremos gastos para que te vean los mejores especialistas en estos temas. Tienes todo mi amor. Eres mi Reina.

Correspondencia:

Harold Ferrell a Laurence Macy III, 1954-1955

Residencia Sunset on the Bayview
Sydney, Australia

24 de diciembre de 1954

Sigo aquí, Macy, sigo aquí. Aunque debo de haberle dejado asombrado. Otra semana a mis espaldas. Tenemos encima la Navidad. Época alegre, me han dicho.

No sé, Macy, si es usted una persona religiosa. Yo no lo soy en absoluto. Es una estupidez evidente. Pero corre una vieja por aquí, que no está en su sano juicio, como la mayoría de los de aquí, que lleva siglos sin pronunciar palabra. Se limita a mirar la tele, pero esta mañana me dijo —es la primera vez que me dirige la palabra—, que las personas son juzgadas en el otro mundo por los animales que las habían visto en éste. No me refiero a las vacas que te comiste o a los peces que capturaste —no es «vegetariana», creo—, sino sólo a los simpáticos animales que te ven cuando vas a tus asuntos, ya sabe lo que quiero decir. Los gatos que te observaban cuando tú estabas solo. Los perros que tomaban el sol al otro lado de la calle. Los pájaros que estaban frente a tu ventana. Un pez de colores de la pecera. Todos informan de lo que te han visto hacer, dice ella, parlamentan entre sí y luego deciden si debes ascender o achicharrarte. ¿Qué piensa usted de esa idea? Yo me acuerdo de todos aquellos animales de tristes ojos con los que he estado, imaginando que estaban descabezando un sueño, y que no comprendían nada incluso cuando estaban despiertos. Una idea muy extraña, muy inquietante. No puede ser verdad, pero ¿había oído usted algo parecido?

Su tía Margaret, no creo que lo sepa usted, allá por el 22, tenía sus perritos, aunque quizás haya visto usted fotos. Spaniels tibetanos, recuerdo que me dijo cuando yo aparecí en la puerta de la casa de su tío abuelo, el 13 de octubre de 1922. Su tía abrió la puerta, y los perritos empezaron a soltarme sus agudos ladridos cuando entré. Lo primero que dijo, antes de que yo pudiera abrir la boca, fue: «Spaniels tibetanos, muy valiosos, sumamente *rrraros*». Al decir «raros», hizo una especie de gruñido y arrugó los labios hacia mí. Vaya, aquí hay alguien vivo, pensé. Su tía bien valía una mirada, y evidentemente era una especie eléctrica de chica moderna. Me pregunto si alguna vez ella le habló a usted de mí, si hay algo que usted pudiera decirme. No es que ella hubiera dicho algo, no soy tan tonto como para creer que le causé una gran impresión, y no es que ella no fuera capaz de retorcer la verdad de vez en cuando para contar una historia. Se lo digo por si encuentra usted algo difícil de creer en esos papeles suyos.

Su tío abuelo fue un tipo admirable, de los que no hacen tonterías. Duro como un cocodrilo, grandote, cabello alisado hacia atrás. Me ofreció un excelente cigarro. En su enorme estudio, sentado ante un gran y lustroso escritorio me mostró un anuncio que estaba examinando: «Para las vacaciones —dijo—. Estoy tratando de decidir si lo

apruebo o no». Un dibujo de una mujer sirviendo una especie de enorme ave asada sobre una gran fuente, y las palabras: «¡No sirva un buen plato de caza con una sucia mantelería! ¡Confíe en Finneran's Finer Finery para todo lo que necesite en vacaciones! (Nuestras mercancías duran una eternidad. ¡Garantizado!)». La mujer del dibujo era su tía de usted, que había posado. «Llevó mucho tiempo —dijo ella suspirando—. Al menos, no tenía que sostener el pavo; el artista lo dibujó más tarde. Era un poquito afeminado, creo».

—Ya basta de palabrería —murmuró Finneran—. Tenemos compañía. ¿Qué podemos hacer por usted, Mr. Harold Ferrell de la Agencia Mundial de Investigaciones, que ha venido desde Australia? —Examinó mi tarjeta comercial y paseó su puro sin encender entre sus labios—. No creo haber tenido nunca ningún negocio en Australia.

Le dije que estaba trabajando en el caso de una herencia de un individuo australiano y que había pensado que su socio comercial, el profesor Trilipush, tal vez pudiera ayudarme a encontrar a ese heredero perdido, pues ellos dos quizás se habían conocido en la guerra.

—¿Ralphie? —interviene su tía—. ¡Es algo más que un socio *comercial*, Harry!

Me gustó que me llamara directamente Harry, costumbre que nunca abandonó.

—Este caballero y yo tenemos que hablar de negocios, Maggie, así que lárgate.

Ella levantó las cejas e hizo una sarcástica reverencia. Luego cogió sus perros y cerró violentamente la puerta a sus espaldas. Yo comprendía ya todo lo referente a su tía, pensé: Mimada, encantadora cuando quiere serlo, un poquito esnob, pero es joven y no tiene a nadie que le enseñe modales. El dinero olía a nuevo. No se ofenda, Macy. Ningún mayordomo para responder a la puerta, todavía una mansión con verdaderas personas dentro. Sepa que lo prefiero así. Me gustó la manera en que hablaba Finneran, y me gustó su casa de inmediato. Era un hombre rico (pensé), pero que comprendía lo que empuja a los verdaderos hombres, comprendía los límites de su dinero. Espero estar describiéndole también a usted, ahí, en su mansión de Nueva York, Macy.

—Una muchacha muy viva —dice su padre cuando el eco de la puerta se va desvaneciendo—. Pero lo que ella quería decir es que está prometida al profesor Trilipush. —Eso me interesaba, Macy—. Es realmente un muchacho estupendo —continúa Finneran con cierto tonillo—. ¿Lo conoce usted? ¿No? Pues es un tipo macanudo. Vieja familia inglesa, valiente como pocos, experto en su campo. Algo extraordinario. No se ve a muchos hombres como él, incluso en Inglaterra, me imagino, y pillar a un tipo así en Boston, y que Margaret le robe el corazón… Somos una familia bastante feliz, Mr. Ferrell.

Quizás ésas no fueron sus palabras exactas, pero por ahí iban los tiros. Tal como le quiero hacer ver, su tío abuelo no tenía una capa de barniz tan pulida como los Marlowe; pero, si me perdona por decirlo, yo sabía por qué estaba tan orgulloso de tener a Trilipush como yerno. Sin la menor duda, esa boda le haría subir un punto o

dos, o tres, en la escala social bostoniana.

Yo empecé lentamente, sólo le conté lo de la herencia Davies, y le pregunté a Mr. Finneran si podía decirme dónde podía encontrar al profesor Trilipush. «Por supuesto, por supuesto», y mientras él iba a coger su agenda de direcciones del cajón de su mesa, pregunté: «Sólo por curiosidad, ¿cómo llegó usted a conocer al profesor Trilipush, aquí en Boston?». Dijo que Margaret los había presentado, que trajo a Trilipush a la casa un día, como una muchacha que se ha comprado un bonito collar. Había asistido a una de sus conferencias, había hablado con él, se habían hecho amigos y luego, realmente, «le había tomado cariño al inglesote». ¿Estaban ya enamorados, entonces, cuando ella presentó a Trilipush a su padre? «No, no —dice Finneran—. Ella lo trajo como un favor para *mí*. Para que describiera la expedición que estaba proyectando, porque sabía que algunos de mis socios y yo siempre estamos buscando dónde invertir, y Margaret pensó que el proyecto de Ralph parecía prometedor. Una chica inteligente, esa vez». Efectivamente, el «club financiero» de Finneran había investigado el tema y decidido respaldar la expedición egipcia. (Macy, preste atención: Finneran había apostado su dinero, el dinero de sus amigos, el corazón de su hija y su estatus social a Trilipush).

«Yo no paraba de decirle a Margaret que era un tipo excelente, y que, si no me equivocaba, la estaba mirando con intenciones. Ella no me creía. Es realmente muy tímida, Mr. Ferrell, pero yo entiendo de estas cosas. Poco después de que le dijéramos a Trilipush que queríamos participar en su expedición, me pidió la mano de Margaret, de forma muy caballeresca, a la antigua manera inglesa.

»Yo estaba encantado con esa oportunidad, financieramente. Exactamente la clase de aventura que le gusta al club, un ganador, no carente de riesgo, pero nosotros estamos protegidos, tenemos protecciones incorporadas. Gracias a mi muchachita, teníamos la oportunidad de invertir antes que los museos y los bancos y demás. Cualquiera de éstos hubiera pegado un brinco ante una oportunidad así, sin duda, pero nosotros llegamos primero. Y, desde luego, pude ver que Maggie se estaba enamorando, si es que ella comprendía lo suficiente para darle un nombre a aquello. ¿Y quién soy yo para discutir con el amor? Cuando tenga usted una muchachita, y un tipo así aparezca, lo comprenderá, Mr. Ferrell».

La boda se celebraría lo antes posible después del regreso de Trilipush de su expedición.

¿Pensaba Finneran que una excavación egipcia era una inversión segura? No, desde luego que no, por lo general no, pero en este caso las circunstancias eran únicas. Ventajas: «Trilipush encontró algo durante la guerra, con un amigo suyo, y parece claro que eso llevaba a una tumba. Los detalles son complicados. No puedo decir que comprenda todo el tema erudito. No es como un mapa del tesoro exactamente, desde luego; tiene usted que saber cómo interpretar las pruebas históricas, lo que tiene. Yo no pretendo ser un erudito, pero Trilipush lo explicó todo y convenció sobradamente al grupo de que, por lo que se refiere a estas cosas, aunque

nunca hay garantías, todo apuntaba a un rápido y lucrativo descubrimiento».

Ahora bien, toda esta nueva información me colocaba en una situación un poco difícil, como usted comprenderá, Macy, si deja de pensar como su sobrino nieto por un momento y empieza a hacerlo como mi ayudante otra vez. Mire, yo sabía lo suficiente para impedir aquella boda en ese mismo momento: Mentiras sobre Oxford, cosas poco claras en los archivos militares, problemas con su jefe de Harvard. ¿Y qué se ganaría con soltar una bomba así? Bien, siga mi consejo, Macy: nunca se sabe muy bien quién va a saltar por los aires en situaciones como ésa. Piense por un momento porque, a estas alturas, debería saber cómo funciona nuestro negocio. Primero, yo necesitaba respuestas a mis preguntas, y difícilmente podría obtenerlas de un furioso y asustado exfuturo suegro. Segundo, usted y yo estamos en un negocio que se basa en el reloj; no podemos ganarnos la vida vendiendo *información*; nosotros vendemos *tiempo*. De manera que, avanzada la conversación, cuando le propusimos a Mr. Finneran que se convirtiera en nuestro nuevo cliente, nos pusimos de acuerdo en que una investigación de los antecedentes del novio de su hija llevaría unas semanas. Y, finalmente, la información (y el tiempo que se tarda en reunirla) sólo tiene valor si el comprador paga. Si yo empezaba diciendo a Finneran la verdad aquel día, me habría puesto de patitas en la calle, hecho una furia. Estaba claro para mí, desde el primer día, que Finneran nunca querría oír la *verdad* sobre Trilipush, y más tarde los hechos me dieron la razón. No. Vi claramente que Finneran pagaría por oír palabras *tranquilizadoras*. Y un detective sensible proporciona a sus clientes lo que éstos necesitan y aquello por lo que están dispuestos a pagar. Lección de Ferrell: los clientes satisfechos son los que pagan.

Por último, de hombre a hombre, Macy. Yo no deseaba causar ningún dolor, ésa es la verdad. Estaba claro que de todas formas iba a tener que dirigirme a Egipto para descubrir la causa de los asesinatos de Caldwell y Marlowe, y para interrogar a Trilipush al respecto. De modo que quería una dirección y un itinerario de Trilipush, y eso era todo. No había nada que ganar aquel día revelando rumores sobre sodomitas ingleses o buenos jóvenes australianos asesinados en el desierto mientras capitanes ingleses que mentían sobre su educación se presentaban en Boston sanos y salvos, ganando el corazón de jóvenes increíblemente bellas y gastando el dinero de hombres honrados. No, yo podía volver al barco, y llegar a Alejandría en seis días, y no tenía ningún interés en preocupar a su familia más de lo imprescindible para conseguir la información que buscaba y aliviar las preocupaciones de su tío abuelo a cambio de unos honorarios. Finneran me facilitó la dirección de Trilipush en El Cairo, me prestó un ejemplar del cuadernillo explicativo destinado a los inversores de la expedición para que lo leyera mientras me alojaba en el Parker House, y nos dimos la mano. Le dije que tendría un informe completo de los antecedentes de Trilipush dentro de unos días, quizás algo más.

¿Me gustaría que esta historia de su familia terminara aquí, Macy? Parte de mí lo desea, ésa es la verdad. Pero es difícil. Si no lo hubiera cogido como cliente, si sólo

me hubiera ido por la puerta, leído el cuadernillo en mi hotel, hecho que un botones lo devolviera por mí, partido para Nueva York al día siguiente y para Egipto cinco días más tarde, ¿de qué otra manera habrían terminado las cosas? Es difícil de saber, da igual lo que digan los recuerdos de todo el mundo, y sin duda me gustaría leer algo más que pudiera usted haber hallado después de la muerte de su tía, cartas o diarios que me ayudaran a comprender qué más sabe usted sobre todo esto. Pero una cosa *es* cierta: Si su tía se casaba con Ralph Trilipush, un montón de vidas iban a construirse sobre mentiras en aquella casa, y eso era peor que nada. Mis acciones lo impidieron. Estoy orgulloso de ello. El tipo que fuera lo bastante afortunado para casarse con su tía Margaret me debe gratitud. Y estoy seguro de que, al cabo de un tiempo, ella también recordaba mis servicios cariñosamente. La salvé, a un coste excesivo para mí.

A lo que íbamos, yo estaba bajando al vestíbulo principal, a recoger mi abrigo, cuando Margaret nos interceptó en la puerta, los perritos correteando entre nuestras piernas, y ella dijo que quería ofrecerme una limonada, que había sido muy grosero por parte de su padre despedirme sin hacerlo, de manera que me entretendría un momento ahora y me acompañaría a la puerta después. Su padre se rió —consentir a su hija es para él tan fácil como respirar—, me estrechó la mano y se retiró a su estudio, aunque dejando abierta la puerta.

Ahora bien, su tía tenía tres estados de ánimo diferentes, si he de ser sincero. Llegué a conocerla bastante bien durante los casi dos meses que me quedé en Boston, haciendo mis investigaciones. Ignoro lo que ella pudo haberle dicho a usted con los años. No presumiré de haber causado una impresión duradera en ella, pero, en aquella época, no me parece que le resultara indiferente.

Tres estados de ánimo, digo. Por las tardes, como el día en que la conocí, se mostraba muy aguda. Podía hacerte reír, podía encandilarte, podía tratarte como si fueras alguien fascinante y, desde luego, era una muchacha rica (o así lo parecía; yo aún no había visto las grietas disimuladas que se estaban abriendo en el mundo de su padre), y las atenciones de las jóvenes ricas tienen un sabor agradable; conozco lo suficiente de la psicología humana para saber que ésa es una ley inexorable. Aquella tarde, ella se sienta ante la chimenea con sus perritos, los tres enroscados juntos sobre un largo sofá en frente de mí, y va y dice: «Ahora tomemos una limonada, y puede usted hablarme de Australia, donde todo el mundo come canguros, ¿no?». Y me echa una miradita que, vaya, nadie podría resistir semejante invitación. Y aun cuando uno no podía tomar en serio su supuesta ignorancia, sí se la podía tomar a ella muy seriamente como mujer, aunque probablemente sólo tenía veinte años o poco más. ¿Y qué podría saber del mundo a sus veinte años? Nada, pensaría usted. Pero entonces, ¿cómo podía tener semejante encanto? Los ricos, los ricos, los ricos, incluso los nuevos. Tienen sus recursos. Claro que estoy evangelizando en un convento, ¿no, Macy?

Aquella tarde me hizo preguntas con una maliciosa mirada en sus ojos, sobre mis

asuntos en Estados Unidos, y yo le conté muy poco, sólo le pregunté si su amado había mencionado alguna vez a un soldado australiano llamado Paul Caldwell. No, nunca había oído ese nombre. Sí que le dije algo del pobre Paul, el fanático de Egipto, de cómo es la vida cuando no has nacido con ninguna ventaja, cosa que no ocurría con ella y Trilipush. «Oh, Mr. Ferrell, me está usted avergonzando terriblemente —dijo ella, fingiendo parecer avergonzada—. Pero papi, sabe usted, llegó aquí casi sin nada. Nosotros éramos gente muy sencilla». Ella sonrió, muy sutilmente, nunca lo olvidaré. Despedía encanto su tía.

Le pregunté cómo había conocido a Trilipush, cómo habían llegado a prometerse, y si le importaba que yo tomara notas.

—¡Oh, maravilloso! ¡Realmente, me gusta que *todo el mundo* tome notas cuando hablo! Bien, usted no conoce a Ralph, ¿verdad? Oh, sencillamente, él lo es *todo*, sabe. Los hombres que conozco en Boston no están hechos de la misma pasta, de veras. He tenido a algunos de los directores de papi que me miran de cierta manera, algunos de los encargados del almacén, y también algunos músicos de *jazz* en los locales adonde voy de vez en cuando, cuando papi e Inge me llevan, así como varios de los socios de papi, J. P. O'Toole y demás; pero Ralph, bueno, es de un *mundo* del todo distinto, como sacado de los libros de cuentos para *niñas*. Todas mis amigas dicen que debería pellizcarme para comprobar que no estoy soñando. Es un explorador, sabe usted, y procede de una familia de exploradores, y prácticamente pertenece a la nobleza inglesa, pero no a la clase rica, y su acento… bueno, sepa que tiene usted un acento adorable, Harry, pero diferente. Y está solo en el mundo, sus padres murieron, y él era hijo único, pero tenía aquellos maravillosos amigos de la universidad, en Inglaterra, y a uno de ellos, su mejor amigo, lo mataron al final de la guerra, y Ralph quedó tan desconsolado… Quería abandonarlo todo, incluso sus propiedades en el país, que cuestan más dinero de mantener del que tiene, aunque siempre puede hacer que se recuperen si quiere, y podríamos acabar viviendo allí algún tiempo después de la boda. De todas maneras, después de la guerra vino aquí, a terminar su libro, el cual tuvo mucho éxito, considerando, sabe usted, que es historia, y luego empezó a enseñar en Harvard, que es la universidad de aquí y sin duda la mejor de toda América, y ahora más bien vive en América y escribe y enseña, y, después de esta expedición, va a hacer *montones* de dinero, créame, si conoce usted ese asunto de Egipto como Ralph. Ha de saber dónde mirar, pero el oro está justo ahí, *descansando* bajo la arena.

Lo fascinante de este pequeño discurso, Macy, era que aunque yo no dudaba de que Margaret pensaba que era cierto, ella lo decía con aquel tonillo, aquella sonrisita en sus labios, como para indicar que nada de ello le importaba *un bledo*, al menos mientras yo estaba allí con ella… No es que yo fuera tan fácil de impresionar, sólo que una parte de su encanto (por las tardes) era que ella nunca te dejaba pensar que su novio le importaba más que tú, fueras quien fueras, si estabas sentado a su lado en aquel momento. Quizás sí que *era* solamente para mí, y estoy seguro de que me

gustaba la idea de que fuera así, entonces. Su tía deslumbraba un poco, sabe.

Repetí la pregunta: ¿cómo había conocido a aquel héroe de nuestro tiempo? En su versión, ella había hecho que se comprometieran *antes* de que surgiera la cuestión del dinero de su padre, antes de la reunión de los inversores, pero Margaret sabía que Trilipush le gustaría a su padre, y su padre apoyó de todas todas su compromiso, aunque ella misma tuvo sus dudas al comienzo. ¿Que *ella* tuvo dudas? «Bueno, claro, me refiero a que él es de un mundo completamente distinto, quizás una muchachita bostoniana como yo…». Y aquí pensé que, en su falsa modestia, ella estaba eludiendo una oculta verdad. Yo sospechaba que la joven podría haber tenido algunas vacilaciones por *buenos* motivos, algo que sólo ella podía sentir pero aún no decir. No voy a jactarme diciendo que mi presencia la ayudaba a hacer comparaciones, pero estaba claro que si ella hablaba lo suficiente con un individuo totalmente diferente de Trilipush, podría empezar a darse cuenta de algunas cositas sobre cómo los hombres honestos reaccionaban ante ella, y ante las mujeres en general. Y añadió: «Yo le hice un favor a papi trayendo a Ralph a su club; quiero decir, les descubrí a Ralph antes de que alguno de los grandes museos lo descubriera». ¿Y quién era el pobre amigo muerto de la guerra? «Oh, sí, otro arqueólogo, su mejor amigo de Oxford. Fíjese en el nombre, Harry: capitán Hugo St. John Marlowe. Bueno, durante la guerra, siempre estaban dándoles permisos para ir a sus excavaciones, y en una ocasión él y Marlowe encontraron juntos esa cosa —un nombre muy misterioso, el Fragmento C— y de ahí sacaron dónde habría una tumba, una tumba *llena* de oro y obras de arte. Se disponían a ir a buscar juntos la tumba en cuanto tuvieran la siguiente oportunidad, pero entonces Ralph fue enviado a luchar en Turquía, lo que era *espantoso*, mientras Marlowe tenía que permanecer en Egipto y esperar, cosa que hizo, desde luego, porque eran los mejores *compadres* desde Oxford, y hermanos de sangre, pero durante algún tiempo, en Turquía, Ralph quedó separado de sus hombres y, allá en Egipto, pensaron realmente que estaba *muerto*, y Ralph tuvo que volver a casa prácticamente solo y cuando finalmente consiguió regresar a Egipto, bueno, sólo unos días antes de eso, el pobre *Marlowe* había desaparecido, aunque había dejado el Fragmento C en su tienda, y Ralph lo cogió para ponerlo a salvo, sin saber si Marlowe estaba vivo o no, y luego cuando tuvo que aceptar que Marlowe estaba muerto, Ralph quiso olvidar todo el dolor de la guerra, de modo que se trajo el Fragmento C a Boston, y eso fue lo que le hizo ganar su reputación como erudito y le consiguió un empleo en Harvard, y… oh, mire cómo se me dispara la lengua. Imagínese el efecto de todas estas aventuras en una ingenua jovencita bostoniana, Harry».

Realmente puedo, pero Margaret no era una simple e ingenua jovencita, y por ello yo tenía cierta dificultad en imaginar el efecto que esas aventuras ejercían en ella. ¿Sabía que estaba repitiendo algo absolutamente ridículo? ¿No se le había ocurrido que la historia estaba llena de mentiras e imposibles y que probablemente escondía dos cadáveres entre sus falsificados pliegues? ¿Personas convenientemente

desaparecidas en Turquía y Egipto? ¿Amigos leales que se esperaban el uno al otro antes de cavar y compartir montones de oro? ¿Mapas del tesoro al alcance en tiendas de hombres perdidos? ¿Pensaba que *yo* me lo estaba creyendo? Y, Macy, debo subrayar que no le conté nada de mis sospechas. Yo era honrado con mis clientes y con los inocentes. Júzgueme por esto: hubiera podido descubrir a Trilipush un millar de veces a su tía, pero no lo hice.

Pero, que conste, eso es lo que yo *estaba* pensando, y bastante astutamente, si quiere saberlo: Si de verdad había una fortuna oculta en un agujero que Marlowe y Trilipush habían descubierto, cada vez más daba la impresión de que Trilipush —terrateniente empobrecido con un expediente académico falsificado— había matado a Marlowe por ello y luego escapado a América para que las cosas se calmaran. Allí se forjó una reputación entre los crédulos que le permitió manejar un poco de dinero con el que volver a excavar su tesoro. Y ahora, en 1922, evidentemente *nunca* regresaría a Boston de esa segunda expedición. Esa chica había sido engañada, el dinero de su familia, robado amparándose en sus modales ingleses, y ya había terminado con ella. Aparte de su dinero, ¿qué otra cosa *querría* de ella?: sin duda era un invertido, como Marlowe y Quint. Yo lo sabía incluso entonces, aun antes de conocerlo. Entonces se me ocurrió: Probablemente había sido el amante de clase alta de Marlowe *antes* de partir para Egipto; probablemente Trilipush era el pasatiempo discretamente mantenido de Marlowe desde los tiempos de Oxford, no un estudiante, evidentemente, sino sólo alguien que vivía en el mundo de Marlowe, tomando el dinero de éste a cambio de atenciones ilícitas. Eso explicaba la existencia de testigos de su presencia, pero no de pruebas en los archivos oficiales. Luego Trilipush se alista para ir a la guerra con Marlowe a cambio de más dinero, y se dirige a Egipto con él, donde corretean al estilo inglés. Pero entonces lo envían a Turquía, sin su rico protector. Mala suerte. Regresa a pie (o corriendo, más probablemente) de las batallas turcas para descubrir con horror que, en su ausencia, el pobre y joven excavador, amante de Egipto, Paul Caldwell (*un australiano nada menos*, piensa el arruinado pero todavía esnob marica inglés) se ha convertido en el inocente objeto de las obsesiones amorosas de Marlowe. Demos un paso más; tal vez Trilipush no había descubierto el mapa del tesoro con Marlowe: quizás Marlowe y *Caldwell* lo habían encontrado mientras Trilipush se hallaba en Turquía. Trilipush, a su regreso de Gallípoli, sorprende a la pareja y, movido por los celos y codiciando el secreto de su Julieta hallado en el desierto, mata a Marlowe y a Caldwell, oculta sus cuerpos y se marcha a Estados Unidos. Bueno, me quedaba un poco de trabajo para demostrar todo esto, y seguía sin comprender por qué su historial militar había sido borrado, pero esto demuestra cuán pronto había comprendido yo los hechos principales del asunto, Macy, tal como se los expliqué a usted aquella noche en el Parker House, a mi regreso de la casa de mi último cliente.

La víctima de esta tragedia, Macy —y esto estuvo claro como el cristal para mí antes de haber terminado mi primera limonada—, era su adorable y hechizadora tía.

Una dulce, inocente muchacha, su cabeza trastornada por un perverso asesino, manipulada para conseguir el dinero de su familia. Yo quería ayudar y, palabra de honor, vi que a todas luces ella había sido ridiculizada por un sodomita, el cual ya la había abandonado, aunque ella aún no lo sabía. Si yo se lo decía, me odiaría para siempre. Si esperaba a que los acontecimientos se desarrollaran a su propio ritmo, ella se convertiría en el hazmerreír de la sociedad bostoniana. Sentí, incluso durante aquella primera limonada, que tenía las manos atadas, y nada de lo que yo pudiera decir podía ser bueno.

El segundo estado de ánimo de su tía Margaret, aprendí la semana siguiente, era una especialidad de primera hora de la noche. Unos días más tarde, yo regresaba del hotel, tras haber hablado con más profesores de Harvard y algunos de los alumnos de Trilipush, y descubrí, para mi gran sorpresa y placer, a Margaret en el vestíbulo. No se había alejado mucho de mis pensamientos desde que la había conocido. Debían de ser las siete de la tarde, y no iba acompañada. «Bien, esta noche dejará usted de lado su libreta de notas, Harry, y vamos a tener un poco de *diversión*». Era cuando me gustaba más. Te hacía sentir como si fueras la persona más importante del mundo, pero sin ninguno de los amaneramientos de las anfitrionas acaudaladas. No, entonces se mostraba vitalista y natural, una muchacha cuyos ojos le brillaban de excitación por ver lo siguiente que la vida tenía para ofrecerle. Hacía sus bromitas, sus pequeñas observaciones inteligentes a tu costa, pero le gustabas, créame. Me cogía del brazo y me paseaba por algunas partes de Boston que jamás se me habría ocurrido visitar. «No se preocupe, Harry, sé adonde voy. No nos pasará nada».

Me llevó a pasear por callejones que me hicieron desear haber llevado un arma conmigo, pero ella se limitaba a brillar bajo las tenues luces, sonriendo a las sombrías figuras que merodeaban por aquí y por allá. Evidentemente disfrutaba escandalizando a su amigo extranjero, aunque yo hacía todo lo que podía para no dejar de sonreír. «Sabe usted, nunca he traído a Ralphie aquí, y nunca lo haría. No encajaría como usted, Harry». Me gustó la comparación. «Convirtámoslo en nuestro pequeño secreto, Harry». Me parecía de perlas… Yo tampoco quería mencionárselo a Trilipush.

Margaret apretó un botón de una pared sin rótulo alguno de una oscura calle; yo no podía ni decir dónde nos encontrábamos. Una pequeña trampilla a la altura de los ojos se corrió a un lado, unos negros ojos nos examinaron, la trampilla se cerró de golpe, y la pared se abrió para dejarnos entrar a una ruidosa fiesta, una barra y billares, y música de *jazz* para bailar, hombres y mujeres sentados confortablemente en sofás, en cojines esparcidos por el suelo y en regazos. «Bienvenido al J. P., Harry», dijo ella, haciéndome pasar al interior. Con su tía, uno no paraba con las sorpresas. Aquella noche estaba encantadora, y yo más bien creí que se debía a mí, y recuerdo haber pensado, esa noche, que por la razón que fuera, había encontrado en mí algo que la atraía. Me pareció que podía ver desplegarse ante mí como un curso natural de las cosas, no creo que nadie me lo hubiera echado en cara. Hoy, desde luego, diría que se trataba sólo de un pequeño flirteo. Su tía jugaba un poco con fuego, no sabía

cuándo había ido demasiado lejos, cuándo cruzaba la raya. Las chicas así siempre parecen sorprendidas cuando la gente resulta no ser un juguete, cuando la gente deja de cumplir sus instrucciones, instante en que el humor de éstas cambia.

Ella se fue a buscar unos cócteles, y nos sentamos en un sofá tapizado de terciopelo rojo. Yo no sé si estaba prosiguiendo con el caso o siguiendo mis propios intereses, es difícil decirlo desde la distancia, pero lo cierto es que la interrogué nuevamente sobre Trilipush, sin estar seguro de lo que andaba buscando. «Oh, es un sueño —dijo ella, pero mirando al techo, apenas prestándome atención mientras murmuraba—. Noble inglés, explorador. Un hombre de los pies a la cabeza…». No, al techo no; estaba mirando la oscura galería que corría por el perímetro de la sala antes de volver su atención hacia mí. «¿Qué estaba diciendo, Harry?».

Tiró de mí y bailamos al son de la orquesta negra de *jazz*. Bebimos. Para ser más precisos, yo me bebí un par de copas, y ella bastante más. Me acarició la mano y dejó que le encendiera cigarrillos. «Ralph nunca disfrutaría con esta clase de cosas —dijo —. Es muy académico, sabes. Pero, Harry, ¡eres un excelente bailarín!». No es que eso fuera estrictamente cierto, pero no se lo discutí. Mis notas no son muy claras aquí, me temo, Macy. Durante esos días en Boston, a menudo no me acordaba de anotar exactamente lo que se decía o en qué fecha, y, mientras estoy sentado aquí, en el asilo, contemplando los verdes bloques de cemento de la sala de juegos, los recuerdos acuden en desorden, ráfagas de acontecimientos sin orden cronológico mezclados con cosas que recuerdo haber esperado que sucedieran, pero que no ocurrieron. Hago lo que puedo para ordenar todo esto para usted.

Ella y yo estamos sentados en un sofá, en el J. P., su club privado, y ella me acaricia la mejilla. Es una noche diferente. Ella está muy soñolienta, y yo puedo verme algo ruborizado. Resulta un poco sorprendente, convendrá usted conmigo, dadas las circunstancias, pero lo de la mejilla no me lo tomo del todo en serio. Mire, me ha dejado en el sofá un momento, subiendo a la galería… Un gigantesco negro que guarda las escaleras la deja pasar sin problemas y ella le pellizca su sonriente cara mientras sube. La veo abrir una puerta sin llamar y entrar en una habitación del rincón más alejado, que resulta ser el despacho del J. P. O'Toole, que es el propietario del local, me dice el negro. Regreso al sofá. Pasan los minutos. Cuando vuelve a bajar, está extraña, y se ríe demasiado alto. Le miro a los ojos, y al instante sé a qué ha ido. Se sienta a mi lado durante horas, sin dejar de sonreír, me acaricia la mejilla de vez en cuando, pero nunca dice una sola palabra. Escuche cómo se queja un viejo, Macy: mi corazón se está rompiendo y recomponiéndose a cada latido.

Pero ahora nos encontramos en otra noche, el mismo sofá rojo, su humor es justamente el contrario, brincando con una especie de nerviosa, triste energía, explicándome que se va a casar con Trilipush sólo porque su padre lo desea mucho, pero que a ella le importan un pito todos ellos, todo lo que quiere «es que la dejen en paz para divertirse de vez en cuando, algún día. Prioridades, dice papi, el buen nombre, un buen enlace. Pero Ralph puede ser mortalmente aburrido, toda esa tabarra

sobre Egipto a una la duerme, sabes, es la verdad. Nadie es capaz de estar oyendo hablar sobre Egipto tanto como a él le gusta hacerlo. O sobre ningún tema, si vamos al caso. Un *pelmazo*, Harry, pero los hombres por lo general lo son al cabo de un tiempo. ¿Vas a convertirte tú en un *pelmazo*, Harry?».

«¿No quieres casarte con Trilipush?», pregunté, asombrado por el giro que daban los acontecimientos, por la manera como esa latente sospecha salía repentinamente a la luz. E inmediatamente me mostré dispuesto a contárselo todo sobre su novio, a hacer estallar aquella bomba y correr mis riesgos.

«Oh, no lo sé —dijo ella antes de que yo pudiera abrir la boca—. Yo no he dicho eso, ¿verdad? No sigamos hablando de esto, ¿qué te parece? No seas un *pelmazo*, Harry. ¿Quieres? ¿No sería algo grandioso que tú resultaras no ser un insoportable pelmazo? ¿No sería genial? Brindemos por ello, Harry, ¿vale? ¿Vale? ¿Vale?». Así, cuando empezaba a hablar, no paraba, seguía charlando por los codos; cualquier idea que tenía en la cabeza le salía por la boca, y se lo repetía a sí misma hasta que tenía alguna otra cosa que decir, o en la que gastar su energía; cuando se quedaba sin palabras me sacaba a bailar. Quizás fuera una semana o dos más tarde, cuando dijo todo esto. No sé qué decirle, Macy. Pienso que probablemente me enamoré de ella, sabe, al menos así es como ahora lo recuerdo. ¿Y ella? Bueno, ahora comprendo que se trataba sólo de una muchacha triste, enferma, que gozaba de excesiva libertad. Yo no representaba mucho para ella; algo sí, sin duda, pero no mucho. ¿Y cómo hubiera podido ser de otro modo? Un hombre de otro mundo, otra clase social, sin dinero, no lo bastante elegante, nada. No es una tragedia, ¿verdad?

Pero lo que sentí entonces, eso es algo diferente. Tal vez por completo diferente. Quizás la «claridad de la distancia» no es nada en absoluto cuando se compara con lo que se ha olvidado. Tal vez no era algo inexplicable, tal como está empezando a parecer ahora, sino *lógico*, y yo estaba actuando con una honestidad que debería ser respetada, una honestidad de *sentimientos*, incluso si no soy capaz de reproducirlo aquí, sobre el papel, toda una vida más tarde. A fin de cuentas, estoy escribiendo para usted a partir de notas y recuerdos, ¿y quién sabe lo que se habrá escapado de ellos? Quizás yo no sea tan memo como me estoy dibujando ahora. Quizás sólo puedo *recordar* ahora lo que *sabía* entonces, y todas las razones por las que enamorarse de su tía no eran estúpidas, todas las pequeñas formas en que ella me hacía pensar que eso era posible. Aceptemos sólo que ella quería que yo me enamorara, que estaba pensando en la posibilidad de estar conmigo, dejar a Trilipush por mí. Pero iban pasando los días, uno tras otro, sin que yo fuera capaz de salvar algunas distancias que nos separaban.

Parece como una película, visto desde tan lejos. Recuerdo un frío día en que dejé escapar un barco para Alejandría, y no dejaba de rondarme por la cabeza la idea de que un terrible crimen iba a producirse en Boston, y que sólo yo podía evitarlo. No me refiero a los antiguos crímenes que estaba tratando de descubrir, sino a algo que estaba sucediendo allí mismo, ante mis narices: el asesinato del alma de la muchacha,

obligada a casarse por la posición social de su padre, padre e hija engañados por aquel invertido inglés. Yo me sentía interiormente desgarrado por tener que mantener en secreto lo que sabía, lo que sospechaba, lo que debía revelar y lo que debía ocultar, cómo protegerla a ella, cómo conquistarla, o ambas cosas.

Aquel frío día voy a su casa a buscarla, pero Finneran está allí, y cuando abre la puerta, piensa que yo he ido a verlo a él, por supuesto (no sabe que he estado saliendo con su hija por ahí), y no se me ocurre cómo explicarlo de otra manera, de modo que nos vamos a su estudio y charlamos sobre Trilipush. Le cuento más cosas de las que había pensado, pero las circunstancias son diferentes, porque Finneran ya tiene sospechas sobre Trilipush antes de que yo abra la boca.

Dos días antes, dice Finneran, se ha enterado de que Trilipush está atascado en El Cairo, retrasado en su viaje a la tumba por un impedimento burocrático de última hora, y quería que el dinero de la sociedad fuera enviado a El Cairo, en vez de a la ciudad más cercana a la excavación. Excelente, piensa Finneran, le parece bien, pero para entonces el profesor Terbroogan, de Harvard, acaba de visitar a Finneran, aquel mismo frío día. Había venido expresamente para decirle a Finneran (venganza holandesa) que Oxford acababa de confirmarle por cable que ningún Trilipush había sido educado allí, y, por si servía de algo, la opinión de Terbroogan es que Trilipush tiene un «cero por ciento» de posibilidades de encontrar lo que les ha prometido a sus socios; él cree que toda la expedición está condenada al fracaso. «Dijo eso, Harry. Condenado». Finneran mantiene en su rostro una expresión de entereza, pero está haciendo rodar su cigarro por la boca de un lado a otro a gran velocidad. Me pregunta si yo estaba al corriente del «rumor» de Oxford. Por lo visto, Terbroogan no le había revelado que yo lo ayudé a conseguir esa información (así que me dije que podía enviarle una factura por los servicios prestados), pero yo no me avergonzaba de la verdad. «Sí, lo sospechaba», le digo a Finneran. «Bien, ¡por Cristo bailando en la cruz! —grita, y el cigarro se le cae en la mesa—. ¿Qué otra maldita cosa sospecha? ¿Para qué lo contraté? ¿Para escuchar tonterías de profesores?». Finneran estaba preocupado, comprensiblemente: su dinero, su hija, el dinero de sus amigos, la posibilidad de que hubiera respaldado públicamente un fraude. Me gustó que fuera otro el que había traído las malas noticias, ya que había demasiado en juego para que yo fuera el portador. Pero eso sin duda significaba que mi investigación sobre el historial de Trilipush (que estaba acabada en mi habitación del hotel desde mi primera noche en Boston) requería algunos días más de reflexión y corrección. Mi posición no hacía más que complicarse. «Ya veremos, Finneran —digo—. No lleguemos a conclusiones todavía. Los archivos pueden estar equivocados».

—¿Y si no es así? ¿Qué pasa con los sentimientos de la pobre Margaret por ese hombre? —gime patéticamente Chester después de permanecer en silencio durante un rato, luchando por contener el pánico—. Ella lo quiere, sabe usted. No puedo interponerme en eso, con Oxford o sin Oxford. En otras palabras, aún tengo dinero invertido en ese hombre.

—¿Dónde está su hija ahora? —pregunto. Y, se lo juro, Macy, ese hombretón parece como si fuera a llorar como una chiquilla. Aparta la mirada, se pone de pie, me da la espalda, juguetea con una cortina—. ¿Hay algo que quiera contarme? Las investigaciones confidenciales son mi especialidad, a fin de cuentas.

Y entonces su tío abuelo se desahoga conmigo, que es lo que siempre hacía la gente. Explica que está tratando desesperadamente de hacer lo correcto para su «niñita», pero que ésta bebe y que ha tenido problemas con —mueve la boca un poquito antes de que finalmente suelte la palabra— el opio, y que por dos veces había pensado que ella estaba curada. La última vez la había llevado a un sanatorio y pagado una fortuna para contratar a una de sus enfermeras (la rolliza sueca que yo veía rondar por la mansión de vez en cuando) con el fin de controlarla en casa, y darle los medicamentos que se suponía reducían su apetito por el «aliento del dragón». Pero Margaret empezaba otra vez a salir furtivamente, dice Finneran, recostándose desmayadamente en la silla. Inge, la enfermera, debía estar pendiente de ella, no dejarla salir de la casa sin compañía, pero la muchacha se había escapado de su vigilancia y evidentemente volvía a estar mal, y, si Trilipush alguna vez lo descubría, el compromiso probablemente se rompería. Y Finneran parecía preocupado ante esa idea, olvidando por un momento que el bendito novio les ha mentido a ellos sobre su educación y quizás sobre más cosas.

Ese numerito era grotesco, Macy. El fuerte y rico hombre de negocios estaba a punto de llorar porque no tenía éxito en sus intentos por controlar a su hija, la cual sufría, eso estaba claro para mí, solamente de juvenil fogosidad y de un repugnante compromiso con un sodomita asesino, al que la familia había estado tratando desesperadamente de *impresionar*. Le habían estado mintiendo, diciéndole que Margaret sufría un raro pero curable trastorno que la hacía dormir a intervalos, cambiar continuamente de estado de ánimo, y cosas así (como si a Trilipush le preocupara lo más mínimo, dado que su interés por ella se extendía sólo hasta la cuenta bancaria de su padre). Era algo del todo demencial. Finneran no quería saber mi opinión, la cual habría sido muy sencilla: Salve a su hija dejándola tranquila. Va a matarla en un accidente de alpinismo social. Y cualquier idiota de inglesote que se negara a casarse con ella debido a una pequeña y estimulante aventura se merecía que le dispararan entre los ojos. Pero yo no podía comprometerme hasta ese punto, así que en vez de eso me limité a decir que trataría de no perder de vista a Margaret, si a él le parecía bien, y ver si ella estaba realmente metida en algún problema. Me estrechó la mano. «Es un gran alivio para mí, Ferrell. Gracias, gracias. No sabía a quién más dirigirme —dice, como si hubiera sido idea suya—. Ella es mi niñita, sabe usted, sólo quiero lo mejor para ella». Claro, por supuesto. Los seres humanos, mi querido Macy, fingen, todos, que están preocupados por alguien más cuando realmente sólo lo están por sí mismos. «Cuente conmigo, Chester. Cuidaré de ella por usted».

—Tu padre está preocupado por ti —le dije aquella noche, sentados en un sofá

del J. P., antes de que ella se fuera al piso de arriba. Pensé que se reiría de mí, que encontraría divertida nuestra nueva situación, la cual no carecía de encanto, y que quizás eso la llevaría a una agradable conversación sobre las debilidades de Trilipush, y eso nos llevaría a…

—Harry —me dijo—. Nos estamos divirtiendo, ¿no? Es agradable tener a un tipo que te acompañe por la ciudad cuando tu novio está fuera, ¿vale? Así que ahora, por favor, Harry, te lo suplico de rodillas: no seas un maldito pelmazo. —Se puso de pie, el primer paso hacia la escalera—. ¿Por qué no charlas con una de esas bonitas chicas mientras voy por ahí? —sugirió señalando a las furcias que J. P. empleaba para hacer que se sintieran a gusto los clientes—. ¿Te *gustan* las chicas, Harry? ¿No te enseñan cómo hablar con las chicas ahí abajo, en el culo del mundo? No las aburras, Harry, aunque a ésas les paguen por escucharte.

Diarios de
Ralph Trilipush,
1922



Viernes, 20 de octubre de 1922, Hotel de la Esfinge

Margaret: Amor mío. Lo primero que me pasó esta mañana, mientras estaba sentado posando para mi retratista, es que un chico trajo un sorprendente telegrama de tu padre. Lo más extraño que te puedas imaginar. Lo leí, sin exagerar, una docena de veces y entonces finalmente, sintiendo que la ansiedad se extendía por mis tripas, no tuve más remedio que despedir al pintor. Se trata de un comunicado de nueve palabras enviado desde el otro lado del océano, pero aparentemente a través de abismos aún más vastos de confusión:

CLARIFICA OXFORD INMEDIATAMENTE. FERRELL CUESTIONA TU EXACTITUD. DEPENDE MUCHO.

¿Nueve palabras sacadas al azar de un sombrero, algún oscuro juego de sociedad de los bostonianos ricos? ¿Qué quiere decir tu padre, amor mío? Está confuso sobre Oxford y necesita aclaración. ¿De su existencia? ¿De su función? ¿Quién es Ferrell y de qué imaginable manera puede cuestionar mi exactitud? Un punto es indiscutible: Mucho en juego. Domingo, día 22; iré andando al banco a ver mi cuenta engrosada con los fondos que deben enviar desde Boston el 22 de cada mes mientras dure la expedición. Oh, sí, hay mucho en juego realmente. Pero no es momento de juegos de sociedad.

Estoy confiando —esta mañana está más claro que nunca— en hombres que están muy por debajo de la talla que yo habría esperado. No de tu padre, desde luego, querida mía, sino de sus evidentemente asustadizos socios, que han iniciado esta cosa rara. Acepté su dinero como un gesto hacia él; porque te quiero, M. No pretenderé que no me di cuenta del efecto que causo en él; esnobs ingleses y gentuza irlandesa parece que hacen estremecer a C. C. F. por igual, pero yo podía haber encontrado mis fuentes de financiación en círculos más responsables, más convencionales. Tú lo sabías, y por ello lo sugeriste como un regalo a tu padre. Sinceramente espero que nuestro regalo hacia él —el mío hacia ti— no sea algo que viva para lamentar.

Ya basta. Si me muestro ansioso ahora es porque me estoy quedando sin fondos, esperando que la ayuda de tu padre llegue dentro de las próximas cuarenta horas. Y, en vez de eso, me manda acertijos. No te aburriré con los detalles. Lo resolveré yo mismo.

Pero algún día podré abrazarte, en nuestra propia casa, y recordarte el momento en que supe que me casaría contigo. Eso ocurre en mayo, sólo tres o cuatro semanas después de mi charla en la Sociedad Histórica. Estás en un estado de salud excelente, más adorable que cualquier cosa imaginable en esta vida. Paseamos por las orillas del Charles, con la gigantesca Inge deslizándose a una constante distancia de diez metros detrás de nosotros, primero a tu izquierda y luego a tu derecha, como si fuera una barca. El cielo retumba y las nubes retuercen sus nudosos dedos, nerviosas por llover sobre tu belleza. Tú flotas hacia delante, lejos de mí, mientras yo me agacho a atarme

el zapato (e Inge mantiene la misma distancia de respeto a mis espaldas, fingiendo detenerse para oler un ramillete de flores azules), y un rayo de sol emerge y pinta un pedazo de río y tu blanco vestido de un solo brochazo, y mientras yo manejo torpemente mis cordones, te veo inclinarte para acariciar la cabeza de un pequeño sabueso de color castaño y blanco que tiene una maravillosamente arrugada y sonriente cara. Acaba de pasar por en medio de un *picnic*, agarrando una ristra de salchichas sin detenerse, esquivando a todos los que buscan castigarlo, provocando el caos tras de sí, pero, a la vista de *Margaret*, se detiene, suelta su presa a tus pies, y permite que le rasques la barbilla, mientras echa la cabeza hacia atrás y estira el cuello para saborear el efecto. Ése fue el momento crucial, amor mío. Decido en aquel instante hacerte mi consorte en este mundo y en el siguiente (porque tú serás mencionada en cada una de mis obras, asegurando tu inmortalidad, también). Y en aquel instante, te imaginé esculpida por el gran artista Tutmosis, inclinada sobre las orillas del Nilo, poniendo una mano de largos dedos sobre la suave cabeza de un enviado canino de Anubis. «Tengo algo urgente que preguntarte», grité al ponerme de pie. «¿Qué decías?», gritaste tú, trayéndome el viento que se levantaba tu voz hasta mí. «¡Tengo algo urgente que preguntarte!», y eché a correr hacia ti. Mi excitación agitó al perrito, que empezó a correr en círculos, aullando la más melodiosa de las canciones, dejando sus salchichas en la hierba como si las hubiera robado no por hambre sino por pura travesura.

—Tienes que ser mi reina, tienes que serlo.

—¿Tú serás el que me rescatará? —preguntaste mientras te cogía en mis brazos.

—Desde luego. Lo haré. Por eso estoy aquí contigo.

Fue días más tarde cuando me hablaste del club de inversión de tu padre, disipaste mis dudas, rebatiste mis argumentos y, unas semanas después de eso, pedí tu mano. Y sin embargo hoy me veo obligado a sentarme mientras una pitón me constriñe la barriga, y me rasco la cabeza, desconcertado por ese misterioso telegrama, despilfarrando una docena de agujas para el gramófono del baño, y, en resumen, perdiendo un día entero preocupándome. Supongo que toda esta agonía es un tributo a tu belleza y amor, mi fastidioso amorcito que nos llevó a todos a este punto, pero confío en que tú ya estarás poniendo en el buen camino a tu padre.

Diario: Encuentro, con muchas dificultades, una oficina cablegráfica abierta, y telegrafío a Boston para confirmar algunos detalles necesarios para el primer envío programado de la sociedad, ya que los recursos preliminares están menguando y estamos sólo al principio.

Banco cerrado. Nadie responde a mis llamadas.

Llamo para que regrese el retratista; no se puede hacer nada más en un viernes en una ciudad mahometana.

CABLEGRAMA. DE EL CAIRO A C. C. FINNERAN, BOSTON, 20/10/22, 3:18 P.M.
UNIVERSIDAD DE OXFORD. ESTÁ EN INGLATERRA. NO SE PRECISA NINGUNA ACLARACIÓN MÁS DE MI EXACTITUD. NO CONOZCO A FERRELL. SE ACERCA EL 22. MUCHO EN JUEGO. C 3: EN TODO EL REINO DE ATUM-HADU, NO HAY NINGÚN HOMBRE EN QUIEN MÁS SE CONFÍE / QUE SU MAESTRO DE

GENEROSIDAD, CADA MOVIMIENTO DEL CUAL ES DIVINO. / REEMPLAZARÉ CON ORO CUALQUIER COSA SUYA QUE ESTÉ OXIDADA / Y ASEGURARÉ QUE PUEDA A SU CAPRICHO NADAR EN VINO. DADIAE, CAL, 1920. RMT.

Sábado, 21 de octubre de 1922

Diario: Hoy, con el tiempo pisándome los talones y todavía sin noticias del Servicio de Antigüedades, les hago una visita. Porque anoche, con la inquieta claridad con que se ven las cosas antes de dormir, se me ocurrió que había cometido una estupidez al venerar un simple trozo de papel. Unos fetiches tan frágiles, eso lo sabe mejor que nadie un arqueólogo, no están esculpidos en piedra. De nada sirve hacer un dios del permiso antes de que sea un hecho, como Marlowe solía decir sobre lo de solicitar permisos. Una charla cara a cara con el director general, quizás un regalo y una franca negociación sobre las condiciones, incluso una expresión de buena voluntad en nombre de Hand-of-Atum, Ltd., para ofrecerle una participación honorífica en nuestro descubrimiento y, con eso, deberíamos empezar a navegar.

Le regalé al secretario del D.G. una primera edición firmada de *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto*. El hombre quedó debidamente impresionado, agradecido, y murmuró algo en francés. Solicité una audiencia urgente con el propio D.G., para compartir mis últimas opiniones sobre la tumba de Atum-hadu.

—¿Desea usted modificar su solicitud? —pregunta un desconcertado DuBois.

—No. Quiero ampliar mi solicitud, querido.

Lo cual es cierto. Estoy dispuesto a hacer un último gesto de buena voluntad hacia sus reglas.

Como DuBois al parecer no puede siquiera parpadear sin autorización, se retira al despacho del D.G. y me deja esperándolo de pie junto a su mesa.

¡La parafernalia que estos burócratas creen que necesitan! «De la oficina del director general del Servicio de Antigüedades». «De la oficina del secretario en jefe al director general del Servicio de Antigüedades». Cera y sellos, prefirmados, formularios telegráficos en blanco, franqueados. Zarandajas.

Aguardé mi turno en uno de los sillones de piel excesivamente mullidos, saqué mis papeles del abultado portafolios, y actualicé mi diario hasta el momento presente. Y espero, confiando en que mi visible buena voluntad a someterme a sus corruptas reglas desatasque este estreñido sistema.

Y ahora, a una hora avanzada de ese mismo día, estoy de vuelta en el hotel, y escribo estas palabras con orgullo y excitación: Hoy he conocido y trabado amistad con uno de mis grandes héroes, un hombre cuya profesionalidad y dedicación respeto por encima de todos los demás, aun cuando ahora se vea reducido a perseguir furtivas sombras en el Valle de los Reyes.

Mientras me encuentro sentado, esperando saber algo del D.G. y tras haber terminado mi actualización del diario, todavía sin noticias del adulador franchute, sentí el preámbulo, de gelatinosa calidad, de un ataque de mediana intensidad en mis tripas, de modo que tuve que retirarme a las doradas instalaciones de los lavabos de

caballeros del Servicio de Antigüedades. Aunque pueda parecer poco delicado, debo invitarte a ti, lector, a acompañarme a ese lugar, mientras me lavo las manos y observo en el espejo cómo el color regresa lentamente a mi húmeda y exhausta cara.

Había reconocido —por los infaustos sonidos, en armonía con los míos, que brotaban del retrete de al lado— a un miembro del club de los digestivamente condenados, un socio de la hermandad de las tripas malditas. Y luego de pie, delante de los lavabos y los espejos, mientras levantaba la cara chorreando agua tibia y maldecía al mozo de las toallas, que se tomaba todo el tiempo del mundo para secarme, con grave riesgo de que el cuello de mi camisa se empapara, descubrí junto a mi intermitente reflejo el de un bigotudo hombre mayor que se estaba enjabonando afanosamente las manos. Lo reconocí inmediatamente: mi dispéptico colega era nada menos que el gran Howard Carter, exinspector de Antigüedades, descubridor de incontables tumbas y tesoros, incluyendo los de Tutmosis IV y Mentuhotep I, y en la actualidad el bien provisto beneficiario de los aristocráticos intereses del conde de Carnarvon en Egipto, pintor, autoridad y gran genio de la excavación, actualmente a punto de cumplir (cosa difícilmente creíble incluso mientras lo escribo) su *sexta* larga temporada de búsqueda y fracaso de la tumba de un rey menor de la XVIII.ª dinastía de la que apenas tiene pruebas. ¡Seis años derrochando el dinero de milord! No resulta muy sorprendente que el estómago del pobre individuo se encuentre en abierta rebelión.

Lo estudié en el espejo, la gracia con que se movía, el porte, el aire de autoritaria indiferencia. Llevaba un ligero traje de sarga. Quedé fascinado al ver, incluso en su chochez, la evidente relación entre sus modales y su experiencia. Al igual que Marlowe, es uno de esos para quienes su trabajo es su vocación predestinada, y ello es visible incluso en cómo se lava las manos, cómo resiste las triviales pero omnipresentes cargas de su cuerpo. Me presenté.

—¿Trilipush? —repitió—. ¿Trilipush? —Se lavó las manos y miró fijamente mis ojos reflejados en el espejo, toda la egiptología anidada en su memoria, organizada y confortablemente accesible—. ¿El pornógrafo?

Su simpatía ante el dolor que he sufrido por culpa de ese estúpido epíteto aplicado por mentes estrechas a mi trabajo era evidente en su compasivo y divertido tono de voz «entrecomillado». Ambos sabíamos que una palabra más siquiera sobre el tema sería concederle al ignorante demasiado de nuestro tiempo. Su irónica pregunta era una bienvenida de un igual que sabía perfectamente con qué clase de envidia y estupidez a veces nos encontramos en este traicionero mundo.

—¡Ah, sí, efectivamente! Y un compañero en la esclavitud del malvado intestino delgado, si se me permite ser tan atrevido. ¿La comida del país no le sienta bien, estimado veterano? ¿O es usted una víctima crónica, dieta aparte? Éste no es un continente para los incontinentes.

Mientras el chico de las toallas me secaba las manos, observé con atención que Carter prefería coger su toalla él mismo. Como si supiera que un explorador,

acostumbrado a las toscas maneras del yacimiento, no puede permitirse acostumbrarse a los muelles lujos de la ciudad.

Nos sentamos y fumamos en la sala de espera del D.G. (hasta el gran Carter tenía que aguardar su turno para recibir las atenciones de los gerifaltes del escritorio), y aceptó y metió en su cartera mi regalo, *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto*, que le dediqué: «A mi querido amigo, un compañero que sufre de tripas a la vez imbéciles e irritables, y un gran arqueólogo, verdaderamente el más grande egiptólogo de la vieja generación. Con mi afecto, a 21 de octubre de 1922, en la anexa sala de espera de la oficina del D.G. del Servicio de Antigüedades, El Cairo, Ralph M. Trilipush».

La famosa calma de Carter, combinada con —un suponer— cierto cansancio ante la perspectiva de tener que perseguir a su menor, pero esquiva, presa durante otra temporada, tras haberse sobrecargado a sí mismo con la concesión del evidentemente agotado Valle de los Reyes, era notablemente elegante. Era un hombre de penetrantes monosílabos, cejas expresivas, una respiración que podía adaptarse a los grados más precisos de significado, el humo de su cigarrillo parecía esculpir unos jeroglifos que, traducidos al inglés, llenarían páginas. Su sosiego (especialmente después de aquellos trastornos internos que habrían reducido a hombres de menor categoría que nosotros al llanto) era muy elocuente.

Conversamos durante varios minutos sobre las tripas del explorador, sobre mi descubrimiento del Fragmento C, sobre mis perspectivas de hallar la tumba de Atum-hadu, y sobre sus propias perspectivas de éxito en el valle. Charlamos sobre Oxford, mi infancia en Kent, mi carrera militar, Atum-hadu…

—Gardiner escribió algunas lindezas sobre sus traducciones rimadas —bromeó Carter, meneando la cabeza ante el deshonesto y estúpido filólogo que había hecho la crítica de *Deseo y engaño* en *Crónicas de Egiptología*, calificando la obra de «embarazosa para los legos y penosa para los eruditos».

—Divertido, ¿no? Eso me recuerda… Debo hacerle una pregunta, Howard, ¿qué piensa de aquellos que incluso en estas fechas todavía albergan dudas de que Atum-hadu…

—¡Oh! ¡*Profeeesor* Carter! ¡Le ofrecemos nuestras más sinceras excusas por haberlo hecho esperar! —Y de la oficina del D.G. sale en tromba el pequeño secretario, farfullando admiración y excusas—. ¿Regresa usted de su villa de Gurna? No lo esperábamos. ¡Pero nos sentimos muy felices al verlo! —Y similares muestras de adulación, ante lo que Carter y yo nos miramos.

—¿Cómo? ¿Está Carter ahí también? —retumba una voz desde la oficina del D.G., ilustrando claramente la típica preferencia del burócrata por tratar con las no intimidatorias cenizas de pasados éxitos en vez de con el ardiente fuego de las promesas en ciernes.

El porte de Carter, incluso en los pocos pasos que dio desde su sillón hasta la puerta del D.G., era impresionante. De haber sido yo joven e impresionable, habría tratado de emularlo, y hacer mía su velada pero inconfundible convicción de que todo

lo importante era más complicado de lo que los legos pueden comprender, pero que lo único que se necesitaba era una intención clara, y que una relajada sencillez siempre produce resultados. Aunque tal vez incluso los *resultados* no son lo más importante (seis temporadas, a fin de cuentas) y comportarse como si los resultados *fueran* la cuestión es esforzarse por algo ilegítimo o sucio. Más bien, su porte da a entender que uno debería comportarse como si reconociera que el éxito está a menudo fuera del propio control —parece que me cuesta precisar el exacto efecto que Carter produce— y él le hiciera sentirse a uno pequeño, he oído decir a otros, como si él supiera mucho más que tú pero no se sintiera superior ni necesitara pedir excusas por ello, como si sólo quisiera, mientras estabas en su presencia, que no te sintieras ni inferior ni apenado, sino que te esforzaras, como él hacía, no por las cosas triviales sino sólo por alguna innombrable grandeza, y hacer esto con su misma inmutable pero elegante calma. Y no mencionar nunca nada de eso en voz alta.

Haciéndome un gesto con la cabeza para reconocer lo injusto de aquella bienvenida tan por encima de la mía, Carter se despidió. Antes de entrar en la oficina del D.G. hicimos planes para compartir alguna cena, más tarde, río arriba, en Tebas, durante la temporada de excavación, y me felicitó nuevamente por *Deseo y engaño*.

DuBois me informó de que el D.G. estaría ocupado para el resto del día y que volviera «*en autre moment*».

Domingo, 22 de octubre de 1922

Diario. Planificación logística: Visita al banco, que está abierto, pero como es domingo, desde luego, es festivo en América. Así que, mañana, tan pronto como se envíen los fondos, la primera tarea será alquilar una villa en el sur, idealmente cerca de Gurna. Fijo una cita para almorzar mañana con el agente de la propiedad. Preparo horarios, comienzo a embalar. Es difícil decidir qué gramófonos llevar al sur, para la villa y para la excavación. De un lado, el Victrola XVII es una excelente unidad de salón y llena bien una habitación. El Edison Audiogram 3, por su parte, es muy pequeño, muy adecuado para un dormitorio, para ayudarte a conciliar el sueño. Y, dependiendo de la facilidad de transporte entre la villa y la tumba de Atum-hadu, podría llevar el Columbia Favorite. Pero la potencia y el volumen del XVII sería ideal para poner una música inspiradora para los hombres y yo mismo. Canciones populares. Clásicos del Ejército.

Pero, tal como Carter me recordó ayer, el gran encanto de una excavación es oír cantar a los hombres que están trabajando, las sencillas melodías que esas gentes sencillas entonan para mantener su mente ocupada mientras van excavando, sin estar interesados por la búsqueda misma; y el sonido más dulce de todos es el repentino silencio que se extiende mágicamente por todas partes, e inmediatamente, cuando uno de ellos desentierra algo. Carter habló de ese silencio con nostálgico arrebato en sus ojos.

Lunes, 23 de octubre de 1922

Diario: Lo primero, el banco, pero hay un retraso de algún tipo. El director del banco me pregunta si estoy «absolutamente seguro de los detalles de mis acuerdos financieros». Tengo ganas de abofetearlo mientras me mira altivamente desde detrás de sus ridículas gafas, uno de esos ingleses que bajo el calor de los trópicos no se broncea ni coge color, ni suda con profusión, sino que se apergamina, como una pequeña fruta arrugada por el sol, desecada, y se aferra a sus cifras y reglamentos, las únicas cosas que pueden salvarlo de la desintegración.

No importa. Los retrasos del moderno sistema financiero son uno de los inevitables obstáculos con que nos encontramos en nuestro camino. Si nuestra tarea fuera fácil, cualquiera podría realizarla, y la inmortalidad sería un honor barato.

Almorcé en el Club de los Exploradores de El Cairo y debo admitir que encontré más bien abrumadora la compañía que espero algún día compartir. El edificio en cuestión había sido un club de oficiales durante la guerra. Había oído hablar de su transformación y esperaba vagamente ver algún burdo o divertido tributo a los padres de la egiptología y la excavación, quizás algo para atraer a turistas americanos, o, más práctico, una bien decorada casa de encuentro donde arqueólogos empobrecidos pudieran discretamente emparejarse con opulentos mecenas, mientras los representantes de los escasamente provistos pero bien dotados museos americanos, o los aburridos y chiflados lords ingleses —en el mejor de los casos, traumatizados por la guerra y los narcolépticos— se abanicaban o no con cheques.

Pero no, encontré algo completamente diferente, un pequeño capricho de los cónsules generales francés y británico tal vez, pero algo que me produjo bastante efecto, como si se desplegara ante mí un brillante panorama de mi futuro. En el edificio de pilares de arenisca —a primera vista, un banco— se entraba en una oscura sala de madera con alfombras rojo sangre mientras unas lámparas de gas siseaban como cobras tras sus globos de lapislázuli y cristal. Flotantes sombreros de fez me descargaron de mis cosas, y entonces me quedé completamente solo. Me arreglé los puños de mi camisa y la corbata a la débil luz, bajo los vigilantes ojos de una galería de retratos de los hombres que vinieron antes que yo, cada uno de ellos dejando sus grandes e imborrables huellas en la arena. A la izquierda del espejo donde se reflejaba mi propia cara, colgaba el viejo Henry Salt, cuyas memorias devoré siendo niño. A su lado estaba el forzudo de Salt, Belzoni, el antiguo hércules de circo que descubrió el templo de Abu Simbel. Luego, la mirada semidemencial, hipnótica, de Fouéré, de quien se decía que había mantenido un harén con la bendición del gobierno francés, ya que ello le mantenía más productivo en la respetable ocupación de la Edad de Oro de la egiptología: desvendar momias para quitarles sus anillos de oro. El siguiente óleo correspondía a Champollion, con cuello blanco y envarada pose, y un poco

bizco, como si el esfuerzo de descifrar la piedra Roseta le hubiera torcido la vista y la razón hasta convertirlo en una serpiente enrollada. Y una docena más de personajes colgaban allí, casi todos ellos en fase de jubilación o de cercana muerte, con la advertencia al mundo de que no quedaba nada bajo las arenas de Egipto. Ellos habían encontrado los últimos vestigios. Y cada uno de ellos había sido puesto en evidencia por el intrépido individuo que lo seguía, el cual a su vez decía que había sido el último, y que a su vez… y así sucesivamente.

Permanecí de pie en medio de aquellos cuadros, con el reflejo de mi rostro colgando como uno más entre ellos. Podía ver el reflejo de la cara de Carter sobre mi hombro. «Hola, Trilipush», dijo el cuadro, tan audiblemente que si no hubiera estado solo habría preguntado a un compañero si no lo había oído también. Un estúpido fantasma, pero comprendí inmediatamente el significado de aquella absurda visión, aquel exceso de imaginación demasiado tiempo atrapada en la ciudad y las corrupciones de hoteles y clubes. Podía oír al panteón dándome la bienvenida a sus filas.

Eufórico, me retiré al comedor a buscar el compañero de almuerzo con quien me había citado por entre las mesas donde se repantigaba el enmohecido personal consular. El incorrecto *maître d'hotel* me habría enviado a la oficina a comprobar mi calidad de socio antes de darme un asiento, pero mi compañero llegó justo a tiempo y pronto estuvimos sentados, examinando sus fotografías de chalets con vistas al Nilo.

Unos momentos más tarde, el propio Carter entraba en el restaurante y pasó cerca de mi mesa, vestido, como en su retrato, con un ligero guardapolvo, y mirándome extrañamente, asintiendo con la cabeza mientras lo hacía.

—Ah, ¿se siente ya mejor, Trilipush?

—Hasta ahora todo va bien, estimado veterano. Evitando los más *recherchés* inventos lácteos y cualquier cosa que proceda de nuestra amiga la cabra, pero, por lo demás, nada me apartaría de las arenas, gracias.

Echó una mirada a algunas fotografías del agente de la propiedad que había por la mesa.

—Seremos casi vecinos —le dije a mi colega, y éste expresó su placer ante la noticia.

Al final, confiando en C. C. F. y en la sociedad, me decidí por una gran casa en un retirado suburbio de Luxor, en la orilla oriental del Nilo, cerca del *ferry* que cruzaba a la orilla occidental y del sendero que conducía a Deir el Bahari. Firmé por un alquiler durante cinco semanas, con una opción para renovar mensualmente. Para entonces, la compra será tal vez algo más lógico, pero por ahora seamos cautos mientras nos aproximamos a la presa. Pagué el depósito de mis propios fondos. Los posteriores pagos del alquiler tendrán que esperar al próximo telegrama.

Nada nuevo en el banco, ni en correos.

Regreso al hotel. Considerando lo visto en el Club de los Exploradores, se convierte en urgente necesidad una larga sesión con mi retratista antes de mi partida

hacia el sur, el jueves.

Martes, 24 de octubre de 1922

Seguimos sin noticias en el banco. ¿Por qué no se ha asegurado M. de que no sucediera esto? Sin duda no es irrazonable suponer que ella se responsabilizaría de lo que había empezado, la riqueza que ella agitó ante mí como otros tantos velos.

La puerta sigue impenetrable en Antigüedades.

Nada en correos. Telegrafío a C. C. F. para hacer patente mi urgencia.

Correspondencia:

Harold Ferrell a Laurence Macy III, 1954-1955

No le negaré que me encontraba algo confuso, dolido incluso. Su tía se burlaba de mí cruelmente. Algunos días (los más juiciosos, diría ahora) decidía que lo mejor sería simplemente marcharme de Boston, pero cuando le hacía saber que había tomado el pasaje, Margaret hacía pucheros y decía: «No, ¿cómo podrías dejarme sola, sin nadie con quien pasarlo bien?». Cambiaba entonces mis planes para quedarme, y la siguiente vez que nos veíamos, yo con un ramillete en mis temblorosas manos, ella me preguntaba, con una sonrisa de burla, por qué diablos no me había marchado a Egipto aún. Cuando no podía encontrarla, me iba a vagar por Boston (una ciudad que estaba lejos, muy lejos de mi casa), incapaz de hacer avanzar mis atascadas investigaciones, o de escribir a Finneran, y me iba a tomar otro billete Nueva York-Alejandría, el cual, por supuesto, no iba a usar. Y me convencía de que mis numerosos clientes y los giros y vueltas del caso requerían mi presencia en Boston. Y quizás ella no quería a Trilipush. Casi lo había dicho, casi. ¿También se está usted riendo de mí, Macy? Venga, siga adelante y ríase.

Llamaba a Finneran, le decía que no perdía de vista a Margaret (sin contarle nada de nuestras veladas en el J. P., por supuesto, por lo que nunca acepté un chelín de C. C. F. para cuidar de ella; no habría sido correcto). Trataba de hacerle ver la situación claramente sin necesidad de contársela yo con detalle, pero era evidente que él no iba a ver las cosas claras o enderezarlas por sí solo. Realmente yo iba a la casa sólo con la esperanza de que ella estuviera allí. A veces estaba, y la encantadora anfitriona me ofrecía limonadas en el salón y acariciaba a sus perros, y estábamos sentados tranquilamente, y ella se burlaba de mí porque yo no sabía qué más decir sin revelar algún secreto… los de ella a su padre, los de Trilipush a ella, los de su padre a ella, o, desde luego, los míos, que eran los que más dolorosos esfuerzos me costaba mantener. Y ella me miraba en aquella angustia mía de las tardes y me decía: «Harry, te estás volviendo cada vez más callado. Procura ser divertido, ¿quieres? ¿Acaso no prometiste no aburrirme? No puedo *soportar* a los hombres que rompen las promesas». Pero, con todo, ella se presentaba en mi hotel (donde estaba segura que me encontraría aguardando y anhelante) y me llevaba a las noches del J. P.

Entonces, una tarde, Finneran me llamó al hotel, me invitó para escuchar «mis consejos, como persona que comprende las situaciones complicadas». Había recibido un telegrama de Trilipush. El valiente explorador se trasladaba de El Cairo al lugar de la excavación, en el desierto del sur, y necesitaba que el dinero de los inversores fuera enviado al banco de Egipto inmediatamente. Parece que Finneran, mientras consideraba el asunto de Oxford, había demorado el envío del dinero acordado, pero ahora yo veía que la impresión recibida por lo de Oxford se había disipado. No cabía duda: Finneran se estaba ablandando. Evidentemente quería que le dijera que Trilipush era de fiar, después de todo. No quería mi consejo, para nada. No, lo que quería era que mintiera, tan claro como el día, y que le cogiera la mano mientras lo

hacía. «Margaret quiere de verdad a este tipo —dijo, como si eso, incluso aunque fuera cierto, demostrara algo, aparte de que había que ajustar su medicación—. Y los inversores cuentan con él. Y conmigo». En un momento dado, está mascando su cigarro y todo él es piel de cocodrilo que cubre cartílago de tiburón, un auténtico hombre de negocios que escupe órdenes y, al siguiente, está patéticamente preguntándome, *a mí* (del que no se puede pensar que sea un amigo íntimo o un jugador imparcial), qué debería hacer. Por un instante, despotrica, al siguiente parece confuso, discute consigo mismo: «Nos jugamos mucho en esta inversión —murmura —. Ahora no es el mejor momento para que el dinero se equivoque de camino. Pero si quieres el premio, no puedes dudar cuando estás en la brecha. Si te comprometes, no le puedes atar las manos a un hombre por unos pocos dólares». La idea cruzó por mi mente: Trilipush tenía a toda la familia Finneran en el bolsillo. ¡Ni siquiera hacía falta que *hubiera* un tesoro enterrado!

La locura de esa familia (no se ofenda, Macy) me hacía sentirme como una vieja criada solícita. Pensaba en su hija allí en el salón, en su desolación cuando Trilipush no regresara, cuando toda la sociedad de Boston se enterara de que se había comprometido con un embaucador y un asesino, y de que *él* la había abandonado. Cuanto más pagara Finneran a Trilipush, más lejano estaba el día de pasar cuentas, hasta que finalmente Trilipush simplemente se desvanecería sin decir una palabra, probablemente tras haber robado suficiente dinero de Finneran para restaurar la propiedad Trilipush, allá en Kent, con el bonito matrimonio del dinero nuevo de Finneran con el viejo nombre de Trilipush. Y cuando ese día llegara, ¿quién cuidaría de Margaret después? Yo lo haría, lo vi claro como la luz del día. Yo lo haría.

Fui amable con Finneran. Le dije que aunque Trilipush «*pudiera* no ser una inversión prudente, las pruebas eran sin duda contradictorias». Se lo tomó bien. De modo que proseguí de puntillas: Quizás, si Finneran estaba verdaderamente preocupado por la salud y la felicidad de Margaret, había otros hombres que podían cuidar de ella mejor que aquel inglés. Era demasiado arriesgado esperar a un hombre que ya había demostrado ser de carácter dudoso, vistas las noticias de Oxford. Le dije que mi investigación de los antecedentes llevaría aún más tiempo, pero quizás sería mejor que le buscara un hombre de honradez demostrada, aunque no fuera un empobrecido *dandy* inglés. Finneran me miró fijamente, más tranquilo, y pareció, pensé yo, que me comprendía. Asintió, me dio las gracias por mi tiempo, y dijo que consideraría mis palabras. Pero ¿lo haría ella?

Que consumiera opio era un poco preocupante, ni que decir tiene. No estaba tan ciego por ella como eso, y le escribo a usted, como le dije que haría, Macy, sin excusarme o suavizar la verdad. Supongo que, para cuando se casó con su tío, se había liberado ya de esos excesos juveniles. Pero en octubre y noviembre del 22, lo cierto es que se los permitía sin contemplaciones. No sé cómo se lo administraba, pero lo obtenía del turbio J. P. O'Toole. Y cuando regresaba al sofá donde estábamos sentados uno al lado del otro, sus ojos ensanchados y sus pupilas reducidas, yo sabía

que había ido muy lejos. «Harry, querido, qué mirada tan extraña. ¿Por qué no vienes nunca conmigo? ¿Lo harías, querido?». Nunca lo hice. «Yo vivo un millón de años mientras tú vives sólo esta noche —me dijo una vez cuando se iba, algo que debía de haber leído en un libro, supongo—. Un millón de años, Harry. ¿No quieres ser interesante y acompañarme durante un millón de años? ¿Puedes imaginarte a los dos yendo hacia la eternidad juntos, hombre y mujer, dos cuerpos entrelazados durante un millón de años?». Yo la protegía, tal como su padre quería que hiciera. La historia mostraría quién de los dos era el caballero, si el pobre trabajador australiano o el *dandy* inglés. Nos quedábamos en el establecimiento de O'Toole tanto tiempo como era necesario, y yo esperaba que su tía regresara de sus viajes de un millón de años, le sostenía la mano cuando se caía dormida, o le acariciaba el cabello y la frente.

Cuando volvía a unirse a nosotros, simples mortales, yo me aseguraba de que llegara a casa sana y salva, y discretamente. Sí, repito, estaba preocupado por lo del opio, pero para mí eso era sólo una parte de ella, y cuando ella me decía, en su otro estado de ánimo, el que regía durante el día, que se trataba sólo de un juguete con el que se divertía a capricho, y que ciertamente no valía la pena mencionárselo a su agobiado padre, bueno, yo no tenía fuerzas para dudar de ella. Y, mirando retrospectivamente, sin duda tenía razón. ¿Cómo, si no, se casó con su tío y vivió una vida feliz?

Diarios de
Ralph Trilipush,
1922



Miércoles, 25 de octubre de 1922

Diario: Hoy el botones me entrega un *souvenir* que merece figurar en mi diario, una pequeña notificación procedente de la farsa burocrática de nuestra época depravada, en la cual todos debemos aceptar nuestro papel, aunque seamos elegidos al azar.

M. Trilipush:

Deseo aclarar que en las actuales circunstancias, la totalidad de la zona de Deir el Bahari, tal como aparece trazada en el adjunto mapa, debe ser considerada concesión exclusiva del profesor Winlock y el Museo Metropolitano de N. Y. Su solicitud ha sido debidamente anotada y revisada. Tan pronto se produzca un cambio en la situación de la concesión del Metropolitano nos pondremos en contacto con usted. Si se muda usted del Hotel de la Esfinge, por favor, infórmenos del lugar de Estados Unidos donde puede ser localizado. Asimismo, lamento informarle de que la semana pasada telegrafié al profesor Ter Breuggen, de la Universidad de Harvard, para confirmar su condición de cosolicitante de su petición, y él —estoy seguro de que se trata de un malentendido— declinó vincular su nombre o el de Harvard a su solicitud, aunque me pide que le mande a usted sus «buenos deseos» (sic).

Su humilde corresponsal,
P. Lacau, director general,
Servicio de Antigüedades.

En cuanto a Claes Ter Breuggen, ninguna sorpresa en absoluto de mi querido catedrático. Esto se merece *Cena con el diablo, pero usa una cuchara larga* en el Victrola XVII.

Ter Breuggen, Claes Ter Breuggen, el Bufón Valón, verborrea belga, flema flamenca, preside catastróficamente (de momento, sólo por unos meses) el departamento de Egiptología de Harvard, es conservador de la minúscula colección de la universidad y maleduca a los hijos de la opulencia bostoniana; los pobres chicos salían vacilantes de las farfulladas y a menudo inaudibles charlas de Ter Breuggen para entrar titubeantes en mi despacho en busca de una muy necesaria clase privada.

—A ver, Pushy —empezaba a decir un imbécil de sonrosadas mejillas atontado por una clásica charla de Ter Breuggen, toda húmedos carraspeos y resoplidos, durante la cual la primera fila acabará con los rostros humedecidos, ya que no despertada su curiosidad—. ¿Qué es todo eso de los portadores del sello faraónico? Seguramente había calor y arena allí, desierto y todo lo demás, ¿tengo razón? No parece que sea el clima más adecuado.[1]

Los últimos días de Ter Breuggen como sumo sacerdote de la egiptología de

Harvard están rodeados de cierta atmósfera de condena, de fin de interludio, de que pronto va a llegar un héroe, mientras él intriga mediante mensajes escritos para desacreditar a sus rivales durante un período de incertidumbre. Seguramente surgirá alguno dentro de su corte que ganará victorias en el extranjero y regresará al perturbado reino a restaurar el orden y la gloria.

Ese diablo enmascarado mostró sus afilados dientes en mi más reciente solicitud ante el comité de revisión interdepartamental de nombramientos de Harvard, en el cual Ter Breuggen lanzó sus últimas y graves acusaciones contra mí y armó sus ruinosas defensas por última vez. Varios de los miembros del comité —escandalizados por las ultrajantes acusaciones de Ter Breuggen y su inclinación a prescindir de cualquier apariencia de dignidad personal en su espantosa campaña personal— me dijeron después de la audiencia que yo había sido el preferido del comité, pero que Ter Breuggen había amenazado, adulado y hasta sollozado para mantenerme en un modesto lugar. Incluso el propio Dean Warren, que presidía la escandalosa reunión, me llevó aparte al terminar para animarme, deseándome suerte en la expedición, garantizándome prácticamente un puesto permanente si hacía un descubrimiento que contribuyera a la eterna gloria de Harvard.

Los despreciativos modales de Ter Breuggen tienen una fácil explicación; era el resentimiento que albergaba debido a que, cuando me incorporé a la facultad, me negué a ceder el Fragmento C a ninguna colección que estuviera bajo su tutela, mientras él miraba con ojos desorbitados, cayéndosele la baba, mi papiro. No importa. Ahora, aun marcado con la bola negra del corrupto sacerdote, yo aguardo el momento oportuno. Lucho por el reino en el extranjero, ganar la gloria y regresar.

En el banco, nada.

En correos, nada.

En el banco, nada.

Jueves, 26 de octubre de 1922

Diario: Mediodía, última jornada de la Primera Fase. El teatro de operaciones de la expedición se traslada al sur. Un nuevo comienzo, y puedo sentir que la fuerza y la inspiración vuelven a correr en mí. Iba a volverme completamente loco esperando en este hotel, mi entusiasmo menguado por la ciudad y el lujo. Hoy es un día ocupado, ultimar detalles. Carta a Lacau, de Antigüedades, dándole las gracias por su notificación, y facilitándole mi dirección de la villa donde estaré de vacaciones y esperando «cualquier fortuito cambio en el estatus de Mr. Winlock *vis-à-vis* Deir el Bahari». Visita al banco para averiguar finalmente la cuestión del primer pago.

Ninguna noticia allí, sin embargo, lo que es profesional y personalmente decepcionante, pero evidentemente hay un problema con el sistema, y éstos son los difíciles obstáculos que nos castigarán en todo viaje. Confirmar que tienen la dirección y la información cablegráfica de mi corresponsal bancario en el sur. Decirle también unas palabras mayores al empleadillo que me ha hecho sentirme tan incómodo estas últimas semanas. Había, por desgracia, unos barrotes de hierro pintados de negro entre mi puño flexionado y su pulcra carita (sin duda por esta razón, los banqueros de la clase media inglesa no son totalmente insensibles al efecto que ejercen sobre los demás).

Voy a recoger mis nuevos trajes, pero descubro que, dado lo confuso que es el sistema de transferencia de dinero internacional, sólo puedo, después de una selección condenadamente difícil, quedarme con dos… un traje de sarga y un ligero guardapolvo. Tranquilicé al pobre sastre diciéndole que le pagaría el resto cuando enviara a buscarlos.

El retratista no ha terminado su trabajo todavía. En su actual estado, estoy lleno de color desde la parte superior de mi cabeza hasta el labio superior, en cuyo momento me voy difuminando en líneas marrones esbozadas. Me ha pintado mirando al frente, pero con la cabeza un poco vuelta a un lado. Bellamente realizado. Sin embargo, el artista ha imaginado cierto hundimiento bajo mi ojo derecho que ningún espejo puede confirmar y ninguna galería tolerar. De modo que le doy instrucciones para que el cuadro sea entregado, después del retocado y su terminación, al Club de Exploradores, de quienes recibirá el pago.

Y regreso al hotel, donde el director del turno matinal —un egipcio— quiere saber por cuánto tiempo más deben contar con el placer de mi presencia, pues he alargado mi reserva original. El sistema internacional de giro telegráfico es exasperante: los nativos hacen lo que pueden, dirigiendo un hotel no del todo malo lo mejor que saben, y resulta completamente descorazonador que tengan que estar a merced de un banco. Pero yo necesitaré una base de operaciones en El Cairo, por supuesto, aunque esté trabajando en el sur… para remitir el correo, preparar mi *suite*

con antelación, un lugar donde almacenar algunos artículos, un *pied-à-terre* para mi prometida o mis patrocinadores cuando vengan a la ciudad, un local con capacidad para las celebraciones del gobierno proyectadas para comienzos de diciembre. De manera que, excelentes noticias para el director: su más cara *suite* estará ocupada hasta bien entrado el invierno. La reservo hasta el 1 de enero, por ahora, y tal vez más; telegrafiaré desde Luxor para indicar las fechas finales. Pago una pequeña parte de mi propio dinero para reservar la *suite* hasta entonces. Distribuyo ejemplares de *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto* al conserje, a los botones, a las doncellas africanas, etcétera. Artículos que debo dejar en la *suite*: el Victrola XVII, el mayor de mis gramófonos. Artículos que debo llevar en mi viaje al sur: más papel con membrete para el diario, juegos de toallas y de cama adecuados: el absurdo emblema y lema del hotel resultarán muy divertidos en el yacimiento. Hacer que lleven el equipaje al muelle, disfrutar de una última copa en mi terraza mientras pongo al día este diario. Echaré de menos la cama acolchada. Echaré de menos el Sakhmet Bar del vestíbulo, decorado con pinturas de antiguas diosas con cabeza de león que, si alguna vez estuvieran sobrias, destruirían a la humanidad. Echaré de menos el servicio. Soy más viejo ahora que cuando estaba en el ejército, sabe, amigo lector, y no puedo decir que estos pequeños placeres de la vida no signifiquen nada. Oh, no se equivoque, estaré encantado de yacer otra vez en un catre de campaña bajo las estrellas, guardando mi hallazgo, luchando contra el calor y el frío en rápida alternancia, cantando y charlando con los nativos que me tratarán como uno de los suyos y al mismo tiempo como su jefe natural. Pero no soy tan aficionado a la vida al raso como eso, ya no. Dieciséis noches en el esplendor del Hotel de la Esfinge, en mis suaves ropas de cama estampadas con el buitre, la esfinge y la cobra, y Horus devora los corazones de los malvados… bueno, me calentaré con ellas (y los recuerdos que me traen) durante las frías noches del desierto.

Una última comprobación en el banco: nada.

Y por fin, por fin, mi gran viaje ha empezado. Escribo ahora desde la cubierta del vapor *Keops*. Ante mí, un viaje de ochocientos kilómetros hacia el sur, ochocientos kilómetros Nilo arriba, hasta donde me espera mi rey, hasta donde Marlowe y yo hallamos el Fragmento C, y donde más tarde él perdió la vida.

Mi partida y la puesta de sol coinciden, y desde la blanca cubierta bajo el cielo púrpura y sobre el ardiente, y cada vez más negro Nilo, puedo ver cómo se aleja El Cairo. Contemplo a la multitud en el muelle, las luces de la plaza, el humo que se levanta de las casas y las *ahwas* y tiendas, mezclándose con el humo que emana del barco. Casi se pueden ver desde esta distancia las caras sonrientes de los mozos de cuerda mientras se sientan en el malecón a iniciar sin demora la lectura de *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto* (Collins Amorous Literature, 1920). Llevo un traje de sarga, confeccionado por uno de los más grandes artistas de la aguja en Egipto. Me apoyo en el pulido parapeto de madera de babor de un excelente barco. Observo con ilusión y relajamiento cómo el buque avanza lentamente por delante de ensimismadas

palmeras y campesinos casi desnudos, prácticamente iguales a los que se reproducen en los antiguos papiros. Admiro a las damas de a bordo —casi todas americanas, descubro— y pienso en el hogar (tan lejos) y en el destino (tan cerca), y percibo con frustración el inminente desencadenamiento de un tremendo dolor estomacal. Desciendo al camarote.

Más tarde, y un poco más tranquilo, abajo. Pronto fui capaz de subir al salón, garantizándome el dios de los trastornos intestinales un pequeño respiro al cabo de sólo una hora más o menos de obligada adoración. Bebidas calmantes encima y debajo de las cubiertas. Y un trío de *jazz* en el salón. Egipcios tocando de forma bastante competente. Mientras bailaba con unas damas, turistas, extasiadas por mis historias de exploración, el nativo director de la banda, ataviado con chaqueta de esmoquin roja y fez, tocaba un banjo, mientras otro soplaba una abollada corneta y un tercero canturreaba, con un maravilloso acento, canciones como *Eres un tipo afortunado* y *Amo a ese hombre y lo conservaré, sólo Aziz* y:

Al Antiguo Egipto del faraón,
llegaron los hebreos para quedarse,
hasta que el viejo Moisés se levantó
para guiar a su pueblo a la libertad.
«Deja marchar a mi pueblo», dijo Moisés,
y el faraón dijo, «¡No, señor!».
Y luego ofreció al niño Jesús
oro, incienso y mirra.

En efecto. Eso y la oleosa agitación de detrás del barco le dan a uno un sentido de peculiar desorientación que la ginebra no puede superar del todo.

Margaret: Esta noche, en el barco que se dirige a Luxor, mis compañeros de cena en la pequeña mesa para tres fueron una anciana pareja de americanos, que supuse realizaban su primer viaje al extranjero, la sabrosa recompensa de una vida de pequeños ahorros, con sus hijos y nietos viéndolos marchar a su vertiginosa aventura, la penúltima. Pero no, resultaron ser algo mucho más sustancial, difícil de explicar mientras yazco aquí, en el camarote, tratando de captar sus encantos a medida que el sueño se apodera de mí lentamente y los recuerdos de lo que ellos me mostraron esta noche nublan mi pensamiento. No se parecen a nadie que haya conocido. Hay en ellos una inmensa *dulzura*.

Proceden de Minneapolis, o de alguna apartada aldea de las extensiones cubiertas de maíz de tu América profunda. Allí, Len y Sonia Nordquist son pilares de la sociedad, tal cual. Él es ejecutivo en una empresa de molido de grano de algún tipo y está fascinado por la forma en que los egipcios cosechan y procesan el lino y el mijo. Ella forma parte de la junta del pequeño museo de la población, de su teatro, de su escuela para sordomudos, de toda clase de cosas. Por supuesto no parecían peces gordos. Con su ropa de viaje (él con ligeros *tweeds* de caza escoceses, ella con un estilizado salacot provisto de una especie de simbólica red para mosquitos bajo la

barbilla), los dos pájaros grises se mostraban peculiarmente americanos en su simpatía. Se sentaban cogiéndose de la mano siempre que era posible, pero ella a menudo me cogía la mía entre sus viejos dedos, o Len me daba unos golpecitos paternales en la espalda. Cuando uno de ellos hacía enfadar al otro, éste lo regañaba moviendo exageradamente los ojos y sacudiendo la cabeza, asombrado ante la estupidez del compañero, y luego, un momento más tarde, volvían a cogerse de las manos, o acariciaban la caída mejilla de su pareja. Len sufría terriblemente por el clima o el polvo; era una fuente constante de distracción, pero Sonia le tendía un pañuelo sin ni siquiera mirarle ni perderse una palabra de la conversación. Cuidar de él parecía haberse convertido para ella en algo así como respirar. Era una visión notable, M., absolutamente magnética, y pensé en ti y en mí cuando seamos viejos.

Hacían preguntas sobre Oxford y sobre ti, así como sobre mis exploraciones e hipótesis. Rebosaron de entusiasmo ante los versos de Atum-hadu, e incluso me pidieron que recitara uno o dos cuartetos.

—Oh, debe usted ofrecernos el más escandaloso de todos —suplicaba Sonia, y Len se mostraba de acuerdo estornudando—. Sí, por favor. No se preocupe por herir nuestra sensibilidad.

Los inicié con algo suave, tu favorito, el cuarteto 35 («Ella será mía»). Pero cuando llegué al final, la mujer parecía más bien perpleja:

—¿Eso es todo? ¿De veras? No entiendo todo ese jaleo. Seguramente los hay más picantes, ¿no?

—Verdaderamente escandinavo —coincidió Len—. ¿Era luterano su Atum-hadu?

—Muy bien, entonces —dije yo—, probemos con el 57: «Despertada del sueño la cobra cornuda».

Después de esta más tranquila recitación (la banda de *jazz* estaba descansando y algunas de las damas más jóvenes del comedor parecían estar mirando hacia nosotros, inclinándose para oír mejor), los ancianos se limitaron a sacar el labio inferior y mover la cabeza de un lado a otro, un gesto idéntico en ambos.

—Ssssí —dijo Len, dubitativo—. Supongo que algunos podrían considerarlo un poco subido de tono, la imagen de la serpiente, pero por su descripción del hombre, yo me imaginaba algo más.

—Bien, entonces, señores, veamos el n.º 48.

Me incliné mucho y susurré, mientras los demás comensales habían cesado de hablar por completo. Ahora Sonia quedó convencida, una mano sobre la boca, y Len asentía suavemente.

—¡Oh, madre mía! ¡Oh, sí! —suspira Sonia—. ¡Tiene usted que encontrar la tumba de ese tipo! ¡Es encantador!

—Tendré que recitar eso en la siguiente reunión de mi logia —dice el anciano, y Sonia se muestra de acuerdo.

—Por favor, escríbalo. Yo pertenezco a un club de poesía en Minneapolis, y las demás damas me juzgarán muy inteligente por haber encontrado eso.

Les prometí ejemplares de *Deseo y engaño* antes de que desembarcaran; su placer y gratitud por el regalo fueron absolutamente abrumadores. Pronto lanzaron simpáticas invitaciones para explorar juntos Tebas y el Valle de los Reyes, y para visitarlos en Minneapolis, pasar un verano en su casa situada sobre un lago que lleva un enormemente largo nombre piel roja.

Comimos cordero y cuscús, y bebimos un clarete bastante bueno, y tras los postres (un pegajoso pastel nativo de miel, sésamo y agua de azahar), Sonia le pasó a Len un pañuelo limpio, esperó hasta que él se hubo limpiado ruidosamente la nariz otra vez, y luego le preguntó: «Bueno, ¿se lo proponemos a nuestro nuevo amigo?», y Len dijo: «Naturalmente. Creo que Ralph pegará un brinco ante la posibilidad. Además, quiero conocer al viejo libertino».

Y Sonia se volvió hacia mí, me acarició el dorso de la mano y me miró a los ojos con una maliciosa sonrisita. Luego, suavemente preguntó si me gustaría saber algo más sobre mi Atum-hadu, o sobre mis perspectivas de encontrarlo, quizás incluso saber dónde estaba en aquel mismo instante.

Oh, qué lástima, pensé con auténtica tristeza, haber perdido tan rápidamente algo de valor; esos viejos están chiflados.

—¿Tienen ustedes acceso a esa información? —pregunté, disimulando mi horror lo mejor que supe.

—Tal vez sí —dijo Sonia, y sonrió con clara alegría y excitación, mientras Len asentía y repetía:

—Oh, sí, lo tenemos, querido amigo.

¿Podrían tener alguna conexión con eruditos? ¿Uno de los jóvenes Nordquist era quizás egiptólogo en la universidad agrícola de Minneapolis?

—Paciencia, Ralphie, paciencia —dijo Sonia maliciosamente mientras yo los seguía, ligeros pese a su avanzada edad, fuera del comedor, por el pasillo, subiendo por la escalera principal y a lo largo de un corredor que vibraba bajo nuestros pies hasta su puerta.

Habían tomado un camarote que podría equivaler a seis veces el mío, y eso que yo había alardeado de posibles (confiando todavía en tu padre y en la sociedad, como sigo haciendo, sin la menor duda). Cerca de un piano de cola, sobre una mesa redonda cubierta por un orlado tapete verde que llegaba casi hasta el suelo, descansaba un candelabro de plata de tres brazos entrelazados, cada uno de ellos con una vela pintada a franjas, que Len encendió antes de apagar las luces eléctricas del techo y cubrir la portilla.

—Siéntese, querido muchacho —dijo Sonia, empujando tres pequeñas sillas hasta la mesa.

Len se unió a nosotros, y mis vecinos me cogieron las manos.

—Oh, qué adorable sensación esta noche, ¿no es verdad, osito? —preguntó ella.

Y Len replicó:

—Así es, querida, el aire vibra.

—Por favor, diga su nombre y su objetivo, corazón —dijo ella y me apretó los dedos con sorprendente fuerza—. Para que todos lo oigamos.

—Me llamo Ralph M. Trilipush, y soy profesor auxiliar de Egiptología en la Universidad de Harvard, así como autor de *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto*, Collins Amorous Literature, 1920, nueva edición prevista de la editorial de Harvard para el año próximo. Soy el especialista más destacado del rey Atum-hadu de la XIII.ª dinastía de Egipto. He venido…

Y al decir eso las velas se apagaron por sí solas. Ni Len ni Sonia las soplaron. Y, Margaret, no se apagaron como si las hubieran soplado, inclinándose primero la llama hacia el lado opuesto de donde viene el viento. No, se apagaron solas, oscureciéndose desde arriba hacia abajo, sin ningún olor a humo. Yo estaba atónito, como le habría pasado a cualquiera, e imaginé algún truco, aunque no soy capaz de decir qué, o cómo.

—¡Oh, eso es muy bueno! —dijo Sonia, apretándome tanto los dedos que los privó de circulación—. ¡Le han oído muy pronto, verdaderamente!

—¿Sois Vuestra Majestad, el gran rey Atum-hadu? —entonó el jefe de ventas de la más gran fábrica de alimentos de Minnesota. Y, Margaret, la mesa se levantó ligeramente por un instante del suelo, volviendo a caer con brusquedad. Un truco, por supuesto, Margaret, y, sin embargo, el efecto fue realmente asombroso. Y ellos son muy viejos para estar levantando mesas con las rodillas.

—¿Tienes un mensaje para nuestro amigo, el profesor? —preguntó, y la mesa volvió a rebotar sobre el suelo.

—¿Deseas ser encontrado por el profesor? —Golpe.

—¿Quieres decirle dónde puede hallarte? —Golpe.

—¿Tendrá éxito en encontrarte? —Golpe.

—¿Alguien lo ayudará? —Golpe.

—¿Alguien de este barco? —Golpe.

—¿Deseas hablar a través de la mesa? —Golpe.

—Tus deseos son órdenes para nosotros, gran rey —dijo Len, encarnando muy bien al refinado cortesano.

—Por favor espere un segundo ahí —dijo Sonia, pidiendo a Su Majestad el rey Atum-hadu que se mantuviera a la línea mientras ella iba a buscar un pedazo de papel para tomar nota del mensaje. Me soltó la mano, se apartó de la vibrante mesa y hurgó en la oscuridad de la habitación. Volvió a encender una de las velas y dejó sobre la mesa una especie de tabla; es difícil describirla, una cosa extraña. Era un trozo plegable de madera pintada con un adornado alfabeto y unos números. Encima de la tabla colocó una especie de lente con una retícula en su centro, cuyo tamaño sólo le permitía enfocar uno de los caracteres pintados cada vez. El cristal estaba colocado dentro de un disco de marfil provisto de unas diminutas ruedas, así como de unas delicadas muescas lujosamente forradas de terciopelo en las que colocar las yemas de los dedos. Sonia puso mis manos sobre el disco, y a la débil luz de una vela de franjas

negras y blancas, las cuatro viejas manos de mis anfitriones parecían muy pálidas y blandas sobre el peculiar artilugio, como si estuvieran hechas del mismo marfil.

—Bueno, pues, pregunta, pregunta, querido muchacho. Él está esperando tu pregunta.

Yo no entendía lo que se suponía que debía hacer.

—Oh, haré que la bola ruede —dijo Len—. Gran rey Atum-hadu, ¿quién será de gran ayuda para tu amigo Ralph en su búsqueda de ti?

El artilugio de cristal y marfil empieza a deslizarse a través de la mesa por debajo de nuestras manos, deteniéndose aquí y allá, centrando con precisión su retícula sobre las letras A H A H R T N W.

—Ah, bueno —dijo Len en tono de reprensión—. Su Majestad parece estarse divirtiendo un poco a nuestras expensas.

—Majestad, no estamos aquí para tu diversión. Quizás ignores cómo consideramos a los reyes en nuestra época (no hay intención de ofender a usted ni a los suyos, Ralphie). Si no quieres hablar con nosotros, sea, pero no vamos a tolerar ninguna… —Y Sonia riñó al espíritu del último rey de la XIII.ª dinastía por hacer «bromas inmaduras». Hubo un momento de silencio y calma, y entonces el disco voló otra vez haciéndome saltar casi los dedos en su apresuramiento: A H A H R T N W.

—Quizás no quiere definirse —sugirió Len.

—No, no. —Finalmente pude hablar—. Déjeme probar. Señor del Nilo, Amo de los Dos Reinos, ¿dónde te encontraré?

R X K S T.

—Oh, esto es demasiado —exclamó Sonia, quitando las manos del marfil, el cual entonces se volcó hacia un lado por el peso, no equilibrado, de los dedos de Len y míos—. Lo siento de veras, querido Ralph —dijo mientras encendía la luz eléctrica y todos entrecerrábamos los ojos bajo el resplandor de los años veinte—. Tenía esperanzas, sabe usted.

—Por favor, me ha parecido fascinante —dije—. Yo tengo más bien una actitud científica en estas materias, así que no puedo decir que me sentara con ustedes como un creyente convencido.

—Por supuesto que no, querido, por supuesto que no —dijo Sonia, y sonrió como quieres que tu madre sonría cuando te permite que una mentira tuya pase alegremente sin comentarios.

Les deseé las buenas noches, los dejé saludándome desde la puerta, sus manos unidas, haciendo planes para desayunar al día siguiente, y me encuentro ahora en mi vibrante camarote (irritantemente espartano después de lo que ahora sé que está disponible en el barco… Tengo ciertas ganas de volver a El Cairo a tenérmelas con el individuo de la agencia de viajes).

No quiero alentar a los charlatanes, Margaret, pero estas adorables personas deben de haber sido unos maestros del fraude muy entrenados y sincronizados, y a la vez útiles egiptólogos aficionados ambos, y ansiosos por verme triunfar, porque

¿cómo, si no, explicar que A H A H R T N W, más algunos espacios, nos dé «aHA Hr Tnw», que significa «un combatiente por el honor» en la transcripción estándar al alfabeto latino de los jeroglifos, y que «rx-k st» se traduzca, al pie de la letra, como un muy alentador «tú conoces el lugar»? ¿Qué puedo escribir aquí, Margaret? Yo vi lo que vi. No creo en ello más que tú. No puede haber sucedido. Pero sucedió.

Acabo de despertarme; las 4:15 de la mañana, según mi reloj. En mi sueño, ahora mismo, el zumbido de las máquinas se convierte en el murmullo de un auditorio impaciente en una repleta sala de conferencias, como aquella en que te conocí, aunque infinitamente más grande. Miles de personas están esperando mis palabras. Me siento a la mesa, sobre el estrado, con mi conferencia ante mí, varias holandesas en una mano, donde reconozco mis esfuerzos infantiles para trazar la escritura demótica. Me siento un poco incómodo debido al peso de mi yelmo, cargado con sus figurillas doradas en la frente que representan un buitre, una esfinge, una cobra, a ti, a tu padre, a Inge y a los Nordquist. A mi lado en la tarima, se sienta Carter, muy parlanchín, aunque bajo el creciente ulular que procede de la lejanía, del remoto auditorio de Boston, le resulta cada vez más difícil concentrarse en sus halagos: «Es de la máxima importancia, desde luego, que siempre mantengamos el mismo método para avanzar de cámara en cámara dentro de la tumba. Mi admiración se extiende mucho más allá de sus descubrimientos y abarca también su corazón». Los aullidos se van haciendo más fuertes y avanzan invadiendo a la multitud, fila tras fila de damas bostonianas que se ponen repentinamente de pie gritando con sus caras contorsionadas, lanzando hacia mí sus brazos y programas en actitud de súplica. «¿Cómo consigue usted mantener la calma frente a estas presiones?», le pregunto a un visiblemente nervioso Carter. La mitad de la multitud está lanzando gemidos ahora, tirando violentamente de cuellos y cinturones, el gutural aullido, un ruido tan viejo como Egipto, resonando en las damas de Boston, Dean Warren, el profesor Ter Breuggen, todos los pelotilleros y criminales socios de Finneran. Inge se ha arrancado las ropas de su magnífico cuerpo, e incluso tú te pones de pie ahora, liberándote del espeso aturdimiento de los calmantes para gemir como todo el mundo está gimiendo, y yo me levanto de la mesa y avanzo a grandes zancadas, desnudo y poderosamente dotado de tres miembros, sosteniendo mi conferencia en una mano y el todavía palpitante corazón de Carter en la otra.

Estoy cansado. Los ojos me pesan, pero me siento muy fuerte, extrañamente fuerte.

Viernes, 27 de octubre de 1922

Me desperté tarde esta mañana y me enteré por uno de los sobrecargos que anoche se había producido una reyerta entre dos miembros del personal de la cocina, en la que uno de los diablos había cortado al otro con un cuchillo del pan antes de que un par de camareros pudieran dominarlo. Me enteré también de que la pelea se había iniciado por un insulto de uno de los negros a un turista americano, y que el otro egipcio se había sentido impulsado a luchar porque no podía soportar la grosería con los occidentales. Defendía al ofendido americano contra su propio compatriota. Un combatiente por el honor.

Convencí finalmente al sobrecargo de que me llevara a ver al pobre tipo que yacía en su catre, vendado, recuperándose de los cortes producidos en sus brazos y espalda. Su inglés no era malo, pero hablamos la mayor parte del tiempo en árabe. Yo me presenté, le conté una parte de mis planes, le regalé un ejemplar de *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto* (dedicado a un «combatiente por el honor») y le describí un simple pedacito de lo que esperaba encontrar en mi tumba. Le hice algunas preguntas, y las respuestas fueron muy satisfactorias: nativo de Luxor, conocía los senderos y caminos apartados de las zonas del oeste del Nilo como la palma de su velluda mano. ¿Tenía amigos fieles en quienes confiar? Sí, los tenía. ¿Deseaba ganar más dinero del que había visto en su vida? En efecto, lo deseaba. ¿Quería participar en una aventura más importante que vaciar ceniceros en un barco fluvial? No era muy charlatán, ni tampoco sonreía con facilidad, pese a todo su ardor por defender a los occidentales insultados, pero Ahmed me miró de arriba abajo y severamente se mostró de acuerdo (exactamente como un sargento mayor que una vez conocí, cabello muy corto y hoscos silencios). En cualquier caso, mi expedición tenía ahora un capataz, aunque fue precisa cierta negociación para convencerle de que trabajara por un salario y una *baksheesh*, no por «una parte del tesoro». Y cierto que no se puso a dar brincos, a hacer reverencias de gratitud, a aceptarme sin reservas, o a jurar lealtad por su vida. Pero bueno, había sido herido sólo unas horas antes.

Le di la dirección de mi villa e instrucciones para realizar las compras y los alquileres preliminares. Hice hincapié en la discreción. Él respondía asintiendo con la cabeza. Pidió, y obtuvo, dos días para recuperarse y atender asuntos personales en tierra. Y nuestra reunión terminó. Esperé un poco, aguardando un estallido de gratitud o de placer infantil, pero recibí sólo una mirada fija, sin pestañear.

Desayuno con los Nordquist, cariñosas despedidas, les doy la dirección de mi villa, les invito a venir a menudo, a visitar mi yacimiento cuando estemos con todo montado en marcha y a la vista. Están justificablemente emocionados.

Diario: ¡Desembarco en Luxor! El representante de la agencia inmobiliaria espera con un carro y burros para transportar mi equipaje a la villa, y acepta el pago hasta el

30 de noviembre. El tema bancario es ahora una cuestión de la máxima urgencia. Los bancos están cerrados hasta el domingo.

Con el equipaje instalado y las llaves en mano, tomo el *ferry* que cruza el Nilo, alquilo un burro, y monto en él para llegar hasta la tierra sagrada que no he visto en siete años, desde 1915, una tierra sagrada en igual medida para los antiguos y para mí. Es difícil expresar la emoción mientras paso al trote por delante de inimaginables cambios: los turistas desfilando ante unas vistas que, en 1915, no existían; eran simples dunas de arena que albergaban ocultos misterios; vigilantes del Servicio de Antigüedades llevando a cabo sus rondas; el complejo del templo de Hatshepsut en Deir el Bahari; y la acordonada parcela donde Winlock, del Museo Metropolitano, estará excavando de nuevo dentro de unos días. Pasé frente a todo esto, recorrí trotando por delante y por detrás el emplazamiento de Winlock, colina tras colina, interminablemente, por la tierra que subía y bajaba suavemente a lo largo de la cara del farallón, hasta que finalmente reconocí las marcas que Marlowe y yo dejamos siete años antes, el día que descubrimos el Fragmento C y huimos con él de forma tan apresurada y osada.

Este paseo preliminar por el terreno le proporciona al ojo experimentado una idea del cambio al que se enfrenta, del alcance del problema: cuántos posibles lugares por donde empezar a abrir la tierra, cuántos hombres se necesitarán, cuánto tiempo cabe esperar que trabajemos, qué clase de equipo especializado será necesario. Tracé a pluma un mapa topográfico de la cara del farallón, anotando cada posible hendidura en su fachada, planeando una estrategia, considerando, según sus posibilidades de éxito, todas las zonas que puedo abarcar, estableciendo prioridades en función de las exigencias de tiempo y dinero.

Suponiendo que mi respaldo financiero sea seguro, pienso que un equipo de diez hombres será suficiente para las primeras exploraciones, y que este número se irá incrementando rápidamente a medida que las excavaciones se intensifiquen. No creo, si las suposiciones de Marlowe y mías son correctas, que esto acabe suponiendo varios centenares de hombres removiendo enormes cantidades de tierra. Sé dónde debería estar el rey, al menos pienso que lo sé. Suponiendo que mi respaldo financiero sea seguro. Cuestión que se resolverá el domingo.

Esta noche, duermo en mi villa, situada en las aisladas orillas del Nilo, cada vez más cerca de mi rey y mi destino.

Sábado, 28 de octubre de 1922

Sobre «cómo adivinar» dónde encontrar una tumba: Se preguntará el lector, nada irrazonablemente, cómo se pierde una tumba durante 3.500 años y cómo sabe uno dónde ir a buscarla.

Incluso si una tumba era públicamente conocida, después de 3.500 años se puede perder. Hasta una pirámide, aunque no resulta fácil de perder, ha sido hallada de vez en cuando donde nadie recordaba haberla dejado. Una hipótesis de la invisibilidad de Atum-hadu: Estamos buscando demasiado abajo; su tumba (como el primer intento de la de Hatshepsut) fue construida en una hendidura a medio camino en la cara de un farallón, y luego cubierta con escombros, y ya cerca del olvido. El clima y la erosión pueden conspirar para cubrir una tumba con piedras y barro. Los esclavos que construyen otra tumba a su lado pueden verter la tierra que excavan sobre la tumba más antigua, ocultando así su entrada. O pueden construir sus propias chozas directamente sobre la entrada de una tumba vieja. Incluso hoy día, torpes arqueólogos podrían excavar y echar *su* tierra sobre otra tumba, sin darse cuenta. O la entrada de la tumba podría parecer otra cosa, una irrelevante fachada tras la cual no vale la pena mirar.

Y, recuerda, lector, quizás la tumba no estaba destinada a ser vista, característica ya propia de Atum-hadu. Porque, considera los últimos días de su vida: invasión de los hicsos por el norte y de los africanos por el sur. Traicionado por sus nobles. Reyes rivales instalándose en algún lugar del Nilo. El fin del mundo, en resumen, y no se trata de ninguna exageración: el fin de toda tradición, cultura, vida cotidiana, legítima autoridad. Echando una sabia ojeada retrospectiva, nosotros o algún recién llegado principito de cucharilla de plata de la XVIII.ª dinastía siempre puede venir y decir: «Chorradas, era sólo un período intermedio, y mirad, sólo de noventa a cien años más tarde los deslumbrantes príncipes Ahmosis y Kamosis terminaron de expulsar a los invasores y de reinstaurar la adecuada administración». Pero cuando has visto cómo se desploma tu mundo, el futuro es sólo una débil esperanza entre una multitud de otros, más probables, destinos calamitosos, y sólo puedes ver una eternidad de desesperación que se extiende ante tus ojos.

Atum-hadu contempla con ojos enfurecidos
cómo los extranjeros saquean su tierra.
Y se llevará consigo bajo las arenas
todo el oro y dioses y esposas y (fragmento).

(Cuarteto 17, A solamente,
Deseo y engaño en el Antiguo Egipto,
Collins Amorous Literature, 1920,
Universidad de Harvard, 1923,

si no están absolutamente envenenados
por Ter Breuggen).

Ahora, veamos. Atum-hadu evidentemente trataba de ser discreto con su tumba. Estaba obligado a serlo, a diferencia de anteriores y posteriores reyes, porque no era sólo *su* inmortalidad lo que se llevaba con él: Estaba trasladando a su agujero la totalidad de un Egipto que él consideraba acabado. No sólo necesitaba defender su lugar de reposo de los saqueadores de tumbas y manirrotos sucesores; toda una raza extranjera, los llamados hicsos (un término griego posterior), estaban arrasando la tierra de Horus, Isis y Ra. Por lo tanto su tumba estaría (estará) oculta y a la vez rebosante de riquezas, objetos artísticos y demás.

Maat me ha abandonado; me arranco los cabellos.
Cuando la necesito, debería tomarla, abrirla de piernas,
ella se comporta como una veleidosa mujerzuela,
apta sólo para ser poseída por detrás.

(Cuarteto 72, ABC,
Deseo y engaño en el Antiguo Egipto,
Collins Amorous Literature, 1920,
Universidad de Harvard, 1923).

Las duras palabras de Atum-hadu para Maat, diosa de la verdad y la justicia, mientras todo su mundo se está desintegrando, nos permiten hacernos una idea del carácter de los tiempos y del hombre. Pero quizás sea necesaria una lectura menos literal de este verso (aunque no necesitamos ir tan lejos como Harriman: «El orden se colapsa y yo estoy perdido. / La justicia se aparta de mí, desleal y cruel, / mostrándome sólo su hundida espalda». Vassal y Wilson: «Ah, pero es una maliciosa, esa Maat, / poniéndome la zancadilla, burlándose, *una vrai coquette*, / haciendo ostentación de sus formas ante mí / cuando los asuntos de Estado me apremian.»).

La genialidad de Atum-hadu en ningún lugar aparece con más claridad que en su complejo verso: Oíd a este rey, hecho una furia, gritando, no para escapar cobardemente (trocando reinos por un caballo, un simple caballo) sino —en inútil combate contra el Destino mismo, su vida eterna contra sus amorales maquinaciones — nuestro intrépido héroe expresa su disgusto ante la inutilidad de confiar en la verdad y la justicia, como si dijera: «Esos ideales sólo merecen una frecuentación secreta».

Egipto entero muere conmigo
y no dejaré nada para los malditos.
Los cobardes y los invasores me persiguen
pero yo apagaré mi sed.

(Cuarteto 74, C solamente).

Podemos suponer sin temor a equivocarnos lo siguiente sobre Atum-hadu:

- Está enterrado.
- Está enterrado con toda la riqueza y el arte que pudo atesorar en su tumba, ya que el acto de enterrar a este último rey coincidió con la necesidad de preservar todo lo que fuera posible del reino que se desvanecía. Probablemente se encontrará una copia completa de sus *Consejos* con él, acabando así con todas las discusiones sobre su autoría y mi erudición.
- Está enterrado cerca de los emplazamientos donde fueron hallados los Fragmentos A, B y C de sus *Consejos*, encontrados todos ellos dentro de un radio de ochocientos metros uno del otro.
- Está enterrado cerca de Tebas, donde estaba su capital.
- Dado que murió antes de que empezara a usarse el Valle de los Reyes como necrópolis, no está enterrado allí.
- Su tumba no tiene ninguna marca, está bien oculta, y quizás no muy profundamente, no muy distinta de la vacía tumba de la grieta preparada para Hatshepsut con la que Carter tropezó allá por el 16.
- Como ninguno de sus restos ha aparecido jamás a la venta (manteniendo su reino y su existencia en la duda para placer de los idiotas de las tertulias), hay que concluir lógicamente que su tumba nunca fue encontrada por los saqueadores. Su sepulcro está gloriosamente intacto, a salvo para su querido amigo Ralph.
- Por lo tanto, está enterrado en Deir el Bahari, dentro o contra los farallones, cerca de donde Marlowe y yo hallamos el Fragmento C, donde Marlowe y yo supusimos, y trazamos el mapa, y tuvimos intención de regresar, antes de que me enviaran a Turquía.

Yaceré en el lecho de Isis.
Mi lengua nadando en su delta del Nilo.
Cualquier intruso hallará siempre mi cabeza
cobijada y descansando sobre una piel de león.

(Cuarteto 52, B y C)

Y, sin embargo, ¿cómo lo hizo? Es un rompecabezas desconcertante. ¿Cómo consiguió, durante el caos del final de una época, hacer que se construyera y proveyera una tumba, y saber que después de su muerte (¿En la batalla? ¿En la cama? ¿En la batalla en la cama?) su cuerpo sería transportado allí, momificado, sellado y luego rápidamente olvidado? Arquitectos de tumbas, decoradores, obreros, Guardianes de los Secretos (los especialistas sacerdotales que lo destripaban, preservaban y envolvían) y hombres fuertes para sellar la tumba… ¿Ninguno de ellos revelaría a un alma viviente lo que sabían? ¿Cómo supo que su autoridad duraría hasta el último y crucial minuto, y que su mundo desaparecería entonces, un momento más tarde, bajo un ataque violento, antes de que nadie que estuviera en el secreto pensara en perturbar su paz? De alguna manera lo hizo, dejando para nosotros la más brillante Paradoja de la Tumba de la historia de la inmortalidad egipcia, y asegurando, para únicamente los más brillantes y merecedores egiptólogos, un descubrimiento sin igual.

Domingo, 29 de octubre de 1922

Diario: A primera hora de la mañana, horas antes de que el banco abra, encuentro… ¡Gatos! Una maravillosa familia de gatos aparece frente a la villa esta mañana, y mientras el sol naciente dora el Nilo yo comparto felizmente agua y la comida que compré ayer en la ciudad, todo ello adorablemente lamido en los platos de la villa, decorados con fantaseados dibujos de jinetes árabes. Hay tres gatos en total, dos machos y la más simpática de las hembras, de color anaranjado. Llamo a los machos *Ramsés* y *Ramsés* (II y VI, por supuesto), pero una criatura tan rara como una hembra anaranjada sólo puede ser *Maggie*. Tiene un excelente apetito, y después de terminar su desayuno inmediatamente hace acto de presencia en mi regazo para una cariñosa ronda de caricias y ronroneos. Los antiguos fueron lo bastante sabios para ver en estos encantadores bichos la astucia de las diosas: saben más de lo que revelan. Cuando *Maggie* vuelve sus ojos verdes y oro hacia mí, con sus finos, aguzados óvalos de antracita, estoy claramente en presencia de una fuerza eterna que ocupa este cuerpo sólo por un tiempo. Y ellos saben bien quiénes son sus amigos, sin vacilación ni tropiezo; reconocieron inmediatamente mi regazo como el de un admirador de los gatos.

Mi padre tenía sabuesos, por supuesto, perreras llenas de ellos, siempre tuvimos entre quinientos y seiscientos raposeros, lebreles, sabuesos, Beagle-harriers y anglo-franceses. Los encargados (un equipo de veinticinco hombres, vestidos con la poca convencional librea de mi padre) fueron algunos de mis mejores amigos en la infancia, especialmente cuando padre se encontraba de expedición. Al ser tantos, lógicamente, los sabuesos vivían más como una comunidad canina que como mascotas domésticas, aunque había dos alegres sabuesos que yo convertí en mis compañeros en la mansión. Me pasé muchos años al lado de los mozos de las perreras observando aquel atestado y bien gobernado mundo canino con la fascinación y el respeto más puros. Los aullidos de los perros, que los mozos con sus acampanados pantalones de arlequín y alados cascos podían iniciar y detener a voluntad, me cautivaban, y siempre les pedía que hicieran cantar a los perros. Cuando, con ojos risueños, conseguían que todos los animales au-au-aullaran al mismo tiempo, el campo entero resonaba con el dulce coro, e incluso allá lejos, en el pueblo, las ventanas de las casas golpeteaban y las campanas sonaban en simpatía y los niños mostraban todos su felicidad, gritando: «¡Los sabuesos de Trilipush! ¡Los sabuesos de Trilipush!». Era, por supuesto, un sonido que los animales producían espontáneamente cuando padre regresaba de sus expediciones, incluso cuando se encontraba aún a varios kilómetros de distancia, mucho más lejos, pensaría uno, de lo que su olfato podía captar, pero no más de lo que su amor por ellos y el de ellos por él podía extenderse.

No hay paz en un mundo de luchadores,
y ninguna mujer se siente bien sin pronto sentirse mal.
No hay consuelo duradero en [fragmento].
Conocer a los dioses, sólo rascar para alargar el cuello.

Es como mínimo anacrónico, si no decididamente descabellado, ver en el cuarteto 16 (Fragmento A solamente), como hizo Harriman, «un primer y vacilante deseo de un ser primitivo de conseguir la gracia de Dios (el pecador-poeta-rey *alargando* su *cuello* hacia el cielo para *rascarse* el prurito del amor de Dios)». Y, aunque reconozco que en *Deseo y engaño* no interpreté ilógicamente este desconcertante verso como una referencia al primario acto atúmico («rascar» para alargar un «cuello»), pienso ahora que este verso se refiere a algo completamente diferente, y es un caso donde el ilustrativo jeroglifo expresa un significado mejor que el críptico alfabeto latino. El cuello que se estira pertenece nada menos que a un perro al que se rasca bajo la barbilla o un gato que está siendo acariciado desde la paletilla a la cola.

Y por tanto, ¿debería la prensa algún día preguntar, en su estridente, infantilmente efímero clamor por conocer, «Mr. Trilipush, ¿qué le llevó a usted a Atum-hadu? ¿Por qué no a Ramsés o a Akenatón, o a ese improbable Tutankamón?». Yo podría responder que ambos somos amantes de los animales, mi rey y yo, y veo en sus oscuros ojos una sabiduría y simpatía demasiado a menudo borradas de las pupilas de los ojos humanos.

Margaret: Tus *spaniels*, el perrito ladrón de picnics que hizo que aquel día nos comprometiéramos, los sabuesos y los caballos de mi padre, la casa de fieras de Atum-hadu, los cuadros de *salukis* o galgos hallados en tantas paredes de tumbas, han estado con nosotros desde el comienzo. Mis tres gatos de aquí se fugaron nuevamente después de la sesión de caricias matutina. Espero que volverán mañana, y mientras yo esté aquí. En el momento en que estaba mirando a los dorados ojos de *Maggie* pude imaginarte yaciendo despierta en Boston, acariciando las barrigas de *Antonio* y *Cleopatra* hasta que sus patas izquierdas traseras se agitaban incontroladamente, de manera que en ese mismo instante tú y yo nos estábamos encontrando a mitad de camino, y nuestras manos se tocaban a través de las blandas panzas de esos animales. Espero que lleves un diario mientras yo estoy fuera. Exactamente después de medianoche, según tu horario, el 29 de octubre, ¿estabas acariciando a tus perros y pensando en mí?

Diario: Parto a explorar Luxor. No estoy en situación de comprar mucho en estos momentos, pero examino sus mercados y bazares, sus calles ocultas y plazas públicas, tratando de orientarme ya que, aunque es mucho más pequeña que El Cairo, no pretendo conocerla bien. Intento nuevamente, y con poco éxito, no pensar en el destino de esta expedición si mis patrocinadores fallan.

Aprovecho la oportunidad para visitar el banco, presentarme, facilitarles mi dirección, pedirles que me envíen una notificación en cuanto los fondos lleguen. Lo que no es el caso esta mañana. Me recuerdo que el domingo los bancos están cerrados

en Boston.

Tomo nuevamente el *ferry* que cruza el Nilo para dirigirme a Deir el Bahari, medir el tiempo que dura la excursión a pie, tratar de marcar una ruta que me conduzca al emplazamiento del Fragmento C sin pasar por las zonas acordonadas de Winlock o los centros turísticos que rodean el templo de Hatshepsut. No consigo ver del todo la manera de hacerlo. Recuerdo a Marlowe dirigiendo la marcha, percibiendo exactamente el lugar donde empezar, colina tras colina. «Un poquito más adelante, muchacho —diría—, sólo un poquito más adelante».

Regreso a la villa. Organizo mi mesa de dibujo, escritorios, libretas de notas, diarios. Clasifico en las estanterías los textos de investigación, diccionarios, discos gramofónicos. Preparo los equipos de trabajo diarios, con cantimploras, cinceles, cuerdas, etcétera.

Después de la puesta del sol, aquí, en las orillas del Nilo, de espaldas a villa Trilipush, no hay más luz de la que había hace 3.500 años, y podemos imaginarnos al propio gran rey, paseando quizás por este mismo terreno, mirando, como yo acabo de hacer, hacia la oscuridad del otro lado del río, preguntándose, cuando el inevitable fin ya no puede demorarse más, cómo cruzará ese río y ocultará sus restos terrenales sin que nadie sea testigo.

Lunes, 30 de octubre de 1922

Diario: Me encuentro instalado en villa Trilipush, los gatos (¡que han regresado!) son alimentados y adecuadamente mimados, y reconozco que esta mañana me desperté realmente preocupado por los gastos que se avecinan, pero me he jurado no perder un solo minuto más en dudar de mis fuentes de financiación. En vez de eso cablegrafié a C. C. F. y le animé una vez más con un prometedor cuadro de los trabajos a realizar las próximas semanas.

Le sigue un día muy ocupado. Durante las pocas horas que transcurren antes de que Ahmed venga a encontrarse conmigo, recojo alimentos no perecederos y que pueda transportar, una olla, cerillas, pilas para la linterna eléctrica, etcétera.

Cuando regreso a la villa para almorzar y reunirme con Ahmed, los Nordquist, esa buena gente, han llegado. Hago que Ahmed espere mientras muestro a mis amigos los preparativos, los mapas y la biblioteca, y los acompaño a dar una vuelta por villa Trilipush con orgullo; ellos, por su parte, se muestran amables y elogiosos. Un placer. Después del almuerzo, los ayudo a planear su itinerario, les aconsejo sobre qué tumbas vale la pena visitar y cuáles son poco originales. Se marchan despidiéndose con la mano de mí y de mi silencioso capataz, la imagen misma de unos chochos y dulces padres.

Ahmed va a resultar un excelente capataz, y debo felicitarme nuevamente por haberlo descubierto. Todo en él es actividad, nada de sonrisas o cháchara. Le explico que nuestro temporal, pero esencial, desafío es contratar y trasladar a suficientes hombres a nuestro yacimiento, y hacer que muevan la tierra, en tanto mantienen la discreción mientras la política de la concesión se aclara. (El éxito producirá sin duda una concesión, pero en el incómodo entretanto, uno debe mostrarse aparentemente respetuoso de cómo se hacen las cosas).

Winlock y Carter aún no han empezado. Ahmed y yo éramos los primeros en entrar en escena, y por tanto no había escasez de hombres pobres y fuertes, carentes de curiosidad, en busca de trabajo. Contratamos algunos de momento, y comprometimos a muchos más para más adelante. Por supuesto, algunas intencionadas insinuaciones de Ahmed acerca de una maldición sobre cualquiera que intente excavar en busca de Tutankamón, y su observación, aquí, sobre la bancarrota de Carter, y, allá, sobre el expediente criminal de Winlock, así como un indiferente pero audible comentario de que tanto Carter como Winlock han estado empleando los azotes para mantener a raya a sus nativos, deberían allanar bastante el mercado de trabajo para la temporada. Yo no apruebo tales métodos, pero no quiero castigar a Ahmed en nuestro primer día, y si se comporta de manera inapropiada, lo hace pensando en mí. Tal y como están las cosas, empezamos nuestra expedición con un pequeño, pero móvil, núcleo de seis hombres robustos, incluyéndome a mí y a

Ahmed. Él se presentará mañana al alba con burros y arneses, pesadas palas y picos, sacos de lona y un carro de madera, y comenzaremos, aunque la ruta a emprender sigue preocupándome.

Margaret: Encontré hoy en el bazar dos artículos que tú apreciarás. El primero es un juguetito, un regalito que algún día será para un niño inteligente, mi dulce Reina, un robusto muchachito al que le guste Egipto y la compañía de su padre (¡preparándose sin saberlo para ser mi futuro biógrafo!). Es una caja sorpresa pintada como una tumba de obra vista. Le das a la manivela y brota un débil y fantasmal chirrido, como un gas que se escapara de una botella de bebida carbónica mal cerrada. El ruido se va intensificando hasta que la tapa de la tumba se abre y emerge un sarcófago de falsa piedra, un rostro mayestático pintado en su cabeza. Sigues girando, y la parte superior del sarcófago se abre con un ruido sordo, y surge una dorada caja de momia. Le das más a la manivela y la caja de la momia se abre lentamente para revelar una momia blanca como la nieve, con una sonrisa infantil y unos adorables ojos azules que te atisban a través de sus vendas mientras se incorpora.

Aún mejor que eso, mi amor, es una figurilla pintada hecha de barro seco, un individuo faraónico con las piernas muy separadas, con túnica, sandalias y corona, una competente reproducción de alguna obra anónima del Imperio Medio. Un rasgo encantador, sin embargo, es la astuta sonrisita de su cara, completamente inaceptable en piezas con esa inhabitual sonrisa tranquila, pues tiene una totalmente inapropiada y atractiva expresión de maliciosa complicidad. Es la perfecta pieza de compañía para la otra estatuilla con la que viajo, la que recibí en un almuerzo íntimo *àdeux* en Locke-Ober (mientras Inge se entretenía en una mesa de café, fuera).

Tú estabas resplandeciente: el amor te había iluminado completamente, aunque yo todavía no me daba cuenta. Estabas adorable, citándome palabras del libro que te había aconsejado que leyeras.

—¿Es verdad —preguntaste, maliciosa gatita— que cuando la tumba era cerrada y sellada, ellos creían que todo en su interior volvía a la vida?

—Correcto —dije, orgulloso de tus progresos.

—¿Y las pinturas de fiestas se convertían en fiestas, y las estatuas de hermosas sirvientas se convertían en hermosas sirvientas?

—Sí, querida, has acertado.

Levanté la mirada y tú me estabas tendiendo aquella perfecta estatuilla. Eras tú misma, desnuda aunque púdicamente tapada por una manta.

—Papi averiguó que ese francés estaba en esos momentos en Boston, así que le pagó para que me esculpiera. Estaba pensando… quizás si la pusieras en tu cuarto, en tu habitación, cuando cierres la puerta y apagues la luz… bueno, uno nunca sabe, ¿verdad?

Mañana voy al emplazamiento, pero esta noche tú estás conmigo aquí, en mi villa, M., completamente vuelta a la vida a mi lado. Buenas noches, mi amor.

Martes, 31 de octubre de 1922. Excavación, día primero.

¡Finalmente, metido en harina! Hoy por la noche, estoy de vuelta en villa Trilipush, al término de nuestro primer día. Por fin nos movemos a buen ritmo.

Ahmed llegó esta mañana cuando aún reinaba la oscuridad, e hizo trasladar el equipo pesado y los animales a la otra orilla. Más importante aún, Ahmed ha resuelto mi problema geográfico. Anoche consiguió realizar satisfactoriamente la tarea que le asigné de reconocimiento del terreno, tipo listo, y esta mañana se inclinó sobre el gigantesco mapa que tengo sobre mi mesa principal de trabajo y trazó a lápiz una ruta mejor que la que yo había podido encontrar, y que conduce desde el río hasta el sendero donde Marlowe y yo hallamos el Fragmento C, pero sin pasar ante la vista de nadie que pudiera encontrar amenazadores nuestros progresos. (En el caso de que podamos ponerle delante de las narices una prueba del hallazgo Atum-haduano, Lacau aceptará gustosamente reducir la concesión de Winlock para hacerme un poco de sitio).

Gracias a nuestra temprana salida, Ahmed me dice que pudimos elegir las mulas y el equipo. Precisamente por ese lujo, explicó Ahmed, me presentó recibos por una cantidad significativamente mayor de la que yo había presupuestado, pero ése es el precio de hacer bien el trabajo, me recuerda. Yo estaba en números rojos, realmente, contemplando fijamente las cifras en mi libro de contabilidad y la pila de garabateadas hojas que mi hombre dejaba caer sobre la mesa. «¿Por qué me está mirando así? Puedo traerle cada una de estas mercancías para que las verifique». Un poco infantil es este Ahmed. «La desconfianza convierte a los hombres en higos», me informó con coránica intensidad, y yo sospecho que tal vez lo he interpretado mal, pero no puedo permitirle que piense que mi árabe es deficiente, o intentará toda clase de artimañas con los trabajadores.

Al otro lado del río, nuestro primer equipo de cuatro hombres nos aguardaba montado en burros. Bajando por la orilla oeste del Nilo, seguimos a Ahmed, trazando una amplia curva hasta un sendero que pasaba por detrás de Deir el Bahari. Toda la caminata no nos llevó más de noventa o cien minutos, subiendo y bajando por las rocosas colinas. «Hay una ruta más rápida por aquí», murmuró uno de los integrantes del anónimo cuarteto, pero Ahmed lo hizo callar con una dura mirada, bendito sea su negro corazón.

Y entonces llegamos allí, donde Marlowe y yo habíamos conseguido nuestra gran victoria, y adonde yo regresaba ahora con mi propio equipo a consumar la obra que mi socio y yo habíamos iniciado siete años atrás. ¡Allí estábamos! Bajo los altos farallones, sobre la arena que el sol naciente estaba tiñendo de un agradable marrón rojizo, ordené un alto en el camino, que Ahmed secundó. Mandé a dos de los hombres que iniciaran una inspección preliminar de la parte inferior de la pared del

farallón, caminando a lo largo de los senderos en terraza que bordeaban y serpenteaban por la pared rocosa, examinándola en busca de acentuadas desigualdades o una excesiva suavidad, tal vez marcaciones simétricas, cualquier cosa que pareciera hecha por el hombre. Mis otros tres hombres se alejaron unos centenares de metros del acantilado, mirando hacia arriba mientras el sol seguía bajo, para examinar las zonas más altas de la pared rocosa en busca de probables hendiduras, distinguiendo cualquier cosa que yo hubiera pasado por alto en mi primer esbozo. Mientras tanto, comenzando con las marcas que Marlowe y yo habíamos hecho para ayudarnos a encontrar nuestro camino de vuelta allí, yo continué más al norte y al oeste, tratando de ver si a Winlock se le había pasado por alto algo. Mientras los hombres marchaban con sus túnicas y turbantes, cubriéndose los ojos, palpando la pared del acantilado, distinguí las dos rocas redondeadas apoyadas una contra otra que Marlowe y yo habíamos descubierto cuando aparcamos la motocicleta, y el montón de piedras más pequeñas que colocamos encima de una de ellas cuando comprendimos que habíamos descubierto algo.

—Está cerca de aquí —le grité a Ahmed en árabe.

—¿Era un rey rico? —preguntó Ahmed, yendo al grano. Tendría que mantenerlo vigilado, ya no me cabía duda.

Ahmed me llevó por un sendero que él conocía, hasta la cima de la pared del farallón, a unos noventa metros por encima del fondo del valle. Tardamos una hora en subir hasta esa atalaya, desde la cual mis cuatro obreros de abajo parecían simples ratoncillos en un vasto campo buscando una ramita. Por desgracia, en ese punto seríamos visibles desde algunas partes del Valle de los Reyes, a un lado de la pared, y para Winlock, abajo, en la cuenca principal de Deir el Bahari. Por tanto, si había descubrimientos que realizar tendría que trabajar deprisa. Evidentemente, las grietas altas tenían que ser nuestra prioridad.

El problema con esas grietas, y su atractivo como tumbas, es que son invisibles desde el sendero del farallón, arriba, e inaccesibles desde el terreno, por abajo. Envié a Ahmed de vuelta a la base de la pared diciéndole que se alejara lo suficiente para poder hacerme una señal agitando los brazos cuando yo estuviera directamente encima de las grietas que había trazado en mi plano, procedimiento este que repetimos hasta que hube colocado marcadores en el sendero de la cima del acantilado, la docena de posiciones desde las que me descolgaría con cuerdas para mi detenido examen de la cara del farallón. A esas alturas, nuestra jornada estaba casi terminada. Anduvimos en grupo por la orilla del río siguiendo nuestro amplio desvío de seguridad y nos despedimos con un *salaam* hasta las primeras luces de mañana.

En el gramófono, *La tierra de nadie me pertenece a mí, Otto*.

Dominós: Una serpiente sube y baja por las escaleras irguiéndose finalmente en espiral bajo mi mesa principal de trabajo. ¡El chasquido atrae a los gatos!

Miércoles, 1 de noviembre de 1922

Ahmed y yo discrepamos durante un rato (él con una contenida amenaza en su voz) sobre la mejor manera de asegurar una cuerda de noventa metros para evitar una muerte contra las rocas. Incluso mientras afirmaba ser un experto con los nudos (no sin cierto orgullo susceptible), elogiaba la fuerza de mis brazos (acertadamente) y pretendía que contravenía la ley mahometana (algo nuevo para mí, pero él se mostró rotundo) el emprender cualquier acción que mostrara un arrogante deseo de volar, a la manera de la ascensión del Profeta al Paraíso. La doctrina es la doctrina, de modo que con el corazón latiendo desaforadamente en mis oídos, me descolgué treinta metros por el acantilado mientras mis obreros perdían un tiempo valioso contemplando cómo descendía, entre golpes y gemidos, hasta llegar a la hendidura. Aterricé en un pequeño saliente, todavía bañado por el sol, pero descubrí que no era nada más que el porche delantero de *nada en absoluto*; el sol iluminaba fácilmente la alejada pared trasera de la abertura, de no más de metro o metro y medio de profundidad. Ninguna inscripción, fragmentos de loza, o puerta secreta o sellada. Me pasé una hora asegurándome de ello, cepillando toda superficie que estuviera a mi alcance, pinchando con una larga sonda de metal para ver si alguna pared resistía más o menos que otra; pero estaba explorando una hendidura formada por la erosión del agua en la cara de un farallón y nada más. Quizás era el primer hombre en poner los pies allí, o quizás había sido precedido por ermitaños medievales (aunque me hubiera hecho cargo si esos hombres la encontraron demasiado aislada y deprimente), o quizás por antiguos arquitectos de tumbas, explorando posibilidades, agitando la cabeza con irritación ante otra hendidura de mala calidad. Y otra mañana que se desvanece, cosa bastante vulgar, la verdad.

Me icé hasta la cima, una tarea agotadora, descansando cuando podía encontrar un saliente para apoyar un pie. Los músculos de mis brazos estaban entumecidos y yo escupía polvo cuando me encaramé a la cúspide, donde yacía Ahmed, fumándose un cigarrillo bajo un improvisado parasol: una sábana del Hotel de la Esfinge (con aquel absurdo emblema de buitre, esfinge y cobra) extendida y apoyada en unos bastones. Maldije su pereza e hice que me preparara el almuerzo, que compartimos bajo la pálida pantalla amarilla. El sol caía a plomo sobre la sábana y proyectaba su blasonado sello en una sombra ligeramente más oscura entre nosotros dos.

—Hotel de la Esfinge —dice sin sonreír Ahmed, en inglés—. Un número Uno, Jack. Es usted un feliz cavador, ¿eh?

—¿Dónde aprendiste inglés?

—Yo no hablo inglés —replicó en inglés.

—«Cavador» es un término de los soldados australianos —expliqué—. Yo soy inglés, así que el término es inapropiado.

—Yo odio a los australianos —replicó él con calma, en inglés—. Fueron los peores hombres aquí durante la guerra. Peores que todos los demás, incluso los turcos. Prostituyeron a todas las mujeres. Vosotros, los ingleses, bueno, vosotros sois un engorro, y los franceses, ¡bah! —escupió Ahmed—. A los americanos no los conozco. Pero los australianos… Fueron una vergüenza esos hombres.

Todo esto lo dijo con una extraña voz apagada, mientras con la mano se frotaba la corta melenilla que adornaba sus sienes. Es una cosa extraña oír las quejas y pasiones de un pueblo nativo, los malentendidos o pequeñas preocupaciones que los animan pero que resultan inexplicables para los occidentales. Puedo comprender a los antiguos antepasados de Ahmed mejor de lo que comprendo al propio Ahmed, pero entonces sus antepasados eran sus propios dueños, no protegidos por potencias extranjeras. Para darle ánimos, le describí algo de Atum-hadu y su época. Él asentía, parecía comprender el significado de lo que le estaba diciendo, parecía aferrarse a una especie de orgullo de que ésos eran *su* pueblo, *su* historia.

Después de la comida, volví a descolgarme por el borde, siendo mi última tranquilizadora visión en la superficie la furiosa cara de Ahmed mientras comprobaba de nuevo los nudos de las cuerdas que me sujetaban a las rocas y postes.

Esta vez bajé aproximadamente unos tres metros más hasta el próximo saliente, que sobresalía un poco, pero encontré algo más prometedor. Ese rellano era indudablemente el pórtico de una cámara abierta en la cara del acantilado, que penetraba aproximadamente unos ocho metros dentro de la fría oscuridad, y daba después un leve giro a la derecha, de manera que incluso un ave que pasara directamente delante de la hendidura no vería la profundidad de la cámara; y mi corazón empezó a latir. Desatándome, miré por encima del borde y noté con un estremecimiento que estaba casi directamente encima del lugar donde yo había hallado el Fragmento C, siete años antes. Esa cámara estaba sin duda hecha por la mano del hombre (o, al menos, ensanchada por la mano del hombre), exactamente igual que la inacabada tumba de Hatshepsut. En este caso, sin embargo, a pesar de estar palpando las paredes durante casi cuatro horas desde el techo hasta el suelo, hurgando con la sonda como un esgrimidor ebrio, repasando con la linterna eléctrica cada centímetro de sombra, sólo pude llegar a la conclusión de que estaba ante un *agujero seco*: un antiguo arquitecto de tumbas había iniciado su trabajo en esta primera sala, pero luego debió de encontrar algo que no era de su gusto, o un rey cambió de opinión y optó en el último instante por una hermosa y opulenta pirámide en su lugar. Hay muchas decepciones acechando para frustrar las esperanzas del arqueólogo entusiasta.

El sol, aunque seguía calentando con crueldad, estaba bajando rápidamente cuando me até la cuerda otra vez y grité a Ahmed que pusiera más ganas, una petición que le hice una y otra vez mientras me izaba, jadeando y resollando, con las palmas despellejadas, hasta la cima, descubriendo que ésta se encontraba completamente deshabitada. Recogí el equipo, doblé la sábana, reuní los sucios

trastos de cocinar y anduve solo mi camino colina abajo, maldiciendo, hasta encontrar a los burros enjaezados, pero ni a un solo trabajador.

Estoy sentado ahora, al final del segundo día, a la luz de la lámpara de villa Trilipush, sosteniendo en mis manos este involuntariamente cómico telegrama de Finneran (predeciblemente confuso por el calendario gregoriano: ¿Dinero? Demasiado pronto para mandar dinero. ¿Qué has hecho con todo el dinero hasta ahora? Suerte, CCF). Puedo imaginar a Atum-hadu sopesando la Paradoja de la Tumba con que él, con toda seguridad, se enfrentaría. Puedo imaginar enviando a un explorador a examinar la cara del farallón de Deir el Bahari e informar sobre probables ubicaciones, un explorador que tal vez se balanceó ante las mismas hendiduras que yo vi hoy. Por otra parte, cuanto más pienso en la posición única de Atum-hadu, se me ocurre que quizás no hubo ningún explorador en absoluto, porque debemos recordar:

Yo soy el señor de todo Egipto, el hijo de Ra, la esencia de Horus,
dueño del Nilo, invitado a toda fiesta.
Amante de toda mujer, señor de todo hombre,
toda colina, todo farallón, toda bestia.

(Cuarteto 23, A y B solamente).

Teniendo en cuenta ese orgullo y su necesidad de secreto, ¿habría confiado en un simple explorador? ¿O habría paseado su mayestática realeza por estas piedras, solo o con un prescindible compañero? ¿Contempló estas retiradas hendiduras y envió a esclavos de usar y tirar, hombres sin lengua, a que se arrastraran por ellas y estimaran su idoneidad?

Sigo con mi día. El equipo me encontró con todo embalado y aguardando en los burros, preparado para pensar lo peor de ellos. Pero Ahmed, con su característica efusividad, me informó en árabe de que, al no hallar nada en sus continuas investigaciones de las paredes del acantilado, los hombres habían ido a explorar más lejos y fueron testigos de la actividad tanto en el yacimiento de Carter como en el de Winlock, motivo por el cual Ahmed había descendido de las alturas, dejándome colgado. «Para mantener en secreto la ilegal exploración de Su Señoría», añadió en inglés con la misma expresión facial de siempre, el muy fastidioso.

Seguimos la acostumbrada ruta de regreso al río. Tras despedir a los hombres, dejando que Ahmed devolviera los burros y guardara el equipo pesado, yo me dirigía al muelle del *ferry* cuando en el sendero me tropecé nada menos que con Howard Carter. Éste se encontraba al frente de un pequeño convoy de carros rebosantes de palas y palancas, cedazos y demás juguetes, una orgía de exceso carnarvoniano, ladrando órdenes a docenas de hombres que desfilaban incesantemente, con su árabe de leve acento pero que transmitía el mismo digno don de mando que muestra en inglés.

Pese a que estaba ansioso por dirigirme a mis tareas de la noche, me vi arrastrado a una conversación con Carter, paseando junto a él a su rápido ritmo. El gran hombre se encontraba en su último viaje del día, trasladando equipo al valle para iniciar su *sexto* trabajo en aquella misma búsqueda carente de sentido… un acto de desafío, casi de locura. «Bien, buena suerte, pese a todo —le animé—. No pierda la esperanza, hombre». Un tipo un poco frío, realmente, pero me enteré por uno de sus nativos de que este año su plan es excavar una larga franja de tierra empezando desde la tumba de Ramsés VI. Un plan extraño, pero al menos Carter está realizando un excelente trabajo de rotar la tierra, dando a cada grano la oportunidad de ver el sol un poquito, sacando a la luz una interminable cantidad de fertilizante *sebakh* para los campesinos.

Egipto en la época del ascenso de Atum-hadu: Atum-hadu ascendió al poder en una época de tremendos disturbios. El imperio estaba fracasando, agitándose, desesperadamente necesitado de sangre nueva y liderato. Reyes de larga vida habían dejado tras de sí a unos inseguros y distantes herederos, débiles sobrinos nietos cuyas temblorosas manos ofrecían, a sus esposas, las llaves de un tambaleante reino. La riqueza real se había esfumado; demasiado a menudo el futuro había sido hipotecado para pagar presentes necesidades u ocios. Enemigos externos y pretendientes internos corroían los cimientos de la dinastía. Y en esa era llena de problemas apareció un líder, un héroe final. Pero ¿qué sabemos de él con seguridad?

Sabemos a partir de los versos más autobiográficos de sus *Consejos* que fue el último rey y que creía que su muerte sería la muerte de todo Egipto. Sabemos que sólo confiaba en un particular consejero, al que llama su Maestro de Generosidad. Sabemos que sus apetitos de amor y de violencia eran insaciables por igual. Sabemos pocas cosas más con seguridad.

Y sin embargo, alzándose aquí, donde se alzaba, de cara al Nilo, imaginando el cercano fin de su reino mientras los invasores hicsos se acercaban a su capital, Tebas, no resulta difícil suponer lo que sentía ese hombre mortal planeando la inmortalidad, ese rey de un reino condenado, heredero de nada, receptor de un presente carente de valor, que sus antepasados habían considerado solamente desde el punto de vista de un futuro infinitamente hipotecable. Pero el futuro no era infinito; un día en concreto, en una fecha determinada, el futuro brilló con luz trémula en el calor del desierto, y Atum-hadu fue dejado solo mientras, de la nada, una, dos, cuatro, diez, cincuenta, cien, un millar, diez mil puntas de lanza se erguían en el trémulo aire más allá del siguiente despeñadero.

Jueves, 2 de noviembre de 1922

Diario: Por la mañana: hemos inspeccionado tres hendiduras más, hasta un total de cinco, aunque el proceso se ha visto ralentizado por tener que permanecer agachados, fuera de la vista, cuando estamos en la cima. Los hombres recorren nuevamente el sendero unos doscientos metros en ambas direcciones a partir de donde yo encontré el Fragmento C, esta vez moviéndose aún más lentamente, rebuscando en la superficie de la pared del farallón. Por dos veces encuentran lugares lisos de posible interés, y, siguiendo mis órdenes, me piden que baje, pero en ambos casos un examen atento de la roca revela solamente una piedra antigua erosionada por el viento o el agua. Almuerzo con Ahmed, hablamos sobre Oxford, acerca de la cual se muestra encantadoramente curioso. Por la tarde: dos hendiduras más, otra falsa alarma por la suavidad de las rocas.

Éstos son días de creciente excitación, de falsas pistas, de críticas *a posteriori*. Mirándolos retrospectivamente, parecerán pasos dados en la dirección correcta, inevitables e inalterables, pero cuando estás dándolos, cuando aún son el presente y no todavía el sacrosanto pasado, todos ellos son posibles pasos equivocados en el barro, que vacilan entre la duda, la confianza, la desesperación.

Me despido de mis hombres hasta mañana, y me dirijo a la ciudad a comprobar mi nueva *poste restante*, donde encuentro esta increíble reliquia de una dinastía que se desmorona:

19 de octubre, Cambridge

Estimado Mr. Trilipush:

¡He pasado un día feliz aquí en Cambridge! Después de mi visita al leal Mr. Ferrell la semana pasada, me puse en contacto con Oxford, y hoy, tras haber recibido sus noticias, me pasé una feliz hora con el padre de su novia, un excelente y rudo individuo que aprende rápidamente y comprende enseguida lo que un experto tiene que decirle.

Si le sorprende saber que Oxford dice que usted nunca estuvo allí, y que no estudió usted con el profesor Wexler, entonces su sorpresa palidece en comparación con la mía cuando me enteré de estas noticias. Compartí mi sorpresa con su Mr. Finneran, así como mi opinión de que su expedición no obtendrá nada de valor. Seguramente no se sorprenderá usted de que yo albergue esta duda, dado que su especulativa especialización en el supuesto Atoumhadou nunca me ha impresionado. Y, continuando con su falta de sorpresa, a mí me sorprendería que a usted le sorprendiera mucho enterarse de que, dadas estas clarificadoras noticias, el departamento de Egiptología y, a decir verdad, la Universidad de Harvard, apreciada e inmortal, será capaz de sobrevivir más adecuadamente en el futuro sin

su continuada presencia en la facultad, en incluso el más penoso cometido. Por favor, acepte mi gratitud por la diversión que nos ha proporcionado con sus poco delicadas traducciones de una apócrifa literatura erótica, así como con su falso expediente académico.

Con mis mejores deseos, su superior en todos los sentidos,

Claes Ter Breuggen

Los embrollados disparates del loco escandalizan la mente del cuerdo: ¿Pensó Ter Breuggen que yo no publicaría nunca esta carta? Pero, mi querido profesor de falsedades, corruptor de la juventud, claro que la publicaré. La publicaré en la página 1, reproduciré su infantil y trémula firma e imprimiré la carta junto a una foto mía sosteniendo mis diplomas de Oxford y la momia de Atum-hadu.

Ter Breuggen es una lección ejemplar para todos nosotros: un hombre que pretende ser un científico, y al cual enseñaron a sopesar las pruebas cuidadosamente, al parecer se ha enamorado crédulamente de un mentiroso ocasional, ese tal Ferrell, un hombre entre brumas, caído del cielo como el mal tiempo. Y esa mentira que tan vorazmente se traga no tiene ningún sentido; que Ralph Trilipush no fue a Oxford no tiene el menor sentido. Un expediente perdido, un nombre escrito incorrectamente… sea cual sea la alteración que se ha filtrado en algún texto de un húmedo sótano de Oxford es simplemente eso: una alteración. Los textos deformados no cambian la realidad; sólo confunden a los débiles mentales.

Ter Breuggen se agarró a esto para despedirme, ninguna sorpresa; yo aposté mi empleo a Atum-hadu, por tanto recae sobre mis hombros, y si ese ignorante quiere aferrarse a unas malévolas mentiras para justificar su ignorancia, no debo preocuparme. Pero hay que ver, ¡qué endeble argumento! Un expediente se ha perdido; por lo tanto, ¿yo no asistí a Oxford? Brillante. ¿Y por tanto? Por tanto, ¿yo no conozco mi especialidad? ¿De modo que no traduje los versos de Atum-hadu? ¿De modo que no tuve el Fragmento C en mis manos? Pues sí que *lo hice*, hice todo eso, y *asistí* a Oxford, y ningún error de los archivos puede afirmar lo contrario. Si Oxford se quemara hasta los cimientos hoy y no dejara rastro de los expedientes de *nadie*, ¿acaso *nadie* habría paseado jamás por sus magníficos edificios cubiertos de hiedra, almorzado en sus estupendos restaurantes del tejado, entre las agujas, al aire libre, navegado en sus tormentosos lagos de agua salada, asistido a sus corridas de toros el domingo por la noche en compañía de catedráticos y vigilantes, luchado desnudo en sus verdes cuadriláteros mientras las jóvenes lanzaban vítores y arrojaban patatas? Con una simple llamarada purificadora, ¿estaría el mundo inmediatamente lleno de impostores y falsos licenciados en Oxford?

Estas insensatas afirmaciones de un insidioso e invisible Ferrell dan lugar a un absurdo desarrollo retroactivo de la historia. Si yo no estuve en Oxford, ¿cómo conocí a Marlowe? ¿Cómo llegamos a desenterrar una vasija que contenía el Fragmento C? Si no fui su colega en la universidad, ¿cómo llegamos a estar en la

misma unidad en Egipto? Si no nos alistamos juntos, ¿cómo conseguí entrar en el Ejército? Contada así, la historia no tiene el menor sentido. Ferrell es un loco.

Reconstruir el orden de los acontecimientos con estas lentas cartas resulta enloquecedor. Evidentemente, sea cual fuere el veneno que Ter Breuggen vertió al oído de Finneran el 19, eso explicaría los retrasos en la transferencia y los enigmáticos telegramas de C. C. F. Sea quien sea *Ferrell,* está lanzado a una incomprensible aventura para desacreditarme. Tuvo éxito en el despacho de Ter Breuggen, pero el miedo y la incompetencia contribuían allí a preparar el terreno. C. C. F. es de un material más firme. Oh, Dios, M.

CABLE. LUXOR A MARGARET FINNERAN, BOSTON, 2/11/22, 5:47 P.M.
QUERIDA MÍA, HE SABIDO QUE ACECHA UN MENTIROSO, UN EXTRANJERO LLAMADO FERRELL. NO LO CONOZCO. NO LE CREAS. IGNÓRALO A TODA COSTA. TU VICTORIOSO AMOR. RMT.

CABLE. LUXOR A C. C. FINNERAN, BOSTON, 2/11/22, 5:49 P.M.
MAESTRO DE GENEROSIDAD. HE SABIDO MÁS COSAS DE FERRELL, UN MENTIROSO CON MISTERIOSAS MOTIVACIONES. PUEDES SIN DUDA HACER CASO OMISO DE ÉL, Y CÓMODA Y RÁPIDAMENTE PROCEDER SEGÚN NUESTROS PLANES ORIGINALES. RMT.

Margaret: Acabo de volver a toda prisa a la ciudad y te he telegrafiado para que ignores a ese Ferrell. Estoy seguro de que lo harás, si no lo has hecho ya. Es un vengador mítico enviado para hostigarme, pero no puedo imaginar por qué fuerzas ni por qué motivo. Aun así, es un ridículo y endeble vengador. ¡Y sin embargo, también necesario! Los grandes hombres, querida, son a veces perturbados por pequeños matones y malintencionados mequetrefes como ése. Esos trastornados y ratoniles tipejos se ven empujados por una necesidad de denigrar porque son incapaces de crear, se les ha negado la chispa de Atón, la chispa de divinidad que los grandes hombres anhelan… el poder de crear. Y, como corre azufre por sus venas, en vez de eso se aferran con afiladas garras, empujados por la satánica ansia de destruir.

Si has oído sus imbecilidades ya —y supongo que debe de ser así, porque al parecer estuvo en tu casa hace dos semanas—, entonces mi corazón sufre por ti, porque sus silbantes palabras sin duda habrán chocado con la idea que tienes de mí. ¿Qué debes de haber pensado al escuchar la absurda, imposible, idea de que Ralph no estuvo en Oxford? Si lo creíste ni que fuera por un solo, espantoso momento, entonces siento mucha tristeza.

Sé, Margaret —no soy tan tonto como eso—, sé que lo primero que te atrajo de mí fueron mis modales y mi historia: un explorador inglés, fruto de la vieja aristocracia, educación oxfordiana, héroe de guerra. Sé que éstas fueron nuestras piedras angulares. Pero ahora, amor mío, Ferrell nos proporciona una oportunidad de hacernos más fuertes, de forjar un amor más profundo y comprensivo. Ambos sabemos que mi *curriculum vitae* no es la mejor de mis credenciales, ni tampoco lo más importante de mí. Y si Oxford no fuera real —como Ferrell trata de decir—, ¿qué cambiaría eso entre nosotros? Nada. Mis logros fueron el nexo que nos unió, no el sustento para que nuestro amor durara siempre. Si el frustrado Ferrell nos ha ayudado a ver eso, ¡entonces démosle nuestras magnánimas gracias!

Después de una horrible noche, por fin me encuentro mejor. ¿Eran así las «intrigas cortesanas», cuando tal cosa era una realidad cotidiana y no una gastada frase de historiador? Cuando nuestro rey no podía confiar en sus cortesanos, cuando los conspiradores acechaban y los pretendientes al trono sobornaban a los cocineros al calor de las cocinas palaciegas y los sacerdotes susurraban obscenas mentiras y promesas a la sombra de las antorchas, ¿se le revolvía el estómago, como ahora se revuelve el mío? ¿Tuvo que dedicarse a luchar contra escurridizos conspiradores cuando más bien debería haberse dedicado a crear para honrar su nombre y a su dios-patrón?

Viernes, 3 de noviembre de 1922

Diario: Ordeno a los hombres extender la búsqueda casi un kilómetro dentro del desierto. Hago comprobar cuatro hendiduras más, la más prometedora de las cuales muestra algunos indicios de manipulación humana, pero nada definitivo. Por dos veces los hombres hallan algo en la cara de la pared que merece mi apresurado descenso, pero en ambas ocasiones se trata de una falsa alarma. Pronto deberé enfrentarme con la posibilidad de tener que despejar el terreno, mover la tierra. Si todas las hendiduras se muestran carentes de valor, y si la cara del farallón no revela nada, entonces nos enfrentaremos a la ineludible conclusión de que la tumba de Atum-hadu se encuentra en la plana cuenca del valle, lo cual significa abrir zanjas, a imagen de los trabajos de hormiga llevados a cabo por Carter en la otra cara del farallón. La eficiencia exigirá varias veintenas de hombres, si no más. Algo imposible de llevar a cabo sin una completa e inequívoca concesión del Servicio de Antigüedades.

Sábado, 4 de noviembre de 1922

Diario: Despejo cinco hendiduras más, y hago que los hombres empiecen a cepillar la cara del acantilado a una altura de dos o tres metros, unos 225 metros en ambas direcciones a partir del lugar donde fue hallado el Fragmento C. Es el paso siguiente, que ha de darse necesariamente, y confío en que obtendremos recompensa, aunque ahora me temo que el vasto y llano suelo del desierto sea el escondite más probable para Atum-hadu. Esta posibilidad alarga de forma significativa el tiempo que probablemente habremos de dedicarle. ¿Resistirán los nervios de la sociedad otro año, si es necesario? Quizás debería presentarme yo mismo al profesor Winlock, hablar con él de hombre a hombre, dividir la parcela del Museo Metropolitano. Él no tiene interés, ni experiencia, en Atum-hadu, y puede abarcar sólo cierta extensión de terreno en una temporada, incluso con los indecentes recursos de que dispone su museo. Y tal vez agradezca el obsequio de algunas participaciones en Hand-of-Atum, Ltd., considerando sus limitados éxitos en los últimos meses.

Última hora de la tarde: desciendo para descubrir que he perdido a Ahmed y a uno de los hombres. Regresan una hora más tarde con esta historia: mientras yo me encontraba arriba, un primo de uno de mis hombres vino a visitarlo a nuestro emplazamiento y a traer interesantes noticias (los primos portadores de rumores son la principal industria de este país): Carter ha hallado algo, y la ausencia esta tarde de mis hombres (mucho *salaamiento* y «mil perdones, lord Trilipush») se debía a su infiltración en el yacimiento de Carter, donde parece que éste había encontrado… una escalera. Buen Dios, un motivo de júbilo para el pobre veterano, seguro. ¡Seis años después, y una escalera! Ah, bueno, se merecía encontrar algo, y el conde de Carnarvon puede tener la sensación de que su dinero no se ha derrochado por entero.

Vuelvo a casa para relajarme con los gatos y algo de música.

Llegan los Nordquist para una alegre visita, y compartimos cena. Les cuento lo que he realizado, y ellos me explican en detalle sus aventuras turísticas. Sus amables preguntas e interés por cada una de mis palabras constituyen una agradable sorpresa y maravilloso tónico para mi confianza.

Domingo, 5 de noviembre de 1922

Diario: Visito el bazar, ataviado con vestiduras nativas (eso me supone mejores precios). Compro algunos *souvenirs*… escarabajos hechos por un excelente falsificador, magníficamente envejecidos. El vendedor afirma descaradamente que son auténticos Tutmosis III. Tonterías, pero eso debería divertir a Carter, un regalo de felicitación de un colega que también escupe arena.

Me aventuro en burro por el valle para ver la escalera de Carter. Me siento indispuesto, con escalofríos. Qué alegría para él si ha realizado un hallazgo.

Su campamento es una presencia absurdamente grande que se asienta prácticamente encima de Ramsés VI. Encontrar a Carter resultó más bien difícil, ya que se movía en el centro de una multitud de trabajadores. Sólo gritando en voz alta su nombre pude llamar su atención. Emergió de entre aquella muchedumbre para saludarme, quitándose el polvo de las manos y liberándose de sus usuales maneras glaciales, una fácil afectación que mantener gracias al dinero de Carnarvon y centenares de figurantes. Debería tratar de sobrevivir sólo con el encanto.

—Sí, Trilipush —dice, metiéndose en el bolsillo mi regalo de una de las raras primeras ediciones de *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto*—. ¿Qué le trae por aquí?

—He oído que ha tropezado usted con un escalón, Howard. ¿Le importa si echo una ojeada, cortesía profesional, el vistazo de un colega, todo eso?

—Así que el rumor se ha extendido, ¿eh?

—Ya conoce usted el amor de los nativos por compartir un secreto.

—Sí, bueno, pero casi que me gustaría no recibir visitantes en este momento.

—Claro que no, estimado veterano, demasiado pronto para que un manojo de turistas y peces gordos echen a perder los trabajos.

Y tiene razón el viejo profesional: la idea de civiles vagabundeando por un nuevo hallazgo… atroz. Parto hacia el lugar donde sus obreros están arrodillados, una fila de doce hombres con cedazos, examinando cuidadosamente toda la arena levantada, recogiendo nuevamente en bolsas la tierra revisada, pidiendo la presencia de un supervisor si aparecía algún fragmento de algo. ¡Qué actividad! Era una fábrica, un «lugar de explotación capitalista del obrero», más que una expedición científica. Un derroche arqueológico masivo. No es extraño que Carter haya desperdiciado años. Finalmente penetré en el centro del lío y descubrí que ese «escalón» había costado lo suyo, *àla* Atum, y se había multiplicado con llamativa fertilidad: ahora había quedado al descubierto un tramo completo de escalera, que terminaba en un muro de piedras y escombros. Dios mío, qué visión, un increíble descubrimiento, sin duda, de no sé qué.

—¿Un escondite de objetos saqueados? —le pregunté cuando llegó a mi lado—. ¿Un antiguo almacén? ¿Un granero?

—Probablemente —admitió—. Bueno, si quiere usted excusarme, mi queridísimo

Ralph, nos quedan días de trabajo por delante para limpiar estos escombros y abrir con gran cuidado cualquier puerta que podamos encontrar.

Mientras me marchaba a lomos del burro, miré de reojo y allí estaba Howard, todo energía en todas direcciones, algo notable para un tipo viejo, especialmente si sus tripas se encontraban en un estado parecido al mío. Las muecas de los rostros de sus obreros eran completamente diferentes de las que mi equipo de bajo presupuesto pudiera mostrar. Por supuesto, incluso en su chochez, Carter tiene la capacidad de hacerle sentir a uno completamente invisible, sin peso. No parece darse cuenta de que lo hace; es como si, de forma constante, desde su nacimiento, hubiera despedido una cegadora luz de su rostro que hacía que todo el mundo que hablaba con él se tapara los ojos. ¿Cómo podía saber que la gente no se deslumbraba cuando no los estaba mirando? Aunque alguien se lo dijera, se mostraría incrédulo al respecto. «¿Qué? —diría, mirando atónito a otra cara de ojos entrecerrados—. ¿Qué quiere usted decir? ¿En qué soy diferente?».

Necesito tomar un poco el aire, ir a comprobar la *poste restante*.

Carta de mi prometida, fechada el 13 de octubre, hace veintitrés días. ¿Qué ha ocurrido desde entonces?

Una larga, doliente sesión de forzoso retiro en el excusado. El gramófono no sirve de ayuda. Fiebre.

13 de octubre

Ralphie mío:

Tengo extrañas aventuras que relatar, mi Señor Egipcio.

Un curioso entrometido llamado Harold Ferrell vino a casa hoy. Está buscando a un amigo tuyo. Oye esto, Ralph: dice que tu amigo es un pobre muchacho australiano llamado Paul Caldwell, un egiptólogo aficionado que ha tenido lo que parece una vidita terriblemente insípida y horrible. «¿Un amigo de Ralph?», pregunté en un tono para hacerme comprender, y luego, para estar segura de que lo había captado, le dije que aunque te veías obligado a mezclarte con toda clase de tipos extraños en la guerra, ese Paul Caldwell no parecía para nada la clase de amigos que tú tienes. Es australiano también. El entrometido, quiero decir. Se pasó todo el tiempo, con la puerta cerrada, con papi; yo traté de pegar el oído, por ti, pero era muy cansado.

Llevas fuera una eternidad, parece. Resulta difícil imaginar lo que haces todo el día, allí, en la arena. Es difícil recordarte corriendo por aquí. El tiempo se está volviendo más frío, e Inge me vigila tanto que resulta de lo más aburrido. De vez en cuando llega J. P. O'Toole con una invitación o un regalo. Te manda sus mejores deseos. Oh, sí, casi me olvido de decírtelo, me pidió un favor. Dijo que te pidiera que le mandaras «todas y cada una de las noticias» de la excavación, también, no sólo los informes que envías a papi, porque J. P no quiere sentirse excluido. ¿No es agradable eso? Es un hombre encantador, sabes, y muy generoso.

Espero que tengas éxito, y que eso ocurra pronto. Pienso que eres un hombre maravilloso, heroico, Ralphie, sabes que lo pienso, pero no me gusta que estés fuera tanto tiempo. No me gusta nada, y creo que si va a haber más expediciones como ésta cuando estemos casados, yo iré contigo, o te esperaré en Trilipush Hall con multitudes de amigos y criados, o en un hotel en París. Boston es una lata. Eres un tonto por haberme dejado sola durante tanto tiempo. Papi es un pesado. Inge es una gorda pesada. ¿Qué se supone que estoy haciendo aquí con mi tiempo mientras tú estás fuera corriéndote grandes aventuras? Sé que «todo lo haces por nosotros», y cuando vuelvas, es nuestro futuro lo que traerás a casa, lo sé. Pero, a pesar de todo, estar aquí dominada por papi e Inge me hace sentirme una niña pequeña. Sé que ellos sólo quieren lo mejor para mí*, pero eso también parece que quiere decir aburrirme como una ostra.*

m.

Lunes, 6 de noviembre de 1922

Les pago una semana a los hombres y los envío a casa. No me encuentro en condiciones para trabajar.

Miércoles, 8 de noviembre de 1922

Noche: Tres días perdidos por la fiebre, etcétera. Al amanecer, soy capaz de levantarme. Los gatos fueron un consuelo en mi enfermedad, especialmente la querida *Maggie*. Tomo una cena, por primera vez desde el domingo. Después de días de náuseas y sueños inquietos, esta noche soy incapaz de dormir. Siento curiosidad por saber qué antigua y desecada bodega encontró Carter al pie de su escalera. Me encaramaré sobre un burro nocturno, trotaré hasta el valle y encontraré a mi colega con el corazón destrozado en lo alto de la escalera que conduce a un antiguo basurero. Allí lo socorreré en su desesperación por seis años de despilfarro del buen y fácil dinero de Carnarvon.

Más tarde: Me vestí con ropas de nativo. Pagué a un muchacho que poseía un bote para que me cruzara a la otra orilla, y en poco tiempo llegué al valle, iluminado por la luna. Ascendí por un sendero lateral, detrás de la tumba de Ramsés VI, para volver a echar una ojeada a la preciosa escalera. Pero en su lugar, me encontré con algunos de los obreros de Carter, unos vigilando y otros durmiendo, sin signo alguno de la presencia del gran hombre. Y había un montón de cantos rodados *encima del lugar donde había estado la escalera*. Nada más. Si hubo alguna vez una escalera, si el calor y la soledad y la frustración y la fiebre no me habían afectado provocándome absurdas alucinaciones, entonces Carter al parecer había *enterrado nuevamente su hallazgo*. Intercambié algunos *salaams* y cháchara con sus obreros. Mi disfraz es impecable. Por lo que me dijeron, Carter ha puesto a su equipo a trabajar en *otra* dirección, cavando trincheras en torno a las antiguas chozas de los obreros que construyeron la tumba de Ramsés VI. ¡Qué hombre este Carter! ¡Qué estilo! Al tener que enfrentarse con un yerro incomparable en la historia egiptológica (seis años y una escalera que conduce a un agujero seco), y con sus nobles ricachones sentados allá en su mansión, en la verde Inglaterra, Carter simplemente ha enterrado su locura y le ha dado la espalda. ¡Nunca sucedió! Un embaucador parece ahora nuestro Mr. Carter. Le hace a uno preguntarse qué más ha descubierto en su glorioso pasado.

Me marcho, regresando por el río y pasando frente a su villa de Gurna. Las ventanas tienen los postigos sin cerrar, y la luna baña con su luz plateada uno de los lados de la casa, un pequeño rincón de Inglaterra enclavado aquí, en Egipto, sus caballetes y libros colocados ordenadamente en lo que deben de ser una sala de estar y un estudio. La parte trasera del caballete daba a la ventana, de modo que no puedo hacer ningún comentario sobre su habilidad como pintor. No había retirado su servicio de té y sin duda estaba bebiendo algo potente para borrar el espantoso recuerdo de tener que enterrar en vez de excavar, cubriendo sus escaleras de la década de 1890. ¿Quién más, aparte de mí, ha sabido, demasiado pronto, de su «triunfo»? ¿A cuántos se lo habrán contado sus obreros? «¡Ah, sí, lord Carter ha

encontrado la tumba de Tutankamón hoy! ¡Ha encontrado la escalera hoy, y mañana la sala del tesoro! ¡Díselo a todos los primos!». Pobre Carter. No es extraño que el servicio de té permanezca sin retirar.

La parte trasera de la casa revelaba un interesante cuadro, enmarcado por una ventana de guillotina pintada de verde. Estaba durmiendo como un hombre en paz, lo cual resulta extraño, a menos que uno considere que la poción para dormir que estaba probablemente ingiriendo mantenía a raya sus enojosas preocupaciones. Sus delgadas gafas aparecían plegadas sobre la mesilla de noche, encima de una lectura previa al sueño, cuya cubierta era del mismo color que *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto*, lo que no sería una sorpresa para mí, pero no pude distinguir completamente el título. El propio Carter yace bajo blancas sábanas y una mosquitera de gasa. Tiene sus viejas y arrugadas manos cerca del cuello, como un roedor acurrucado en su madriguera para un largo y duro invierno. No le envidio al pobre hombre las preguntas que se plantearán.

Jueves, 9 de noviembre de 1922

Diario: Después de perder tres días por la fiebre y un soberbio e inútil trabajo, me desperté temprano hoy, recuperado y listo para trabajar. Me siento en plena forma. Les doy de comer a *Maggie* y a los *Ramsés*.

Ahmed y los hombres están esperando, leales y aliviados por verme con salud finalmente. Han venido cada mañana, marchándose sólo después de horas de espera. Hoy, su ansiedad por trabajar es palpable y contagiosa. Me miran con entusiasmo y respeto.

Hago que continúen con su cuidadoso cepillado de la pared del acantilado que linda con el sendero ascendente. Nuestro progreso es alentador, aunque el progreso sin descubrimiento puede también considerarse una reducción del campo de prospección, pero no me permito pensar así. Examino tres hendiduras más. No quedan muchas, y se requerirá una labor más difícil, me temo.

Maggie y los gatos cenan conmigo en mi comedor y se pasan el tiempo mirando curiosamente el gramófono.

Viernes, 10 de noviembre de 1922

Diario: Distribuyo dos docenas de monografiados cigarros de C. C. F. a los hombres, como *baksheesh*. Como regalo por mi fe en mis obreros. A menudo dicen hasta el aburrimiento que Carter «inspira lealtad a sus hombres». Pero «inspirar lealtad», como aprendí en el Ejército, es un truco de hombre de las cavernas. Cualquiera puede hacerlo a base de regalos, o de miedo.

Hoy reconozco la necesidad de empezar a planificar los pasos siguientes. Envío a dos de los hombres a la cuenca del valle, para marcar con estacas un cuadrado, separado unos noventa metros de la pared del farallón y de otros tantos de largo, en el lugar donde fue descubierto el Fragmento C. Si llega la hora de abrir zanjas, estaremos preparados. Le pido su opinión a Ahmed sobre lo fácil que podría ser contratar un equipo de cien hombres, y equiparlos a todos con herramientas de excavación. Programarlo es sin duda posible, pero su coste requerirá aguardar a que la sociedad actúe. Y la sociedad debe prepararse para un presupuesto de equipo completo. Sin nada que mostrar todavía, no me siento muy dispuesto a volver a hablar con Lacau o con Winlock, pero no es factible traer un equipo completo de excavación sin que ellos se enteren.

Sábado, 11 de noviembre de 1922

Notas para el libro: ¡Cambio el epígrafe al 11 de noviembre de 1922! ¡El 24 era excesivamente generoso, nada menos que en trece días!

Diario: Y hoy el día nos ha sonreído. Justo cuando me disponía a cambiar de estrategia, el mundo se revela a nosotros bajo una nueva luz, y vemos más de lo que nadie había visto nunca. Es noche entrada y escribo desde mi hamaca, bajo las estrellas, frente a la tumba del rey Atum-hadu. He mandado a Ahmed a telegrafiar a C. C. F. y doy de comer a los gatos.

Mi corazón late todavía por nuestra victoria, el fatigoso y delicioso esfuerzo de paladear cada instante… ¿por dónde empiezo? Aparto la luna a un lado y arrastro nuevamente hacia atrás el carro solar en el cielo y repaso nuestro día empezando con su gloriosa alba:

La mañana se pasó balanceándome dentro y fuera de dos de mis últimas hendiduras. Me veía prácticamente obligado a arrastrarme cuando estaba en la cima de la pared del farallón para no ser visto desde el valle, que en esos momentos era un enjambre de ruinosas zanjas carentes de objetivo. Había dejado a Ahmed que asegurara las cuerdas y tenía a dos hombres en la cuenca, empezando a tantear el blando suelo, mientras dejaba que los otros dos siguieran registrando con lenta diligencia la pared del acantilado. Mi instinto resultó infalible.

Después del almuerzo, me encontraba a medio camino de la tercera hendidura del día, sintiendo que mi casi concluido examen estaba condenado a la futilidad. Peor aún, había calculado mal la longitud de la cuerda que necesitaría para llegar al suelo de la brecha que pretendía examinar, y me di cuenta con frustración de que tendría que regresar a la cima y comprar una cuerda más larga al día siguiente para poder llegar a esa última serie de salientes inferiores. Me hallaba a medio camino, en mi viaje de vuelta por la cara del acantilado, maldiciendo mi falta de preparación, cuando oí gritar desde abajo. Eran los idiotas de mis trabajadores, a los que se les había dicho que guardaran silencio a toda costa. En aquel mismo momento se reventaron dos ampollas en mis manos, haciendo la escalada terriblemente dolorosa. Llamé a Ahmed para pedir ayuda, con predecibles resultados. Miré abajo y vi a los cuatro hombres reunidos en el mismo lugar, quizás a unos sesenta metros por debajo de mí. Me llevó otros veinte minutos llegar a la cima, despellejándome las palmas mientras subía, buscando al eternamente invisible Ahmed, y mirando de vez en cuando al grupo, cada vez más pequeño, de mis hombres, que no parecían estar haciendo nada. Descansaba y me balanceaba. Ascendía, y me escocían las manos. Al final llegué a la cima, no encontré a Ahmed, y me arrastré por el sendero. Ahmed, al parecer, estaba ya bajando para descubrir lo que producía aquella excitación en los hombres, y cuando *yo* llegué abajo, habían transcurrido al menos tres cuartos de hora.

¡Que es como decir nada de tiempo, considerando lo que mi amigo el rey llevaba esperándome bajo la tierra! ¿Qué habían encontrado? Uno de los hombres —su nombre se me escapa, por lo común no soy capaz de distinguir a dos de ellos, quizás sean hermanos— había observado, al cepillar la pared, a la altura de los ojos, una pequeñísima zona de roca lisa, blanquecina, hundida unos centímetros en la tierra y la piedra de la pared del acantilado, apenas a unos cuarenta y tantos metros de distancia de donde Marlowe y yo habíamos hallado el Fragmento C. La anomalía era, en su origen, cuando la hallaron, del tamaño y la forma de un dedo pulgar, una roca rectangular y perfectamente plana donde todo a su alrededor era irregular polvo y piedra parduzca, endurecida, que se desmenuzaba sólo cuando se la golpeaba con fuerza. Era exactamente la clase de cosa que, hasta ahora, nos había conducido a una docena de falsas alarmas en nuestro trabajo, y, para cuando llegué allí, los hombres habían tratado de confirmar su descubrimiento golpeando con un pico la parda pared, haciendo palanca contra la piedra blanca con una barra de metal, consiguiendo arañar su superficie, triplicar su tamaño, y hacerme enfurecer por no seguir las instrucciones de no tocar nada en mi ausencia.

Le dije a Ahmed que les explicara nuevamente las reglas. No habría ninguna *baksheesh* por hallazgos dañados. Examiné la piedra con una lupa y descubrí en ella lo que parecían unos dibujos regulares, aunque era difícil estar seguro, considerando los arañazos que las palancas de los hombres habían causado. La blanca piedra era sin ninguna duda una superficie diferente de la roca, incluso a treinta centímetros por encima de ella, de modo que si bien era grande sólo se extendía hacia abajo, pero no mostraba textura alguna de erosión. Mandé a los hombres que trajeran palas y pinceles, y me puse a trabajar yo mismo con extremo cuidado.

—¿Es esto, entonces? ¿Estamos cerca? —pregunta Ahmed, su primer signo de verdadero entusiasmo hasta el momento.

Ninguna cena ni caída del sol me hizo ir más despacio en mi prudente tarea. Y, en honor suyo, debo admitir que Ahmed y los otros nativos no mostraron el menor interés por marcharse del lugar incluso cuando el sol se puso, aunque era difícil saberlo con seguridad, ya que su árabe se había ido haciendo cada vez más incomprensible durante la última semana; la jerga privada y la mala articulación de las palabras parecían estar reemplazando la adecuada dicción.

Usando pequeños escoplos y pinceles especialmente diseñados, de un tamaño que iba desde un centímetro y medio hasta más de treinta, trabajé sin parar, como un cirujano que estuviera llevando a cabo la más delicada de las operaciones. Tentador como es usar arietes y dinamita (como los pioneros de hace decenios) nuestra responsabilidad es no sólo preservar los objetos que se puedan hallar en su interior (trasladándolos a toda velocidad a un museo o coleccionista privado), sino verlo todo en su contexto original, y levantar un mapa y recrear ese contexto para la posteridad. Porque, tomemos nota: nunca llegamos a ser conscientes del alcance de nuestra ignorancia. No sabemos la importancia de lo que se nos escapa al golpear

apresuradamente una pared que parece desnuda y carente de importancia. Preservar cada piedra y cada fragmento, señalar la relación de cada ladrillo con el que está a su lado, antes de quitar nada: ése es el cuidado que distingue al profesional del saqueador de tumbas. Y por tanto, si me retraso en la descripción de este inacabado día, es solamente para ofrecerte, querido lector, una idea tanto de la creciente excitación del momento como del extraño paso del tiempo.

Porque en el momento del descubrimiento, el tiempo se vuelve loco, fluye en todas direcciones, al mismo tiempo, y con la mayor rapidez imaginable, hasta que el sol vuela a través del cielo, incluso mientras tú sientes que acabas de empezar; tu trabajo nunca terminará; puedes contar cada una de tus respiraciones; puedes imaginar lo que vas a ver, detrás de esa puerta, con el mayor detalle (porque era una puerta, sí, revelaré eso) puedes representarte cada dorado brazalete, majestuoso trono, vestido tachonado de joyas, sarcófago de alabastro, cabeza de calcita encima de un canope de órganos reales. Y más aún, se puede ver el cambio que tendrá lugar en tu propia vida en ese instante, el vestido que tu amada llevará en su boda, el brillo del oro en la banda que rodea el cuello de tu soberano cuando te pide que te levantes. Sabes, también, lo que vas a sentir un simple metro más adelante, aunque ignoras cuánto tiempo se requerirá para recorrer ese simple metro; ¿cuál será el instante? ¿El fragmento de cristalino tiempo hecho añicos que se fijará en la eternidad, tendiendo un puente entre el ahora, el pronto-clarificado-pasado y el fijo e inevitable futuro? ¿Será el 12 de noviembre, a las 10:14 a.m., el momento? ¿Se retrasará hasta las 4:16 p.m., ese instante en que los amigos de uno gritan de alegría y amor?

¿Quién se asomará después de mí dentro de esa lobreguez resplandeciente de oro? ¿Qué poetas, escribas, turistas? Dejemos que los escolares practiquen con la bonita figura oval de Atum-hadu en sus tablillas de dibujo, y empiecen el día con una obligatoria recitación del inspirado cuarteto 7 de nuestro rey (Fragmento C solamente):

Cuando triunfamos sobre nuestros enemigos o el destino, llamamos a una docena de muchachas
que vienen a nosotros apresuradamente, y desabrochan la túnica de Atum-hadu
y bailan y se desnudan para nosotros, sus pechos tan erguidos
que la cobra cornuda de Atum-hadu salta como si fuera a volar.

Aunque yo lo celebraría felizmente con mi rey esta noche a su manera preferida, no puedo, ya que mi futura reina me espera en su pura belleza, allá lejos, y mi celosa amante, la Ciencia, exige que me recline en este catre militar, bajo sábanas engalanadas con cobra, buitre y esfinge, y guarde mi descubrimiento de los bandidos y celosos rivales que seguro llegarán cuando el rumor se extienda, cosa que sin duda ocurrirá, o yo no conozco el límite habitual de la discreción del moderno trabajador egipcio. Pero cuando vengan, me encontrarán con mi Webley reglamentario (para bandidos) o un sonriente silencio (para Carter). Ah, será sabroso. El estilo de Carter

no es el único; mi sana y cordial naturaleza ha sido diez mil veces mejor que su *hauteur*.

Me he adelantado a la historia. El tiempo, como he dicho, gasta malas pasadas.

De modo que la primera visión que tuvieron los hombres fue así:

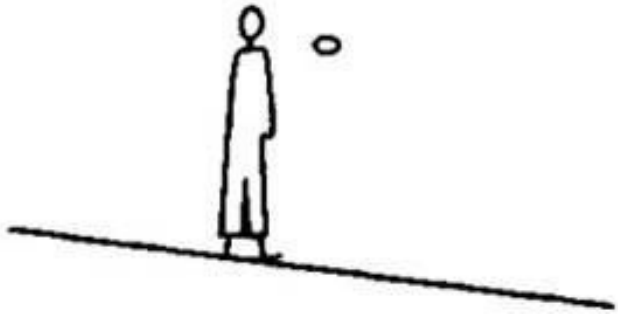


FIG. A. *Vista de la Puerta A de la tumba de Atum-hadu tal como fue descubierta por un anónimo obrero, el 11 de noviembre de 1922, mientras las canciones de trabajo son reemplazadas por un repentino, obsesionante y hermoso silencio*.

La tierra tenía en algunos lugares un espesor de treinta centímetros o más, y a menudo era roca dura. Pero al final de varias horas de escoplear, cepillar y tamizar, teníamos una puerta, aproximadamente de un metro y sesenta y cinco centímetros de altura por noventa de ancho (he de enviar a Ahmed a buscar una cinta métrica). Fue hallada más o menos en sus dos terceras partes por encima del nivel del sendero del acantilado, y un tercio por debajo de dicho nivel. Después del trabajo preparatorio, habíamos dejado al descubierto:

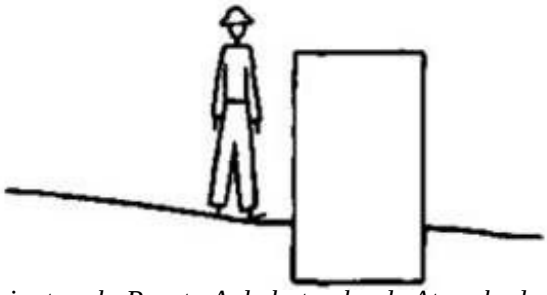


FIG. B. *Ralph M. Trilipush junto a la Puerta A de la tumba de Atum-hadu, 11 de noviembre de 1922*.

Debo organizar la llegada de un equipo fotográfico después de recibir el telegrama de la transferencia.

El portal está absolutamente intacto, nadie ha penetrado en él. Ni ladrón alguno consiguió entrar, ni posteriores autoridades reutilizaron jamás un centímetro de la construcción. La tumba no ha sido vista desde hace 3.500 años. Además, y de forma significativa, no fue «sellada». Es decir, no aparecen impresiones sobre la puerta de piedra de ningún símbolo o cartucho, ninguna marca que implique la presencia de un guardián de tumba. Esto sería bastante extraño en tiempos de paz, pero dado lo que sabemos de los últimos tiempos de Atum-hadu, la prístina pureza de la puerta es una prueba más de su identidad. Quienquiera que cerró esta puerta había recibido instrucciones de no señalar su exterior con nada que identificara a su ocupante (identificándolo de esta manera, para mí, con inconfundible claridad).

Por supuesto, si (como estoy seguro) escribo esta noche ante la tumba de Atum-hadu, éste fue enterrado a finales de la XIII.ª dinastía, al final de toda cultura,

religión, vida, Egipto, esperanza, tiempo… Porque, aunque sólo cien años más tarde, la XVIII.ª dinastía se alzaría de las cenizas de la XIII.ª y devolvería a Egipto una brillante y restaurada gloria (una restauración burguesa, el *kitsch* Imperio Nuevo, imitativo, lujoso pero falso, motivo de pavoneo de panzudos andróginos y reserva de investigación de eruditos igualmente blandos), en la época de la muerte de Atum-hadu, con los invasores hicsos declarándose los reyes de un país que jamás podrían esperar comprender, bárbaros jugando a disfraces, profanando los templos con sus esfuerzos por adorar a dioses a los que despreciaban, no había razón alguna para estampar sellos oficiales en la tumba de Atum-hadu, el último de los reyes egipcios, no había motivo alguno para presumir de su presencia. Mientras que la tumba de Carter, en caso de que la hallara, estaría profusamente adornada del equivalente jeroglífico de «Tut durmió aquí», la puerta de Atum-hadu se dejaba en blanco, cubierta de barro de rápido secado, y el rey se marchaba corriendo al inframundo sin un momento que perder.

Tanteé el perímetro de la puerta, descubriendo que estaba firmemente encajada en la roca. La puerta parece tener al menos treinta centímetros de grosor y debería salir como un bloque sólido, una tarea para mañana, o para tanto tiempo como sea necesario si ha de hacerse correctamente, como Carter lo haría, para darle lo que se merece al viejo y desafortunado colega.

Mientras, he enviado a Ahmed y a los demás a casa para ejecutar una serie de cruciales tareas mientras yo duermo haciendo guardia bajo el cielo de Atum-hadu. Me gustaría imitar a los antiguos reyes y cortarles la lengua a mis hombres, y contar con su probable analfabetismo, pero las tareas tienen que ser realizadas, y no puedo hacerlas todas yo. Mañana regresarán con cuerdas y arneses, cilindros de metal para sacar rodando la puerta, un carro acolchado y una lona para llevarla hasta mi villa sin que se vea.

Según el protocolo tradicional, debería ahora ponerme en contacto con el Servicio de Antigüedades para que mandaran a un inspector a participar y supervisar una correcta apertura, excavación, limpieza y catalogación de la tumba localizada dentro de la zona especificada en mi concesión. No obstante, debido a mi continuado tira y afloja con Lacau, estoy un poco perdido, y no veo otro camino que continuar de momento por mi cuenta, hasta que sepa qué ayuda necesitaré realmente de ellos. Cuando llegue ese momento, regresaré a El Cairo y les contaré en persona qué tesoros he hallado. Rellenaré su papeleo, pagaré pequeñas multas, jugaré mientras ellos me brindan risitas obsequiosas y me dan delicadas palmaditas en la muñeca, veré cómo se relamen al enterarse de dónde está la tumba y escucharé atentamente el chirriante sonido que hace la concesión de Winlock al ser recortada para acomodarse a las necesidades de transporte y el laboratorio de la Expedición Trilipush.

¡Mañana abriremos la tumba!

CABLE. LUXOR A C. C. FINNERAN, BOSTON, 11/11/22, 5:58 P.M.
MAESTRO DE GENEROSIDAD, ¡VICTORIA! LA GLORIA DEL DESCUBRIMIENTO ES MÍA Y TUYA.

ASEGURA CRÉDITO PARA EL 22. EL RETRASO DE UNOS PENIQUES ARRIESGA MONTAÑAS DE ORO. RMT.

Correspondencia:

Harold Ferrell a Laurence Macy III, 1954-1955

Había estado comprando regalos para su tía, a decir verdad. Lo habitual. Gastos facturables, por supuesto, ya que ella era una fuente clave de información. Y su tía aceptó todos mis regalos, sabe usted, sin la menor vacilación; yo no era ningún estúpido. Y llegó el día en que decidí mostrar un poco mis cartas, declararme un poquito. La misma mañana, antes de poder decidirme sobre mi técnica, fui convocado a la corte real, porque Finneran tenía noticias de Egipto. «Mire esto, Ferrell —me dice, empujándome a una silla—. Parece que nos hemos equivocado sobre el chico, mire estas buenas noticias». Me mostró un telegrama de Trilipush. Aquel demonio había encontrado la tumba, o al menos eso pretendía, y su equipo estaba abriéndola, brillantes montañas de oro. «Debería haber visto la cara de Maggie cuando le mostré esto», dice Finneran, agitando el cable en el aire, demasiado excitado para sentarse, haciendo cabriolas por todo su estudio, ofreciéndome una copa desde debajo de su mesa. Nunca había compartido ninguna de sus preocupaciones con Margaret —ninguna mención sobre Oxford— y me suplicó —no, me ordenó, y puede usted ver lo duro que era aquel viejo bastardo cuando se sentía seguro de algo—, me ordenó que siguiera su ejemplo, ahora que su decisión estaba «justificada».

Finneran estaba tan entusiasmado que se disponía a reiniciar el suministro de dinero que había interrumpido al llegar las noticias de Oxford. «¿Está usted seguro de que eso es juicioso? —pregunté—. Si Trilipush es un mentiroso, y tenemos algunas razones para pensarlo, entonces ese cable no demuestra nada». ¿Me censura usted, Macy? Él me había pedido que cuidara de su hija. Y yo realmente hablaba, no por egoísmo, sino sólo porque ése era mi honrado consejo. Un error por mi parte. Se demostraba lo acertado de mi primera opinión sobre los deseos de Finneran: un consejo honrado no era precisamente lo que él anhelaba. Se detuvo cuando iba a encender el cigarro y cargó contra mí. Saltó como de repente y Finneran mostró un temperamento que yo no le había visto hasta el momento, aunque debería haber supuesto que lo tenía; y huí de su estudio y de la casa, encantado de no volver a verlo, ni a él ni a su hija atiborrada de opio, nunca más. Ese cliente era una causa perdida. Me iría a Egipto inmediatamente.

Tales son las decisiones de los estúpidos enamorados, Macy, aunque sean detectives, los cuales deberían saber más de estas cosas. Cuando ella apareció en mi hotel aquella misma noche, riendo ante lo fácilmente que se había escapado de casa y de su perro guardián, el gran danés, la acompañé ansiosamente a un club de *jazz* tras otro, a los barrios de Boston donde nosotros éramos los únicos rostros blancos en medio de un mar de negros, y luego a un distrito en el que sólo se veía a chinos por las calles, y finalmente de vuelta al J. P. donde ella brindaba a cada copa por el triunfo de su novio. Oh, sí, aquella noche estaba alegre, y ni tocó el opio, todo el rato cantando los elogios de Trilipush. Estaba claro como el agua que yo no había causado en ella la más mínima impresión, a pesar de todo. Ella bebía y yo pagaba (o, para ser

justos, pagaba la infinita fortuna de Mr. Davies. Un collar reposaba, hecho un ovillo, en mi bolsillo).

Esa noche también conocí al misterioso J. P. O'Toole, si recuerdo bien. Estoy seguro de que habrá oído usted el nombre de O'Toole, Macy, fue bastante famoso tras los tiroteos entre gángsteres de finales de los veinte. Por entonces dirigía ese club entre otros garitos, le suministraba opio a su tía, y era uno de los inversores en la expedición a Egipto. Cuando bajó hasta nuestro sofá (probablemente para ver por qué Margaret no subía en busca de droga aquella noche), me dio a estrechar dos dedos de su mano. Afectaba una especie de actitud de realeza francesa con cualquiera que se atreviera a hablarle, aunque colocó a Margaret sobre su regazo y la meció en sus rodillas, llamándola su malvada ahijada, una libertad que me hizo hervir la sangre. Sin embargo, no diré que fuera un mal tipo, pues acabó siendo uno de nuestros clientes, Macy, sólo un poco más tarde.

La acompañé a casa aquella mañana, justo antes del alba. Nos detuvimos en un parque cercano a su casa. Yo estaba dispuesto a contárselo todo. Iba a decirle que aquel Trilipush la había utilizado por su dinero, que nunca había estado en Oxford, aunque un montón de sus pervertidos amigos sí, y habían falsificado sus diplomas para él. Estaba sólo decidiendo por dónde debía empezar la historia: el disipado caballero inglés, sodomita, asesino de su amante varón y de un inocente excavador australiano. Iba a contárselo por su propio bien, sabe usted. Y esperaba —*sabía*— que cuando le dijera la verdad, ella estaría agradecida, me daría las gracias, me vería finalmente bajo una nueva luz, una luz que yo había sido incapaz de encender por mí mismo porque ella estaba cegada por las mentiras de Trilipush. Ella dijo: «Buenas noches, Harry». Yo no abrí la boca. Ella se volvió hacia la puerta de su casa, sin preocuparse de si la veían entrar o no. Luego me volvió a mirar y dijo: «¿Puedes creerlo? ¡Mi héroe ha encontrado su tesoro! ¿No es maravilloso?». Y se fue. Y entonces yo grité su nombre, pero demasiado bajo, y entonces la puerta se cerró con un ruido metálico. Aún puedo oír aquel sonido. Hay una puerta aquí, en el asilo, entre el supuesto jardín y el lugar donde se encuentran los cubos de basura, una especie de cobertizo, donde esperan a que los recojan; y cuando los celadores sacan los cubos allí y la ventana está abierta, dependiendo del tiempo, y si flota cierto olor en el aire, esa puerta hace su ruidito metálico, y recuerdo a su tía tan claramente que podría llorar. Seguro que ella se lo contó.

Diarios de
Ralph Trilipush,
1922



Domingo, 12 de noviembre de 1922

Notas para el libro: Ayer era el Día del Armisticio, un momento para recordar a nuestros hermanos caídos en la Gran Guerra, y dar las gracias por las bendiciones de la paz que el resto de nosotros disfrutamos, eternamente, espero. Hay que incluir algo aquí sobre Marlowe y yo despidiéndonos antes de mi marcha a Turquía, Marlowe prometiéndome guardar el Fragmento C hasta mi vuelta, recordando en ese momento nuestros verdes y felices días en Oxford. Lo veo bendiciéndome antes de la batalla, recuerdo mi optimismo por nuestra eterna camaradería cuando lo dejé, mi pena cuando regresé de Turquía, etcétera.

Diario: Aparece un nuevo Ahmed hoy, todo sonrisas y reverencias, y los hombres siguen a su jefe. Sumamente gratificante. Llegaron al alba, con los telegramas enviados y los gatos alimentados, y con un impresionante despliegue de equipo nuevo, aunque antes de que esta aventura haya terminado tendré que ir yo mismo a El Cairo para buscar el vital equipo científico. Asimismo, esta noche debo enviarlo en busca de una mosquitera, por si he de volver a dormir al raso… Mis brazos parecen uno de mis mapas en relieve del Himalaya.

Comenzamos inmediatamente, metiendo cuñas bajo la puerta, cavando mientras avanzábamos a lo largo de su parte superior y sus costados. Nos aplicamos al trabajo y a la hora del almuerzo hemos cavado un espacio alrededor del perímetro de la puerta de aproximadamente treinta centímetros de profundidad pero aún no hemos conseguido aflojarla. He llegado a la conclusión de que la única solución es pasar cuerdas por detrás y alrededor de la puerta, y luego, con la fuerza de nuestros doce brazos hacer que baje sobre su cara exterior, sobre un acolchado para proteger cualquier microscópica inscripción invisible a mis gafas, para que descanse encima de unos rodillos de los que puedan tirar los burros. De vuelta al trabajo.

5:00. Ahora soy capaz de distinguir una grieta allí donde la superficie superior de la puerta linda con algo, probablemente el techo del espacio que se extiende tras la puerta. Logro colocar las primeras cuñas en la grieta, hincando a martillazos barras de hierro en la estrecha hendidura que se ha abierto, y sacando suavemente de su marco, con una palanca, el bloque de la puerta, hasta que una de las primeras cuñas desaparece de la vista, detrás de la grieta, y contenemos la respiración al oír un clic contra la piedra. Ya casi estamos. Inserto una sonda en el espacio donde cayó la cuña (un espacio en cuyo interior ya estaríamos, maldito sea el Museo Metropolitano de Nueva York, si dispusiera de suficientes hombres y no me viera obligado a trabajar en la sombra, como si fuéramos criminales). Llevo a cabo una prueba con la vela para asegurarme de que no se desprenden gases venenosos de la grieta. No hay bastante espacio para ver en su interior o para introducir una linterna, así que, pese a estar ansioso por echar una ojeada, ordeno una pausa para que los hombres descansen.

Éstos mastican azufaifos, no dicen nada y me sonríen siempre que captan mi mirada.

7:30. Después de una hora de tirar, deslomándonos, conseguimos que la puerta se mueva, y puedo meter una pequeña vela dentro de la tumba y atisbar en el espacio. Al principio mi visión no logra adaptarse a la oscuridad, al cono de la luz en forma de punta de lanza, rodeado por un halo, no agitado por ninguna corriente, y tampoco puedo ver todavía lo que espero ver (sombras, metales centelleantes), y por un largo momento para todos nosotros, hay sólo una intensa expectación silenciosa.

—¿Qué ve usted, maldita sea? —murmura Ahmed en inglés.

—¡Inmortalidad! —digo (cambio en el epígrafe Abdullah por Ahmed, aunque el cabrón apenas se merece que se mencione su nombre).

Finalmente, se clarifica un espacio por sí solo: paredes de un blanco polvoriento, un sector de suelo de aspecto parecido, pero poco más. Al crepúsculo solamente hemos conseguido sacar la puerta lo suficiente de su marco para que mañana, con unos músculos descansados y tras una noche de sueño, podamos bajarla hasta el suelo. Autorizo a Ahmed a regresar con más obreros y envío a los hombres a casa.

Lunes, 13 de noviembre de 1922

11:00 a.m. Ahmed, tarde pero con seis hombres, llega a las 8:30. Pago los cinco salarios que llevan hasta la fecha, y a los dos hombres nuevos por el día de hoy solamente. Hemos conseguido bajar la puerta hasta su acolchado transporte, aplastando los cilindros casi inmediatamente. Debe de pesar, en eso coincidimos todos, cerca de 900 kilos, y los hombres hicieron un gran esfuerzo para bajarla con cuidado (los dos nuevos se marcharon renqueando, doblados por la cintura y sujetándose los riñones), pero el trabajo está hecho y yo inmediatamente avanzo un paso y entro en mi cámara con una linterna eléctrica. El aire —cálido, espeso, inmóvil durante 3.500 años— era delicioso. La puerta se alzaba en el centro de una pared de una habitación cuadrada, aproximadamente de cuatro metros y medio de lado, y quizás dos metros y diez centímetros de alto. Toda su superficie era de una uniforme y pulida piedra blanco-amarillenta. Respecto de objetos, decoración de las paredes, estatuas, pisadas, dioses guardianes, inscripciones murales… un posterior inventario será tal vez capaz de revelar lo que yo he sido incapaz de ver hasta ahora, solo y con mi única linterna. Pero diría, provisionalmente, que de momento se podría decir que parece que hay muy poco de eso, y posiblemente nada reseñable hasta ahora.

Permanezco y escribo en lo que me veo por ahora obligado a llamar la «Cámara Vacía» de la tumba de Atum-hadu. Un plano tendría este aspecto.

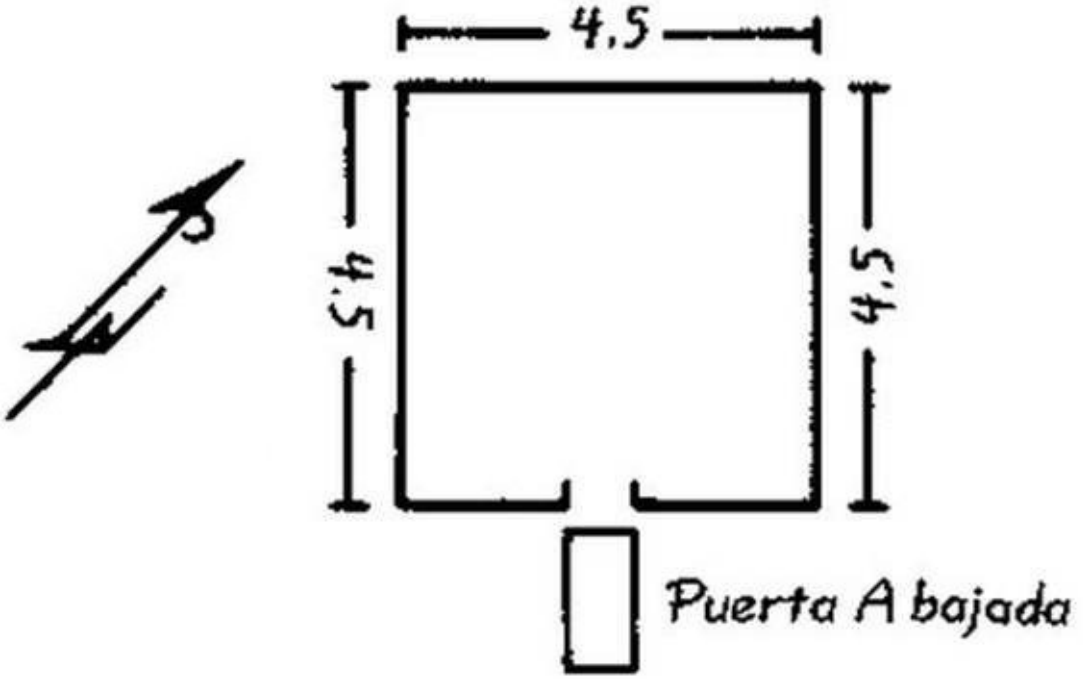


FIG. C. *La Cámara Vacía*.

Pese a mis órdenes explícitas, descubrí que Ahmed estaba entrando en la Cámara Vacía. «¡Fuera! —le grité—. Este espacio no es para aficionados». Ni se movió ni dio a entender que me oía; sólo paseó su linterna por las paredes, y pude sentir las

erróneas interpretaciones que infectaban su mente. Suspiró y salió con paso airado de la habitación. ¿Qué diferencia podía suponer aquello para él? Se le pagaba por su tiempo, por tanto, cuanto más lento mejor. «Envía los hombres a su casa por el resto del día —le grité cuando salí—. Tú y otros cuatro venid con las primeras luces del alba». Porque yo necesitaba el resto de la jornada para considerar y realizar un cuidadoso análisis de la sala.

Ahora ya es el crepúsculo. No juzgo con dureza la reacción de Ahmed. También yo podría desesperarme y escribir la palabra «decepción» en vez de «éxito» aquí, si no estuviera mejor informado. Veamos: la ignorancia y la predecible frustración de Ahmed son precisamente las claves en este caso, la mejor defensa que el arquitecto de la tumba de Atum-hadu podría concebir. Junto a la parpadeante lámpara, aquí, en la Cámara Vacía, yazco en mi catre de campaña y comprendo exactamente lo que significa semejante habitación. Imaginemos a un saqueador de tumbas de los tiempos antiguos. Aunque ahora sabemos que jamás hubo saqueadores en esta tumba, ninguno, los arquitectos tenían un plan para ellos. Así que imaginemos al arquitecto preparándose para el ladrón. Hablando de ladrones, imaginemos a un hombre como Ahmed que, junto con algunos colegas tan bribones como él, realiza tremendos esfuerzos para abrirse paso a través de la maciza puerta que han hallado por casualidad o por astucia. Al final, escondiéndose para no ser vistos por las autoridades que pudieran tener algún interés en aquella época, tropiezan con el lugar de tránsito del último Señor del Nilo y encuentran en la forma de esta vacía cámara una simpática defensa: «Nada que sacar aquí, compadre; vete a saquear a otra parte». Porque nadie excepto un alma gemela de aguda vista será capaz de descubrir la débil silueta que hay en la pared trasera, nada menos que otra puerta, casi deliberadamente invisible pero que indudablemente está ahí. E incluso R. M. Trilipush, el legítimo descubridor del rey, no se percata de ello hasta las 8:00 p.m., tras haberse marchado sus hombres, y un poco trastornada su propia mente.

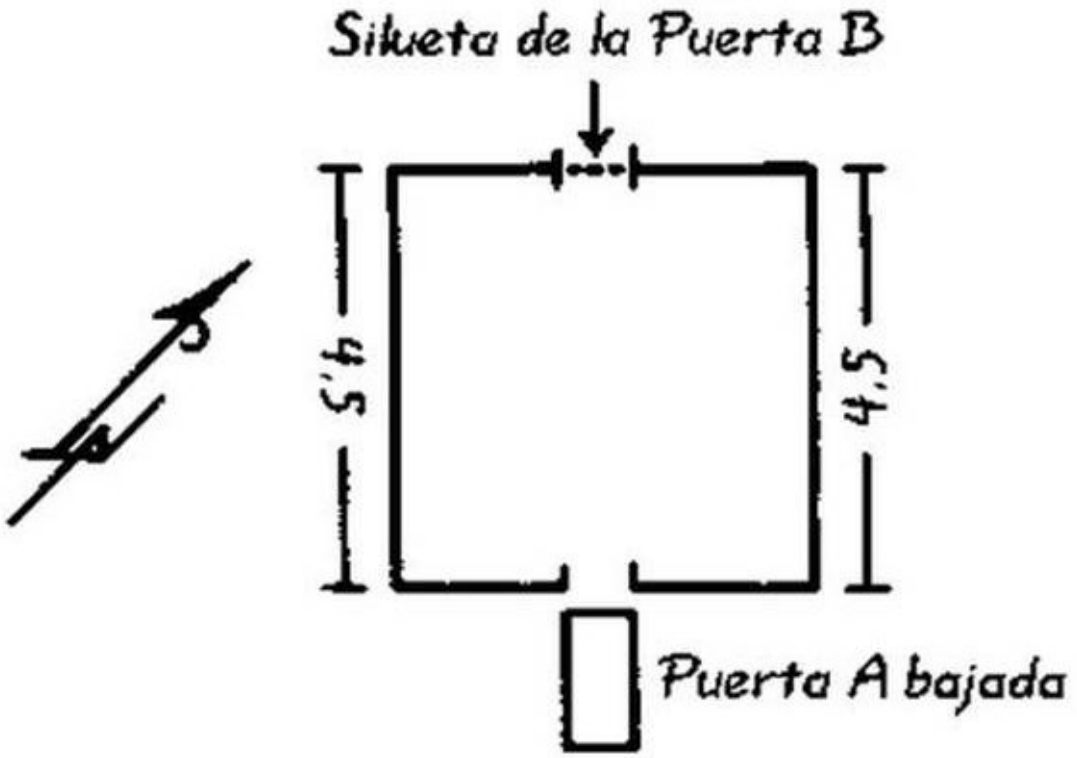


FIG. D. *La Cámara Vacía, corregida.*

Tras un suave escopleado y barrido del polvo, y algunas cuñas introducidas a martillazos, no hay absolutamente ninguna duda al respecto. Mañana penetraremos más profundamente en este notable laberinto dejado para nosotros por nuestro señor Atum-hadu, este rompecabezas que es también a su vez una solución al distinto rompecabezas ofrecido al propio rey, la más brillante solución a la más horrorosamente compleja Paradoja de la Tumba de la historia de esta extraordinaria tierra.

Consideremos el cuarteto 78 (ABC, de *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto.* Harvard University Press, 1923):

Ningún halcón nos espiará, ningún sabueso saluki, *famoso por su vista, veremos mientras tomo a Isis rudamente, su boca y su trasero.*
Cuando el húmedo beso de Maat está a mi izquierda y el pecho de Sakhmet a mi derecha.
Enemigos mortales, ladrones, traidores, vagarán todos sobre nosotros, ciegos en un seco desierto.

Una sinopsis tan bonita de la Paradoja de la Tumba y las delicias del inframundo como uno podría esperar encontrar. Y para cualquier antiguo lo bastante afortunado para descubrir la entrada de Atum-hadu, dentro habría sólo una desalentadora sala, aparentemente ya saqueada. Formémonos una hipótesis sobre cómo la Paradoja de la Tumba podría ser honrada aquí: podemos imaginar que Atum-hadu arregló las cosas para que el hombre que sellara la segunda, la puerta interior (Puerta B), fuera asesinado por el hombre que más tarde selló la Puerta A, el cual, a su vez, fue señalado para su posterior asesinato por un tercer hombre, que nada sabía de la ubicación de la tumba, o del propósito que subyacía tras su letal contrato. A la muerte

de Atum-hadu le siguen las otras dos, no relacionadas, inexplicables incluso para sus autores, y difícilmente conocidas en el ocaso que se había abatido sobre Egipto al final.

Mañana penetraremos en la tumba de nuestro rey, interrumpiremos su ávida relación carnal con sus eternas compañeras de cama. Esta noche, durmiendo en su Cámara Vacía, puedo casi oírlo, respirando pausadamente, saciado, sabiendo que sus enmascarados asesinos han cumplido sus instrucciones, que sus mujeres le darán placer para siempre, que él fue más inteligente que nuestro resentido padre, el Tiempo.

Martes, 14 de noviembre de 1922

Ahmed regresa, avergonzado, encantado ahora con la Puerta B.

—Milord Trilipush, tu ojo de halcón y nariz de sabueso e infalible corazón son un modelo para todos nosotros y un símbolo de todos los regalos que el inglés ofrece a Egipto —declara.

Comenzamos de nuevo el mismo doloroso proceso, pero ahora bajo la parpadeante luz de la linterna y un calor que nos empapa la camisa, mientras buscamos la ubicación de la segunda puerta. Comprobamos hasta dos y tres veces la posible existencia de inscripciones, sellos, marcas de cualquier tipo, y estoy satisfecho de no hallar ninguna, confirmando así, fuera de toda duda, mi hipótesis respecto a la función de la Cámara Vacía. Permito que cada hombre tenga su turno con la lupa, y los seis nos mostramos de acuerdo: nada en absoluto.

Ahora, dos de ellos permanecen de guardia fuera, y otros dos sirven para traer agua y herramientas cuando se les pide, mientras yo voy escopleando con cuidado y precisión, y Ahmed me sostiene la linterna (lo cual tiene sobre todo el objeto de evitar que se dedique a pasear por la habitación como una vieja).

El perfil de la puerta se definió por sí solo rápidamente, como si la blanco-amarillenta pared fuera sólo un camuflaje muy superficial, y nosotros penetráramos en el más oscuro terreno de complicidad con nuestro expectante rey. Está claro que se necesitarán varias palancas, y como hay una ligera inclinación del suelo hacia la Cámara Vacía —que se inicia en el sendero del farallón— probablemente se requerirá un bastidor con ruedas, y muy fuerte, para sacar de la tumba la segunda puerta, que tendrá que asegurarse sobre dicho transporte de forma precaria sobre su costado para que pase a través del espacio dejado por la Puerta A, a menos que el Servicio de Antigüedades decida dejar entreabierta la Puerta B, *in situ*, para un purista *frisson* en la temporada turística.

Dadas todas estas complejidades y la imposibilidad de que los ladrones consigan progresar con semejante barrera, dejé a los hombres haciendo guardia y durmiendo en la Cámara Vacía bajo sus sábanas decoradas con dibujos de buitre-cobra-esfinge-Horus, y regresé a la ciudad. Me pregunto qué clase de vida familiar tendrán esos hombres a los que no se les espera en casa y pueden quedarse a dormir en el desierto sin previo aviso.

En el correo, hay una carta de mi prometida, fechada hace veinticuatro días (una vida entera, antes de nuestro hallazgo), y también un telegrama de mi Maestro de Generosidad, en donde se demuestra que es tan digno de ese título como cualquier otro que lo haya recibido: ¡Bien hecho! Manda detalles, fondos en camino. Tengo que comprar palancas, comida, etcétera.

Y ahora desde esta distancia, al llegar el crepúsculo, sentado en mi terraza de villa

Trilipush, con un cóctel antimalaria en la mano, *Maggie* ronroneando en mi regazo, el gramófono sonando, imagino lo que me espera detrás de la Puerta B, las sombras que se proyectan contra las blancas paredes por la luz de la linterna, la puerta detrás de nosotros, las palancas que dejadas caer al suelo ante la maravilla… Mañana.

21 de octubre

¡Hola Ralphie!:

Mientras te dedicas a perseguir negras por la casbah (oh, sí, señor, fui al cine la otra noche y ahora sé exactamente lo que te atrajo de Egipto y Arabia, mi malvado jeque), no voy a quedarme sentada sobre mi trasero escuchando a Inge hablar de los duros inviernos de Islandia.

He podido pasar algunas veladas muy agradables en el J. P., lo cual, me consta, tú no apruebas. No sé lo que no apruebas, el J. P., o que yo pase allí felices veladas. Sinceramente, pensarías que soy una criminal convicta o algo así por la forma como me tratan aquí.

Tal vez te interesaría saber que J. P. me presentó a un amigo suyo, veamos, ¿cómo se llama?, lo tengo en la punta de la lengua, ah, sí, ya lo tengo: Cornelius Macy. Bueno, diría que Cornelius se ha encaprichado bastante de mí, y es un excelente bailarín. Lleva cuatro noches seguidas viniendo al local desde que nos conocimos, el martes. J. P. dice que este tipo, Corny, tiene montones de dinero. Está forrado. Desde luego viste como un magnate. No me vendrían mal montones de dinero, ¡oh, sí, no me vendrían mal, Mr. Trilipush!

Tranquilízate, inglesito. No significa nada para mí; tú eres mi único y verdadero Héroe explorador.

Y ese detective también se está mostrando muy amistoso conmigo. No sé qué pensar. No es ninguna belleza. Te lo digo a las claras. Un par de días después de conocernos, yo me dirigía a una pequeña fiesta de la que había oído hablar a varias amigas, igual que en los viejos tiempos, pero cuando salí de casa, él estaba allí esperando, el detective, y me dijo: «Vamos, la llevaré a tomar una copa». Una chica no necesita que le digan eso dos veces.

¿Qué vas a traer a tu Reina de allí? Lo sé, lo sé: la tumba estará llena de joyas de hace un millón de años. Y es verdad que las cosas egipcias están muy de moda en estos momentos, así que será estupendo. ¿Pero no estará todo un poco mohoso y gastado? A una chica no le gusta llevar una pieza de museo *alrededor del cuello, sabes, Ralphie.*

No, la verdad es que ese fisgón no vale ni una mirada. Pelirrojo y con bultitos en la cara. Es tímido también, conmigo, no puede mirarme a los ojos. En los hombres, eso es un signo seguro de que se están chiflando por mí. Tú fuiste la excepción, mi Héroe, mirándome con atrevimiento, recitando tus atrevidos poemas. Pero éste me lleva al J. P. cuando me apetece, cuando estoy aburrida y necesito salir por la noche, y es como un cachorrito. Pero puedo decirte algo, dice que está buscando al pobre chico australiano, pero en realidad siente curiosidad

por ti. Creo que en parte es porque quiere saber si me queda sitio en mi corazón para otro. Oh, no te preocupes, Ralphie, ¡tú procura venir pronto! Te estoy dando la lata, ¿no? Pero míralo desde mi punto de vista. Tú tienes las aventuras. A mí me tratan como a un convicto, y todo porque estoy un poquito enferma.

¿Has encontrado el tesoro ya?, me pregunto. ¿Qué aspecto supones que tienen las paredes de la tumba de Atum-hadu? Cuando pienso en su poesía, caray, se me ocurre que su tumba va a ser un espectáculo. Que no te dé ideas, caballerete, al menos hasta que vuelvas. Te estoy esperando, ya lo sabes, pura como la nieve para ti, Héroe.

Aunque llevas fuera un tiempo espantosamente largo, ¿no? Y yo no he sabido ni pío de ti desde que subiste a aquel barco, agitando tu sombrero en el aire para mí. Guardo tu libro junto a mi cama, y tu foto también, aquella en que estás con tu ropa de explorador. Me duermo imaginando que me estás leyendo tus perversos y ardorosos poemas del rey. A veces me despierto y veo a Inge leyendo nuestro libro. No me sorprende nada.

¿Cuánto tiempo crees que vas a estar fuera? Me aburro mucho aquí y es culpa tuya. Nunca me había aburrido contigo, ni siquiera cuando hacíamos cosas aburridas como contemplar otra silla rota y vieja de un faraón más en un museo. Pero ahora démonos prisa, Ralphie. Quiero casarme. Me merezco algo mejor, ¿no? Me merezco lo que me prometiste. Ya no me gusta estar aquí, no me gusta Inge, ni siquiera me gusta papi en estos momentos.

¡Así que eso es todo!

m.

Miércoles, 15 de noviembre de 1922, villa Trilipush

Me levanto antes del alba.

Vuelvo al emplazamiento poco después de la salida del sol, con comida, agua y otras dos linternas eléctricas. Despierto con suaves puntapiés a mis hombres acurrucados en la Cámara Vacía.

¡Y de nuevo a la brecha! Colocando cuñas, utilizando palancas, tratando de clavar ganchos a base de encorvar las espaldas, colocando a puntapiés unos cilindros más fuertes en su lugar, mientras los hombres se quejan con voz cada vez más sonora de ampollas en las palmas producidas por las cuerdas (olvidé comprar guantes), empujando con la izquierda, tirando con la derecha.

Hora del almuerzo. Necesito equipo pesado que todavía no puedo permitirme comprar, ni traer abiertamente a mi yacimiento. Es sólo cuestión de superar este ángulo difícil, que hace que la puerta parezca aún más pesada. Quizás necesite comportarme con menos responsabilidad con mi hallazgo y simplemente golpear la puerta hasta hacerla pedazos. No lo haré, a pesar de la excitación. Excavamos para preservar.

Nuestro avance es desesperante, casi imperceptible, y sufrimos golpes y moratones, y pegajosas ampollas, que escuecen como el fuego. Al crepúsculo, envío a los hombres a su casa y yo me desplomo en un catre de campaña en medio de las extrañas corrientes de aire y bolsas de calor de la Cámara Vacía.

Jueves, 16 de noviembre de 1922

Margaret: Son las 3:30 de la madrugada y escribo a la luz de la lámpara, pues mi dolorido cuerpo ha hecho que me despierte. Ya no puedo dormir más de cuatro horas por la noche, y eso a rachas. Pienso en ti, que estás horriblemente lejos en estos momentos, mi dulce y confiada cosita, pese a todas tus dificultades, el extraño mundo que el dinero de tu padre ha construido a tu alrededor, la niebla producida por los medicamentos, los perturbadores cambios de estado de ánimo, ese extraño Ferrell tratando de alejarte de mi afecto, la tediosa compañía de Inge, de la que estoy de acuerdo contigo que es posible que pueda haber caído en manos de tu padre.

Diario: Por la tarde. Con más horas de trabajo, la puerta se ha movido ligeramente, avanzando un grano de arena cada vez, y, a primera hora de la tarde, puedo atisbar a través de una grieta: ni hablar de oro, mis propios ojos sorprendidos me lo dijeron. Les doy a los hombres un breve descanso a fin de que se preparen para el esfuerzo final. «¿Por qué no emplear un mazo?», pregunta Ahmed en inglés, y me quedo asombrado al ver que habla en serio. Me resulta increíble lo poco que estas personas comprenden lo que estamos tratando de hacer por ellos. Empiezo a explicarle los fundamentos de la arqueología, pero debo ahorrar fuerzas y veo que no está muy interesado.

Jueves, Viernes, Sábado, 16, 17, 18 de noviembre, escrito el sábado, 18 de noviembre de 1922

Diario: Victorias y temporales pequeños contratiempos. Dolor atroz.

El 16, otra hora de pesado trabajo con palancas y cuerdas dio como resultado una pírrica victoria: habíamos conseguido la posición antes descrita, y Ahmed era un firme y servicial capataz; veía cierta seguridad en mi rostro, y ahora me prestaba su atención. Después de la pausa, nos pusimos a trabajar con denuedo. Los estaba apretando demasiado, ahora lo veo, ése fue mi error. Dos hombres a cada lado de la puerta, empleando toda su fuerza con las barras. Y Ahmed y yo en la parte delantera, con cuerdas, tirando hasta que nuestros guantes se calentaron al rojo… y entonces, para vergüenza mía, sucedió: primero fue un sonido, un horrible sonido, el torrente de los acontecimientos que superan el control científico. Para un oído supersticioso (como eran sin duda algunos de los que estaban en la cámara), un retumbante grito del pasado acompañado de una ráfaga de aire caliente (quizás pensaron que era el furioso aliento de Atum-hadu) así como los gritos en inglés de mi frustración, y luego el espantoso ruido de la maciza puerta haciéndose pedazos cuando se caía hacia delante y estallaba contra el duro suelo, con un millón de trocitos de mármol gris rebotando por todas partes como metralla. Después, los gritos —de uno de los hombres que se había cortado ligeramente encima del ojo con una esquirla de piedra — y luego solamente el dolor, el insoportable dolor, cuando me di cuenta de que mi propio pie se encontraba dentro del perímetro donde la puerta se había desplomado y hecho añicos. Cojeando, sangrando, los dedos del pie aplastados, el lateral de mi bota rajado, bueno no importa… yo estaba en la siguiente cámara al cabo de un instante, iluminando con mi linterna eléctrica un camino aquí, allá, arriba y abajo de cada pared, invadiendo cada rincón mientras un dolor eléctrico procedente de mi pie centelleaba detrás de mis ojos.

Las maldiciones en árabe fueron terribles, las que pude comprender, y al principio pensé que debían de proceder de los heridos, pero en realidad brotaban de la boca de Ahmed, que maldecía el destino y a Occidente y a Egipto (porque, en su ceguera, no veía más que otra sala vacía). Su avidez por el oro alimenta sus frustraciones; carece de temperamento para la ciencia. Sencillamente lo que Carter, Marlowe y yo compartimos no es un rasgo egipcio.

Ordené a Ahmed y a otros dos hombres que llevaran al herido a la ciudad para que lo curaran, y regresaran al cabo de veinticuatro horas. Conservé a un hombre conmigo para el laborioso trabajo que me esperaba y me ayudara con mis propias heridas.

El hombre me sacó la bota, y casi me desgarré la mejilla de un mordisco por el dolor. Parte de las sábanas del hotel y del agua fueron sacrificadas para lavar y vendar

mi espantoso, ensangrentado pie. A última hora de la tarde del día 16, fui finalmente capaz de andar cojeando por ahí y colocar linternas en la segunda cámara. Por desgracia, la Puerta B es una pérdida terrible considerando su inscripción, que reza, en excelentes jeroglifos:

«Atum-hadu, señor del Nilo, escupe sobre sus perseguidores, que demasiado tarde lo perturban, y que pagarán un horrible precio por su intrusión»

La inscripción era una prueba espléndida, si es que queda alguien a estas horas que cuestione nuestras premisas o logros. Espero que podré reconstruirla a partir de los pedazos, pero me temo que se ha perdido. Me echo la culpa a mí mismo, y a los estúpidos del Servicio de Antigüedades que me han confinado a esta situación y han conseguido a costa de mi pie su botín. El pie, que se iba hinchando rápidamente, me obligó a aplazar la exploración de la nueva cámara y me pasé la tarde cambiando una y otra vez el empapado vendaje: una fea herida realmente, aunque, desde luego, un pequeño precio por nuestro descubrimiento. Envié al hombre afuera, para que se aireara, en busca de un poco más de agua, y un bastón, pero en conciencia no podía regresar a mi villa, o ir a ver a un médico, hasta no haber trazado el mapa de la nueva cámara de la tumba. Dormir era casi imposible.

Llegó el 17 de noviembre, un atisbo de luz, y como mi hombre aún no había regresado, de nuevo me lavé y envolví mi pie con otra tira de sábana y el último resto de agua potable. Descubrí un verdadero problema a la tenue luz del alba: los dos últimos dedos estaban sin duda rotos, al igual que, a juzgar por la hinchazón de color morado, un par o tres de huesos del mismo pie. Los cortes eran muy superficiales, pues la bota había parado el golpe, pero la piel estaba agrietada en algunos lugares y la sábana tenía un color marrón. Terminé mis curas y salí cojeando a explorar lo que temporalmente bautizamos como la «Cámara de la Confusión».

Esta segunda cámara está a simple vista tan vacía como la primera. De modo que debemos llegar a la conclusión de que Atum-hadu y su anónimo arquitecto decidieron que cualquier saqueador que se abriera paso a través de la Cámara Vacía, descubriera después la siniestra maldición escrita en la Puerta B, y fuera, no obstante, lo bastante fuerte para seguir avanzando, solamente podría ser disuadido por una total frustración, ya que ni el miedo ni los obstáculos lo habían detenido hasta entonces. Así que el rey y su constructor decidieron no dar más la lata con nuevas maldiciones u obstrucciones, sino simplemente intentar convencer al potencial ladrón de que estaba perdiendo el tiempo. Para ello, otra sala vacía. Por supuesto, ningún observador jamás llegó tan lejos, de modo que aunque admiro la astucia de Atum-hadu, la verdad es que, mirando retrospectivamente, era bastante innecesaria.

En cualquier caso, mi tumba se presenta ahora así:

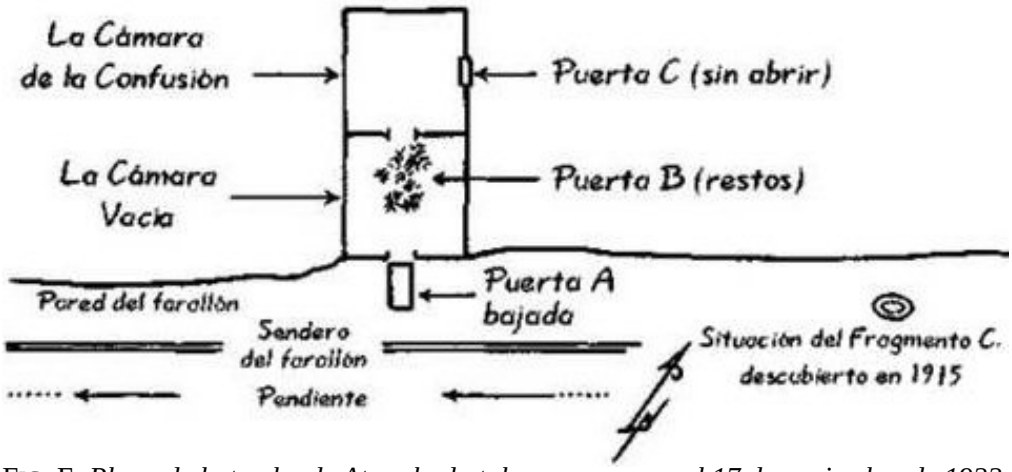


FIG. E. *Plano de la tumba de Atum-hadu tal como aparece el 17 de noviembre de 1922.*

De no ser por la (perdida) inscripción de la Puerta B y la seductora canción de la Puerta C, mi confusión y desesperación podrían en este momento equipararse a las del hipotético saqueador del pasado.

No fue hasta avanzada la mañana del 17 cuando mi hombre regresó con vendas, agua, comida y un bastón, curvado en la punta como un cetro real tallado a partir de una madera fuerte y oscura. Material de foto de portada: «¿Sabes que se rompió un pie en la excavación y entonces, frío como a ti te gusta, simplemente envió a buscar un bastón mientras continuaba? El bastón se exhibe ahora en el Club de los Exploradores de El Cairo».

El bastón era una ayuda, pues a cada paso mi pie palpitaba con ecos del impacto de la puerta caída. Comí, bebí, y terminé mi inspección con la lupa en la Cámara de la Confusión, confirmando su brillante diseño «mortuorio», pero aparte de la borrosa pero inconfundible silueta de la Puerta C, no hallé nada de nada.

Con la ayuda de mi único hombre (Ahmed y los otros tres tardaban en regresar), comencé a quitar el polvo y a escoplear alrededor de la Puerta C, el mismo lento trabajo de escoplo, pincel, martillo, cuña, pincel, escoplo, pincel, martillo, cuña, pincel. Me sentía terriblemente débil, quizás incluso con un poco de fiebre, sin duda por la excitación de lo que podía haber tras aquella notable puerta. Y, por dos o tres veces, volví a salir cojeando al exterior, donde me sentí ligeramente mareado. En dos ocasiones, al menos, me encontraba tan exhausto que tuve que dormir, agitadamente, en uno de los catres de campaña de la Cámara Vacía, tratando de recuperar muchas horas perdidas. Cuando cayó la noche del 17, yo había pasado la mayor parte del día durmiendo, y me desperté —como era mi desgraciada costumbre, y también la de Atum-hadu— al iniciarse las horas de oscuridad. Madrugada del 18. Podía oír, pero no ver, a mi único hombre leal durmiendo en un oscuro rincón, pero los demás aún no habían regresado. Salí afuera para contemplar las estrellas sobre Deir el Bahari.

No diré que me sintiera muy alegre durante esa observación nocturna.

Finalmente llegó la aurora del 18 y la pálida luz me reveló que estaba solo. Evidentemente había interpretado mal los ecos de mi propia respiración, no era la de un leal trabajador que estuviera allí. Reparé en que tanto Ahmed como los otros

llevaban ya dieciocho horas de retraso. Se me ocurrió la posibilidad de que me hubieran traicionado, pues la cobardía y la avaricia de la mano de obra local eran una constante amenaza. Sin la perspectiva de una gratificación inmediata, el abandono era una probable explicación. En fin. Decidí que continuaría solo para preparar la Puerta C, pese a mi herida, la sed, el hambre y la justificable rabia. Después cubriría la parte delantera de la tumba con rocas y barro, regresaría a Luxor, presentaría mi descubrimiento al inspector del Servicio de Antigüedades local y aceptaría la reprimenda, así como los hombres y el apoyo técnico que me concederían como resultado de mi descubrimiento. En particular, conectar luces eléctricas a la tumba sería de gran ayuda, lo que libraría el espacio del humo de las antorchas y lámparas de petróleo e incrementaría grandemente el número de horas seguidas en que se podría trabajar sin verse obligado a salir en busca de aire fresco.

A última hora de la tarde de hoy, día 18, Ahmed regresó con tres de los hombres. Sus excusas fueron abundantes y se mostraron encantados de ver la silueta de la Puerta C. El herido había requerido cuidados, Ahmed se había quedado en la villa hasta que llegaron los gatos y les dio de comer, luego Ahmed y los hombres habían conseguido, siguiendo su propio criterio, herramientas que creían que serían útiles en «nuestra común tarea». A saber: dos enormes mazos.

Me conmovían sus esfuerzos, pero no pude evitar reírme ante su expresión cuando les hice una pregunta elemental: ¿Qué les pasaría a los tesoros situados justo al *otro* lado de la Puerta C, si empleábamos su técnica?

Así que dejé a Ahmed y a uno de los otros hombres para que permanecieran de guardia durante la noche mientras yo confiaba en los otros dos para ayudarme a volver a villa Trilipush, esperando, a cada paso del cruel burro que me zarandeaba y destrozaba los huesos, que pronto viajaría a mi yacimiento tranquilamente a la luz del día, bendecido por los bufones que estaban al mando, los hicsos de los tiempos modernos, que empujaban a los hombres a un engaño tan necesario.

Villa Trilipush, finalmente, no me decepcionó: un baño caliente, un par de copas, vendajes nuevos en un pie que es ahora demasiado grande para introducirlo en la bota, y poner al día mi diario.

Más tarde. Mi hombre ha regresado de correos, donde me esperaban una carta y un telegrama. En éste, C. C. F. me felicitaba y me informaba de que había autorizado una transferencia, al tiempo que me pedía que le mandara inmediatamente un catálogo de los hallazgos, «espec. artículos de interés privado, personal». La carta era del banco de Luxor, confirmando el cable de C. C. F.: se había autorizado una transferencia a mi cuenta desde Estados Unidos dos días antes, el jueves 16 —una cantidad equivalente sólo a la octava parte, en desastrosas piastras, de lo esperado y cuidadosamente acordado—, como pago mensual según un presupuesto de equipo preliminar, y veinticinco días tarde, por añadidura. Después de mis recientes gastos y promesas de pago, la octo-transferencia de C. C. F. apenas es poco más que el débil aroma de los fondos previstos.

Es una asombrosa traición. Quisiera concederle a C. C. F. algún tipo de lógica, alguna razón, pero desde luego no tiene ninguna. ¿Piensa compensar la diferencia en el siguiente envío, programado para el 22 de noviembre? Paso largo rato tratando ansiosamente de descifrar sus pensamientos, que estaban quizás —deberíamos tenerlo en cuenta— corrompidos por el siniestro Ferrell. C. C. F. está evidentemente bajo el dominio de alguna oscura influencia. Dispongo del medio para forzar su cooperación, por supuesto, pero ése no es el modo en que desearía que funcionara esta sociedad. ¿Por qué me hace esto? Busco en vano una razón que explique por qué mi desgraciado y roñoso Maestro de Generosidad no ha cumplido con sus limitadas obligaciones, y en vez de ello probablemente se ha arrastrado a algún palacio de la ginebra de Boston a quemar las necesarias finanzas de Atum-hadu en alcohol de contrabando y chicas alegres, en compañía de sus rufianes compinches y su concubina escandinava.

Mi leal hombre está aún fuera, aguardando mis órdenes. Lo mando nuevamente al correo con mi meditada réplica a C. C. F.:

Abierta segunda gloriosa cámara pese a vergonzosa penuria. Ahora no es momento para mezquindades con tu colección particular en juego. Me tomo un muy necesario descanso. Dormiré el sueño de los muertos y mañana volveré a la batalla, con las armas que me quedan. No me desanimarán.

Domingo, 19 de noviembre de 1922

3:55 a.m. He escrito demasiado pronto. No tengo sueño, pero el pie está totalmente entumecido, algo que agradezco mucho.

La noche es negra. La solución de Atum-hadu a la Paradoja de la Tumba —la solución que hasta ahora me asfixió de polvo y me ha costado un pie— es muy elegante y sin embargo está fuera de mi alcance. Puertas ocultas. Falsos callejones sin salida, para despistar a los saqueadores. Hay más, algo que no puedo ver. ¿Qué decidió el rey bajo estas estrellas? Hay que ponerse en su lugar.

Pasea por los iluminados, casi abandonados pasillos de su palacio tebano, se debate en desasosegada agitación yendo desde el dorado trono al tallado lecho. ¿Desea Su Señoría ver acróbatas? No. ¿Busca compañía, la encarnación de Osiris? No. ¿Desea el celestial amante montar en un camello, dar de comer a un tigre, desollar a un prisionero, balancearse de las barras colgantes, jugar con una trompa de elefante, acariciar a una jirafa? No. Mis reales preocupaciones me superan esta noche y me niegan el sueño. Esta noche, tras sólo unos minutos de considerar mi apurada situación, Horus se cobra su tributo con más crueldad que de costumbre. Es un anagrama en el lenguaje de mi futuro amigo. Horus exige horas, horas pasadas agarrándome mi dolorida barriga, ardiendo de vergüenza y frenética soledad, inaccesibles, preciosas, horas de mi menguante vida mortal. ¿Cómo me compensará por ellas mi protector de cabeza de halcón? ¿Cómo puede realizarse mi viaje final? Vendrá pronto, sin duda, acompañado, o bien de flechas de los hicsos, o de la hoja emponzoñada de alguno de los abundantes traidores que proliferan por mi corte, o de la mano de ese cocodrilo que a diario crece dentro de mi barriga, que al final se comerá mi estómago si no lo he asegurado a tiempo en un canope subterráneo.

Ahora acabo de despertarme con el sol poniente. He perdido otro día entero por mi herida y el agotamiento. El pie me pesa cien kilos. Mi cabeza está como atenazada entre dos gigantescos puños. Mi estómago ruge con furia, y varios minutos cumpliendo su orden no es bastante para aplacar su rabia.

Se hace de noche antes de que uno de mis leales idiotas piense en venir a verme. Se han pasado el día sentados en la Cámara Vacía chismorreando. Ha transcurrido un día, han cobrado y no encuentran extraña mi ausencia. Envié a ese hombre a asegurarse de que se mantiene la guardia en la tumba de Atum-hadu durante toda la noche, también con objeto de que los otros estén listos al alba para un empujón final y entrar en la última cámara, y obtener nuestra justa recompensa. Trae también una carta que recogió de mi *poste restante*. Es de mi prometida, fechada el 2 de noviembre. El cruce de cartas es un juego particularmente cruel.

2 de noviembre

Mi querido Ralph:

Seré breve. Necesito una carta tuya ya. Estoy preocupada por cómo van las cosas aquí, y necesito que me digas que todo irá bien, y que me lo expliques todo.

El detective sigue aquí. Durante un tiempo pensé que era inofensivo e incluso un poco divertido. No baila mal y me hace compañía. Y sé que me ha levantado un altar, y eso es bastante divertido en este tiempo gris. Puedo manejar a tipos como él. Pero hay un problema. Le ha dicho a papi cosas que he oído, y también me ha dicho cosas a mí.

Hace que parezca como si sólo estuviera charlando, pero sé que trata de decirme algo sobre ti. Me preguntó acerca de Oxford, y le dije con calma un centenar de veces que tú estuviste allí con Marlowe y te marchaste para ir a luchar por la Democracia después de tu Licenciatura en Letras, pero antes de tu Doctorado en Filosofía, y Oxford dijo que eso era cierto. Ferrell pidió una foto de ti y Marlowe juntos, y yo le enseñé la que me diste, de vosotros dos con vuestras ropas de excavación. Con tu brazo alrededor de su hombro, tú sonriendo y Marlowe fingiendo mirar con seriedad y altanería, pero este Ferrell se limita a decir: «Por supuesto». Es un poco mal pensado, si quieres saberlo. Espero que no te enfades por lo de la foto.

No me encuentro muy bien últimamente, Ralphie. No quiero que te preocupes, es sólo que no me siento muy bien, como si las cosas me estuvieran derrotando otra vez. Siempre pienso en ti como alguien que me pone buena, es cierto. Pero llevas fuera mucho tiempo, así que resulta duro. Te echo mucho de menos, pero algunos días pareces estar tan lejos… como si no pudieras ayudarme. Igual podría estar enferma. Así que no te preocupes, no es nada, es sólo eso, que te echo de menos.

Ferrell ha venido a charlar con papi en el estudio un par de veces, y yo traté de escucharlos para ti, pero no soy buena detective. Y cuando le pregunté a papi de qué iba todo, lo único que me dijo fue: «Ya veremos». Y cuando vamos al J. P., Ferrell no bebe mucho, así que no habla, y luego yo me aburro haciendo de tu chica detective porque, a fin de cuentas, no es justo obligarme a hacer eso, ¿verdad? Es una lata. ¿Puedes decirle otra vez a papi que sí fuiste a Oxford? Y ese detective, Harry, no deja de mirarme con cara de lobo y de decir cosas como: «Bien, nunca se sabe» y «Las cosas no son siempre lo que parecen, especialmente con los inglesotes». Llama «inglesotes» a los ingleses. Está celoso. Lo odio por no respetarte como lo hago yo. Te amo, Ralph, porque todo en ti es real aunque excitante, y todo en él es una mentira, aunque aburrida, y por eso él te odia y le da a entender a papi que hay cosas sobre ti que no son ciertas.

No te preocupes. Inge viene a curarme de mis cositas y me voy encontrando mejor cada día, y, tal como prometí, estaré curada para nuestra boda. Pero necesito tenerte a mi lado para ayudarme a conseguirlo, ¿vale? Tú eres mi mejor doctor. Puedo mejorar contigo a mi lado, para ayudarme a estar ocupada y feliz, así que ven a casa ya, por favor. Estar aburrida me sienta mal, muy mal.

Si hay algo que quieras decirme, lo escucharé, sabes. Cualquier cosa que me digas estará bien. Igual que, si tú todavía me quieres, no importa lo que te digan de mí, ¿verdad? No quiero saber nada más al respecto, sólo volver a ponerlo todo como estaba. Lo antes que puedas. Me curaré y seré muy buena para ti, sólo para ti. Pero tienes que venir a casa ya.

Tu chica,

m.

(Domingo, 19 de noviembre de 1922, continuación):

¿Qué es todo esto? ¿Estaba yo al corriente ya de todo esto? ¿No te tranquilizó mi telegrama, donde te decía que él era un mentiroso y un desconocido? Si esto no es nada más que una serie de malentendidos exacerbados por cartas cruzadas, entonces nuevas cartas sólo conseguirán distorsionar las cosas un poco más, al cruzarse cada una con la siguiente, provocando situaciones absurdas mientras navegan ciegamente en paralelo. ¿Qué está pasando ahí ahora, en este momento? Sólo leo cosas sobre acontecimientos de hace mucho tiempo, sobre estrellas extinguidas. No logro entender quién es Ferrell, o cómo ha conseguido introducirse en el seno de mi familia.

Sí que estarás bien, sí que estarás bien, lo estarás. Lo deseo con toda mi alma. Nunca lo he dudado, nunca me he preocupado. Una vez, solamente. En el museo, aquel día lluvioso de junio, me preocupé. Nunca te lo había dicho.

Te acompañé al Museo de Bellas Artes, con Inge siempre dando vueltas a tu alrededor, cual silenciosa valkiria, aunque a esas alturas había observado en su rostro las expresiones de un incurable libertinaje, particularmente cuando pasamos por delante del magnífico taparrabo Maiherpri (y yo traté en vano de interesarte en la forma en que Carter había tropezado con él, allá por el año 1902).

Mientras contemplábamos la estatua del dios Herishef, de cabeza de carnero, te conté que de niño yo había soñado con abrir tumbas aun antes de saber lo que los sueños significaban, aun antes de conocer la palabra «tumba» o de haber leído nada sobre excavaciones. Antes incluso de disponer del vocabulario para explicarlo, mi imaginación produjo en mi sueño las cosas más maravillosas: reconfortantes cuevas llenas de luces y calor, y cuerpos durmientes en blandas camas, animales y amigos, comida y felicidad, siempre en un lugar seguro, cerrado, lejos del peligro. Yo tenía probablemente tres o cuatro años a lo sumo, y mi claustrofília había empezado.

Y te explicaba el contenido de las vitrinas por las que pasábamos, incluso mientras notaba que tú necesitabas descansar. Te describí Harvard y su conservadora fe en los viejos arqueólogos que utilizaban viejos métodos. Te conté que, en una época tan reciente como 1915, ¡Lyman Story aún quería usar TNT para su expedición! «Harvard no está preparado para Atum-hadu o para mí —te dije—, pero lo estarán». Me volví hacia ti, y tú estabas temblando: ¿por simpatía hacia mis dificultades o por la belleza de los restos expuestos? «No hay nada de que preocuparse, señor», dice la metódica Inge, que te acompañaba ya al servicio de señoras. Pasaron veinte larguísimos minutos, pero entonces saliste, fresca como una rosa, adorable, lista para un día de compras y restaurantes. Nunca habías tenido un aspecto tan adorable y lozano, aunque no parecías recordar *nada* de la última hora, incluyendo las historias de mi infancia. Oh, mi amor, tu padre me dijo que te pondrás

bien. Los médicos le han dicho que te pondrás bien. Sé que te pondrás bien. Debes tener fe en eso, y debes tener fe en mí. Por la noche, sola, es difícil tener fe, lo sé. Pero tienes que hacerlo. Ferrell no es más que humo.

Y realizaré lo que tú tan encantadoramente llamas mi «Descubrimiento» sean cuales fueren los obstáculos, los malentendidos o la completa traición, la amarillenta niebla de unas cartas entrecruzadas. Tu padre está confundido conmigo, o lo estaba, pero esto pasará, si no ha pasado ya, y no hace falta decir una sola palabra más. El 19 de noviembre, tu Ralph estaba pensando en ti con amor, fueran cuales fuesen las transitorias preocupaciones de tu padre, o el incordio de ese Ferrell que está sufriendo el pobre por mi culpa. Tú leerás esto cuando yo vuelva a casa, y compararemos nuestras notas, y nos reiremos ante las distorsiones del tiempo y la distancia y el servicio de correos.

Correspondencia:

Harold Ferrell a Laurence Macy III, 1954-1955

Después del descubrimiento de Trilipush encontré Boston repentinamente fría. Allí no había ni dinero, ni amor. Sólo tenía aquella bronca que recibí de Finneran y la renovada insistencia de que Trilipush, y sólo Trilipush, lo era todo para ella. Los días pasaban y no sabía nada de Margaret, y yo ya no iba a su casa. Estaba dispuesto a lavarme las manos respecto de los malditos Finneran. Si Trilipush había encontrado su sucio oro, tal vez volvería a casa, o tal vez no, y usted ya sabe cuál era mi apuesta. Eso no cambiaba nada para mí, porque si había matado a Paul Caldwell, yo tendría que ir a Egipto a demostrarlo, a gritarlo lo bastante alto para que incluso los testarudos Finneran lo oyeran, al otro lado del mundo.

Pasaba días lentos, vacíos, comprobando mis transcripciones, corrigiendo notas, enviando mis informes y gastos a Londres, entrevistando a otro de los alumnos de Trilipush, o explicando al cuartel general por qué mi búsqueda de Paul Davies había requerido tanto tiempo en Boston. No creía que les preocupara mucho. Escribí a mis otros clientes, Tommy Caldwell, Emma Hoyt, Ronald Barry y los Marlowe, contándoles mis progresos.

Estaba sentado en mi hotel, ocupado en todo ese papeleo, aguardando el día en que tendría que marchar a Nueva York, esperando a que Margaret viniera a verme por última vez, o si (con cierta rabia) veía finalmente que eso era improbable, esperando noticias, cualquier cosa. Sentía que algo claro y clarificador ocurriría; llegaría un momento en que resultaría evidente que había llegado para mí la hora de irme a Egipto, o, en vez de ello, quedarme cerca de Margaret, para protegerla, para sostenerla ante la tempestad que seguro que vendría. Yo era joven, Macy. Algo había cambiado con ella. La vida podría dar muchas vueltas, sabe, y por tanto, si algunas veces permanecía allí, de pie, ante su casa, rabiando en la oscuridad, sé que usted podrá comprenderlo, como hombre de mundo que es.

Y nos vimos algunas noches más. En una ocasión se dejó caer, y en toda la noche no mencionó el nombre de su prometido ni una sola vez; se limitó a quedarse dormida con su cabeza en mi regazo y su mano en la mía, maltratándome cruelmente, y estuve contemplando su respiración horas y horas. Aparecía por mi hotel esas últimas noches, y cada vez yo tenía mi pequeño discurso preparado; quizás ésa sería la noche en que caería en mis brazos y yo la salvaría. Pero el momento nunca era el adecuado. Era cruel, me llamaba llorón o pelmazo si dejaba de hacerla reír o me negaba a bailar. De camino al club, me contaba las últimas noticias de Trilipush (siempre buenas, siempre vagas), y en cuanto entrábamos en el J. P., ya estaba subiendo por las escaleras en busca de aquel hombre y su droga. Yo permanecía luego allí sentado, acariciándole la cabeza, y, cuando ella se sentía capaz de andar, la acompañaba a su casa, esforzándome, a la grisácea luz del día, por encontrar las palabras, por encontrar la oportunidad de decir esas palabras. Y volví a jurarme que iba a ponerle fin a aquello.

Diarios de
Ralph Trilipush,
1922



Lunes, 20 de noviembre de 1922

Retiro del banco la paga para los hombres, aunque la cuenta cruje audiblemente ante el desembolso. Bueno, casi no importa. Prefiero pasar penurias antes de que lo hagan ellos; nunca abandonaré a mis hombres. Y salgo para el yacimiento.

Llegué justo a tiempo de evitar una catástrofe: encontré a los morenos bastardos golpeando la Puerta C con un mazo. Me afectó tanto como si me hubieran golpeado a mí. Ahmed estaba allí sentado, fumando uno de los cigarros de C. C. F., contemplando el estropicio. Grité para que se detuvieran, pero al menos se pudo oír un golpe más antes de que el ruido terminara. Nos miramos a los ojos en mutua incomprensión. Evidentemente los había dejado solos demasiado tiempo; contaba al menos con su capacidad para obedecer las órdenes, ya que no respetaban la precisión y la pasión de mi trabajo. Mis penalizaciones financieras disciplinarias fueron comprendidas. Les distribuí la paga adecuadamente recortada. Me di cuenta también de que el hombre herido no había regresado. Y Ahmed era una silenciosa bestia de mirada furiosa.

Sólo entonces entré cojeando y examiné el daño que habían hecho a mi Puerta C. Culpa mía. No debería haberlos dejado de guardia tanto tiempo cerca de la hipnotizadora riqueza oculta tras esos últimos treinta centímetros de roca. La pérdida de la inscripción en la Puerta C es bastante trágica, y el Servicio de Antigüedades tendrá razón al castigarme por no haber pedido la presencia de un inspector, aunque difícilmente puedo hacerlo ahora, pues la clara prueba de que ésta es la tumba de Atum-hadu yace, convertida nuevamente en un fino polvo, a mis pies. Debería haber anotado la inscripción el 17, pero mi herida me lo impidió en aquel momento. ¿Cómo podía haber sabido que sucedería esto? Debería haberlo sabido. Ahora tendré que recrear la inscripción basándome en la memoria:

Atum-hadu, último rey de la negra tierra,
Autor de los gloriosos consejos, navega hacia el inframundo
Acompañado solamente de la riqueza de su muy saqueada tierra.

Expliqué a los hombres que su brutalidad había retrasado nuestro descubrimiento, en vez de acelerarlo, y que las montañas de oro del otro lado de esa puerta tendrán que esperar ahora, ya que no puedo arriesgarme a abrir la Puerta C sin subsanar primero las fisuras causadas por su salvaje procedimiento, o perderé las obras de arte que estoy seguro de hallar al otro lado. Lo que significa que hará falta un enlucido. (Esto también me brindará la oportunidad de reinscribir con intenciones conservacionistas en la restaurada puerta un facsímil de los jeroglifos perdidos por los estúpidos martillazos, simplemente para proporcionar un sentido del tamaño y ubicación de la inscripción original). Envío a dos hombres en busca de yeso, agua, paletas; a Ahmed al yacimiento de Carter para ver cómo éste ocupa ahora sus días; y

a un tercer hombre al terreno de Winlock en Deir el Bahari. Los posibles informes de su inactividad serán útiles para volver a negociar una concesión.

Informe del campamento de Winlock: nada de interés, excavaciones al azar, cepillando cosas sacadas del terreno el año pasado. En el campamento de Carter están limpiando desesperadamente el terreno hacia el sur y el oeste, cavando febrilmente en busca de sus enterradas reputaciones, aunque el propio Carter ha huido a El Cairo. Seis horas más tarde, se demuestra que mis hombres son definitivamente idiotas: el yeso está en mal estado. Pese a perder varias horas haciendo mezclas diferentes para arreglármelas con lo que me trajeron, todo lo que consigo es rociar la Puerta C con agua blanca. Los envío nuevamente a la ciudad en busca del yeso adecuado.

Es ya primera hora de la noche cuando hago otro intento. Relleno las principales fisuras y dejo que se sequen, cosa que hacen pero lentamente.

Martes, 21 de noviembre de 1922

Esta mañana descubro que la primera capa de yeso se ha secado bien en las grietas de la puerta, pero también en el cubo. Cuando mis hombres se dignaron aparecer, los mandé otra vez a la ciudad en busca de más yeso y un cubo nuevo. Llegan por la tarde, esta vez sin agua, que uno de ellos finalmente trajo después de la puesta del sol, cerca de las diez. El tiempo se agotaba por momentos, y probablemente mi apoyo en Boston también. He intentado dormir en villa Trilipush esta noche, pero el pie me está ardiendo y ya no confío en esos monos con mazos para que hagan guardia.

Margaret: Ignorarás a Ferrell y mantendrás a tu padre en el buen camino, ¿verdad? Ya lo estás haciendo, estoy seguro. Eres mi protectora y mi inspiración, mientras contemplo tu fotografía a la luz de la lámpara y de las estrellas del desierto, frente a la tumba de Su Majestad. Puedo imaginarte a través de un continente desierto y un océano mientras te preparas para dormir allá arriba, sobre el jardín cubierto de nieve escarchada.

En esta foto la luz estaba detrás de ti recortando tu silueta contra un fondo blanco, un perfil casi perfecto, inclinándote hacia delante para mirar algo sobre la mesa (si lo recuerdo bien, era el collar con el camafeo de tu perfil que te había hecho), y tu belleza se reproduce en el más pequeño detalle: tus pestañas sobresalen un poco del perfil de tu nariz, formando como una negra ala de pájaro, la más fina de las líneas finas.

Recuerdo la noche en que estabas llorando suavemente en mis brazos, trastornada por tu enfermedad y la ansiedad que sentías por mi marcha, y yo toqué con mi dedo el rabillo de tu ojo, atrapé una fugitiva lágrima con la yema de mi dedo, y tiré de ella y de tu veteado maquillaje hacia la sien, sólo para secarte las lágrimas, pero con ese gesto produje la perfecta cara de una reina de faraón, la raya de malaquita del ojo de Horus.

La hija de veintitrés años de edad del faraón de los grandes almacenes es mayestática de perfil, atractiva de tres cuartos y abrumadora de frente. Tu esbelta nariz, con sus expresivas ventanillas, como si estuviera controlada por una docena de delicados hilos en las manos de un titiritero de mil dedos de insuperable sensibilidad y altanero orgullo. El más ligero movimiento hacia arriba de su ceja y nosotros, los plebeyos, reconocemos su voluntad y la servimos. El fruncido y grueso labio inferior, bajo la encrespada ola del superior, cincelado a partir de la más suave piedra amarilla, el único, adorable golpe de cincel que abrió ese celestial valle bajo su nariz. El arqueado cuello, algo de cisne, algo de las hinchadas velas de una falúa del Nilo. La mayestática curva de su bella figura, sus tesoros, los misterios de su silueta y textura, ese vestido abierto en el centro de la espalda, como si fuera simplemente la

continuación de su magnífica hendidura, y ella se da la vuelta en su trono para contemplar al esclavo que se arrodilla ante sus adornados pies calzados con sandalias, y levanta la mano para golpear con la hoja desnuda al bellaco que le trajo la copa equivocada, cuando el rey aparece tras ella y retiene su tensa mano.

Miércoles, 22 de noviembre de 1922

Los hombres regresan temprano, y ya estoy equipado para aplicar el enlucido a la puerta dañada, mientras Ahmed se sienta, silencioso como una cobra, fumando uno de los cigarros de C. C. F. y masticando dátiles frescos. Pero a última hora de la tarde la puerta está todavía húmeda. El tiempo se me está echando encima. No tengo más remedio que dejarlos de guardia con la solemne palabra de Ahmed de que los vigilará y hará cumplir mi voluntad, para poder ir al banco, a saber noticias de la transferencia que se espera para hoy, pues el giro del 16 era demasiado escaso para considerarlo algo más que una simple prima enviada personalmente por C. C. F.

El empleado del banco muestra preocupación por mi herida pero lamenta informarme de que, hasta el momento, etcétera. Regreso al yacimiento.

Es ya de noche antes de que pueda esculpir nuevamente la perdida inscripción en el yeso, y luego dar vía libre para empezar a colocar las cuñas. Los hombres se ponen al trabajo con toda la reprimida energía de unos niños recuperados de una larga enfermedad. Su entusiasmo es cautivador. Cuerdas, cuñas, cilindros son colocados en su lugar a medianoche, y todo el mundo acepta de buena gana quedarse toda la noche si es necesario.

Sus infantiles cambios de humor no deberían sorprenderme. Me culpo de los problemas con que nos hemos encontrado, porque esos hombres no tienen la posibilidad de ganar lo mismo que yo, ni tienen mi pasión. Necesitan una mano firme y una voz que los guíe. Les dejo claras mis intenciones, y volvemos a entendernos. Renovamos una hermandad que solamente se forja en algunas experiencias en la vida de un hombre.

Jueves, 23 de noviembre de 1922

Primeras horas después de la medianoche. Escribo a la luz de una linterna, mientras mis hombres comparten una comida y estiran sus piernas y doloridas espaldas antes de retornar a esta última puerta, la Puerta C. Tras ella hay una tumba, un tesoro, una historia, un genio, ahora negro, que se desmenuza bajo sus vendajes de lino. El explorador debe detenerse aquí, reconocer la responsabilidad, la vasta extensión de tiempo que se dispone a franquear.

Los hombres están listos. Ahora es el momento de que…

Más tarde, la aurora se levanta sobre Deir el Bahari. Pero el sol es demasiado débil para iluminar un misterio distinto a cualquier otro en esta tierra envuelta en misterio. La Cámara de las Columnas se añade a nuestro mapa, y el humor de Atum-hadu está inconfundiblemente en juego:

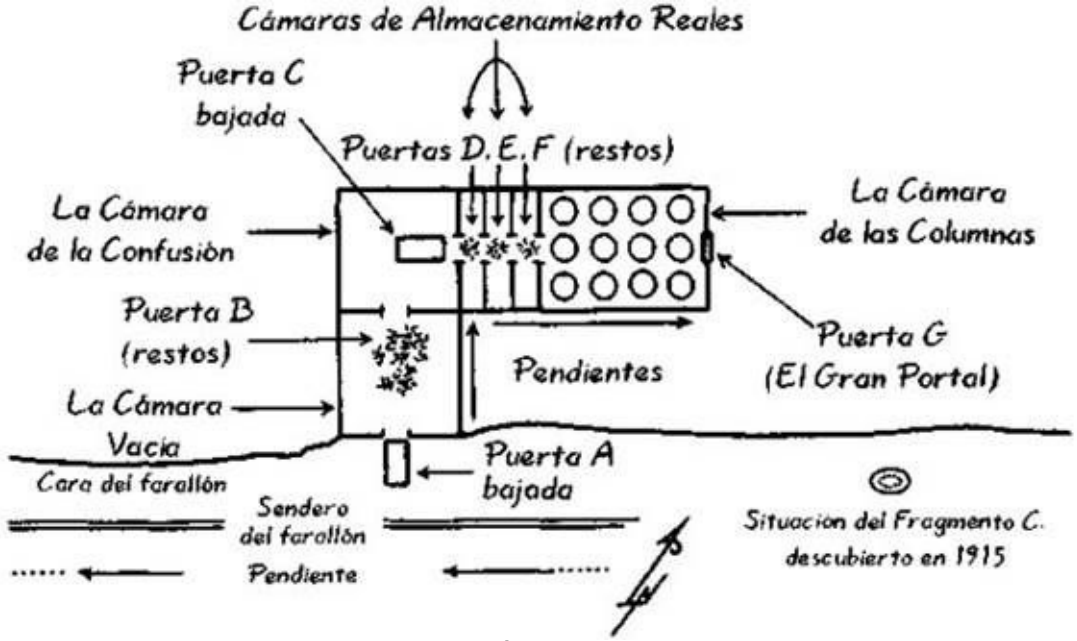


FIG. F. *Las primeras seis cámaras, 23 de noviembre de 1922.*

¡Cómo ha germinado mi mapa a la soñolienta luz del sol del 23 de noviembre! El equipo nuevo llegará con Ahmed mañana, y ahora dispongo de todo el día para mí en el yacimiento para descansar, hacer mediciones, tomar notas, limpiar nuestros escombros y prepararme para nuestro asalto a la Puerta G, «el Gran Portal». La cara de Carter ante este descubrimiento apenas puedo imaginármela. Se cruzaría de brazos, guardando silencio, sin revelar nada.

Pero, primero, debo relatar los acontecimientos de las últimas ocho horas, lo horrible y lo maravilloso, las traiciones y los triunfos. Tengo que acordarme de dormir hoy.

La Puerta C requirió nuestros músculos y nuestros corazones, pero finalmente se rindió ante nosotros más fácilmente que su violenta predecesora. Fuimos capaces de bajarla, y así quedará hasta que consiga sacarla de la tumba y llevarla a un laboratorio

para su cuidadoso examen y preservación, antes de su viaje final a un hogar permanente en una galería central del Museo de El Cairo. A la luz de nuestras linternas eléctricas, la cara interior de la Puerta C (su superficie superior ahora) aparecía decepcionantemente en blanco, y tuve que bloquear la nueva abertura y gritarles a los hombres que dejaran de quejarse por cómo les había hecho perder el tiempo, por no utilizar los mazos. Les ordené que salieran afuera. Entré en la siguiente sala yo solo, latiéndome el corazón, sintiendo mi pie y mi tobillo agradablemente entumecidos. Lo que hallé, debo reconocerlo, me dejó desconcertado: un estrecho nicho, completamente vacío a primera vista (una investigación más cuidadosa tendrá que esperar… Primero debo confiar al papel mi minucioso recuerdo del orden de los acontecimientos). Y a no más de noventa centímetros delante de mí, directamente al otro lado de la Puerta C, otra de las enloquecedoras puertas de Atum-hadu (Puerta D). Una desnuda, estrecha sala… quizás un granero, pensé, pero sin grano. ¿Una sala de estatuas para guardar la tumba? Pero, entonces, ¿dónde están las estatuas? Oigo a los hombres allá, en la Cámara de la Confusión, discutiendo algo en su dialecto privado. Continúo examinando la Puerta D y las paredes de ese nicho, tratando de comprender el curioso sentido de seguridad mortuoria de Atum-hadu, intentando desentrañar su Paradoja de la Tumba junto a él. ¿Un lugar de enterramiento para esposas? ¿Sirvientes? ¿Animales? ¿Almacén para armamento? ¿O ropas, convertidas ya en polvo? ¿Comida? Me quedo inmóvil pensando profundamente, ignoro por cuánto tiempo. Sentí que me tiraban de la manga.

—Lord Trilipush —dice Ahmed—. Por favor, señor, salgamos al exterior. Comamos un poco y tomemos el aire. Deje que le cure a Su Señoría su desgraciado pie mientras Su Señoría decide cuál va a ser su próximo paso.

La amabilidad de Ahmed, tanto más impresionante cuanto que es condenadamente inhabitual, me conmovió. Salí cojeando de la desconcertante tumba, apoyándome en el bastón. Ahmed me acompañó por el sendero del farallón bajo la cárdena oscuridad y me sentó en una roca, me trajo comida y café caliente, me preguntó qué había hallado y qué significaba. Me cambió el vendaje con una delicadeza de enfermera, aunque no necesitaba preocuparse por suavidad alguna, ya que la pestilente herida de color morado no me produce ninguna sensación. Charlamos durante media hora, quizás más, hasta que los primeros rayos de perlada luz aparecieron por el este. Fue como una especie de clase educativa para él, y una oportunidad para mí de exponer mis íntimos pensamientos libremente. Probé con varias hipótesis, le expliqué la complejidad de cada Paradoja de la Tumba, y las diabólicas complicaciones de ésta en particular. Él lo comprendió, y me reconfortó ver inteligencia en sus ojos. Después de este respiro, sin embargo, yo estaba ansioso por volver a trabajar. Pero Ahmed sentía hambre de conocimiento, y sus preguntas sobre excavaciones y preservación, sobre mi intento por restaurar la inscripción en la parte delantera de la Puerta C con fines conservacionistas, sobre la probable riqueza

de una tumba de final de dinastía estaban todas llenas de discernimiento. Y seguimos charlando.

Hasta que reaparecieron no me di cuenta de que llevaba un buen rato sin ver a los hombres. Bajaron por el sendero hasta nosotros, reluciendo bajo la lóbrega luz, cubiertos de blanco polvo, escupiendo, mientras lanzaban al suelo sus bestiales mazos. «¡Nada!», le gritaron a Ahmed en un árabe repentinamente claro. «Nada. Columnas y nada más». Y subieron a tres de los asnos y se marcharon trotando hacia el creciente sol, sin importarles el sendero que tomaban.

—¿Qué han hecho esos cerdos? —grité, y regresé dando saltitos a la tumba. Oh, ¿qué no habían hecho? El polvo y las ruinas tenían una macabra, pétrea blancura: mis hombres se habían superado en su codicia. Habían destruido la Puerta D, revelando una segunda sala estrecha y la Puerta E, que también habían destruido, dejando al descubierto una tercera sala exigua y la Puerta F, que igualmente habían derribado, revelando la presencia de la obsesionante Cámara de las Columnas.

La rabia que sentí es difícil de describir aquí. No recuerdo nada parecido en mi vida. Incluso mientras escribo esto, horas más tarde, mis ojos se arrasan en lágrimas, mi pluma tiembla. No puedo más que preguntarme a mí mismo, y no sin desprecio. ¿Por qué me sorprendía? ¿Cuándo, en toda mi vida, la gente no se ha comportado precisamente así? No se puede confiar en nadie, excepto en aquellos que amamos, las esposas y los padres.

¡La traición cometida contra mí, contra la ciencia, contra su propia herencia, y contra Ahmed, el hombre que los había honrado con este trabajo! Ahmed estaba a mi lado, moviendo negativamente la cabeza, y su ira resultaba evidente. Porque, veamos: No puedo decir qué información había sido convertida en polvo. No puedo decir qué tesoros habían sido arrancados del suelo y envueltos en los turbantes de los criminales o en sus ropas cuando se marcharon, protestando en voz demasiado alta, y en un claro árabe, que no habían hallado «nada». Cuando llegue el momento, ahora lo veo, no tendré otra elección que decirle al inspector de Antigüedades que nunca hubo Puertas D, E y F. Tengo las manos atadas. Su crimen me ha obligado.

Envié a Ahmed, aunque el leal hombre deseaba quedarse a mi lado, a explorar los daños y las nuevas salas conmigo. Pero las órdenes que le di eran claras: despedir a los hombres, contratar a honrados sustitutos, que recibirán su paga al cabo de tres semanas, en vez de semanalmente. Y se marchó murmurando entre dientes tan consternado como yo.

Regresé a la tumba, rugiendo ante su violación, pero que seguía siendo un triunfo. Las tres «Cámaras de Almacenamiento Reales» —idénticas, simétricas, de un brillantísimo diseño en su simplicidad y solidez, con sus elegantes proporciones y mágica pureza— estaban indudablemente concebidas para albergar la parafernalia necesaria para el viaje del rey al mundo de los muertos. Y, sin la menor duda, las tres cámaras contenían, por este orden: comida (descompuesta hacía mucho tiempo); incienso (encendido en la época del enterramiento y ahora vaporizado, aunque su

sellado olor de 3.500 años de antigüedad seguía estando débil pero inconfundiblemente presente y asombrosamente parecido al de uno de los perfumes de Margaret, el que tenía en el pequeño frasco adornado con cuentas, en forma de ánfora); y monedas de oro o pequeñas joyas, algo brillante, de mediano valor, pero lo bastante pequeño para ser cogido por esos ingratos ladrones de burros, cuyos nombres ni siquiera conozco.

Pero, ¡ah! ¡La Cámara de las Columnas! Aquí Atum-hadu nos había dejado un enigma para hacernos algunas cosquillas más antes de que todo se revelara detrás de la Puerta G (que los vándalos al parecer no habían visto en medio de sus nubes de polvo, demasiado preocupados por marcharse airadamente con las chucherías que habían robado y por gritar sus aparatosas protestas de decepción).

Yo había pasado varias horas de la tarde y la noche midiendo con avidez y llevando a cabo un examen centímetro a centímetro de cada una de las superficies de la Cámara de las Columnas. Ésta tiene aproximadamente siete metros y medio de longitud y contiene doce columnas de piedra idénticas que van desde el suelo hasta el techo, redondas, de un blanco brillante y carentes de marca alguna. Su forma perfectamente cilíndrica representaba un logro matemático de tal importancia intrínseca que cualquier otra ornamentación de la habitación hubiera resultado vulgar o tal vez incluso contraproducente para las pías necesidades de Atum-hadu. El espaciado de las columnas es regular, cuatro filas de tres —cada columna tiene unos tres metros y medio de circunferencia (nunca se me dieron bien las matemáticas), de manera que eso quiere decir casi un metro de diámetro—, y están dispuestas de modo que resulta difícil atravesar la habitación rápidamente. Por tanto un antiguo ladrón de tumbas lo habría tenido difícil para entrar o salir de forma rápida. Sus proporciones son casi sin ninguna duda matemáticamente exactas y significativas, y si se toma la proporción del espacio total de la habitación, o sea 7,5 x 4,5 metros = 33,75 metros cuadrados, de los cuales 12 columnas x nr^2, donde r = 0,5

0,5
0,5
———
0,25
3,14
———
100
25
75
———
0,7850
12
———
15700
7850
———
9,4200

de modo que 9,42 metros cuadrados de la sala están ocupados por columnas, lo que significa una proporción de 9,42/33,75, o precisamente la proporción usada en…

Había, por supuesto, doce dinastías que precedieron a la de Atum-hadu, de manera que las columnas representan sin la menor duda las doce dinastías anteriores, de las cuales él se consideraba protector, simbólicamente, a través de su entierro… zodiacalmente, la disposición de las columnas representa la disposición astronómica de la constelación que nosotros llamamos Sirius, que los egipcios tomaban como la encarnación celestial de Isis, y para agradecerle su ayuda para guiar a Atum-hadu hasta… debemos considerar seriamente la posibilidad de que las columnas contengan valioso material escondido dentro de sus formas huecas, y deben por tanto ser estabilizadas y abiertas… los antiguos ladrones a los que Atum-hadu temía más que nada habrían encontrado su avance a través de la tumba obstaculizado por finas hebras que corrían entre todas y cada una de las doce columnas, convirtiendo la Cámara de las Columnas nada menos que en una mortal telaraña que atrapaba las gordas moscas en filamentos rociados con un veneno letal conocido sólo por los antiguos magos de… Doce tribus de Israel doce meses del año doce provincias de Canadá doce días de navidades… ¿qué haría Carter enfrentado con semejante sala? Miraría y tomaría medidas y diría pocas palabras, sólo asentiría con la cabeza, y mantendría sus papeles muy cerca del pecho. «Es demasiado pronto para decir nada», diría, pero su actitud daría a entender que sabía mucho más, aquel brillo de arrogancia envuelto en humilde silencio.

Viernes, 24 de noviembre de 1922

Mediodía: Anoche trabajé hasta agotarme mentalmente. Tensión por la traición de los hombres, excitación ante las nuevas cámaras. Y hoy es mi cumpleaños y mi fecha señalada en principio para el éxito. Mis primeras esperanzas para este día seguramente han sido superadas.

La importancia de la Cámara de las Columnas se muestra esquiva en este momento, aunque por supuesto un experto fácilmente podría enunciar una miríada de hipótesis, una de las cuales bien podría ser cierta. Debemos mantener el secreto por ahora, y aguardar a que aparezcan nuevos datos. Podemos, con todo, esperar razonablemente que cualquier cosa que nos aguarde detrás de la Puerta G (el sepulcro, el tesoro) explicará también la geometría y la función de la Cámara de las Columnas, situando este mayestático ejemplo de antigua arquitectura de tumbas y pensamiento místico egipcios en su adecuado contexto.

[RMT - La Puerta G debe ser ahora la Puerta D. Retrocedamos, dibujemos nuevamente los planos afectados y corrijamos. La Puerta B ciertamente destruida, la Puerta C prudentemente subsanada con un hábil enlucido, no hay puertas hasta D (antes, la G)].

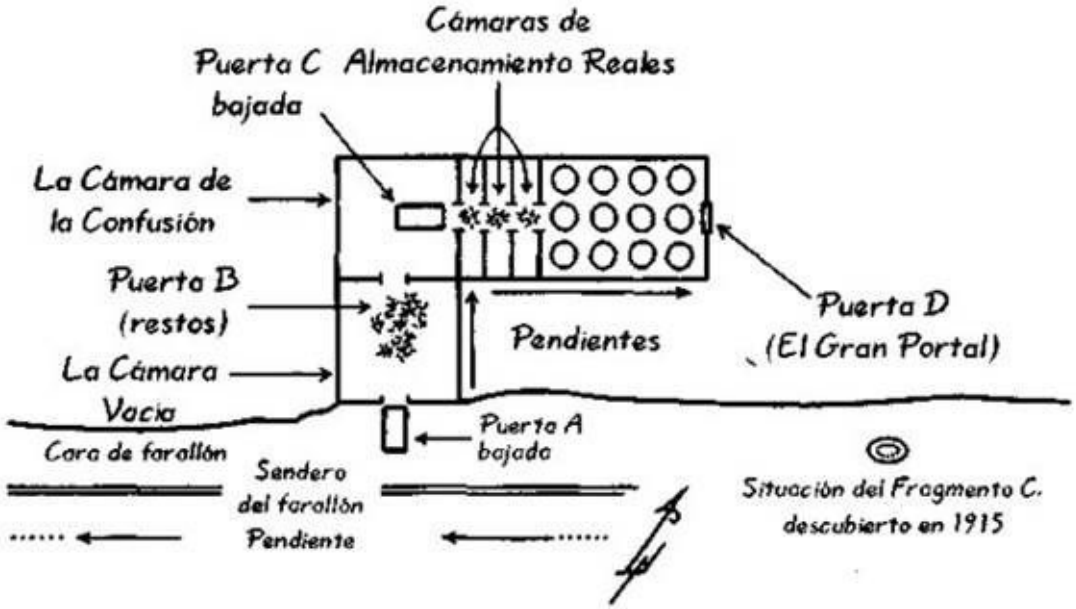


FIG. F. *Las primeras seis cámaras, 23 de noviembre de 1922.*

Prosigo con mi esmerado trabajo. Sin signos de Ahmed y del nuevo equipo. Limpio los escombros de la Cámara Vacía y de las 3 Cámaras de Almacenamiento Reales, recogiéndolo todo en sacos de lona y acarreando éstos hasta el sendero del farallón. Me he convertido en la cojeante asistenta de Atum-hadu. Dejo los sacos justo delante de la tumba, ya que sospecho que necesitaré sellar mi descubrimiento para regresar a la ciudad.

El trabajo me ocupa hasta el crepúsculo. Ahmed no aparece. Termino la comida. Me preparo para dormir otra vez en la Cámara de las Columnas, donde me derrumbé

anoche. ¿Podría ser esta simulación de una cámara una especie de juego? Demasiado pronto para decirlo. Debo reservar mi opinión sobre este punto; la especulación gratuita es el recurso de los diletantes inseguros. Siento un hormigueo más allá del tobillo. Necesitaré volver a villa Trilipush en busca de vendajes, pues parece que vuelvo a tener problemas de circulación.

Esta noche soy consciente aquí de una cosa mientras releo las cartas de casa y un estropeado ejemplar de *Deseo y engaño* a la parpadeante luz de mi humeante linterna en la Cámara de las Columnas: ahora sé más sobre Atum-hadu, sus impulsos y sus propósitos, de lo que sé sobre mi prometida, o mi patrocinador. Esto a pesar de besar a la primera y comprometerme en negocios igualmente íntimos con el segundo. Hay más claridad en Atum-hadu, una claridad destilada por los milenios hasta lo esencial: sesenta versos. Cada verso trae a la luz otra faceta cristalina, objetiva, de su inmutable ser. Pero ¿y aquella a la que amo? Cada uno de sus variables estados de ánimo inspira una visión de ella enteramente nueva, así como nuevos futuros para los dos. ¿Debería tener compasión de la enferma, o amar a la encantadora? ¿Temer a la furiosa, corregir a la mimada, ignorar a la burlona? ¿Rescatar a la oprimida? ¿Reñir a la inconstante? ¿Y qué hay de mi Maestro de Generosidad, brutal y cobarde, adorable y perverso? ¿Qué se puede hacer con tan equívoca figura? Los miro, aunque apenas puedo verlos, como si el humo de esta sala fuera demasiado espeso, como si mis ojos estuvieran cubiertos con una tela translúcida.

Sábado, 25 de noviembre de 1922

Extraños sueños, como pueden esperarse durmiendo en semejante habitación. Me pasé la mañana cubriendo la tumba, empezando con tablas de madera, luego apilando rocas contra ellas y esparciendo el resto del yeso para mantenerlo todo unido. Trabajo frustrante, pero camuflaje necesario. A mediodía una precaria pantalla cubre el agujero que antaño fuera la Puerta A, y aunque eso no detendrá a un intruso entregado a su propósito, al menos no llamará tanto la atención como una boca de caverna abierta.

En ese momento regresa Ahmed, pidiendo perdón por haber contratado a unos perros hijos de perra tan poco de fiar como ésos, y esperando en el nombre de Alá y de mi propio Dios que no hayan causado ningún daño serio a mi gran obra, ¿y descubrí algún tesoro en mis ulteriores progresos? Yo decliné responder y negué mi perdón. ¿Tiene Su Señoría alguna esperanza respecto al resto de la tumba? ¿Era, en opinión de Su Señoría, corriente que los antiguos reyes pusieran todo su oro en la última sala y dejaran la tumba vacía en su parte delantera? ¿Debía el leal Ahmed traer muchos, muchos más hombres, que trabajaran por casi nada? Tiene varios primos deseosos de participar, hombres que aman a los ingleses.

Confieso que tengo un momento de duda. Para los no científicos, la tumba hasta el momento probablemente carece de ese brillo superficial que los ayudaría a ver el éxito que aún aguarda, sin la menor duda, detrás de la Puerta D, y el entusiasmo de Ahmed (aunque su causa es obvia) no es desalentador. También él sospecha que hay algo grande acechando todavía. Yo me limito a asentir con la cabeza, alentar su paciencia y su fe en mis conocimientos. «Todos recibiremos nuestra recompensa, como promete tu Corán», le digo. «¿Está usted seguro?», pregunta. «Estoy seguro, Ahmed». Y lo estoy.

Me ayuda a subir al asno que ha traído, y le ordeno que contrate a un carpintero para que construya una puerta que cierre la entrada de la tumba, compre un candado para dicha puerta, contrate a dos de sus primos de más confianza. Nos encontraremos aquí, con la puerta, el carpintero y los hombres (todos llegados por una ruta discreta) dentro de tres días. Necesito ese intervalo para darle a C. C. F. la oportunidad de devolver a mi expedición toda su capacidad.

Tomo el *ferry* para cruzar nuevamente el Nilo. Banco. Correos: telegrama urgente a C. C. F.:

SEIS SALAS, HALLAZGO MAYESTÁTICO. ¿DÓNDE TU OFERTA DE PATROCINIO? PIENSA EN TU COLECCIÓN. REGRESO LENTA Y DOLOROSAMENTE A VILLA TRILIPUSH. NUEVO VENDAJE PARA EL PIE. PERO SIGUE HABIENDO LEALTAD EN ESTE MUNDO. MAGGIE Y LOS RAMSÉS ME AGUARDAN. SIENTEN PLACER POR SU COMIDA, PERO MÁS POR MI COMPAÑÍA.

Domingo, 26 de noviembre de 1922

Ahmed me despierta.

—¿Es martes, ya? —pregunto, completamente aturdido.

—No —dice él.

—¿Qué día es?

—Cállese. No ha encontrado usted nada, ¿verdad?

—Nada en absoluto; el martes regresaremos para instalar la puerta que tú hayas conseguido y empezaremos a trabajar con la puerta siguiente.

—No —dice Ahmed.

—¿No?

—No.

Dice que todos sus primos han ido a trabajar para Carter, el cual está ahora contratando a todos los hombres que puede encontrar, y pagando bien. Ahmed también va a ir a trabajar para Carter, y ha venido hoy sólo para recoger el dinero que se le debe a él y a su primo.

—No lo entiendo. Carter no ha hallado nada —digo—. Regresó a El Cairo.

Ahmed me corrige, mientras los gatos se escapan (más listos que yo, presienten el peligro). Carter había estado sólo esperando la llegada de Carnarvon de Inglaterra antes de proceder con su hallazgo. Carnarvon ya ha llegado, y han vuelto a abrir la escalera. Han encontrado una puerta con los sellos de Tutankamón. Han hallado cajas y tarros, y la *baksheesh* es abundante. La noticia está en todos los periódicos. Pagan bien. Encontrarán riquezas. No hay escasez de dinero. Y ahora Ahmed exige que le pague inmediatamente.

—Eres un sinvergüenza y un ladrón —le digo, aunque, yaciendo todavía en mi catre, prácticamente desnudo, con mi pie malo apoyado en cojines, mi posición no es muy ventajosa.

—¿Que soy un ladrón? ¿Acaso yo cavo en la tierra para robar el oro de antiguos reyes enterrados y no informo de ello a las autoridades? ¿Me oculto en el desierto como un criminal?

—No voy a ilustrarte sobre tus infantiles y erróneas ideas, Ahmed. Estás despedido. Sal de mi vista.

Ahmed me vacía la cartera, cuenta mi dinero pero dice que aún le debo más.

—Volveré mañana en busca de mi dinero. Y usted me dará la liquidación a mí y a mis primos. Y confío en un pago que me impida ir a informar a los inspectores de que está usted cavando sin permiso.

—Eres un incalificable cerdo —le digo, negándome a explicar los errores en los que ha basado su desesperado chantaje. Pero a estas alturas el árabe me está apretando mi pie herido con una fuerza sorprendente.

Se me ocurre que tal vez había cometido un error con Ahmed, quizás no comprendí bien a aquel desaseado árabe del barco, abordé al hombre equivocado de la reyerta, y dejé a mis espaldas a un combatiente por el honor.

Mi situación es difícil. Necesito hombres para la Puerta D y necesito pagar a Ahmed por su trabajo de la semana pasada, y no me encuentro en situación de llamar a las autoridades en este momento, aunque sus delitos serán castigados cuando esté más fuerte. Tengo el pie entumecido, pero ahora la espinilla y la pantorrilla me arden.

¿Puede realmente Carter haber hallado algo? ¿Haber enterrado su hallazgo durante semanas mientras esperaba pacientemente a que llegara su patrocinador? Es difícil de imaginar. ¿Y ahora se lleva a mis hombres? Por supuesto, mis hombres están entrenados, endurecidos. Carter, naturalmente, querría a esos hombres, indiferente al hecho de dejarme en la estacada.

Me visto con las ropas de nativo y voy cojeando hasta el *ferry*; luego alquilo un burro para que me lleve hasta el valle. Pregunto a uno de los obreros en árabe si es cierto que están contratando gente aquí, y me responde en inglés… no puedo decir por qué, quizás es la norma en el yacimiento (una condenada buena norma, ahora que lo pienso). Le pregunto qué noticias hay, y su respuesta es tranquilizadora: Sí, al pie de las escaleras hallaron una puerta cubierta con sellos de Tutankamón, pero ahora esa puerta ha sido abierta, y tras ella hay solamente un corredor bloqueado, enteramente lleno de escombros. La tumba fue saqueada hace unos mil años.

Sencillamente. Debo sentir simpatía por Carter, incluso tras sus agresiones y provocaciones. Ha encontrado un túnel lleno de rocas, con el mundo entero observando y su patrocinador llamado especialmente a Inglaterra para que venga a contemplar la vista.

Lunes, 27 de noviembre de 1922

TELEGRAMA DE C. C. F.: ¡PERIÓDICOS LLENOS DE DESCUBRIMIENTOS EGIPCIOS! MARAVILLOSO, NUNCA DUDÉ DE TI. SOCIEDAD ENVIARÁ PRÓXIMA SUMA MUY PRONTO MANDA DETALLES.

Me cuesta creer esto. ¿Cobertura de los periódicos americanos? Los Nordquist, supongo, pueden haber dicho algo a un reportero, o quizás Margaret y J. P. O'Toole. Chica lista. Lo más probable es que sea un resultado del clamoroso error de Carter, y la prensa aproveche la oportunidad para hacer un reportaje sobre todas las excavaciones que están en marcha. Confío en que esto no nos traiga demasiados observadores no deseados aquí, pero esa publicidad también me protege: el Servicio de Antigüedades difícilmente puede cerrar una excavación que ya ha llamado la atención del mundo, aunque no haya sido intencionadamente.

Soy, alternativamente, una víctima y un beneficiario de la distancia. No puedo controlar desde aquí lo que C. C. F. oye o piensa, de manera que ahora, gracias a la prensa, ha decidido que todo está bien nuevamente. Telegrafío mis palabras tranquilizadoras a mi nervioso Maestro de Generosidad: Me alegro de tu vuelta, nuestro descubrimiento empequeñecerá al de Carter, al de Winlock y a todos. Manda dinero inmediatamente.

En cualquier caso, el retorno de su entusiasmo renueva mi confianza, puedo suplir a Ahmed. Encuentro mi improvisada pared en buen estado, intacta. Reemplazo algunas de las piedras caídas, las pongo en equilibrio en las esquinas, pero es un frustrante juego de palillos. Estoy tentado de derribarlo todo, entrar precipitadamente y continuar mi trabajo, pero, sin un nuevo equipo, sin mejores herramientas, y antes de que llegue el dinero, es demasiado pronto. La paciencia tiene su premio.

Por la noche, regreso a villa Trilipush. Resultó bastante difícil llegar a la escalera de Carter hoy. Dice uno de sus hombres: «Están instalando la electricidad en todo el recinto». ¿Todo el recinto? Sí, realmente; ayer Carter, lord Carnarvon y la hija de milord, *lady* cómo se llame, así como algún inspector de Antigüedades excavaron hasta el final del túnel lleno de escombros y encontraron otra puerta, tras la cual (maldita sea su rapidez… deben de estar derribando desconsideradamente las cosas a martillazos) aparece un bonito cuadro, evidentemente, aunque los nativos están encantados con saber algo que puedan revelar fácilmente. Si se da crédito a los negros, el pequeño rey Tutankamón, desaparecido durante estos 3.200 años, ha reaparecido, junto con estatuas, oro, carros, joyas, jarrones, tronos, lechos, vestiduras, figuras… infinitos tesoros, dice uno de los obreros más parlanchines. ¡Imagina, le digo, cogiéndolo de los hombros, lo que podría revelar un rey verdaderamente *importante* al *final* de una dinastía llevándoselo *todo* consigo a su tumba! Está lógicamente asombrado ante la perspectiva, como lo estará el mundo.

Por supuesto, con un lord Carnarvon financiándote, en vez del idiota príncipe de

los tenderos americano, los hechos andan por sí solos sobre ruedas, pero tal como un desgraciado individuo que conocí en el pasado solía decir *ad nauseam*: «Los ricos siempre se lo ponen fácil a los ricos; el obrero que quiere hacerlo por su cuenta tiene que luchar».

Pero cuando encontré a Carter en esta feria, estaba cerrando con llave una reja de madera en la base de sus escaleras y acompañando a sus invitados —ricos y volubles padre e hija— mientras subían por los dieciséis sagrados escalones. Con corbata y americana, el bigote recortado… siempre atildado, nuestro Carter. Mirad cómo se conduce en este momento, cómo cierra con llave la tumba que hasta el momento —*hasta el momento*— eclipsa a la mía. Contemplad su estilo mientras acompaña a sus tontos patrocinadores fuera de lo que ellos apenas comprenden. Les deja atisbar sus ganancias, pero no ensuciar las obras. Mirad su despreocupado, tranquilo dominio de su yacimiento, a sus hombres, a sus patrocinadores, hasta su propia excitación. Seguramente ha descubierto más de lo que la mayoría de los hombres logran en su carrera e incluso mientras me saluda, no se recrea, no se esconde, su expresión no parece dar a entender nada en absoluto.

—¡Ah, Trilipush! —dice cuando llega a lo alto de la escalera—. Trilipush, sí, desde luego.

—¡Carter! ¿Qué noticias hay, muchacho?

—Lord Carnarvon, *lady* Evelyn, permítanme presentarles al profesor Trilipush. Es el traductor del supuesto (*sic*) rey Atum-hadu, una especie de erudito egipcio, y que actualmente visita el país, contemplando las ruinas de Tebas.

A ello le siguen dos flácidos apretones de manos. El conde es un petimetre de la variedad desgarbada, bondadosa, imbécil, demasiado alto para ser un perro faldero, demasiado estúpido para servir de adorno de jardín. Camina con cierta cojera y habla con ceceo, producto ambas cosas de un accidente de automóvil.

—Excelente, excelente —dice—. Debo leer su trabajo. Son fascinantes esos apócrifos.

—No son completamente adecuados para *lady* Evelyn —interviene Carter.

Carter lleva sombrero de fieltro y en la mano un bastón de paseo, no muy diferente del mío. Cuidarse el bigote debe de llevarle cierto tiempo: bien recortado, cera, cosas por el estilo.

—¿Así que hay grandes maravillas bajo tierra? —pregunto—. ¿Podría echarles una mirada profesional?

—Oh, usted es un colega. Ya se puede imaginar cuán inciertas son las cosas que hay ahí ahora mismo.

—Malditas habladurías —murmura Su Cojera, de repente, mientras Carter nos acompaña al perímetro del yacimiento—. Entre los nativos no circulan más que rumores de hechizos y maldiciones, un tema maravilloso. Todos impresionados por la idea de que Tut está protegido por una magia maligna. Es maravilloso, ¿no creen?, vivir con semejante y poderosa creencia. Le hace a uno pensar que nos falta algo…

Pero en ese momento alguien reclamaba la atención de Carter, y éste no podía dedicarse a charlar, lo cual comprendí muy bien: estaba frente a un individuo en ese primer momento de excitación; lejos de mí interponerme en su camino.

El banco aún no tiene noticias de una nueva transferencia.

La *poste restante* rebosa de cartas. Alquiler pendiente de villa Trilipush del 1 de diciembre. Facturas del Hotel de la Esfinge por la *suite* durante el mes de noviembre así como por las sábanas, toallas y ropas que me prestaron.

Regresé a la villa para una tediosa pero necesaria tarea de examinar los libros de cuentas y presupuestos, quizás recortar algunos gastos. Es extraño, pero que Finneran se encargue de su simple tarea (así como el fallo de Margaret en no presionarle) se ha traducido en que *yo* me parezco *a él*, obsesionado por el dinero, que un caballero desecha como un elemento secundario de la vida, como la fontanería. Pero esto, como mi padre solía decir, es lo que invariablemente resulta cuando la buena sangre se casa con la mala: una neutralización.

El alquiler… y los salarios de los hombres de la semana pasada sobre los que Ahmed se mostró tan elocuente. Necesitaré también contratar un nuevo equipo. Trabajo hasta tarde, planeando, repasando una vez más las cuentas, rehaciendo presupuestos. El dinero no está ahí. Es extraordinario que Carter haya tenido tanta suerte *ahora*, después de todos esos años vagando a la aventura.

Pero justamente él llega a mi villa poco antes de que me vaya a dormir. Pide perdón por la intrusión, todo risas y excusas, parece un poco embarazado, declina una copa.

—Simplemente para decirle cuánto admiro su trabajo —me dice—. Sus brillantes traducciones, sus análisis. Nada me enorgullecería más que llamarle mi hermano. Mi pequeña tumba es una especie de tributo a usted y a su persistencia. Un botín fácil, realmente, un objetivo como Tut, no había más que señales de tráfico durante todo el camino, una tumba prácticamente destapada. Pero, Ralph (¿puedo llamarle Ralph?), usted se encuentra en *terra* muy *incógnita*, algo muy *misterioso* y profundo, no estoy muy seguro de que yo mismo pudiera hacerlo, no sabría por dónde empezar. También, oh, sí, quisiera decirle que *lady* Evelyn preguntó por usted de una manera muy curiosa cuando nos marchamos esta tarde. Le dije que estaba usted comprometido para casarse en América con una heredera, y puso una cara larga, muchacho, puso una cara muy larga, era triste de ver. Lástima, también… la muchacha vale todo el té de China, y su padre, bueno, es mejor tenerlo de tu parte: el conde posee unas trece mil hectáreas. Debería usted enamorarse de *lady* Evelyn, si quiere saber mi opinión.

—Como si enamorarse fuera tan fácil —le grito cuando desaparece en la noche.

Martes, 28 de noviembre de 1922

TELEGRAMA DE C. C. F.: ¿NO ESTÁ CARTER EN TU EQUIPO? LOS PERIÓDICOS NO HABLAN DE OTRA COSA ¿NO ESTÁ ENTRE LOS TUYOS? CATALOGA NUESTRO HALLAZGO INMEDIATAMENTE. ¿ACEPTARÍA CARTER UNA INVERSIÓN? INFÓRMAME.

Hay un instante molesto en que tú entregas al muchacho el papel de respuesta del telegrama e instintivamente esperas que él conteste, cuando por supuesto él es sólo un mudo transmisor. Es como gritarle a un sordo y ensordecedor viento. Y no obstante uno puede oír un lejano eco, leer algo en la inexpresiva cara del muchacho: C. C. F. ha terminado conmigo. Al final, confiar en los demás siempre conduce a esto, siempre. Sin embargo, siempre te quedarás sorprendido con aquellos que olfatean buscando sólo un sucio interés propio y usan cualquier cosa para ello, manipularán el amor y te abandonarán ante cualquier amenaza si ello les ahorra la más mínima molestia.

Sobre la dificultad de confiar en los apoyos financieros de uno: —Profesor Trilipush —le recuerdo diciéndome, poco después de que los demás inversores hubieran abandonado nuestra reunión de junio—, si tuviera usted un momento más para mí, se lo agradecería mucho. —Me sorprendió su repentina educación, pues, pienses lo que pienses de Chester Crawford Finneran, la *caballerosidad* no es lo primero que le viene a uno a la mente—. Me pregunto si podría darme usted su opinión sobre mi colección personal. —Sus diminutos ojos de ágata observaban justo por encima de mis hombros, y la punta de su cigarro llameaba y se apagaba—. Sé que habrá montones de oro en la tumba de nuestro faraón, momias y todo eso, como usted describía tan elegantemente ahora mismo a los muchachos. Pero me gustaría enseñarle a usted otros aspectos, esas bellas artes, artes plásticas, esculturales y gráficas, aunque tal vez sea menos probable que aparezcan en colecciones de museo debido a la discusión sobre su interpretación. Son más interesantes para un coleccionista privado. Tal como sé que usted sabe. Más funcionales —proseguía sin cesar con ese monólogo, y yo asentía sin comprometerme—. Todo un erudito como usted seguramente lo comprenderá. —Y Finneran se quitó una invisible hebra cerca de su cintura.

Me condujo a su estudio y se quedó de pie ante la estantería que se alzaba detrás de su escritorio desde donde varias veces retiró, y luego volvió a colocar, un volumen, balanceándolo sobre el borde inferior del lomo como si no fuera capaz de decidirse si quería sacarlo. Finalmente, dejándolo, suspirando con creciente incomodidad, se volvió hacia mí y cruzó los brazos. «Es simplemente una cuestión, veamos, de su, su, uh…». Levantó la mano para acariciarse sus espesos bigote y patillas, pero ésos existían aún sólo en su retrato que colgaba en la pared de su estudio. Siguió mis ojos hasta el cuadro. «¿Siempre va usted bien afeitado? Yo no logro acostumbrarme». Depositó su ardiente cigarro, brillante y ladeado como un

tronco de árbol golpeado por un rayo, en un cenicero y regresó a empujar y a tirar de aquel mismo libro medio sacado de la estantería. Invocaba a Jesús para que realizara una acción específica sobre un particular carpintero irlandés-bostoniano. Empujaba y tiraba del libro con frenética energía, una y otra vez, maldiciendo.

—¿Qué es ese libro, C. C. F.?

—Madre nodriza de Cristo. Lo asaré vivo —murmuró, sacudiendo el volumen atrás y adelante.

—Hola, papi. ¿Ha terminado vuestra reunión? —Ella había aparecido sin que la oyéramos detrás de nosotros—. Hola, Ralphie. ¿Cómo te ha ido con los plutócratas de Boston?

—Mi adorable amorcito —digo yo—. Eres una visión de inimaginable belleza.

—Estamos ocupados. Lárgate —gruñe el siempre simpático dueño de la casa, agachándose ahora y mostrando su redondo y gorilesco trasero para nuestra delectación, pues cuando me di la vuelta otra vez descubrí a C. C. F. de rodillas, inclinando la cabeza, examinando un estante inferior, muy por debajo del libro que había estado toqueteando cuando ella le interrumpió.

—Una rosa del color más bonito —continué—, la fragancia de la primavera en movimiento.

Y así estaba ella aquel día, maldito sea todo, y saludable, también. Yo debería haber girado sobre mis talones, ignorando a mi monstruoso patrocinador y sus tremendas urgencias, y simplemente haberla arrebatado allí y entonces. Podría habérmela llevado allí mismo, terminado con todo esto donde más importaba, olvidando todo el resto y simplemente haberla conquistado y hacerla mi esposa. No, no, ella nunca me habría aceptado, entonces no, sin una victoria. Pero aparecía limpia y clara aquel día. Lo estará todavía, si de alguna manera puedo conseguir la oportunidad de estar otra vez con ella, de alguna manera triunfador.

—Lamento la interrupción, *prefesor* —dice Finneran y llama a Inge para que saque a Margaret de la habitación y se la lleve al jardín a tomar un poco de aire fresco.

En el momento en que la puerta de roble se cerró en su cubil, él volvió a ponerse de pie tirando furiosamente arriba y abajo de aquel primer libro otra vez. Un instante más tarde se oyeron como unos arañazos en la cerrada puerta que provocaron en Finneran una especie de espasmo en su espalda y mejilla. «¡Por los riñones y el bazo de Cristo!», gritó, o alguna otra estupidez celto-católica, y pasó como una exhalación por delante de mí para abrir la puerta; pero se trataba sólo de uno de los *spaniels* de Margaret, que pagó cara la interrupción.

—¡Por fin! —gritó, después de retornar a su hipnótica tarea, mientras la estantería emitía un audible clic y se movía una fracción de pulgada, desalojada por algún mecanismo de muelle que se accionaba debajo de aquel perezoso libro. Finneran aplicó su hombro a un borde de la estantería e hizo girar toda la estructura de seis estantes sobre su eje central, abriéndola lo bastante para deslizar su gordura por ella.

Me hizo señas de que le siguiera. Cuando el portal se cerró nuevamente a nuestras espaldas (confiando aparentemente en el mismo muelle, poco digno de fiar, para que nos liberase algún día), encendió una fila de luces eléctricas.

—*Prefesor*, la Colección Finneran de Bellas Artes —entonó, agitando grandiosamente las manos ante las vitrinas y estantes de carpetas del enladrillado recinto en que nos encontrábamos—. *Prefesor*, las grandes civilizaciones tienen, como estoy convencido de que sabe usted… —Y prosiguió resollando con su justificativo murmullo, cuyo texto no necesito escribir aquí, ya que varía muy poco de uno a otro miembro de su patética comunidad.

El botín de Finneran no era malo, dentro de su género, y bastante variado, aunque, de forma embarazosa, había calculado mal cuando supuso que mi trabajo con Atum-hadu tenía alguna relación con ese batiburrillo. Ajustó la luz de las pequeñas lámparas eléctricas que iluminaban desde arriba las seis o siete vitrinas, cada una de las cuales albergaba ocho o diez piezas: cocodrilos incaicos de piedra que sonreían mientras se lanzaban sobre vírgenes guatemaltecas; urnas de la dinastía Ming, azul sobre blanco, el desnudo emperador agachado sobre concubinas, hortelanos realizando funciones de relleno no culinarias; diosas hindúes de bronce, de múltiples miembros, saciadas, enganchadas, entrelazadas; un trozo de lo que parecía ser marfil o madera blanqueada totalmente decorado con imágenes grabadas de perros esquimales, aletas de foca, rostros con el cuello forrado de pieles sonriendo en éxtasis con los ojos cerrados. «Inuits. El pueblo esquimal de Groenlandia —comentó el loco conservador—. Tallado sobre barbas de ballena». Y luego nos pusimos a examinar las carpetas de cuero, cada una de ellas repujada, bendita sea su confundido corazón, con las palabras La colección Finneran. «Obras sobre papel», declaró mientras revelaba delicadamente sus tesoros: Primero, una serie de grabados georgianos de empelucados rostros examinando con expresión de enfado el personal de la cocina para descubrir posibles enfermedades personales. Luego: «Japoneses. Grabados en madera», y sus ojos, como manchitas de tinta, me estudiaron mientras ojeaba lentamente una serie de adornados caracteres que contaban la historia de un samurái y las mujeres del pueblo que le habían servido, mucho envainar y desenvainar de espadas, agarrarse por los moños, etcétera. «Y obras de arte contemporáneas, también, por supuesto», susurró, cogiendo velocidad y confianza.

—Sabe usted —dijo—, yo no soy un conservador chapado a la antigua, no soy, no soy…

Pero no fue capaz de explicar lo que no era, demasiado preocupado por desatar las carpetas de fotografías; nada muy sorprendente, nada que uno no pudiera ver en el Ejército o en bazares clandestinos por todo el mundo, incluso en Boston. Nada fuera de lo común, excepto por el predominio de la enfermera de su hija como modelo.

—Inge tiene una inusual capacidad de comprensión del arte de la forma humana.

—Muy impresionante, Chester.

—Gracias, Ralph. Sabía que usted lo comprendería, como erudito. Como puede

ver, sin embargo, me falta, por desgracia, algo de procedencia egipcia. Y, por lo que he leído y oído de otros coleccionistas, hay artículos guardados en los sótanos del Louvre y en su propio Museo Británico que presentan su antiguo Egipto como una sociedad artística muy madura.

Finneran atisbó a través de un agujero en dirección a su despacho, luego empujó la puerta para abrirla y me condujo rápidamente de nuevo a través del hueco que dejaba la estantería. Se sentó a su escritorio, se secó la cabeza con un pañuelo, cruzó los brazos y llegó al previsible punto:

—Me parece Ralph, que…

Y de repente estalló una perfecta sinfonía de campanas de iglesia y relojes de carillón que empezaron a sonar en cascada, comenzando en su propia mesa para seguir con el reloj de pared, los relojes de péndulo esparcidos por toda la casa, y luego las tandas de doce campanadas de las torres, desde un extremo del municipio de Boston al otro. Debía de ser una especie de día festivo local, porque pasaron al menos dos minutos en que borrachos campaneros y sabios jorobados por toda la ciudad rivalizaron con tintineantes y retumbantes composiciones, cada una de ellas finalizando con doce sonoros disparos de cañón, pero escalonados (como si cada iglesia estuviera en su propio huso horario) de manera que al menos resonaron sesenta explosiones apenas espaciadas antes de que Finneran pudiera dominar los nervios y susurrar su conclusión.

—… su particular especialización y mis gustos culturales y artísticos se entrecruzan aquí.

Otro de esos tristes hombres que no son capaces de ver la distinción (enorme, elemental) entre lo que yo estudio y respeto y lo que ellos devoran, desean ardientemente, devoran, desean ardientemente.

—Y por tanto, si usted encontrara, como ciertamente hará, algún ejemplar de…

Me pregunté si su hija conocería su secreto.

—Desde luego —se interrumpió a sí mismo para responder a mi no formulada idea—, una sola palabra a nadie de esta adicional transacción significaría un instantáneo punto final a nuestros pequeños acuerdos financieros; no se equivoque.

Éste es el hombre que, por misteriosas razones —por *ninguna* razón— me ha abandonado en mitad de mi expedición. Que me haga esto a mí, que me deje en esta situación apurada, que caiga bajo la influencia de algún mentiroso itinerante. Un pornógrafo *nouveau riche* que habría hecho del novio de su hija un proveedor de indecencias. Él y sus rufianes compinches. El silencioso O'Toole, que robó uno de los salvamanteles de plata de C. C. F. delante de él en la reunión de inversores. Kovacs, con sus ojos perpetuamente húmedos, como si su conciencia estuviera tan empapada de sus crímenes que llorara las lágrimas de sus víctimas en su nombre.

La ciudad entera hervía de chismes sobre el hallazgo de Carter. Los rumores eran delirantemente inverosímiles, y con razón, ya que solamente la imaginación de los subempleados y fumadores de *chicha* egipcia podía concebir tales maravillas como

los cuentos de hadas que he oído hoy. Y los rumores se extendían a gran velocidad. Por ejemplo, mencioné de pasada a un vendedor de frutas que si yo fuera Carnarvon, simplemente aterrizaría con un pequeño avión en el Valle de los Reyes y me llevaría el lote entero al Museo Británico, sin dar a los egipcios ni un pedacito. Efectivamente, para cuando me encontraba en otro distrito, donde finalmente hallé un tendero de artículos de caballero que tenía un sombrero de fieltro de mi talla, un cliente egipcio elegantemente peinado, de barba bien recortada, me estaba contando *a mí* que lord Carnarvon había aterrizado la noche anterior con tres aeroplanos en el valle y emprendía una serie de vuelos cada noche, trasladando el tesoro egipcio fuera del país a su propiedad de Inglaterra, donde (informé yo al barbudo asno) Su Señoría tenía esclavos, un requisito de la nobleza británica. El hombre asintió con la cabeza, sin mostrar ninguna sorpresa.

Finalmente encontré un aparato para recortar el bigote. Compré este último artículo a un barbero, un musulmán tan hercúleo, de fuerza tan enorme, que sólo por la gracia de Alá no había aplastado inadvertidamente la cabeza de ninguno de sus clientes. Le pregunté, considerando su fuerza, si tenía algún interés en trabajar en una excavación de uno de los más famosos reyes antiguos. Pero él declinó el ofrecimiento: «Lo siento mucho, Mr. Carter, señor». Un ridículo y no enteramente halagador error. El hombre continuó: «Pero he oído hablar de las maravillas que ha encontrado usted y quizás le pueda enviar a mi primo, ¿le parece?». Convinimos el trato, nos dimos las direcciones, y ahora puedo empezar a reconstruir mi equipo.

Me encaminé nuevamente al yacimiento de Carter, pues ahora estaba preparado para ejecutar un plan bastante brillante con el fin de resolver la crisis financiera de mi expedición. Allí encontré al conde de Carnarvon y a dos nativos de pie, junto a lady Evelyn, que estaba intentando algo con un pincel y una pequeña y elegante pala. Con una disimulada risa de sorpresa, se puso de pie sosteniendo un fragmento de cerámica. Sinceramente, allí uno no tenía más que agacharse y dar una patada a la tierra para encontrar algo.

Los dejé con su diversión. La tienda de mando de Carter era una interesante, si bien chillona visión, un efecto bello, supongo, si te has pensado que eres el césar. El hermoso cuaderno Lett's n.º 46 parece ser su agenda/registro preferido, y mañana, al parecer, tendrá lugar la apertura oficial de la tumba de Tut. Una lista completa de invitados, incluyéndome a mí, por supuesto.

Volví al exterior, y entablé conversación con uno de los muchos periodistas que merodeaban por el yacimiento, confusos. Me quedé con él en la balaustrada que da directamente encima del pozo (¡Cuánta vanidad! ¡Barandillas para retener a los turistas!), y le ayudé a comprender lo que estaba viendo, los procedimientos, así como situar el descubrimiento de Carter en el contexto histórico, para su artículo del periódico… Las excavaciones que la eclipsaron en el pasado, las que se esperaban todavía. La relativa oscuridad y escasa importancia de Tut en la historia egipcia. Su afectado aire de integridad periodística consistía en tratar todo lo que le decían como

si fuera mentira. Mientras ayudaba a aquel inculto con su ortografía, oí directamente debajo de mí una conversación entre Carter, Carnarvon y algunos otros ingleses. Carter estaba diciendo:

—A la luz del descubrimiento y de su magnitud, y considerando el desinteresado compromiso de Su Señoría y el de su familia a lo largo de estos años, creo que el gobierno debería considerar la posibilidad de recompensar a Su Señoría por…

—¿Tut es un rey menor? ¿Por qué todo ese oro y tesoros, entonces? —pregunta el infantil periodista, captando mi atención.

Pero la esencia estaba clara. Compensado por su apuesta de seis años en el lento trabajo de Carter, Su Señoría estará, pues, considerando la posibilidad de reinvertir en una nueva expedición. Yo recibía confirmación de la parte inicial de mi plan. Eso liberará las finanzas de mi expedición de su triste estado, y al mismo tiempo —no deseando quemar los puentes con mi supuesto suegro— empujará a C. C. F. a que vea el valor del trabajo que está poniendo en peligro con su miserable racanería.

Sobre la necesidad de la emoción humana en la investigación científica: Ésta es una historia sencilla, y si decido incluirla en el libro, será con la amable y condescendiente aprobación de lord Carnarvon y el azaroso regocijo *a posteriori* de C. C. F., sin la menor duda. Todo el mundo lo verá bien, excepto quizás Carter, que se está volviendo insufrible desde que ha tenido su pequeño golpe de suerte.

Cuando Carnarvon se quedó solo con una taza de té tratando de parecer enterado o instruido, examinando distraídamente el dintel al pie de las escaleras, le ofrecí mis excusas al reportero manchado de tinta y grité el nombre de Su Señoría. Éste subió hasta la galería de los visitantes con sus altaneros modales.

—Yo no debería conceder entrevistas; ésta es la obra de Mr. Carter, pura y simplemente —empezó, de una manera amistosa, exagerando los gestos como un payaso de circo.

Le recordé a Su Chifladura que nos habíamos conocido el día anterior. Es realmente un maravilloso ejemplo de los pares ingleses.

—Desde luego, desde luego, el individuo del rey obsceno. Bueno, me gusta su sombrero, señor —dice—. Yo vestía algo más informal en mis tiempos, cuando me dedicaba un poco a esto. Todos ustedes, los excavadores, visten de punta en blanco hoy en día.

—Sí, el viejo sombrero de fieltro. Da un ejemplo de compostura para los nativos.

—¿Es usted el banquero, señor? —interrumpe el periodista que yo había dejado a mis espaldas, señalando con su pluma a Carnarvon.

—Bueno, ésa es nueva, debería decir —replicó riendo el jovial lord, y después repite su pequeña advertencia de que se trata sólo del *show* de Carter, aunque concede una larga entrevista mientras yo espero tan pacientemente como me resulta posible.

Al final, el reportero, todo zalemas y reverencias hacia un par inglés —se acabó toda afectación de incredulidad por Carnarvon, oh, no— se larga a interpretar mal o a

exagerar alguna otra cosa.

—Lord Carnarvon, si pudiéramos tener unas palabras. Traigo una pequeña muestra de mi estima. —Le ofrecí una de las raras primeras ediciones de 1920 de *Deseo y engaño*, dedicada «Al conde de Carnarvon, patrocinador, explorador, amigo de Egipto, un verdadero Maestro de Generosidad, de su colega y admirador R. M. Trilipush».

—Precioso regalo, muy amable —dice el desgarbado millonario.

—Bien, Su Señoría…

—Por favor, llámeme Porchy.

—Muy bien. Porchy, tal vez no lo sepa usted, pero me estoy acordando…

—¿De dónde es usted, muchacho?

—De Kent, Su Señoría. Familia de militares y exploradores, tengo pequeñas propiedades familiares allí, una modesta mansión rural.

—¿De veras? Tengo que detenerme allí algún día y ver el lugar. Adoro esa parte del país.

—Bien, Porchy, nos sentiríamos encantados de tenerle como invitado. Ahora, como Carter debe de haberle dicho, yo me encuentro también muy, pero que muy cerca de realizar un asombroso descubrimiento, la tumba del rey Atum-hadu, un descubrimiento que, con el debido respeto, podría muy bien eclipsar lo que Howard está desempolvando en estos momentos. Con su apoyo, y mi reputación… bueno, no estoy hablando de seis años aquí. Yo sería capaz de amortizar el dinero de nuestro amigo Carter… con lo que me refiero al dinero de usted, por supuesto. Estoy hablando de quizás un mes desde el comienzo hasta el final, y nos veo consiguiendo…

—Dios mío, hombre, ¿qué le ha hecho usted a esa pata suya?

—Oh, nada en absoluto. Casi no duele.

—Mejor que tenga cuidado con algo así en este clima.

Es muy solícito el conde, pero casi patológicamente distraído.

—Gracias, pero Atum-hadu, sabe usted, fue probablemente el último rey tebano de la XIII.ª dinastía, cuando los invasores hicsos estaban arrasando el…

—¿Fue un rey auténtico? ¿Histórico? Carter dice que era un personaje fantástico, apócrifo, una especie de rey Arturo imaginado por De Sade. Producto de posteriores poetas, o algo así, la vieja nostalgia egipcia, una travesura artística…

—¿Arturo y De Sade? Muy divertido nuestro Carter.

—¿Lo soy?

Y efectivamente, el envidioso individuo se había deslizado silenciosamente en nuestra conversación privada. De algún modo había aprendido a aproximarse en silencio total como un asesino. Y antes de que pudiera decir una palabra más, se llevó a Carnarvon a inspeccionar alguna reliquia de Tut. «Deberíamos volver a hablar pronto, Porchy», grité, suponiendo que el pobre hombre podía deshacerse por sí solo de su pegajosa niñera. En realidad, Carter parecía tener la expresa intención de

mantenerme alejado de lord Ricachón, incluso mientras se deslizaba con aquella usual altanería estilo Carter, que excluye sin el menor esfuerzo, pero que ahora quedaba retratada por lo que era: una actitud que encubría miedo y envidia. Yo me quedé en medio del polvo y el calor con mi sombrero, y chaqueta y corbata, mi recortado bigote y bastón de paseo, y él se alejó con pasos suaves, vestido como yo pero agarrando aún a mi próximo patrocinador, como si el propio Carter nunca hubiera ido a pedir dinero él mismo, como si meramente asintiera con la cabeza cuando el conde se acercaba a él doblando las rodillas y le suplicaba su permiso para llenarle los bolsillos de dinero. Quizás así era como sucedía.

Era interesante, también, ver con qué ahínco había tratado Carter de minimizar mi trabajo a mis espaldas, y no sólo mi trabajo sino la historia misma. Cómo rápidamente le había mentido a Porchy diciéndole que Atum-hadu no existió. Reprimido, silencioso, repulsivo y ahora deshonesto.

Cómo te hace sentir ese hombre, como si fueras incapaz de decir cuántos dedos tienes ante los ojos, o incluso estar seguro de que se trata de dedos. Aun ahora, mientras estoy sentado aquí, en el farallón, anotando los acontecimientos del día, es como si no estuviera sosteniendo una pluma. Como si no hubiera publicado una palabra de egiptología. Como si todo lo que he realizado lo hubiera hecho en una habitación oscurecida, yo solo. Como si Carter y Carnarvon y Ter Breuggen supieran algo de lo cual no hablan en público, pero saben que yo no lo sé y que no lo sabré nunca. Como si la suya fuera una silenciosa, inexpresiva, risa transmitida invisiblemente de uno a otro y sólo por un instante, antes de que ellos se den la vuelta para concentrarse en sus celestiales tareas, tareas que yo sólo *creo* entender. De la misma manera que yo sólo *creo* que esto es una pluma tomando notas en un cuaderno Lett's n.º 46. Igual que solamente *creo* que existo yo y que hago mi trabajo de forma pertinente. De la misma manera que sólo *creo* que puedo juzgar lo que ocurre a mi alrededor o en mí. «Pero no». Sonríen sin mover los labios. «No puedes». Lars Philip-Thürm, el crítico pagado de sí mismo de *Deseo y engaño*, que llevo aquí mismo en mi cartera, dice: «Trilipush excava pero no le puedo llamar arqueólogo. Escribe, pero no puedo llamarle erudito. No sé cómo llamar a esto, pero no pertenece a mi campo de estudio».

Lector, lector, el núcleo de mi discusión con Porchy es solamente éste: Todo esto es una aplicación necesaria de la psicología y la emoción humana al problema. Sé que C. C. F. es susceptible de presión porque él utiliza la presión en sus relaciones cotidianas, y comprende, como hombre de negocios, que el propio valor se ve en el calor de la competición. Le contaré la verdad, no porque desee reemplazarlo por Carnarvon (ciertamente no deseo tal cosa; prefiero un financiero allá lejos, en Boston, que uno dando tumbos por el yacimiento), sino porque él debería saber que no necesito gorronear peniques americanos cuando podría estar tirando por ahí las libras de milord. Especialmente ahora, cuando mi trabajo está detenido para reorganizar a hombres y dinero. Finneran me obligó a tomar su dinero, lo cual hice como un gesto

hacia mi prometida, así que tendré la bondad de seguir aceptándolo antes de aceptar el de Carnarvon. Éstas son complicaciones humanas que, lector, invariablemente se inmiscuyen en lo que debería ser ciencia pura. Telegrafío a C. C. F. en consecuencia, y me vuelvo a villa Trilipush.

Regreso de correos, y en cumplimiento de la palabra de mi barbero, encuentro de cuclillas ante mi puerta a su primo, Amr, mi nuevo capataz. Un muchacho de dieciséis años, Amr será un excelente capataz, aunque tiene mucho que aprender. «Lord Carter —me dice—, espero servirle». Ya veremos, joven Amr. [Corregir el epígrafe de apertura y dedicación a «Amr»]. Le dije que no me llamara así, añadiendo que los antiguos egipcios valoraban mucho la discreción, como yo lo haría, pero que los antiguos reyes también trataban la indiscreción con sumo rigor. Quedamos para encontrarnos mañana, y como una simbólica y preliminar *baksheesh*, le regalo una encantadora caja sorpresa con una momia.

Correspondencia:

Harold Ferrell a Laurence Macy III, 1954-1955

El 29 de noviembre, antes de partir para Egipto a atrapar al asesino de Paul Caldwell, ensayé mi mejor discurso y me fui a la mansión Finneran para despedirme de la mujer que estaba rompiéndome el corazón por diversión. Pero fue su padre el que abrió la puerta. «Bien —dijo, para gran sorpresa mía—. Me viene bien alguien que me escuche». Margaret no apareció por ninguna parte mientras su padre me acompañó por el pasillo. Me hizo entrar en su estudio y se excusó bruscamente por nuestra anterior reunión, en la cual me había gritado a causa de su nerviosismo.

—Ahora aconséjeme usted, Ferrell. No sé si usted ha visto más cosas que yo —dijo, haciendo crujir sus nudillos, una especie de reconocimiento y excusa e invitación a contárselo todo, admitirá usted, Macy.

Cuatro días antes, al parecer, Finneran había recibido un telegrama de Trilipush: los hallazgos de la tumba eran extraordinarios, superaban los sueños más descabellados, salas y salas, y Trilipush necesitaba dinero para terminar su tarea y pagar a su equipo, pero, por lo demás, la victoria era suya. Hasta la llegada de ese telegrama, Finneran había estado reteniendo los pagos excepto, admitió, una pequeña suma que había mandado en un estallido de optimismo. Pero, con aquel cable del 25, estaba dispuesto a renovar la entrega del dinero, y sin restricciones. Y, efectivamente, dijo Finneran, el 26 los periódicos se desgañitaron hablando de un increíble descubrimiento en Egipto. Puede comprobar eso por usted mismo, Macy: la prensa dando la murga sobre Tutankamón y un inglés llamado Howard Carter, que era el jefe de aquella expedición. No tenía nada que ver con Trilipush, pero la coincidencia era tan grande (el cable de Trilipush había llegado el día anterior), y Finneran (me enteré más tarde) se encontraba en una situación de peligro tal, que simplemente suponía, y esperaba, de una manera patética, que Tutankamón estaría de algún modo relacionado con su inversión y Howard Carter era alguien del equipo de Trilipush, algún capataz. «La verdad —dijo Finneran—, todos los nombres de los faraones suenan igual, ¿no?». Finneran cablegrafió el 26 felicitando a Trilipush e informándole de que los envíos de dinero se iban a reanudar. Informó también a los otros inversores de que todo iba por buen camino y que habían hecho una inversión espectacular. Estaba decidido: Trilipush iba cada vez mejor, lo de Oxford era un malentendido, no valía la pena hablar de ello. Margaret estaba encantada y por tanto Finneran pensaba transferir los pagos mensuales de los inversores, unos fondos que había estado reteniendo en su propia cuenta. Pero el 27 se había dado cuenta de su error —Carter y Trilipush estaban trabajando en distintos proyectos— y ahora Finneran volvía a tener dudas. El 28, recibió otro telegrama de su hombre. Finneran me lo tendió. Y decía así:

NO ME MANDES MÁS DINERO. HE ENCONTRADO OTRO RESPALDO MÁS FIABLE. LAS FUENTES DE FINANCIACIÓN DE CARTER ME HAN SUPLICADO QUE ACEPTE SU INVERSIÓN.

No puedo decir que esto me sorprendiera: Trilipush había utilizado a Finneran

para encontrar su agujero del desierto lleno de oro, y ahora, habiéndolo hallado, ¿para qué iba a volver a necesitar a los Finneran? Se había aupado en la escala social hasta una posición superior, cortando los lazos con los de Boston. Le dije esto a Finneran en términos muy claros. Él me miró con los ojos desorbitados. «¿Cree usted que no va a volver? Pero yo necesitaba ese dinero», tartamudeó. ¿Cuánto le había mandado? No mucho, sólo una pequeña cantidad, porque la protección original para los inversores había consistido en que Trilipush aceptara gastar su propio dinero durante las primeras semanas, como prueba de la confianza en su proyecto. «Así que, ¿dónde está el problema? —pregunté—. Apenas habrá perdido usted un céntimo». No, no estaba preocupado por el dinero que había *gastado*, Macy; lo estaba por la parte del supuesto *tesoro*, si lo entendí correctamente, que ahora iba a perder. «¿Qué voy a decir…?», empezó, pero le interrumpí, le pedí que se relajara, que le dijera a Margaret que no debía preocuparse. Me miró con cara de asombro. «Idiota… Me refiero a O'Toole y Kovacs, a O'Toole y Kovacs… ¿qué les voy a decir *a ellos?*».

Miré a la cara de Finneran, y entonces, Macy, entonces lo comprendí. Había visto esa cara anteriormente, y la he vuelto a ver desde entonces: es la retorcida expresión del hombre que se da cuenta de que no podrá pagar a sus peligrosos acreedores.

—Eso no lo sé, Finneran, pero sí sé esto. Cablegrafíe a Trilipush con la firma de Margaret, rompiendo el compromiso. Trilipush se lo está quitando de encima; así que salvemos primero a Margaret. Haga eso por su buen nombre lo antes posible. Ella tiene que romper con él antes de que él lo haga con ella. Le debe eso a la muchacha. Y *si* él tiene algún sentimiento por ella, cosa que dudo, ella es la única esperanza que tiene usted de conservar algún control sobre él, ahora que Trilipush ya no necesita su bolsa.

Sonó el timbre de la puerta. Julius Padraig O'Toole entró y me saludó con la cabeza, fríamente. Yo fui despedido mientras Finneran recibía a O'Toole en su estudio, con una experta exhibición de pelotilleo. Yo esperé en el salón. No se oyeron gritos, ni disparos. La puerta del estudio se abrió un cuarto de hora más tarde, y O'Toole salió con grandes y tranquilos pasos al pasillo y de la casa. Finneran estaba sentado a su mesa, dando golpecitos a su humedecedor de tabaco con los dedos. Le pregunté qué quería O'Toole. «Cierre esa maldita puerta», replicó. Yo me marché. A Margaret no hubo manera de encontrarla ni entonces ni en toda la noche.

Diarios de
Ralph Trilipush,
1922



Miércoles, 29 de noviembre de 1922

Mr. Trilipush. Necesito el dinero del alquiler de los próximos seis meses, en este mismo momento, probablemente una necesidad poco importante para usted. ¡Deprisa, deprisa! Y éste es también un asunto de claro desacuerdo. Porque es diferente, sí, de lo que discutimos a través del agente, esto es necesario ahora incrementar x 5 veces el monto de cada mes del alquiler de la casa. Y esto es evidente, sí, debido al interés por las cosas de Tut. ¡Muchas personas siguen viniendo! ¡Felices circunstancias! ¡Gracias, heroico Mr. Carter! ¡Y con una hermosa casa como ésta! ¡Caramba! Al menos diez personas han preguntado al agente si mi casa está disponible, y lo estará a menos que usted pague el alquiler de otros seis meses inmediatamente, a este nuevo precio. Atentamente, con mucha seriedad,

Mr. Gamil.

Diario: Deslizaron este mensaje por debajo de la puerta, durante la noche, que provoca una nueva tensión en las finanzas de la expedición. La clave está ahora en concentrarme heroicamente en los asuntos inmediatos. Dar de comer a los gatos y partir al alba, a *trabajar*.

Amr viene a mi encuentro en la orilla oeste del Nilo, con yeso, y, mientras el sol se alza a nuestras espaldas le muestro la ruta correcta que conduce al yacimiento. Tiene su propio burro, lo cual es excelente. Me sigue a la tumba sin decir una palabra. Le ordeno que despeje la improvisada protección de la entrada de la tumba, y le permito que entre detrás de mí. Se muestra debidamente impresionado. Le debo a este muchacho una educación a cambio de sus músculos, y tengo intención de hacerlo bien.

—La arqueología, Amr, no sólo es excavar, sino una manera de tratar nuestro entorno y a nuestros trabajadores (a ti, por ejemplo) que exprese nuestra desinteresada y solidaria apreciación del medio histórico del que somos herederos.

Es un espléndido muchacho, un orgulloso ejemplo del egipcio moderno, rápido de comprensión. Hago que empiece a unir las tablas con clavos y a rebozarlas con yeso para revestirlas de un uniforme blanco que mejore la cobertura de la boca de la tumba.

Mientras tanto, vuelvo a entrar a ésta y me concentro en el trabajo que me queda por hacer en este vasto y extraordinario espacio, que dibujo de momento así:

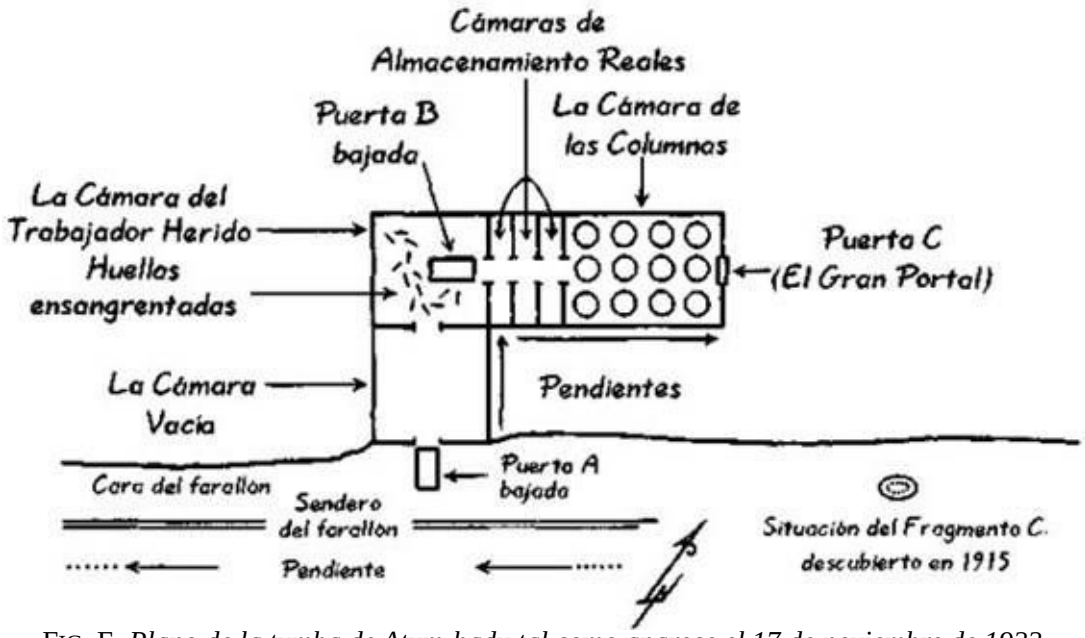


FIG. E. *Plano de la tumba de Atum-hadu tal como aparece el 17 de noviembre de 1922.*

Evidentemente, los tesoros a consignar no son tanto materiales como históricos, las claves de que nos encontramos en la pista correcta, que nos conduce burlonamente a los hallazgos más palpables, que pronto van a aparecer y a eclipsar, con creces, los demás hallazgos de esta temporada. Como ejemplo de las históricas recompensas a que me refiero, las inconfundibles huellas ensangrentadas que aparecen por toda la Cámara del Trabajador Herido deberían ser mencionadas brevemente, pues son únicas en la historia de la egiptología. La explicación más probable —y estoy dispuesto a admitir que por ahora se trata meramente de una hipótesis— es que un trabajador fue herido, quizás al cerrar y sellar la Puerta B.

Voy descubriendo con cortafríos el contorno del Gran Portal, e introduzco cuñas a golpes de martillo. Trato de encajar una palanca en los espacios, pero es absurdo pensar que el muchacho y yo podemos hacer esto solos. Podría esperar hasta que la decisión de lord Carnarvon me permita abrir ésta y cualesquiera otras puertas que hagan falta. Podría esperar a que Margaret finalmente se esforzara por convencer a su padre y sus lacayos de que volvieran al buen camino. Podría pedirle a mi barbero que me enviara más músculos. Carter se abría paso en su tumba con gran rapidez, y si el golpe de martillo es el método que se usa ahora, difícilmente puede esperarse que yo preserve toda roca que se atraviese en mi camino. *¿Qué podría haber detrás de la Puerta C?*, sigo preguntándome. ¿Pruebas más definitivas aún de Atum-hadu, así como, finalmente, el tesoro? Cuán cerca estoy y cuán abandonado, cuán completamente abandonado a mi propio ingenio.

Tengo mucho trabajo por hacer en este yacimiento, y el tiempo no deja de correr, si la voluntad de C. C. F. se ha debilitado tanto como me temo. Pero el yacimiento de Carter es magnético, y yo no deseo ofender al veterano arqueólogo no asistiendo a su gran momento con las multitudes y la prensa hoy, de modo que, a mediodía, ordeno a Amr que termine su trabajo de carpintería y permanezca de guardia hasta última hora de la tarde, mientras yo me marcho en su burro al valle para asistir a la celebración de

Howard Carter en las arenas.

Margaret: Querida mía. Estoy sentado aquí contemplando desde lo alto del Valle de los Reyes, a punto de asistir a un almuerzo y a la apertura oficial de una de las tumbas de mi colega. Estoy con el agua al cuello, pues la testarudez de tu padre me ha dejado con las manos pegadas. Me tranquiliza al menos saber que no hay disolvente más fuerte que tu amor. Sé que estás haciendo lo posible, incluso mientras escribo esto, para que tu padre vuelva al recto sendero.

Mi amor, es un poco más tarde ahora y he regresado a este mismo apartado lugar para tomar nota de mis pensamientos, de lo que acabo de ver, antes de volver a Deir el Bahari y a mi apremiante trabajo, aunque me muevo lentamente debido a mi herida. Vale la pena señalar que estos acontecimientos simplemente te mostrarán, algún día, cuando todo esto se aclare, el tipo de personas que tanto ha confundido la lealtad y el juicio de tu padre. ¡Nada! No hay nada en ese hallazgo de Carter que deba siquiera provocarle a un hombre envidia o confusión durante un minuto. Las dudas de tu padre son decididamente cómicas ahora que he visto el «esplendor» de Tutankamón.

Además de Merton, del *Times*, y de otros periodistas que hacen la pelota por un almuerzo gratis, estaban Carter, el conde y su hija, un séquito de pachás, lady Allenby, Engelbach, de Antigüedades, el jefe de la policía local, Effendi, el inspector de Antigüedades de Luxor, y un desfile de petimetres ingleses y sus mujeres, una de las cuales, una tal lady Balbucealíos, por lo que pude oír, llevaba su terrier de Yorkshire consigo a todos los acontecimientos (una dulce pero incontrolada criaturita sedosa con un collar de cuero negro), y luego mugía como una vaca parturienta cuando el animal, inevitablemente, daba brincos, sin duda para buscar un almuerzo más apetitoso que el que nos ofrecían en las largas mesas situadas en la cabecera del valle.

La charla en el almuerzo resultaba insoportable, ya que todas las damas se desafiaban para conseguir el protagonismo. Detrás de sus broches de diamantes y ónices en forma de escarabajo y bajo sus yelmos de paja, se escupían mutuamente nombres de excavaciones, librando una batalla por la supremacía con legendarias maravillas de belleza no echadas a perder aún, contemplada sólo en las más privilegiadas circunstancias.

—Bueno, *desde luego* ha visto usted el agujero de Ramsés VI, y no es un mal alojamiento si uno ha de morir en Egipto —dice despreciativamente una dama a otra que se atrevía a admitir que estaba impresionada por la tumba de R6—, pero los colosos de Ramsés II en Abu Simbel son muy superiores, si tiene la molestia de hacer la excursión para ver auténtico arte.

—No están mal, la verdad —dice una tercera—. Pude echarles una ojeada. Vaya arrogante que era ése, haciéndose erigir unas estatuas tan aparatosas. En cuando al escultor, un regular Miguel Ángel. Pero ver solamente las obras maestras reconocidas por los expertos, estará usted de acuerdo, es algo que estraga el paladar. Seguramente

el *descubrimiento* de una obra nueva con tus propios ojos y tu propio sabor es más importante que una simple apreciación pasiva, ¿no? Seguramente por eso estamos aquí, los primeros en ver a ese tío, Tut, aunque dudo que podamos esperar nada tan mágico como la primera vez que *tropecé*, realmente, con la obra de Tuna-el-Yebel, aquellas creaciones en cristal tallado…

—Realizadas por un estudiante demasiado entusiasta. Las escondidas obras maestras se encuentran ahora en Nuri y El-Kurru.

—*Maestrosidades*, las llamaría yo. Realmente, tiene usted que ir al Sudán, aunque deberá conocer a las personas idóneas para que le permitan entrar. Yo podría mandarles unas líneas…

—… ¿ese lugar donde el rey cómo se llame se levantó y sin ningún miramiento puso su cartucho en los monumentos del rey anterior? No es que sea un juego muy limpio…

—… y un viaje de seis días para llegar hasta allí, pero la salida del sol es inigualable…

—… ¿salida del sol? La astronomía no es *arte*, querida.

—Debería usted ver lo que están encontrando en la tumba de Atum-hadu —añadió alguien, y todo el mundo mostró su curiosidad, como siempre ocurre cuando se menciona el nombre del gran rey.

Finalmente, Carter murmuró sus observaciones, y entonces todos desfilamos, de tres en fondo, bajando por los dieciséis escalones mágicos y entramos en el agujero de Tut, agachándonos para caminar por un desnudo corredor, consiguiendo echar una preciosa ojeada a una desordenada cámara de almacenamiento que contenía cosas arrojadas al azar. Oí que alguien lo comparaba con la guardarropía de una antigua ópera, y por un momento se me ocurrió la idea de que quizás el rey Tut había saqueado una tumba preexistente, borrando el nombre de Atum-hadu y escrito el suyo en su lugar. Se hacía a menudo.

—¿Qué es ese espantoso olor? —pregunta la esposa de algún funcionario civil, y Carter trata de explicar que el aire de la tumba tiene 3.200 años de edad, pero yo también me doy cuenta de que mis vendajes necesitan ser cambiados y de todos modos no me hace falta ver esta exhibición. Salgo afuera con decisión.

Margaret, el pobre Carter ha realizado estúpidamente sus descubrimientos a la vista del público, y ahora debe pagar el precio: una feria de imbéciles revoloteando a su alrededor mientras trabaja. Se pasa los días echando rapapolvos a los aficionados en una tumba donde simplemente poner el pie debería ser considerado cuidadosamente, donde cada respiración que exhalas añade una mortal humedad al aire, contamina el delicado yeso de una caja pintada o la inscripción de una pared, donde la manga suelta del vestido de una gran dama podría borrar un dibujo que, hasta que se apliquen las técnicas de preservación, puede desintegrarse literalmente al más mínimo roce, y hoy una de esas damas llevaba incluso un collar de plata y zafiros colgando, que podría haber borrado o hecho caer algo cuando se inclinaba

demasiado para ver de cerca algún artículo en ese almacén de Tut. ¡*Tours* de torpes, mal informados, admiradores, fans! ¡Pobre Carter!

Esa cámara de almacenamiento, esa tumba de Tut… uno llega a cansarse de oír hablar tanto de ella. Al verla, después de oír toda la charla de los nativos y leer la de los periódicos, no resulta para nada impresionante. Sí, la prensa ha dicho la verdad en lo que se refiere a los *sustantivos*, pero no en cuanto a los *adjetivos*. He visto al *Times* llamar a las ruedas de carro «fascinantes», al oro, «deslumbrante», a las estatuas, «magníficas» y a la tumba misma, «distinta a cualquier otra cosa vista en la tierra». Eso no es cierto, sencillamente *no es cierto*, Margaret; es sólo una sala atiborrada, sin lógica ni historia, sólo una habitación de un llamativo revoltijo, y, desde luego, la turista inexperta suelta oohhs y aahhs y prácticamente deja caer sus propias joyas ante la visión de estas semipreciosas reliquias; pero, para una mirada experta… Yo siento cierta compasión por Carter y una general sensación de *disgusto*, como si acabara de obligarme a comer dulces y más dulces bajo el calor más sofocante. Había una pieza en particular, una enorme cama cuyos pies estaban esculpidos como cabezas de león, y es como si oyera la voz del querido Hugo Marlowe desternillándose de risa ante el estilo hortera del rey. El trono, con su respaldo en bajorrelieve de oro, los esculpidos jarrones de calcita y alabastro de esa andrógina, decadente, de barriga hundida, recargada, neurótica, grotesca XVIII.ª dinastía. Naturalmente, yo fui amable con el pobre Carter, felicitándole, pero vi en sus ojos una timidez que era nueva para mí. Mi amigo estaba un poco avergonzado de aquel montaje, que había llamado la atención del público aunque por todas las razones equivocadas.

Parto para mi propio yacimiento ahora, Margaret, mi tarea, mi rompecabezas, mi glorioso descubrimiento. Todo por ti, mi amor.

Diario: Vencer *a pesar de* las condiciones en que te encuentras, no *gracias* a ellas, sabes. Eso es algo que Atum-hadu comprendía, y llega un momento en que eso resulta cómico, más que trágico, en que el carácter indeleble del hombre que depende de sus propios esfuerzos es mucho más fuerte que cualquier desafío que el Destino pueda lanzarle, cuando se vuelve estimulante y divertido verle superar todo eso.

A saber: Amr se había ido cuando yo regresé del *show* de Carter, aunque el chico ha hecho un buen trabajo en mi puerta provisional. Le llamé a gritos, pero de la tumba emergió nada menos que un irritado Ahmed. Había mandado a Amr a casa, me dijo que no aguardara su regreso, de modo que sólo me cabe imaginar las amenazas que ese bruto puede haber lanzado al pobre chico. Quedaba el asunto del salario atrasado de Ahmed, cuya importancia puedo comprender, así que perdí mi valioso tiempo de trabajo tratando de explicar la situación, recordándole educadamente sus incumplimientos de nuestro trato, y la dificultad en pagarle su dinero hoy.

Ahmed presumía de su paciencia. Ahmed se enfureció. Ahmed amenazó. Pero no había dinero, así que las amenazas de nada servían. De modo que Ahmed ofreció otra solución: me tendió un mazo. Yo habría hecho cualquier cosa para eludirlo, le habría pagado lo que fuera, pero no tenía elección. Ante su enérgica insistencia, abrí la

Puerta C. Y cada despiadado golpe vibraba cruelmente bajando por mi pierna y subiendo hasta la cabeza, pasando por mi roto corazón. Ahmed entró corriendo antes que yo… No puedo creerme que esté escribiendo estos tristes hechos. Volvió a salir moviendo negativamente la cabeza. Jamás lo olvidaré: «Mi decepción es profunda, inglés». Insatisfecho, expresó su rabia a la usual manera primitiva. La mayor parte de sus ataques consistió en puntapiés a mi pierna herida, pero también golpes a la cara, y patadas a mi espalda cuando estaba en el suelo, boca abajo. Pero no prosiguió en su destrucción, a Dios gracias, limitándose a una sola puerta. La codicia ciega, sabes, así que no fue capaz de molestarse en abrir el Gran Portal, que aún espera mi atención y amor, y que me recompensará de todos mis sacrificios.

Así sea. Me lavé las heridas lo mejor que pude, y las vendé donde era necesario. El cerdo de Ahmed había robado el burro de Amr y uno de mis gramófonos al marcharse… el Columbia Favorite.

Azares aparte, hoy he abierto la séptima cámara de la tumba de Atum-hadu.

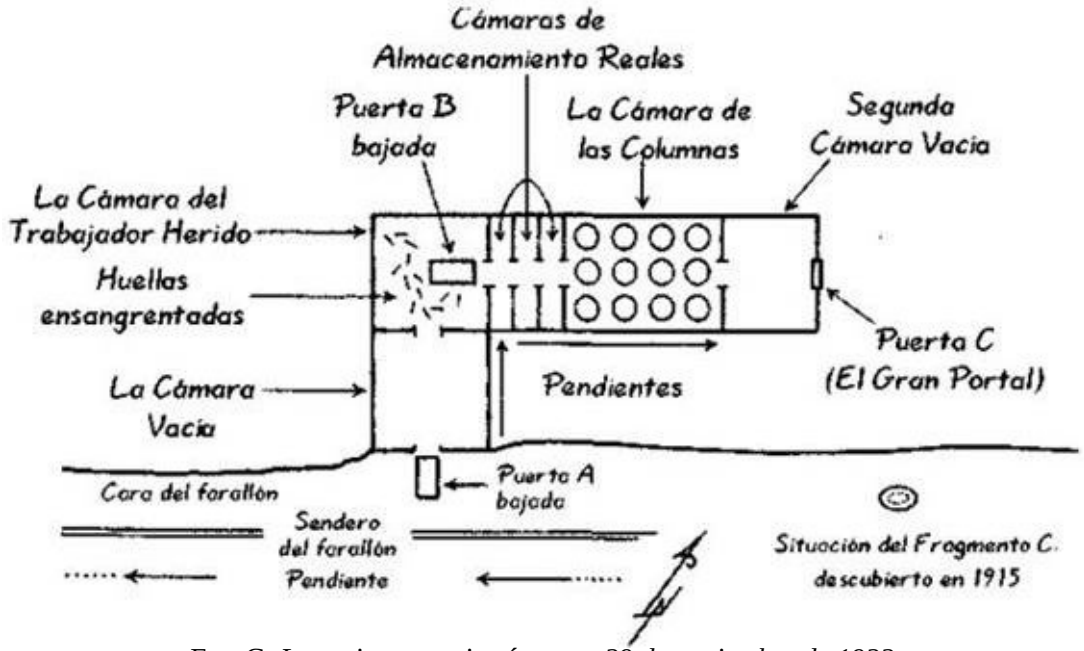


FIG. G. *Las primeras seis cámaras, 29 de noviembre de 1922.*

El resto debe esperar hasta mañana, la descripción de esta nueva cámara, que es notable de doce diferentes maneras. Encajo la puerta de Amr en la entrada principal.

En el banco, decepción. Por su parte, correos entrega un incomprensible telegrama, como un chiste. Es una broma, o algún juego estúpido.

TELEGRAMA. BOSTON A RALPH TRILIPUSH, LUXOR, 29/11/22, 10:27 A.M.
COMPROMISO ROTO. TUS MENTIRAS DESCUBIERTAS. NO CONTACTES CONMIGO NUNCA MÁS. M.

Podría replicar, ¿pero a quién voy a replicar, quién es el autor de este «telegrama de Margaret»? La mente siente vértigo ante sus crímenes y traiciones. Merece un castigo digno de la imaginación del gran rey.

Mis gatos me lamen las heridas causadas por Ahmed y Finneran. ¿Por qué el Destino insiste en adjudicarnos papeles tan apagados, tan poco originales, cuando es posible tanto más? Si yo mismo me hubiera adjudicado mi papel en el reparto, habría sido —aún podría ser— mucho más interesante; pero no, me encarnan como una

figura de palo y colores llamativos que sólo sabe pintar el miserable de Finneran. Él no se puede permitir financiar una expedición egipcia que no produzca instantáneos tesoros y barriles de indecencias para satisfacer sus necesidades, y por tanto debe traicionarme e inventar historias sobre mí para envenenar el amor de su pobre hija, manteniéndola semiinconsciente y estúpida mientras él se recrea con su nórdica aya. Oh, jueces del inframundo, sopesad mi corazón en vuestra balanza, leed cada uno de sus secretos inscritos en fibras escarlata y grises e hinchados vasos sanguíneos, cada oculto pensamiento que haya tenido. ¿Acaso no podéis leer allí que la amé, que la amo, *a pesar* del dinero de su padre? Estoy seguro de que un cínico manipulador de personas como Finneran diría que Margaret no produjo para mí lo que yo esperaba de ella, no vino equipada con una fortuna ilimitada que poner a mi disposición. Supongo que tales personas dirían que yo debería abandonar ahora, revelando así que mi amor por ella era sólo una farsa. Y es verdad, desde donde yazco, que Margaret se merece una parte de culpa por mi apurada situación. No lubricó, tal como han ido las cosas, las ruedas financieras de esta gran excavación. Y tampoco estoy completamente seguro de que su fidelidad se haya mantenido vigorosa durante mi ausencia.

¿Estaba yo intentando «ligar» cuando me derretía por ella, o era ella la que estaba ligando? No negaré que mi primer pensamiento fue para su dinero. No, *debo* negarlo. Ése no pudo haber sido mi primer pensamiento, pues no supe de la fortuna de la que ella era heredera hasta mucho más tarde. Y por tanto mi primer pensamiento fue su belleza. No, eso tampoco es verdad, porque, según muchos criterios, Inge es más atractiva. Mi primer pensamiento, conociéndome, fue de compasión, una joven agobiada por alguna especie de debilidad, avergonzada de su condición, en una conferencia pública sobre un tema escandaloso, fracasando en ocultar su debilidad, acercándose hasta el estrado para presentarse y felicitar al conferenciante, fingiendo que era una aficionada a Egipto y… No. No, no puedo decir que notara siquiera su dolencia. No deseaba su dinero, ni su belleza, ni su debilidad. Me hacía reír.

Navegaría hasta ella ahora mismo, a demostrarle mis sentimientos, pero no puedo abandonar este lugar hasta que mi trabajo esté terminado, mi descubrimiento completado y reconocido. Con toda seguridad, ella no regresará a mi lado si llego roto y con las manos vacías; si no soy su explorador inglés, entonces no soy nada para ella. Nada ni nadie me espera en Boston sin un Atum-hadu envuelto y majestuoso en dorada lencería, en las últimas cámaras de la tumba. Fueron dioses estos gatos que corresponden con lealtad y comprensión. *Maggie*, la belleza de color anaranjado, es toda bondad, como su homónima, que no piensa realmente lo que su telegrama dice. Ella no escribió este telegrama, ni siquiera lo vio.

15 de noviembre

Mi querido y dulce Ralph:

Ayer recibí tu carta del 19 de octubre. Y me hizo sentirme triste. Te echo mucho

de menos. Y, por supuesto, hace sólo cuatro días que llegó el cable que traía las grandes noticias de tu Descubrimiento. Papi me lo enseñó y yo me sentí muy orgullosa de ti. Ambos lo estuvimos, naturalmente.

He leído tu carta otra vez hace un rato. Estoy tan triste que no sé qué escribir. Estoy llorando mientras leo tu última carta llena de preocupación por mí, que me temo que no merezco. Esto es bastante aburrido *por mi parte, ¿no? Ahora que todo está yendo tan bien…*

Papi perdió finalmente los estribos y le mostró la puerta al detective el otro día. Yo no pude oír todo lo que se dijeron, y cuando le pregunté a papi qué era lo que había ocurrido, se limitó a decirme que me fuera, y no muy amablemente. Papi está bajo una terrible presión, sabes. Nunca me dice una palabra al respecto, no quiere que me preocupe, pero has de perdonarlo si se enfurece a veces o escucha a mentirosos como el detective o ese profesor, tu jefe, el alemán. Vino a casa el mes pasado para hablar con papi de dinastías y de fragmentos y de ti, y de Oxford, y de no sé qué más. (Y además, ¿hemos de confiar en los alemanes ahora? Yo no, querido, después de todo lo que pasaste en la guerra). Ralph, tú sabes que yo nunca escucho a esa gente. Sé exactamente quién eres y te quiero desde la punta de tu cabeza hasta tus polvorientas botas, y siempre te querré. ¿Lo sabías? Tú simplemente has de creer en mí, debes hacerlo. Sin ti, me sentiría perdida. Conservo debajo de mi almohada tu telegrama en el que me dices que Ferrell es un mentiroso.

Pero probablemente ya te habrán contado que Finneran's Finer Finery tiene algunos problemas. Yo puedo verlo, y papi parece preocupado con frecuencia, y J. P. O'Toole me cuenta esto y aquello. De modo que tu maravilloso Éxito es aún más importante para todo el mundo aquí, y están aún más orgullosos de ti, casi tan orgullosos de ti como tu Reina. Espero que estas noticias no te resulten alarmantes, ni te hagan cambiar nada sobre la forma de ver a papi, ni a los demás. Pero yo sé que tú no eres así. Y no es tan grave como eso.

Eres muy bueno y amable por preocuparte tanto de Inge y mi medicina y quererme saludable para el día de nuestra boda. Por favor, no te preocupes. Todo irá bien. Sólo el saber cuánto te importa y cuán importante es que esté sana para ti es suficiente para hacerme sentir sana y mantenerme sana. Simplemente me pondré bien por el amor que siento por ti, por lo que no debes seguir preocupándote por mí. Puedo sentir que eso está sucediendo ya. Puedo hacer esto por ti. Cualquiera podría por un hombre como tú.

Tú vuelve a casa, y entonces no estaré tan aburrida, que es lo que generalmente me hace pensar en irme a la ciudad. Lo he decidido. No voy a salir ni una sola vez más.

Pienso en ti siempre que estoy despierta y despejada. Tú siempre dices que lo que te guía es la ciencia y la deducción, no la pasión. ¿Recuerdas que dijiste eso cuando paseábamos por el río? Pero todas las pruebas indican que hay muchas razones para que no me ames, arqueólogo. Sin embargo, me amas. Así que juro que seré mejor para ti y te mereceré y haré que te sientas recompensado. Voy a

mejorar a partir de ahora mismo. ¡Hecho!

Escríbeme pronto, y sobre nuestra boda, háblame sobre nuestra boda y todos los anillos y coronas de oro que vas a encontrar en las arenas del desierto, háblame de la mansión de Kent y de cuándo conoceremos al Rey de Inglaterra… Un rey vivo, sabes, es mejor que uno momificado, si lo piensas bien.

Soy tu eterna Reina,

m.

Jueves, 30 de noviembre de 1922

Margaret: Margaret, mi amor, tú querrás saberlo todo sobre esto algún día, el orden de los acontecimientos tan exactamente como sea capaz de reconstruirlo. Así que, lo primero que hice esta mañana, al día siguiente de que tú «te separaste» de mí, fue ir cojeando a correos. Y, por supuesto, el correo de hoy trae una carta tuya, fechada el 15 de noviembre, y me hace reír, esta cartita tan simpática. Te cablegrafié inmediatamente, querida mía, y doy gracias a Dios por esos telegramas que aclaran los malentendidos completamente y en un instante desde el otro lado del mar. Ahora todo está claro. Nuestro amor no vacila. Desde luego tu padre está metido en algún lío financiero ¡y no es capaz de reconocérmelo, el pobre! ¡Por supuesto! Por supuesto que eso le hace sentirse avergonzado y preocupado por la integridad de los que lo rodean, y me manda ese falso cable para probarme. ¿Y qué hemos sacado en limpio? Que te amo, pase lo que pase, pase lo que pase.

Eso lo explica todo, y hoy sólo siento compasión por tu padre. Es mejor, cariño mío, que mi relación con él sea independiente de la financiación de la expedición, especialmente ahora que está bajo presión. Ha aparecido un probable nuevo patrocinador para mi expedición, de manera que es mejor así. Le diste a tu padre una buena oportunidad cuando nos presentaste, y yo le daré otra, liberándolo de sus compromisos conmigo. Encontraremos una solución para todo, tan pronto como tú y yo estemos juntos. Me siento aliviado, amor mío. La noche pasada fue insoportable.

Regresaré al yacimiento mañana, pero hoy debo reflexionar sobre todo lo que he descubierto hasta el momento. Carnarvon necesitará comprender mi éxito antes de que podamos proceder como socios. Debo concentrar mis vapuleadas energías en hacer que mi trabajo hasta la fecha sea lo más claro y ordenado posible para mi nuevo financiero en potencia. Margaret, no puedo ofrecerte prueba mayor de mi amor que ésta: lord Carnarvon asumirá la responsabilidad de financiar la expedición de la tumba de Atum-hadu, y aun así, tú serás mi esposa. Tú y C. C. F. no podéis seguir albergando dudas después de oír esto. Estamos a 30 de noviembre de 1922, a las 11:15 de la mañana, y mi amor por ti es una roca indestructible.

Diario: Unas pocas horas de estudio y planificación, protegido del sol, tomando té dulce. Después del almuerzo, me siento capaz de considerar nuevamente el estado del desconcertante legado de Atum-hadu. Ha empezado una representación teatral, una imitación pueblerina del *cabaret* que vi en El Cairo hace mucho tiempo. Las chicas bajan la cabeza a medida que las monedas caen ante sus pies calzados con babuchas, los tambores palpitan y extraños violines tocan un lamento fúnebre, mientras los velos caen como hojas arrancadas por una ligera brisa otoñal.

Lección de historiografía: Comprender la relación entre una (complicada) vida y un posterior (simplificado) relato de esa vida, utilizando el caso de Atum-hadu: Uno

puede imaginarse el futuro arqueólogo de uno mismo y hacerse un lío terrible. Tratando de explicar cómo eres, rellenas e inventas donde está obligado, y la totalidad de tus matices y detalles —que es precisamente lo que hace de ti tú mismo — se pierde o es imaginado, reemplazado por la interpretación de tu cronista. Tu comportamiento virtuoso, tu generosidad o valentía, o tus actos de humilde gratitud… Si no queda constancia de ellos, no tuvieron lugar. Y si, por el contrario, hay constancia de alguna otra cosa —un lapsus momentáneo, mentiras bien orquestadas de un persistente rival, la obsesiva, unilateral colección de cartas de una amante irritada, la presuntuosa y errónea comprensión por parte de un detective de un expediente extraviado—, ¿qué dirá de ti tu desgraciado excavador?

Por eso, uno ha de ser cuidadoso para dejar tras de sí la propia verdad, honesta pero inequívoca, los cabos sueltos cortados con tijeras: los *Consejos* de Atum-hadu, por ejemplo, o este mismo cuaderno, sea cual sea el resultado de mi trabajo.

Cuando nuestro excavador, nuestro clarificador biógrafo, venga a buscarnos —como esperamos todos sin duda que hará—, cuando exhiba la crónica de nuestra vida y la simplifique lo suficiente para que el más torpe lector la capte y la recuerde para siempre, ¿cómo podemos ayudarlo, anticipándonos en el tiempo? ¿Cómo podemos ayudarlo a saber cuándo ha de dejar de cavar y empezar a escribir? ¿Dónde está el centro de nuestra vida, el corazón de nuestro personaje, con todos los detalles ajenos a la cuestión erosionados? Bajo una capa aparece otra y luego otra, bajo cada velo de seda, más seda, bajo el polvo, más polvo, detrás de una puerta, otra, y luego un sepulcro y un sarcófago exterior y uno interior y la cobertura exterior de la momia y la máscara y los vendajes de lino y luego… un negro esqueleto de apretada, crujiente piel, intacto pero sin cerebro, hígado, pulmones, intestinos y estómago. ¿Es *ésta* la verdad? O, ¿en nuestra carrera para llegar a esta «respuesta», pasamos por encima de la humilde verdad, la atropellamos, la cubrimos con el polvo de nuestro apresurado cavar?

Yo pienso, antes de una ulterior excavación, la cual es lenta y cara, que la tumba, tal como está ahora, merece un examen más cuidadoso, un detallado inventario de mis apresurados progresos hasta la fecha.

He subestimado erróneamente la cantidad de tinta, papel y pintura que necesitaré para copiar las extensas ilustraciones de la tumba, y no he previsto tampoco la escalera que necesitaré para leer y copiar las filas más elevadas de inscripciones jeroglíficas. Así que salgo ahora en busca de los últimos suministros, a punto de agotar mis fondos, y luego me iré a dormir con los regios gatos.

Ésta es la última noche que duermo un rato en una cama blanda, porque, en esta siguiente fase de la excavación, sólo tiene sentido que lo haga en el yacimiento. Mañana me marcho de la villa; es una carga para mí. Debo pensar en cómo cuidar de los gatos.

Correspondencia:

Harold Ferrell a Laurence Macy III, 1954-1955

Al día siguiente, el 30, las cosas habían ido de mal en peor en un instante. Su tío abuelo no se encontraba bien, pasando de ataques de furia a períodos de silencio, que lo eran todo menos de tranquilidad. Raras veces le había visto beber anteriormente, pero ahora le daba a la botella. Evidentemente, no había dormido. He visto en el pasado a hombres en su misma situación, Macy, y es interesante ver lo parecidos que son todos. La presión produce cosas predecibles en los hombres, es lo que he aprendido. Hay realmente sólo dos, o quizás tres respuestas humanas a la presión intensa de verdad. Las he visto todas.

La noche anterior, Finneran hizo lo que yo le había aconsejado y mandó el telegrama rompiendo el compromiso de Margaret y Trilipush. Trilipush respondió, y con cierto calor. Eso me dejó perplejo, tengo que reconocerlo, pues no pensaba que a Trilipush le importara demasiado este punto, ya que había obtenido lo que deseaba de la familia, y Margaret no podía, por tanto, ofrecerle mayor interés; y yo estaba dispuesto a recogerla en su caída. Pero los planes de Trilipush eran evidentemente más profundos de lo que yo podía ver, y no parecía gustarle nada perder a su prometida. No. En respuesta, había telegrafiado, no a Finneran, o a Margaret, sino a O'Toole, y el irlandés había hecho circular —lo cual era una mala señal— aquel cable para que Finneran lo leyera y sudara. El telegrama de Trilipush rezaba:

O'TOOLE, FELICIDADES POR NUESTRA COMÚN BUENA FORTUNA. SUPONGO QUE FINNERAN HA COMPARTIDO CON USTED LOS CÁLCULOS DE LA RENTABILIDAD FINAL. HERMOSAS GANANCIAS PARA TODOS NOSOTROS.

O'Toole había garabateado a lápiz al pie del telegrama: «Buenas noticias, desde luego, C. C. Ven a visitarme con las cuentas».

Trilipush sabía dónde apuntar. «Está tratando de que me maten —gimió Finneran, mostrándome el inquietante cable—. Justo ayer le hice llegar a O'Toole la noticia de que la expedición era un fracaso».

Pero Trilipush no había acabado aquí. Una hora antes, un reportero de la prensa sensacionalista había llamado a la puerta de Finneran. «¿Se imagina usted? —gritaba Finneran mientras me contaba la historia—. Un plumífero del *Boston Mercury* pasó por aquí, porque recibieron un *cable anónimo* diciendo que soy un coleccionista de arte obsceno y quiero hablar de ello a la prensa. Está jugando con mi reputación. En mi ciudad. Le voy a romper el cuello —rugió, derramando su licor sobre la mesa—. Y telefonearon de la oficina del cardenal. El cardenal de Boston. Mi cardenal. Un príncipe de la Iglesia. Su oficina había recibido un *perturbador telegrama*, dijeron, ¡probablemente una broma malintencionada, dijeron!».

Yo escuché cortésmente. Estas demostraciones no son nada nuevo para mí, Macy. Soy un profesional y ya lo he visto todo en mi vida. Pero en este caso, yo también estaba implicado. «¿Alguien ha hablado ya con Margaret?», pregunté, volviendo a los temas importantes. La furia de Finneran se derritió y él se dejó caer en la silla. «Está

destrozada. Le conté que él la había manipulado, que la ha estado engañando por mi dinero. Estuvo fuera toda la noche. Inge la tiene arriba ahora. ¿Qué voy a hacer?», murmuró, mesándose el cabello con las manos y tirándose del cuello de la camisa. No sentía mucha piedad por él, Macy. Había recibido bastantes avisos, pero no quiso escucharlos. Deseaba estatus social y oro fácil para pagar sus deudas a los malos, pero en vez de eso, se encontró con un estafador, perdió su reputación y la felicidad de su hija en el trato. Yo no podía hacer nada por él.

Finneran consultó su reloj, cogió pluma y papel para escribir, y me hizo un gesto de que saliera de la habitación. Lo dejé mordisqueando el plumín, moviendo negativamente la cabeza, todavía en la fase en que un hombre condenado confía en que todo no será más que un sueño.

Subí al piso superior de la mansión Finneran por primera vez. Hablar con Margaret resultó imposible. Inge la había hecho dormir. «Estaba histérica —dijo la vikinga—. Se está adaptando a la nueva medicación». Inge me permitió entrar en la habitación para verla, pero no había manera de despertar a Margaret. No podía ni imaginar lo que le había dado Inge. Los patillas que cuidan de los internos en la Residencia Sunset on the Bayview les dan a algunos de los más revoltosos algo fuerte, también, un tranquilizante de caballo, creo, cuando los viejos imbéciles se dan cuenta con demasiada claridad de que los han aparcado aquí para morir, y arman un escándalo, o cuando los chalados empiezan a gritar como si estuvieran invadiendo Turquía otra vez. Debía de haber sido algo tan fuerte como eso en el caso de su tía, porque le costaba hasta sacar el aire por la nariz.

Me senté al lado de su cama, esperando que Margaret volviera en sí, mientras sus *rrrraros spaniels* dormitaban hechos un ovillo sobre un sofá blanco y verde, frente a la cama. Pasaron las horas, y el último sol de noviembre se puso temprano. Bajé para hablar con el hombre de la casa, pero, de forma sorprendente, se había marchado, no le había importado dejarme en el *boudoir* de su hija, ya ve usted, cuando era *su* piel la que estaba en peligro. Vaya con el devoto padre. Había dejado cartas y otros papeles sobre la mesa, entre los que estaba una carta a Margaret que descubrí, en la que se excusaba por todo. No estaba muy claro lo que quería decir: Decía que iba a arreglarlo todo y se marcharía por algún tiempo, que pronto contactaría con ella, que no se preocupara, y que mientras tanto confiara en Inge para todo. Yo tenía mis sospechas de adónde había ido, y estaba en lo cierto. Resultó que estaba de camino a Nueva York en un coche cama aquella misma noche. Zarpaba un barco para Alejandría aquel mismo día, mire usted, el 1.º de diciembre. Yo conocía bien el horario. Había reservado plaza en aquel barco varias veces en mi larga y vacilante estancia en Boston. Paseé por la mansión Finneran, e Inge se marchó una hora o así más tarde, confiando en que yo me quedaba vigilando a la Bella Durmiente (o guardando a la prisionera, dependiendo del punto de vista).

Unas horas más tarde, su tía estaba incorporada, despierta, como si sólo se acabara de dar una cabezada, no un mortal sueño drogado. «Oh, eres tú», dijo

malhumoradamente y volvió la cara hacia la ventana. Me pidió su chaqueta, pero no quiso mirarme cuando se la di. La registró ansiosamente, furiosa y atolondrada, hurgando en los bolsillos pero también quedándose dormida por segundos al mismo tiempo. «¿Puedo ayudarte?», pregunté. «Cállate», dijo y finalmente encontró lo que había estado buscando, algo lo bastante pequeño para esconderlo en el puño. «Gracias, J. P.», dijo.

Macy, acabo de leer esta larga, larga carta. Me ha llevado todo el maldito día escribir sobre mi época de Boston, lo cual me viene muy bien; mejor escribir esta difícil historia que seguir la corriente de la forzada animación navideña que los muy brutos tratan de fomentar en nosotros en esta época del año. Especialmente desde que, esta noche, ni siquiera aparece la usual cuadrilla de gamberros que dirigen este lugar, sino los raros que están encantados de trabajar en Navidad, sin nada mejor que hacer que limpiar lo que los viejos, los enfermos y los chalados han ensuciado, y atizarnos un poco para divertirse.

Creo que he mencionado en alguna parte de esta carta que su tía tenía tres estados de ánimo diferentes. Bueno, ¿cómo llamar al tercero? Puede que fuera un rasgo auténtico en ella, o tal vez sólo un producto del opio, o quizás sea algo en mí, algo que sólo yo sacaba a relucir de ella. En cualquier caso era feo.

—Apártate de mí —gritó ella, cuando traté de tenderle el vaso de agua—. ¿Qué has hecho, Harry? ¿Qué has hecho? Aléjate de mí, eres horrible… Déjame tranquila, me voy al J. P.

Pero no se movía. No me miraba.

—Hay cosas que tú no comprendes, que debo contarte —traté de decirle.

—Bah, cierra el pico. Nada es tan importante. Tú has hecho tu sucio trabajo.

—Eso no es justo.

Desesperadamente traté de que me escuchara, que viera que yo era sólo el involuntario mensajero, no la causa de sus problemas. Le conté que Trilipush había traicionado a su familia, que sólo había fingido amarla, que se había gastado el dinero de su padre para conseguir el dinero de otras personas, y ahora se escapaba con el oro antiguo que había desenterrado, sin un solo pensamiento para ella.

—Te ha manipulado. No va a volver. Sé que tú realmente no le importas, que tu padre te obligó a ello, de modo que no importa.

Ella no se lo tomó como yo había esperado. Yo había empezado a pensar… bueno, no sé qué había empezado a pensar. «¡Tú no sabes nada! ¡No sabes nada! Te odio, me pones enferma». Entonces empezó a llamar a gritos a su padre y a su enfermera, pero yo sabía que estábamos solos en la casa, y que nadie vendría a interrumpirnos. Ella sentía que necesitaba humillarme. Me lanzaba los más terribles insultos, apartando las ropas de la cama como si la estuvieran asfixiando, insultando cualquier detalle mío que provocara su ira. Yo sólo quería tranquilizarla, por su salud, intentaba impedir que se hiciera daño a sí misma y me tirara cosas, intentaba decirle cómo me sentía, y que la quería y que estaría a salvo conmigo, que se había escapado

por los pelos de Trilipush, y que yo era un hombre honrado que podía ofrecerle la felicidad que se merecía.

Bueno, algunos de nosotros estamos hechos para amar, lo sé después de una larga vida, Macy, y ella, no —me duele admitirlo incluso después de todos estos años—; no se detenía a mirarme maravillada y con gratitud, incipiente afecto, todo eso. No, al contrario. Se reía de mí. Y era un sonido muy feo. Se burlaba de mí, y yo apartaba los ojos, miraba a los dos perritos que descansaban en el blanco sofá decorado con verdes dibujos de escenas rurales francesas: la lechera y su amado cogidos de la mano en el bosque. Miraba a aquellos perros que me devolvían la mirada con curiosidad, y ella no paraba: yo no podía compararme con Ralph, no sabía nada. Era un estúpido y un monstruo y un bastardo, un payaso comparado con un hombre como Ralph. No era digno de pronunciar el nombre de Ralph, no comprendía nada. No valía nada, era patético y repugnante, y así sucesivamente. «Un estúpido australiano, es lo que tú eres, Harry, un horrible asno. Esparces todas esas mentiras y obligas a papi a hacer esto. Pero tus mentiras no pueden afectar a un hombre como Ralph». Y no paraba, llorando y vociferando, tirándome cojines y muñecas y objetos de cristal, repitiendo qué hombre más maravilloso era su asesino inglés; cuán leal y auténtico era, y noble, e inglés, mientras que yo era un pigmeo pelirrojo de los bosques que se merecía que todo el mundo le escupiera. «¿Y *tú* me amas? Me pones enferma, Harry».

Al cabo de un rato me harté, me dirigí a la puerta, salí y nunca volví a ver a su familia, Mr. Macy. Aquellos perros seguían echados en el sofá, seguían mirándome cuando me marché, nunca apartaron de mí sus pequeños y brillantes ojos de juez durante todo el rato. Dicen que todo héroe tiene su talón de Aquiles. Ahí me tiene. Yo sólo hice lo que cualquier hombre en mi situación habría hecho, tratar de ganarme su corazón, ya ve. Una chica como ésa. Fui un estúpido, pero eso no es ningún crimen.

Echaré esto al correo para usted ahora, y confío en que voy a dormir un poco. Las recibe usted, ¿verdad? Me refiero a las cartas. Pienso que entregaría el alma si se perdieran en el correo, o se quedaran en un montón, sin leer, en su escritorio. Me arrojaría por el tejado de esta casa, si pensara que usted no me estaba escuchando.

Felices Navidades, Macy,
H. F

Diarios de
Ralph Trilipush,
1922



Viernes, 1 de diciembre de 1922

Diario: Me paso la mañana trasladando mi base desde la villa a la tumba de Atum-hadu, pues se acerca la posibilidad de un trabajo intensivo. El agente de la propiedad me ayuda a almacenar algunos artículos en un cobertizo. Detesto separarme de *Maggie* y de los gatos, pero intentaré darles de comer tan a menudo como pueda cruzar cómodamente el río. Estoy tentado de llevármelos conmigo a la orilla occidental, pero ellos tienen su territorio de caza aquí, estoy seguro, y yo no deseo desorientarlos.

Trabajo para mejorar la puerta que me hizo Amr. Utilizo material adhesivo para cubrir su parte frontal con piedras y arena, y la rebajo hasta que encaja perfecta e invisiblemente, al mismo nivel de la abertura de la tumba. ¡Eficiente y barata protección! Igualmente, la antigua Puerta A, que yace sobre sus aplastados cilindros, por desgracia era probable que llamara la atención de los saqueadores de tumbas, turistas y demás, así que tenía que ser sacrificada, no siendo una pérdida importante.

Recapitulación de nuestros hallazgos en la Cámara Histórica: La ornamentación que cubre desde el suelo hasta el techo las paredes y columnas de la Cámara Histórica se conserva en asombroso buen estado. Toda superficie imaginable está cubierta de textos e ilustraciones. El texto constituido por jeroglifos es de la más alta calidad, y todos están escritos —según mi experto ojo— por la misma mano. Si quisiera especular más, diría que esa mano pertenecía a un escriba de impecable inteligencia, pero que quizás no había recibido la preparación académica reconocida en aquella época.

Los jeroglifos de las paredes incluyen pasajes de los *Consejos*, con lo que desaparece cualquier rescoldo de duda de que: *a)*. Atum-hadu existió y reinó; *b)* él es el autor de los *Consejos*, y *c)* ésta es su tumba, o estaba pensado que lo fuera. Un trío de ases que sin duda movería a Carnarvon a tomar una rápida decisión a favor de financiar más exploraciones en este yacimiento, u otros probables yacimientos cercanos.

Y si bien las adjuntas ilustraciones no son de un nivel artístico superior, si su composición es algo tosca, si las caras no son irónicas como cabría esperar de una pintura funeraria del antiguo Egipto, si los animales no se distinguen fácilmente de los muebles, si aquí y allá la pintura parece haber salpicado o haberse comido las irregulares paredes de la tumba, si el artista no estaba aparentemente formado como artista, bueno, entonces uno sólo puede decir que los duros últimos tiempos de la dinámica XIII.ª dinastía no fueron los muelles y fáciles días de la flácida XVIII.ª, y quizás la corte de Atum-hadu tuvo más fuerza vital que las exquisitas habilidades pictóricas de las dinastías *faux*-raónicas entumecidas por la paz que sirvieron de epílogo al gran drama de mi rey.

De momento, me llevará algunos días completar una copia y traducción de los jeroglifos, y tomar notas descriptivas de las pinturas. Después de que la cámara esté totalmente catalogada, invitaré a lord Carnarvon a examinar nuestros descubrimientos hasta la fecha, antes de proceder a través de la Puerta C, el Gran Portal, y hasta el probable tesoro de la tumba y demás cámaras. O quizás Carnarvon y yo continuemos las excavaciones en otros lugares, si acabamos descubriendo que esta tumba no está ocupada, y sólo tenemos la Cámara Histórica para identificarla (como si semejante hallazgo por sí solo no fuera suficientemente notable).

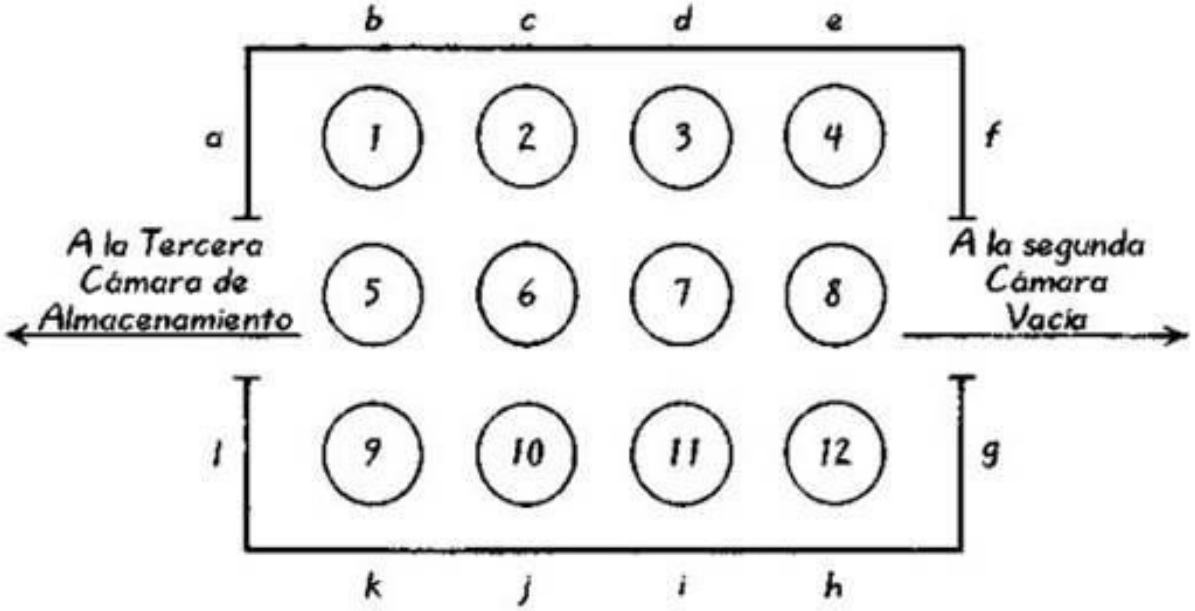


FIG. H. *Cámara 6, la Cámara Histórica, abierta el 23 de noviembre de 1922, mostrando la situación de las ilustraciones y textos.*

Cada una de las doce columnas representa un acontecimiento clave de cada año de los doce del reinado de Atum-hadu, un período determinado concretamente ahora gracias a esas doce columnas y que probablemente se extendió entre el 1642 y 1630 a.C. Más comprensibles que las columnas, son los doce lienzos de las paredes que cuentan, mediante texto e imagen, una parte de la vida de Atum-hadu, desde su concepción, pasando por su reinado, hasta el fin de su vida terrenal.

Lienzo de la Pared A:

«El nacimiento de Atum-hadu, último rey del País Negro»

Texto jeroglífico: La lista de títulos del gran rey ha sido completada y así será para siempre: Horus —Hijo de Osiris y de Seth. El de las Dos Damas —Restaurador del Reino Perdido. Horus de Oro —Feroz Amante de Maat. El de Juncia y Abeja —Mano de un Escriba, Toro Victorioso, Pez de un Dios. Hijo de Ra —Atum-Está-Excitado. Pero el rey había nacido con un nombre oculto.

Nace muy lejos de la capital, cerca de las aguas. [Su] madre es elegida por su gracia, belleza e inteligencia especiales para recibir la semilla de Seth [dios de la confusión y del desorden —RMT]. Estando el verano en su cenit, Seth se disfrazó de pescador y yació con esta mujer. En el momento en que entregaba su semilla, el dios

reveló su verdad, y la mujer vio su cabeza de asno y se asustó. Seth se marchó y ella decidió matar la vida que nacía en su útero. Seth frenó su mano. Seth convirtió los dedos de la mujer en la garra de un animal. El dios tomó de la ingrata su belleza, y la mujer se volvió gris y su nombre fue olvidado por todos. A partir de entonces, la mujer lavaba ropas y bebía cerveza. Fue preñada por tantos hombres como estrellas hay en el cielo. Su primer hijo le preguntó quién era su padre. Ella señaló a un pescador que se parecía a Seth cuando éste se había disfrazado. «Este hijo de la vagina de una prostituta es tu padre». El pescador dijo que no, que ella había copulado con un asno y sus hijos eran todos hijos de asno.

Seth vio crecer y hacerse fuerte al niño y lo visitó. Seth se lo contó todo y el pequeño comprendió. El chico había sido hecho, no por hombres, sino por dioses y por él mismo. Se creó a sí mismo. El dios al que más se parecía no era Seth sino Atum, el gran creador de todo, en el momento en que el dios se afanaba en el acto de creación. Se llamó a sí mismo Atum-Está-Excitado, y Seth se acercó a Atum-Está-Excitado y lo alabó. Con un centelleo cegador del disco solar, Seth hizo olvidar al niño su falso nombre de nacimiento para siempre.

En esta época, el sacerdote del templo de Amón estaba celoso. Sus deseos lo dominaban, y a menudo empalaba al muchacho, como una ternera dispuesta al sacrificio, y el muchacho era mortificado con pasión, y el muchacho juraba que algún día el sacerdote vería su propio corazón latir en un fuego alimentado con estiércol de camello mientras Atum-Está-Excitado yacía con las hermanas y sobrinas del sacerdote ante los sangrantes ojos del mismo.

Ilustración: Ilustraciones extraordinarias: aquí vemos a Seth copulando con una hermosa mujer bajo un sol de pleno verano, sufriendo su cabeza un inicio de transformación —mitad asno, mitad hombre— en el instante mismo de producirse la fecundación de la madre de Atum-hadu. Y aquí la vemos a ella con un niño dorado en su transparente barriga. Aquí la vemos tratando de golpear su barriga con los puños, y el castigo de Seth por este crimen, transformándola en una fea lavandera, carente de encanto. Aquí vemos al niño —de dorada piel y hermoso— rodeado de innumerables niños más —rechonchos y morenos—, mientras su madre yace borracha. Aquí vemos al niño brutalmente violado («mortificado con pasión») por el sacerdote del templo. Aquí vemos al niño visitado por Seth. Aquí vemos al niño aprendiendo por sí mismo a leer y a escribir, a cazar y a pescar. Aquí lo vemos manteniéndose aparte del pueblo de pescadores y su familia, y lo vemos contemplando fijamente el disco solar, desde donde Horus y Ra lo admiran.

Las ilustraciones no son de una precisión impresionante, según los patrones artísticos occidentales, ni tampoco son completamente típicas del arte egipcio; ¡sin embargo, cuán conmovedoras son!

Análisis: Pese a mi cómoda infancia, los hombres a los que más admiro en este mundo son los hombres que han triunfado por su propio esfuerzo, una descripción que parece encajar con el rey.

Con este *propio esfuerzo*, no me refiero a hombres pobres que se han enriquecido, sino más bien a esos hombres que supieron reunir los fragmentos que estaban a su disposición cuando eran niños abandonados o maltratados y luego, con la vibrante, creativa fuerza de sus mentes, forjaron un yo marcado por la fuerza, y, más importante aún, por el estilo. Tales hombres crean personalidades que no muestran huella alguna de sus oscuras herencias, ninguna huella de unos padres estúpidos o de polvorientos pueblos de su infancia o de las injusticias cometidas contra ellos, ninguna huella de las privaciones (dinero, afecto, alimento, amistad), ninguna huella de material original en absoluto, sino una creación estética y práctica, divina en su sencillez y en su totalidad. Sencillez: todo surge de una única cabeza, sin ninguna influencia paterna, ni de tradición plebeya, nada que no proceda de la mente autocreadora misma. Totalidad: todo debe ser creado, cada actitud, cada peculiaridad, cada creencia y valor y cada ademán elegante. No puede aceptarse nada heredado de un pasado inaceptable.

Y no obstante, irónico que es nuestro mundo, tales hombres con frecuencia no reciben honores, mientras que hombres como *yo* —nacidos con amor, con guía, con todas las ventajas— sí los reciben. Yo admiro, quizás más que los demás poemas, su cuarteto 24 (Fragmentos B y C):

Atum-hadu mira tras de sí y se maravilla por la excelencia.
Atum-hadu mira todo lo que ha superado con gran complacencia.
Atum-hadu no debe nada, no está en deuda con nadie,
y por lo tanto se comporta como no puede comportarse otro hombre.

Cabe imaginarse al joven componiendo este verso no mucho después de haberse convertido en rey de Egipto.

Sobre el Nombre de Atum-hadu: Bajo la mitología típicamente egipcia de la historia, encontramos dos detalles de importancia histórica crucial: Atum-hadu vino de la nada y Atum-hadu se dio a sí mismo su nombre. La leyenda no permite otra explicación. No era de estirpe real, sino campesina. En el caos que marcó el final de la dinastía, un ascenso así era posible. Toda la serie de los cinco títulos del rey —que inicia el texto y termina con el nombre de Atum-hadu (Atum-Está-Excitado). «Hijo de Ra»— se ofrece aquí por primera vez. Generalmente, el nombre de «Hijo de Ra» era el nombre de nacimiento del rey y tenía el carácter regio, cosa nada sorprendente, que se daba a un recién nacido de sangre real. Pero parece que, en este caso, esta extraordinaria mente surgida de humildes comienzos tenía algún otro nombre al nacer.

Uno siente piedad de él cuando era niño, por supuesto, contándose a sí mismo cuentos para dormir, creando un soñado padre celestial. Un análisis de Atum-hadu se beneficia evidentemente de la sociología moderna: En esos terribles casos de los que uno oye hablar, la investigación revela que generalmente hay un momento crítico, la edad en la que el niño se da cuenta por primera vez de su situación, cuando

comprende finalmente su relación con la madre, por ejemplo, y con el mundo entero. En ese momento es demasiado fácil, al mirar atrás, pasar de lo sublime a lo prosaico, tal como yo mismo acabo de hacer ahora, más arriba, pero en verdad, uno no necesita tener compasión de estos niños. Por el contrario, veamos los aspectos hermosos y heroicos: Un niño de ocho años irrumpe por última vez en su destartalada casa (porque debe de haber sido una última vez, tanto si entonces lo sabía, como si no), y expresa a gritos su orgullo por algún logro, esperando (restos de su deseo infantil de amor) recibir elogios de la dama de la casa. Grita orgullosamente que ha aprendido a hacer esto o aquello, algo académico o atlético. Y recibe, como testimonio de la definitiva indiferencia que la mujer siente hacia él, o bien un golpe, o una generosa maldición marinada en alcohol, o un simple silencio lleno de vómitos y toses, mientras nuevos medio hermanos lloriquean y corretean por la habitación. ¡Y semejante momento, en la floreciente mente del niño, no ha de ser necesariamente trágico! En absoluto: ¿por qué suponer que ese momento representa una puerta que se cierra, en vez del sonido igualmente chirriante que hace una puerta al abrirse? ¿Cómo puede el oído no adiestrado notar la diferencia? Tú cierra los ojos y si, después de ese rechinante gemido, sientes una brisa de comprensión, si ves una oportunidad, entonces es que sabes. Como Atum-hadu aparentemente sabía. Algo se había abierto para él, algo que el niño decidió recordar como una visita nocturna de Seth.

La sociología moderna enseña que los niños más brillantes comprenden el significado de este momento, y su adaptación a él sólo puede ser calificada de *segundo nacimiento*: un nacimiento a la independencia total, libre de cualquier lazo ilusorio, libre de toda ilusión de vínculo. Un nacimiento en el cual el niño se convierte en sus dos padres al mismo tiempo. A partir de ese día, él se hará a sí mismo, por sí solo. No puede caber duda de lo que pasaba por la mente del gran rey cuando eligió el nombre por el que el mundo lo conocería más tarde: *el mayor acto de creación empezará ahora, la creación del mímismo*.

Y, por supuesto, sólo gracias a este superficialmente torturador segundo nacimiento, es capaz incluso de aspirar al *tercer nacimiento*, que escapa a la mayor parte de los hombres, incluso a los que se han hecho a sí mismos (que no haya ninguna duda de las enormes probabilidades en contra que están en juego aquí). El tercer nacimiento es el de la *inmortalidad*, en el cual, tras una productiva vida guiada únicamente por los propios instintos autoparentales, tu nombre es recordado y amado para siempre, en el inframundo o simplemente en festejada gloria. Pero si no eres capaz de seguir tu camino al margen de las decepciones infantiles, si metes la pata, confiando en el amor de una madre, o en el fiable interés del cura, o del maestro, o del patrón, o de la amante, o del empleado, o en la caritativa preocupación del rico por el pobre, o en el jovial compañerismo y lealtad en los tiempos difíciles de unos colegas de confianza, bueno, entonces estás condenado a vivir siempre en la infancia. No serás realmente un adulto, y tampoco tendrás esperanza alguna de realizar un logro importante y de carácter permanente.

Todo esto hace de Atum-hadu un valioso modelo de estudio. Porque, si una cosa está clara en el cuarteto 80 (Fragmento C solamente) es cuán fielmente la vida del gran rey ilustra los principios que acabo de resumir:

El corazón de la madre se cierra excluyendo a su hijo.
No puede ofrecerle mayor regalo, aunque él llore y gima,
porque nosotros lloramos en nuestro lecho de muerte como una doncella desflorada;
pero cuando se cierra la puerta de nuestra tumba nuestra alma prevalece.

El dios Seth, de cabeza de asno —sexualmente agresivo, malicioso, hambriento de poder—, aparece pintado en estas paredes también como un ser compasivo y protector, casi como un perro doméstico, más que como un burro. La anónima madre, el sacerdote, los vecinos, son todos —incluso en los contenidos perfiles y formalismos del arte egipcio, incluso cuando son poco más que unas figuras de palo cuya pintura se ha corrido— claramente depravados y disolutos.

Correspondencia:

Harold Ferrell a Laurence Macy III, 1954-1955

Residencia Sunset on the Bayview
Sydney, Australia

5 de enero de 1955

Macy:

He vuelto a sentirme indispuesto, no quiero ponerme pesado con esto, los viejos se ponen enfermos, y a quién le importa. Igualmente, esperaba haber tenido noticias suyas a estas alturas, una respuesta a mi primera carta, pero ahora echo una mirada a este nuevo calendario que han colgado con chinchetas aquí, unas fotos del maldito océano, y veo que me estoy impacientando. En el mejor de los casos, no puedo esperar saber nada de usted hasta dentro de unos días, supongo. Sin embargo, una palabrita suya diciéndome que ha tenido algo de suerte con los editores o la gente del cine, bueno, serviría de mucho para hacerme sentir bien otra vez, compañero. Cansado, más que enfermo, es como me siento. No disfruté mucho perdiendo el tiempo con todos esos recuerdos de Boston, casi los había apartado de mi cabeza durante varios años, un jarro de agua fría en la cara y el corazón después de todo ese tiempo. Cuando pienso en su pobre tía, buscando la felicidad de nuevo tras su desgraciada aventura, bueno, eso alegra el corazón, claro. Pero que ella haya pasado ya a mejor vida, a una edad tan temprana, le hace a uno sentirse viejo. No he tenido muchos amigos íntimos en mi vida, gajes del oficio, sabe, algo que hay que tener en cuenta antes de que se meta a jugar a los detectives, Macy. Es un consejito gratis. Su tía era una preciosidad. Aún confío en ver un ejemplar de su historia familiar cuando esté terminada.

Veamos. Descendí a la planta baja. Tenía un trabajo que hacer, tanto para ella como para todos. En la mesa de Finneran estaban las notas dirigidas a ella y a la enfermera que ya he descrito, creo, así como un montón más de cartas llegadas y por enviar, y un cable de Trilipush a Margaret, tratando todavía de arreglar las cosas, sólo para comprar un poco de tiempo. Lo dejé todo sin tocar.

En la nota de Finneran a Margaret, el padre le decía que se marchaba de la ciudad por una temporada, y me llevó medio día (del 1.º de diciembre) confirmar que se encontraba en el vapor que salía aquel mismo día de Nueva York, con llegada prevista a Alejandría el 14. Así pues, no había nada que me retuviera ni un día más en Boston, de modo que pasé el resto de la jornada con mis preparativos para el viaje, y regresé al hotel para hacer el equipaje. Estaba con el ánimo un poco bajo, casi como me siento ahora, pensando que las cosas volverían a su cauce cuando me encontrara bien lejos del inminente invierno bostoniano, siguiendo el caso bajo el acogedor, más australiano, calor de Egipto. El final estaba a la vista.

Bueno, oigo unos golpecitos en mi puerta del hotel. Aparece J. P. O'Toole

mirándome despreciativamente por encima de su nariz, y a su lado un hombrecillo perfectamente redondo que reconocí por las fotografías de los periódicos como Heinz Kovacs, aunque O'Toole nunca me lo presentó, y apenas habló durante nuestra reunión. (¿Recuerda usted lo que le pasó a Kovacs, creo que a finales de los treinta? Hasta vino en los periódicos de Australia. Dios, fue horroroso). Entraron pisando fuerte, como si estuvieran en su casa, se sentaron en las sillas que estaban junto a la ventana, y O'Toole me dirigió la palabra con su acento irlandés.

—Usted es un detective, ¿no? Entonces tenemos un trabajillo para usted.

Teníamos nuevos clientes, Macy, y lo primero que aprendí de ellos fue lo que empujó a Finneran a jugar a la Sagrada Familia en Navidad y desaparecer en Egipto en la oscuridad de la noche. En los anteriores dieciocho meses, el hombre se había hundido en la bancarrota, puedo decírselo a usted ahora, ¡la noticia ciertamente llega treinta años demasiado tarde para evitar que su tío se casara con Margaret! Sí, Finneran estaba sin blanca, sus tiendas corrían peligro, y, tal como yo había deducido, había recurrido a O'Toole y compañía para pedir importantes sumas en varias ocasiones, en condiciones bastantes duras. La última vez les había vendido a Trilipush y su segura excavación egipcia como la manera de hacer dinero para pagarles su deuda. O'Toole y Kovacs le habían seguido el juego, incluso prestando *más* dinero para comprarle su parte de la expedición, pues su crédito debía de haberse agotado hacía mucho. Lo que es más: «Pondremos nuestro dinero en esta aventura», dijo O'Toole. Pero ahora, para su «enorme decepción», Mr. Finneran había partido hacia un lugar desconocido, dejando sólo una vaga nota de que lo pagaría todo cuando volviera, una fecha también muy vaga. Hasta aquí yo lo comprendía todo, y me esperaba un sencillo trabajo de seguirle la pista, Macy: iban a pedirnos que encontráramos la dirección de su escondido Finneran, asustado y con las manos vacías. El excitado deudor había huido con la loca esperanza de encontrar a su desgraciado y futuro yerno sacando dinero de las piedras, y ahora lo seguirían los disgustados acreedores, a través de la Agencia Mundial de Investigaciones Tailor, sucursal de Sydney. No era una historia nueva, sino un caso como los que yo había manejado un centenar de veces en el pasado, aunque los detalles de esta entrega sin duda eran intrigantes. Un trabajo bastante sencillo, y nada molesto, dado que mi itinerario me conducía a Egipto en cualquier caso, y es bonito tener a múltiples clientes pagando los gastos.

Todo correcto, pero yo había pasado por alto un detalle.

—Ese hombre abandona su hogar y a su hija —farfulla O'Toole—, para huir y gastarse sus indebidas ganancias él solo. Algo despreciable, estará usted de acuerdo conmigo.

—¿Indebidas ganancias? —Debo de haber parecido un poco torpe.

—Completamente. Éramos dueños de la mayor parte de lo que el profesor encuentre; es todo honrado y legal, por escrito, no hay ningún misterio.

—¡Está todo en un contrato condenadamente legal! —ruge Kovacs, disparando

saliva por todas partes, las únicas siete palabras que dijo en toda la reunión.

—Primero, Mr. Ferrell —continúa O'Toole, con aspecto imperturbable—, descubrirá usted exactamente qué cantidad ha recibido ya nuestro amigo Mr. Finneran en concepto de beneficios de las excavaciones del profesor, y me informará usted discretamente. Me hará saber por telegrama dónde está Mr. Finneran, y dónde está el oro, y esperará mis instrucciones, que serán explícitas.

Esto yo no lo había visto venir, casi había olvidado esa posibilidad: O'Toole y Kovacs habían quedado convencidos por los cables de Trilipush que informaban de grandes hallazgos y de la parte que les tocaba. Estaban seguros de que *había* un tesoro, y de que Finneran se había embolsado ya sus dividendos, los cuales debería haber usado para pagar sus deudas, por no mencionar los propios dividendos de O'Toole y Kovacs. Pero, en vez de eso, Finneran había salido de estampida a robarlo todo para sí, pensaban. Hasta ese momento, yo no tenía nada claro lo del tesoro: o Trilipush lo había encontrado y estaba planeando huir con él, o nunca lo había encontrado y sólo había cogido el dinero de Finneran para mantener las apariencias y encontrar una nueva víctima a la cual robar más dinero, todo para resolver sus penurias y restaurar sus propiedades inglesas. La cuestión de si había un *verdadero* tesoro no era muy importante para mi caso de asesinato, pero O'Toole y Kovacs se lo creían. ¿Pensaban acaso que Trilipush estaba conchabado con Finneran, y que estaban robando juntos el oro? «No sea tonto —dijo O'Toole—. ¿Por qué nos envió Trilipush el cable, si tenía intención de engañarnos? No, el profesor va cada vez mejor». O'Toole y Kovacs temían algo peor: o Finneran había recibido ya su dinero, al que no tenía derecho, y se había largado con él en el barco con intención de desaparecer para siempre, o se había ido a Egipto a robar una parte más de las ganancias de O'Toole y Kovacs tendiendo una emboscada a Trilipush y llevándose todo el lote.

—No nos importa lo que le pueda pasar a ese inglés —admitió O'Toole—. No obstante, si resulta que le sucede alguna desgracia, entonces el número de socios se reduce en uno, y en consecuencia nuestro porcentaje final aumenta. Pero, para conceder a nuestro Chester el beneficio de la duda, tal vez haya ido a asegurar todo el pastel para no perjudicarnos a nosotros, sus discretos socios. Yo podría comprender esto dada su situación, y ojalá sea así, ya que significaría que podría cumplir mejor con las responsabilidades que ha contraído hacia nosotros. Y si es ésa la honorable intención de ese hombre, entonces eso está muy bien y promete, así que podrá volver a casa con absoluta confianza. Dígale eso de mi parte, detective.

Nos habían dado unas instrucciones muy peculiares, Macy, y quedaban cosas en el aire, cosas pendientes.

Partí para Nueva York el día 3, y tomé el vapor para Alejandría el 12. Me sentía recuperado y cada día más fuerte. Dejar América era lo que me hacía falta, y recuerdo haber estado de pie en cubierta, pese a la turbulenta nieve que caía en el puerto de Nueva York, contemplando el mar y sabiendo que estábamos llegando al final, al

final de la ambigüedad, al final de las mentiras y verdades ocultas, de la riqueza protegiendo el mal.

Finneran había cogido el dinero de sus socios y lo había metido en su cuenta para enviarlo a Egipto. ¿Qué le había pasado? Él me dijo que no lo había enviado. ¿Mentía? ¿Había enviado ese dinero a Trilipush? ¿O no? En el primer caso, o Finneran se disponía a robarlo, o Trilipush ya lo había hecho y Finneran estaba tratando de detenerlo. En cualquier caso, Trilipush estaba en peligro de morir a manos nada menos que de Finneran e, irónicamente, *yo* era la mejor baza que podía tener Trilipush para protegerse. Confiaba en que no fuera demasiado tarde. Finneran quería venganza o el tesoro, o ambas cosas… eso lo había visto yo bastante claro. Pero yo no quería ninguna muerte más en el desierto, Macy, ninguna más. Su tía se merecía algo mejor, y además los asesinatos de Hugo Marlowe y Paul Caldwell, asesinatos de los que hacía tiempo que yo no tenía la menor duda, aún estaban por aclarar, y yo no me quedaría frustrado. La justicia y la verdad, personificadas en un detective australiano y su joven ayudante americano, estaban acorralando al malhechor. ¿Llegarían antes de que las mezquinas venganza y codicia (ambas en la persona de un hombre de negocios bostoniano) levantaran sus antiguas e inmortales cabezas?

Diarios de
Ralph Trilipush,
1922



Sábado, 2 de diciembre de 1922

Lienzo de la Pared B:

«El magnífico ascenso al poder de Atum-hadu, último señor de los Dos Reinos»

Texto: Atum-hadu —que viva confundido con el cuerpo del dios y en compañía de Isis por un millón de años— era fuerte y valiente. Se hizo soldado por sí mismo en el ejército del viejo rey Djedneferre Dudimose, que había visto el Bajo Imperio devorado por los enemigos, tal como las crías de una tortuga son devoradas incluso por un cocodrilo extremadamente perezoso. Extranjeros procedentes del norte y del este estaban cometiendo pillaje. Hombrecillos próximos a la boca del Nilo se vestían como reyes, igual que niños, pero mataban a los que no jugaban con ellos. Las escasas victorias de esos días procedían de la mordedura de las flechas de Atum-hadu . Todos los que lo vieron sabían que Montu [el dios de la guerra —RMT] lo favorecía.

Cuando finalmente el general Atum-hadu parecía haber detenido al millón de enemigos, el viejo rey pidió ver a ese hijo de Seth. Atum-hadu llegó a Tebas. La corte estaba llena de animales y acróbatas, pero no había comida. El pueblo tenía la cabeza hundida entre sus rodillas, y ya no deseaba nada. Había miedo.

Atum-hadu [entró en] el palacio. Era hermoso y fuerte y venía ensangrentado por la batalla. Lo frotaron con aceites, y le dieron comida y bebida, y tomó a una joven cuyos miembros le agradaban, y nadie sabía si debían decirle que la muchacha era la reina más reciente del anciano rey. Detrás de una cortina, ella le mostró a Atum-hadu el color de sus miembros, y él quedó encantado. Un mensajero llevó a Atum-hadu al rey.

Ilustración: Los animales no están mal, hay que reconocerlo, y su estilo muestra cierta mejoría respecto del lienzo de la Pared A. Realizar estas vastas ilustraciones debe de haber llevado horas, si no días, y la habilidad del artista progresa a medida que avanza; controla mejor sus materiales, con menos goteo. Yo llamaría la atención del turista hacia la descripción del joven Atum-hadu, abrazando a una mujer con la avidez de un guerrero, y luego dando de comer dátiles a una jirafa. Señalaría la ternura mostrada en su evidente amor por los animales de la casa de fieras del agonizante rey. La corte de Djedneferre Dudimose se describe con gran cuidado, y la colección de estatuas, muebles, columnas enguirnaldadas de flores y otros adornos del poder real está elegantemente ejecutada. El lecho, cuyos pies son cabezas de león talladas, y sobre el cual Atum-hadu toma a la reina reinante (con su notable marca de nacimiento), es una maravilla de las artes decorativas, como pintura y como lo que debió de haber sido otrora (y quizás aún lo es en una cámara sin abrir, o en una cercana tumba anexa en cualquier otro lugar de Deir el Bahari). Los gruesos collares de lapislázuli de las mujeres de la corte son reproducciones de joyas de primer orden.

Análisis: Tenemos confirmación del contexto histórico de Atum-hadu, ya que éste viene después de Djedneferre Dudimose, hasta ahora reconocido como el último rey de la XIII.ª dinastía.

Diario: Estoy cansado de la traducción y la transcripción. Encajo mi puerta en su lugar y me marcho cojeando hacia el *ferry*. Nada en el correo. El banco, cerrado… Lo cual es una lástima pues estoy esperando que O'Toole y los otros socios puedan asumir las responsabilidades que hasta el momento ha rehusado tan torpemente C. C. F. Doy de comer a los gatos, aunque ahora debo acercarme a la villa con tanta discreción como hago con la tumba. Regreso a mi trabajo después de una triste y prolongada despedida de *Maggie* y los *Ramsés*.

Lienzo de la Pared C:

«Atum-hadu es elegido por el agonizante rey Djedneferre Dudimose»

Texto: El viejo rey, Horus residente en el palacio, no podía levantarse. Dijo: «General Atum-hadu, he vivido 110 años. Todos los que me rodean son aquellos que ansían ser reyes, aunque no puedo decir por qué, pues nunca volverá a haber alegría en el país negro. No temo a la muerte, Atum-hadu, pero sí tengo miedo de que se pierda todo lo que hemos recibido. Debe preservarse la guía para aquellos que algún día podrían restaurar nuestro país. Rezo para que los escribas tengan tiempo de escribir la gloria de nuestro pasado y esconder sus textos. Esto es todo lo que espero que el próximo rey pueda lograr, e incluso para esto le harán falta fuerzas. Ningún hombre que fuera inteligente desearía ser rey, pero sólo un hombre que sea inteligente puede sucederme. Mis ministros no son inteligentes, y por eso intrigan para hacerse con el trono. Atum-hadu, ¿tomarás a la hija de mi nieta? Toma a esa muchacha y a nuestros dos reinos y nuestro palacio y nuestra tierra y a toda la gente de esta tierra». Atum-hadu dijo: «Los tomaré, Rey, aunque tú seguirás gobernando largo tiempo con salud y vida». Y Djedneferre Dudimose dijo: «Oh, sí, desde luego, y los cocodrilos volarán. Pero ahora, hablando en serio, ¿vencerás a los sacerdotes y ministros que procurarán tu fracaso?». «Los venceré». «¿Y preservarás, con tu fuerza, lo que puede ser preservado de la historia de nuestra tierra antes de que caiga la noche?». «Lo preservaré». «¿Y abandonarás todas las otras tareas y placeres para conservar y ocultar nuestras glorias?». «Lo haré. Haré todo eso y más, mi rey. Expulsaré a los invasores. Derrotaré a los rebeldes del Delta. Haré de las dos tierras un único y fuerte reino hasta el mar. Haré que los dioses sean adorados debidamente como no lo han sido durante años. Te daré muchos descendientes, y me aseguraré de que tu nombre sea cantado por todos». Y Djedneferre Dudimose dijo: «No te agotes antes de haber enseñado a mis monos domesticados a disparar con arcos y flechas. Ahora, basta de palabrería. Te rodean enemigos desde el momento en que has entrado en mi cámara. Excepto por tu futura reina y mi Maestro de Generosidad, que te apoyarán. Renuncia a la gloria, es demasiado tarde. Esfuérzate sólo por preservar la memoria de nuestro gran país». Y el rey cayó finalmente en brazos de la muerte.

Atum-hadu convocó a la corte. «El rey ha sido arrastrado hacia el terrible destino de la muerte —dijo—. Y tenéis ante vosotros a Horus, en palacio». E hizo matar a los ministros traidores. Ordenó que le trajeran papiro, y escribió un verso, y les dijo a los escribas que ellos debían escribir todo lo que se refería al país, pero que sólo Atum-hadu escribiría sobre Atum-hadu. Entonces el Maestro de Generosidad cayó de rodillas y le juró lealtad. Luego Atum-hadu tomó como su reina a la hija de la hija de la hija del rey muerto, y se unió a ella y exploró su cueva, y quedó satisfecho.

Pasaron setenta días, y los Guardianes de los Secretos terminaron de preparar la momia del viejo rey, el gran Djedneferre Dudimose. Atum-hadu despidió a todo el mundo y con sus propias manos trasladó la momia del rey a un lugar secreto, y la enterró con sus libros y tesoros y comida, y él mismo selló la tumba.

Ilustración: Vamos a iluminar esto un poco. Tenemos aquí, en la réplica del viejo rey, el primer ejemplo de sarcasmo de la historia escrita, y si esta pared fuera más indulgente, se vería con claridad que el artista tenía intención de pintar al viejo rey poniendo los ojos en blanco al oír los jactanciosos planes de Atum-hadu, como si dijera: «Hazlo, Atum-hadu. Cuéntamelo todo luego en el inframundo». Se vería también la alarmada frustración del agonizante rey ante la idea de que el joven guerrero no se estuviera tomando en serio la misión de ser rey, sino preparándose para hacerse con el poder por motivos convencionales, sin tomarse a pecho la histórica tarea de ser el-último-que-apague-la-luz. Por desgracia, el artista se veía obligado a pintar en esta desigual roca, llena de hoyos y protuberancias, especialmente aquí en el lienzo de la Pared C, bastante difícil para trazar los glifos, y, al cabo de pintar y componer se quedó, sin ninguna duda, exhausto, hambriento, sediento, dolorido y envuelto en humo.

Análisis: Evidentemente, yo ignoro qué anónimos escriba y artista decoraron estas paredes; y el cuidadoso trabajo de copiar los glifos y traducir las vastas inscripciones a mi cuaderno de notas, todo ello tras una cuidadosa doble comprobación con mis textos filológicos y el diccionario Budge, está consumiendo un montón de tiempo, así que no puedo decir lo que queda por venir. Pero sí puedo decir esto: para aquellos que no son expertos, permitidme clarificar lo que he descubierto en estas crónicas murales hasta el momento. La clara determinación de una sucesión real en el confuso final de la XIII.ª dinastía, una explicación para la tumba perdida del discutido Djedneferre Dudimose, más detalles de la vida del indiscutiblemente auténtico Atum-hadu, y una explicación, clara como el cristal, respecto a por qué la única prueba escrita del nombre de Atum-hadu se halló primero en los *Consejos* escritos por el propio rey. Carnarvon será el segundo hombre al que se le permita entrar en esta cámara en 3.500 años, ¡y yo disfrutaré con su creciente excitación al descubrir lo que todo esto pueda significar!

Domingo, 3 de diciembre de 1922

Lienzo de la Pared D:

«Los primeros años del reinado de Atum-hadu, último rey de las Dos Tierras»

Texto: Durante diez inundaciones del Nilo, Atum-hadu cumplió con aquello de lo que había alardeado. Los hicsos fueron detenidos.

Donde Atum-hadu reinaba, se realizaban negocios y se recogían las cosechas, y los dioses eran adorados y los escribas hacían lo que el rey les había mandado, y la noche permanente era mantenida a raya y el palacio era iluminado, no por el fuego de la guerra sino por el corazón de Atum-hadu, quien dominaba todas las cosas, la encarnación de Horus, pero también de Atum, que con su propia mano creaba el mundo de nuevo para el placer de su pueblo.

Atum-hadu trajo a los hombres malvados de su juventud a ver su palacio. Les mostró la vasta acumulación de alimentos. Ellos sintieron hambre ante todo lo que vieron, pero no se les permitió comerlo, mientras Atum-hadu mordía una ciruela envuelta en un mapa del firmamento nocturno. El rey les dio a sus visitantes una oportunidad de excusarse por la dureza mostrada con el rey cuando éste era un niño. En la cena, el sacerdote de su infancia fue ensartado como una ternera y colocado sobre la llama, y Atum-hadu habló tranquilamente con el hombrón, que lloraba de angustia como un niño. «¿Te arrepientes?», preguntó Atum-hadu suavemente. «Me arrepiento, me arrepiento, amo». «¿Y crees que tu arrepentimiento es suficiente?». «No lo sé, amo». «No lo es. Tú me robaste algo, y no está en tus manos devolverlo». «Dime, gran rey y amo, cómo puedo servirte ahora». «¿Estás sufriendo?». «Lo estoy». «Ése es todo el servicio que requiero de ti». Y Atum-hadu hizo que le trajeran las sobrinas y hermanas y la madre del sacerdote, y esto sorprendió al sacerdote, y, delante del agonizante sacerdote, el rey tomó a las mujeres de la familia del sacerdote de diferentes formas, a veces con violencia y llanto. Más tarde, la muerte se abatió sobre el sacerdote, y cuando Atum-hadu consideró que su carne estaba cocida, Atum-hadu lo quitó él mismo del espetón y cortó la carne del hombre en trozos, con los que alimentó a los animales de la corte. El corazón del sacerdote de Atum-hadu fue a parar a los mimados perros reales. De manera que el nombre y el espíritu de ese hombre se olvidaron para siempre.

Ilustración: La pared parece haber sido más indulgente aquí, y este texto viene acompañado de una ilustración que de nuevo muestra la gradual mejoría técnica del artista. En la más emotiva de estas docenas de escenas, el sacerdote —desnudo, con los miembros extendidos, atravesado de la manera más brutal, no constituyendo su musculoso cuerpo ninguna defensa ahora contra el crecido y vengativo rey— solloza. La cara de Atum-hadu muestra una expresión de alivio, como si ese acto le procurara al rey un poco de paz.

Análisis: Éste es un pasaje notable por dos razones. Primera, si es históricamente cierto, nos ofrece una rápida visión del hombre interior, un hombre atormentado, incluso en las alturas del poder real, por la necesidad de vengar su infancia. Sus soldados fueron enviados a reunir a sus enemigos, y sus sesiones de venganza (aparentemente más de una) eran coreografiadas para proporcionarle el máximo placer a él, y a sus antiguos atormentadores el máximo dolor y humillación. Segunda, la historia misma era de tal importancia para el rey que fue incluida como un elemento de su biografía ilustrada para que la llevara consigo al mundo de los muertos.

En cuanto a la inmortalidad, debe señalarse que la destrucción del corazón del sacerdote significaría que jamás sería admitido en el inframundo, donde el corazón de cada aspirante es examinado y su peso comparado con el de una pluma antes de su admisión. Y, por añadidura, Atum-hadu se aseguraba de que el nombre del sacerdote nunca más fuera pronunciado en ese mundo, garantizando así que la inmortalidad era imposible para el asado y podrido sacerdote.

Diario: Voy cojeando hasta el *ferry*; correos, banco, comida a los gatos. Correos.

Margaret, nada de silencio ahora, te lo suplico. Deberías estarme telegrafiando, escribiendo, diciéndome que todo está bien otra vez. Algún día te contaré el efecto que la ansiedad ejerce sobre mi barriga cada día que no tengo noticias tuyas, durante cada minuto de este diciembre en el que tú, con tus silencios, jugaste conmigo, negándote a aliviar mi dolor con una palabra. ¿Por qué me estás haciendo esto?

Lienzo de la Pared E:

«Atum-hadu y la hija del maestro de generosidad»

Texto: Después de diez inundaciones del Nilo [¿1632 a. C.? —RMT], Atum-hadu descubrió a la más hermosa de las mujeres. Ella lo hechizó, y él vio en ella el espíritu de Maat en las formas de Isis, la bondad de la más dulce madre envuelta en la vestimenta de vivos colores de Hathor [la diosa de la luna y del amor —RMT]. Preguntó su nombre y le dijeron que era la hija del Maestro de Generosidad. Ella se acercó a él. No pidió nada, sino que con su magia calmó al rey, alivió su barriga, le hizo dormir, pese a los hicsos y a los recuerdos de los sacerdotes.

Ella encantó sus ojos, de modo que él ya no pudo mirar a otra que no fuera ella, y todas las demás reinas y todas las mujeres de la corte lloraban ante la ausencia del rey de sus cámaras y sus cuevas. Aquellas mujeres que él ya no necesitaba encontraron a otros hombres en la corte, y, juntos, los hombres y las mujeres que amaban a Atum-hadu formaron un grupo para rivalizar con los sacerdotes oficiales, y llamaron a Atum su único dios, e hicieron del placer su única ocupación.

Atum-hadu escogió a la hija de Maestro de Generosidad como su primera reina. Aquella noche él vio el color de sus miembros, y cuando llegó el momento de la mujer, ésta gritó su nombre tan fuerte que se extendió un silencio por toda la corte, y ella volvió a gritar su nombre, y otra vez, y otra, y pronto todos aquellos que habían

quedado en silencio recogieron el grito de la nueva reina, y los pasillos del palacio resonaron con un centenar de gargantas gritando su nombre con la voz del placer, Atum-hadu, Atum-hadu, Atum-hadu, hasta que las paredes del palacio temblaron y los perros de caza empezaron a aullar al unísono.

Lunes, 4 de diciembre de 1922

Lienzo de la Pared F:

«Atum-hadu ignora las advertencias de Seth»

Texto: Mientras Atum-hadu dormía, los problemas se multiplicaron. Los hicsos se acercaban. El tiempo no era infinito, así como tampoco lo era el oro real, y el Maestro de Generosidad no tenía nada que ofrecer. Seth apareció y habló: «El padre de ella no es un Maestro de Generosidad sino un Maestro de Traición. ¿No hay otras mujeres que podrían ser tus reinas? Mira, las hay a montones por ahí, más numerosas que las moscas en los excrementos de un hipopótamo; seguramente hay alguna otra dispuesta a ocupar su lugar, una mujer de luminosa piel con el cuello de un ánsar blanco y gruesas nalgas. Preocupada Majestad, ¿por qué te resistes?». Atum-hadu lloró al oír las palabras de Seth. Debía destruir el amor que lo atenazaba. Se dio la vuelta en la cama, levantó un cuchillo hacia su blanco cuello. Ella dormía en paz, y él le miró a la cara, y enfundó su cuchillo. No prestaría oídos a las maliciosas palabras de Seth.

Ilustración: Lo más intrigante en esta sección de la pared, entre las escenas de vida conyugal pintadas con ternura, es la recurrente imagen del Maestro de Generosidad, una figura porcina que acecha fuera de la vista del rey. Mientras Atum-hadu toma la mano de su reina, su padre se oculta tras una cortina y los espía, humedeciéndose los labios con la lengua. Mientras Atum-hadu se lleva su reina a la cama y la abraza, su padre se esconde bajo esa misma cama de pies tallados como cabeza de león, la túnica abierta, y se convierte en un grotesco imitador de Atum (en divertida miniatura). Mientras Atum-hadu solloza al lado de su durmiente reina, su cuchillo en el suelo, a sus pies, el padre de ella conspira a sus espaldas, hablando con una no identificada figura. En la lejanía, los soldados hicsos se concentran.

Éste no es siempre el caso, por supuesto, y el cuarteto 45 (Fragmentos A y C) describe la confianza que Atum-hadu depositaba en su consejero en los primeros tiempos, incluso cuando la guerra con los hicsos estaba presionando:

Cuando los dos Egiptos son desgarrados,
como gemelos arrancados del frío útero de una madre agonizante,
Atum-hadu solloza y se retuerce ante el dolor de su corazón.
Pero su Maestro permanece inquebrantable en la penumbra.

Diario: Correos, banco. ¿Habría caído tan bajo C. C. F. como para impedir que los otros socios me enviaran fondos? Gatos, correos. Ya no tengo más formularios de telegrama prepago, y sólo puedo permitirme un cable extremadamente breve para Margaret. El temporal abandono de la villa no es una gran pérdida, excepto los días como hoy, en que mi estómago está rabiando contra el Destino y soy el inocente espectador que sufre más que nadie.

CABLE. LUXOR A MARGARET FINNERAN, BOSTON, 4 DIC. 1922, 4:13 P.M. PFRCNMARMT.

Margaret: Me estás matando con tu doloroso silencio. Hoy te he telegrafiado simplemente pidiendo que por favor reconozcas mi amor. ¿Llegará un día en que tú y yo compararemos nuestros diarios de estos días y leeremos en voz alta que el 4 de diciembre yo estaba pensando que te había perdido para siempre, y tú te reirás ante mi tontería porque el día 4 estabas simplemente dormida? ¿O dirigiéndote en tren a climas más cálidos? ¿O hubo un esfuerzo masivo para crear un desgarrador caos por parte de los chicos del telégrafo en Boston, que aborrecen el amor, todos ellos enardecidos por agitadores comunistas, y que con mala intención entregaron mi cable a una dama de edad mientras tú recibías pedidos de un millón de libras de chocolate?

Si tú no me estás esperando, no hay nada para mí en Boston.

(No enviada, hallada en los papeles privados de Margaret Finneran Macy, después de su muerte).

4 de diciembre

Querido Ralph:

Hay cosas que debería contarte. Papi me dijo cosas sobre ti y me hizo escribirte para romper nuestro compromiso, y así lo hice. Y luego me dormí. Y entonces vino Ferrell a mi habitación, y se sentía muy feliz de haber hecho todo esto, de habernos separado. Y contó las cosas más horribles sobre ti, dijo que habías matado a ese chico, Paul, y a tu amigo Marlowe, todo eso. Una horrible tontería que yo sabía que no era cierta, y entonces supe que nada de ello era verdad, ni que tú robaras el dinero de papi, ni que mintieras sobre Oxford. Oh, Ralph, Ferrell ha estado mintiendo a papi y a mí todo este tiempo provocando todos estos líos entre tú y yo y papi, y yo no sabía cómo enderezarlo todo, todo el daño que él había causado, y le grité y le dije lo que pensaba de él. Yo estaba aún amodorrada, sabes, debido a lo que Inge me había dado para calmarme después de que papi me dijo que tú sólo fingías quererme por su dinero. Debería haberme reído de los dos, pero les creí, al principio, lo siento muchísimo.

Debería haberte contado qué es lo que me pone enferma, pero no lo he hecho. No soy yo, es sólo que es más fuerte que yo en estos momentos, pero me temo que si lo supieras Querido Ralph, ¿me amarías menos si hubiera cosas que son más fuertes que yo?

Ferrell estaba muy furioso conmigo, al final, cuando entró en mi habitación y me despertó. Yo disfruté irritándolo, disfrutando haciendo lo que sé hacer, que es hacer enfurecer a la gente y luego hacer que se rían de ello. Puedo hacerlo cuando quiero. Todo el mundo lo dice. Y siempre podría arreglar las cosas.

Ferrell lo ha echado todo a perder, ¿verdad? Yo no sé cómo repararlo, especialmente ahora que me hizo lo que me hizo. Lo que me hizo a mí, Ralph. ¿Qué pensarás de ello? Yo traté de hacer que se detuviera, lo juro. Estábamos solos en la casa. Papi se había ido, e Inge, también. Él la mandó fuera, Ralph, y

luego subió al piso.

No puedo encontrar todas tus cartas dirigidas a mí. Creo que él cogió algunas.

Es culpa mía, le hice enfurecer y no conseguí que se detuviera. Es culpa mía. Ahora tú no me amarás.

Me equivoqué y lo siento mucho. Siento haber creído lo que decían de ti. Si no les hubiera creído ni siquiera un poco, esto no hubiera pasado. Lo siento muchísimo. Dijo unas cosas tan terribles sobre ti, y yo sólo quería decirle que estaba equivocado. Antonio *y* Cleopatra *no hacían más que estar sentados allí todo el tiempo; ni ladraron ni trataron de ayudarme, sólo miraban, y luego, cuando él se fue, no hicieron más que mirarme, como si supieran que era culpa mía.*

Querido Ralph, te escribo porque

Querido Ralph, por favor perdóname por

Martes, 5 de diciembre de 1922

Silencio en correos y en el banco. Los gatos están bien y se muestran afectuosos donde les doy de comer, fuera de la vista de la villa. Estoy seguro de que ya no les interesa visitar la villa ahora que me encuentro con ellos aquí.

Tomo un té de menta en una *ahwa*, donde observo que los camareros no me reconocen, aunque he estado allí una docena de veces en el pasado. Vuelta a mis tareas.

Lienzo de la Pared G:

«la anunciación del tercer nacimiento de Atum-hadu»

Nota: El texto aquí parece estar relacionado estrechamente con, quizás una deliberada ampliación del cuarteto 56 (Fragmentos A y B solamente):

Una fiesta y abundantes bailes y placeres,
¿pueden distraer al rey de urgentes asuntos de Estado?
La agonía de sus dolencias, la muerte de un sabueso,
esta guerra que lame las costas y que nunca amaina.

Texto: En el undécimo año de su reinado, el palacio de Atum-hadu resplandecía con otra fiesta nocturna, una belleza que sería recordada por toda la eternidad. El salón principal estaba al aire libre y cubierto con telas que ondeaban al viento. Las altas antorchas esparcían su luz hasta el mismo borde de las telas. Y el tejado parecía estar ardiendo con un fuego que nunca acababa de consumirse. Pavos reales asados entre columnas de muchos colores. Las columnas estaban cuajadas de sortilegios contra los tormentos del estómago del rey, que no parecían hacer efecto. El olor de las aves atraía a gatos y perros. Entre ellos la gata que Atum-hadu más amaba, y ésta saltó a su regazo.

Atum-hadu yacía despatarrado en su trono y acariciaba la gata. Con su otra mano, sostenía una larga lanza, delgada y ligera, usada sólo por las mujeres en sus combates, en los que luchaban y morían cuando Atum-hadu se cansaba de ellas. El rey atravesó un pavo y sacó de su carne un chorro de jugo. Atravesó a un prisionero hicso y sacó de su carne los planes de guerra del general de los hicsos.

Las tranquilas preguntas de Atum-hadu contrastaban con su furia y la ebullición de su barriga. La ira de sus cobras internas era visible sobre la superficie del abdomen del rey y en el mapa del Nilo, con sus cataratas, dibujado sobre sus bronceadas sienes. Pese a las generosas recompensas que había repartido entre los magos de la medicina, seguía sufriendo. No había ninguna razón para su dolor, y no había ningún alivio.

Hasta esa noche. La propia Maat apareció, tan brillante y ardiente como el disco

solar, de tal modo que nadie en la corte podía mirarla. Todos apartaron sus caras hacia el suelo, todos excepto Atum-hadu, feroz amante de Maat. Atum-hadu se levantó de su trono y su estómago dejó de acosarlo. Maat lo abrazó con suavidad y le habló en el susurrante lenguaje de una cobra mientras ella y Atum-hadu se alzaban al cielo y conversaban.

Maat habló: «Oh, Atum-hadu, amado por los dioses y por el pueblo, sufres porque en tu barriga, pudriéndose y borboteando, está tu pasado mortal, tu primera infancia, el mero pensamiento de la cual hace hervir tus entrañas. Dentro de ti, también, crece el futuro que ha de venir, tal como predijo el viejo rey. Gran hijo de Atum, el final de la nación acompañará el final de tu segunda vida. Se acerca tu nacimiento final. Debes limpiar tu pasado».

Maat besó al rey y desapareció. Atum-hadu descendió de su trono; los danzarines, cocineros y sacerdotes se levantaron. Los sonidos de la corte retornaron: acróbatas gemelos alabando a Atum, mujeres sosegando a sus pequeños, niños pidiendo a sus padres que jugaran con ellos, un viejo calmando a su tembloroso hijo, soldados bebiendo cerveza. El cuerpo del prisionero llamó la atención de los sabuesos de Atum-hadu, y el gato, el amigo favorito del rey, lamió el charco de sangre del hicso que se esparcía por el suelo, como un mapa que estuviera siendo constantemente redibujado. Incluso en su muerte, esta exhibición de la expansión de los hicsos fue observada por el rey.

Entraron unos soldados llevando otro espía hicso. «A Atum-hadu le gustaría que ellos comprendieran», anunció el rey, e hizo venir al conservador de la casa de fieras para que trajera una serpiente joven, una que no llevara veneno. Los soldados sujetaron al muchacho, y Atum-hadu cogió un cuchillo e hizo una incisión en su costado, le abrió los intestinos e insertó la serpiente en la abertura, empezando por la cola. Llamó a los sacerdotes para que vieran el agujero, de modo que sólo emergía la cabeza de la serpiente, y luego ordenó a sus soldados que llevaran al muchacho donde su propio pueblo pudiera encontrarlo, y que le dejaran mucha comida y bebida. «Debe ser hallado con vida, con el signo de Atum-hadu en él», dijo Atum-hadu.

Ilustración: De la extensa y maravillosa ilustración que cubre toda la pared desde el suelo hasta el techo, a la derecha de la abertura que conduce a la Segunda Cámara Vacía, algunos elementos merecen nuestro inmediato elogio. Como en todas partes, los animales están brillantemente ejecutados (el pavo asándose, el gato ronroneando), como lo está el mobiliario de lo que sin duda era una lujosamente, aunque no con mal gusto, decorada corte, donde el acento se cargaba en los placeres de la cama y la mesa. Las escenas de la corte muestran ostentosamente jarrones oviformes y copas lotiformes, así como cuencos de alabastro, pieles de leopardo, lechos y carros, las diáfanas ropas de las mujeres, la falda del rey, y sus floridamente esculpidas armas y magnífico trono, cuyo respaldo muestra lo que parece ser un bajorrelieve en oro mostrando al rey con la forma de un león pisoteando a sus diminutos enemigos.

Diario: Correos, banco, gatos.

Lienzo de la Pared H:

«Los hicsos reanudan su ofensiva»

Texto: Pese a la visita de Maat, viciosas bestias seguían divirtiéndose en la barriga del rey. El jefe de los hicsos era un hombre tranquilo pero arrogante, de doradas vestiduras. Le llegó el rumor al jefe de los hicsos de que el gran Atum-hadu estaba debilitado por su dolencia y que la mejor mitad del país era ahora nuevamente vulnerable después de una década de valiente defensa. Los hicsos invadieron (el Reino Superior). Las batallas fueron feroces, y Atum-hadu mandaba a sus tropas cuando era capaz de ello. Luchó como un león, aunque a menudo se veía detenido por el dolor de su barriga o forzado a dar la espalda y ponerse en cuclillas.

Aun entonces, Atum-hadu podría haber derrotado a los hicsos. Pero en esos tiempos de la más desesperada necesidad, el rey fue incapaz de encontrar a su Maestro de Generosidad, aquella vulva de prostituta. El enemigo del rey se había desvanecido, robando a la reina con él.

Y pronto la victoria de los hicsos sería un hecho.

Ilustración: Más impactante aún para el visitante es la visión del Maestro de Generosidad, tirando de la reina por el pelo, encarcelándola mientras Atum-hadu la busca en vano.

Diario: He estado otra vez trabajando todo el día en la traducción y transcripción de las inscripciones. Es notable lo que el poco manejable diccionario de Budge no incluye, y recordemos que el propio Budge tuvo el descaro de criticar mis traducciones en *Deseo y engaño*.

Correos, banco, gatos.

Jueves, 7 de diciembre de 1922

Diario: Gatos, banco, correos.

Lienzo de la Pared I:

«El inminente final de la Tierra Negra»

Texto: La capital guardaba silencio. El pueblo escondía la cabeza entre las rodillas con abatimiento. Apenas sentían ánimo. Y, no obstante, Atum-hadu exigía música, alegría, mujeres. A menudo regresaba de la batalla, su armadura goteando rojo sobre los suelos, y entraba a grandes zancadas en el palacio y tomaba a dos esclavas, igual que otros hombres toman un vaso de agua. Luego exigía un pincel para componer un verso. Inspiraba a aquellos miembros de la corte que habían decidido seguir buscando el placer hasta el fin de los tiempos, y de nuevo la corte cantaba con desesperada felicidad. Los espías hicsos regresaban al lado de su pequeño rey y le contaban que el enemigo nunca se rendiría. Si el ejército hubiera luchado tal como su corte amaba, quizás esto habría sido cierto.

«El final de todo se está acercando», les decía Atum-hadu, y esas palabras eran transmitidas a toda la corte, y había llanto y temor y también el sonido de acróbatas y amantes y la música. «El final de todo se está acercando».

Ilustración: El rey en la batalla es una magnífica visión. Está de pie, en un carro de guerra. Típico de las ilustraciones egipcias, se le muestra con un tamaño mucho mayor que sus enemigos, que apenas le llegan a la rodilla, mientras que en un segundo plano el atildado líder de los hicsos tiembla de miedo y consternación. Igualmente típico del arte guerrero egipcio, Atum-hadu aparece acompañado en su carro por sus antepasados, los anteriores reyes de Egipto, todos los cuales (aunque más pequeños que él) le alientan.

Diario: Gatos, banco, correos: nada de nada.

Los amigos de mi padre fueron todos militares, generales y oficiales de alta graduación, soldados retirados y en activo. Yo no lo sabía de niño, por supuesto, ya que los conocía simplemente como tío Bunny o el viejo Lloyd, y sólo más tarde me enteré de que el tío Bunny había aplastado a este o aquel kan en la lucha en Afganistán. Pero cuando lo conocí, era tan sólo un adorable anciano con ropa de *tweed* de caza al que no le importaba dejarme que le pintara de negro la cara para que yo pudiera hacer de faraón y él de mi enemigo africano. Las biografías inmortalizan a todos esos viejos guerreros mansos como corderos (pese a haberse cubierto de sangre en las guerras de la Reina por todo el globo, sirviendo como sus severos virreyes, que mantenían a los inquietos nativos en su lugar con firme mano inglesa). Pero en el caso de Trilipush Hall, los biógrafos tenían razón. Recuerdo a alguno de esos héroes del Imperio con un parche en el ojo, de rodillas en el barro conmigo, vendando la

pata de uno de los sabuesos heridos en una cacería. Era como si yo hubiera tenido una docena de padres en aquellos felices tiempos.

Viernes, 8 de diciembre de 1922

Diario: Gatos. Banco y correos, cerrados.

Lienzo de la Pared J:

«Atum-hadu considera su próxima inmortalidad»

Texto: Los hicsos se habían convertido en un río crecido que no había forma de evitar que inundara las orillas. Durante un respiro, Atum-hadu paseaba solo por la noche, en lo alto de un acantilado que dominaba el Nilo. No habría ningún rey después de él; Horus no residiría en el palacio. ¿Cómo preservar los escritos realizados durante once inundaciones, y las mercancías que había que almacenar en su barco? ¿Dónde está su reina? ¿Y su Maestro de Generosidad? Apareció Seth, y doce buitres transportaron al rey desde lo alto del acantilado al suelo. Con bocanadas de fuego que salían de las bocas de los buitres, Seth cortó la roca. «Aquí, hijo mío, harás tu travesía con seguridad, y esta tierra será recordada durante un millón de millones de años».

Ilustraciones: En una serie de pinturas, Atum-hadu es mostrado de pie en lo alto de un cerro que sin ninguna duda es el farallón que separa lo que actualmente es el Valle de los Reyes de Deir el Bahari. El rey está solo, es de noche (la diosa Nut, envuelta en estrellas, se encuentra a su lado). Está absorto en sus pensamientos. Aquí mira al valle, allá, a Deir el Bahari, como si estuviera considerando dónde iniciar su tumba y ocultar su inmortalidad. A lo lejos, continúa la encarnizada batalla. Seth, su mítico padre, cuya misteriosa cabeza ahora se parece a la de un oso hormiguero, y doce buitres mágicos se aparecen al rey y lo bajan en volandas a lo que parece ser el mismo sendero que hay ante esta tumba. Y allí, los buitres, escupiendo fuego, practican una abertura en la piedra del propio Egipto. Seth conduce a Atum-hadu por el pasaje, inconfundiblemente la Puerta A y la Cámara Vacía. El dibujo final es Atum-hadu de pie fuera de la tumba otra vez, un plano de la distribución de la tumba brillando mágicamente sobre la cara del farallón. Es, hasta donde hemos llegado en la tumba, inconfundiblemente un mapa del complejo donde yo me encuentro en este mismo momento.

Análisis: Debemos considerar, más allá del mito, los hechos históricos. En un día determinado, la guerra era, clara e inconfundiblemente, una causa perdida. Y en aquel momento de palpable pero no consumada condena, el rey sin la menor duda comprendió que necesitaba una tumba construida en secreto. Yo plantearía la hipótesis de que él mismo —sin duda viajando solo y de incógnito— exploraba zonas donde pudiera realizar un tránsito seguro al mundo de los muertos, con todos los objetos que pudiera transportar por sí mismo. Y, aunque esto es evidentemente especulación, parece posible que la historia escrita en la pared deba interpretarse

como el feliz «milagro» de Atum-hadu tropezando una noche con una tumba abierta, construida y desechada unos años antes por alguna otra alma olvidada, o quizás con una tumba que había sido saqueada y vaciada, posiblemente unas cuevas de almacenamiento usadas por arquitectos o trabajadores de otra dinastía, o tal vez un refugio ocupado solamente por ermitaños que podían ser asesinados con facilidad. Hay varias posibilidades, pero parece bastante probable que Atum-hadu, cuando más lo necesitaba, encontró un espacio apropiado que podía ser rápidamente transformado para sus necesidades, sin la premura del tiempo, las molestias y el riesgo [véanse líneas sobre la Paradoja de la Tumba] que suponía la presencia de arquitectos, obreros, o los trabajos a la luz del día. Puedo imaginar fácilmente a Atum-hadu sintiendo que un descubrimiento tan afortunado como ése sólo podía haberse efectuado con la oportuna y amorosa ayuda de un padre-dios.

Diario: Tan pronto como esta cámara esté completamente transcrita a estos cuadernos, y los jeroglifos totalmente copiados y traducidos, acompañaré al conde de Carnarvon a un recorrido privado, y el limpio truco de cambiar de caballo en medio de la corriente será ejecutado de forma graciosa y en seco.

Las doce columnas de la Cámara Histórica muestran maravillosas ilustraciones también, cubriendo cada uno de los pilares casi desde el suelo hasta el techo, en una sola y gigantesca descripción de un acontecimiento discreto, junto con una especie de texto explicatorio. Ahora, veamos, si las columnas fueron realizadas por el mismo artista que los lienzos de la pared, evidentemente éste había aprendido a confiar mucho más en sus capacidades y materiales, ya que son de unas dimensiones y maestría muy superiores a los de las historias de los murales.

Columna uno, texto:

«el muchacho Atum-hadu enemista a sus enemigos entre sí y escapa para unirse al ejército»

Ilustración: Un soldado ataca a un hombre y a una mujer mientras Atum-hadu (¿riendo?, ¿llorando?) huye para unirse al ejército de Djedneferre Dudimose.

Sábado, 9 de diciembre de 1922

D: Gatos. C: nada. B: cerrado.

Columna dos, texto:

Atum-hadu entra en la corte de Djedneferre Dudimose y es recibido calurosamente.

Ilustración: Atum-hadu recibe una particular forma de tributo de la arrodillada esposa de Djedneferre Dudimose y otros miembros femeninos de la corte, que también están de rodillas, mientras una jirafa de largas pestañas contempla la escena sin dejar de masticar, y el propio Atum-hadu levanta la mirada al cielo y observa cómo vuelan los acróbatas, arrojándose mutuamente muy por encima del suelo del palacio.

Columna tres, texto:

«el guerrero de Atón destruye a los enemigos del rey»

Ilustración: Atum-hadu, en forma de un león con cabeza humana, pisotea a los enemigos de Egipto, que caen bajo una lluvia de flechas. Desde las alturas, Horus, Atum, Ra, Isis, Osiris, Seth, Montu, Hathor y Maat lo contemplan con aprobación.

Columna cuatro, texto:

«Atum-hadu se convierte en rey y poeta a la vez»

Ilustración: Todavía de pie ante los cuerpos de los ministros traidores de Djedneferre Dudimose, Atum-hadu da instrucciones a su corte. Suavemente descansa una mano sobre la cabeza del difunto rey, y con la otra sostiene una hoja de papiro. Apenas se puede distinguir la escritura jeroglífica de ese papiro, un extraordinario detalle de verosimilitud y precisión en el arte egipcio. Es nada menos que el cuarteto 1. El detalle de los diminutos y negros jeroglifos grabados en aquella hoja de papiro debe de haber llevado horas al artista. Considerando las condiciones en las que era probable que trabajara (humo, calor, pobreza, enemigos acercándose), su realización es la obra de un genio.

D: G. C: aún nada.

Domingo, 10 de diciembre de 1922

D: Gatos, banco, correos. Nada.

Columna cinco, texto:

«días de paz y placeres en la corte de Atum-hadu»

Ilustración: Esta columna merece un pequeño análisis. Probablemente es natural que la corte de Atum-hadu fuera presa de impulsos nostálgicos, el intenso deseo de dirigir la mirada al pasado, en busca de una edad de oro. En una época en que la oscuridad y un penetrante sentido de pérdida parecía invadirlo todo, tal instinto era posiblemente más fuerte todavía. Dicho esto, está claro que Atum-hadu (incluso mientras sus escribas estaban comprometidos en el nostálgico proyecto de conservación del anterior rey) se dedicaba a hacer de su época una era dorada *en sí misma*, y, de su corte, el centro de un renacido Egipto. El suyo era un simultáneo proyecto *anti*-nostálgico, particularmente difícil en tiempos de derrota y desesperación. Pero, para este fin, esta columna muestra su corte tal como él debe de haber deseado que fuera recordada, en la cima de la gloria. Músicos de túnicas decoradas con losanges multicolores tocan mientras una mujer conduce varios perros en un desfile de monerías. Abundan los celebrantes del culto de Atum, en un vasto despliegue de combinaciones matemáticas, desde filas de solitarios adoradores hasta complejas disposiciones piramidales que requieren multitudes. Aparecen hombres atados con simbólicas cadenas tejidas de plumas de pavos reales, azotados por mujeres desnudas, y, en el centro de toda esta actividad, el propio e inconfundible rey, desnudo, rodeado por adoradoras multitudes de gentiles bellezas de largos dedos y ojos soñadores.

Columna seis, texto:

«los falsos padres»

Ilustración: Esta curiosa columna con su inexplicable título describe una serie de ejecuciones y torturas, todas supervisadas por Atum-hadu, cuya expresión es de sombría necesidad. Un soldado es arrojado a un cocodrilo para que lo devore. Un sacerdote es ensartado y asado vivo (véase lienzo de la Pared D). Un joven obrero (atacado en la Columna Uno) es perseguido aquí por una multitud de lo que parecen ser niños armados, mientras un asno monta a la mujer que aparece con él en la Columna Uno.

D: Correos, banco… nada. Gatos ¡*Maggie* es tan divertida! Sabe qué camino tomo para traer la comida, y guía a los *Ramsés* hasta mi encuentro, así que no necesito acercarme a la villa para nada. Le gusta el pescado, nos enteramos anoche, una pequeña perca del Nilo, mientras los gatos siguen aferrados a la leche y los

desperdicios de carne. Me gustaría tener a los tres al otro lado del río conmigo, pero eso no sería muy justo, ni para ellos ni para el delicado trabajo que estoy haciendo.

Correspondencia:

Pierre Lacau a Ralph Trilipush, 1922

Mr. Trilipush:

Le interesará saber que, dada la aparente magnitud de los hallazgos de Mr. Carter y lord Carnarvon efectuados en la tumba de Tutankamón, que constituyen sin duda uno de los más grandes descubrimientos de toda la historia egiptológica, Mr. Carter necesitará vastos recursos para completar la enorme tarea que tiene ante sí: catalogar, preservar y retirar el contenido de esta francamente «atiborrada» tumba. Teniendo en cuenta estas tareas, que sin duda le llevarán a Mr. Carter varios años, el conservador del Museo Metropolitano de Nueva York ha puesto a disposición de Mr. Carter muchos de los recursos de esta institución que normalmente están destinados a las propias excavaciones del Metropolitano. Concretamente, Mr. Lythgoe ha ofrecido a Mr. Carter los servicios de fotógrafos, artistas, obreros cualificados, filólogos, expertos químicos y criminológicos, y demás. Como usted podrá imaginar, esto reduce sobremanera la probable productividad del profesor Winlock así como la extensión de superficie del terreno que puede examinar con provecho en Deir el Bahari, al menos durante la presente temporada, y quizás buena parte de la próxima también. Y por ello, el profesor Winlock ha sido lo bastante amable para informarme de que, si el Servicio de Antigüedades desea conceder concesiones temporales para zonas que están fuera de su habitual área de investigación, él estaría dispuesto, en interés de la ciencia, a considerar la temporal partición de su concesión. Teniendo en cuenta su anterior interés, Mr. Trilipush, me gustaría ofrecerle la oportunidad de volver a presentar una solicitud. Si bien el Servicio de Antigüedades se reserva el derecho de no otorgar nuevas concesiones, cualquier proyecto que muestre una probabilidad de éxito y organización profesional será ciertamente tenida en consideración.

Con mis mejores deseos, por favor considéreme su más leal y firme servidor.

Pierre Lacau, director general
del Servicio de Antigüedades

Diarios de
Ralph Trilipush,
1922



Lunes, 11 de diciembre de 1922

Diario: Gatos, banco, correos: ¡y una recompensa, largo tiempo esperada, a mi paciencia me aguarda en mi *poste restante*, premiando el tiempo pasado en el desierto, cuando nadie me apoyaba! Lacau me ha ofrecido una concesión.

¡Calmémonos y saboreemos estos acontecimientos! Corrí hacia el yacimiento de Carter, sin limpiar siquiera las huellas de mis días y noches pasados en el campo. El dolor de mi pierna era atroz cuando partí en busca de lord Carnarvon. La marea finalmente ha regresado, pero yo mismo tuve que regresar a la tumba por un momento para anotar esto. Porque, en mi apresuramiento, casi me olvidé de coger un ejemplar de *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto*. Acabo ahora de dedicarlo: «A lord Carnarvon, patrocinador de Egipto, financiero del conocimiento, Campeón de Atum-hadu, la mano derecha más creativa de Atum, de su admirador y me atrevería a decir socio, R. M. Trilipush, 11 de diciembre de 1922». ¡En marcha otra vez!

Me pregunto si Lacau no formará parte de una extensa conspiración para partirme el corazón. Llegué al yacimiento de Carter, pero no encontré ninguna huella de él ni del conde, ni multitud alguna de turistas, o pachás exigiendo echar irreverentes ojeaditas a Tut. En vez de ello, la tumba estaba nuevamente tapada. Le pregunté a uno de los numerosos visitantes nativos dónde estaban sus amos. «Su Señoría ha regresado a Inglaterra con *lady* Evelyn. Mr. Carter ha ido a El Cairo a despedirlos». Se ha ido, Mi Señoría se ha ido a Londres en el gran barco. Podía oír el afectado alivio de Carter, apartando a Carnarvon de mí, justo en el momento en que mi oportunidad había madurado, para luego pudrirse.

El banco. Pese a mis rígidas economías, me estoy quedando sin dinero. Mis fuentes de financiación me han abandonado. Mis rivales están decididos a verme fracasar.

Correos: envío *Deseo y engaño*, junto con una detallada proposición, a la finca de Carnarvon en Inglaterra, pero esto llevará mucho tiempo. Lo que he descubierto hasta el momento me haría ganar una nueva fuente de financiación, estoy seguro. ¿Volver a casa? ¿Casarme con Margaret sin nada que mostrar por el tiempo pasado aquí, sin ningún empleo allí, y ella aún bajo la influencia de Ferrell? E incluso, si pudiera renovar su afecto, ¿de qué viviríamos? ¿Sentarme a esperar las noticias de Carnarvon? ¿Mostrarle a éste la Cámara Histórica la próxima temporada?

Carter está en El Cairo.

Duermo bajo techo por primera vez en once días. Dejé la Victrola 50 en la tumba, desgraciadamente, ya que apreciaría su ayuda para dormirme, y aquí no hay gramófono.

Martes, 12 de diciembre de 1922

D: Tras un breve desayuno, tomo el *ferry* de vuelta a la orilla este, a ver los gatos. C. y B.: nada y nada. Otra vez el *ferry*, y regreso cojeando a Deir el Bahari. Descanso a menudo. Terminaré mi trabajo, presentaré mis hallazgos a Harvard cuando regrese, recuperaré mi empleo. O me dirigiré a un museo. O a una universidad diferente.

Columna siete, texto: un recién revelado cuarteto escrito en el clásico estilo de Atum-hadu aparece en la base de la columna:

Mi Maestro de Generosidad regresa con las manos vacías,
alega enfermedad, guerra, mala suerte, pereza; sus bufonadas echan a perder mis planes.
Tomaré a su hija delante de él, riéndome despreciativamente ante su vergüenza y lujuria.
Luego, tras terminar con su hija, le cortaré a él su mentirosa lengua y la echaré al polvo.

Ilustración: El Maestro de Generosidad, hombre corpulento y de mirada huidiza, se da placer a sí mismo en una habitación oscura ante las figurillas del templo, mientras con su mano libre oculta el dinero del rey. En una segunda escena, ya más cerca del techo, habla con un hombre que podemos suponer con toda seguridad que se trata del jefe de los invasores hicsos.

La evidente furia del rey, contrastada con la ilustración del completamente vivo, y provisto de lengua, Maestro de Generosidad que traiciona al rey, demuestra la frustración de Atum-hadu: traicionado por su protector, es incapaz de encontrarlo y destruirlo. El rey vocifera, pero sus palabras no tienen peso.

Columna ocho, texto: otros dos nuevos cuartetos:

Pero su traición demostró que era una prostituta.
Él estaba satisfecho con ésta, no pedía más.
La reemplazó en su lecho y Estado.
No por una mujer sino por ocho.

Ella es un miserable cocodrilo que abandona a un rey.
Y cuando es castigada, él se pone a cantar.
Ella cuelga del techo, y, con los ojos tristes,
hombres traicionados llegan de lejos diariamente
para calmarse viéndola llorar y sus cicatrices.

Ilustración: Sumamente notable. Un retrato individual, la reina, mayor que en la realidad, de medio perfil. Incluso milenios después, su belleza es innegable. La ira expresada en los cuartetos se hace evidente en esta magistral descripción de su gracia y su belleza, como si ella fuera ya un doloroso recuerdo más que una presencia viviente. Es una pintura de amor recordado, o un deseo de algún otro mundo donde pudieran estar juntos sin presiones de Estado o de batalla. El segundo cuarteto parece más una fantasía que una realidad, ya que no figura mención alguna en los lienzos murales de que su reina fuera torturada y exhibida para la satisfacción emocional de los hombres rechazados del reino.

Columna nueve, texto:

«Atum-hadu espía a sus enemigos»

Ilustración: Mientras el general de los hicsos conspira con el Maestro de Generosidad de Atum-hadu, el propio Atum-hadu es mostrado en el campamento del general de los hicsos, donde no es reconocido, y en su tienda, igualmente no reconocido, y finalmente en su casa, yaciendo en su lecho, leyendo los planes más secretos del general, de nuevo sin ser reconocido.

Columna diez, texto:

sin texto

Ilustración: Unos estudios, quizás para la Columna Ocho. Se muestra a la reina desde treinta enfoques diferentes, y a veces únicamente su cabeza y sus manos. Su sonrisa se esboza una docena de veces. Aparece pintada dormida y despierta, sentada y dando grandes pasos, con una profusión de vestidos, con sabuesos a sus pies, hermosa y amada.

D: G. C. B. Nada. Regreso a la orilla oeste. La cama es realmente un agradable cambio. Me pregunto si podría albergar a los gatos aquí.

Miércoles, 13 de diciembre de 1922

D: G. C. B. Alguien (¿Carter? ¿Finneran? ¿Ferrell?) ha envenenado a los cajeros del banco contra mí, y éstos escenifican un pequeño drama, dando mucha importancia a mi herida y a los temas de higiene, inventándose cualquier excusa para cumplir las ilegales órdenes de algún enemigo invisible, prohibiéndome nuevas indagaciones diarias.

Columna once, texto:

«el final se acerca»

Ilustración: Atum-hadu, acongojado, solo, sentado en su trono, doblado por la cintura, agarrándose la barriga. En el reverso (norte), aparece reproducido con un cocodrilo que literalmente le come las entrañas. Los soldados hicsos son mostrados congregándose desde un centenar de direcciones diferentes. El atildado, pulcro, general hicso se alza siniestramente a su lado y mira de soslayo al sufriente Atum-hadu, ¿tal vez dando a entender que es su magia la que está causando los tormentos del rey?

Columna doce, texto:

«el fin de los días»

Ilustración: Es de noche, Atum-hadu, muerto, es transportado sobre los hombros de un único y no identificable amigo. El amigo lo lleva hacia esta milagrosa y brillante tumba, donde esperan Seth y los buitres. Entre tanto, los hicsos violan y queman y defecan mientras asolan el palacio. No reparan en el aliado fugitivo que transporta al rey muerto.

Esto merece unas palabras de análisis, ya que, históricamente, sigue siendo para nosotros lo que explica la solución de Atum-hadu a la Paradoja de la Tumba. Ciertamente, Atum-hadu descubrió este espacio, y decidió convertirlo en su tumba. Probablemente, la estuvo equipando en secreto por su cuenta, quizás durante un período de un año o más. Finalmente, abandonado por sus ministros, ejército, sacerdotes, Maestro y reina, debió de quedarle un solo amigo de confianza. Este amigo en cuestión no tiene nombre, quizás sea alguien de su infancia, tal vez alguien al que ha conocido sólo recientemente, en quien se ha depositado la confianza real. Debe de haber sido una persona con habilidades artísticas y sin lazos terrenales. Permítasenos plantear la hipótesis de que era un artista de la corte cuya familia había sido muerta por los hicsos y que, en su desgracia, aceptó una extraña misión de su señor y amo: A cambio de *a)* pintar en las paredes de la tumba del rey (casi con toda seguridad mientras el rey estaba aún vivo y dictando las imágenes al artista) y *b)* garantizar que el rey era llevado allí en secreto inmediatamente después de su muerte.

El humilde artista recibiría… ¿Qué? ¿Qué hubiera valorado él? ¿Oro? ¿Una ruta de huida, escoltado militarmente? ¿Alguna protección mágica? Debemos continuar pensando.

D: G. C. Cada vez me acostumbro más a las camas, un olvidado respiro después del humo y el moho de la tumba.

Jueves, 14 de diciembre de 1922

D: Obligado a levantarme y salir apresuradamente; fin de las blandas camas por ahora. Tengo esa terrible sensación de haber olvidado algo; pero eso no es inusual y no siempre es verdad. Recupero la calma ante un té de menta en mi *ahwa* favorita.

Correos… nada. Voy a ver los gatos.

Margaret, el día trae otra desgracia que no puedo siquiera empezar a… no puedo controlar mi pena. Estoy lloriqueando como un niño, no soy capaz de escribirlo, no puedo creerlo.

Viernes, 15 de diciembre de 1922

¿Cómo reconocería el rey el momento en que había llegado el fin? ¿Simplemente luchó hasta caer muerto en la batalla? ¿O lo supo antes, lo presintió en alguna concreta pérdida, algo que vio destruir y que se convirtió en aquel momento en el símbolo de todo lo que ciertamente iba a ser destruido más tarde?

Sábado, 16 de diciembre de 1922

Trabajo. Condenadas tripas.

Domingo, 17 de diciembre de 1922

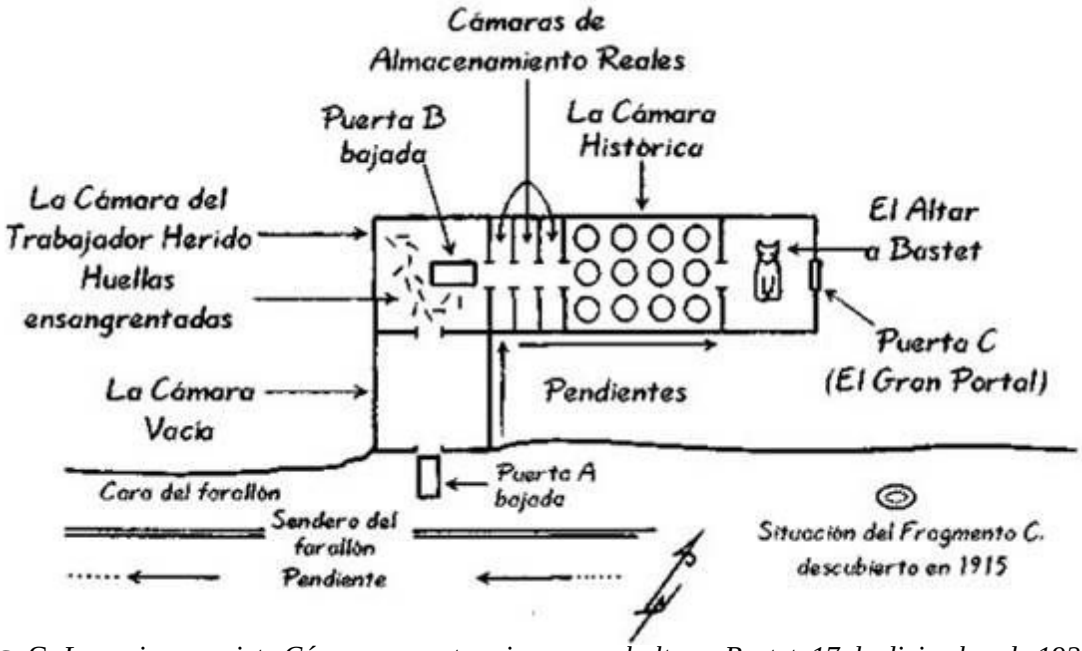


FIG. G. *Las primeras siete Cámaras, que terminan con el altar a Bastet, 17 de diciembre de 1922.*

Bastet era, por supuesto, la diosa de cabeza de felino del antiguo Egipto, y aunque no figura ninguna mención suya en los *Consejos*, una cámara entera de la tumba de Atum-hadu estaba dedicada a su culto. La sala está, al igual que el resto de la tumba, brillantemente decorada desde un punto de vista historiográfico, aunque no tan satisfactoriamente desde el de la crítica artística. En el centro de la cámara, una simbólica unión con Bastet viene indicada en forma de un gato momificado. El gato parece haber sido conservado a la manera tradicional, envuelto en telas de lino (blasonadas con motivos decorativos de esfinges, buitres y cobras, así como con jeroglifos que advierten de la terrible furia devoradora de corazones que Horus desencadenará contra cualquier ladrón de tumbas lo suficientemente malvado para perturbar el altar), y dejado reposar directamente sobre el desnudo suelo de la tumba, ¿un comentario, quizás, sobre el dominio de Atum-hadu de los elementos felinos de la religión tradicional? ¿Una escasez de mobiliario en los apresurados últimos momentos, encerrando al rey en su tumba mientras los burdos hicsos charloteaban a cierta distancia?

El único ornamento que aparece sobre la momia del gato es un hermoso collar en prístino estado, cuero negro con un colgante de plata y zafiro centrado en el envuelto pecho de la pobre bestia. Un tributo a la diosa Bastet, sí, pero quizás también un humanísimo, terrenal, deseo de demostrar a un fiel animal que era amado, cuya presencia, dignidad y afecto eran apreciados, agradecerle su servicio en este mundo y en el próximo. Hacerle saber que era alguien importante, que se derramaban lágrimas por él.

Los antiguos creían que en el momento en que se sellaba la tumba, ésta se convertía en una colmena de actividad. Estatuas y figurillas cobraban vida, las

pinturas de la pared se volvían reales y en tres dimensiones, las simbólicas ilustraciones se expandían para cumplir con sus significados, y las momias (la del rey, sobre todo) despertaban de su temporal sueño, reconcebidas y renacidas para su viaje a la inmortalidad. Estatuas de guerreros (como aquellas con las que Carter había tropezado) volvían a la vida para guardar al rey. Imágenes de dinero, comida, armas, sirvientas, celebraciones, concubinas… todo esto hubiera servido al rey. Y, dado que éste es el caso, el sacrificio humano o animal, aunque no era desconocido, era generalmente innecesario y por tanto muy raro en Egipto. Teniendo en cuenta todo esto, la presencia de este gato significa probablemente que murió un auténtico gato de carne y hueso, muy probablemente una hembra de gato que Atum-hadu habría conocido y amado. Éste es probablemente su verdadero gato, descrito en la Cámara Histórica. Sabiendo lo que sabemos, podemos especular que él habría insistido en que este ser, que él adoraba y que lo adoraba a él, debía estar sentado en su regazo ronroneando por toda la eternidad. Él la elevó a ella a la inmortalidad, la ascendió de gata a diosa-gata.

Es tarde. Estoy cansado.

Lunes, 18 de diciembre de 1922

Lienzo de la Pared K:

«Atum-hadu se retira de la corte»

Texto: Se producía una derrota tras otra. Atum-hadu hacía sus preparativos. Bajo la protección de Nut, transportaba mercancías desde su palacio a través del Nilo, y un amigo ilustraba su vida sobre estas paredes. Regresaba a la corte. El palacio hervía de vida, el pueblo fornicaba y bebía. «¡Marchaos! —ordenó Atum-hadu, pero ellos se echaron a reír—. ¿No sabéis lo que se avecina? —preguntó». «Lo sabemos, y así es como lo esperaremos», replicaron ellos. Y él los amó. El maestro de los músicos hizo una reverencia ante él. «Aquí todo es mágico». Atum-hadu amó a ese hombre tan gentil. Lo abrazó en fraternal despedida.

Atum-hadu encontró a uno de sus gatos asfixiado con una espina de pescado. La pena devoraba al rey, como si fuera una vieja. El rey lloraba ante el implacable enemigo que había elegido a Atum-hadu al nacer, lloró como un niño hasta que le venció el sueño.

Diario: Cuando Carnarvon vea las veinte cámaras que irán apareciendo en este vasto complejo subterráneo —incluso aunque no contengan más arte o tesoros—, un laberinto tan misterioso justificará por sí solo una segunda y completamente financiada expedición a Deir el Bahari. Marlowe y yo teníamos toda la razón: la tumba está aquí o cerca, muy cerca, quizás a sólo una colina de distancia de este templo de historia, o yo estoy dudando demasiado, y la tumba completa *está* aquí, detrás de una puerta más. Basta.

Cojo el mazo para golpear la Puerta C, aunque apenas puedo mantenerme de pie sobre mi inflamada pierna, y mis tripas están llenas de fuego y humo. Tengo los brazos débiles. Dos horas de golpear, y todo lo que tengo es polvo y guijarros esparcidos por todo el altar a Bastet, llenando de polvo a la diosa-gata. Me caigo de sueño en estos momentos. Volveré a probar con la puerta.

Es por la tarde, creo, y ahora tengo esto:

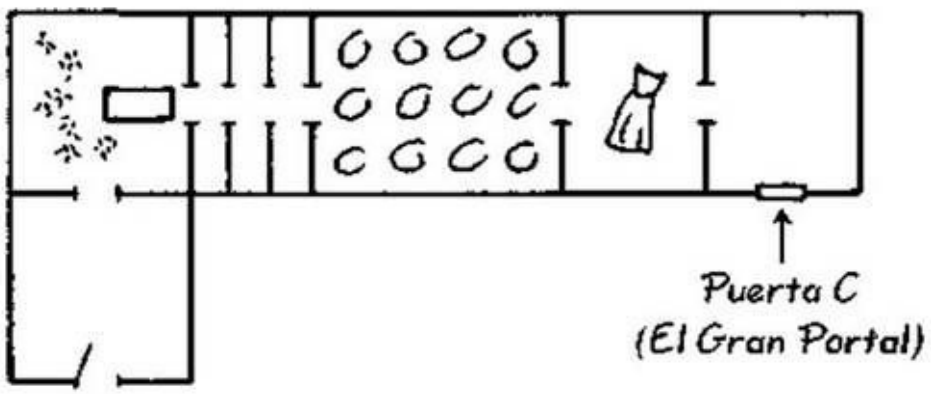


FIG. I. *Las ocho primeras Cámaras, 18 de diciembre de 1922.*

Extraordinario hallazgo, más allá de los sueños más disparatados.

La_____Cámara, la Sala de_____, La Cámara de los Misterios. La Sala del Mago.

Martes, 19 de diciembre de 1922

Diario: Anoche me caí dormido al suelo, exhausto por el trabajo, y esta mañana tengo la pierna y el cuello rígidos. Sólo por los gritos, me di cuenta de que había sido despertado nada menos que por el propio Carter. Apenas si fui capaz de llegar a la Puerta A antes de que él entrara sin invitación. Debería saber que esto no se hace, el viejo estúpido. Salí fuera cojeando para recibir al gran señor, que sacrificaba tiempo de su llamativo pozo para visitar al obrero. Tenía una ventaja sobre mí que le permitió deslizarse sin que yo lo viera, y es que yo estaba parpadeando, casi ciego bajo la luz del sol.

—Resulta difícil encontrarle a usted aquí. ¿Así que es verdad lo que dijo Carnarvon? Ha descubierto algo ya, ¿verdad? —preguntó—. Dios mío, hombre, ¿se encuentra usted bien?

Carter estaba, como siempre, enfermizamente obsesionado con mi salud.

—Me acabo de despertar de un profundo sueño, querido veterano, eso es todo.

—Bueno, le felicito, Trilipush. Los dioses parecen estar sonriéndonos a todos esta temporada.

—Realmente.

—Doy por supuesto que lo ha notificado usted a Lacau, para la visita de un inspector. ¿Qué cree usted que tiene ahí?

—A su debido tiempo, Carter.

Contempló la abertura de la Puerta A de aquella desagradable manera suya, sin elogio ni crítica, sólo una tranquila y desinteresada mirada que flotaba, inmaterial, calculadora.

—Sabe usted, he encontrado más agujeros secos en mi vida de los que soy capaz de recordar.

—¡Hasta los poderosos tienen que hacer adivinanzas, Carter! —No podía evitar reírme ante sus nerviosas especulaciones—. ¿Por qué no trata de esperar, hombre? Podrá hacer la visita con el resto de los peces gordos.

—Naturalmente. Bueno, no se olvide de llamar al inspector, Trilipush. Me alegra saber dónde encontrarlo si le necesito. Hágamelo saber, si puedo servirle de ayuda.

Se dio la vuelta, y luego volvió inmediatamente, buscando en su bolsillo; yo sospeché la presencia de un arma, y me maldije por haberme dejado el Webley dentro.

—Casi me olvido de por qué vine. Esto llegó a mi campamento, mezclado con nuestro correo.

Me tendió una carta de mi prometida y se marchó con sus aires de superioridad, sin volverse para ver si sus flechas habían dado en el blanco. Sólo Dios sabe cuánto tiempo ha estado interceptando mi correo, y qué cartas se ha guardado.

29 de noviembre

Así que todo está claro para mí ahora. Papi acaba de contármelo, y me pidió que firmara un telegrama y te escribiera una carta. Así que ahí lo tienes. Así que te libero. Yo debo de ser una broma para ti, Ralph. Supongo que no te gusto, sólo soy una chica rica demasiado estúpida para comprender lo que está pasando. De modo que ahora estás libre. Debo incluso darte las gracias, para ser justos, porque durante todo el tiempo que pensé que me querías, fui feliz. E incluso si papi me cuenta ahora que no era verdad, que tú querías sólo su dinero, eso no es tan terrible, porque durante un tiempo yo iba a casarme con un lord y explorador inglés. Te odio. Te odio y no sé por qué no te he odiado siempre. Ferrell y tú y papi sois todos odiosos. Espero que disfrutes de nuestro dinero y de tu precioso tesoro, y al diablo con todos vosotros.

Margaret Finneran

(Martes, 19 de diciembre de 1922, continuación).

El pequeño misil de Carter no era nada en absoluto, sólo una versión ampliada de tu cable del 29, e igualmente una falsificación, aunque parece ser tu letra. Deben de haberte medicado antes de ese truco de prestidigitador. Pero ahora el mejor antídoto para un veneno es el trabajo.

Los mazazos parecían descargarse también directamente sobre mi supurante pierna, Margaret. Atravesé la novena cámara y golpeé contra su siguiente puerta hasta que apareció una grieta, y miré, y entonces lloré, creo, durante horas. Te lo confieso. Más de lo que he llorado desde que era un niño, antes de haber aprendido que las lágrimas son el líquido más inútil, y menos apropiado para apagar la sed que hay.

Un pedacito de luna es suficiente para evocarte, te lo confieso.

Lo que podría conseguir todavía, si vuelvo a empezar, en casa. ¿Casa? ¿Podría convencerte de que regresaras a mí? Tú necesitas el éxito. Tu padre, también. Sin él, te aburrirías. Una vez estuve brillante para ti, creo. ¿Y con este hallazgo? El telegrama falsificado se convertirá en real después de comprobar los hechos. Un truco muy hábil, la verdad.

¿Qué sentiría ella si yo fuera algo distinto? Tengo todas las posibilidades dentro de mí. ¿Se confiaría si yo fuera alguien diferente? Por supuesto que sí: respetamos a los de buena cuna, a los conquistadores biencriados. A mí.

No importa. Yo soy quien soy, y tú quieres a ese hombre, de manera que él vendrá a ti, a tu casa. Volveré a empezar otra vez, te llevaré conmigo, lejos de tu padre y de todos los demás que te envenenan. Quemaré todos estos papeles y empezaremos nuevamente de la nada, muy lejos. Me iré a dormir ahora y cuando me despierte echaré todo esto por la borda. Una expedición fracasada no es el final de todo, y ni siquiera demuestra que esté equivocado. La verdadera tumba puede estar oculta sólo a unos metros de distancia. Puedo volver, con Carnarvon o algún otro rico. Margaret, tú no me rechazarás por ser simplemente el mismo hombre que era cuando te dejé, y por no haberme convertido *aún* en algo más. Ya basta. Tengo sólo que ganar un poco de dinero para pagar mi regreso y volveremos a empezar. Mañana, día 20, volveremos a empezar. Estoy decidido. ¿Estamos de acuerdo? Mañana dejaré todo esto a mis espaldas y saldré a las primeras luces, emprenderé el largo y difícil camino hasta ti, como una vez emprendí el camino desde Turquía a Egipto. Te telegrafiaré que vuelvo a casa, te suplicaré sólo que esperes, que no tomes decisiones apresuradas. ¿Eres valiente? Sólo, mi dulce muchacha, por mí. Ahora nos iremos a dormir, tu estatuilla cobrará vida a mi lado. Cierra tus ojos, como yo voy a cerrar los míos, apenas puedo confiar en que se abran mañana.

Miércoles, 20 de diciembre de 1922

¡Buenos días querida! ¡Y qué fantásticas, salvajes y *locas* aventuras estamos teniendo aquí! ¡Mi descubrimiento de la fabulosa tumba de Atum-hadu se ha convertido en una maravillosa farsa cómica, muy estimulante! ¿Por dónde empezaré esta estrafalaria historia?

Una media hora de sueño fue todo lo que se me concedió anoche después de escribirte e inmediatamente soñar contigo. Y luego un segundo más tarde miré mi reloj antes de comprender lo que me había despertado: un hombre que gritaba mi nombre, pasos en la escalera que se iban haciendo más ruidosos a medida que el individuo caminaba a través de la rica y sagrada tumba de Atum-hadu. Los párpados me pesaban tanto que apenas podía abrirlos, pero cada irritada frase se clavaba más en mí empujándome más a la vigilia:

—¡Por las saladas lágrimas del dulce Jesús! ¿Dónde están mis «montañas de oro»? ¿Qué diablos es todo esto? ¿Las pintó un niño, estas pinturas?

(Debo enseñar a tu padre a despojarse de ese filisteo impulso: ¡criticar al artista cuando su arte no es de tu gusto!). Entré cojeando en la Cámara Histórica, y allí estaba nuestro C. C. F., masticando un cigarro sin encender, paseando por todas partes su linterna eléctrica, como si fuera una espada de polvo amarillo, que desvió hacia mi cara.

—Tú —gritó—. Mister Carter dijo que había encontrado a Trilipush aquí. ¿Dónde está Trilipush, eh? ¿Hablas inglés? ¡Vamos, habla, chico!

Muy divertido, ¿no? ¡Pensaba que yo era un nativo, en aquella oscura sala, con mi barba y la túnica que me había puesto para trabajar! Yo podría haberme mordido la lengua y movido negativamente la cabeza, pero eso no hubiera dado lugar a una comprensión, que es lo que tu padre y yo necesitábamos más, lo que disfrutamos ahora, una renovación de nuestra sociedad, más fuerte que nunca a partir de nuestras dificultades.

Cuando C. C. F. salió de Boston hace unas semanas, estaba probablemente —y esto resulta divertido para los dos en este momento, él y yo, ambos nos estamos riendo. Él mira por encima de mi hombro asegurándose de que recojo todo esto en mi diario, exactamente tal como sucedió—, estaba probablemente furioso conmigo, y tú lo sabías, ¿verdad?

Por supuesto, yo preferiría (al igual que C. C. F.) no mencionar nada de esto, pero es necesario (C. C. F. está de acuerdo) aclararlo para las personas que puedan haber enviado a C. C. F. aquí, o que supieran que venía. Sí, antes de que pudiéramos renovar nuestra amistad, tenía que representarse esta ridícula pero purificadora escena, la cual es posible que alguien pueda haber oído y malinterpretado, ya que C. C. F. recibió indicaciones del propio Carter para buscarme aquí, de modo que haré

todo lo posible para reconstruir este completamente absurdo malentendido, ¡exactamente como en una de esas películas cómicas que tanto te gustan!

—¡Finneran! ¿Cómo me has encontrado?

—¡Santa Madre de Jesús llorando! ¿Eres tú? ¿Qué te ha pasado?

—Toda clase de buenas noticias.

—Dios, ese Carter… Debería haber invertido en él.

—Habría sido un terrible error, Chester. No ha conseguido ni una pequeña fracción de lo que tú y yo hemos logrado aquí con mucho menos.

—¿Qué es ese olor infernal?

—Bueno, la pierna, ya ves; no es una herida importante, pero…

—Sagrados santos y tormentos, qué demonios es… —La luz de la linterna de tu padre se apartó de mi rostro y apuntó por encima de mi hombro ahora. Luego, él pasó por mi lado, siguiendo su luz hasta el altar de Bastet—. ¿Qué le ha pasado a este gato? —chilló, alma sensible él.

—Son cuestiones complejas, Chester. El respeto de los antiguos por los felinos, ya ves, era religioso y…

—Pequeña sabandija. Traicionero, sinvergüencilla excavador de oro. Aquellos malditos telegramas…

—¿Telegramas?

—Yo estaba desconcertado.

El pobre estaba, para ser históricamente exactos (y él mismo asiente vergonzosamente mientras escribo esto), estaba desvariando a consecuencia de las presiones a las que él mismo se había sometido. Aparentemente, Margaret, tiene algunos problemas financieros. Tú lo sabías, pero tal vez no hasta qué punto. Y deberías habérmelo dicho mucho antes. En todo caso, tales presiones pueden hacer que un hombre se lo crea todo, dé un brinco imaginando unas sombras, vea terribles conspiraciones donde hay solamente tontas coincidencias, y eso es lo que ha pasado con tu pobre padre. Todo empezó con alguna absurda leyenda de calumniosos telegramas enviados desde Luxor. Incluso los dejó caer al suelo, uno cada vez, muy teatralmente. Y él y yo los examinamos nuevamente. Estoy tan horrorizado como cualquiera lo estaría. Solamente los menciono porque probablemente ya has oído hablar de ellos en Boston, cosas absolutamente terribles, notas anónimas a la iglesia, a la prensa, a la policía y a nuestros socios. C. C. F. y yo quemamos esos repugnantes papeles, hemos acabado con ellos, aunque hay buenos motivos para creer —C. C. F. y yo estamos de acuerdo— que estos disparos fueron hechos por alguien de aquí que está tratando de desbaratar nuestro éxito atacando simultáneamente a C. C. F. en Boston y a mí sobre el terreno. Ese Carter es nuestro primer sospechoso, con Ferrell su agente secreto en el extranjero. C. C. F. y yo estamos completamente de acuerdo.

Tu padre estaba furioso, como sé que sabes, pero él había venido realmente aquí —tanto si su orgullo le permitía confesarlo, como si no— para ver nuestro descubrimiento *in situ*, y aportar un muy necesario músculo físico, además de su

músculo financiero, para hacer de esta excavación un triunfo familiar.

—¡Vaya genio! Marica inglés, debería haberte evitado, pero Margaret dijo que tú eras justo lo que ella quería, charlatán, y luego vas y me haces esto.

—¿Por esto la obligaste a romper conmigo?

—¿Obligar? ¿Estás loco? No me costó nada. Tiene pretendientes a docenas. Cristo, incluso ese detective la quiere, son innumerables los chicos que la persiguen, ¿y tú piensas que dejarte era un sacrificio?

Por supuesto, tu padre trataba sólo de enfurecerme, una respuesta natural del pobre hombre, dada la presión que estaba soportando, con las mentiras de Ferrell y Ter Breuggen confundiéndolo.

«¡Oh, demonios, por favor, no escribas esta parte, Pushy!», acaba de decirme. ¡El viejo diablo intenta amañar el registro oficial! Te está pidiendo excusas ahora por haber dicho todo eso sobre ti, y me pide que escriba eso ahora mismo, también.

—¿Encontraste algo para mi colección? —preguntó—. ¡Confiaba en que al menos consiguieras eso! Y ésas —gritó, desviando la luz a mis espaldas, nuevamente hacia la Cámara Histórica, empujándome contra una pared, causando un daño incalculable a las antiguas obras maestras—, ¿quién las pintó, un mono borracho? ¿Se supone que *eso* es una orgía? —Creo que se refería a la Columna Cinco—. No me hagas reír… ¿Por qué estaría ese tío mimando a una jirafa cuando podría tener a dos chicas ahí? Madre Bendita, ¿están *húmedas* las paredes? ¡Dios mío, están goteando, maldita sea! ¿Qué has hecho con mi dinero? ¿Pintar las paredes de un sótano? ¿Te has vuelto loco?

¡Vaya, si alguien hubiera acompañado a Finneran aquí y estuviera esperando fuera, y hubiera oído todo *aquello*! Un oyente casual hubiera quedado sumamente confundido, por no decir otra cosa. Pero todo es de lo más sencillo, y C. C. F. estaba aprendiendo sobre preservación de tumbas de la manera más dura. Ya ves, las pinturas están lustrosas, naturalmente, debido a las capas de celuloide pulverizado que les he estado aplicando para conservarlas, y los frescos y modernos productos para la conservación hacen que, bajo la linterna eléctrica de C. C. F., las pinturas parezcan estar *húmedas*, un efecto adorable pero engañoso.

Y C. C. F., en su confusión ante lo que creía que estaba viendo, alargaba en aquel momento la mano para *tocar* las frágiles, antiguas pinturas que había sobre la superficie de una de las columnas, y yo, suave, muy suavemente, aparté su mano con mi bastón, nada bruscamente, ligeramente, sólo lo suficiente para impedirle que tocara la superficie, que se estaba secando y tenía 3.500 años de antigüedad, y que se habría desintegrado ante el más leve toque, porque, aunque he estado copiando en mis cuadernos la magnífica artesanía de la tumba, aún no he tenido la oportunidad de aplicar los mejores métodos científicos de preservación que, ni aun así, permitirían siquiera un pequeño soplo cálido sobre estas obras maestras, y mucho menos el toqueteo de una manaza, y eso me recuerda que C. C. F. y yo deberíamos ir a buscar más material de conservación hoy.

Tenía que recuperar un poco de sueño, pero eso no era posible en aquel momento, pues había que ocuparse un poco de ordenar, tanto en los suelos como en las paredes y demás, y sólo hablar con tu padre ya era un placer, pues había estado trabajando arduamente sin compañía durante algún tiempo. Como algunas de las pinturas habían sido ligeramente dañadas debido a su falta de delicadeza, él y yo hemos convenido en restaurarlas y tratarlas con material conservante a continuación. Está ansioso por comprender la tumba y ayudarme a terminar mi trabajo. Tengo bastantes cosas que enseñarle, evidentemente, pero lo cierto es que es un estudiante de arqueología notablemente dotado.

Finalmente nos caímos dormidos después de esa tarea de ordenar, y nos levantamos tarde esta mañana, él exhausto por su viaje, y yo, por el trabajo, y nos despertamos riendo todavía por nuestro penoso encuentro de ayer, y celebrando su renovado apoyo (financiero, moral y material) a nuestra gran expedición. Sin duda, trabajamos duro hasta bien entrada la noche. «¡Cierto, muchacho, pero trabajar así es bueno para nosotros!», exclamó mi Maestro de Generosidad, y me mandó a la ciudad con su dinero de bolsillo a buscar comida y agua, y a comprobar el correo.

TELEGRAMA, DE BOSTON A RALPH TRILIPUSH, 19/12/22, 9:02 A.M.
ENTERADA POR JP DE QUE PAPI VIENE A VERTE. QUIZÁS ESTÉ FURIOSO. POR FAVOR PERDONA A TU MF.

Allí, efectivamente, encontré tu cable de ayer. ¡Curioso! Oh, querida mía, si lo hubieras enviado unos días antes, no habría recibido aquella sorpresa anoche. Yo tenía razón: tú pensabas que él estaba aún furioso.

Bueno, puedes tranquilizarte. Él y yo volveremos a Boston juntos al final de esta expedición: eso si es que él no quiere viajar un poquito por su cuenta, o decide quedarse en Egipto a hacer un poco de turismo, o conoce a una dama, o se marcha a un sinfín de lugares que desearía ver. No, desde luego, él y yo debemos volver a casa juntos; tú nos esperas a ambos, ahora que estamos aquí juntos. Y tú me pides perdón, querida.

TELEGRAMA: DE LUXOR A MARGARET FINNERAN, BOSTON, 20 DIC. 1922, 11:17 A.M.
TU PADRE LLEGÓ SANO Y SALVO. ESTAMOS BIEN Y AMBOS TE MANDAMOS NUESTRO AMOR. ESTÁ ADMIRADO POR NUESTRO HALLAZGO, SE QUEDARÁ UN TIEMPO PARA AYUDARME. TE PIDE QUE NO TE PREOCUPES. TU AMANTÍSIMO RALPH TE AMA INCREÍBLEMENTE.

TELEGRAMA: DE LUXOR A MARGARET FINNERAN, BOSTON, 20 DIC. 1922, 11:21 A.M.
HE ENCONTRADO A TU RALPH. TODOS LOS MALENTENDIDOS RESUELTOS. POR FAVOR NO TE PREOCUPES. ES UN TIPO ESTUPENDO. ME QUEDARÉ ALGÚN TIEMPO PARA TRABAJAR EN LA EXPEDICIÓN BAJO SU MAGNÍFICO TUTELAJE. TU PADRE, CCF.

Lienzo de la Pared K, continuación:

«La traición de Atum-hadu»

Texto: «Tú me has traicionado», dijo el rey Atum-hadu, tranquilo pese a su ira y dolor, hablando finalmente cara a cara con el Maestro de Generosidad en el palacio real. «He sido abandonado por ti, en quien confiaba. Tú volviste a la reina contra su

señor y amo, apartaste su corazón de la rectitud. Debilitaste mi fuerza y mis ejércitos hasta que no fuimos capaces de guerrear». El rey vacilaba. Su compasión y su amor, así como su naturaleza mansa, frenaban su justificada violencia.

Pero el Maestro de Generosidad se enfureció, dejó entrever sus ambiciones, el poder que ansiaba, la envidia que sentía de Atum-hadu. Gritó maldades, mezcló la verdad con la falsedad. El Maestro de Generosidad demostró que no era un segundo padre para el rey, sino una traidora áspid en el lecho de juncos de un niño inocente.

Y, en su locura, el Maestro de Generosidad trató de pegar con sus puños al rey y arrancó una antorcha flameante de la pared, y la balanceó con fuego y humo ante la encarnación terrenal de Atum. «¡Detente, estúpido!», gritaba Atum-hadu, retirándose a las sombras del vacío palacio. Pese a todo, el rey no deseaba recurrir a la violencia contra su antiguo amigo y consejero. «No comprendes el daño que haces. No tienes ni idea de a lo que te arriesgas. Aún hay tiempo de evitar todo esto», gritaba el rey desde la oscuridad. Pero, a pesar de todo, el Maestro de Generosidad lo perseguía y lo atacaba como un león herido, de modo que Atum-hadu no tuvo elección, a pesar de sus heridas producidas en la lucha contra los hicsos, a pesar del nido de cobras que le roían las entrañas, escupiendo caliente veneno por detrás.

No tuvo elección. El más grande de todos los reyes levantó su maza de guerra y el Maestro de Generosidad fue a chocar contra una columna, y la llama de su antorcha vaciló: el rey descargó su arma sólo una vez contra la cabeza de su enemigo, y no con mucha fuerza, y el Maestro de Generosidad, más alto y ancho que el rey, se quedó petrificado mientras una sangre cálida, roja, empezaba a manar de la sien de su gorda y calva cabeza. El rey le ofreció la paz incluso ahora, pero el villano embistió a su rey, de manera que Atum-hadu descargó su maza de guerra nuevamente y el Maestro de Generosidad dejó caer la antorcha y Atum-hadu la recogió y descargó una lluvia de golpes contra el villano, alternando su maza y la antorcha, y el calor de la antorcha levantó ampollas en la piel del villano, y luego la maza volvió a caer y la sangre caliente borboteó en la cabeza, y los golpes cayeron una y otra vez sobre la reblandecida cabeza del traidor, golpe tras golpe sobre la aplastada cabeza, los extendidos miembros y las empapadas ropas. Atum-hadu se sentó sobre el estómago del hombre, con una pierna a cada lado, como una mujer que se sienta sobre su amante como una gallina. Atum-hadu descargó una lluvia de golpes durante varios minutos hasta que sus brazos desfallecieron y sus ojos se cerraron debido a la sangre. Y entonces Atum-hadu vio que estaba muy solo y su estómago ardía con un dolor que nunca hasta entonces había conocido.

Inmediatamente, Atum-hadu comprendió que había llegado el final de todo. Nada de lo que amaba sobreviviría. Todo sería olvidado o malinterpretado.

Corrió al exterior, a la luz del patio del palacio, vio la sangre en sus ropas y en su maza y en la antorcha, y se dejó caer al suelo con violencia, y lloró al ver el curso que seguían las cosas.

Ilustración: El largo texto que se inicia en el techo deja poco espacio para las

ilustraciones. Copiar y trasladarlo al cuaderno de notas ha llevado la mayor parte del día. Explicar el sistema y la gramática de los jeroglifos a C. C. F., tal como he hecho, me ha retrasado, pero el esfuerzo ha valido la pena, pues comienza a captar la profundidad de nuestro descubrimiento.

Después, Chester y yo limpiamos un poco la suciedad de la tumba. Yo me dediqué al lienzo de la Pared K y me apresuré a restaurar algunas de las dañadas o manchadas ilustraciones o textos que habían sufrido la insensatez de Chester la noche anterior. Paseé un poco por el sendero para tratar de aliviar, inútilmente, mi dolorida barriga durante media hora, dejando vagar mis pensamientos, tantas tareas exigiendo prioridad. Regreso a la tumba. Quemo algunas cosas en la primera cámara, observo cómo el humo es aspirado por la puerta hacia el cielo nocturno. C. C. F. está muy intrigado por cómo se hace todo esto. Es de una gran ayuda. Es muy paternal. No he dormido más de media hora de las últimas cuarenta y ocho. Ahora debo dormir aunque me atormenta la idea de que he dejado por hacer alguna cosa que necesita inmediata atención. ¿Me olvido de algo, C. C. F.? No, me voy a dormir. Me echo, pero luego me incorporo inmediatamente porque oigo voces en la cámara delantera, pero no es nada.

Jueves, 21 de diciembre de 1922

Diario: Lector, el padre de mi novia ha llegado a Egipto para ayudarme con la expedición en el yacimiento, y esta mañana le asigno tareas simples, que puedo confiar que realizará correctamente, dentro de la tumba de Atum-hadu, mientras yo voy a hacer gestiones en otra parte.

Descubro que el yacimiento de Carter tiene nuevas facetas. Cumpliendo su palabra, la expedición del Metropolitano le ha brindado toda la gente y las cosas que necesita. Miles de vendas, y percal y guata para envolver sus hallazgos a medida que éstos van emergiendo del subsuelo. Un automóvil. Está nadando en atención y ayuda, obreros nativos, admiradores y amigos (aunque uno se pregunta, poniéndose en su lugar, cómo puede distinguir a los aduladores de los sinceros). Y aparece nuevamente el tropel de turistas, incluso los queridos Len y Sonia Nordquist, allí mismo, en primera fila, me avergüenza escribirlo, derrochando elogios y disparando fotografías al lado mismo del gran hombre. Carter está envuelto en las redes de un éxito increíble, pero él mismo no ha sufrido el menor cambio. Se mantiene todavía por encima de nuestras cabezas con su estilo, ese especial conocimiento secreto que nubla tus ojos cuando tratas de mirarlo directamente. Habla árabe con acento local, ni moho ni residuo alguno de polvorienta academia en él. E, incluso en una lengua extranjera, sus modales no varían. ¡Cómo lleva este éxito! «Tú, ése de ahí. Corre a ver si Mr. Lucas tiene todo lo que necesita», me ordena en árabe, en el momento en que penetro en su tienda de mando para saludarlo. Me inclino y hago lo que dice… ¿qué otra cosa puedo hacer? Lucas resulta fácil de encontrar. Es el químico prestado por el gobierno egipcio, aunque otro experto está haciendo ahora una reverencia ante el gran jefe, alimentando el insaciable horno del ego de Carter. «Sí, gracias, todo está listo», responde Lucas después de que lo encuentro instalando su laboratorio a unos centenares de metros, en la Tumba 15, para mayor comodidad del Rey Howard. Y allí, más excesos: los vaporizadores de parafina y de productos conservantes en botes rojos etiquetados y numerados, adhesivos y disolventes, los interminables nombres, escritos con guiones, de los productos químicos, incomprensibles en sus diversas combinaciones, cráneos con etiquetas como si Lucas fuera un mago o un Guardián de los Secretos, la cera, los excesos, los horribles excesos en todas las cosas: fila tras fila de productos simples, una herramienta repetida tras otra, por todas partes idénticos recambios, apoyos, sustitutos, un vómito fruto de la glotonería, como si simplemente cerrando los ojos e imaginando su deseo, Carter fuera atendido inmediatamente por algún genio servil. «Ten cuidado de que no te caiga sobre la piel, muchacho», me grita Lucas en un pobre árabe, tendiéndome unas botellas para que se las lleve a su amo. Hasta los favoritos de Carter lo tienen, ya ves, lector, ese conocimiento interno de que él no se molesta en compartir nada, ya que sabe que tú jamás podrías

comprender su complejidad. Cuanto antes pueda dejar él de pensar en ti, mejor, cuanto antes pueda regresar a las alturas donde sus pensamientos trabajan de formas que tú jamás podrás captar.

Viernes, 22 de diciembre de 1922

Duermo en la arista, al aire libre, y dejo que C. C. F. se quede con el catre. Prefiero ofrecerle alguna intimidad. La tumba es un aposento demasiado estrecho para compartir.

Hoy Carter abrió su lamentable agujero a la prensa, y yo no sé por qué me hago esto a mí mismo, la visión de los torpes turistas, el sonido de toda esa cháchara por un rey menor. Debería marcharme, pero lo cierto es que actúa sobre mí como un letal canto de sirena, y fui nuevamente a echar una ojeada a la tumba de Carter, acompañando a un sarcástico periodista americano que me llamaba Mohamed. Es realmente espantoso: Tut demuestra ser tan dado a los excesos como su pequeño y atildado acólito. Y al ver a los Nordquist volver otra vez en busca de más edulcorados excesos, con una expresión de asombro que resultaba casi indecorosa, no fui capaz de decidirme a hablar con ellos. Y aquella sala, aquella cámara de almacenamiento de la tumba del pequeño advenedizo, es una grotesca exhibición, ese montón de baratijas, los vestidos de piel de leopardo, ropas incrustadas con lentejuelas de oro, estatuas, sandalias de junco y papiro, aquel diván de reposapiés esculpidos, bumeranes, tarteras cinceladas para parecer patos atados, tarros de perfume, tocadores, cubo tras cubo de ropa interior sin usar, candelabros en forma de cruz egipcia, recargado éste, oviforme aquél, lotiforme el de más allá, chismes dorados, mayales y báculos y cetros, muebles que describen al rey en forma de león pisoteando a sus enemigos, montando en un carro con sus propios antepasados, miles de cuentas por ensartar, *uno* sólo de esos artículos habría justificado todos los años de Carter, el dinero de Carnarvon y no digamos el del mezquino Finneran. Y que todo sea para ese *don nadie*, es suficiente para ponerle a uno literalmente enfermo; la desordenada confusión es suficiente para que uno se sienta aplastado bajo su peso, como si se pudiera imaginar toda esta riqueza y mobiliario presionando encima de uno mismo en sus propias envolturas de momia, aplastado como una bolita de arcilla bajo las ruedas de ese horrendo carro de guerra. Nauseabundo. El periodista americano pensaba exactamente como yo.

Sábado, 23 de diciembre de 1922

Carter es realmente un megalómano, C. C. F. y yo estamos de acuerdo en eso. Oh, no, él sencillamente no se sentirá satisfecho hasta que todo el mundo lo admire y todo el mundo trabaje para él, y él pueda dar sus espectáculos. Cabe imaginar mi sorpresa cuando encontré a un agente de policía caminando a grandes pasos por el sendero en dirección a mi tumba esta mañana, cuando bajaba de mi lecho, en lo alto del acantilado. Mr. Carter lo había enviado «para asegurarse de que todo andaba bien aquí». Sí, gracias, como si necesitara que Carter se ocupara de mantener mi tumba en orden. «Mr. Carter ha sufrido algunos robos y quería saber si le ha ocurrido a usted lo mismo». ¡Pues, claro! Carter comete una torpeza y pierde algo de sus enormes suministros, y hay que llamar a la policía, pues sospecha que algún astuto ladrón está asaltando a todos los arqueólogos racionales de Egipto. Me reí e intenté despachar al agente, pero éste quería hablarme de un ladrón que había entrado en la casa de Carter, y de que le falta eso y aquello, y de que hay manchas en la ropa de cama de Carter. «¿Está todo en orden aquí, señor?». Oh, por el amor del Cielo, desde luego que sí, querido. «¿Podría echar una ojeada a su excavación? Sabe, soy un poco aficionado a la arqueología». Es todo lo que puedo hacer para impedir los pisotones de aquel idiota hacia la Puerta A. «¿Está usted herido, señor? ¿Hay algo que quiera usted decirme?», y otras estúpidas preguntas del novato policía egipcio actuando como espía de Carter.

Finalmente despido al pequeño agente de mi rival, y C. C. F. y yo discutimos cuál de nuestras miles de tareas debemos iniciar a continuación; queda mucho trabajo aún por hacer para estabilizar el interior de la tumba, trazar correctamente su plano y ubicar sus objetos, aplicar los productos de conservación a las pinturas aún no tratadas, terminar de transcribir el contenido de sus paredes. C. C. F. es una maravillosa ayuda.

Correspondencia:

Harold Ferrell a Laurence Macy III, 1954-1955

Desembarqué en Alejandría a última hora del día 24, Macy, y me dirigí a El Cairo en tren, al día siguiente, Navidad, aunque difícilmente uno se da cuenta de eso en Egipto. Trabajé deprisa. Nuestro hombre había estado realmente en el Hotel de la Esfinge y se había marchado el 26 de octubre. Pero había dejado reservada la *suite* para su regreso, de manera que sus informes a Boston eran ciertos, al menos en lo que se refería a la fecha. El recepcionista dijo asimismo que Finneran había estado también en el hotel, alojándose una noche, nueve días antes que yo. Pasé allí la noche del 25. Había sitio en la posada la noche de Navidad. Pero burros no.

Diarios de
Ralph Trilipush,
1922



Domingo, 24 de diciembre de 1922

Trabajo. Mis miserables tripas. El gramófono no sirve de ayuda. El trabajo es duro. Le hace a uno pensar en la inmortalidad. Para el hombre corriente, supongo, la idea egipcia de la inmortalidad es la más estúpida superstición. Pero eso es así sólo porque nuestra idea de vida eterna ha cambiado, tanto si somos cristianos como si no. Aunque coincidimos con nuestros antepasados del Nilo en que la inmortalidad es aún la realización más importante del hombre (más importante que el amor, o cierta reputación de virtud, y mucho más necesaria que la amistad), no estamos tan locos que pensamos que nuestros *cuerpos* sean transportados a una vida futura. Usamos un vocabulario diferente «salvación del alma, fama imperecedera». Llamémoslo como queramos, pero hacer que nuestro nombre se oiga después de que los nombres de nuestros inferiores y enemigos se han desvanecido, eso es algo que todos nosotros aún seguimos esperando. (Y, lo más delicioso de todo, hacer que esto ocurra antes de que *su* vida física termine, de modo que ellos puedan sentir que el último vestigio de su nombre se esfuma mientras aún respiran y saben —*saben*, Ter Breuggen— que cuando sus enmohecidos cadáveres sean desnudados y arrojados a la tierra, serán ya anónimos cabello y piel, en su alegre camino a convertirse en unas anónimas cenizas, mientras algunos de nosotros nos convertiremos en estrellas y soles). Yo no sé de nadie que no aspire a esta permanencia, aunque afirme lo contrario. El mundo está atestado de arcos de triunfo e intentos más simples, artistas charlatanes ansiosos por saber si su trabajo perdurará, poetas que se suicidan para asegurar su fama, últimas voluntades y testamentos que tratan de controlar a sus herederos, nombres que anualmente se leen en iglesias y sinagogas, adornadas lápidas y te-amos en lecho de muerte, legados y donaciones con nombres y apellidos, dinero dejado a partidos políticos y obras de caridad. Somos todos muy egipcios todavía, sin discusión. No soy un idiota. Cuando llegue el momento, sé que estaré *muerto*.

No estaré rasgando un objeto de cuerdas con alas, o siquiera (como planeaba de niño) saboreando los cálidos, carnosos deleites de un inframundo egipcio bordeado de palmeras, guardado por Anubis, asistido por Isis. Hablo de algo más sutil, más fino, más intelectual y espiritualmente inasequible e inagotable. La inmortalidad para nosotros, aunque será sin un cuerpo, no lo será sin conciencia: la conciencia, en el preciso momento en que expire nuestro cuerpo, de que nuestro nombre perdurará.

C. C. F. está de acuerdo conmigo.

Lunes, 25 de diciembre de 1922

Diario: La barriga protesta como si me hubiera tragado sables, pero C. C. F. y yo continuamos nuestro trabajo a última hora de la tarde. Luego limpiamos los escombros, vaciamos cubos y quemamos esto y aquello.

Margaret: Acabo de recibir una visita. Hacía bastante tiempo que no hablaba con nadie, aparte de tu parlanchín padre, quiero decir.

Ella vino a verme, la dulce y vieja muchachita. Yo acababa de vaciar los cubos. Así que me pilló bastante cansado, casi al límite de mis recursos, sentado fuera de la tumba, masajeándome mi dolorido muslo.

—Querido muchacho, me dijeron que le encontraría aquí.

Pensé que quizás estaba teniendo alucinaciones… La repentina aparición de una de las personas que más me habría gustado ver. Había sido tan amable conmigo en el barco… Se cubría los ojos del resplandor y subía por los últimos escalones, levantándose su vestido pasado de moda para encaramarse a una roca con sorprendente agilidad.

—Querido Ralph, no tiene usted buen aspecto. ¿Qué le ha pasado aquí?

—Nada. Haciendo investigación. Un trabajo duro. He hecho un extraordinario hallazgo.

Se sentó a mi lado en la roca, recobró la respiración y me cogió la mano. De haber sido tú, hubiera caído en sus brazos.

—Pobre muchacho, mírese. Está usted mucho más delgado.

—Pero háble me de usted, Sonia, ¿qué ha visto usted en la excursión de su vida? ¿Las tumbas de los Ramsés? ¿Ese circo que han montado allí en el agujero de Carter?

—Oh, querido, ¿está usted un poco celoso, no? No tiene necesidad, créame. Veo estas cosas con mucha claridad. No tiene importancia.

—¿Qué no tiene importancia?

—Todo eso. He visto más de lo que quería de este país. Este país es frío y duro.

Y entonces, de pronto, *ella* estaba llorando en *mis* brazos, estremeciéndose, y luego con la misma rapidez cesó de llorar y se sentó, secándose delicadamente la cara con el pañuelo.

—He perdido a mi Len, sabe, hace dos días. Así que estoy muy deprimida. —Miró hacia el oeste, a los acantilados que se iban suavizando y penetrando en el desierto—. La gente parece muy transitoria aquí; todo este espacio e historia. Me lo llevo a casa mañana. Parece que siente usted lo mismo que yo. Le gustaba usted, sabe.

Oh, mucho. Me lo dijo así la primera noche en el barco. Confío en que esos espíritus no le hayan enviado a usted en la mala dirección. No debe usted tomarlos demasiado en serio. Les gusta divertirse un poquito, sabe. Fueron humanos, también,

y morir no le hace a uno más inteligente, me parece a mí. O más honesto. O siquiera más interesante, ahora que pienso en todas las conversaciones que Len y yo teníamos con ellos. He terminado con los fantasmas.

—Pobre Len. Pobre Sonia.

—Debería usted volver conmigo, sabe. Me vendría tan bien su ayuda. Todo ese difícil trabajo que me aguarda. Mis hijos viven demasiado lejos, y están demasiado ocupados.

—¿Ayuda?

—Para llevar a Len a casa. Podría usted ver nuestro hogar y nuestra casa de verano sobre el lago. Reina mucha paz allí. En invierno, sabe, hay demasiada nieve, así que hay que sacarla con la pala de delante de la casa. Len lo hacía, pero yo no puedo pedir a los chicos que me ayuden. Oh, querido Ralph. Venga y rescáteme de todo eso. Venga usted a asearse a mi hotel, compremos algunas ropas, y veamos a un doctor que le eche una ojeada a esa pierna. Y luego rescatará usted a esta vieja que le necesita tanto.

Margaret. Hace sólo unos días, hubiera ido, sólo unos días antes. Y podría haberte cablegrafiado para que nos encontráramos allí. Tú y yo cuidándola a ella en su casa de irregular distribución, los veranos en el lago, trabajando el jardín. Como guardas recién casados en la otra casa, yendo al mercado, cocinando. Arreglando esto y aquello. Tiempo de sobras para leer, jugar al tenis, llevarte a ti en su velero. Habría sido una solución para todo.

—Estoy demasiado cerca del final de mi hallazgo, Sonia. Tremendamente cerca.

—Por supuesto. Por supuesto, querido muchacho.

—Quizás podría reunirme con usted más tarde, cuando haya terminado aquí.

—Eso sería estupendo. Me gustaría mucho. Eso, si no quiere reconsiderarlo y simplemente venir ahora, ahora mismo, sencillamente venir conmigo…

Inició su camino de regreso por el sendero rocoso. Yo me senté delante de la puerta de la tumba, demasiado exhausto para mantenerme de pie. Ella se dio la vuelta y se despidió con la mano mientras bajaba por el serpenteante sendero. Cuando las altas rocas la ocultaron, pude imaginarme que ella pensaría que me había visto por última vez, pero entonces el sendero daba un giro y ella volvió a aparecer. Más pequeña, y sorprendida por volver a verme, hizo nuevamente un gesto de despedida. Sólo se paró una vez más, tan pequeñita. Saludó con su pañuelo, una diminuta figura allá lejos debajo de mí. Sacando nieve con la pala.

Martes, 26 de diciembre de 1922

C. C. F. y yo nos pasamos el día limpiando, analizando la Cámara 8, leyendo las inscripciones e ilustraciones de la pared, tomando medidas del mobiliario, etcétera.

Miércoles, 27 de diciembre de 1922

Hoy Carter empezó a sacar a la luz lo que hasta ahora solamente unos pocos elegidos habían visto bajo el suelo, pero está enseñándolo a las multitudes y cámaras de la manera más horrorosa, como si se hubiera convertido en un príncipe de la muerte. Las camillas, las vendas para envolver: es una visión de la guerra. Sospecho, por su forma, que la figura envuelta que ahora está surgiendo a órdenes de Carter es la estatua portadora de la lanza que vi allí, pero toda cubierta de vendas, como si los pulmones del antiguo soldado borbotearan a consecuencia del gas mostaza y sus ojos lloraran aquellas pardas y arenosas lágrimas. La recargada exposición: las cajas más pequeñas emergen transportadas por tres hombres, en marcha hacia la cueva de Lucas, cada adornada babucha destinada a ser rociada con una capa protectora y pegada y restaurada en esa factoría de antigüedades. Es un monumento a la vanidad de un hombre esta violación de las últimas esperanzas de paz de un pobre rey-niño.

Correspondencia:

Harold Ferrell a Laurence Macy III, 1954-1955

Salimos hacia el sur en barco al día siguiente y llegamos a Luxor el 27. A propósito, Macy, considérese libre de añadir cualquier detalle de color local que crea usted que puede ayudar: tiempo caluroso, camellos, nativos, todo eso. Yo no tengo ninguna sensibilidad para ello, pero pienso que atrae a cierta clase de lectores, y el mundo del cine lo devora.

El día 27 me encaminé a la dirección de las afueras que Trilipush había dejado en su hotel de El Cairo para que le mandaran los mensajes. En lugar de Trilipush, dos periodistas americanos estaban compartiendo el alquiler de esa villa, convertida en su cuartel general para enviar despachos sobre las excavaciones del rey Tut. La habían ocupado el 10 de diciembre. ¿Y habían oído hablar de un arqueólogo llamado Trilipush? Uno de ellos se rió y dijo con sarcasmo: «Un tipo muy popular». Por lo visto, otro caballero había venido la semana anterior haciendo la misma pregunta. ¿Y qué le habían dicho? «Le dijimos que si Trilipush es arqueólogo, entonces Howard Carter debía de conocerle, pero yo nunca he oído hablar de su chico, jefe». Me explicaron cómo encontrar el yacimiento de Carter, y se mostraron encantados de recibir un poco de dinero. Si se enteraban de algo sobre Trilipush o Finneran, contactarían inmediatamente conmigo en mi hotel de Luxor. «¡Sí, jefe, desde luego que lo haremos!».

Me dirigí al gran espectáculo: una multitud de obreros y turistas señalaba el lugar de las excavaciones de la tumba de Tutankamón. Bueno, uno de los grandes beneficios de mi carrera, Macy, es la amplia variedad de fascinante humanidad que ha sido mi feliz destino conocer. Howard Carter era un individuo que andaría por los cincuenta cuando lo conocí, alguien admirable. ¿Sabe usted algo de él? No era un ricachón, no había nacido en la opulencia y el privilegio, como Trilipush y Marlowe, ni siquiera era rico. No, Carter era nieto de un guardabosque, que había trabajado duro, estudiado con ahínco y aprendido por sí mismo lo que necesitaba para sobresalir en su campo, y, gracias a la inteligencia, la persistencia y la buena suerte, había realizado ese decisivo descubrimiento que el mundo entero conoce tan bien ahora, con todo mérito. Ahora bien, todo el vudú de momias, muebles rotos y collares, y lo que sea, bueno, ese asunto no me interesa demasiado, y lo poquito de ello que Carter me mostró aquel día estaba bien, pero un poco a veces empacha. No, lo que me interesaba era el propio Carter.

Era el tipo de hombre que a mí me gustaba, un hombre que había triunfado por su propio esfuerzo, honesto. Y era inglés, pero no de esa clase que no te puede perdonar por no serlo. Pude ver el respeto que sus obreros egipcios le tenían. Por no mencionar el tropel de periodistas, fotógrafos, turistas y supuestos ayudantes y admiradores, aunque ninguno de ellos conseguía distraerlo. Mientras le hacía mis preguntas sobre su trabajo y sobre Trilipush, no podía evitar pensar: «He aquí a un niño pobre que ha triunfado, no a un criminal elegantón. Una lástima que el escándalo que va a estallar aquí vaya a apartar la atención del mundo del trabajo de Mr. Carter, y desviarla hacia el mío».

Bueno, de hecho, Carter había visto a Trilipush varias veces, y la verdad era que Trilipush estaba trabajando arduamente en algo, con un presupuesto muy reducido, justamente al otro lado de aquellos farallones, dijo Carter, señalando hacia una monstruosa pared de aquel infernal valle. De modo que había más cosas en la historia de Trilipush que eran ciertas. Y, dijo Carter, aproximadamente una semana antes, otro individuo, un americano, había estado buscando a Trilipush, y Carter le había indicado dónde encontrarlo también, y el americano se había marchado con uno de los hombres de Carter para mostrarle el camino. ¿Y cuándo había visto el propio Carter por última vez a Trilipush? Aquel mismo día, es decir, hacía una semana. Aquella mañana, una carta dirigida a Trilipush había sido equivocadamente incluida en el correo que uno de los chicos de Carter había ido a buscar, y, como sentía curiosidad por ver lo que Trilipush había descubierto, Carter había llevado la misiva a Deir el Bahari personalmente. ¿Y? Pues que Trilipush tenía un aspecto sucio, cojeaba a consecuencia de una herida en su pierna y estaba un poco enfermo quizás, «pero enormemente excitado por su hallazgo». No permitió a Carter que atisbara en el interior de la tumba, y eso fue todo. Carter regresó a su campamento, y unas horas más tarde recibió la visita de un americano, Mr. Finneran, que preguntaba por Trilipush. «Empezaba a sentirme como el secretario social del gran hombre, y la verdad es que yo, a fin de cuentas, estoy bastante ocupado aquí, con mi trabajo».

Capté la indirecta, la tomé con elegancia, estreché la mano del gran hombre, y le di sinceramente las gracias por dedicarme su tiempo, lamentando haberlo distraído. Me dirigí a la ciudad a contratar un guía que me ayudara a encontrar el yacimiento de Trilipush.

Ahora bien, Macy, ¿qué pensábamos *en este momento*? Me había equivocado, lo confieso ahora y lo confesé entonces; Trilipush había dicho la pura verdad. Existía sin duda un tesoro, y Trilipush estaba tan cerca de él, hacía una semana, que ni siquiera le dejó ver el lugar al gran Carter. Aquel mismo día debió de encontrarse con Finneran. Yo estaba tras ellos hacía exactamente una semana, y en una parte de mí estaba desesperado, ya que no sabía dónde se alojaban, ni uno ni otro. Ahora bien, yo no daba mucho crédito a la idea de O'Toole de que Finneran había venido a matar a Trilipush y robar el oro, aunque uno nunca puede estar seguro de nada con hombres que están bajo presión. Más probablemente, con la riqueza allí resplandeciendo ante ellos, ambos debían de haber hecho las paces, limado sus diferencias, con un Finneran aliviado por poder olvidar todo lo que yo tan pacientemente le había ayudado a ver; y ahora, el asesino y su, a ratos crédulo, futuro suegro me llevarían ya una semana de ventaja en su camino de vuelta a Boston, donde Finneran pagaría sus deudas con el oro egipcio, y Trilipush, portador de riqueza y fama, tomaría la mano de Margaret como su esposa, aunque aquél sería un triste matrimonio, pues se amparaba en él para disimular sus tendencias contra natura. Y sin duda Trilipush conseguiría recuperar su empleo en Harvard valiéndose de su hallazgo. Y yo probablemente no los encontraría, y ahora tendría que navegar de vuelta por el mismo

camino que había venido, interrumpir la dicha familiar una vez más a fin de hacer mis perturbadoras preguntas en nombre de los pobres asesinados Caldwell-Davies y Marlowe. No disfrutaba demasiado con esa perspectiva, Macy. No me gusta mucho Boston, y no quería volver. Había pasado ya suficiente tiempo navegando por el océano Atlántico, y reconozco que incluso podría haberlo dejado correr entonces, cerrando el caso allí mismo, si aquellos dos hombres estaban ya en su camino de vuelta a Boston, con Trilipush consolidando sus mentiras. Habría hecho todo lo posible para llevar la investigación al escenario de los asesinatos.

Tenía que aguantar otra noche para obtener respuestas, y mis temores fueron en aumento a la mañana siguiente, cuando conseguí contratar a un muchacho y dos burros, y trotamos por encima de las rocas, pasando por delante de otro yacimiento arqueológico dirigido por un americano, así como de un gigantesco templo cortado en la pared del acantilado, y por delante de un paisaje desnudo y pardo no demasiado diferente de ciertas partes accidentadas de Australia. Y entonces, tras un rato de silencio, sin ninguna razón en particular que yo pudiera ver, el chico se detuvo y dijo: «Aquí». «¿Aquí? ¿Estás seguro?». No había nada absolutamente diferente en ese trocito de sendero de burro pegado al costado del farallón que no hubiéramos visto durante toda la hora anterior. Nos encontrábamos en una pendiente entre algunas pequeñas colinas, y una curva nos tapaba de la vista de todo bicho viviente, y me pregunté si no iba a sufrir alguna emboscada. «¿Aquí?», volví a preguntar, y el muchacho se encogió de hombros. Amarré mi burro, di un pequeño paseo por la zona, y no encontré nada de interés, ningún signo de vida. «¿Cómo sabes que no está más arriba?», pregunté. El chico se mostró rotundo, conocía esas colinas, y aquél era el lugar que yo le había dicho que Carter me había dicho. Esperamos. Estuve buscando bajo el calor durante dos horas, caminando arriba y abajo, sin encontrar nada ni a nadie. Ni resplandeciente oro, ni fugitivo Finneran, ni traidor Trilipush, ni cadáver de Caldwell, ni ningún Marlowe asesinado.

Estaba preocupado, y no le engaño. No tenía otras direcciones de Trilipush y ahora al parecer él había clausurado sus excavaciones la última semana, y había desaparecido. Al menos, seguía teniendo el correo. Aquellos cables y cartas dirigidos a Margaret habían venido de alguna parte. Me encaminé a la ciudad y fui de oficina de correos en oficina de correos distribuyendo el dinero de O'Toole hasta que recibí una respuesta afirmativa. Le pagué al egipcio que había tras el mostrador para que abriera la boca —«Sí, Mr. Trilipush viene con bastante regularidad a comprobar la *poste restante*, y sí, manda telegramas desde aquí, y la última vez que vino fue hace probablemente dos horas»— y entonces, alegre, le pagué al egipcio de detrás del mostrador para que mantuviera cerrada la boca, y para que le hiciera una señal a mi chico, allí en la esquina, la próxima vez que apareciera Trilipush, momento en que recibiría otro pago.

Dejé allí a mi pequeño ayudante (un miembro del rotatorio equipo de ocho que había escogido aquella tarde por su discreción. Les di instrucciones sobre los aspectos

básicos de cómo vigilar en secreto, y conté con su habilidad para conocer las calles y pasar inadvertidos). Estacioné al muchacho discretamente en la oficina de correos, esperando al ratón, el 28 de diciembre, a última hora de la tarde. Me dirigí entonces a las oficinas del barco fluvial y desembolsé más pagos, facturables al caso Davies, al caso O'Toole, al caso Marlowe, a todos y cada uno de ellos. Pero la oficina no tenía reservas para el barco fluvial de un tal Trilipush o Finneran en sus registros, y nadie había viajado al norte hasta El Cairo con esos nombres ese día. Dejé mi nombre y un poco de dinero. «Si se produce alguna reserva a estos nombres, por favor, pónganse en contacto conmigo en mi hotel». Fui a tantos otros hoteles de Luxor como pude encontrar: ningún Finneran o Trilipush por ningún lado; y seguí repartiendo el dinero de mis clientes a mi paso. Si aparecía alguno de esos nombres en un registro, tenían que contactar conmigo en mi hotel inmediatamente. Estuve ocupado, de acuerdo, pero no tenía nada. Trilipush y Finneran no se habían marchado y no estaban allí: ¿qué podía estar más claro que eso? «Paciencia, Macy —dije—. Ahora más que nunca». Había tendido las únicas trampas que tenía a mi alcance. Continué mi circuito: a la villa, al lugar de la excavación, a la oficina de correos a comprobar a mis chicos. El día 28. El día 29 (oficina de correos cerrada). El día 30.

Diarios de
Ralph Trilipush,
1922



Jueves, 28 de diciembre de 1922

Esta mañana, C. C. F. y yo salimos a tomar el aire y vimos a un hombre a unos 200 metros de distancia, sendero abajo. Lo estuvimos observando durante horas desde detrás de las rocas. Se podía distinguir su cabello anaranjado, incluso a aquella distancia, y estaba acompañado de un perezoso muchacho nativo. Paseaba y se sentaba, vagaba un rato y se sentaba. ¿Lo conoces, C. C. F.? «Oh, sí, Ralph, muchacho, oh, sí. Está siempre deseando inmiscuirse, destruir, confundir. Devora lo que otros hombres construyen. Es un carroñero de vidas, y se alimenta de noticias vagas».

Sin duda ha llegado el momento de apresurarnos con nuestro trabajo. C. C. F. me envía a la ciudad por comida y a comprobar el correo. Ni una palabra tuya, M. No hay necesidad de continuar fingiendo, querida mía. Nuestra «ruptura» está completamente olvidada.

Pasamos la tarde limpiando y analizando las Cámaras 8 y 9, copiando ilustraciones y textos.

Viernes, 29 de diciembre de 1922

Hay en toda tarea científica cierta dosis de conjetura, una clarificación de ideas conseguida solamente a través del acto físico de escribir. Por definición, un primer esbozo es a la vez inexacto y necesario. Uno utiliza la pluma para descartar las cosas imposibles. Ahora yo puedo desprenderme de buena parte de lo que ha antecedido y preparar el texto con un análisis más ajustado.

Con ese objetivo, C. C. F. y yo trabajamos midiendo la Cámara 9, entendiendo lo que relaciona a los artículos entre sí. Debo copiar rápidamente las últimas traducciones, el lienzo de la Pared L de la Cámara Histórica y las paredes de las Cámaras 8 y 9.

El hallazgo más extraordinario, por supuesto, es la copia completa de los *Consejos* de Atum-hadu. Me paso horas leyéndolos.

Me doy cuenta también de que no he entendido bien la Columna 12. No se trata de un aliado transportando al fallecido Atum-hadu; es el propio Atum-hadu que transporta al fallecido Maestro de Generosidad. C. C. F. me lo señaló. Una brillante intuición por su parte.

Lienzo de la Pared L:

«Las últimas horas de Egipto»

Atum-hadu fue abandonado. Salió de Tebas y cruzó el Nilo, que da la vida, y caminó. Solo, llevaba sus bienes, sus *Consejos*, pintura, juncos, tinta, pinceles y a su gato. Y llevaba al Maestro de Generosidad.

Sábado, 30 de diciembre de 1922

Diario: C. C. F. y yo discutimos los pasos siguientes y estamos decididos. Regresaremos a este lugar de nuestra gloria, pero más tarde. Ahora es el momento de volver a casa, reunir nuestras fuerzas y nuestro dinero y nuestra salud, presentar nuevas solicitudes a las autoridades adecuadas, etcétera.

Tengo unas pocas anotaciones más que hacer en este diario antes de que C. C. F. y yo regresemos a casa, el lunes. Todo está claro, lo más simple del mundo: enviaré estas notas por correo a mi prometida, para estar seguro de su segura publicación en el caso de que nos ocurriera algo a C. C. F. y a mí en nuestro largo camino de regreso a Boston. Por lo demás, es un terrible riesgo para el registro escrito de mi extraordinario trabajo, estar a merced de los elementos en un buque. Finneran y yo viajaremos en barco hasta El Cairo, nos quedaremos una noche en el Hotel de la Esfinge (donde C. C. F. está felizmente dispuesto a liquidar mis cuentas atrasadas desde octubre), tomaremos el tren para Alejandría, y embarcaremos en el *Cristoforo Colombo* para un crucero de placer hasta casa. Me casaré con Margaret, C. C. F. está al cien por cien a favor de esta idea otra vez, y él me ayudará a curarla. Tendremos hijos. Seremos felices. Luego volveremos a Egipto a llevar a cabo un reconocimiento más completo de mi gran descubrimiento. Mi trabajo constituirá un tema de estudio para siempre. *Deseo y engaño en el Antiguo Egipto: los* Consejos *completos del rey Atum-hadu* (2.ª edición, revisada y completada, Yale University Press, 1923). *El descubrimiento de la tumba de Atum-hadu*, por Ralph M. Trilipush (Yale University Press, 1923).

Finneran proporciona el dinero para resolver estos últimos detalles en Luxor, aunque él prefiere quedarse cerca de la tumba. «Encuentro el lugar demasiado encantador para dejarlo justo ahora», dice, amodorrándose en un catre en la Cámara 8. Yo partiré para la ciudad a comprar los billetes de los diversos barcos de regreso, y hacer las reservas de hotel a lo largo del camino.

Pero aquel individuo pelirrojo nos está acechando otra vez, y C. C. F. y yo lo observamos mientras va perdiendo interés, de nuevo a unos doscientos metros de distancia, sendero abajo. Es la más extraña especie de perseguidor… ineficaz, irresoluto, pero que sigue torpemente amenazando mi trabajo. No está en absoluto relacionado con nada importante, pero parece firmemente decidido a interponerse en mi camino. Acaba marchándose y C. C. F. me manda a hacer nuestros recados.

Correspondencia:

Harold Ferrell a Laurence Macy III, 1954-1955

¡La tarde del día 30, nuestra paciencia se ve finalmente recompensada, Macy! Estoy de vuelta en el hotel después de inspeccionar otra vez el emplazamiento de la excavación de Trilipush en vano. Y ahora, de repente, Trilipush se mueve desde la invisibilidad a la omnipresencia. Llaman de las oficinas del barco fluvial. Se acaban de hacer unas reservas para Trilipush y Finneran en el barco que se dirige al norte, a El Cairo, para el lunes, primero de enero. Me llega también un telegrama desde El Cairo: en el Hotel de la Esfinge han recibido un aviso de que se espera la llegada de los Messrs. F. y T. la noche del 2 de enero. Y luego llaman a mi puerta. Uno de mis pequeños bandidos de Luxor, con una de sus palmas extendida. «*Bock Sheesh*», dice, el saludo local. «*Bock Sheesh* —respondo—. ¿Qué noticias hay?». Su palma permanece extendida. Tan pronto como su mano recibe el peso adecuado de dinero, su sistema de poleas interno le abre la boca: Trilipush había llegado a correos hacía una hora; no había recibido nada y no envió nada, ¡y se encontraba ahora sentado a menos de diez metros de mi mismísimo hotel!

Corrí tras el niño escaleras abajo, saliendo bajo el cegador sol, cruzando la calle. Me oculté detrás de una palmera. Mi corazón latía con fuerza. En cualquier momento iba a conocer finalmente al demonio que había asesinado al muchacho australiano y al oficial inglés, el cerdo que había roto el corazón de aquella maravillosa chica, su tía, Macy. Recordé una foto suya que ella me había mostrado, su brazo rodeando el hombro de Marlowe. Trilipush parecía un hombre corriente de cabello rubio rojizo, pero con algo codicioso e inmoral en su boca y sus ojos. Miré ahora a donde el chico estaba señalando, pero no vi a Trilipush. «Allí, está allí». El niño señaló nuevamente a un hombre barbudo con ropas de nativo, que estaba contemplando fijamente una bebida en una sombreada mesa de café. «¿Estás seguro?». «Seguro, sí. El hombre de correos lo dijo. Lo seguí hasta aquí. Es ese que está bebiendo, se lo aseguro».

Y allí estábamos, Macy, después de todo aquel tiempo recorriendo tantos miles de kilómetros por todo el globo, tratando de probar unos hechos ocurridos años atrás, persiguiendo los sueños y pesadillas de tantos clientes, a menudo sin saber siquiera yo mismo que ese hombre de ahí era el hombre que estaba buscando, que *ése* era el hombre cuyos crímenes le harían famoso ahora, tres décadas más tarde, gracias a usted y a mí.

—¿Mr. Trilipush, supongo? —Estaba de pie ante él con el sol a mis espaldas, un método seguro y probado de desorientar a un interrogado.

Él levantó la mirada.

—Ah, el obstinado Mr. Ferrell. Soy un hombre ocupado. Dispongo sólo de unos minutos para tomar una copa. Acompáñeme, si insiste, pero sea breve con lo que tenga que decir.

El efecto fue asombroso, lo confieso, Macy. La brillantez de los criminales nunca debe ser negada; si no, el orgullo de detective se te sube a la cabeza, sabe usted. Y él sí que *era* inteligente. Me reconoció, a mí, un completo extraño, de una sola ojeada.

Dios sabe cómo, y no había mostrado la más leve sorpresa de que yo me encontrara ante él, en mitad de Egipto, y de que lo hubiera reconocido, si vamos al caso.

Porque él tenía un aspecto horrible. Fuera como fuese antes —en la primavera de sus fraudulentos trajines, cuando cortejó a Margaret con humo y espejos—, ella nunca hubiera querido a este sucio tipo, sin la menor duda. Iba vestido con una túnica desgarrada, manchada de tierra y salpicada de sangre, y atada con trozos de cuerda, y llevaba una sola bota, rota por añadidura, en tanto su otro pie no era más que una masa de amarillentos y encostrados vendajes. Tenía la barba y el cabello apelmazados, y su cara estaba bronceada aunque de forma desigual, allí donde no estaba simplemente cubierta de tierra, y uno de sus ojos aparecía negro e hinchado, y lucía moretones y cortes en la mejilla y la frente. Casi sentí compasión de él, Macy, pero entonces me acordé del sucio hogar donde un prometedor joven australiano había crecido, el mismo muchacho asesinado por ese inglesote sentado ante mí. Y mi compasión se esfumó.

Dios mío, cómo apestaba, Macy. Apestaba a podrido, a tumbas, a su propia suciedad, no lo sé. Probablemente el olor emanaba de su espantosa pierna descalza. Al terminar nuestra charla, cuando se puso de pie y se marchó cojeando, vi que prácticamente era como si no tuviera más que una pierna. Sin embargo, pese a todo ese horror, lo más enloquecedor de todo, lo que me permitió eliminar cualquier resto de compasión que pudiera haber sentido por él, era que Trilipush seguía hablando como si él mismo fuera completamente inconsciente de su aspecto, con toda la despreciativa mordacidad y el absurdo, injustificable esnobismo de las clases superiores inglesas, todo ese desprecio por las personas auténticas, las generaciones de odio congelado con las que había nacido en su sangre, y que le hacían sentirse superior al resto de nosotros. Podías oír lo que ese apestoso criminal pensaba de nosotros, los australianos: aquella bastarda voz inglesota que hace a los coloniales comportarse como sirvientes, y a los sirvientes comportarse como negros, y a los negros coger los fusiles y rebelarse. Y por supuesto se notaba claramente ese algo más en sus modales: el peculiar sonsonete del invertido, aunque en gran parte atenuado, sin duda, por el hábito de ocultar su naturaleza.

Las preguntas se agolpaban en mi cabeza, y tenía que disponer de un momento para organizar mis pensamientos, así que le dije que me pidiera una cerveza, cosa que él hizo en el dialecto local. Y entonces me lancé, haciendo preguntas a medida que se me ocurrían, mezclando los intereses de todos mis clientes, y el criminal respondía a cada una de ellas tan rápidamente que comprendí que se había preparado para mí. Finneran me había traicionado a esa sucia ruina, sin la menor duda. Debía de haber recibido montañas de oro, seguramente.

Recuerdo ahora mi posición mientras acosaba a Trilipush. No podía esperar que confesara de inmediato los asesinatos, y revelara el paradero de los cuerpos. Habían transcurrido cuatro años, y estaba demasiado aferrado a sus mentiras, confiando en el paso del tiempo, en la poca consistencia de las pruebas físicas. No, en vez de ello,

tenía que provocarlo, como a un toro, hasta que en su furia delatara los crímenes en su rostro. Había que tenderle trampas, y en mis palabras (transcritas apenas unas horas más tarde, así que no dudo de su exactitud ni por un momento), verá usted esas trampas cerrándose cada vez más sobre nuestra liebre. Observe que yo no vacilo en transcribir cada insulto y dardo verbal contra mí. Debe ver usted en ellos las sacudidas contra el anzuelo que está hincándose cada vez más en su labio. Su arrogancia lo pierde, así que incluyo cada palabra, sin importarme lo que él me arroje. Debe usted entender, como especialista de las ciencias de la investigación, que yo separaba mis propios sentimientos de las preguntas que le hacía, que quería que entrara al trapo. Una buena lección para usted, Macy: el detective utiliza su propia persona como cebo, hace de sí mismo una especie de adversario contra el cual el criminal se enfurece, quedando atrapado él mismo en el proceso.

—Es curioso, Mr. Trilipush. Trato de comprender la historia de su vida, lo que he oído de sus amigos y admiradores. Y no puedo seguirla. Sumo continuamente dos y dos, y no para de salirme cinco. ¿Cómo lo explica usted?

—Quizás su profesor de matemáticas se pasó demasiado tiempo sodomizándolo en lugar de enseñarle la asignatura, querido.

—Muy bueno, y una interesante elección del verbo, si tenemos en cuenta lo que me han dicho de usted.

—¿Hemos terminado, Mr. Ferrell?

—¿Vino a verle Mr. Finneran la semana pasada?

—Sí, vino. ¿Cómo supo usted que estaba aquí?

—¿Dónde está Mr. Finneran hoy?

—Nos hemos de encontrar más tarde. Está haciendo los preparativos para nuestra marcha, el lunes. Nos repartimos las gestiones.

—¿Se marcha de Egipto? ¿Con destino desconocido?

—Si considera usted Boston desconocido…

—¿Van a regresar ustedes a Boston? ¿Y qué hay de las deudas excepcionales de Mr. Finneran?

—Todo lo que Mr. Finneran hace es excepcional, y en este caso ha invertido juiciosamente, al igual que sus socios.

—Oh, entonces no cabe más que felicitarle. ¿Ha tenido usted suerte en sus excavaciones?

—Incomparable. Ya lo leerá usted algún día y les comentará a sus nietos que una vez me conoció, y ellos derramarán lágrimas de maravilla. Quizás incluso le quieran por ello.

—¿Dónde está el tesoro ahora?

—¿Tesoro? Ése es un término encantador, tonto colonial. Los *artefactos* y *obzhaydarr* y *muebles* y *manuscritos* y *momias* están en la tumba, en proceso de conservación.

—¿Podría echar una ojeada a esa tumba?

—Sí, podría, tan pronto como se abra al público.

Para sacarle de su actitud defensiva, le provoqué con una mentira, aunque muy próxima a la verdad.

—Beverly Quint dice que usted y Marlowe eran amantes.

Me miró fijamente un momento, y luego continuó, imperturbable:

—No conozco a esa *Miss* Quint, aunque tiene un nombre encantador, así que no puedo imaginar qué la motivaría a hacer semejante afirmación. Estoy empezando a tener la impresión de que me confunde usted con otra persona. Casi hemos terminado, ¿no?

Imperturbable, sí, pero admitirá usted, Macy, que era una respuesta peculiar. Finge no conocer a su viejo amiguito Quint, cuando no hay ninguna razón para ocultarlo. No deje que le desconcierte eso: esta especie de confusión aparece a menudo en los interrogatorios culminantes con mentirosos impenitentes. A veces ellos mismos se confunden, no pueden recordar qué mentiras han dicho a qué personas, así que, como niños, empiezan a levantar polvo a su alrededor. Es capital aquí que el detective se aferre a lo que sabe que es cierto. Con las mentiras de Trilipush mordiéndose su propia cola, apliqué un poco más de presión.

—¿Por qué no aparece ninguna mención de usted en Oxford, profesor?

—No tengo ni idea. Sólo puedo suponer que usted, como muchas personas primitivas fácilmente impresionables, olfatean grandes conspiraciones en simples errores de oficina.

—Ya veo. Claro. ¿Entonces podrá usted explicar a este primitivo por qué los padres del capitán Marlowe, la familia de su queridísimo amigo, afirman que no lo han conocido a usted en su vida?

Finalmente se quedó en silencio.

—¿Eso dijeron?

—Sí, eso dijeron, Mr. Trilipush. ¿Sabe usted siquiera cómo se llaman?

—Naturalmente, Príapo y Safo. ¿Están bien los viejos?

—Sí y no. Se llaman Hector y Regina.

—¿Ah, sí? Qué extraño.

—¿Por qué el Ministerio de la Guerra británico no tiene ningún expediente de su carrera militar?

—¿Ah, no? Qué distraídos que son.

—En absoluto, Trilipush. Creo que su expediente militar fue borrado por las autoridades, ansiosas de encubrir otro crimen de guerra inglés.

—¿Crimen?

Resultaba exasperante incluso en su degradado y vapuleado estado; era todo lo que hay de detestable en los ingleses. Estaba visiblemente horrorizado por mi presencia, como lo había estado el padre de Marlowe; se burlaba de mí con su voz y su acento, casi tanto como lo había hecho Quint; tenía tan poco interés por el daño que había hecho en su vida como el viejo Barnabas Davies. Sentí deseos de

aplastarlo, de retorcerle el cuello. ¿Se supone que debía sentirme impresionado por *él*? ¿Por un hediondo, desgreñado mendigo con una sola bota? Son sólo hombres, Macy: los asesinos, los ingleses, los ricos. Son sólo hombres.

Lo abordé desde un ángulo diferente.

—¿Quién es Paul Caldwell?

—Nunca he oído ese nombre.

—Era un soldado australiano que se perdió con el capitán Marlowe.

—Nunca he entendido del todo esa tendencia de la policía a hacer preguntas, sólo para responderlas ellos mismos un momento más tarde.

Y entonces, Macy, saqué el as. Le mostré, simplemente como un acicate para la conversación, el informe transcrito por la central de Tailor de los archivos militares británicos (creo que le he enviado ya a usted una copia, pero lo reproduzco aquí para nuestros lectores):

> El capitán Hugo St. John Marlowe abandonó el campamento base de El Cairo el 12 de noviembre de 1918, con un permiso de cuatro días. No regresó el 16 de noviembre, como estaba previsto. La búsqueda, iniciada el 18 de noviembre, no reveló nada. Las entrevistas con oficiales y soldados tampoco descubrieron nada significativo. En marzo de 1919, aparecieron unos nativos pidiendo la recompensa, pues habían hallado las placas de identidad del capitán Marlowe y las del cabo P. B. Caldwell (FIA), así como un fusil Lee-Enfield 303 de las FIA. Los nativos dijeron que habían encontrado estos objetos cerca de Deir el Bahari. Las posteriores entrevistas realizadas no revelaron la existencia de relación alguna entre el capitán Marlowe y el cabo Caldwell, aunque los archivos de las FIA muestran que el capitán Marlowe tomó por dos veces la inusual decisión de recomendar el ascenso de Caldwell al capitán T. J. Leahy (FIA), oficial al mando de la compañía de Caldwell.

Trilipush levantó la mirada y empujó la hoja hacia mí.

—¿Y?

—¿Qué les ocurrió a esos dos hombres, profesor?

Vea cómo va a picar el anzuelo, Macy.

—Oh, por el amor de Dios, Ferrell, escúcheme de una vez por todas. Yo no regresé a Egipto —seguramente ya sabe usted eso, hombrecillo inteligente— hasta diciembre de 1918. ¿Y quiere usted que le explique su garabateado documento? ¿Cómo podría hacerlo? Pero sea. Usted pretende ser un detective, así que use la cabeza, Ferrell. Se me ocurre un centenar de explicaciones para algo tan vago como eso, sin esforzarme.

—¿Un centenar? ¿De veras? Casi no puedo creerlo, profesor.

Podía sentir su orgullo, el orgullo del criminal creativo, y eso —lo presentí— sería su perdición.

—Es lo más simple del mundo. Una: Capitán y cabo se marchan, tal como usted tan claramente ha dicho, para un fin de semana *romántico* de cuatro días en el

desierto, celebrando el armisticio con una excursión de amantes. Requisan una motocicleta con sidecar, y se marchan zumbando hacia el sur, donde empiezan a disponer un *picnic*, rasguear guitarras, recitar a Shelley, pelar uvas. No obstante, han transcurrido sólo unas pocas horas desde el armisticio, y algunos soldados enemigos no se han enterado de las buenas noticias, o algunos bandidos han decidido no preocuparse por ello. Capitán y cabo se encuentran de repente, no en un amoroso abrazo, sino rodeados de enemigos, y el capitán saca su revólver Webley. Le dice a su amante que corra. El cabo se dirige a la motocicleta, oye tres disparos en rápida sucesión, se vuelve para ver a la turba de árabes enloquecidos por la sangre hacer pedazos al capitán, y en su estado de pánico no logra poner en marcha la máquina. Los diablos lo derriban también, y se lo llevan a rastras para torturarlo. Sus placas de identidad y su fusil se quedan atrás. ¿Encaja con sus hechos, sí? ¿Sigo? Estupendo. Dos: El capitán está enamorado de una muchacha árabe, y decide echarlo todo por la borda por ella… familia, patria, carrera, Iglesia de Inglaterra… convertirse en su marido árabe. Y se lleva a su queridísimo amigo, ese soldado neozelandés…

—Cabo australiano.

—… ese cabo *os-tri-lia-no* para que sea su criado. Escenifican su propia desaparición, y ahora viven juntos apenas a tres kilómetros de distancia de aquí, marido, mujer, tres hijos y sirviente australiano. Puede usted dar con ellos ahora mismo, si es lo bastante inteligente para seguirles la pista. Dejaron sus credenciales de muerto a la vista, confiando en que algún idiota supondría que, efectivamente, estaban muertos. Usted es ese idiota. ¿Más? Muy bien, tres, y ésta cocinada a su gusto: El empobrecido cabo australiano estaba haciendo chantaje al capitán inglés, que era un sodomita. El capitán inglés decidió poner fin a su comprometida posición asesinando a su atormentador. Así que invitó al cabo *aussie* al desierto para mostrar y compartir con él algún valioso hallazgo arqueológico. Colina tras colina, lo condujo hasta un lugar retirado. «Aquí es donde vamos a cavar», dice. Cuando el confiado muchacho *aussie* le hubo dado la espalda y empezado a sacar alguna herramienta de excavación de la alforja de la motocicleta, el capitán saca su Webley. El cabo captó el reflejo del arma en el depósito de gasolina de la moto, que, patéticamente, él mismo había pulido para impresionar al inglés. Allí el distorsionado reflejo del capitán le hacía parecer un insecto con un enorme tórax, diminutos miembros y un revólver. El cabo, un presunto, e inofensivo arqueólogo, se sacó sigilosamente su cuchillo de combate y se dio la vuelta. El sonriente capitán le dijo al pobre muchacho que iba a matarlo para acabar con el chantaje, y luego desenterraría el prometido hallazgo arqueológico él solito. El capitán tuvo incluso la audacia de decirle al muchacho que no se tomara a pecho estas noticias, le sugirió al pobre tipo que sería lo bastante amable para informar de su muerte como un acto heroico, por lo que el cabo recibiría honores póstumos y una pensión para su empobrecida familia de Australia. Esto resultaba casi convincente para el cabo, digamos de pasada, pero al final no se creyó que el capitán fuera a cumplir su promesa, de modo que saltó sobre él, en un acto de

obligada autodefensa. En la lucha, el capitán disparó contra el cabo, al tiempo que éste apuñalaba al capitán, y ambos cayeron, totalmente muertos. Los bandidos les robaron sus uniformes, la motocicleta y las pertenencias. ¿Lo está escribiendo todo en sus notas? ¿Debería hablar más lento? Los chacales arrastraron los cuerpos hasta una cueva y los devoraron. Las placas de identidad no son digeribles ni valiosas, y fueron abandonadas en el desierto. ¿Algo más, Ferrell, mi querido monito rojo? Número cuatro: El capitán, en su trabajo de contrainteligencia, descubrió que el cabo estaba pasando secretos a los turcos. Enfrentando al cabo con este terrible descubrimiento, el capitán hizo ademán de arrestarlo, cuando de repente un avión británico que volaba por encima de sus cabezas confundió el altercado con un…

Y siguió diciendo tonterías, desgranando al menos otras seis supuestas historias. Yo trataba de interrumpirlo, pero él no permitía que nada le apartara de su representación.

—Espere un momento, detective. No he hecho más que empezar. Mire usted, todas estas posibilidades, ninguna de ellas verificable o discutible, encajan con su documento, y no he hecho más que empezar a estirar los músculos. Las pruebas textuales pueden contener una enorme cantidad de trampas y distorsiones, como un disco gramofónico dejado al sol. Difícilmente existe un informe escrito sobre *algún* acontecimiento pasado que pueda explicar *nada*. No sabemos nada del pasado, nada que sea cierto, procedente de ningún documento *único*; pero ¿usted ha viajado por el mundo, sin enterarse de nada, destrozando mi reputación aquí y allá e intentando seducir a mi prometida, basándose en *ese pedazo de papel*?

¡Macy! ¡Él había cometido su error fatal! ¿No lo ve? Si realmente no sabía nada de los hombres perdidos, si era cierto que había regresado al campamento después de su desaparición, entonces ¿cómo —en su serie de hipótesis destinadas a oscurecer la verdad— suponía que el joven Paul Caldwell era «*un presunto arqueólogo*»? Nada en el expediente militar lo decía. Yo sólo lo sabía por mis entrevistas en Australia. Oh, sí, nuestro Mr. Trilipush estaba atrapado. Me lancé sobre él, y tuvimos nuestro momento de gloria, para hacer nuestro dramático discurso y contemplar cómo se derrumbaba la pared de mentiras.

—La verdad, Trilipush, según mi experiencia, es una cosa muy simple y a menudo está escondida en el sitio más obvio, marcada por los habituales mojones: lujuria, codicia, odio, envidia. De modo que le sugiero que se calme ahora y escuche lo que yo sé. Lo que *sé*, profesor, no lo que puedo imaginar. A principios de noviembre de 1918, quizás antes, el amante homosexual, y socio en la búsqueda de tesoros, de Marlowe, el empobrecido caballero y capitán Trilipush, regresa a Egipto de una batalla en Turquía, en la que se suponía que había fallecido. No se presenta a sus superiores, sino que simplemente permanece escondido, al acecho, dejando que el mando británico piense que está muerto. En este tiempo, descubre que, durante su ausencia en Turquía, su amante ha tomado a un joven cabo australiano para que sea su ayudante en la investigación arqueológica —¿Cómo *sabía* usted *eso*, profesor?—.

Bien, el desdeñado y enfurecido Trilipush supone, erróneamente, que Marlowe y Caldwell son también amantes, y secretamente sigue a los dos hombres al sur, hasta el desierto, cuando ellos se toman un permiso de cuatro días para ir en busca de tesoros arqueológicos, guiados por el misterioso Fragmento C. Oh, sí, lo sé todo sobre su mapa del tesoro, profesor, no me interrumpa. Los dos inocentes llegan ignorantes de la presencia de Trilipush al lugar próximo al tesoro que buscan, pero, antes siquiera de que puedan empezar su excavación, ¿quién aparece, sino el fantasmal egiptólogo? «¿Cómo? ¿Estás aquí?», dice tartamudeando Marlowe ante aquel sorprendente reaparecido. «¡Silencio, miserable traidor!», chilla el gimiente, lloroso Trilipush, enloquecido por los celos y la codicia y la angustia. Utilizando su propio Webley, los mata a los dos, capitán y cabo, el examante y el inocente muchacho australiano. Entierra los cuerpos, pero accidentalmente deja caer sus placas de identidad y el fusil del *aussie*. Luego simplemente se marcha en la motocicleta, robando el mapa del tesoro, el Fragmento C, que le diría adónde regresar cuando el calor hubiera aflojado y pudiera cavar tranquilamente en busca del tesoro. Unos meses más tarde, va a Estados Unidos, llorando lágrimas de cocodrilo por la pérdida de su gran amigo, fingiendo no saber nada de Caldwell, y se da a conocer como erudito y estudioso del rey cuya tumba, llena de tesoros, Marlowe y Caldwell estaban buscando el día que usted los asesinó a sangre fría. De modo que, seguro de su espantosa victoria, se burla incluso de la familia de una de sus víctimas, enviando a los pobres afligidos padres un ejemplar de su obra pornográfica, grotescamente dedicado a su amante asesinado, llamándolos por los íntimos y pervertidos apodos que usted y el hijo invertido habían inventado para ellos. En Boston, se asegura el empleo gracias a fraudes académicos, y un apoyo financiero merced a un pretexto romántico igualmente falso…

—Espere un momento… ¿Usted cree que yo maté a Paul Caldwell? —preguntó él, exasperándome, ya que llevaba un retraso de varios minutos respecto del hilo de mi discurso.

—No me interrumpa, Trilipush. Consiguió usted un empleo en Harvard pretendiendo haber ido a Oxford, cosa que no era cierta. Oh, sí, estuvo allí, un mundano sodomita en el pequeño y turbio inframundo de Oxford, una escandalosa influencia sobre un círculo de jóvenes invertidos que continúan cantando sus excelencias incluso a día de hoy, y que vivía del dinero de Marlowe, quien le pagaba para ser su mantenido. Pero usted no era estudiante, no obtuvo ningún título, no se ganó ningún derecho a tener un puesto en Harvard. Al llegar a Boston, mirando a su alrededor en busca de un blanco fácil, fingió amar a Margaret Finneran, pero sólo para conseguir el dinero de su padre. Con ese dinero usted partió para Egipto, sin ninguna intención de regresar jamás a Boston cuando encontrara su tesoro, y empezó a excavar en el *preciso lugar* donde Paul Caldwell y Hugo Marlowe habían desaparecido, una notable coincidencia, convendrá usted. Bien, poco después, ese mismo suegro potencial, dándose cuenta de su error de juicio, acepta la juiciosa e

independiente decisión de su hija de romper su compromiso. Enloquecido por ese desaire a su arrogante orgullo criminal, sospechando que Finneran ha comprendido su plan, y tratando de hacer imposible para él que le siga a usted y al oro, trata usted de arruinar la reputación de Finneran con una serie de telegramas difamatorios. En vez de ello, él resueltamente le persigue, lo encuentra a usted en la excavación, y allí los dos cierran un corrupto trato: se dividirán sus indebidas ganancias en dos grandes montones. Finneran trata secretamente de guardar la mayor parte del suyo en bancos malteses, en su camino de vuelta a casa en el *Cristoforo Colombo*, excusándose por llevar a Boston sólo lo suficiente para pagar sus deudas, pero no lo bastante para compartir los *verdaderos* dividendos del hallazgo con sus traicionados socios. A cambio de su silencio ante esa traición, y en buena parte para su alivio sodomítico, le permitirá a usted viajar a lugares desconocidos con una parte del oro mayor de la que realmente le corresponde, y le dirá a Margaret que lo olvide, que se ha enamorado usted de una muchacha egipcia. En realidad, usted se irá al extranjero, probablemente a restaurar su apolillado Trilipush Hall con su tesoro egipcio manchado de sangre, robado a, por turno, Marlowe, Caldwell y ahora J. P. O'Toole. Oh, no creo ni por un momento que regrese usted a Boston, Trilipush. Ni usted ni Finneran pueden permitírselo.

El efecto fue extraordinario, Macy. Se quedó sentado, completamente inmóvil, mirándome con ojos desorbitados, como si le acabara de descargar un tremendo golpe. Ése es el efecto que la verdad produce en un mentiroso, Macy. Lo comprendí todo en aquel momento, comprendí todo lo que había que saber de nuestro Mr. Trilipush.

Pero aquí llegamos a nuestro único punto débil. Sin los cuerpos, ¿qué pruebas físicas tenía? Nada. De modo que rápidamente me aproveché de mi posición de fuerza y moví mi ficha. Si Trilipush se negaba a venir conmigo *inmediatamente* para hacer su confesión al cónsul británico o australiano, no tenía otra elección que pedir a la policía local que usara perros para excavar toda la zona hasta encontrar los cuerpos de Caldwell y Marlowe. Esto lo alarmó, y aunque empezó a farfullar cosas sobre el daño que eso causaría a las tumbas antiguas y demás, estaba claro que su temor no era sólo académico. Lo tenía. Yo lo sabía. Y él lo sabía. Todo lo que quedaba era finalizar el juego.

—Nada dura para siempre, Trilipush —concluí, echándome hacia atrás en la silla —. Le toca mover, compadre.

Decidió entonces tratar de ganar tiempo. Me insultó, insistió en su inocencia, me dijo que estaba armado. Finalmente, negoció: prometió que estaría en el barco de El Cairo el lunes, cuya reserva podía yo confirmar en ese mismo momento. Y que obligaría a Finneran a acompañarlo para responder a todas las preguntas que yo deseara hacer ante cualquier juez que eligiera cuando llegáramos a El Cairo. Podía incluso sacarlo esposado del barco, si ése era mi deseo.

—Pero, por ahora, Mr. Ferrell, mi maravillosa Némesis, tengo que hacer los

preparativos para el gran viaje.

Se marchó, dejando que yo le pagara la bebida. No me preocupó que se fuera, pues, inmediatamente, hice señas a mis observadores egipcios de que le siguieran, y ellos se lanzaron a una bien orquestada acción, dispersándose, mezclándose, maniobrando tal como les había enseñado. Yo me marché también inmediatamente y fui a hacer una reserva para mí en su barco de El Cairo, y desde allí me trasladé a la comisaría de policía. La perspectiva de la policía y los perros lo había asustado visiblemente, y mi intención era seguir acosándolo. No pensaba dejar que se me escapara durante las próximas cuarenta y ocho horas.

Diarios de
Ralph Trilipush,
1922



(Sábado, 30 de diciembre de 1922, continuación).

He vuelto de mis recados en la ciudad, Margaret mía, y por mi vida que no puedo comprender por qué ni tú ni C. C. F. no acompañasteis a ese lunático de Ferrell a la puerta inmediatamente. Gracias a sus chismorreos, se impone una inmediata clarificación.

Sucedió así: Me llegué cojeando a correos, donde no me esperaba nada, pero, cuando salí, al menos una docena de niños me siguieron, y su número crecía a medida que bajaba por la calle. Algunos de ellos fingían ocultarse y seguirme en secreto, pero, bueno, no hacían demasiados esfuerzos, la verdad. Siempre que los miraba por encima del hombro, soltaban risitas y desviaban la mirada al cielo, o a sus pies. Anduve sin objetivo durante un rato, y en ningún caso me siguieron menos de cinco o seis de aquellos monos. (Trataron también de seguirme a la tumba esta noche, hace un momento, pero simplemente les di un poco de dinero de tu padre para que se fueran, *imshee, igaree*, cosa que ellos felizmente hicieron, saludándome con la mano cuando subían al *ferry*. Contraté a uno de ellos, sin embargo, para que volviera mañana para hacerme unos recados de última hora, para mí y para tu padre, antes de nuestra partida, a saber: enviarte por correo mis papeles para que estén seguros y llevarse algunas cosas que ya no necesitamos).

Finalmente, me detuve a descansar y a tomar un té en mi *ahwa*. Los niños se retiraron al otro lado de la calle, y unos minutos más tarde fui asaltado por el gran detective Ferrell. Sentí una especie de alivio al ver al estúpido ese en persona, terminar de una vez con este revoloteante fantasma que secreta un viscoso ectoplasma de mentiras siempre que aparece. Ya lo conoces: un hombrecillo de color anaranjado, peculiarmente excitado, incapaz de estarse quieto, que garabatea febrilmente cada una de mis palabras, aunque puedo leerlas cabeza abajo. A menudo yo tenía que hablar lentamente porque no podía seguirme. En verdad, traté de ayudarlo en su tarea. Como sabes, está buscando a un soldado australiano perdido, ese arqueólogo aficionado que tú mencionaste, y tenía también algunos vagos asuntos con tu padre. Hice lo que pude para calmarlo y ayudarlo. Le conté que C. C. F. y yo hemos de encontrarnos en el barco fluvial el lunes. Y no me cansé de decirle una y otra vez que nunca había conocido a ese chico australiano. Pero él siguió sentado allí, acosándome, mordisqueándose sus resecos y rojos labios, y en general mostrándose desagradable.

Está obsesionado con las cosas más extrañas, hechos que nada tienen que ver con Atum-hadu, o siquiera conmigo, como si, en este gran momento de la egiptología, cuando estoy a punto de revelar mi trabajo al mundo, de pronto me viera acosado por un perturbado, farfullante niño que hace preguntas absurdas: *¿Dónde está Marlowe?* Desaparecido, presuntamente muerto. *¿Dónde está Paul Caldwell?* Lo mismo,

aunque yo desconocía ese nombre antes. *¿Dónde estaba usted cuando ellos se desvanecieron en Deir el Bahari?* Regresando penosamente a Egipto desde Turquía. Una y otra vez dando vueltas a esos simples hechos. Era un pelmazo, carecía completamente de imaginación, como les ocurre a la mayor parte de los críticos. Porque no nos equivoquemos, es un crítico del proyecto Trilipush, alguien digno de ser ignorado. Es casi un mandato del cielo: ignora a ese hombre, Margaret, para que no te confunda, para que no nos confunda a todos, para que no nos distraiga de la gran realización que nos ha sido destinada aquí, en el desierto. ¿No podemos simplemente ponernos todos de acuerdo entre nosotros, como seres racionales, para ignorarlo?

A Ferrell lo han confundido, sabes, Margaret, tres documentos: dos perdidos y uno incompleto. Eso sucede a menudo con las personas poco avezadas a interpretar textos. Toman cualquier documento demasiado en serio, cuando, por supuesto, nada puede saberse a partir de un único documento. Cuando se trata de una historia incompleta, uno necesita averiguar la verdad, no atarse a una como un amoroso canguro. Pero para hombres como Ferrell, si lo primero con que tropieza dice «x», siempre creen en la «x», y si un segundo documento dice lo contrario, se queda confuso y empiezan a gritar: «¡Conspiración!». Cuando no pueden encontrar una cosa, se limitan a suponer que eso se debe a que nunca existió. ¿Por qué no hay ningún expediente de mis estudios en Oxford?, preguntó, como si la respuesta no fuera absolutamente obvia: porque alguien colocó mal el expediente o escribió mal mi nombre. ¿Y por eso un detective ha viajado por todo el globo, y yo perdido mi empleo y mi dinero y quizás incluso tu amor? No importa, ya no. Tengo mi descubrimiento.

Unas cuantas palabras escritas en un trozo de papel pueden dar lugar a tantas interpretaciones como intérpretes haya. Yo traté de explicárselo. Él se encuentra en una línea de trabajo no muy diferente de la mía, sólo que él es un incompetente. Tiene un trozo de «papiro», una anotación de escriba oficial… en este caso una pequeña sinopsis de los archivos del Ejército Británico, contando la vieja historia de la desaparición de Marlowe, una enmarañada colección de cabos sueltos y rotundos reconocimientos de ignorancia. Terreno fértil, en otras palabras, para las suposiciones por parte de unos burros, para el anuncio de futilidades. Tal como le expliqué al indolente detective, ante un conocimiento tan lleno de lagunas, ¿cuántas imágenes le vienen a la mente a un arqueólogo imaginativo? Una docena o más. Y con una docena de mentes trabajando, una docena de docenas de posibles explicaciones, un montón de posibilidades.

Ésta es una lección valiosa sobre veracidad textual para todos nosotros, cortesía del bobo detective. Hace unos pocos años de la trágica muerte de mi amigo, y ya resulta condenadamente difícil tan sólo decir lo que sucedió. Ahora, dirijamos nuestra mirada al pasado, hace tres milenios y medio, y a partir de algunos de estos documentos tratemos de determinar con exactitud qué estaba ocurriendo en Tebas,

entre un pueblo que apenas conocemos y cuyo lenguaje sigue siendo para nosotros un misterio tal que ni siquiera sabemos cómo se pronuncia. (¡Gramófonos! Si los antiguos hubieran tenido gramófonos —esas garantías de inmortalidad para incontables cantantes de hoy— entonces podríamos haberles oído hablar y lo hubiéramos sabido todo. Un escándalo, en cierto modo: el gramófono ha dispuesto de otro modo la naturaleza de la inmortalidad en nuestros degradados tiempos, jamás podremos saber cómo se pronuncia «Atum-hadu», pero el mundo recordará para siempre los nombres de Daisy Montgomery, Victor Edwards and His Tuxedoed Chums, Will Wrentham y los Wellington Warblers).

Inevitablemente, horrorizado por metepatas como Ferrell, uno se pregunta sobre los posibles arqueólogos de uno mismo en el futuro, seguramente atraídos como moscas por nuestra póstuma fama. ¿Qué pasaría si resulta que yo fuera buscado, ahora o dentro de mil años en el futuro, por un elefante en una cacharrería como Ferrell? ¿Cuántas cosas serían malinterpretadas o simplemente se habrían perdido, a sabiendas o inadvertidamente, en el registro que yo habría dejado tras de mí? ¡Que los dioses nos protejan de excavadores como Mr. Ferrell! Tal vez, al igual que él, mi futuro cronista encontrará *importante* que el Ministerio de la Guerra, en su infinita torpeza, perdiera mi expediente mientras estampaba «aparecido» encima de «desaparecido». Así unas vidas falsas se amontonan sobre los cimientos en proceso de derrumbe de otras vidas reales.

¿Y tú, querida? ¿Adónde iría a parar si creyera todo lo que he oído hoy sobre ti de Mr. Ferrell? ¿Necesitas que te cuente toda la patética escena? Fue así, más o menos, lo mejor que soy capaz de reconstruirla, aunque me hace atragantarme o reír, apenas puedo decir cuál de las dos cosas.

—¿Usted y Finneran van a regresar a Boston? ¿De veras?

El demoníaco detective parecía palidecer ante la perspectiva. No podía soportar la idea de verme regresar a tu lado, y probó varias tácticas para disuadirme.

—Naturalmente —le dije—. ¿Por qué?

—Pero si ella lo ha abandonado. Lo ha rechazado.

—No, no, en absoluto. Está usted confundido.

—Ella me dijo que le arrojara esto a la cara.

Ferrell me mostró entonces el último telegrama que yo te había enviado, instándote a que conservaras la calma, diciéndote que yo no creía que la ruptura entre nosotros fuera tu voluntad. Y además poseía varias cartas que yo te había enviado. ¿Por qué se las diste, Margaret?

TELEGRAMA. DE LUXOR A MARGARET FINNERAN, BOSTON, 30 DE NOV. DE 1922, 9:33 A.M.
RECIBIDA AHORA TU CARTA DEL 15. DESECHAR FALSO CABLE DEL 29 DE NOV. FERRELL MENTIROSO. TODO IRÁ BIEN, ETERNAMENTE TUYO EN TODAS Y CADA UNA DE LAS CIRCUNSTANCIAS, SEAN LAS QUE SEAN. TU RMT.

—Es una mujer maravillosa —musitó, lanzando una mirada de reojo lasciva, dando a entender un conocimiento personal de ti—. Es trágico, sin embargo, lo de su enfermedad.

—Curable —dije yo, disgustado ante su intrusión en nuestra vida.

—¿Curable? No lo sé. El opio es una difícil carga que sacudirse, y cuando la vi por última vez, ella…

—¿Opio? —Reconozco que me sorprendía con la enormidad de algunas de sus mentiras, cosa que ocurrió con ésta.

—No me haga reír, Trilipush. Conozco a los hombres como usted. Me sorprende oír que piensa volver, que va a seguir adelante con lo de la boda. ¿Por qué tomarse la molestia? Tiene usted el tesoro, y tuvo a Finneran y a sus amigos para pagarle el viaje hasta aquí, no le hace falta más. ¿Por qué casarse con ella ahora? ¿O es algo que usted necesita? Le gusta a usted verla atiborrada de opio, estoy seguro. Es un fácil camuflaje para su depravación. Una lástima. Ella es una hermosa mujer. La dejé suspirando mi nombre en su cama, sabe, y puedo decirle que es un desperdicio drogarla y hacer de ella un camuflaje para usted y sus chicos. Me parece, Trilipush, que está usted celoso. Ahora bien, ¿por qué?, me pregunto. ¿Piensa usted que con sólo las drogas la puede tener satisfecha? Qué poco conoce usted a las mujeres.

Margaret, os describió como amantes, abrazándote en tu habitación de la Commonwealth Avenue, te describió con gran detalle, tus gemidos y suspiros, tus formas, el color de tus miembros. Decidí no creerme esa paparrucha… ¿Cómo podría hacer lo contrario? No tiene sentido para mí, incluso si, tal como él insistió, hubieras estado presa de los narcóticos. Eso tampoco tiene sentido para mí. No, sé bastante sobre los policías y sus sistemas. Si piensan que tú estás ocultando algo, te golpearán con dolorosas mentiras hasta que vomites lo que ellos buscan. «Harry», gritaste, según dijo él recostándose en su asiento y juntando las yemas de los dedos, mientras ponía los ojos en blanco y se lamía sus secos labios ante mí. «Harry, tú eres mi único hombre».

Conservé mi dignidad. Aunque, de haber estado mejor de salud, le hubiera dado una paliza para defender tu honor. Podría incluso haberle disparado, supongo, pero estábamos en público, y yo llevo años sin disparar mi Webley. No obstante, la perspectiva de mi regreso a Boston —a ti— sacó a relucir el diablo que lleva dentro.

—Puedo hacer que lo maten, Trilipush. Si le dijera a O'Toole que usted le robó su dinero, su vida habrá terminado. Aléjese de ella y lo dejaré vivir.

Y luego trató de sobornarme.

—Es una lástima, Trilipush. Caldwell vale un montón de dinero. Si me dice usted cómo encontrar sus restos, lo podríamos compartir.

De modo que deberíamos olvidarnos de Ferrell. Está amenazando con poner patas arriba mi yacimiento con policías y perros, por razones que están más allá de la lógica. No importa. Lamento que te haya molestado, que haya tratado de contaminar la límpida verdad de nuestras vidas. No voy a pensar ni un momento más en lo que dijo de ti. Te suplico que lo hagas desaparecer con un simple gesto de tu adorable mano.

Pero ¿por qué tenía aquel telegrama? ¿Se lo diste realmente, con un gesto de

rechazo, y mientras te reías, tal como él afirma? ¿Le diste mis cartas? Bueno, ahora eso no importa demasiado. Antaño sí habría importado. Olvídalo, amor. Olvida las cenagosas huellas de Ferrell. Este diario es la única carta que necesitas de mí.

Porque, veamos, después de todo este lío que ha armado, ¿qué quería de mí ese mugriento arqueólogo del divorcio y el fraude de seguros? Mi confirmación de unos cuentos para niños de hombres asesinados y tu padre huyendo de sus deudas. Un completo absurdo, las fantasías del fabulista Ferrell. Ese hombre tiene que ser ignorado, queridísima, o todo quedará confundido, la verdad, la tumba, mi inmortal realización.

Después de todo, mi pequeño *tête-à-tête* con el detective casi me hizo feliz. Haber aguardado tanto tiempo su llegada con cierta ansiedad, y luego descubrir finalmente que a uno le persiguen por algo que *nada* tiene que ver con él, representa cierto alivio. Yo estaba preocupado de que tuviera algo que ver con la realidad, pero, por supuesto, no era así. «Espere un momento… ¿Cree usted que yo maté a Paul Caldwell?», le pregunté, absolutamente divertido cuando sus delirios finalmente desembocaron en su lunática conclusión.

Pero, irónicamente, ése resultó ser el único placer que sentí en la compañía del repelente detective, el único elemento de interés en su absurda historia: la historia del muchacho desaparecido. Oí decir un montón de cosas a Ferrell, y todo el asunto, de forma sorprendente, me afectó, la historia de aquel maravilloso muchacho y su padre Rowley. Estoy sólo repitiendo lo que oí de Ferrell, pero hay algo que quisiera preguntarte.

Sé que me amas. Sé que nuestros malentendidos serán aclarados. Lo sé muy bien. Pero ¿y si yo no fuera todo lo que tú habías soñado? Tengo que hacerte una confesión. Yo nací para este papel. No tuve que luchar para ganarlo. Y, lo confieso, estoy avergonzado.

Porque, por lo que me han dicho (quizás Ferrell te dijo lo mismo), ese niño luchó para abrirse camino desde una infancia de pobreza y abusos. Sin amor, ni dinero, ni simple amabilidad, ni aliento alguno. Nació sin nada, y no obstante, a partir de esa nada, se creó a sí mismo. Si pusieras a Hugo Marlowe o a Ralph Trilipush, o a algún otro rico, bien instruido, bien criado individuo en el lugar de Paul Caldwell, en su juventud, ¿qué habrían hecho? Abandónalos en los guetos de Sydney, y asegúrate de que les quitas el dinero. Despójalos de sus finos modales. Niégales todo lo que estaba en su cabeza y en su corazón el día que nacieron, ¿y en qué se convertirían? Me temo que, sin sus dones recibidos, su fuerza interna no sería suficiente. Hombres así (como *yo*, es un hecho vergonzoso) nunca pueden saber con seguridad qué partes de ellos mismos son realmente suyas. Viven confundidos toda su vida, nublados por lo que heredaron. Cuando consiguen algo (un título, un empleo, una esposa), no saben realmente si lo hicieron *ellos* solos, si no fue el resultado del ejemplo de sus padres, del consejo de sus madres, de las costosas enseñanzas de sus profesores, de todos los bocados no digeridos de otras personas que los ricos llaman su personalidad. Pero

Paul Caldwell se educó a sí mismo, no tenía familia, supo aprovecharse de minúsculas oportunidades que casi no merecen ese nombre, y que nadie más podría haber visto siquiera. ¿Y qué hizo con ellas? Les sacó el mayor beneficio que puedas imaginar, por lo que sé, una historia de autocreación digna de Atum-hadu.

«¿Qué fue de Paul Caldwell?», preguntaba Ferrell una y otra vez. No lo sé pero, si no lo habían matado en la guerra, ¿qué *podría* haber sido de él? En mejores circunstancias, un tipo como él podría haber ascendido hasta convertirse en mi ayudante. ¿Le habría permitido el mundo brillar con su gloria conseguida por sí mismo, y ser admirado por ello? ¿O el mundo le exigiría que se ocultara, para que sus inferiores no se cegaran y confundieran con el resplandor que ellos jamás podrían producir?

Seguramente, habría hecho cualquier cosa para impresionar a una hermosa y sofisticada mujer. ¿Y tú te habrías sentido tan impresionada por él como él lo habría estado por ti? ¿Podrías haber amado a alguien como él, Margaret? ¿O desearías, también, a alguien que se pareciera más a mí… educado, avalado, validado? Deseo ardientemente saber esto de ti.

Ferrell me dice que el muchacho descubrió Egipto en una biblioteca. ¿Sentimos lo mismo, él y yo, de niños: nos enamoramos de esta tierra? Recuerdo la urgencia que sentía cuando esperaba la llegada a nuestra mansión de nuevos libros o del siguiente número de *Crónicas de Egiptología* y *Anales de la Egiptología Moderna*. Algunos días, la excitación era insoportable, mientras imaginaba las cubiertas, esperaba las láminas de colores, el tacto del papel translúcido sobre los grabados de la cubierta.

A partir de los fríos datos de Ferrell, el pensador inspirado puede aportar calor a la historia: Comienzos de 1917, Caldwell llega a Egipto, la tierra que le ha atraído desde que era un niño de ocho años. Se muestra incansable en sus esfuerzos por verlo todo. Aprende árabe, visita las pirámides. Se va de excursión siempre que puede conseguir un permiso. Al cabo de un tiempo, se escapa de la base aun sin tener un permiso, pues Egipto resulta demasiado poderoso para él, demasiado real cuando lo compara con la irrealidad de su servicio en un ejército colonial, poniendo su granito de arena en una guerra que no tiene nada que ver con él. Imagínatelo, Margaret, tan obsesionado con esta tierra que pierde todo interés en las posibles consecuencias de sus actos. Sabe cuál será el castigo por sus repetidas ausencias ilícitas, pero esa guerra parece cada día menos real. Quizás en una cenagosa trinchera de Luxemburgo se habría mostrado más disciplinado (o habría muerto). Pero, ante la presencia de su desierto, los rebuznos de los camellos, cada uno de ellos llamándolo para que fuera a trotar en la oscuridad y tocara la belleza sin nariz de la Esfinge, se sentara a los pies de la gran pirámide de Keops y considerara dónde, en este vasto desierto, podía encontrar él su destino… habría sido imposible en su caso tener miedo de algún sargento de lentos movimientos y lentas entendederas (sin conseguir, durante toda la última guardia, terminar ningún solitario, junto al cono de luz de la lámpara, en el cuerpo de guardia).

Y entonces un día mientras yo me encuentro herido y perdido en Turquía, Paul Caldwell probablemente se entera de que un oficial británico que está de visita en el campamento australiano es, en su vida civil, un prometedor experto en egiptología, que incluso ahora lleva a cabo expediciones cuando la guerra se lo permite. Yo conocía muy bien el estilo de Hugo Marlowe. No tengo duda de que Caldwell se acercó a él una y otra vez tratando vanamente de llamar su atención. Y al fracasar en ello, puedo muy bien imaginar que empezó a seguir a Marlowe (estacionado a más de sesenta kilómetros de distancia) por pura fascinación hacia su trabajo, pero también porque Marlowe lo sabía *todo*. Caldwell debió finalmente de captar la atención y ganarse la confianza de Marlowe, no importa mucho cómo. Puedo imaginar a Marlowe tomando al muchacho bajo su protección, y la emoción con que Caldwell escucharía detalles, métodos de estudio y de exploración, la última investigación, y ¿qué tema más cautivador que la última teoría sobre Atum-hadu?

Pero, por supuesto. Por supuesto que Marlowe habría hablado de Atum-hadu con Caldwell. Marlowe guardaba el Fragmento C en su tienda, esperando mi regreso. Le habría contado a Caldwell todo lo referente a Atum-hadu, y cada detalle de esta historia habría tenido un hermoso sentido para el pobre muchacho: una civilización donde un hombre genial podía hacerse y rehacerse a sí mismo cada día hasta convertirse en rey. Quizás Harriman había formado ya parte de las lecturas de la infancia de Paul, y el fuego de Atum-hadu, pese a lo pálido que aparecía en esa versión, ya lo había hechizado. Y ahora Marlowe los presentaba.

De haber sobrevivido a la guerra, se le habría permitido, tal vez, llegar a ser bibliotecario, quizás maestro en una escuela provincial de niños. Podría haber sido tan inteligente como yo, tan encantador como yo, tan bien hecho como yo, pero, sin credenciales, ni riqueza, ni todo lo demás, habría sido una rareza, un fenómeno de circo, un pobre muchacho que curiosamente conocía algunas banalidades sobre Egipto por inescrutables razones. ¿Me amarías si yo fuera así, si eso fuera yo? No, ¿cómo podrías? Nadie recordará a Paul Caldwell, y así es como tiene que ser.

Los últimos días de Egipto. Sin duda debió de existir un día así, el último día. La hora final. El instante final. Existió en cada cataclismo un último momento así, increíble, pero cierto: una última baja en la Gran Guerra, una última víctima arrebatada por la Peste Negra, un último Neanderthal que engendró a un primer *Homo sapiens*. Y debe de haber habido un último adorador de Atum, que, a su muerte, se llevó consigo todos los misterios de su culto. Hubo sin duda también un último hombre que sabía cómo se pronunciaba el egipcio antiguo; un lenguaje completo murió con él, y todo lo que podemos hacer ahora es esforzarnos por captar sus ecos inclinándonos mucho sobre los libros y deseándolo intensamente.

Y, por lo que se refiere a Atum-hadu, ese día tuvo lugar cuando todo estuvo indiscutiblemente perdido, cuando no le quedaba ninguna escapatoria, dando vueltas por un palacio vacío, pasando por encima de un hombre que tenía su rostro

terriblemente machacado. ¿Cómo debía de sentirse el rey aquella tarde? Soñoliento, terriblemente cansado. Deseando que pudiera existir otro camino. Anhelando a su reina y un lugar pacífico donde pudieran descansar juntos.

Existió ese día; ese día llegó y luego terminó, arrebatando el universo entero con él. Existió esa última aurora sobre unas hordas de rostro porcino a las puertas del palacio bajo el mando de extranjeros, y los templos ardieron y todas las historias se quemaron, y las costumbres y las palabras y los relatos y las aspiraciones se esfumaron, así como la certeza de un interminable futuro en el cual te corresponderían amor y honores —simplemente porque vives en una época de paz—; todo eso desapareció. En vez de ello, existió ese último día, y Atum-hadu se quedó inmóvil por un momento, miró a su alrededor y se despidió en voz alta, aunque nadie oyó sus palabras. Estaba atrapado por unas circunstancias que escapaban al control de cualquier hombre, incluso al de la encarnación de Atum, el gran creador. Ni sirvientes, ni ejército, ni porteadores, ni mujeres, ni dinero, ni tiempo.

El «final de todo». Éste es el coco del adulto, el único ser macabro que sobrevive a nuestra infancia para levantarse ante nosotros de vez en cuando y hacernos temblar de miedo. Esto es diferente del temor a la muerte, porque, ante la propia defunción, uno se aferra al sentimiento de que al menos sigue viviendo algo más que nos representa o nos importa, que de alguna manera nos preserva, aunque sólo sea el conocimiento de que las cosas y las personas que amamos nos sobreviven y perduran. *La vida de nuestros hijos continúa, de modo que la nuestra realmente no acaba*. Éste es el patético trozo de inmortalidad egipcia del hombre moderno. Algunos, por supuesto, se aferrarán a su triste cielo cristiano o al austeramente orgiástico paraíso de Alá. Pero, para la gran mayoría, hay algo más sencillo esperando entre bastidores: hijos, nietos, el negocio familiar, el trabajo de su vida, o sólo la parafernalia de los propios asuntos de rutina: el *pub* y la calle mayor continúan, el club de fútbol, el gobierno y la Constitución y el viejo régimen. Si uno no se siente deprimido por estas instituciones que siguen funcionando despiadadamente, olímpicamente impasibles ante su muerte, entonces, a la inversa, lo que hace es endurecerse, y ellos se vuelven como los dibujos de comida en la pared de una tumba faraónica. Oh, sí, el hombre corriente se aferra a la inmortalidad con su agonizante respiración, y la encuentra… en sus herederos, en su trabajo, en su ciudad, en su cultura.

¡Pero el final de *todo*! ¿Cuánta destrucción debe sembrar el hombre o la naturaleza antes de que tu muerte se vuelva intolerablemente pequeña, verdaderamente mortal? ¿Necesitas una edad de hielo o un sol en expansión que incinere la tierra? ¿O no haría falta tanto para terminar con tus fantasías de permanencia? ¿Tus herederos asesinados ante tus ojos que se cierran? ¿Tu negocio en bancarrota, tu hogar y tu arte convertidos en cenizas? Digamos que tu iglesia y todos tus sacerdotes y escritos o menciones gráficas de tu dios son destruidos, bailan sobre todo ello demonios de afiladas garras que sirven a algún otro dios, más joven, más cruel. Digamos que la ciudad que ha resistido a todos los invasores durante miles de

años, la ciudad donde tu familia lleva viviendo una eternidad de tiempo, esa perla del mar o de las arenas, esa verde y agradable Inglaterra, esa eterna Roma, esa enrojecida Jerusalén o sagrada Meca, ese hogar tuyo y de los tuyos, es desmantelada, hasta el último ladrillo, y la última bomba aplasta la última casa, justo antes de que las últimas gotas de sangre sean bombeadas de tu desfalleciente corazón. Venecia se hunde en el mar. Arde París. Londres grita. Nueva York se desmorona y Atenas se ve reducida a sus cenizas. ¿Aún no es el final de todo para ti? Cada ejemplar de cada obra de cada autor de la literatura mundial arde bajo los vigilantes ojos de insaciables ignorantes pirómanos. El último ejemplar de la última historia de tu país o cualquier otro se convierte en humo negro, y todo lo que puedes esperar en tu último aliento es la escasísima rodajita de inmortalidad: quizás, dentro de algunas generaciones, por tradición oral, las palabras de algún actor genial de larga memoria dirigidas a su descendencia, y éste a su descendencia, y éste a la suya, se traducirán en un valiente esfuerzo por recordar *Hamlet* y volverlo a escribir… ¿Y qué ocurre realmente al final? ¿Hamlet se envenena? ¿Golpea a Polonio con una maza en una habitación oscura? ¿Se disfraza de sepulturero y se marcha furtivamente?

Todo lo siguiente se perderá irremediablemente algún día, a no tardar: Las obras de Beethoven. La cerveza que tú prefieres. Todo registro de tus antepasados. El lugar donde besaste por primera vez a una chica. Los caramelos. El café. El paisaje que tú asocias con la paz y la libertad. Toda prueba de tu infancia, real o sólo cariñosamente recordada. La sensación de que todo lo que se interpone entre ti y tus seres amados es una serie de aspiraciones, realizaciones, contratiempos, comidas, ceremonias, amores, congojas, recuperaciones, el siguiente acto.

¿Me recordarás, Margaret? ¿Verás lo que he realizado aquí, y lo expondrás ante el mundo? No tengo a nadie más, sabes, en quien confiar. Si alguna vez me amaste a mí, o sólo la idea de mí, por favor, por favor, libérate de tu enfermedad y haz que mi obra siga viviendo.

C. C. F. está dormido. Tengo muchas cosas que terminar, especialmente si el loco de Ferrell va a venir para ponerlo todo patas arriba con la policía y los perros.

Correspondencia:

Harold Ferrell a Laurence Macy III, 1954-1955

6 de enero de 1955

A uno le gusta tener razón, Macy. Y tener la razón por las razones correctas, es algo que también está bien. Esta mañana, mientras echaba una ojeada a lo que escribí ayer, tuve la desagradable, casi vergonzosa sensación de que quizás a veces tengo razón por las razones equivocadas. Hoy, al leer esto, no resulta bastante claro para mí dónde y de qué manera cogí a Trilipush en una mentira. Y sin embargo, recuerdo la sensación —una sensación, Macy, tan clara y real como el sabor del chocolate o el roce del viento en el rostro— de que él estaba mintiendo. Y ciertamente escribí entonces en mis notas que *sabía* que estaba mintiendo. Pero al volver a leerlo hoy, esa seguridad parece desvanecerse. Tal vez yo le hablé a Margaret del interés de Caldwell por la arqueología. Y ella pudo haber escrito a Trilipush mencionándoselo, supongo. No importa: si no fue eso, fue otra cosa. Resulta demasiado tentador decir que la perspectiva trae claridad. Lo más probable es que el tiempo confunda la verdad. No pongo en cuestión lo correcto de mi certeza de entonces, sino sólo mi capacidad para expresarlo ahora. No soy hombre de letras, Macy, ése es su trabajo en esta sociedad. Así que aclare usted cómo cogí a Trilipush.

E, igualmente, puedo acusarme ahora, supongo, de que fui incapaz de convencer a la policía de que echaran una mirada al lugar de inmediato. La desaparición de un inglés y un australiano, cuatro años antes, durante la guerra, no le pareció al policía de servicio que tuviera la más mínima importancia. Me dijo que informara de ello al consulado británico, y si éste ordenaba una investigación, echarían la ojeada. No conseguí que cediera, y pude observar su orgullo nativo al decirme *no*, como si yo fuera el Rey de Inglaterra, y no en realidad otro de los engañados habitantes de una colonia inglesa. Eso fue el sábado día 30.

Regresé a mi hotel a esperar las noticias de mis observadores. No aparecieron. Permanecí despierto hasta medianoche. Nada. Bajé a la calle, a buscarlos. Me pareció que veía a uno de ellos, pero cuando me acerqué, resultó que no hablaba inglés, y no pude estar seguro de si era o no uno de los de mi equipo. La verdad es que los niños egipcios no parecen muy diferentes entre sí. Empecé a temer lo peor: Trilipush, en su desesperación, había causado a mis pobres niños un grave daño.

Diarios de
Ralph Trilipush,
1922



Domingo, 31 de diciembre de 1922

Soñé que estaba sentado detrás de ti, con mi mano sobre la tuya y sobre tu muslo. Estábamos sentados juntos en un espacio seguro, cerrado. Yo te susurraba al oído. Te sostenía la otra mano, utilizando tu dedo para señalar los símbolos sobre un papiro, vertiendo en tu suave oído los secretos ocultos en aquellos dibujos.

El sol ha salido ya, y hay actividad al otro lado de la pared del farallón. Me senté primero en una escarpadura y luego más cerca, en el balcón construido sobre la entrada del agujero del tesoro de Tut, y observé que el fotógrafo sacaba afectadas instantáneas del gran hombre. Es demasiado, todo ese equipo, los kilómetros de percal y lino, las jarras de líquidos de conservación, las tinas de fijadores fotográficos, los innumerables cedazos y barriles y picos y carretillas, el tren construido especialmente para él, rail tras rail saliendo del valle, las docenas de admiradores, los periodistas suplicando una palabra. Todo eso debería ser suficiente. Pero no, ahora debemos tener esta ráfaga tras ráfaga de magnesio, *flash* plateado tras *flash* azulado, clic tras clic, y «Hacia allí, Mr. Carter, mire hacia allí, por favor, señor», el ojo fijo del mundo devorándolo sin empequeñecerlo nunca. Era incansable —clic, clic, clic, ráfaga, ráfaga, ráfaga— alimentando al mundo con su imagen. El gran hombre en su tienda. Delante de su agujero. Con sus secuaces. Fingiendo supervisar algo. Paseando algún tesoro por aquí y por allá, exponiéndolo al sol del conocimiento y de la fama. Consultando con éste o aquél. Pensando. Suya es la tumba de la Restauración. La prueba de que nada se desvanece para siempre, de que todo acaba finalmente retornando a su gloria. Y aquí están las delgadas, efímeras fotografías para demostrarlo.

Y allí, unos doscientos metros sendero abajo, cuando regreso, está Ferrell, con su aspecto ratonil y fétido, hurgando en la pared del acantilado.

Correspondencia:

Harold Ferrell a Laurence Macy III, 1954-1955

Al día siguiente, domingo día 31, presa del pánico, visité los lugares que conocía: la antigua villa de Trilipush, el atestado yacimiento de Carter, donde le vi posar para los fotógrafos, y la blanca extensión de desierto que había sido el yacimiento de Trilipush. En todas partes, nada. Regresé a mi hotel rogando porque mi pequeño ejército de informadores apareciera. Nada. Me consolé pensando que quizás le habían seguido a alguna parte, y él se había quedado allí, y por tanto ellos también se habían quedado allí. Pero mi posición parecía inquietante. Fui a la agencia de viajes y allí me confirmaron que Trilipush y Finneran seguían registrados para navegar al día siguiente, incluso habían pagado los billetes. Contraté a un nuevo muchacho para que vigilara la estación del ferrocarril y me informara de cualquiera que tuviera la inconfundible apariencia de Trilipush o Finneran. Éste, al menos, me informó después del último tren del día: no habían dejado Luxor por ferrocarril. Preparé mi siguiente movimiento. Cablegrafié los detalles de nuestra llegada al cónsul británico de El Cairo, diciéndole que iba a llevarle a un sospechoso del asesinato, en 1918, del capitán Marlowe para que lo interrogáramos conjuntamente, y para que se preparara. Fíjese, estaba usando todos los instrumentos que tenía para resolver unos crímenes que nadie más estaba dispuesto a investigar, Macy.

Aquella noche, el 31, para asegurarme de que había hecho todo lo que podía, crucé el río por última vez para ir otra vez al yacimiento de Trilipush, pero en esta ocasión, cuando iba a salir el *ferry* en la orilla occidental del río, entre la multitud que esperaba embarcar en el que regresaba a la orilla oriental, había un niño nativo que hubiera jurado que formaba parte de mi extraviado ejército de observadores. El muchacho llevaba un gran paquete. Cuando traté de captar su atención, el muchacho me ignoró. Se limitó a subir al barco, y no pude alcanzarlo. Y lo perdí de vista. Me abrí camino hasta la parte delantera del malecón y observé mientras el *ferry* se alejaba, pero no pude verlo hasta que, cuando el barco penetraba traqueteando en la corriente, lo divisé de repente, mirándome desde la cubierta, como si hubiera estado allí todo el tiempo. Y hubiera jurado, incluso a aquella distancia, que se estaba riendo.

Por supuesto, de nuevo no pude encontrar nada en el yacimiento de Trilipush, y conozco lo suficiente de la psicología humana en momentos de tensión para no tomarme demasiado en serio aquellas sensaciones de aprensión que me cosquilleaban bajo los últimos rayos de la luz del sol, la sospecha de que me estaban observando. Incluso la risa del muchachito era probablemente más un signo de mis nervios alterados que algo real.

Diarios de
Ralph Trilipush,
1922



(Domingo, 31 de diciembre de 1922, continuación).

Atum-hadu se enfrentaba con el más desalentador ejemplo de la Paradoja de la Tumba en toda la historia egipcia. Sigue siendo, después de un enésimo intento, un rompecabezas sin solución. Para asegurar su inmortalidad, su nombre debe sobrevivir para siempre sobre el terreno, y su cuerpo bajo él, preservado, momificado y sellado en una tumba mínimamente equipada. Sin que quede nadie para contar la leyenda. Mientras el mundo, arriba, se funde bajo el sol del desierto. Su nombre no aparecía en ninguna lista de reyes. La XIII.ª dinastía se estaba convirtiendo rápidamente en un apelmazado puré de hechos y leyendas, lagunas y arenas movedizas borboteando de satisfacción donde antaño habían paseado reyes.

Lienzo de la Pared L:

«Las últimas horas de Egipto»

Texto: Atum-hadu fue abandonado. Salió de Tebas y cruzó el Nilo que da la vida y anduvo solo; llevaba sus pertenencias, sus *Consejos*, pinturas, junco, tinta, pinceles, a su gato. Las cobras dentro de su estómago habían muerto. Al otro lado del poderoso Nilo quemó el pequeño barco que había capitaneado y contempló los centelleos plateados del fuego contra el cielo. Hacia el este, los invasores saqueaban su palacio, y podía oír los gritos de sus mujeres. Se sentía vacío. Trasladó sus cosas a la tumba que Seth le había dado.

Análisis: Los últimos minutos de su reinado. Los últimos minutos de Egipto. Inimaginables tristezas, pesares, pero no sin cierta belleza, el final de una época. Rodeado de sangre y de un peligro que se acercaba rápidamente. No había peligro para su vida, pero sí para su vida futura. Ha sido abandonado por todos. Pero ahora todo queda claro: el rompecabezas —que ha atormentado a las mentes pequeñas durante milenios, obstaculizado a los saqueadores hicsos y a los antiguos ladrones de tumbas, y a Harriman y a Vassal y a todos los que dudaron de la existencia de Atum-hadu— se desvela para nosotros, lector. Podemos ahora dibujar el mapa, cámara por cámara, la obra que ejecutó, tanto en aquel último día como durante los hechos y días que le precedieron.

Comprenderemos por qué no había sellos ni inscripciones en las puertas.

Comprenderemos los cuerpos y su ubicación, las huellas ensangrentadas.

Comprenderemos las ilustraciones de aficionado y los textos de experto.

Comprenderemos cómo un hombre solo consiguió su inmortalidad y ocultó su tumba a todo el mundo.

Para reiterar, entonces, tenemos la Figura 1: La tumba de Atum-hadu, excluyendo los detalles:

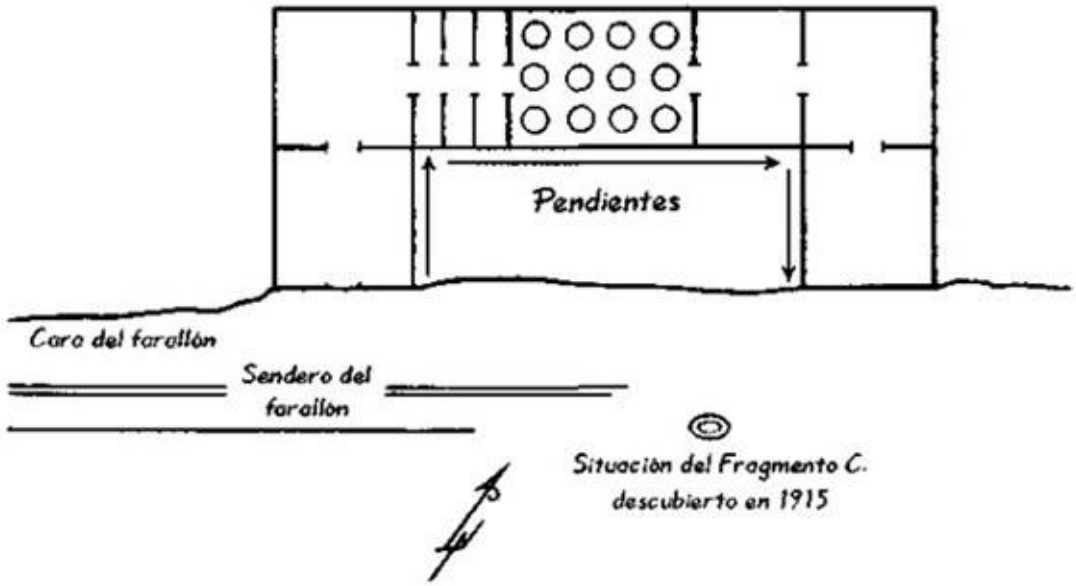


FIG. 1. *La tumba de Atum-hadu.*

La delgadez y la ligereza de la camuflada Puerta A se explica ahora. Ni siquiera de un hombre de la fortaleza de Atum-hadu podía esperarse que levantara una pesada puerta de piedra hasta ponerla en su lugar, y la sellara él mismo. De modo que permítasenos especular que fue él mismo quien construyó esta sutil pero suficiente pantalla, madera disfrazada de piedra, la cerró con enlucido de yeso tras él cuando tuvo todo lo que necesitaba en su interior. Con la puerta cerrada a sus espaldas, se puso a trabajar en una situación de aparente tranquilidad.

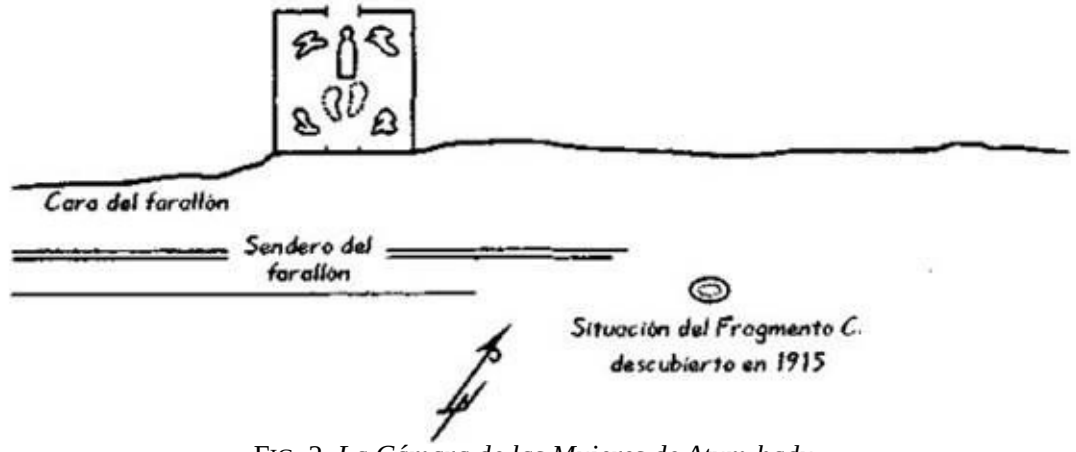


FIG. 2. *La Cámara de las Mujeres de Atum-hadu*.

El renacimiento en el mundo de los muertos requería su consumación, lo cual requería estimulación de la momia. Esta cámara contenía todo lo que era simbólicamente necesario para el acto. Las babuchas adornadas de abalorios de alguna amada concubina, los esparcidos velos de gasa multicolores de danzarinas favoritas, y las extraordinarias pinturas que cubrían las paredes: toda forma y variedad de mujeres concebible en actividades y posturas que los *Consejos* habían descrito tan elocuentemente como las preferencias de Atum-hadu. En el momento de la muerte de Atum-hadu, estas prendas se llenarían repentinamente con las adorables asociadas que el rey había mantenido toda su vida. Las pinturas de las paredes se hincharían hasta adquirir tres regordetas dimensiones, luego saltarían al suelo, con

risitas y suspiros resonando a través de las sobrenaturalmente iluminadas cámaras de los compartimientos para viajar de Atum-hadu.

¿Quién pintó estas figuras? Bueno, veamos: la misma mano que había decorado, a lo largo de los días previos, la Cámara Histórica. Sellado en su propia tumba mientras seguía completamente vivo, creó con su propia mano sus propios acompañantes al mundo de los muertos, confió en su propio talento no adiestrado para decorar las inexorables paredes, manchándose de pintura dedos y cara y túnicas. Luego retozaría en esta primera cámara, en cuanto hubiera completado el asunto de derramar su propia vida y, con las caricias de las damas para ayudarle a recrearse a sí mismo, renacería como su propio hijo.

¿Y quién, más que nadie, domina estas paredes? Examinemos la pequeña y excelentemente conservada figurilla situada entre y detrás de esas babuchas en proceso de desmenuzamiento. Esa hermosa mujer vestida sólo con una túnica, sus ojos chispeando incluso en una escultura, su sonrisa-desprecio, una invitación y una rebelión… Aparece reproducida por toda esta cámara santificada por su presencia, su delicada mano, cada uno de sus largos y esbeltos dedos articulados en un gracioso arco de narcisos de ribera, en su soñolienta languidez, repantigada en toda clase de posturas; retratos de cuerpo entero hechos a partir de la memoria del sollozante rey, perfiles, bocetos apresurados y detalles perfeccionados durante horas mientras se esforzaba por captar en una pared todo lo que amaba: sus explosiones de energía e ingenio, sus ataques de pena y fatiga, el furioso centelleo en sus ojos cuando le era negado su capricho, la satisfacción que sentía, al comienzo, simplemente de estar con su rey y saber que él la amaba. Fuera donde fuese el lugar al que había escapado para pasar los años mortales que le quedaban, ella pasaría la eternidad a su lado.

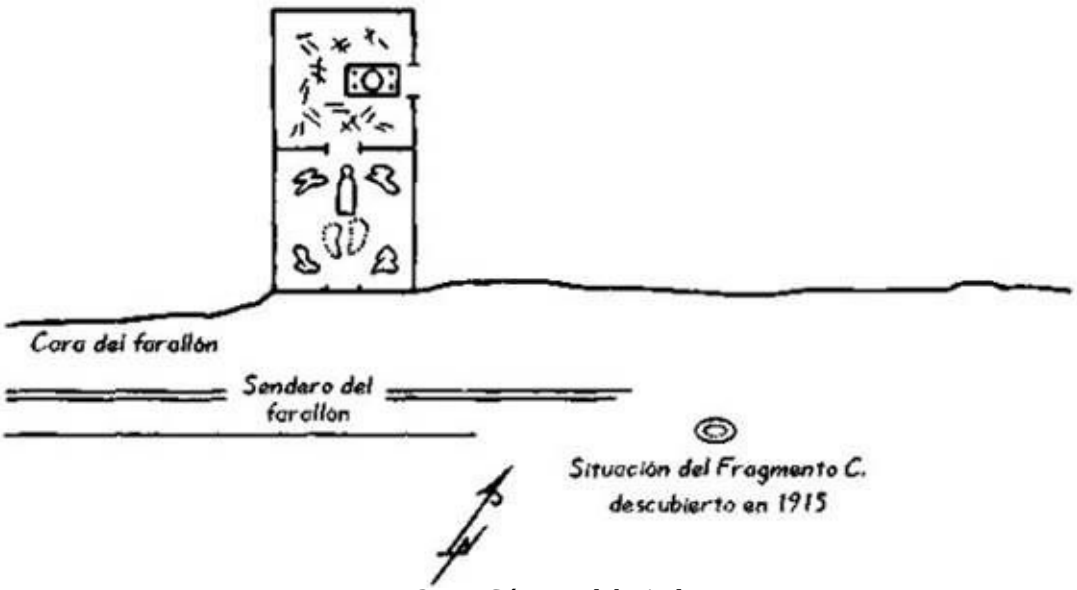


FIG. 3. *La Cámara del Fiador*.

Las huellas ensangrentadas y el hermoso y plano pedestal rectangular son el foco central de la Cámara del Fiador. Aquí el *shawabti*, o «fiador», mantiene su puesto. La pequeña figura, hecha a la imagen de Atum-hadu, con su inconfundible sonrisa maliciosa, se levanta directamente en el centro del largo y pesado pedestal de piedra,

y salía fiador del rey en su viaje al inframundo, luchaba batallas en su nombre (con la ayuda de los soldados cubiertos de sangre que se alzan simbólicamente en filas, representados por huellas ensangrentadas). Rodeando al *shawabti*, aparecen cuatro bolas de excrementos petrificados (probablemente de camello o elefante) coronadas por escarabajos cincelados, símbolos de renacimiento para los egipcios.

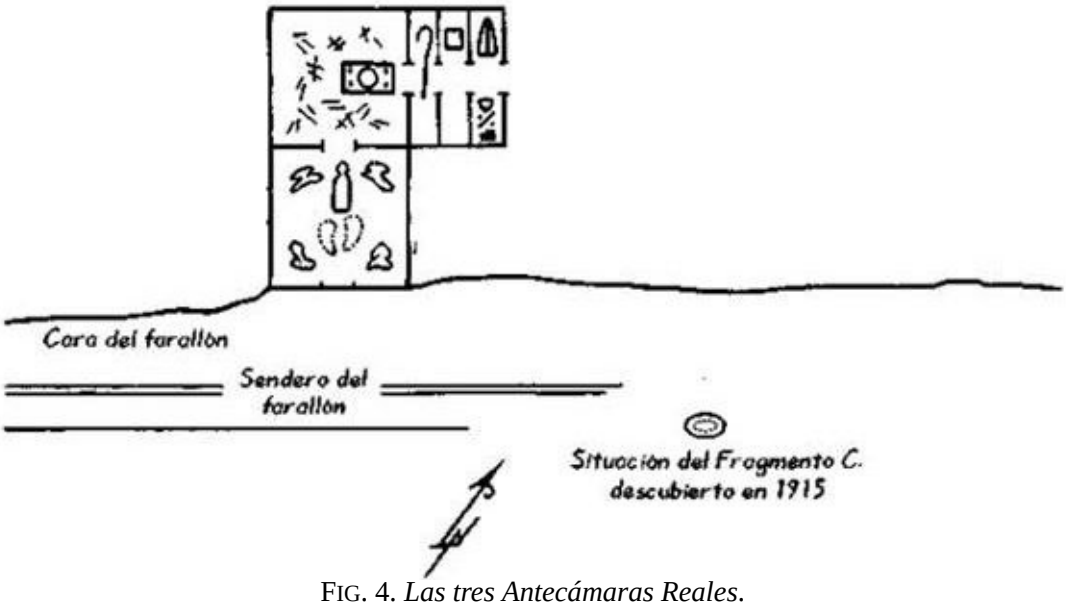


FIG. 4. *Las tres Antecámaras Reales.*

En las tres Antecámaras Reales, Atum-hadu dispuso artículos simbólicos de su poder terrenal, así como las herramientas con las que garantizaba su inmortalidad. Las paredes están cubiertas de escenas de banquetes, de caza, de guerra, imágenes de riquezas, tesoros, ropajes. Sin que esté totalmente seguro de ello, yo diría que éstas, las pinturas menos hábiles de la tumba, fueron las últimas en ser terminadas, cuando el rey se encontraba ya en su fase final de agotamiento. Todos los temas pintados se volverían reales a la muerte del rey. Además, magníficos y tangibles artículos fueron depositados en el suelo:

- El cetro esculpido, un cayado de madera curvado, en cuyo costado aparecen inscritos los cinco nombres de Atum-hadu, mientras que su parte superior aparece tallada en forma de rostro de un dios, quizás del propio Atum.
- Un hermoso cofre de madera incrustado de ébano que contiene una copia completa de los *Consejos*, la totalidad de los ochenta versos sobre una serie de papiros no mayor que los cuarenta y ocho versos del Fragmento C (que yo había llevado conmigo en mi expedición y me llevaré conmigo mañana cuando regrese a El Cairo con C. C. F.), pero escritos por ambos lados, cuarenta y ocho en el adverso (los mismos cuarenta y ocho del Fragmento C), y treinta y dos en el reverso.
- Una túnica salpicada de sangre y pintura, probablemente la prenda que el rey llevaba mientras preparaba la tumba.
- Las cañas, pinceles, tarros de pintura y utensilios cortantes que utilizó para preparar las paredes y el mobiliario de la tumba.

El texto completo de los *Consejos* es un hallazgo especialmente significativo, que establece la importancia de mi temprano y cuidadoso trabajo sobre ese texto y sobre el reinado de Atum-hadu. Si bien, en los sesenta versos anteriormente descubiertos, vemos a Atum-hadu como un hombre fuerte movido por sus apetitos, descubrimos luego otro aspecto suyo en los últimos veinte. En éstos, aparece más vivamente consciente de sus sufrimientos y de las complejas cuestiones que le plantea el futuro.

Escribe con mayor interés sobre sus dificultades digestivas (como en los cuartetos 38-41), y sobre el sufrimiento causado por las mujeres que no han respondido a su amor (como en el 62 y el 69). De particular interés, yo llamaría la atención del lector hacia: el 68, que identifica unas marcas únicas sobre el cuerpo de Atum-hadu, con una intrigante precisión; el 34, en el que el rey-poeta anhela un «desvelador» que lleve su nombre a grandes alturas en un mundo restaurado (Osiris sería la tradicional interpretación de esto y, sin embargo, no puede evitar sentirlo como un cumplido enviado hacia mí por mi fraternal rey); el 63, que en sus sencillas palabras carentes de rima clarifica el orden de reyes en las postrimerías de la XIII.ª dinastía, terminando con Atum-hadu; el 43, 64 y 67, que aparecen en las Columnas siete y ocho; y el 14, que aparece en la Cámara Histórica, lienzo de la Pared G.

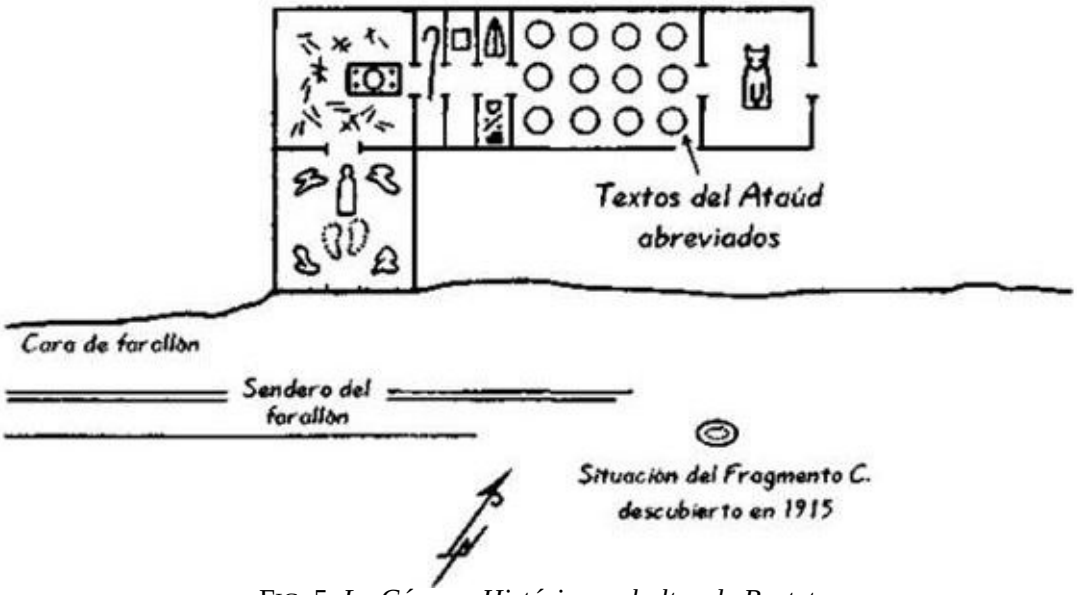


FIG. 5. *La Cámara Histórica y el altar de Bastet*.

Después de decorar la Cámara Histórica con la crónica de su vida y reinado, y con una versión abreviada de los Textos del Ataúd (la obligatoria guía al inframundo, que el pobre hombre, al parecer, tuvo que reproducir basándose enteramente en la memoria en el último momento, pues acababa de recordar que debía incluirla, y no disponía de mucho espacio), el rey debió de quedar exhausto, así como cubierto de pintura. Pero tenía que proseguir, probablemente con tristeza, atemperada sólo por el conocimiento de que pronto dicha tristeza desaparecería. No obstante, durante aquellas horas en las que estuvo preparando el altar a Bastet, Atum-hadu debió sin duda de haber sufrido. No resulta difícil imaginar que el amado animal, asfixiándose con alguna espina vieja, había exhalado su último suspiro en sus brazos mientras él lloraba y suplicaba a una sorda deidad.

Sin embargo, le aguardaba un asunto más espeluznante. Probablemente lo había empezado días antes, probablemente se había visto obligado a considerar sus opciones en el momento en que recobró el dominio de sí montado a horcajadas sobre los restos reducidos a pulpa de su Maestro de Generosidad.

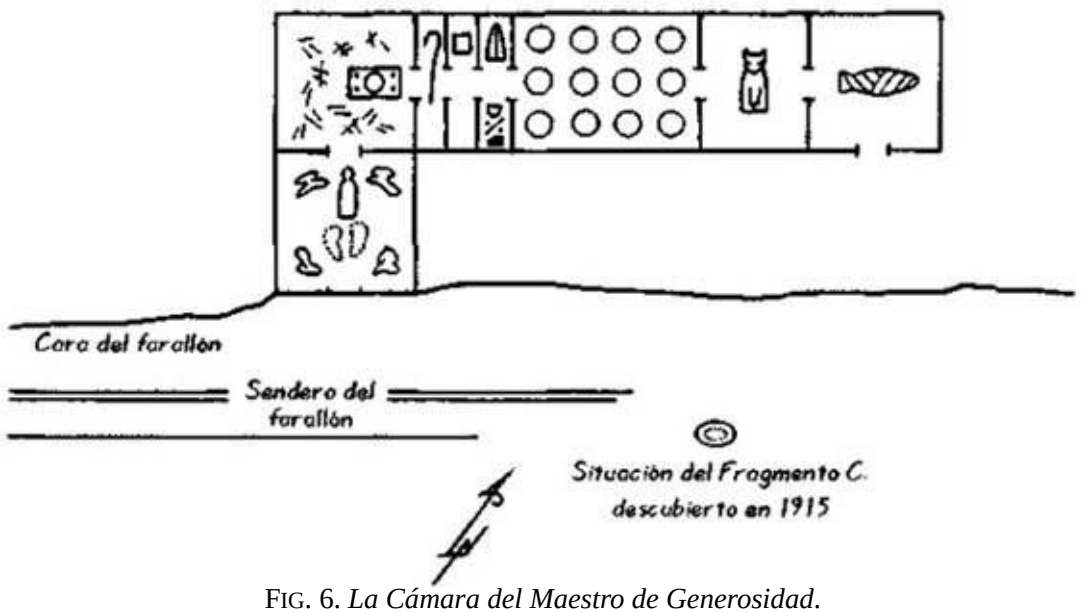


FIG. 6. *La Cámara del Maestro de Generosidad.*

Veo ahora que procede mayor aclaración, y el texto que aparece en las paredes de la Cámara del Maestro de Generosidad cuenta la historia:

> Doce días antes del final, cuando Atum-hadu había dado muerte tan a disgusto a su Maestro de Generosidad, cuando empezaba a quemar las ropas de éste como un primer paso para impedir que obtuviera la inmortalidad, el rey se detuvo [a considerar].

El gran rey decidió hacer uso del Maestro por toda la eternidad. El Maestro ofrecería sus excusas a Atum-hadu durante un millón de años.

Atum-hadu había visto trabajar a los Guardianes de los Secretos. Aunque conocía su magia, Atum-hadu no disponía de los setenta días requeridos. Le perseguían los hicsos, que sabían que había escapado de ellos. Le perseguían enemigos de todo tipo. No tenía tiempo. Procedió con apresuramiento, aunque acorde con las leyes y las prácticas.

Sufría enormemente.

Cuando su tarea estuvo acabada, dibujó sobre la tela la cara de un hombre arrepentido, servil y comedido.

Análisis: Las horrendas (aunque todavía propias de un aficionado) pinturas que acompañan a este notable texto son asombrosas, ya que muestran al rey enfermo por su tarea. Merece la pena aclarar exactamente lo que el rey quería decir con sus enigmáticas palabras.

Habiendo matado al Maestro cuando se defendía del feroz ataque descrito en el lienzo de la Pared K, el rey aparentemente llegó a varias conclusiones en rápida sucesión. En aquel instante debió de decidir sobre todas las acciones que llevar a cabo durante los siguientes doce días. En vez de destruir todo rastro del Maestro y de su cuerpo («para impedir que obtuviera la inmortalidad»), el rey se dio cuenta de que su traidor Maestro de Generosidad podría proporcionarle compañía y financiarle el viaje, pues su simple presencia muda era suficiente para representar la vasta riqueza.

Los Guardianes de los Secretos eran aquellos sacerdotes adiestrados para momificar los cuerpos, lo que quiere decir que Atum-hadu sabía lo suficiente (o pensaba que sabía) sobre momificación para realizar el ritual por sí mismo. El proceso, tal como lo conocemos, no es agradable, y uno debe contemplar con simpatía a un hombre —incluso un ser humano endurecido por la guerra y el sufrimiento— ejecutando este procedimiento sobre un miembro de su propia familia… aunque se trate de un miembro odiado.

El desnudo torso es rajado a lo largo de su costado izquierdo y vaciado de su contenido. Cuatro órganos son preservados en un producto químico cuya naturaleza exacta sigue siendo desconocida para nosotros. Son envueltos en lino y colocados en los canopes, decorados éstos con esculturas de las cabezas de los cuatro hijos de Horus: los intestinos con el dios Kebehsenuef, de cabeza de halcón, el estómago con la divinidad de cabeza de chacal Duamutef, los pulmones con Hapi, de cabeza de babuino, y el hígado con el dios Amset, de cabeza humana. Dicho esto, es interesante señalar que no aparece ningún canope en la Cámara del Maestro de Generosidad, una aberración que será explicada más tarde en este resumen preliminar de nuestros hallazgos.

Los sesos —que no tienen importancia en la anatomía y la religión egipcias— eran generalmente sacados del cráneo mediante un gancho o una paja, y desechados. En el caso del Maestro, las ilustraciones de la pared darían a entender que su cráneo había sido aplastado en su muerte, y la cefalectomía fue por tanto mucho más rápida y menos limpia.

El cuerpo se lavaba y rellenaba con alguna sustancia química preservativa. Y el misterio de esa sustancia, que sigue sin resolverse a día de hoy, no aparece explicado en la tumba de Atum-hadu. Al final de los setenta días, el cuerpo se consideraba apto para ser envuelto. Ahora, veamos, si la momia del Maestro de Generosidad no se encuentra precisamente en la misma condición que las demás halladas bajo las arenas, seamos claros: Atum-hadu no tuvo tiempo para hacer el trabajo con propiedad, y nunca había realizado este complejo y misterioso ritual anteriormente, excepto con su propio gato. Además, estaba solo en esta tarea, enfermo, herido, desesperado y acosado. Poseía unos escasos utensilios, y quizás solamente una idea de aficionado sobre los productos químicos que necesitaba para la terrible tarea. Y en tal caso, si la momia del Maestro no tiene un aspecto demasiado ortodoxo, o se ha deteriorado siguiendo un curso diferente, bueno, eso es sólo otra prueba de la naturaleza única de este hallazgo.

El agujero del cuerpo era cosido. Resulta extraño, considerando lo que el trágico rey había ya sufrido en este proceso, pero, a juzgar por las pinturas de las paredes, parece que ésta es la tarea que más profundamente afectó al delicado estómago de Atum-hadu.

Un grupo de las ilustraciones narrativas describe estas espantosas horas. La cara del rey se retuerce de horror cuando empieza a coser. Suelta la aguja y el hilo, huye

de la tumba, se queda fuera, charla con la que parece ser una amable campesina que le ofrece albergue en su casa, y él siente una gran tentación de aceptar, pero sabe que eso no puede ser. Su voz se quiebra, y rechaza silenciosamente la amable oferta. Cuando ella se marcha, él cae al suelo y llora. Luego regresa a su tarea, destrozado.

En el ritual tradicional de la momificación, la herida cosida es luego remendada con un sello del ojo de Horus. Oro, joyas, amuletos, son depositados sobre el cuerpo. Cada uno de los dedos de las manos y de los pies son rematados con una cápsula de oro. Aunque no puedo estar seguro, creo que es prudente suponer que esta momia probablemente carece de esos chillones adornos.

Normalmente, cada dedo de la mano y del pie es envuelto por separado en telas. Luego los brazos y las piernas. Después el cuerpo y la cabeza, con un grosor de veinte capas. Alguna especie de cola de resina es usada entonces para sellar toda esta voluminosa obra a base de tejidos, y una máscara de momia le cubre la cabeza. Todo esto es una tarea para varios hombres, no para uno. Podemos sólo imaginar sus esfuerzos, los atajos en el procedimiento tomados por el apresurado monarca. La pierna del rey había sido horriblemente herida en una de las últimas batallas de la guerra con los hicsos, y hacía falta toda su debilitada fuerza para envolver el pesado cuerpo con hasta cinco capas de lino y luego hacerlo rodar, colocando la momia de su otrora aliado en el centro del suelo de su cámara mortuoria.

Tras completar la envoltura, el rey usó algún antiguo proceso químico o una técnica para coser sobre tela, el misterio del cual se me escapa, y blasonó el pecho del cadáver con el símbolo del reino de Atum-hadu… el buitre, la esfinge y la cobra, junto con la inscripción HORUS DEVORA LOS CORAZONES DE LOS MALVADOS.

A falta de una máscara de momia, el rey pintó una cara directamente sobre la cabeza envuelta con lino, recreando al Maestro como un hombre que cumplía las órdenes de su rey sin discusión o traición. Las tiras de lino no son en absoluto unas superficies fáciles para decorar, y mucho menos para sugerir arrepentimiento, servilismo y represión. Pero con sencillas, conmovedoras pinceladas, el rey ejecutó un acto de monumental indulgencia que bordeaba lo divino, transformando enteramente a su codicioso y poco fiable acompañante en otro hombre, creando un compañero y un padre en quien se podía confiar.

El texto de la pared de la Cámara del Maestro de Generosidad concluye:

«Tú eres joven nuevamente, vuelves a vivir. Eres joven nuevamente, vuelves a vivir»

El rey repetía las palabras rituales al oído de su amigo y padre terrenal, quien había amado al rey como a un hijo, mientras había caminado por el mundo.

Correspondencia:

Harold Ferrell a Laurence Macy III, 1954-1955

Fuera cual fuese mi estado nervioso ante la visión de aquel niño en el *ferry* del Nilo, es un hecho innegable que *se estaban* cometiendo maldades en algún lugar, porque, a comienzos del día siguiente, primero de enero, cuando llegué con mi equipaje al muelle y esperé para subir a bordo del vapor que se dirigía a El Cairo, Trilipush y Finneran no habían aparecido. Me quedé en el muelle observando de arriba abajo a cada pasajero mientras subía por la pasarela con pasos tambaleantes. Esperé hasta que se oyó el último aviso de salida del contador. Y le pedí a éste que comprobara su lista. «Sí, señor: Finneran y Trilipush hicieron su reserva y pagaron, pero no han subido a bordo». No puedo recordar si estaba excitado o preocupado. Eso se lo dejo a usted, Macy, para que lo describa. Pero dejé que el barco partiera sin mí, entregué mi equipaje a un mozo de cuerda, y regresé a mi trabajo con nuevos ímpetus.

Contraté a un niño para vigilar los muelles y envié a otro a la estación del ferrocarril; luego regresé apresuradamente a la policía, donde ahora pude sacudir de su modorra a un inspector con el innegable *hecho* de dos personas desaparecidas, no desde 1918, sino aquel mismo día, un americano y un inglés, arqueólogos, huéspedes de Egipto, y ahora oficialmente desaparecidos. (Tensar un poco la verdad es a veces suficiente para propulsar objetos, que, de otra forma, serían inmóviles).

Le adjunto el brevísimo recorte de periódico del *Luxor Times* de 11 de febrero de 1923, «Detective australiano ayuda a la policía de Kena». Ese periódico, serio y acreditado, salía a la calle cada tres días, creo, en aquellos tiempos. Se trata de un artículo breve, pero expone la conclusión de estos hechos de forma bastante clara, y el pequeño dibujo hace justicia al Harold Ferrell de 1923.

Llevé al poli a la villa de Trilipush (los periodistas allí instalados nos dieron la bienvenida, pero no habían visto nada), y luego al otro lado del río, donde cogimos una motocicleta de la policía. Esta vez, unos cuatrocientos metros aproximadamente más allá del lugar de la excavación de Trilipush, el policía y yo encontramos un gramófono con el nombre de Trilipush escrito en la tapa. Una extraña visión: el aparato estaba simplemente allí, en el sendero, un solitario gramófono en mitad del desierto. Un disco estaba aún descansando en su plato y me fijé en el título: *Estoy en el columpio trasero. Siéntate, cielo*. Unos cientos de metros más lejos, había los restos de una hoguera, con ropas quemadas. Se estaba tramando algo, algo vil sin duda. Guié al inspector nuevamente alrededor de la cara del farallón y hasta el Valle de los Reyes, al yacimiento de Carter, y una vez allí le pregunté a Carter si había vuelto a ver a Trilipush y a Finneran desde que él y yo habíamos hablado. No, no los había visto. Hice que el inspector indagara si alguno de los hombres de Carter tenía noticias de Trilipush. La pregunta circuló entre los hombres y, a no tardar, uno de ellos —un nativo— reconoció que realmente había *trabajado* para el inglés durante el mes de noviembre, ¿y qué pasa? Lo llevamos aparte. Este egipcio, sospechosamente a la defensiva —un individuo calvo, de aspecto robusto, de unos treinta o treinta y

cinco años— contó que había abandonado la expedición de Trilipush a finales de noviembre, al haber fracasado ésta claramente, y declaró que no había visto al inglés desde el 25 de noviembre, el día que vino a trabajar para Carter. Negó saber nada de Finneran, ni siquiera su nombre. Le tomamos el nombre y la dirección y lo observamos mientras regresaba a su trabajo.

Los acontecimientos se sucedían muy rápidamente, Macy, así que preste atención. Se me ofrecían dos hipótesis que no tenía más remedio que seguir simultáneamente, ya que el tiempo estaba transcurriendo muy deprisa: A) Trilipush y Finneran se habían asustado ante mis descubrimientos y habían huido secretamente; Finneran, a Boston con su oro, y Trilipush, lo más lejos posible de mi investigación de los asesinatos de Marlowe-Caldwell; o B) habían sido asaltados por alguien que sabía de su dorado hallazgo, y estaba en marcha un juego sucio. Tenía que investigar ambas posibilidades, pero, tal como fueron las cosas, no tenía por qué haberme preocupado por la hipótesis A. Sin embargo, yo ya había puesto a alguien vigilando los ferrocarriles, y telegrafié al hotel de El Cairo para que me avisaran si mis sospechosos aparecían por allí. Además, a mi regreso a la comisaría de policía, el inspector ordenó a sus hombres que mantuvieran los ojos bien abiertos por si aparecía alguien que respondiera a la descripción de Trilipush o Finneran, probablemente trasladándose con mucho equipaje, el cual no estarían muy favorablemente dispuestos a abrir a un policía curioso. Si eran vistos, debían ser considerados muy peligrosos.

Pero, tal como he dicho, estos pasos eran completamente innecesarios, porque tras haberlos dado, el inspector de policía descubrió entonces en sus archivos que el mismo negro del yacimiento de Carter que había trabajado para Trilipush se había visto implicado en un incidente violento en su anterior empleo en la línea de vapores El Cairo-Luxor. Por esta reyerta, fue arrestado y luego soltado, siendo despedido también de su empleo en el barco fluvial. Esto sucedía a finales de octubre, tras lo cual debía de haber ido a trabajar con Trilipush, quien al parecer estaba encantado de contratar a un conocido gamberro… interesante, este punto. El policía y yo salimos inmediatamente de la comisaría a investigar la casa del nativo. ¡Y, mire por dónde! Llegamos sólo unos minutos antes que el propio hombre. Éste había abandonado el yacimiento de Carter en mitad del trabajo, inmediatamente después de que habláramos con él. Muy sospechoso. Llegamos justo a tiempo, porque en medio del alboroto de los torpes argumentos y explicaciones del nativo, así como de las quejas de la esposa y los llantos de los niños, descubrí bajo su cama otro de los inscritos gramófonos de Trilipush y, a la vista y sobre una mesa, un plato que contenía su buena docena de cigarros con fajas de color negro y plata que llevaban el monograma «C. C. F.»: Eso resolvía las cosas. Pusimos a nuestro sospechoso bajo custodia la tarde del lunes, primero de enero de 1923. Los asesinatos habían tenido lugar en algún momento entre mi entrevista con Trilipush y aquella mañana. No le sorprenderá saber que la coartada de nuestro nativo era muy, muy débil.

Me eché la culpa entonces a mí mismo en parte, y todavía me la echo. Si no

hubiera dejado que Trilipush siguiera tranquilamente su camino dos días antes, aún habría estado vivo, enfrentándose a una justicia más apropiada que el asesinato a manos de su exempleado. Si yo hubiera podido confiar en mi ejército de vigilantes, si hubiera sido capaz de encontrar a Finneran en el lugar de la excavación, podría haber… bueno, no sé exactamente lo que podría haber hecho. Trilipush era un asesino, a fin de cuentas, y sabía que estaba a punto de ser pillado, así que yo no me veía como su protector, aunque debería haberlo hecho. La justicia nos protege a todos, así como nos castiga a todos, Macy. Trilipush podría haberse salvado de su duro e innecesario final, si se hubiera dirigido a mí, pero los tipos orgullosos nunca lo hacen, y a menudo prefieren morir antes que ser capturados.

El interrogatorio policial del egipcio (no puedo encontrar su nombre entre mis notas… algo frustrante para mí como historiador, y un embarazoso fallo por mi parte como detective, lo admito) fue todo lo duro que legalmente podía ser, y yo participé en la medida en que mi experiencia en el caso y en la psicología criminal podían servir de ayuda. El sospechoso negó todo conocimiento de los asesinatos, cosa nada sorprendente, y pretendió que Trilipush le había dado los cigarros y el gramófono como regalo en noviembre. No era imposible, dijo uno de los inspectores de policía, pero luego, a medida que el interrogatorio proseguía, la historia del árabe cambió, y en un momento dado admitió haber atacado a Trilipush violentamente (más de una vez, reconoció posteriormente) y robado el gramófono, como si esas medias verdades fueran a llevar su difícil situación a un fácil final. Lo cierto es que todo lo que consiguió con ello fue perder el apoyo de aquellos pocos oyentes que aún esperaban que podía ser inocente de los crímenes. Más tarde, se retractó incluso de aquella limitada confesión, hasta que su maraña de versiones se convirtió en un potaje de incompatibles absurdos. Aunque casi reconoció los asesinatos (si uno sabía cómo escuchar, la confesión estaba clara), nunca reveló dónde había ocultado los cuerpos. Igualmente, insistió en un punto con inquebrantable tenacidad, pese a lo duro que fue el interrogatorio: sostenía que nunca había habido ningún tesoro, que Trilipush no había encontrado absolutamente nada. Esto último estaba tan alejado de los hechos que hacía que fueran increíbles cada una de las palabras del desesperado individuo. Pero él se aferraba a esa mentira tan insensatamente que se hizo evidente que jamás iba a revelar a qué primo, o a qué escondite, había llevado el tesoro.

La policía quería ese tesoro, y esté usted seguro de que lo presionaron con dureza sobre ese tema. Pero el egipcio no paraba de decirme: «¿Ha estado usted allí? Entonces ya sabe que está vacío». Bueno, por supuesto que está vacío, Abdul, tú lo vaciaste. Al final, se negó tercamente a firmar una confesión de nada, lo cual estoy seguro de que se tradujo en una sentencia aún más dura que si se hubiera prestado a cooperar.

Las autoridades locales no necesitaban demasiado de mí para convencerse. Ante el asesinato de dos occidentales a manos de un nativo, en esa época en que Egipto había cobrado un enorme interés turístico (gracias al buen trabajo de Carter), no se

tolerarían vacilaciones en absoluto, y tanto el gobierno egipcio como los cónsules norteamericano y británico quedaron muy satisfechos con el justo y rápido juicio y apropiada sentencia.

En cuanto a mí, si bien fui incapaz de responder con firme certeza a *todas* las preguntas de mis clientes, aunque no encontré ninguno de los cuatro cuerpos que me habían encargado encontrar, al menos en este caso contribuí a identificar, apresar y conducir al malhechor a su castigo. Los cónsules británico y australiano se mostraron también agradecidos por mi informe de los acontecimientos de 1918.

¡Qué bueno habría sido si hubiéramos encontrado los restos de Caldwell y Marlowe, si hubiéramos descubierto los cuerpos de Trilipush y Finneran, y estado presentes para contemplar a ese egipcio alejándose de ellos, sus manos goteando sangre! Eso son cuentos para niños, Macy. Oh, no, colega, raro es el criminal que no exige un poco de reflexión por parte del detective para completar la historia. Pero no podía caber ninguna duda de lo que había ocurrido, ya que la historia apareció detallada en el juicio y en el adjunto recorte de prensa:

> Un notoriamente vengativo y violento nativo (y nada rico, para ser justos), despedido de la compañía del barco fluvial por reiteradas reyertas, se había aferrado a un arqueólogo occidental con la esperanza de estar presente cuando se encontrara algo digno de ser robado. Al fracasar la expedición, se marchó para unirse a otra. Cuando más tarde se enteró, quizás por rumores en el campamento de Carter tras la visita de éste a Trilipush, de que la fracasada expedición que él había abandonado había resultado exitosa, el asesino regresó y descubrió el botín guardado por los dos hombres, uno de los cuales estaba herido, por añadidura.

En algún momento entre mi entrevista con Trilipush del día 30 y la mañana del día 1, en la que ellos tenían que tomar el barco fluvial hacia el norte, ese egipcio había tendido una emboscada a Finneran y Trilipush, los asesinó, quemó sus ropas, hizo desaparecer los cuerpos y ocultó el tesoro. De no haber sido tan estúpido como para guardarse un gramófono y los cigarros, simples chucherías comparadas con su oculto botín, podría haber escapado a la justicia. Que había necesitado cómplices para sus crímenes —especialmente para transportar y guardar los vastos tesoros—, era algo que no podía negarse. Pero *él lo negó*.

Pero ¿por qué el asesino lo negaría hasta el final, incluso cuando se estaba enfrentando a una larga sentencia de prisión? Bueno, la historia de la egiptología, como pude enterarme por un individuo en un club al volver a El Cairo, está llena de relatos como éste: el egipcio moderno, sin ningún interés real por el aspecto histórico de ese oro subterráneo, sólo se interesa por él en tanto que dinero. Familias nativas con frecuencia excavaban clandestinamente y vendían poco a poco (a veces a lo largo de generaciones) esos tesoros arqueológicos, que ellos contemplaban (a tenor de la manía que los occidentales tenían por ellos) como unos depósitos bancarios subterráneos de donde retirar efectivo cuando hiciera falta. El asesino de Trilipush iría gustosamente a prisión para proteger a unos amigos y una familia que tenían

pensado mantenerse a lo largo de los años desprendiéndose lentamente, a través de traficantes de confianza, de los enormes tesoros funerarios del rey Atum-hadu.

Macy, en el tren que me llevaba de El Cairo a Alejandría, mi ayudante y yo discutíamos sobre otra cuestión: ¿Exactamente quién *debería* ser el dueño del tesoro de Atum-hadu? ¿Pertenecería a Trilipush, que había matado tanto a Paul Caldwell como a Hugo Marlowe por él? ¿O a Chester Crawford Finneran, que había pagado por los descubrimientos de Trilipush? ¿O a Julius Padraig O'Toole, que le había prestado a Finneran aquel dinero? ¿O a los parientes más próximos de Paul Davies-Caldwell y Hugo Marlowe, Héctor Marlowe y Emma Hoyt? Supongo que los herederos de ese asesino egipcio tenían tanto derecho a él como cualquier otro en este sucio asunto, y yo no estaba muy interesado en espolear a las autoridades para que los persiguieran, para sacudir el árbol hasta que los cómplices cayeran al suelo. Una vez más, el dinero había hecho enloquecer a los hombres, como siempre ocurre, y al final, el saldo era de cuatro muertos, una joven abandonada, un hombre en prisión y el dolor extendiéndose desde Sydney hasta Luxor, hasta Londres, hasta Boston. El dinero acelera los acontecimientos, Macy, y cuando empieza a empujar a los hombres, tiende a arrojarlos por encima del acantilado.

Cobré mis honorarios y gastos, por supuesto, de mis clientes —los albaceas de Davies, Tommy Caldwell, Ronald Barry, Emma Hoyt, los Marlowe, O'Toole—, les informé hasta donde podía de todo lo que necesitaban saber, y regresé a mi casa en Sydney a finales de julio de 1923, algo más de un año después de mi partida. No hubo, a fin de cuentas, excesiva cobertura mediática del caso, sólo por parte del *Luxor Times*. No puedo decir que no me sintiera un poco decepcionado ante esta curiosa indiferencia de la prensa mundial.

Se había hecho justicia, sin embargo, se había revelado la verdad, y los que habían pecado eran castigados. Para mí, desde luego, había sido la aventura de mi vida, uno de los más notables casos de mi carrera, el fruto de todas mis artes de deducción y detección en su mejor momento. Había viajado por todo el globo, penetrado en las casas de los opulentos y los poderosos, visto a hombres y mujeres de toda condición motivados por esos impulsos universales que guían hasta al último de nosotros, y nunca me sentí, cuando reflexionaba sobre lo que veía, realmente sorprendido, desde luego que no. Cuando uno la comprende, la gente no puede sorprenderle, sabe. Sus motivos estarán a veces ocultos, pero no son muy numerosos. Las personas son como libros abiertos, una vez que sabes cómo leerlas. Eso es a la vez una maldición y un placer, pero es el inevitable resultado de ser un consagrado estudioso de la naturaleza humana, cosa que todo buen detective es, sin duda alguna.

Espero haber completado los grandes rasgos y la lógica del caso con suficiente justicia para completar su «historia familiar» y también para dejar que usted lo amplíe en beneficio de nuestros lectores.

Reflexiono un poco sobre todo esto, sin embargo, y me siento turbado al comprobar la cantidad de tiempo que he pasado contándole esta historia. Sabe, ya he

seleccionado nuestro próximo caso de mis archivos, amigo, y, si dispusiera de un magnetófono y un micrófono, podría dictar la historia. No creo que los gastos fueran prohibitivos. Figurarían, desde luego, en nuestro contrato de sociedad, si puede usted disponer de la suma por anticipado. Espero con ardor saber su opinión sobre este tema. Aguardo sus noticias. Estoy preparado para empezar en cuando sepa de usted. Nuestros lectores esperan. No hay tiempo que perder.

Atentamente desde el limbo,
Ferrell

Correspondencia:

Claes Ter Breuggen a Margaret Finneran, 1923

Miss Margaret Finneran
Avenida de la Commonwealth, 2
Boston

25 de enero de 1923

Mi querida Miss Finneran:

Como el empleo de Mr. Trilipush en Harvard concluyó a finales del primer trimestre, me tomo la libertad de remitirle a usted el correo que se ha acumulado en esta oficina durante sus continuados vagabundeos por Egipto, a saber: seis revistas de egiptología y arqueología; un paquete personal procedente de Inglaterra; dos cartas de museos; y algunas notas de alumnos (no selladas).

Si fuera usted tan amable como para hacérselo llegar a Mr. Trilipush cuando regrese de Egipto, eso nos ahorraría a todos muchos problemas e incomodidades.

Con mis mejores deseos por sus próximas nupcias con ese gran hombre.

C. Ter Breuggen
Cátedra de Egiptología

Correspondencia:

Beverly Quint a Ralph Trilipush, 1922

PERSONAL para el Profesor R. M. Trilipush
A cargo del departamento de Estudios Egipcios
Universidad de Harvard
Cambridge, Estados Unidos de América

29 de septiembre de 1922

Mi queridísimo Ralph:

Acabo de pasar una tarde decididamente pesada (y ello en uno de los raros días soleados con que nuestro malhumorado, por no decir malintencionado, Padre Celestial nos ha obsequiado últimamente). Me vi obligado a perder un par de agotadoras horas con un pequeño individuo australiano, todo él pecoso y de color anaranjado, una cabeza del más absurdo pelaje. En el mismo momento en que se marchó, me puse a escribirte, ya que fue lo bastante amable para darme tu dirección en la querida y adorable Harvard. ¡Harvard! ¡Qué maravilla! Por supuesto, para los antiguos chicos del Balliol como tú y yo, quizás un poco provinciana, ¿no? ¿Recuerdas a Marlowe llamándola con nombres más bien divertidos, «El último refugio de los inútiles»?

Bueno, veo que te he dicho una mentirijilla. No me puse a escribirte en el momento en que se fue, querido. Esperé hasta que estuve seguro de que se había marchado del edificio y se encontraba de camino, y entonces primero lloré un poquito. Ya no tengo tendencia a sobreactuar, Ralph, al menos no por mucho rato, pero el espantoso Mr. Ferrell, un detective del tipo más lerdo, me aportó la confirmación de algunas noticias muy malas. No era nada que no hubiera sospechado durante años, pero una cosa es pensar que sabes algo y otra completamente distinta saberlo, si entiendes lo que quiero decir. Cuando vi tu querido libro autografiado para los padres de Hugo, bueno, entonces supe lo que tú has sabido durante años, lo que temía a diario pero trataba en vano de no creer.

Cálmate, querido, puedo imaginarte subiéndote por las paredes. Siento pena y agravio, pero no tengo ninguna queja verdadera que hacerte, considerando los hechos con imparcialidad. Rasgarme las vestiduras mientras cuento mis tonterías a la policía, y a la espantosa familia de Hugo, no tiene el menor atractivo. En lo que a mí concierne, eres libre. Mientras no vuelva a encontrarme nunca más contigo, puedo imaginar su cara en ti y decirme a mí mismo que él sigue viviendo en ti; pero hay algunas cosas que deberías saber antes de que cometas más errores fatales. Detestaría ver que la creación de Hugo se encuentra con su creador demasiado pronto. Para empezar, los insoportables padres de Hugo se llaman Hector y Regina, pese a las insistentes pretensiones de Hugo en sentido contrario. Toma asiento, ángel mío, la historia es cada vez más sorprendente.

Más bien cargué las tintas para Ferrell ahora, pero la verdad es que lo estaba pidiendo. Generalmente ofrezco a mis visitantes más conservadores una atmósfera

suave e inofensiva, pero ése, ese asqueroso granjerito *aussie*, tardó apenas un momento en soltar sus referencias a Wilde y mofarse intolerablemente, afirmando su gusto por las damas. Si no hubiera sentido curiosidad por enterarme de lo que sabía sobre Hugo y sobre ti, le hubiera dado una paliza hasta dejarlo inconsciente, y lo habría vestido con una falda y abandonado en la calle. Pero actué para él. La cara que puso ese hombrecillo cuando —al ir a tirar de un cordón de terciopelo conectado únicamente a una cortina— le pregunté si no «le apetecía saborear a un niño árabe junto con su café», fue toda la diversión que he tenido en varias semanas.

También estoy un poco triste porque durante años he atesorado las páginas que te adjunto, pese a las preguntas de la familia de Hugo y de nuestro vulgar sabueso de las antípodas. Pero ¿de qué me sirven ahora? Tú pudiste salir de Egipto, él no.

Estos últimos años me he convertido en un insoportable pelmazo. Debería ser un héroe para los jóvenes de Londres y todo lo que hago es estarme sentado en mis habitaciones, haciéndome más viejo cada día. El otro día me visitó un colega del Balliol, que muy correctamente me reprendió por convertirme en una vieja, una especie de personaje de Balzac. ¿Has leído a Balzac? Hugo te describía como alguien bastante afanoso por lo que se refería a tu campo, pero no mucho para lo demás. Hay más cosas en la vida que… Oh, mira, como si tuviera algún derecho a apremiarte a que amplíes tus horizontes, cuando los míos se han encogido hasta un puñado de cartas de un joven soldado muerto.

Te adjunto cinco de ellas. Te explicarán todo lo que necesitas saber, excepto, supongo, dónde empezó todo. Originalmente, en Oxford, él era una especie de broma, sabes, servía de camuflaje fácil, un nombre aceptable ratificado por todos, un individuo que podíamos utilizar todos cuando manteníamos correspondencia con las motos y los *poters*. Se había convertido en un dogma, sabes, en nuestros círculos, que éramos incurables, aunque seguía habiendo entre nosotros algunos tristes chicos que intentaban resistir, o maldecir nuestra naturaleza, a hacer como los ancianos padres nos pedían y hablar con algún horrible especialista de Londres, en Harley Street, que prescribía psicoanálisis, duchas, viajes, boxeo. («¿Y qué tal la lucha libre, amor?», le pregunté). Cómo es que *todos* los padres parecían conocer al mismo curandero es algo que se me escapa. En todo caso, el más osado de nosotros —Hugo, por supuesto — simplemente dijo un día mientras los de nuestro pequeño club estábamos cenando en nuestras habitaciones, «¿Qué tenéis de malo, chicas? ¿Os vais a someter a esto? Yo rechazo el tratamiento. ¿Por qué no buscan *ellos* tratamiento?». Delicioso. La idea de nuestros incómodos padres tratando de hallar una cura para su persistente ginofilia con algún delicado doctor de nuestra elección. Todos queríamos a Hugo, sabes. Nunca pude tenerlo todo para mí, ni siquiera entonces. Pero él era con mucho lo que yo deseaba ser. Las mujeres nunca lo miraban, claro; no estaba hecho para ellas, las malas bestias lo olían a distancia, mientras que mi aparición siempre las confundía y las hacía dejar caer sus novelas de Jane Austen cerca de mí, con miradas significativas.

«Bueno, negaos», decía nuestro Hugo. Pero algunos de los más jóvenes no eran tan valientes, así que Hugo nos sugirió que todos dijéramos a nuestras familias que ya estábamos curados, mucho mejor, gracias, y pensando seriamente en hacer proposiciones de matrimonio a alguna joven de buena familia que habíamos conocido recientemente en una fiesta. ¿Cuál era el nombre que se nos ocurrió? Qué extraño, ahora sólo puedo recordar el de Gwendolyn, pero no era ése. Y, lo mejor de todo, madre y padre, hemos conocido al tipo más maravilloso, el mejor de los amigos, el individuo al que uno espera conocer al ir a Oxford, que será probablemente mi testigo si logro armarme de valor para decirle a esa chica adorable cuán genial creo que es. Y él, bueno, él era moldeable, ése era su encanto; era todo lo que tú pensabas que tus padres deseaban oír. Si ellos o aquella sanguijuela de Harley Street tenían la audacia de disuadirte de que frecuentaras tu habitual círculo de amigos, los tranquilizabas diciendo que ahora pasabas tus momentos de ocio en compañía de un gran tipo, un muchacho de buena cuna y extraordinariamente digno de confianza que remaba como Ulises aquella temporada, que corría como Hermes, que estaba seguro de sacar sobresaliente en Egiptología (Hugo insistía que todos mencionáramos esto), que se había comprometido con lady Tal y cual, que se disponía a regresar a Kent y devolver la mansión familiar a su anterior condición, a hacerse cargo de sus propiedades, o mostrar o los pequeños terratenientes locales cómo era un caballero rural del siglo XX, y así sucesivamente, al gusto de cada uno, al gusto de los padres de cada uno, para ser exactos. Estoy seguro de que tú lo habrás oído todo, querido muchacho. Hugo proporcionaba una extensa biografía para aquellos individuos que no eran muy creativos, hasta arreglaba las cosas para que unos pocos muchachos consiguieran su fotografía, vestidos con ropa de caza, con un hombre de la zona que encajara en el cuadro. Incluso acudíamos a Hugo para que nos diera ideas: «Madre quiere conocerlo el mes que viene. ¿Qué voy a hacer?». Hugo se ocupaba de todo, nos tranquilizaba, escribía los cuentos que necesitábamos, y nuestros padres respiraban tranquilos. Nuestro molesto defecto adquirido en la escuela se había desvanecido completamente en la universidad.

Sigo sin poder aclarar exactamente lo que pasó aquel día de noviembre en el desierto. Sé lo que Hugo pensaba hacer, querido Ralph. Espero que lo hayas perdonado, camarada. ¿Puedes realmente censurarlo? No, no más de lo que yo puedo censurarte a ti por el resultado. (O censurarme a mí mismo: Hugo interpretó mi consejo al revés). Pero ¿podrías escribirme y recordarme los hechos? Creo que me debes ese pedacito de consuelo.

¿Lo amabas un poco? Tengo que pensar que sí. ¿Cómo podría haber sido de otro modo? ¿Cómo podía no inspirar amor? Especialmente en alguien cuyo corazón está un poco abierto, tú que no te atreves a pronunciar tu nombre. Tú fuiste el último que lo conoció. Podrías escribirme y hablarme sobre Hugo en la guerra, describir lo que hacía.

Bueno, con este fajo de cartas, tú quedas de golpe informado. ¡Pero no dejes de

ser tú mismo! ¡Ésa sería, sin duda, la moraleja equivocada de esta historia! No, no tengo intención de desanimarte, Ralph, no más de lo que pienso perseguirte, o pedir a la policía que pierda el tiempo con nuestras vidas. Estoy simplemente dándote el conocimiento que te hace falta para seguir adelante, porque, a fin de cuentas, tú eres el fruto de nuestro amor, nuestra culminación, querido muchacho, así que sigue tu camino… Tus continuados éxitos nos honran. Eres la viva expresión de Hugo, su Adán sobreviviéndolo, pero todavía comportándote tal como él te hizo. Oh, por supuesto, sigue adelante, viejo Ralph, tu Creador está orgulloso de ti, incluso si en un momento de debilidad intentó destruirte. Los dioses pueden comportarse así. Y cuando oiga hablar de tus triunfos (como este divertidísimo librito de indecencias, que Hugo habría admirado sinceramente), gritaré en mi interior que, en ti, Hugo sigue caminando por la tierra, tan vivo como la última vez que lo abracé.

Él te elaboró a partir de trozos de tela y relleno de crin, sólo para hacerme reír, sabes. Fueras lo que fueses para él, fuera lo que fuese lo que olvidara decirme, no es nada comparado con lo que nosotros fuimos y con el regalo que me hizo de ti, su *Guignol*, cuyo escenario está en todas partes y cuyos hilos se extienden hasta algún paraíso *buche* de buen gusto. Puedo imaginarte hoy, chico anónimo, hablando lo más parecido a Hugo que puedes. ¿Recortas y alargas los «buenos días», convirtiéndolo en «bns díííias»? ¿Llamas a las personas «Sven» cuando no puedes recordar su nombre? ¿Hostigas a los ginófilos y los llamas «queridos»? Por supuesto que lo haces, cariñito.

Solamente, como un favor a este entusiasta seguidor, dedica un recuerdo, de vez en cuando a lo que dejaste morir en un lejano desierto. Espero que no seas cruel.

Tu admirador,

B. Quint

Correspondencia:

Hugo Marlowe a Beverly Quint, 1918

16 de enero de 1918

Queridísimo Bevvy:

Si anhelas algo esperanzador para alegrar tus monótonos días en la gris y vieja Inglaterra, entonces tengo una historia que contarte sin falta: voy a… ¡Oh, oh! No habrá un censor o dos atisbando por encima de tu hombro, ¿verdad? Bueno, no importa. Soy un oficial y, como sea, voy a hacerte llegar esta carta sin censurar. Conozco a un individuo herido que se marcha a casa, que puede llevar un sobre. Confía en tu Go-go.

Así que vamos con ello. Me están *haciendo chantaje*, y es una delicia, tengo que confesarlo. Ha animado mucho mi monótona y polvorienta existencia aquí. Creía que iba a volverme loco si tenía que interrogar a una más de esas viejas nativas sospechosas de algún contacto con el feroz enemigo, como si los egipcios no estuvieran *encantados* de ser nuestros aliados y mejores compinches, desde el más moreno recién nacido hasta el último viejo y arrugado trabajador. No es para quejarse demasiado, sin embargo. Gracias a este trabajo, mi árabe se ha perfeccionado, si bien de forma peculiar, porque cuando soy el único interrogador en la habitación estoy libre de probar mis frases más *recherchés* con los más tiernos, temblorosos y traicioneros jóvenes.

Bueno, ahí va mi historia:

No hay razón para que lo sepas, pero aquí, en nuestra pequeña casa, alejada de la higiene, estamos a no más de sesenta kilómetros de un suburbio llamado Tel el Kebir, una colonia de antípodas, un festival de alegres matildas y errabundos australianos, aquellos remanentes que no fueron enviados a esparcir sus entrañas por el Bósforo por lo que (no me cabe duda) eran consideraciones estratégicas decididamente brillantes. En su mayoría los evitamos, desde luego, aunque algunos de sus oficiales no son absolutamente ovinófilos y uno se ve obligado a consultar con ellos de vez en cuando durante terribles reuniones entre oficiales, imaginando golpes diabólicamente inteligentes para deslumbrar las cabezas cubiertas con fez de nuestro malvado enemigo. Yo me vi incluso obligado a pasar una semana acantonado entre esos extraños marsupiales, de «enlace», como decimos nosotros, aunque lo decimos en el sentido menos divertido de esa palabra que el ejército podría concebir. La cuestión es que uno de esos jóvenes y simpáticos individuos de las antípodas me encontró en unas circunstancias que merecen ilustración.

Unas semanas después de mi regreso del campamento de los excavadores, casi me los había quitado de la cabeza. Entonces, una noche —una de esas noches que hace que todo este baile de disfraces valga la pena, que casi te hace agradecer al rey que haya encontrado tiempo en su agenda para meterse en esta riña con su primo— salí de la casa para dirigirme a un *rendez-vous* que había fijado entre mis amadas

pirámides de Gizeh, una larga excursión en motocicleta desde aquí, aunque agradable, a última hora de la noche.

Una pequeña descripción, Bev: la cima de la pirámide de Keops penetraba en el disco de la luna, de forma más bien encantadora, como si fuera una cabeza clavada en una pica. Las atenuadas y negras sombras de las tres pirámides se extendían detrás de esas mismas moles blanco-amarillentas, dando la impresión de un tablero de *backgammon* del desierto.

Apagué el motor de la motocicleta. Caminé hacia las pirámides, sensuales en esa noche negra y plateada, como si me estuvieran atrayendo a una cita romántica. Pero para mi esperado invitado yo era, pensé, el único hombre del antiguo desierto, y esas tres orgullosas bellezas, junto con su desnarigada alcahueta, me llamaban a las arenas, donde todos podíamos estar juntos. Un poco más tarde, llegó mi citado, un muchacho que yo había interrogado aquel día, un tipo completamente inocente arrestado por razones sólo conocidas para alguna u otra Emma Pip. Como yo era el único que hablaba árabe en el interrogatorio, tuve la oportunidad de decirle que la mejor manera de evitar futuros problemas con sus autoritarios jefes ingleses era encontrarse conmigo para un paseo por las pirámides después de la medianoche.

—Su Excelencia me hace demasiado honor —replicó la *coquette*.

—¿Qué está diciendo ahora ese tipo? —preguntó el sargento.

—Dice que es un súbdito obediente.

—Una historia plausible, la del pequeño negro bastardo —gruñó el viejo sargento, y yo le aseguré que conservaría el nombre del chico en el archivo y haría que mi legendaria red de espías lo vigilara constantemente.

Bueno, nos habíamos situado a la sombra de la gran pirámide, mi interrogado y yo, haciendo otra pirámide por nuestra cuenta, cuando oí otro motor de motocicleta, pero que parecía alejarse en la otra dirección (malditos ecos). Unos minutos más tarde bajé la mirada y observé que yo ya no estaba en las sombras (maldita luna móvil) sino más bien en la arena blanqueada por la luna, y sólo un momento después pude oír un carraspeo, y, emergiendo de los oscuros escalones, vi a un soldaducho (mientras mi soldadito permanecía oculto).

Un consejo gratis, Bev, por si alguna vez te encuentras en esta situación: no es momento para el pánico o para mostrar debilidad. Mis caderas continuaron decididamente con sus empujes nocturnos, aunque mi montura nativa tenía ahora los ojos en blanco y gimoteaba, y sus brazos le colgaban cuando se suponía que él estaba apoyado en el costado de la pirámide. Yo le ladré algún convincente consejo en árabe al intruso, dando a entender que era mejor que se largara, que se pensara que había interrumpido a un bien armado caballero egipcio en un corriente pasatiempo nocturno.

—Diga su nombre, maldito comedor de cerdo.

Él respondió tranquilamente en inglés con acento *aussie*:

—General Allenby.

—Perfecto, entonces —articula Marlowe en inglés, sin cesar en su actividad—. Mejor que tengas un permiso para estar fuera de la base a esta hora, soldado, y también un vale firmado para esa motocicleta que he oído.

Habrías estado orgulloso de mis modales de rudo sargento, Bev, y de que me negara a romper mi marcial ritmo.

—Nombre.

Saludó secamente y respondió.

—Esto no va a terminar aquí. Te ordeno que vuelvas a la base inmediatamente.

—Sí, señor, capitán Marlowe, señor, inmediatamente, señor.

El rápido uso de *mi* nombre me desanimó un poco, como podrás imaginar, y si hubiera tenido más astucia o confianza en que podía acertar a algo con ese maldito juguete, hubiera echado mano de mi Webley, disparando al *aussie*, concluido mis tratos en paz y encontrando una explicación más tarde. Lo que ocurrió es que oí alejarse el zumbido de la motocicleta, volví a empujar a mi montura hacia las sombras y traté de no volver a pensar en ello.

Al día siguiente, sin embargo, reconozco que estaba un poco preocupado por las repercusiones, pero mi atormentador no me hizo sufrir mucho tiempo. Antes de que mi ordenanza hubiera incluso acabado de decirme que un ANZAC estaba fuera esperando *mis* órdenes, penetró a grandes pasos en mi tienda aquel mismo vaquero australiano de la noche anterior.

—¿A mis órdenes? —repetí con cierto tonillo, despedí a mi ordenanza, y me puse a desabrochar mis polainas yo mismo.

—Tuve la impresión de que se sentía usted incómodo conmigo anoche, señor.

—En absoluto, en absoluto. Todos vosotros, los *aussies*, habéis demostrado ser unos excelentes soldados. Ninguna incomodidad, en absoluto. ¿Algo más?

—Si puedo, señor, pido permiso para preguntar; ¿qué es lo que más le impresiona de los luchadores australianos?

Terminé con mis polainas, me recosté en mi camastro y contemplé a aquella mierdecilla, aunque él miraba con estilo militar, a media distancia. Desde donde, estoy seguro, él podía ver el universo que se desplegaba ante él, lleno de promesas.

—Supongo que sería la discreción de los nativos *aussie*, ¿no?

—Es nuestra consigna, señor.

—Entendido.

—Señor, si se me permite decirlo, los antiguos egipcios respetaban tanto ese particular rasgo —la discreción— por encima de todos los demás, que ofrecían ascensos militares sólo por eso.

—Muy divertido. No puedo decir que recuerde haber leído nada al respecto.

—¿No, señor? La educación pública que sufrimos es terriblemente floja, sabe usted, así que ello me espoleó para seguir una instrucción independiente.

—Ya veo. Sí, quizás tengas razón, las culturas antiguas son susceptibles de interpretación, ¿no? Echaré una ojeada a esa afirmación, quizás contacte con algún

viejo catedrático. ¿Algo más para hoy, soldado?

Me tenía, Bev. Me tragué mi dignidad, y unos días más tarde tuve algunos asuntos otra vez en la base *aussie* en Tel el Kebir. Allí mencioné al apropiado oficial de las FIA que uno de sus soldados, que sabía algo de árabe, había sido particularmente útil en una serie de interrogatorios del contraespionaje que yo había estado llevando a cabo, y ciertamente no a mi puesto, desde luego, pero el muchacho podía merecer un ascenso a cabo interino si tenían alguna vacante en aquellos elevados rangos. ¿El precio? Tuve que escuchar las más insoportables historias sobre la prometida de ese capitán, allá en Melbourne, y hacer gorgoritos ante una fotografía de la más espantosamente fea mujer de la historia de ese sexo, si es que no era un cangurito afeitado con faldas.

Así terminó mi ardiente aventura, B. Debería pensar que estoy fuera de peligro, y he oído al último de mis asquerosos Sven procedentes del culo del mundo. Naturalmente, no debería sorprenderme si resulta que ese pollito está esperando algunas piastras por su permanente discreción, pero él debería también darse cuenta de que puedo hacer su vida aquí muy desgraciada: por ejemplo, hacer que lo destaquen a algún lugar espantosamente desagradable, cuando no fatal.

Pasando a otras excitantes noticias procedentes del escenario del gran esfuerzo de la humanidad por lograr la paz mundial, tengo que decirte que encontré algo bastante extraordinario en el bazar esta pasada semana, aunque me cuesta creer que no sea una impostura. Lo compré por su convincente aspecto, mejor que el de las usuales y absurdas falsificaciones. No he conseguido descifrarlo, pero parece ser algo de potencial interés sobre un punto bastante misterioso de la egiptología. Naturalmente, a pesar de volver a merodear otra vez por el bazar, no pude encontrar al tipo que me lo había vendido, así que todas mis nuevas preguntas sobre su procedencia y autenticidad se han quedado sin respuesta, pero no sé si tú podrías prestarme un pequeño servicio, Bev. ¿Podrías preguntarle al querido y chocho Clem Wexler la mejor manera de conservar y hacerle llegar a él un determinado «documento antiguo»? Anda, sé un cielo y escríbeme al instante la respuesta, que es de la máxima prioridad. Otra cosa, Bev, aunque pienso que puedo enviarte cartas a ti sin que las lea nadie, no creo que las tuyas dirigidas a mí sean tratadas con el mismo respeto. Escríbeme pues, con juicio, querido amigo.

Tu querido sin barbilla,

Go-go

23 de abril de 1918

Bev, estúpido andrófilo:

No trates de mostrarte como una absurda muchachita sobre lo que escribo o no escribo en las cartas que te envío. No me des lecciones sobre alguna de tus más recientes virtudes, ninguna de las cuales, ni siquiera remotamente, me convence. Yo continuaré escribiendo lo que me divierte y lo que pienso que te divierte a ti, mi queridísimo amigo. Mi método de llevar a cabo las operaciones de contraespionaje es tan bueno como cualquier otro. Ninguno de mis jóvenes agentes nativos ha conspirado con el enemigo, eso tenlo por seguro; procuro que estén saciados, una técnica preventiva que todo servicio de seguridad debería emplear. De manera que no me voy a censurar por ti, ni a proteger lo que tú tan poco convincentemente calificas de tu «sensibilidad». ¿Crees que le escribo las mismas historias al pequeño Theo Grahame o a cualquiera de nuestros otros antiguos compañeros de cenas? Por supuesto que no. Tú eres mi único y verdadero *corresponsal*. Nunca te pedí que vivieras como un triste fraile dominico por mí (e incluso éstos, pienso, se creen en la obligación de disfrutar más de lo que tú lo haces, relajándose con monjas e imbéciles muchachos campesinos y demás, amenazándolos con que irán al infierno si hablan).

Pero ¿qué pasa con Wexler, maldita sea? Tenías tanta prisa por quejarte (y de forma bastante indiscreta) que olvidaste hacer lo más sencillo que te pedí, corrupto individuo. Ahora cruza inmediatamente a todo correr la ciudad antes de que Wexler finalmente expire y se desintegre, y la asistenta tenga que barrer el polvo gris resultante. Y dile estas palabras: «Hugo ha encontrado algún p. que parece confirmar a Harriman y Vassal y quiere mandárselo a usted sin que sufra daño. ¿Cómo?». Asegúrate de pronunciar bien el signo de interrogación, o él supondrá que eres un piel roja y hará que te echen de sus habitaciones.

En cuanto a mi otro asuntillo, ha tomado un nuevo sesgo realmente divertido. Tal como yo lo recuerdo, me marché tras haber conseguido un ascenso para mi matilda, y estaba entonces aguardando su inevitable petición de fondos. Ésta nunca se produjo. Empecé a confiar en que nos sentíamos satisfechos con nuestro ascenso, en que nosotros estábamos sumamente orgullosos de presumir de nuestros nuevos galones de cabo interino y de administrar un poquito de disciplina de cabo interino a aquellos que daban la impresión de merecerlo, o al menos que disfrutaban con ella, pero no: Una mañana, recibí un desconcertante mensaje de un sargento *aussie*, el simpático camarada que se encontraba al mando del destacamento de guardia en la verja de su campamento. Solicitaba cortésmente que, dado que yo estaba regularmente enviando a nuestro nuevo cabo interino a misiones de contraespionaje a todas horas del día y de la noche, sin, comprensiblemente, tener tiempo de expedir permisos individuales cada vez, ¿podía al menos rellenar algún tipo de permiso ilimitado para que la guardia de

servicio la tuviera como referencia? Bueno, aquí teníamos un rompecabezas. Envié a mi ordenanza a dar un paseo y buscar a mi *aussie* favorito, y aquella misma noche aparece el colonial. Desde nuestra última reunión, me explica sonriente el joven Sven, ha adoptado la costumbre de abandonar su campamento siempre que siente la urgencia, dando *mi* nombre como contraseña: «Misión de espionaje para el capitán Marlowe», le dice a la guardia, balanceándose entre petardeos del motor de una motocicleta requisada con las mismas palabras: «Vea al capitán Marlowe para los documentos de autorización». Una llamativa demostración de caradura, convendrás conmigo. ¿Y qué era lo que buscaba en sus misiones? ¿Huríes? ¿Pendencias? Nada de eso: ha salido, usando mi buen nombre, media docena de veces a… espera, Bev… *¡a explorar los monumentos!* Ha estado en yacimientos arqueológicos, tratando de conocer a los pocos excavadores que siguen trabajando pese a las explosivas distracciones que procura esta moderna guerra. «¿Puedo hablarle claramente, señor?», vocifera. Por supuesto que puedes, pichoncito, pero no hace falta que grites. Prepárate, Bev: al parecer, nuestro pequeño *aussie* simplemente ama a Egipto y la egiptología. Está loco por ellos. No quiere *otra cosa* de mí, realmente, por el alma de su koala favorito, sólo quiere charlar conmigo sobre el antiguo Egipto. «¿Y cómo voy a saber nada al respecto?», le pregunto. Ah, bueno, él lo sabe todo sobre mí, te sentirás tan alarmado como yo al oírlo. Sabe no solamente que leía a los faraones en Oxford, sino que tengo previsto «volver y acabar la carrera y convertirme en profesor de la Universidad», me dice mientras sus ojos chispean. Tímidamente confiesa que, tras haberse enterado de eso hace algún tiempo, había tratado de abordarme *antes* de nuestro encuentro en el desierto, cuando pasé aquella semana en Tel el Kebir, aunque yo no guardo el más mínimo recuerdo de él. Y como yo, comprensiblemente, no le presté ninguna atención allí, se dedicó a seguirme a todas partes siempre que le era posible, e incluso salió furtivamente de nuestro campamento y llegó a nuestra base aquella noche fatal, sólo con intención de volver a presentarse ante mí. Pero me vio salir y supuso que yo me iba a «dar un paseo para contemplar la incomparable belleza de las pirámides de Gizeh», y fue tras de mí. Y va y me dice eso, como si yo estuviera encantado de escucharlo.

Una empalagosa historia, pero ¿qué demonios quiere de mí *ahora*? Toma, lo que todo chantajista habitual quiere: lecciones de egipcio del Imperio Medio. Temblando por exhibir sus ocultas habilidades ante mí, toma pluma y papel de mi mesa para demostrar que ya sabe leer jeroglifos, escritura hierática y demótica. Aprendió por su cuenta, afirma (asegúrate de que estás sentado para oír esto, Bev) a partir de los libros en una biblioteca pública australiana dirigida por su primer amor, una mujer que murió trágicamente, exhalando el último suspiro en sus brazos. Y ahora simplemente quiere hablar sobre la historia de los reyes conmigo. En resumen, Bev, estoy siendo chantajeado para dar clases privadas a un antípoda, autodidacta, viudo, de tendencias criminales, supuesto egiptólogo. Seguramente ya conoces el tipo, la historia de siempre. Avísame cuando te aburra, amor.

Mi discípulo es un completo *naïf*, pero hay en él extraños, inconexos pozos de conocimiento, lagos sin fondo de experiencia egipcia, separados por vastas playas de ignorancia. Él es consciente de eso, y quiere que la tierra discurra uniformemente. Y mientras estamos en ello, le gustaría también aprender árabe, que ya ha empezado a chapurrear por su cuenta.

Ha venido a mi tienda tres veces desde entonces… ¡Una excursión de sesenta y tantos kilómetros, Bev! ¡Cuánta devoción! Me trata con el más absoluto respeto. Las historias de Oxford lo hipnotizan, como una cobra bizca balanceándose ante la flauta canora de un negrito encantador. Yo susurro «Balliol» y él empieza a desmayarse, aunque no tanto que yo no pueda empezar a instruirle en el pedagógico método que creo que sería más agradable. Lo intenté una o dos veces (uno pierde la cuenta), pensando que sería divertido y también liberaría la desagradable presa que el joven estudiante ejercía sobre mí. Pero era como plantar mi semilla en un desierto, estoy seguro de que te sentirás aliviado al saberlo, Bev. «My amble por su parte, captán, pero no quiro hacer prder su timpo, debríamos tratr discutr sólo cuestnes serias». El muy bruto. Si me pareciera a ti, ni que decir tiene que habríamos progresado mucho a estas alturas.

Escríbeme y háblame de lo que me estoy perdiendo en casa. Háblame de la temporada. Dime si mi nombre aún aparece alguna vez en la conversación. Dime si hay todavía un lugar para mí allí. Y, por el amor de Dios, dime lo que dice Wexler.

Tu moreno príncipe de Egipto,

Go-go

29 de julio de 1918

Querido Bevvy:

Es desgarrador, francamente. Gracias por tus esfuerzos y gracias por hacerme llegar noticias. No es que ella pensara nunca mucho en mí, pero dile a la pobre viuda que le envío mi más sentido pésame, y que su marido lo significaba todo para mí. Díselo lo mejor que sepas, díselo como a ti te gustaría. No estoy bromeando… él era realmente importante para mí, de veras, dipsomanía y senilidad aparte. Era un pedante, por supuesto, y su objetivo en la enseñanza era producir, antes de que su alma se separara del cuerpo, tantos especialistas como fuera posible que pensaran y hablaran exactamente como él lo hacía. Me parece que probablemente tuvo éxito. Antes de irme de Oxford, había observado a media docena de los alumnos más jóvenes que se habían aficionado a tirarse del lóbulo de la oreja y decir: «Tal vez, tal vez, pero lo dudo», cuando querían hacer callar a alguien. Pobre viejo Clem. Yo deseaba de veras su consejo sobre papiros, maldito seas. Maldito sea él.

¡Pero, Bev, sigue leyendo! Acababa de leer tu carta cuando mi huerfanito llegó para su lección. (Oh, sí, es huérfano, también; esta historia es extraordinaria, y no le falta auténtica sensiblería… *Tú*, estoy seguro, estarías sollozando). Vio inmediatamente que yo había recibido malas noticias, y me sentí inducido por un impulso nostálgico a discutir de Wexler con él, de la forma como enseñaba, de sus apodos inventados por mí (El Ibid Ibis, Lo-Dudo, El Cabrón del Sic), de algunos métodos y conversaciones que habíamos mantenido, incluyendo las fascinantes cuestiones del particular asunto histórico que rodeaba aquel artículo que yo había encontrado. Por supuesto el chico se sentaba completamente inmóvil, boquiabierto y anhelando las salas de reunión de los novatos. Al cabo de unos minutos, yo recuperé el dominio de mí mismo, y estaba preparado para empezar con nuestro tema del día (cultos religiosos de los reyes tebanos), pero él me interrumpió y me preguntó simplemente qué podía hacer para que lo *admitieran en el Balliol*. Es extraordinario; este chico está lleno de sorpresas. «Bueno, veamos —le respondí con toda seriedad —. ¿Terminaste tus estudios en Australia o sólo aprendiste en la biblioteca pública?». Él guardó silencio. «Bueno, eso dificulta más bien las cosas, ¿no, pichoncito?». Por no mencionar ese olor a oveja húmeda que todos desprenden.

Empezamos nuestras clases prácticas (que consistían principalmente en que yo resumiera algunos acontecimientos o temas, y le diera listas de libros que debía leer si alguna vez regresaba a la civilización, algunos de los cuales, de forma sorprendente, él ya había leído, aunque la mayoría de ellos, no, y yo intentaba resumirlos también para él). Hoy, sin embargo, al cabo de unos minutos, la conversación se fue deslizando hacia las glorias de Oxford. Eso era por entero culpa suya, y aunque al principio le complací a él y a mí mismo, lo cierto es que la cosa se fue haciendo

paulatinamente más irritante, de modo que le dije que aquella conversación sobre Oxford me resultaba demasiado dolorosa, ya que invariablemente me traía recuerdos del (es casi un reflejo ahora citarlo cuando hay que mentir) pobre Trilipush, mi mejor amigo allí, un huérfano como tú, cariñito, pero desaparecido durante todos estos meses en la campaña del Bósforo. (Siento soltarte las noticias tan repentinamente, Bev. ¿No te lo había mencionado? Oh, sí, Ralph se marchó voluntariamente, imagínate, a mandar un destacamento de bronceados marinos de anchos hombros para abordar Constantinopla por mar, en realidad nadando, pues Ralph, como prefería no ser ostentoso, declinó un barco. No hemos recibido ni una noticia de él durante meses. Reza por nuestro amigo).

El colono, ansioso por conocer cualquier sagrada reliquia de mi santa existencia en la tierra prometida de Oxford, suplica más detalles.

«Era mi amigo más querido en Balliol, mi compañero inseparable, el chico dorado, la esperanza de la egiptología, el hijo huérfano de la pequeña nobleza de Kent, el famoso deportista, erudito, destinado a ser un caballero rural. Él y yo nos alistamos para luchar juntos por la buena causa, el orgullo de los egiptólogos del Balliol. Sirvió aquí conmigo, uno al lado del otro al principio, pero él insistía en combatir, y finalmente se marchó para ayudar a sus compatriotas a derribar el imperio de los hombres del fez, nuestro adorable y desaparecido muchacho». Y seguí un poquito más, completamente seguro de que mi discípulo estaba captando la broma, y seguí sin parar. Recordé nuestros triunfos y payasadas en nuestros días de universidad. Ralph y yo, y eso y lo otro sobre la infancia y brillante carrera de Ralph, de hecho cualquier cosa que me viniera a la cabeza para evitar nuestras pequeñas y monótonas clases, pero mientras proseguía, observé que el estúpido no tenía ninguna idea en absoluto. Y naturalmente eso me hizo sentir curiosidad por ver hasta dónde podían llegar las cosas, y continué, exagerando un poco aquí y allá sobre todo en general, convirtiendo en realidad algunas cosas que tú y yo hubiéramos deseado, Bev, como reconstruir Oxford para él a nuestra imagen y semejanza. Yo pensaba sólo en ti en algunos de mis detalles añadidos, particularmente los enanos de servicio, elegidos en feroz competición por su servilismo, discreción, fluidez en lenguas extranjeras y perfectamente dimensionada pequeñez.

Tiene una inagotable sed por los detalles, nuestro huerfanito chantajista, y yo me mostraba infatigable. ¿Qué comíamos allí? ¿Qué se sentía al saber que formábamos parte de «la afortunada nobleza elegida»? Pongo a Dios por testigo, Bev, me preguntó eso. ¿Cómo eran mis padres y qué clase de cosas les gustaban cuando yo era un niño, y qué métodos usaban para «averiguar cuándo debían azotarme»? Eso resultaba difícil, debo reconocerlo. Ya conoces al viejo: ¿puedes imaginar al pequeño y mudo Príapo «azotando» a alguien? Y, pese a todo su conocimiento de Egipto autoadquirido y enriquecido por Hugo, realmente no tiene la menor idea de cómo funciona el mundo del siglo xx, y de quién reside en él. Le pregunté por qué había una guerra, por qué estaban luchando los alemanes y los turcos. Cierto es que tampoco yo soy

capaz de decir exactamente por qué, ni en un caso ni en el otro, pero es que él *realmente* no tenía ni idea, y murmuraba algo sobre los banqueros y capitalistas internacionales, aunque sin ninguna convicción. ¿Sabe cómo es elegido el Parlamento, o el nombre del presidente americano, o qué lengua hablan en Austria-Hungría, o las reglas del *criquet*? No. No lo sabe.

He escogido, ya que estoy disfrutando con mi chantaje, un agradable pasatiempo con este idiota adulador. Pienso que tú disfrutarías bastante, Bev. «Hasta el próximo día, entonces —dice con un alegre ademán, recogiendo sus notas e hipotéticas listas de lecturas, con un último guiño de devoción hacia su oxfordiano tutor privado—. Me aprenderé todo esto para la próxima vez, desde luego». Cuán adorable será por tu parte, cariñito. Te vendrá bien cuando regreses a casa a criar canguros. Felicidades también para ti, B. Q., por terminar tus estudios. Me pregunto si habrás dedicado un solo pensamiento a nuestra existencia en la posguerra, que deberá convertirse en realidad algún día, pues finalmente los caballeros que están al mando se quedarán sin jóvenes para sacrificar, y las potencias beligerantes tendrán que tomarse un respiro para criar algunos más. Y en ese intervalo, yo, por supuesto, volveré a mis estudios, con la vista puesta en el sillón de Clem Wexler. Necesitaré a alguien que gobierne mi casa y que me haga compañía, e insistiré en uno que tenga un posgrado en Literatura Gabacha, si conoces a alguien que pueda estar interesado en el puesto, eso sí, recuerda mi feroz temperamento y bizantinas exigencias.

Educando a las masas,

Go-go

15 de agosto de 1918

Querido B. Q.:

La he cagado un poquito. Cualquier consejo que puedas ofrecerme será bien recibido.

¿Ya habrás oído hablar de esos cuentos al amor de la lumbre, supongo, que nos llegan de Luxemburgo, o por ahí, donde, en Nochebuena, se producen pequeñas treguas en la línea del frente y nuestros hombres y los boches dejan de dispararse y, por la noche, comparten bebidas e intercambian regalos y bailan un poco, antes de volver a la mañana siguiente al trabajo diario de hundir bayonetas en las barrigas de los otros? Estupendo, digo, y no hay delito en ello. Bueno, de forma parecida, en un, por lo demás muy común, suburbio de El Cairo, existe un establecimiento para caballeros de gustos refinados, cuyo civilizado puesto avanzado he visitado esporádicamente cada vez que los detenidos traídos para ser interrogados resultan ser con demasiada frecuencia ancianas y viejos campesinos. La dirección de ese establecimiento, inspirado sin duda por el mismo admirable humanismo mostrado en esas pausas navideñas de las trincheras, no discrimina la clientela de ninguna nacionalidad o creencia política. Nadie considera esto inapropiado, teniendo en cuenta las espantosas condiciones de la guerra a las que nos estamos sometiendo. Y, por supuesto, ahora que lo pienso, qué excelente ubicación para un potencial trabajo de contraespionaje, propósito al que sin duda dedicaré ahora el lugar, y que probablemente he dedicado ya en mis anteriores visitas, ahora que lo pienso.

—Ya no me apetecen estas pequeñas sesiones de educación social —le digo a mi pupilo colega en un ataque de sinceridad, y pese a estar en sus manos, cuando volvió la otra noche, gorjeando preguntas sobre Akenatón y mi cuarto de la infancia.

—¿No disfruta con ellas? —pregunta y me mira aturdido, como si le hubiera roto el corazón en pedazos.

—No, querida Matilda.

—Entiendo. Bueno, creo que difícilmente puede negarse —replica, áspero como no te puedes imaginar.

—¿De veras? —digo—. ¿Crees que tu posición es tan fuerte?

Y sin más, con una tranquila sonrisa, simplemente recita la dirección de ese establecimiento que acabo de describir más arriba, el fastidioso bruto. Viendo mi expresión, mencionó cuánto tiempo había transcurrido desde su ascenso, pese a sus atrevidos e incansables esfuerzos a favor del contraespionaje aliado. Y, por añadidura, aclarándose la garganta, y mostrando una momentánea vacilación, rara en ese cerdo tan seguro de sí mismo, rogó —prepárate, Bev— que nuestras clases prácticas abandonaran la formalidad de la tienda estudio, y lo llevara a contemplar los monumentos *in situ*, lo presentara a los arqueólogos como mi colega de Oxford, un

reciente graduado, y les recomendara que lo contrataran después de la guerra. ¡Bev, qué barbaridad! «No haré tal cosa —me temo que repliqué—. Y nadie me creería si lo hiciera, ridículo hijo de colono convicto».

«Entiendo». En un momento dado estaba tranquilo, sonriente, con aspecto presuntuosamente exigente. Al siguiente tenía exactamente esa misma cara que los jóvenes de Londres ponen a veces cuando les explicas que no pueden irse a vivir contigo para siempre aunque pasasteis una velada agradable juntos la noche anterior. Se trata de una cara de peligrosa advertencia, la conozco bien. Así que me excusé por mi exabrupto, murmuré algo relativo a que me sentía desanimado por el pobre Trilipush, del cual no sabía ni una palabra todavía, maldito fuera el viejo Johnny el Turco. No tenía intención de ofender, dije, y me sentiría mejor dentro de unos días, si es que podía darme un poco de tiempo para llorar su muerte y recuperarme. «Desde luego —dice él, recobrando rápidamente su animación—. Hemos estado trabajando juntos y usted ha perdido a un compañero. Todo el mundo tiene que soltar vapor de vez en cuando. Volvámonos a ver dentro de unos días. No tenía intención de apremiarlo tanto, precisamente ahora. Pienso que deberíamos volver a considerar nuestra situación más como una *sociedad*». Sí, Bev, puedo oírte pataleando por saber más detalles y con más precisión, pero ése fue precisamente el término que usó; he tenido buen cuidado en presentar todos estos encuentros sin exagerar nada. «Una sociedad que ha estado usted preparando para mí, de modo que después de esta guerra podemos pensar en seguir trabajando juntos, como un *equipo*». En efecto. Recuperó su buen humor y se marchó.

Bueno, Bev, creo que debería seguir tu consejo y tranquilizarme, si entiendes lo que quiero decir.

H. M.

11 de noviembre de 1918

¡Bev, Bev, Bev!:

Bueno, hoy es un gran día, no cabe duda. Habrás oído las noticias. ¡El futuro vuelve a empezar! Perderemos un poquito de tiempo antes de la desmovilización, pero supongo que podría estar en casa mucho antes del verano. Y entonces volver a mis estudios, y luego regresar aquí, a mi querido Egipto, en circunstancias más felices, para dedicarme a la caballerosa ocupación de profanar tumbas y exhumar a los muertos. Y dónde estará Bev, me pregunto incansablemente.

En cuanto a mi problemita, creo que tú descubriste una elegante solución; tu consejo fue sutilmente expresado pero sabiamente concebido: «Cuando termine la guerra, las cosas se resolverán por sí mismas. Sé paciente y trata al menos de fingir amabilidad con el chico». ¡Cómo no iba Bev a descubrir el nudo de la cuestión!

De manera que ayer llevé a mi alumno a un estado de excitación que no era enteramente fingida. Le dije que tenía algo que mostrarle, deslumbrantes noticias. Hice que jurara guardar el secreto, un juramento que prestó con húmedos ojos de sinceridad *aussie*, y luego le permití echar una ojeada al papiro sobre el que no conseguiste preguntar a Wexler, un documento que recordarás que encontré en un bazar, pero que a él le dije que lo había hallado en una excavación antes de tener el placer de conocerlo, y que había guardado desde entonces, esperando a que llegara la dulce paz, momento en que me lo llevaría a Inglaterra para su adecuado análisis. Bendita sea su inteligente cabeza de convicto: hay que reconocer en favor suyo (y en el mío como tutor que soy de él), que leyó la reliquia con cuidado, e inmediatamente llegó a la misma conclusión que yo. «¿Es lo que pienso que es?», preguntó entusiasmado. «Sin la menor duda», declaré, aunque la verdad es un poquito más confusa; aquella cosa podía ser también una falsificación, y, aun en el caso de que fuera auténtica, seguiría siendo poco concluyente en cuanto a… Bueno, qué más da, posiblemente a ti te importa un comino, y lo más significativo de mi historia está en otra parte, aquí, en el adorable y pacífico Año del Señor de 1918. En todo caso, el resto de mi intriga se desarrolló siguiendo su impecable lógica. «¿Dónde lo encontró?». Al chico se le hacía la boca agua. Le dije que el viejo cariñín de Trilipush (por supuesto) y yo lo habíamos descubierto en una de nuestras muchas excursiones allá por el año 1915, poco antes de que el pobre Ralph se encaminara a su trágico fin en Turquía. Me dejé llevar por mi artística imaginación. Le dije que habíamos estado excavando y desenterrándolo bajo el fuego enemigo. «¿Ha vuelto usted a ese lugar desde entonces? —preguntó, sin poder dominar su excitación—. Si esto estaba allí, ¡tal vez haya más! ¿No podría, no podría estar la tumba allí, al lado de donde esto fue enterrado?», farfullaba.

—Muchacho, yo también lo creo así. Estoy convencido de que nos está esperando

una tumba en aquel lugar, y creo que sé dónde. Ahora, escucha: la guerra casi ha terminado.

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo sabe? —pregunta mi sumamente perfecto idiota-atormentador, unas veinticuatro horas antes de que se firmara el armisticio.

—Por el amor de Dios, escucha. Tendré que volver a Oxford para terminar los estudios antes de regresar aquí, para iniciar una excavación como es debido, pero tengo la intención de aprovechar la oportunidad de que dispondremos entre ahora y el momento en que nos embarquen hacia casa, y hacer otra pequeña excavación de tanteo, para poner a prueba nuestra gloriosa sociedad en el campo, tú y yo, en una expedición preliminar.

Sinceramente, Bev, pensé que se iba a poner a llorar. Me abrazó de verdad, como un niño que, en una mañana de Navidad descubre un nuevo y brillante tren. Me sentí tentado de iniciar con él un tipo de abrazo más viril, pero no me atreví a echar a perder el magnífico cuadro que estaba cobrando forma.

—¿Embarcar hacia casa? —dijo de pronto, con expresión enormemente preocupada—. ¿Pueden obligarnos a volver a casa? ¿No se puede uno quedar aquí?

Al parecer, Australia no tiene para él más atractivo que para ti o para mí. Al menos habrá aprendido eso bajo mi tutela.

Bueno, deberías ver los beneficiosos efectos que está teniendo tu sorprendentemente sabio consejo, Bev. Mañana él y yo partiremos para un permiso de cuatro días. Le mostré el papeleo, ya rellenado, y él miró a su papá con expresión infantil de maravilla. Mañana los dos nos vamos a dirigir al sur, al auténtico corazón de la arqueología en este loco y hermoso país. Carter y Carnarvon están realizando un interesante trabajo en el Valle de los Reyes, y creo que sería bueno para mi carrera conocer a tipos como ésos ahora que puedo. Mi huerfanito prácticamente no caga por conocerlos, también, pero eso, claro está, por desgracia no va a ocurrir.

Porque allí, lejos de aquí, bajo la mágica luz del crepúsculo del desierto, colinas y colinas lejos de todo y de todos, complejos asuntos se desarrollarán de forma sencilla, tal como tú predijiste, y yo regresaré a la vida normal, libre de cualquier innecesario peso en mi mente.

¿Te chiflaría ir a vivir en Londres, Bev? Me emociona oír hablar de tu piso, desde luego, estoy impaciente por verlo, pero espero que no lo encuentres demasiado, demasiado confortable, nada permanente. Por favor, no descartes lo que te digo sobre esto, soy totalmente sincero, piénsalo bien: Oxford, sabes, es donde tengo que estar, y luego volveré aquí, y después allí, arriba y abajo, enseñando, excavando y escribiendo, y enseñando, excavando y escribiendo. ¿No te atrae esa vida, ni que sea un poco? La mitad de tu vida en un piso de catedrático en Longwall Street, y la otra mitad en una tienda en Egipto, un país maduro y tolerante, a fin de cuentas. ¿Podría uno mantener a los amigos que ama lo más cerca posible de uno llevando semejante vida?

Te volveré a escribir el 16, libre y feliz.

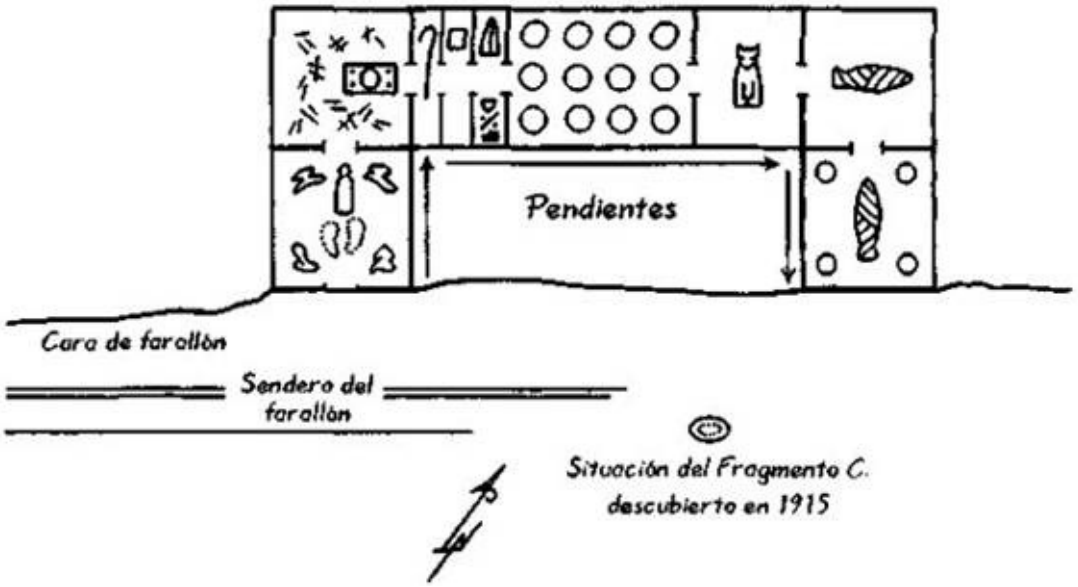
Eternamente,
H.

Diarios de
Ralph Trilipush,
1922



(Domingo, 31 de diciembre de 1922, continuación).

No hay texto ni ilustración para explicar la novena y última cámara de la tumba, pero esto no debería constituir ninguna sorpresa. A estas alturas, ya está todo claro. Esperar más iluminación explícita es pedir demasiado.



El rey preparó su propio sepulcro, colocó los órganos del Maestro en tarros de arcilla, necesariamente sencillos, en los rincones de su propia cámara. No era escultor: cada tapa estaba inscrita con el nombre del apropiado dios y un esfuerzo por dibujar sus difíciles formas… babuino, halcón, chacal, hombre. Terminó de copiar sus *Consejos* y, para preservar su nombre sobre la tierra, volvió a salir corriendo al exterior, enterró una copia en una vasija cilíndrica (Fragmento C, descubierto en 1915), otra en un trozo de ropa a unos metros de distancia (Fragmento A, 1856). Respecto a la tercera, una copia en piedra caliza (Fragmento B, 1898), algún mensajero había recibido instrucciones de llevarla a tierras lejanas; pero, de hecho, fue escondida no mucho más lejos. El rey depositó el texto original y completo de los *Consejos* en un magnífico cofre en la segunda antecámara, como un garante más de la inmortalidad, pues todos los escritores merecen una vida futura de un millón de años.

Y luego, con la fuerza que pudiera quedarle, se volvió para mirar hacia la parpadeante antorcha, y cruzó por última vez las salas en las que esperaría su admisión en la inmortalidad.

Cómo serán los momentos finales, se pregunta el último rey de Egipto mientras se aplica a la única tarea que le queda. ¿A qué sabrá su último aliento, así como el primero después de éste?

Sus manos tiemblan de loco temor y ansia. Algunos de sus dedos están aplastados, hinchados, rotos en la batalla o por su trabajo con el Maestro. Sus dedos están manchados de pintura, y apestan todavía a los productos de conservación y a las entrañas de su suegro.

El tratamiento químico de sus pies y piernas será insoportable, pero gracias al efecto entumecedor de los venenos de lenta acción el rey estará ya consumido, y, con el adicional y confortable conocimiento de que la inmortalidad se está aproximando y él ha frustrado a sus enemigos para siempre, será capaz de envolverse fuertemente los pies y las piernas. Observará cuán lejos ha llegado en esta vida, desde cuán bajo a cuán alto, y cuán alto se remontará en la próxima, donde su nombre resonará para siempre. El tratamiento para preservar su ingle y su tronco será casi insoportablemente doloroso. Pero él lo soportará, y se envolverá hasta la cintura. Los fluidos embalsamadores sobre sus mejillas parecen fuego helado, y los humos en su nariz le queman el cerebro. Las gotas que caen sobre sus resecos labios y lengua le producen náuseas. Sus ojos se nublan y arden, pero no se detiene. No hay tiempo para detenerse, porque pronto los venenos completarán su obra, y él debe completar la suya antes de su partida. Rápidamente se envuelve la cara y la cabeza.

Ha ensayado la solución hasta su último, insoluble problema, la practicó una y otra vez en su soledad, y aunque ninguna solución es perfecta, ésta es la mejor que el Destino le ha permitido: las largas y medidas tiras de tela depositadas por todo el suelo. Incluso mientras el escozor de los productos de conservación se va haciendo cada vez más cruel, sujeta fuertemente la tela con el puño. Echándose sobre el suelo de la tumba, da vueltas, envolviendo lo mejor que puede sus brazos y tronco al hacerlo, terminando la tarea, espera él, en el exacto centro de la cámara, justamente en el momento de su partida.

Oscuridad. Los dolores finales del rey disminuyen. Su respiración se detiene por un instante, la duración del tiempo ya no se puede medir. Se sume en el silencio. Y entonces se despierta a la música. La primera cara que ve es la de su padre, ya resucitado y ahora de pie sobre él, arrepentido, servil, contenido, cariñoso. Tan cariñoso que con sus propios dedos ha abierto suavemente del sueño los ojos de su hijo. Y ahora entran las mujeres en su habitación, sus almendrados ojos rayados con lápiz de malaquita, sus bronceados cuerpos bajo rectas y ceñidas blusas. Se aproximan y lo acarician dulcemente. Lo aman mucho. Lo desenvuelven y lo ungen con aceite, y cuando lo han preparado, hacen entrar a la mujer, finalmente; entra flotando su reina, sus manos de largos dedos alargándose hacia él. Su aspecto es sano y fresco, y solamente es para él. La comida desciende de las paredes y llena largas mesas. La nueva e inimaginable música se va haciendo más fuerte, y su esposa lo conduce lejos del dolor y de la soledad de la vida. Muy por debajo de él, simples hombres hablarán diariamente del rey con asombro, y las endulzadas emanaciones de su nombre que ellos exhalan formarán nubes que le llegarán por el aire, por encima de las masas de rivales y pedantes, por encima de la pobreza y de la burla, por encima de los esnobs y plebeyos, protegido de sus enemigos y de la duda y la traición. Sus misterios y enigmas permanecerán sin resolver milenio tras milenio hasta que otro deba encontrarlo, abrazarlo, entrelazarlo y fundirse con él, desvanecerse en él, y

ganar, tanto para el descubridor como para el rey, el eterno amor que se debe a un nombre inmortal, Atum-hadu y Trilipush, Trilipush y Atum-hadu, Trilipush, Trilipush, Trilipush.

Agradecimientos

Arthur Phillips reconoce con gratitud la amable ayuda de:

El departamento del Antiguo Egipto y Sudán del Museo Británico (particularmente a Marcel Marée), Jim Forte, Norman Fruman, Daniel Goldner, la Biblioteca Pública del Condado de Hennepin, Catherine Keenan, Peter Larson, Jaromir Malek y el Instituto Griffith, Ross Mallet, el circo Moreno-Bormann de París, Anthony Palliser, Stephen Quirke, Michael Rice, Kelly Ross, Chris Tyrer, Kristen Vagliardo, Kent Weeks y el Proyecto Cartográfico Tebano, así como el inestimable ejemplo de Miss Vivian Darkbloom.

Y está profundamente agradecido a:

El editor estrella Lee Boudreaux, Julia Bucknall, Tony Denniger, Peter Magyar, Mike Mattison, ASP, DSP, FMP, MMP, el incomparable agente Marly Rusoff, Toby Tompkins, Daniel Zelman y, por supuesto, a Jan.

Notas

[1] Juego de palabras intraducible, pues *seal*, en inglés, significa tanto «foca» como «sello». *(N. del t.)* <<